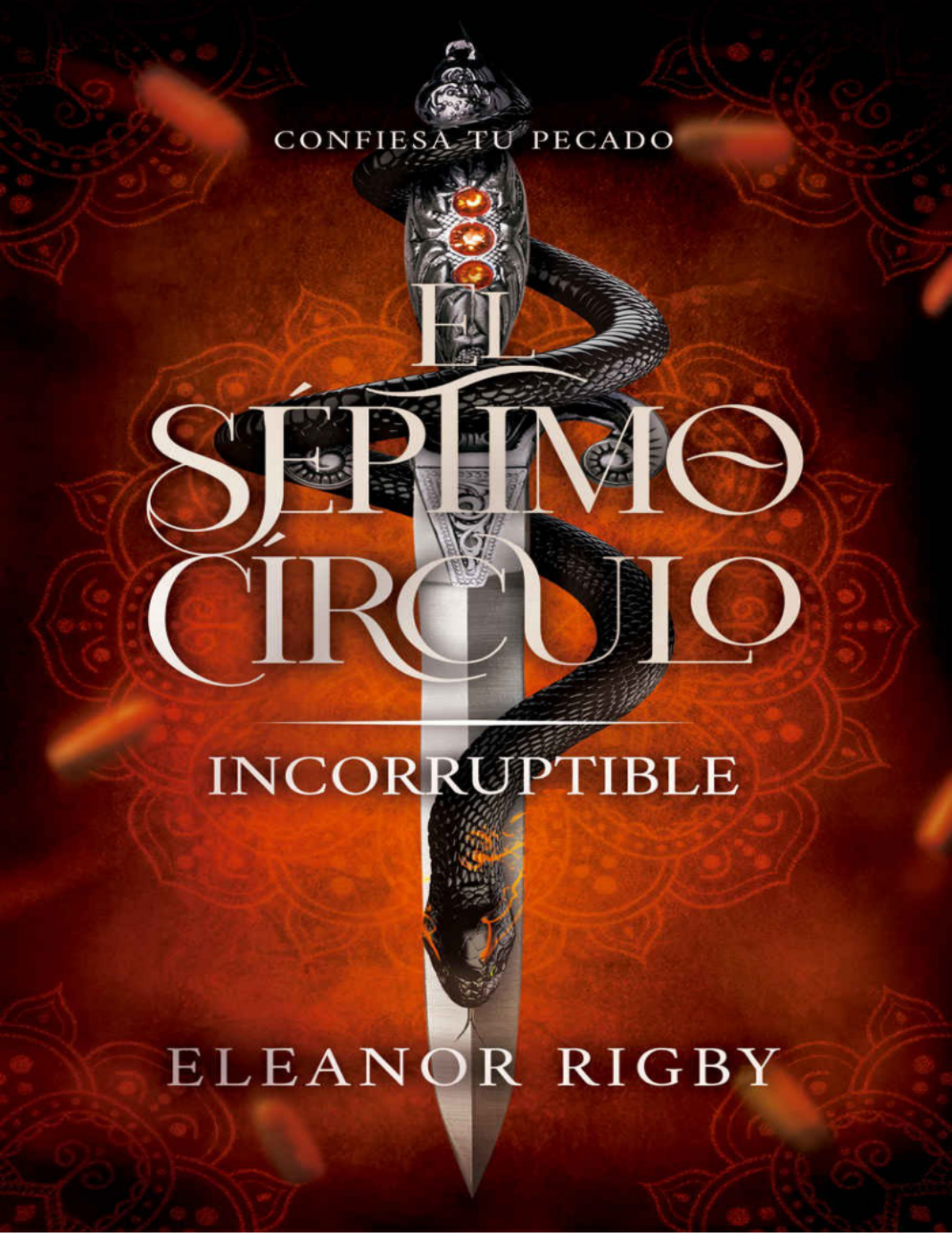
CONFIESA TU PECADO
EL SÉPTIMO CÍRCULO
INCORRUPTIBLE
ELEANOR RIGBY

EL SÉPTIMO CÍRCULO INCORRUPTIBLE

© 2022, Eleanor Rigby
Título: *INCORRUPTIBLE: El Séptimo Círculo IV*
Primera edición: agosto de 2022
ISBN: 9798835866809
Sello: Independently published
Diseño de portada: Mireya Murillo Menéndez

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Prefacio

No había poder superior al de la Magna.

Diosa del mundo. Señora de la naturaleza. Protectora de los hombres. Se hizo a sí misma y desarrolló su poder a través de la creación de una Idea de lo Perfecto que ya anidaba en su cabeza, que ya representaba con su mero existir. La Magna quería descartar los misterios del universo y construir sobre él un reflejo de lo que Ella misma era. Una sustancia eterna, omnisciente y que todo lo podía. Una materia sin taras… Y todo solo para satisfacer su gran deseo: el de acabar con la soledad, lo único capaz de hacerle sombra.

Pero este poder, encarnado en una raza inferior de seres dotados de vida gracias a su magia —los humanos—, se volvió contra ella. Quiso que la creación heredara cada una de sus cualidades esenciales, pero estas se desvirtuaron al transmitirse. El hombre demostró su ambición desde la tiranía; su confianza, desde un fuerte sentimiento de superioridad; hacía gala de su poder sometiendo a sus congéneres. Y el amor que la Magna había intentado inculcar en sus mundanales súbditos cruzó el límite de la moderación para convertirse en odio. No poseían la virtud de la mesura. No vivían el amor como debía ser. Ahora eran poderosos… Pero también terroríficos, y suponían una amenaza para los demás.

Hubiera sido imposible corregir la desviación a la que tendían los humanos. Ese Bien, tomado como un propósito de justicia individual, ya proliferaba a lo largo y ancho de La Tierra y se acercaba peligrosamente a algo que la Magna conocía y respetaba como némesis: el tentador Mal. Para poner solución al problema solo pudo recurrir a una vía: los protegería de sí mismos.

Desesperada, creó dos razas superiores a la humana, pero inferiores a ella misma; dos razas a caballo entre la divinidad y el libre albedrío de fácil corrupción de los mortales. Esta vez, la Magna procuró agregarles debilidades para evitar su rebelión. Se dividirían en *seráficos* y *empíreos*. Los primeros arrojarían luz sobre la faz terrestre y evitarían en la medida de lo posible que la decadente condición humana empeorase notablemente. Los segundos, humanos elegidos por su lealtad y renacidos en el Autem como inmortales, se encargarían de protegerla a Ella, de acompañarla en forma de séquito que *nunca*, mientras el Mal estuviera controlado, volvería a poner los

pies en tierra firme.

Los seráficos demostraron su obediencia cumpliendo con el cometido providencial… pero hubo un grupo de empíreos que la defraudaron. Hubo un grupo de criaturas que sucumbió a alguno de los pecados de los hombres. Y contra estos, herida en el alma, la Magna tuvo que aplicar un castigo.

Los arrojó lejos de su seno, a las inmediaciones de los peores rincones del mundo, donde para ganarse el perdón y restaurar la confianza de la diosa tendrían que cosechar una serie de hazañas con las que demostrar su lealtad infinita. Pero el daño ya estaba hecho: antes del Pacto de Paz, los seráficos odiarían a los pecadores, entendiéndolos como enemigos de su creadora, y los penitentes, como ahora se llamarían esas criaturas empíreas debido a su cambio de condición y evolución al margen de la voluntad divina, se alimentarían de ese desprecio para crear el suyo propio.

Aunque los penitentes estaban en La Tierra para hacer el Bien y así regresar junto a su diosa, ya habían sido condenados. Su destino era fracasar en el camino hacia la redención.

Necesitarían la oportunidad de un alma pura y desinteresada para que la diosa decidiera si merecían el rescate, el perdón definitivo. Necesitarían la llegada de un alma pura que pasara desapercibida y recordase al penitente la belleza del virtuosismo. Y solo una cosa podría lograr eso: solo alguien podía limpiar la negrura de sus almas y elevarlos al Autem, hogar de la Magna… Y esa era la Magna en sí misma, incomparable, inigualable.

La diosa fragmentó su alma y repartió los pedazos por el mundo. Dejó que vagaran a lo largo de los siglos y encontrasen cobijo en cuerpos mortales que los penitentes habrían de hallar por obra del destino en el momento adecuado. Mientras tanto, vivirían a la sombra de un dolor inimaginable, de una maldición individual y cruel que les mantendría vivos en contra de su voluntad.

Ellas, las almas puras, los extractos de la Magna, *las anandhas,* estaban en algún punto del planeta, esperando y reencarnándose sin saber que lo hacían. Eran quienes debían descubrir la forma de llegar a su pecador particular. Y lo harían, eventualmente. Pero mientras tanto los penitentes deberían honrar a la Magna protegiendo La Tierra junto a sus enemigos ancestrales, los seráficos, desde una serie de organizaciones que se encargarían de la protección del mundo conocido. Una de ellas se llamaría El Séptimo Círculo, y estaría compuesta al comienzo de esta historia por siete corazones malditos que aguardan el momento de su iluminación.

Valthessar. Luvart. Abraxas. Xaphan. Samael. Dagon. Renyi.

Guerreros históricos preparados para matar. Para odiar. Guerreros invencibles y temidos incluso por la propia Magna.

Guerreros listos para afrontar cualquier cosa.

Puede que haya llegado la hora de la verdad: el momento de la guerra real. La del corazón. Todos quieren el alivio y la redención, pero un penitente es dueño de una voluntad férrea y no alberga ni una chispa de luz en su alma. Solo rencor. Dolor. ¿Sería capaz de dejarlo atrás y rendirse?

Estando acostumbrado a vivir en la oscuridad, ¿te atreverías a abrir los ojos?

Capítulo I

—Así que Dagon… —comentó la chica en cuanto hubieron intercambiado el saludo de rigor: un beso en cada mejilla y una sonrisa efervescente de nervios por la cita que tenían por delante.

Mientras tomaban asiento en la mesa que daba a la ventana, donde oirían la lluvia de noviembre como un agradable eco lejano, Dagon le hizo un rápido escáner a su último ligue.

Todavía era eso. Un ligue. Lo sería hasta la tercera o cuarta cita, cuando, después de un puñado de besos en el parque, y tras haber descubierto cómo era en la cama —si era buena, la mantendría; si no destacaba, pero le ponía empeño, se convertiría en su maestro; si era insalvable… *Bueno, ya se vería*—, podría empezar a llamarla «rollo». Dos citas más adelante, cuando ya hubieran cruzado el crítico límite de las cinco quedadas, Dagon haría gala de su lado más romántico sorprendiéndola con un ramo de flores en el trabajo o bien preparando para ella una deliciosa cena de tres platos —con el delantal estampado de «Besa al cocinero», por supuesto—, detalles que solían derretir a las mujeres y que harían que bajara la guardia, es decir: que empezara a enamorarse de él.

Dagon calculaba que, siguiendo los pasos que estableció en su día para estrechar lazos con hembras de su elección, en Navidad estaría presentando su primera novia formal a El Séptimo Círculo… lo que le daba a El Séptimo Círculo en torno a dos meses para empezar a hacerse a la idea de que Dagon iba a hacer con su vida personal lo que le viniera en gana, estuvieran de acuerdo o no. Y lo más probable era que se echaran las manos a la cabeza. No solo por violar la ley no escrita de evitar la interacción con los humanos, seres que los penitentes estaban obligados a proteger —no a llevar a cenar, ni mucho menos seducir—, sino porque a la posible novia la había sacado de *Tinder*, una aplicación móvil que los soldados de La Magna no conocían ni cuyo funcionamiento entenderían de llegar a hacerlo.

La joven se llamaba Marietzja, pero sus allegados la llamaban Mari. Era natural de Checoslovaquia, aunque no de la capital, Praga, sino de las afueras. Debía calzar una treinta y ocho de pantalón, llevaba un corte de pelo atrevido que requeriría frecuentes visitas a la peluquería y su mayor capricho eran los zapatos de diseño. Aparte, tenía un rostro redondo muy cándido y unos ojos vivaces que no temían

insinuar sus pensamientos.

A Dagon le había gustado por eso, porque parecía genuina. Era algo a lo que se había desacostumbrado por culpa del ambiente de trabajo en el que se movía. Le encantaría sazonar su desapacible vida con una chispa de humanidad. Porque ¿qué hombre no deseaba tener una luz juvenil que revolucionara su rutina?

¿Sería Marietzja la nueva y definitiva niña de sus ojos?

—Nunca había oído tu nombre —comentó Mari con su tierna vocecita. Iba a juego con su sonrisa de niña timorata y el gesto que tuvo de frotarse los muslos antes de iniciar la conversación—. ¿De dónde es? ¿Inglés?

—Me temo que no viene de «dragón», aunque eso le digo de vez en cuando a mis… —«A mis chicas», estuvo a punto de decir—. A mis conocidos. En realidad, es un nombre hebreo. «Dagón» fue un dios adorado en Oriente Próximo, especialmente en Siria. Yo mismo lo elegí.

—¿Que tú elegiste tu nombre? —Mari pareció divertida—. ¿Eres una especie de artista, o algo así? Solo los actores y los cantantes eligen su nombre, como Lana del Rey.

—Que, en realidad, se llama Elizabeth Grant —concordó Dagon, para la grata sorpresa de Mari. Ya tenían un gusto en común: una excelente señal—. No soy actor ni cantante, por desgracia. A lo mejor en otra vida me habría gustado serlo, sí… O diseñador de moda, o artista urbano, o bailarín de hip-hop, pero en esta me conformo con que mis amigos me consideren, digamos…, «todo un personaje».

Mari quedó encantada con la respuesta, aunque eso podía deberse a razones muy alejadas del encanto personal que Dagon llevaba décadas cultivando. Los penitentes, si no era por su fama de pecadores, tipos rudos y salvajes —en definitiva, el carácter hipermasculino que atraía a las incautas, y a las que no lo eran tanto —, embelesaban a sus interlocutores sin proponérselo, pues su poderosa esencia resultaba irresistible y atraía como la luz a las polillas. Así pues, ¿podía Dagon atribuirse la victoria de haberle entrado por los ojos a Mari? Había elegido la magnífica blusa con estampado de Versace y una colonia afrodisiaca que hacía salivar a las mujeres, sí, pero no haber renacido como un inmortal devastadoramente atractivo al que las humanas eran vulnerables.

—¿Entonces? —Mari carraspeó, revolviéndose, inquieta, en el asiento. Debía resultarle incluso incómoda la compañía de un hombre tan cautivador, cuando no abrumadora—. ¿Cómo es que te «pusiste» Dagon?

—Digamos que creé un grupo de música a mis dieciséis años con unos seis amigos más y decidimos bautizarnos con nombres de ángeles caídos o dioses antiguos. Ya sabes: no todos hemos tenido la suerte de

nacer llamándonos Bon Jovi o Axl Rose. Algunos se llamaban Dick o Gerry y prefirieron ponerse, qué sé yo, Abraxas o Luvart.

Y sonrió de oreja a oreja, esperando que su simpatía natural la distrajera y así se lo pensara dos veces antes de continuar por esos derroteros el afable interrogatorio.

Si le preguntaba por esos amigos suyos, Dagon no podría seguir convenciéndose, para calmar su conciencia, de que no estaba mintiendo, sino *omitiendo información.* Tendría que soltarle una trola descarada, porque no pensaba perder a Mari admitiendo que ese «grupo de rock de la infancia» era, en realidad, una especie de organización criminal.

Eran los buenos, sí. Los protectores. Los héroes. Pero, a ojos de la ética humana, matar los hacía también unos tipos de lo más chungos..., aunque mataran bichos repugnantes por la supervivencia de las razas.

—¡Abraxas! Ese nombre sí me suena. Es el dios del Bien y el Mal, representado por el fuego. Y también era una divinidad egipcia —apostilló Mari. Le sonrió a Dagon en cuanto se percató de que le había sorprendido—. No creas que he estudiado Teología o algo parecido. Es solo que me gusta leer sobre criaturas inmortales, leyendas antiguas y todo eso.

«Lo sé. Por eso te elegí a ti para quedar hoy en lugar de a Rodina, que no creía ni en el horóscopo».

Las mujeres que no creían en el horóscopo no eran su tipo, y no solo porque el alma optimista de Dagon se sintiera atraída por la credulidad de las jóvenes inocentes o los espíritus genuinos —Mari era las cuatro cosas: joven, inocente, espiritual y genuina—, sino porque le convenía de cara a un posible futuro en el que se torcían sus planes. Salir con mujeres que creían en el esoterismo y las criaturas inmortales le concedería ciertas ventajas. Si, por alguna casualidad —y ojalá que no se diera—, Mari descubría que Dagon pertenecía a una raza sobrenatural de pseudoángeles caídos, no se asustaría gracias a su pasión por los seres superiores. De hecho, Dagon aspiraba a llegar de una guardia nocturna con una contractura en el hombro y que su querida novia, al corriente de dónde había estado él, y ahora ella montando guardia en su puesto de masajista, le preguntara por los pormenores de su último turno mientras le acariciaba las cervicales.

«¿A cuántos has matado hoy? ¿Doce, dices? ¡Son dos más que anoche! Oh, Dagon, ¡eres tan heroico! ¡Contigo me siento segura!».

«Estás fantaseando demasiado», le reprochó la voz interior en el acto. «Si supiera quién eres y a qué te dedicas, se asustaría igual que cualquiera. Haber leído *Crepúsculo* no te hace perderles el respeto a razas inmortales. Solo te hace un lector con un impecable gusto literario».

Una de las tres camareras del establecimiento se acercó, libreta en mano, para tomarles nota. Mari pidió en voz baja —no ya por vergüenza, sino para no alterar el cómodo silencio de la cafetería— una Coca-Cola Zero, y Dagon un *frappuccino* de caramelo con una nube de nata.

Mari lo miraba con curiosidad, aunque no menos que la camarera.

—¿Un café a estas horas? —preguntó su cita, sonriendo incrédula.

—La cafeína no me afecta, y, total, voy a tener que estar despierto hasta la madrugada… —Al ver las mejillas ruborizadas de Mari, se rio alegremente y especificó—: No es por lo que crees. No cuento con que hoy mismo me hagas un hombre afortunado. Es que tengo el presentimiento de que en un rato me van a llamar para exigirme que cubra el turno de noche.

«Y mis presentimientos suelen ser muy acertados, porque, verás…, tengo habilidades sobrehumanas y los cinco sentidos hiperdesarrollados», le habría gustado agregar.

—¿Ah, sí? ¿En qué trabajas?

«Esa pregunta ya es algo más difícil de responder».

Dagon apoyó la barbilla en la mano y optó por hacerse el misterioso.

—¿En qué me dirías que trabajo si te dijera que protejo a los más vulnerables de las maldades del mundo?

No sabía qué diría Mari, pero sí qué le soplaría el *rex* Valthessar si se enteraba de que estaba tonteando con la posibilidad de proporcionar información clasificada a una mortal: un puñetazo en las vergüenzas.

Y con todo el derecho del mundo.

—¿Eres un espiritista que exorciza a mujeres poseídas por el diablo?

Dagon se rio lo justo para que Mari no pensara que se burlaba de su sugerencia. Los ojos de la muchacha brillaban con la esperanza de haber dado en el clavo.

Mari no había mentido en su perfil. Creía en lo espiritual.

Quizá más de la cuenta.

Bien. El mundo de Dagon era espiritual como para dar angustia. Incluso a él, que debería estar curado de espanto, se la daba a veces.

—Me temo que no tengo poderes mentales.

Y decía la verdad.

Para variar.

—Entonces es una protección física… —dedujo Mari—. ¿Estás en el ejército checo?

—Podría decirse que estoy en un ejército, sí… —La voz del *rex* restalló como un látigo en su mente, despertando su conciencia: «No sigas jugando con fuego, Dagon. No puedes hablarle a nadie de lo que

haces, por qué lo haces, ni quién eres»—. Sí, has acertado, solo me hacía el interesante.

Mari posó una mirada valorativa en su camisa estampada.

—No pareces militar. Empezando por el pelo. —Lo señaló con la barbilla—. ¿No os obligan a raparos, o algo así?

—Es que yo no soy soldado como tal. Estoy en el ejército, pero soy… soy el celador del cuartel.

A veces se quedaba en la mansión de El Séptimo Círculo para guardar el territorio, así que era otra verdad a medias. Lo mejor que le podía ofrecer a la muchacha, dadas las circunstancias.

«¡No se puede empezar una relación con mentiras!», le regañó la voz interior.

—¡Oh! ¡Vaya!

Dagon torció la boca con tierna resignación.

—No es muy glamuroso, ¿verdad?

La Magna le iba a arruinar la cita sin mover un dedo, tan solo obligándole a mentir sobre el aspecto más atractivo de su personalidad: su trabajo, que en nada tenía que envidiar al de Spiderman. Si las películas de superhéroes no engañaban, y Dagon estaba convencido de que los guiones se basaban en estudios psicológicos reales, Mari saltaría sobre su asiento al saber que protegía Praga de engendros malignos. Y no en calidad de soldado, sino de raza superior a los vampiros y hombres lobo sobre los que a Mari, según su biografía, le gustaba leer.

Pero no. Tenía que reservarse uno de sus mayores encantos, o de lo contrario se las vería con La Magna, la acusación de traidor y, de últimas, con la espada de Alastor, que le decapitaría sin posibilidad de reencarnarse en un bello junco. O en una glamurosa cebra.

Dagon había tenido suficiente tiempo para meditar al respecto, y había llegado a la conclusión de que le gustaría reencarnarse en una cebra. Eran su animal preferido desde que había visto *Madagascar*.

—Esto no es una entrevista de trabajo. No estoy aquí para dejarme maravillar por tu currículo —lo apaciguó ella, alargando una mano sobre la mesa. La posó sobre la de él y le dio una palmadita cariñosa en absoluto condescendiente—. Además, yo trabajo en una tienda de comestibles. Es mejor si los dos somos ciudadanos corrientes. Nos hace más compatibles, ¿no crees?

Dagon le sonrió de vuelta, entusiasmado. Eso era lo que quería: una mujer compatible. Bueno, en realidad quería algo más. Quería a una mujer *que le complementara.* Pero teniendo en cuenta que su destino alternativo era la soledad más miserable, Mari, una posible novia a la que mantener en la inopia toda la vida y con la que no podría compartir más que la cama y un puñado de risas —jamás sus verdaderas aspiraciones o preocupaciones, clasificadas como TOP

SECRET—, era lo mejor a lo que podría aspirar.

No estaba nada mal. Le gustaba que fuera menuda, que tuviera personalidad para llevar el pelo como la cantante Pink y que en ella se equilibraran la timidez de una niña y la franqueza de una mujer madura.

—Bueno, cuéntame… —Dagon apoyó los codos en la mesa y se inclinó hacia delante hasta verse reflejado en las pupilas de Mari. Por supuesto, estas se dilataron en cuanto fue consciente de su cercanía—. ¿Qué haces en tu tiempo libre?, ¿hay alguna divertida anécdota de trabajo que quieras compartir conmigo?

Sabía de más de uno que se aburriría como una ostra oyendo hablar a una chica de a pie sobre las vicisitudes de su día a día. El *rex* era el primero que miraba a Dagon como si le hubiera salido otra cabeza cuando se emocionaba contando lo ocurrido en el último episodio de *The Real Housewives of Beverly Hills*, se quedaba despierto hasta que salía el nuevo álbum de Rosalía para escucharlo de corrido e iba por toda la casa mostrando los últimos memes que se habían popularizado en Internet. Pero el *rex* no era el único que le ponía cara de «hay gente muriendo en el mundo» solo porque Dagon quisiera recordar, emprendiendo actividades como cerámica o yoga, que había algo más en La Tierra que el vicio y la perversión de los villanos. Toda la tropa de El Séptimo Círculo había asumido erróneamente que no era compatible tomarse en serio el trabajo y ser feliz durante el tiempo de ocio. A fin de cuentas, no tenían tiempo libre, porque «el mal nunca descansaba».

Si el *rex* Valthessar supiera que esa frase salía en la película de Batman, no la repetiría tanto, tan poco interesado que estaba en los fenómenos culturales y «el mundanal ruido».

Como si lo hubiera invocado, el móvil le empezó a vibrar en los vaqueros, unos Lee desgastados que, a su parecer, le hacían una pompa espectacular. Lástima que Mari no pudiera comprobarlo.

El único número que tenía agendado en el *smartphone* era el de Valthessar, y no por su nombre, sino por su título: *Rex*.

Si Dagon no se tomara las interrupciones e imposiciones de su vida con filosofía, lo guardaría con «el puto» delante, como lo llamaba su novia cuando se peleaban… lo cual sucedía con una frecuencia exasperante.

—Tengo que cogerlo —se disculpó Dagon, poniéndose en pie como si tuviera agujetas en el tren inferior—. Como ya podrás imaginarte, mi jefe, además de un explotador insufrible, se ofende como un rollete celoso si no contesto antes de los tres tonos.

—No sabes cuánto te entiendo. —Mari suspiró—. Adelante, no te preocupes. Aquí espero.

Dagon tuvo que sortear unos butacones acolchados al estilo Luis

XVI para retirarse unos pasos. No necesitaba más para disfrutar de cierta intimidad. A diferencia del resto de su entorno y de él mismo, Mari no tenía un sexto sentido arácnido. No sabría interpretar una conversación a dos metros de distancia, y sin necesidad de leerle los labios.

—¿Qué pasa, amigo?

—*¿Cómo que «qué pasa, amigo»?* —El *rex* jadeaba descontrolado. Una de dos: o le estaba llamando en pleno coito con Mara, o había desenvainado su espada egipcia para cercenar monstruos en las afueras de la ciudad. Teniendo en cuenta que lo único que ponía en su agenda de lunes a domingo era «salvar el mundo», Dagon se inclinaba por lo segundo—. *¡Lo que pasa es que deberías llevar una hora aquí, haciendo la guardia que te corresponde esta noche!*

—¿Una hora? Pero si hasta las diez no tenemos que armar filas. Y hoy es mi noche libre.

—*No tienes noches libres, Dagon.* —El penitente puso los ojos en blanco al oír su tono solemne, y, a la par que Valthessar decía su frase, Dagon la imitó moviendo los labios—. *Te recuerdo que el Gran Grimorio nunca descansa. El mal no se va de vacaciones.*

—Estoy en medio de algo importante. He conocido a una chica.

—*¿Y a mí qué me cuentas?* —ladró, al borde de la crisis nerviosa.

—Hombre, claro, para ti no es tan importante porque ya tienes quien te caliente la cama por las noches, pero yo…

—*No empieces, por la diosa* —gimoteó, hastiado—. *Deja para luego tus lloros y ven. ¡Estamos cuatro idiotas aquí, desamparados, y necesitamos refuerzos!*

—¡Ni siquiera me han servido el café aún! —se quejó con voz de niño en plena pataleta.

—*Por eso no te preocupes. Si lo que quieres es mantenerte despierto toda la noche, yo te daré tal somanta que estarás hasta la madrugada revolviéndote en la cama.*

»Te mando la ubicación. Como llegues cinco minutos tarde, a lo mejor nos encuentras a todos muertos… ¡Cuidado! —bramó a quién sabía qué.

Inmediatamente después, colgó.

A Dagon solo le dio tiempo a captar los gruñidos de sus compañeros y el sonido de las hojas de sus armas cortando el aire: espadas de los siglos anteriores a Cristo y posteriores a la Guerra de los Cien Años.

Dagon le suspiró a la pantalla antes de guardarse el móvil en el bolsillo trasero del pantalón. Regresó con Mari, que lo había estado mirando con expectación.

Compuso su mejor sonrisa afectada.

—Me temo que el deber me llama. Hoy estaba libre hasta las diez, pero ha habido un cambio de guardia inesperado. ¿Me permitirás que

te compense un día de estos?

—Sí, claro…

Dagon dejó sobre la mesa ciento cincuenta coronas checas —suficiente para el café, la Coca-Cola, la propina y las molestias—, besó en la mejilla a Mari, sabiendo que era improbable que volviera a verla, y abandonó la cafetería con el ánimo sombrío.

A veces, eso de salvar el mundo era una auténtica faena. Solía pasárselo bien ejerciendo de justiciero, probando puntería con los malvados, pero desde que La Magna le diera una mala noticia —que no iba a ser recompensado por ello, pues pasaría toda la eternidad a su servicio sin la oportunidad de jubilarse—, Dagon había perdido el interés en la rutina. Por supuesto, jamás abandonaría a sus hermanos, pero se le hacía más apetecible pasar la noche oyendo a Mari quejarse de la cerda de su jefa, de su exnovio o de su tía abuela ultracatólica que dedicarla una vez más a defender La Tierra de fuerzas perversas.

Aunque no aparentaba más de veintiocho, llevaba ya cincuenta años con El Séptimo Círculo. En teoría tendría que haberse acostumbrado a sus deberes, pero, al mismo tiempo, no podía considerarse un veterano. El *rex* contaba con milenios de entrega a la comunidad, al igual que Abraxas, y el resto sumaba no menos de cinco siglos bajo el mando de Valthessar, por lo que, por comparación, no tenía derecho a haberse hastiado ya de su período de servicio. Pero Dagon echaba de menos la normalidad. A fin de cuentas, él era un tipo normal. Le gustaba comprarse trapos, dar paseos por el centro de Praga con las manos en los bolsillos y meterse en galerías de arte de forma espontánea —la última había sido de Banksy—, sacarles los colores a las chicas guapas y prepararse a conciencia para ver el nuevo episodio de *Euphoria* —o de la serie de HBO que volviera loco al mundo en ese momento— cada domingo.

Desgraciadamente, la normalidad quedaba muy lejos de su alcance. Había sido elegido para una misión trascendental y acuciante, y, por más que le molestara, no tenía nada que ver con mantener vivo el legado de Versace o Balenciaga vistiendo sus prendas de diseño.

Y La Magna no era una diosa a la que se le pudiera decir que no.

Así pues, subió al primer taxi libre que encontró, comprobó que llevaba sus pistolas preferidas camufladas bajo la blusa estampada y se preparó para otra noche idéntica a las mil anteriores.

Idéntica, también, a las mil que estaban por llegar.

Capítulo II

Dagon estaba preparado para llegar a la ubicación que el *rex* le había proporcionado y cantarle las cuarenta.

No era por menospreciar al resto de sus compañeros, y menos cuando no estaban presentes para replicarle, pero esa noche en concreto estaban defendiendo las afueras a los que consideraba más feroces. Luvart no se había marchado aún de viaje de novios —¿él sí podía irse de viaje de novios? ¡Ese favoritismo era injusto!—, Abraxas llevaba entregado a las guardias desde que perdiera a su mujer a manos del enemigo, Valthessar en sí mismo era la carta más valiosa —por algo lo nombraron *rex*, cabeza de clan, aparte de por méritos propios y antigüedad— y Samael no tenía piedad.

¿Por qué o para qué diantres lo necesitaban a él, pues?

No tardaría en descubrir la respuesta.

Desde que el Gran Grimorio encontrara el modo de multiplicar sus filas, las noches eran más excitantes o más trabajosas, dependiendo de a quién le preguntaran. Para Abraxas, un antiguo guerrero sabino con una insaciable sed de sangre, era una buenísima noticia; para Dagon, que prefería quedarse en casa con su té *matcha* y su nuevo episodio de *Too Hot to Handle*, no tanto. Ese día en concreto, apenas apareció en el perímetro que el *rex* había elegido peinar, supo que estaban en problemas.

Más que de costumbre, lo que ya era decir.

Siempre se hacían el cuerpo a que los engendros les duplicaran en número, pero no que los triplicaran, y, para colmo, armados con dagas azules, los únicos aceros que podían quitarle la vida a las razas protectoras. De un tiempo a esa parte, el plan era arrebatarles las dagas de marras y devolverlas a sus legítimos propietarios, los seráficos, seres también entregados a la preservación de la humanidad y de los que los penitentes eran aliados.

En las últimas semanas, los seráficos habían sufrido desde saboteos externos hasta golpes de estado. A la vista quedaba su debilidad: sus poderosas armas estaban en manos del enemigo, con todas las complicaciones que eso acarreaba.

Valorando la situación desde su escondite, la esquina mohosa de una fábrica de cristales abandonada, Dagon suspiró. A excepción de Abraxas, que nunca perdía la energía en un cuerpo a cuerpo, sus

hermanos le necesitaban de verdad. Samael estaba severamente herido, el *rex* se veía cansado y Luvart parecía la estrella de la noche: todos los enemigos, criaturas desagradables a la vista, acudían a él como hipnotizados. Y no tenía nada que ver con que fuera magnético, aunque Dagon había envidiado su atractivo físico desde el día en que lo conoció, sino con que los engendros no eran idiotas. Sabían que, si caían Luvart y el *rex*, tendrían la batalla ganada.

Dagon extrajo sus pistolas, los últimos modelos Glock con silenciador que utilizaban los agentes del FBI. Inspiró hondo, se encomendó a la diosa Magna más por costumbre que por miedo y emergió del escondrijo de un salto, encañonando a los dos engendros que tenían acorralado a Luvart.

En un abrir y cerrar de ojos, cuatro de esos cerdos habían mordido el polvo. Si alguien entendiera sus adoradas referencias a *RuPaul's Drag Race*, habría gritado: «*Yas, slay!*».

—¡A buenas horas! —rugió el *rex*, lanzándole una mirada que echaba chispas. El sudor le había adherido el flequillo negro a la frente.

Poco más que eso pudo captar entre las sombras. Apenas había luz para perfilar los rostros pálidos de sus compañeros.

Dagon puso los ojos en blanco.

—De nada, cariño. —Y se giró para disparar en la frente al engendro que se le acercaba por la espalda.

Era lo bueno de tener el instinto de caza de un gran felino, que sabía por dónde venía el enemigo en todo momento.

La etiqueta de penitente implicaba maldiciones macabras, como no poder ver la luz del sol —una de las muchas representaciones de La Magna—, servir a la diosa hasta que tuviera a bien conceder el perdón en forma de esposa eterna y, además, porque no había dos sin tres, un castigo personalizado, acorde con el pecado que el penitente en cuestión hubiera cometido. Pero la condición de pecador también conllevaba unos cuantos privilegios. Visión nocturna, oído aguzado, agilidad sobrehumana, sanación rápida, escasa sensibilidad al dolor físico y otro sinfín de habilidades de lucha.

Dagon se había especializado en la pelea cuerpo a cuerpo y en las armas de fuego en honor a su entrenamiento humano, que pudo perfeccionar tras el ataque a Pearl Harbor en el cuarenta y uno, en nombre de las potencias aliadas, y que pudo poner en práctica a posteriori, como empíreo, en Vietnam. Pero había una diferencia entre disparar atrincherado a los nazis y tener que afilar la vista para distinguir entre las sombras a sus enemigos sobrehumanos. Los tiros bastaban para que un alemán mordiera el polvo, pero en este caso solo servían para distraer o debilitar a sus contrarios. Al menos, cuando no llevaba en la recámara las balas mágicas que fabricaba el maestro

armero del Autem, esas forjadas en acero azul que pulverizaban en el acto a toda criatura heredera de La Magna o el Gran Grimorio.

Esa noche, a falta de munición y preparación para la emboscada, Dagon llevaba balas de plomo normales y corrientes. Necesitaba a un penitente pegado a él para decapitar o atravesar el corazón del enemigo que hubiera herido, pues solo así se cerciorarían de que no volvería a levantarse. Por desgracia, ninguno de sus compañeros estaba desocupado como para unirse a él y trabajar a cuatro manos. De hecho, Valthessar y los demás necesitaban la misma o más ayuda que Dagon para realizar su trabajo con buenos resultados.

Como consecuencia, Dagon empezó a desesperarse.

Desde que los engendros blandían armas que de veras tocaban los puntos débiles de los penitentes, el enemigo contaba con una ventaja perturbadora. Y si ese fuera el único problema, tres miembros de El Séptimo Círculo podrían haberse hecho cargo sin pestañear, como llevaban haciendo desde hacía un par de semanas. Sin embargo, Dagon percibía ahora cierta habilidad en los nuevos secuaces del Gran Grimorio; una que iba más allá de su nuevo armamento.

Mientras fijaba la vista en los bichos que veía cernirse sobre sus compañeros y apretaba el gatillo, tratando de darles tiempo para atacar, se daba cuenta de que los enemigos eran más veloces, de que esquivaban los movimientos sin la dificultad de antaño; de que habían trazado una estrategia antes de salir esa noche para cernirse sobre ellos por los flancos descuidados. Ya no luchaban sin orden ni concierto, sino que unían sus fuerzas y se apoyaban los unos en los otros para atacar a la vez. Eran un ejército, no un puñado de aficionados, y eso solo podía significar una cosa: que tenían un nuevo general al mando. Un general experimentado, espabilado y que estaba al tanto de lo cuadriculado que era El Séptimo Círculo en sus estrategias de defensa. Un general que se había estudiado los puntos ciegos, algo con lo que ni el propio *rex* había contado, a juzgar por la incomprensión que reflejaba su semblante.

—Hay algo que no cuadra… —murmuró Dagon, paseando la vista por las calles desiertas del polígono.

Los engendros debían de haberse encargado de disparar a las escasas farolas que mejoraban la visibilidad, pero no podía culparlos de que esa noche también las estrellas los hubieran abandonado. La oscuridad era total, y también inquietante.

Dagon no vio venir el golpe en la nuca. Lanzó un gemido lastimero y cayó de rodillas, rodeándose con la mano la zona afectada. Utilizó la culata del arma para mandar un directo a la cara del engendro, que cayó también a su espalda, pero se levantó más rápido que Dagon y consiguió cernirse sobre él.

En cuestión de segundos, había perdido una de sus pistolas —por

suerte, la que estaba descargada— y tenía a horcajadas un bicho que haría torcer el gesto hasta a un guerrero falto de escrúpulos.

Dagon nunca se acostumbraría a sus rostros. Más que de piel, parecían hechos de un material viscoso, como el blandiblú con el que jugaban los niños de los noventa. Pero no por blandos eran fácilmente manipulables, sino más bien lo contrario. La flexibilidad de la que gozaban era un punto a favor. Tenían los ojos hundidos, dos pozos sin fondo a los que Dagon prefería evitar asomarse, y, lo peor, una hilera de dientes afilados que recordaba a la sonrisa de un tiburón. Algunos podían pasar por humanos gracias a una mata de pelo más neandertal que *homo sapiens sapiens*, pero la mayoría babeaba, no producía vello alguno y apenas balbuceaba unas palabras que sonaban como estertores de muerte.

Ese era el resultado de haber tratado de crear una raza de forma artificial, sin haber obtenido antes el permiso de La Magna y sin haber celebrado el hechizo dador de vida a través de su santo poder creador: una bestia asquerosa.

Mientras forcejaba con él para evitar la afilada hoja de la única daga que podría arrebatarle la vida, Dagon miró a los ojos al engendro.

Seguía habiendo algo que no cuadraba. Incluso si contaran con la estrategia de un nuevo general y fueran sometidos a un adiestramiento disciplinado antes de ser arrojados a la calle, no podían haber adquirido semejante habilidad en cuestión de días. Nada era imposible para La Magna, pero aquellas eran criaturas del Gran Grimorio, no de la diosa, y, aunque el Gran Grimorio tampoco podía —o *no debía*— ser subestimado, se sabía que había milagros que no podía llevar a cabo.

Dagon arrugó el ceño al detectar un brillo azulado en los ojos del engendro. Era poco en lo que podía concentrarse teniendo a un animal encima, uno más fuerte, sin debilidades aparentes y no precisamente sorprendido por la fuerza de su atacante, como en cambio sí lo estaba Dagon. Pero lo vio: vio el halo oscuro que lo rodeaba como un mal presagio, distinguió en sus pupilas la chispa de los hechizos obrados por una mano negra, y entonces sintió algo muy parecido al miedo, porque contra la magia no se podía luchar.

Al menos, él no.

—¡Están hechizados! —gritó a pleno pulmón—. ¡Los bichos! ¡Los bichos están hechizados!

En cuanto tuvo agarrado por las muñecas al engendro, ladeó la cabeza para asegurarse de que sus compañeros lo habían oído. El horror se acentuó al ver a Samael sangrando con profusión, de rodillas ante un secuaz del Enclave que se pasaba la lengua bífida por los dientes frontales. Valthesar se movía con lentitud, tan cansado que no le extrañaba que se limitara a frenar los golpes. Luvart se había

alejado de escena para contemplar el caos con gesto horrorizado, hiperventilando con la espada bastarda en la mano.

Dagon no recordaba la última vez que había visto a Abraxas secándose el sudor con el dorso de la mano y haciendo una pausa para tomar aliento.

Quizá nunca, porque jamás se hartaba de pelear.

Estaba claro que esa noche era diferente. Algo era diferente. Incluso el aire que le quemaba en los pulmones parecía distinto. Olía a la tormenta que precedía a una tragedia aún mayor.

Dagon se oyó gritar cuando vio que uno de los engendros agarraba a Samael por el pelo rubio y guiaba la daga al borde de su cuello. Quizá gritó «Samael» o un «¡no!» incrédulo. El corazón estuvo a punto de salírsele del pecho cuando la sangre comenzó a salir de la garganta de Samael…

Pero no llegó a más. La herida se quedó en lo superficial gracias a lo que pareció una intervención divina. Una flecha iridiscente salida de nadie supo dónde atravesó la cabeza del engendro de sien a sien. Dagon respingó, con lo que atrajo la atención de su propio contrincante, que pretendía apuñalarle el corazón cuando otra flecha brillante se le enquistó en la garganta. Dagon culebreó hacia un lado antes de que el cadáver le cayera encima, supurando la espesa sangre negra que corría por sus venas.

Perplejo, observó el destino de la tercera flecha: el coxis del engendro que se acercaba a Valthessar por la espalda y que le dejó sin movilidad, y, pronto, también sin vida.

La lluvia de flechas no cesó hasta que el asfalto de la calle estuvo sembrado de cadáveres. Solo entonces, a Dagon se le ocurrió despegar la vista del destello sobrehumano —y, por ello, hipnotizador— de las flechas e imitar a sus compañeros, que movían la cabeza como ciervos desorientados en busca de su origen.

Hasta ese momento, una silueta esbelta había permanecido agazapada tras la chimenea del único edificio del polígono: la fábrica de cristales abandonada donde solían protegerse los humanos sin expectativas de futuro, jóvenes y ancianos en riesgo de exclusión social que los secuaces del Gran Grimorio acudían a reclutar con falsas promesas para aumentar las filas del Enclave. El silencio que la muerte de las criaturas había dejado en la zona era aterrador, como también la oscuridad que había terminado de consumir el paisaje, pero el arco y las flechas del aliado iluminaban las aristas de su rostro y su figura nervuda de un modo tan tétrico como perturbadoramente atractivo.

Lo único que Dagon pudo atisbar, amusgando los ojos, fue el ondear de una larguísima trenza al viento y el vuelo de uno de los extremos del pañuelo que le cubría la cabeza. Dejaba tan solo una franja de piel a la vista: aquella en la que brillaban sus ojos rasgados,

de mirada tan afilada como la punta de su última flecha.

El resto de su cuerpo quedaba oculto entre las sombras.

Debía de llevar guantes y unas botas de caña alta. Era difícil saberlo cuando el arco dorado que bajaba al tiempo que se incorporaba solo iluminaba un lado de su silueta, como si el sol se estuviera poniendo por su costado.

Dagon descubrió que se trataba de una mujer un segundo antes de escucharla hablar. Tenía la voz grave, rasgada como una cantante de *jazz*; de ahí que su tono pareciera sugerente cuando era improbable que le hubiera dado aposta dicha inflexión.

—Parece que necesitabais ayuda —dijo quedamente.

Todos excepto Dagon, que aún estaba sentado en el suelo con las manos apoyadas a la espalda, blandieron su arma en posición defensiva. Él solo se preguntó si tenía un leve acento árabe o lo había soñado.

El *rex* dio un paso adelante con actitud cautelosa.

—¿Quién eres? Muéstrate —exigió con una mezcla de curiosidad y desconfianza.

Ella no vaciló al obedecer.

Dagon no fue el único que contuvo el aliento al verla saltar desde el tejado con los brazos extendidos y aterrizar sobre sus pies sin emitir el menor sonido. No llevaba botas, sino unas babuchas de cuero negro, pero ni siquiera se veían sus tobillos gracias a las tupidas medias. Cuando colocó el arco bajo su brazo y costado, toda ella quedó iluminada por su fulgor. Conforme avanzó con la barbilla elevada, moviendo las caderas enfundadas en un neopreno negro de forma cautivadora, el brillo del arma se intensificó hasta que solo ella deslumbraba en la oscuridad.

Pero habría deslumbrado sin ayuda de la magia.

La desconocida no dijo nada. Cuando se hubo detenido ante el *rex*, que seguía blandiendo su arma con la intención de usarla, se limitó a deshacer el nudo del pañuelo que ocultaba su identidad. Un lacio mechón escapó de la trenza, pero no llegó a interponerse en la contemplación de un rostro a todas luces perfecto. A sus ojos de Sherezade, enmarcados por un abanico de pestañas enredadas, se sumaba la nariz recta de herencia árabe que daba el toque justo de seriedad a su expresión. Sus labios no se movieron para pronunciar un nombre, pero solo esculpidos en su cara morena lograron hipnotizar a los hombres presentes, empezando por el mismísimo *rex*.

Valthessar bajó la espada egipcia como si ella se lo hubiera ordenado por telepatía, quizá por primera vez rendido ante algo tan —solo en apariencia— insignificante como la belleza femenina.

—¿Quién eres? —preguntó de nuevo al *rex*, aunque con una entonación diferente.

A todos menos a Dagon les había pasado desapercibida la nota de placer en su voz, tan prendados que habían quedado de ella, pero si sus compañeros hubieran estado en condiciones de oírlo ronronear, no habrían podido juzgarlo. Más bien habrían suscrito su fascinación.

Dagon estuvo a punto de carcajearse al ver las caras de los penitentes. Ni Luvart, el hombre inconmovible que había esperado mil años a su amada Reyyan, fue capaz de reprimir una expresión anhelante.

«Por la diosa», estuvo a punto de mofarse. «Parece que no hayáis visto a una mujer en vuestra vida».

Solo que no era «una mujer», o, al menos, no eso en exclusiva. Se ocupó de dejarlo meridianamente claro alargando una mano con lentitud y puntualizando:

—Soy vuestro as bajo la manga.

Capítulo III

Qadira nunca había visto nada parecido al edificio que se alzaba ante sus ojos.

Por lo que le había estado contando uno de los penitentes de la guardia —y con más entusiasmo de la cuenta—, se trataba de una mansión gótica levantada a las afueras de Praga para el uso y disfrute de un noble medieval que la nombró su residencia de verano.

Qadira no entendía por qué, un noble o un plebeyo, elegiría Praga como destino de vacaciones estivales. Ella, que estaba acostumbrada a la temperatura cálida del Autem y, antes de ello, a los veranos secos de Nishapur, no había dejado de abrazarse los hombros para contener los escalofríos. No obstante, no le sorprendería que un hombre con delirios de grandeza levantara un fuerte de esas dimensiones y lo decorase al estilo de la corte de Versalles, fuera allí o fuera en la otra punta del mundo. Había tratado con suficientes humanos —y hombres inmortales— con ínfulas de reyes para saber cómo se las gastaban.

Qadira no estaba acostumbrada a ese tipo de suntuosidad como para saber fingir indiferencia, pero lo intentó. No quería que El Séptimo Círculo desestimara sus talentos o la importancia de su presencia porque su fascinación les resultara provinciana.

Si la entrada de la mansión ya era una soberana maravilla, con sus arcos ojivales y sus ventanas alargadas, sus dos impresionantes chimeneas y sus torres adosadas, el interior parecía un palacio: techos altos, puertas, marcos y zócalos de madera noble, pesadas cortinas de terciopelo, alfombras persas cubriendo cada centímetro del suelo, divanes de cuero salpicados de cojines mullidos, pinturas al óleo que apostaba por que se subastarían por una fortuna…

—¿La diosa os permite vivir así? —preguntó sin ningún tipo de acritud, tan solo manifestando la que creía una duda legítima.

En cuanto intercambió miradas con el *rex*, supo que no lo había ofendido. No fue él quien le contestó, aun así, sino el penitente de porte regio y cabello rubio.

—Los que viven en la frugalidad son los seráficos. A nosotros, por pecadores, se nos permiten algunas estridencias.

—¿No debería ser al revés? ¿Por qué premiar con esta grandeza a los que cayeron y castigar sin lujos a los sacrificados?

—No es La Magna quien lo decidió así —replicó el mismo penitente, una impresionante belleza europea—. Para los seráficos es

un placer demostrar su lealtad renunciando a los caprichos materiales, o así solía ser. Me parece que las normas cambiarán con el nuevo regente al mando.

Acompañó la explicación de una sonrisa que, aunque no tuvo ninguna connotación sexual, incomodó a Qadira.

A decir verdad, el comportamiento de los penitentes en general, no solo el de aquel, llevaba inquietándola desde que había mostrado su rostro.

Había sido advertida de que los penitentes eran seres de temperamento volcánico; que eran más animales que hombres. Fueron reclutados de episodios históricos donde corrió la sangre, con la diferencia de que ellos habían glorificado la violencia y la anteponían a la cortesía que se predicaba entre los empíreos del Autem o los seráficos de La Sociedad.

¿Por qué, entonces, eran todo sonrisas? Creía saber la razón, y no le gustaba un pelo. Recibir un trato preferente por parte de machos sexualmente activos podría ser una pesadilla hecha realidad, porque Qadira bien sabía que luego querrían cobrarse los favores que le hicieran.

Eso también lo sabía su superior. Por eso le había advertido que no exhibiera su cuerpo.

Qadira había obedecido porque era su deber, y porque no le supondría ningún esfuerzo, acostumbrada como estaba a ocultarse con ahínco de la mirada masculina. Sin embargo, no parecía que sus esfuerzos hubieran servido para nada. Percibía el interés lujurioso de los penitentes como sentiría el bochornoso aire del desierto. Trataba de ignorar ese sudor pegajoso que notaba adherido a la piel, pero no era tan sencillo cuando la rodeaban y se peleaban con disimulo por su atención.

Se sentía sucia, en urgente necesidad de un baño. Pero antes de preguntar dónde podría asearse, tenían mucho de lo que hablar.

La que retomó la palabra no fue ella, como tampoco el *rex*. La mujer que había estado tendida en el sofá de la sala principal, viendo la televisión, se incorporó, alertada por la visita, y se dirigió a ella sin ocultar su curiosidad. Sorbía ruidosamente de una pajita y vestía tan solo una camiseta que dejaba a la vista las piernas de una mujer que no se dedicaba a la guerra; de una mujer que, a simple vista, no parecía relevante, pero que sabía que era una pieza indispensable.

—¿Quién es este bellezón? —preguntó sin rodeos, mirándola de arriba abajo.

Qadira compuso una sonrisa vacilante y se disculpó con los ojos antes de volver a cubrirse el rostro, cohibida ante el recordatorio de que había olvidado taparse. Este detalle hizo que la ceja rubia de la muchacha saliera disparada hacia arriba en una pregunta silenciosa.

Una que ni siquiera Mara, insolente como le habían informado que era, se arriesgó a hacer.

—Su nombre es Qadira. La Magna la ha enviado, tal y como prometió en nuestra última audiencia, para que nos eche una mano —le explicó Valthessar, al tiempo que dejaba su arma recostada contra la pared del recibidor. A continuación, le frunció el ceño a la joven—. ¿Qué haces así vestida? Por la diosa, sube y ponte algo.

Aunque ya no podían ver su expresión, Qadira se reprimió para no torcer la boca con desagrado ante la orden. Tampoco se dieron cuenta de que el vello se le ponía de punta con su tono exigente.

—¿Por qué? Estoy entre amigos. Además, yo no me miraría a mí estando esta tía delante… y parece que tú tampoco —agregó, sondeando al sonrojado Valthessar con una mirada burlona. Se acercó a Qadira con una naturalidad apabullante y le ofreció la mano—. Soy Mara. Vivo aquí sin pagar alquiler, agua o gas. Privilegios de tirarse al jefe.

—Mara… —empezó a advertirla Valthessar, pellizcándose el puente de la nariz.

No hizo falta que Mara, con una vergonzosa falta de respeto hacia su pareja, la pusiera al corriente del vínculo que los unía. Qadira había sentido en el aire la intensa conexión que solo se celebraba entre penitente y *anandha*.

Estrechó con firmeza la mano de Mara, teniendo la gentileza de reservarse el conflicto que le provocaban tanto su poca disciplina como el trato que él le dispensaba.

«¿Desde cuándo una *anandha* le habla así a su hombre?», se preguntaba, incómoda.

—Será un placer trabajar junto a tu pareja —dijo con diplomacia.

Mara rompió a reír ante su tono solemne.

—Eso lo dices porque no lo conoces. Aquí todos están hartos de «trabajar» para él. Yo no, claro, pero porque yo *me lo trabajo,* ya sabes… —Le guiñó un ojo, otro gesto que le pareció impropio y que la inspiró a retirar la mano con todo el disimulo posible—. ¿No le vas a hacer la pregunta que brilla en los ojos de todos los que nos conocen? ¿La de por qué un pecador guerrearía para El Séptimo Círculo aun después de haber obtenido el perdón de la mujer que ha sido destinada a él?

—Nadie lo pregunta, brille en sus ojos o no, porque cobra sentido nada más verte. Mejor guerrear para El Séptimo Círculo y enfrentar las fuerzas perversas de La Tierra que vivir a solas contigo —le bufó Valthessar, quitándose la chaqueta de cuero negra. Ya no volvería a ponérsela. Estaba rasgada por los hombros y cubierta de sangre—. Manda huevos… Viene uno con la cabeza abierta y no hay ni un «cómo te encuentras».

Mara ignoró el reproche de Valthessar. Se concentró en la mirada inexpresiva de Qadira mientras el resto de los penitentes hacían lo que parecía rutinario: dejar sus armas, repartirse vendajes y desinfectante y desaparecer tras una puerta que llevaríam, quizá, a una sala de juntas.

Qadira no se preocupó de averiguarlo. El personaje de Mara le interesaba, y más que lo hizo cuando, tras un sutil examen, confirmó que se trataba de un ser humano excepcional.

Era la ocultista. El portal. No solo estaba allí en calidad de *anandha,* aunque pareciera gozar del privilegio de mantenerse al margen de la lucha con sus refrescos y su televisión. Estaba allí porque era útil.

Más que eso: era única en su especie.

—No lo pregunto porque he visto de todo —resumió Qadira con prudencia—. He conocido a penitentes tan comprometidos con la causa que no querían dejar de luchar, simple y llanamente, por lealtad a sus hermanos y a su diosa. Otros se habían acostumbrado a su rutina hasta tal punto que no sabían o no querían arriesgarse a empezar otra nueva, o les gustaba más La Tierra que el Autem porque se sentían más útiles aquí… También he tratado con penitentes que no se sentían satisfechos con la gracia y el perdón de la *anandha.* Necesitaban más, una estrategia bélica, otro propósito vital, porque ella no era suficiente para llenar los vacíos de su corazón.

Se fijó en que los ojos de Mara centelleaban, no supo si por la repentina antipatía o porque había abierto una grieta en su seguridad en sí misma.

Aquella respuesta ni siquiera había sido otorgada con la intención de alterar a la muchacha. Era un comentario inocente que encerraba una verdad dolorosa, pero Qadira se alegró de que hubiera provocado un efecto en ella. No era demasiado pronto para comenzar a minar las relaciones de los penitentes. Cuanto antes empezara, antes podría regresar a casa.

A casa.

«¿Qué casa?», se burló la voz interior.

—¿Y en qué categoría englobarías tú a Valthessar? —le preguntó, cruzándose de brazos.

Qadira fue prudente al contestar.

—Aún no lo conozco suficiente para hacer juicios, pero parece un hombre leal a los suyos.

—Qadira. —El rey de Roma la llamó desde el otro extremo del salón. Valthessar era el único que aún seguía allí, de pie bajo el quicio de la puerta que parecía haber absorbido a todos los penitentes—. Acompáñanos. Tras el altercado de esta noche, necesitamos sentarnos a valorar la situación. Y ponerte al corriente sobre ella, claro.

Aunque Mara no había sido invitada, siguió a Qadira en su paseo hasta un magnífico comedor.

Hacía tantos años que Qadira no pisaba La Tierra que no tuvo con qué compararlo. Quizá con una versión mucho más lujosa y recargada de lo que ella vivió como un banquete de señores feudales, de príncipes franceses, holandeses y sicilianos que se enriquecieron tras la toma de Jerusalén. Por supuesto, allí no habían servido viandas para celebrar la creación de los condados de Edesa y Trípoli. La larga mesa rectangular estaba vacía salvo por las manos de los penitentes que se habían apoyado en ella, evocando una postura de rezo.

Qadira se sintió observada al entrar. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para disimular la incomodidad al buscar asiento. No se lo pusieron fácil. Al menos tres penitentes se empeñaron en retirar una silla al azar en un gesto galante… y también desconocido para ella.

En sus años mortales lo vio a menudo. Grandes caballeros tratando a las damas de la corte con una gentileza exquisita, pero nunca a ella, porque ella no había sido una dama…, o no por mucho tiempo. Qadira había admirado las escenas de amor cortés al otro lado del cortinaje, o mientras servía más vino a los príncipes de la cruzada con menos prendas de lo considerado respetable.

No se molestó en sonreír con agradecimiento o rechazar educadamente las tres sillas que habían retirado para su comodidad. Se sentó en el otro extremo de la mesa, lanzando así un mensaje muy claro —«No necesito vuestras adulaciones», y entrelazó los dedos sobre la superficie de madera barnizada.

No se fijó en ninguno de los miembros de El Séptimo Círculo mientras se prolongó un silencio cargado de curiosidad, sino en la única mujer que había allí ya sentada: una muchacha menuda y con el cabello corto, como se lo dejaban a algunas esclavas tras un corte de espada. Ella la estaba mirando a su vez con el ceño arrugado, como si hubiera algo que no cuadraba. Qadira entendió por qué en cuanto supo que se estaba disputando la atención de la joven con el penitente de aspecto principesco, Luvart.

Porque, como era natural, Qadira sabía quién era. Sabía quiénes eran todos y cada uno de ellos, incluso el nombre que la muchacha menuda había recibido de nacimiento y cuál ostentaba ahora. También cuántas horas al día tenía cuerpo propio y cuántas pasaba encerrada en el corazón de su pareja, Luvart, el príncipe de los ángeles.

Una vez estuvieron todos acomodados, los cuatro magullados de la guardia y dos más que habían permanecido en la casa guardando el nido, Valthessar dio comienzo a la sesión con un carraspeo, pero fue Qadira la que habló.

—Falta uno. —Todos se miraron sin entender. Ella aclaró, en tono

neutro—: Falta un penitente.

»Valthessar. —Señaló al *rex*, al que su ascendencia egipcia le precedía: bronceado natural y cabello tan negro que destellaba azul en las puntas—. Luvart. —Hizo un ademán hacia el rubio de los ojos violetas, una tonalidad no tan insólita si se tenía en cuenta el secreto de quién había sido su creador—. Samael… —Cabeceó hacia el casi albino de aspecto vikingo, que, aun sangrando por todas las heridas abiertas, tenía fuerzas para perseguirla con sonrisas libidinosas—. Abraxas. —Apuntó al guerrero de origen sabino, un hombre desproporcionadamente grande de piel oscura y ojos sin vida—. Renyi. —No se detuvo demasiado en el penitente de aire exótico. Quizá hubiera nacido en la época samurái, pero, viniera de donde viniera, no tenía mucho que aportar, o así la habían informado—. Y…

Se quedó en blanco al dirigirse al último de los presentes, el guerrero del largo cabello caoba, la barba de varios días y la camisa amarilla con motivos negros, que se intuía de lo más suave al tacto. ¿Seda? ¿Satén? Qué importaba. Sabía su nombre, por supuesto, aunque no tanto sobre su historia —el penitente estaba todavía muy verde, apenas se había incorporado a la organización hacía medio siglo—, pero ya le había impactado su extraño aspecto en un principio.

También le impactó en ese momento, y hasta el punto de dejarla sin habla. Muerta de curiosidad, abrió la boca hasta tres veces sin que un solo sonido saliera de sus labios.

—Dagon —se presentó el susodicho, poniendo una mano sobre su pecho. Sonreía como si comprendiera su repentina mudez—. Puedes llamarme Dag. Y, por cierto, antes de que se abra la sesión y hablemos de asuntos no tan relevantes —agregó, mirando a sus compañeros—, me vais a tener que pagar la camisa de Versace. Mirad cómo se me ha puesto por culpa de vuestra llamadita de última hora.

—Tienes cien iguales. —Samael puso los ojos en blanco.

—¿Y? A lo mejor el ciento uno es mi número de la suerte, como el de Cruella de Vil.

Valthessar interrumpió la conversación alzando la mano. Tan solo posando una mirada en Qadira, la invitó a continuar.

—Estabas diciendo…

—Estaba diciendo que sois seis. Tengo entendido que había siete de vosotros. Falta un penitente llamado Xaphan, si no recuerdo mal.

—Veo que has hecho los deberes —ronroneó Samael, apoyando el codo sobre la mesa y la barbilla magullada sobre la mano—. Qué chica tan aplicada.

—Me temo que Xaphan no va a acompañarnos durante las próximas setenta y dos horas… como mínimo —puntualizó Valthessar, y no sin que le pesara—. Como ya sabrás si La Magna te ha informado

de los últimos avances del Gran Grimorio, un sacerdote que formaba parte del Consejo de Prefectos de La Sociedad, Quinto, ha sido desenmascarado como un traidor. Se le acusa de confraternizar con el enemigo, con Él mismo, de hecho, y La Magna ha considerado que no solo La Sociedad necesita una purga, sino también la Orden. Xaphan posee un talento especial que no dudo que servirá para asegurar que no haya ningún otro sacerdote tonteando con la magia negra en el Autem, donde ya sabrás que se encuentra la Orden de Hechicería.

Qadira asintió, controlando su alivio con gran éxito.

No la habían informado mal, entonces. Xaphan no sería un problema. Teniendo al penitente más poderoso fuera del mapa, no correría ningún riesgo. Tal vez el ausente Xaphan no fuera útil en el cuerpo a cuerpo, pero tenía entendido que sus habilidades mentales superaban por mucho las de sus compañeros, y, con un lector de mentes pululando por la casa, no habría podido llevar a cabo sus objetivos con tranquilidad.

—Es una lástima que no podamos contar con él —dijo, mirando al *rex* a los ojos.

Este se revolvió en el asiento, vulnerable a su atención.

—Aquí nadie puede acabar un puzzle o un sudoku sin su ayuda —se rio Dagon. Se estaba poniendo cómodo en el asiento, cruzando las piernas en posición de loto y los brazos como un jefe indio.

Qadira no entendía su desenfado. A decir verdad, no entendía el comportamiento de ninguno de los presentes. La naturalidad con la que se comunicaban, a veces incluso con una inusitada falta de respeto hacia el otro, y el humor con el que se tomaban las cuestiones más problemáticas, no casaba con la magnitud de la situación que estaban viviendo.

—Xaphan es el mejor resolviendo misterios, pero lo que ahora mismo necesitamos es un aliado fuerte, con mentalidad estratega y que conozca unos cuantos movimientos para que no acabemos las guardias así. —Luvart señaló a los implicados con un gesto de cabeza: sus heridas abiertas, su visible cansancio—. De no haber sido por Qadira, habríamos muerto.

—Quizá, si me hubierais llevado con vosotros, esto no habría tenido lugar —intervino por vez primera la muchacha del cabello corto. Qadira se habría inquietado si hubiera recibido la mirada que Reyyan le dirigió a Luvart, más perturbadora aún cuando la acompañó de una insinuación—: Pero ya veo que te convenía que no estuviera presente.

Luvart cambió de postura en el asiento.

—Eso no es así, Reyyan…

—Por supuesto que no es así —habló el *rex*, sin percatarse de la energía negativa que vibraba entre la pareja. Qadira también estaba al

corriente del vínculo entre la sacerdotisa Reyyan y el penitente Luvart. Sabía, asimismo, que ni ella era una simple servidora de la Orden, ni él un humilde pecador—. Vuestra ayuda nos habría convenido más que nunca, Reyyan, porque el ejército del Gran Grimorio ha cobrado fuerza gracias a un hechizo, y estoy casi seguro de que esto es obra de Quinto… o Leviathan… o como demonios se haga llamar ahora.

Qadira se tensó ante la mención de aquel nombre.

Leviathan.

Capítulo IV

La bestia marina de La Biblia. Dios la creó en el Génesis y Job describió sus similitudes con las del dragón, otro terrible animal de mitología.

¿Estarían allí tan familiarizados con los nombres que escogían los enemigos y el porqué de su elección como lo estaba ella, pese a que su religión nunca hubiera sido la cristiana?

—¿Quinto, detrás de todo esto? Eso es mucho suponer —repuso Samael, frotándose la cara con cansancio.

—Tal vez, pero todas las piezas encajan —le recordó Luvart. Se dirigió a Qadira con más tacto del que a Reyyan le hubiera gustado, a juzgar por su mueca impotente—. Hace tan solo unos días, el rehabilitado regente de La Sociedad, Aladiah, declaró la fuga de su sacerdote Quinto y aireó ante todos los seráficos el vínculo secreto de este con el Gran Grimorio. Su pareja, Darda'il, confirmó que Quinto había estado presente mientras el Enclave la torturaba, y que había oído a su secuaz llamarlo «Leviathan», un nombre con el que no cabe la menor duda de parte de quién está.

—Solo los traidores tienen el descaro de renombrarse, de rechazar el bautismo de La Magna y labrarse su propio camino —murmuró Abraxas, examinándose los nudillos amoratados con la mandíbula tensa. No parecía haberse tomado bien la derrota, aunque no hubiera sido ni de lejos una batalla decisiva.

—Exacto. —Valthessar cabeceó—. Y sí, quizá es mucho suponer, pero sabemos que Leviathan tiene nociones de magia porque perteneció a la Orden. Es curioso que, justo cuando se desvanece en el aire, el ejército del enemigo gane fuerza gracias a un hechizo.

»Tenemos que informar de esto a los seráficos, si es que en sus guardias diurnas no se han percatado de lo mismo, y establecer una estrategia. Y espabilar —agregó, posando una mirada grave en cada uno de los penitentes—. Hasta ahora, las guardias han sido un paseo. Los engendros eran débiles, mortales, no iban apropiadamente armados y atacaban de forma desordenada. Ahora se organizan, obedecen a un general que sabe lo que hace. Han aprendido el valor fundamental de la disciplina y pueden hacernos daño. Hace algún tiempo desde que la guerra no es un juego, pero, a partir de ahora, las cosas se van a poner feas de verdad. —El *rex* posó una mirada apreciativa en Qadira—. Supongo que tú has venido con algunas

ideas. No estaría mal conocerte y saber en qué has estado pensando para solventar la situación.

—¿Qué consideráis que necesitáis saber? —inquirió, solícita y distante a la vez.

—¿Cómo te gustan los hombres? —preguntó Renyi, sonriendo de un modo estremecedor.

—¿Qué clase de ropa interior llevas puesta? —quiso saber Samael, mirándola con interés.

Qadira agradeció que el pañuelo cubriera su rostro enrojecido.

—¿Estáis de coña? —bufó Dagon, anonadado—. En el ambiente en el que nos encontramos, esas preguntitas podrían entrar en el marco del acoso laboral, ¿sabéis?

—¿Qué es eso? —desestimó Samael, deleitándose con la escasa visión de Qadira. Parecía bastarle con intuir sus contornos, o con el vago recuerdo de su rostro perfilado en la oscuridad, porque su sonrisa no perdía el tinte lujurioso—. Cuando seguíamos a Ragnarr Loðbrók a conquistar las costas de Inglaterra, el acoso laboral no existía, y todo lo que no existiera durante mi época, no significa nada para mí ahora.

—Es evidente entonces por qué se consideraba bárbaros a los vikingos. No parece que la educación básica la inventarais vosotros —repuso Luvart con calma. Se dirigió a Qadira con un ademán elegante —. Discúlpalo. No es una excusa, pero es así con todo el mundo.

—No es cierto —rezongó Samael, cruzado de brazos—. No suelo ponerme coqueto contigo.

Luvart le dirigió una mirada implacable.

—Eso no es coquetería, sino una muestra de tu carácter irrespetuoso.

—Tú solo estás siendo respetuoso de cara a la galería, así que no te creas en el derecho de hacer juicios de valor —le espetó Reyyan, sumiendo la sala en un silencio conmocionado—. No eres mucho mejor que Samael, y solo hay que leer tus pensamientos para saberlo.

Mara recordó su presencia lanzando un silbido admirativo. Se cruzó de brazos antes de mirar a Luvart con sorna, quien había palidecido.

—Eso de estar conectados a nivel mental es una faena a veces, ¿eh? No te deja apreciar tranquilito la belleza femenina.

—No estamos siendo un ejemplo de disciplina y clan unido para Qadira —se quejó el *rex*—. Dejad de interrumpir con vuestras tonterías, haced el favor, y dejad que se explique.

Qadira solo carraspeó cuando supo que nadie volvería a intervenir.

No hacía falta que Samael o alguno de sus amigos hicieran comentarios salidos de tiesto para que se tensara de pies a cabeza. Solo estar sentada a la mesa con machos en edad de amar la

preocupaba.

Aquello no le gustaría a su superior. Apostaba por que saldría de allí oliendo a testosterona. El deseo de los hombres se ceñiría a su ropa, a su piel, y sería castigada por haber provocado semejante reacción en el género masculino.

Se tragó el miedo que le suscitaba dicha contingencia y habló con una calma hueca que alertó al penitente de la melena caoba. Dagon jugaba con el manojo de souvenirs que descansaba sobre la mesa, del que apenas se distinguían unas tres o cuatro llaves frente a las decenas de recuerdos de otras ciudades. La miraba de soslayo con curiosidad furtiva, como si estuviera al corriente de su introversión y, a diferencia de los demás, no quisiera espantarla.

En Dagon halló la serenidad necesaria para expresarse. Se concentró en él, pues, al hablar.

—He venido para cumplir las órdenes que el *rex* me dé, en calidad de sustituta de la fuerza que habéis cedido para la investigación de la Orden, Xaphan. No tengo estrategias en mente, pero he sido puesta al corriente de las últimas bajas, saboteos internos y avances del enemigo y, si estáis de acuerdo, daré mi opinión y utilizaré mi experiencia para colaborar de la mejor manera que sepa.

—No lo dudo —ronroneó Samael—. Y, si hay algo que no sepas, yo te lo puedo enseñar.

—¿Qué experiencia es esa? —inquirió Dagon, usando un tono conciliador que contrastaba con la virulencia de las insinuaciones de Samael—. ¿De dónde vienes?

Qadira se refugió en la expresión afable de Dagon, aunque con cautela. Detrás de su simpatía podía haber el mismo deseo impuro que manifestaban Samael, Renyi y que incluso Luvart trataba de contener.

—Del Autem. Era… *soy* una empírea de La Magna. Pertenezco a la facción de los marciales, de ahí mis habilidades de lucha. Su Santidad me eligió a mí para la misión debido a mi facilidad de adaptación. Los empíreos suelen necesitar un período de adecuación a un cambio de escenario tan radical como lo es bajar del Autem a La Tierra—explicó con paciencia—, pero la misión era urgente y no había tiempo para acostumbrar a nadie a las normas humanas, al modo en que aquí pasa el tiempo o las tecnologías que hay que aprender a manejar.

—¿Tú estás familiarizada con el reloj del planeta y sus avances tecnológicos? —se aseguró Valthessar.

—Más o menos, sí. Más que…

—¿Qué eras antes de que te reclutara La Magna? —interrumpió Reyyan, vigilándola con el rabillo del ojo. Por fin había despegado la mirada hostil de Luvart.

Qadira se había librado de la inteligencia superior de Xaphan, quien no habría tardado ni media fracción de segundo en descubrir

sus objetivos, pero no había contado con el poder de Reyyan para leer las auras y adivinar, en base a presentimientos, qué hacía allí y quién era ella.

Tendría que pensar en el modo de desestimar sus sospechas si en algún momento llegaba a manifestarlas ante el *rex*.

—Luché en las cruzadas contra los príncipes europeos. Bueno… —Se miró las manos, una excusa para huir del escrutinio de la sacerdotisa—. En aquel entonces, las mujeres no teníamos permitido luchar, pero toda ayuda era poca cuando el sultanato selyúcida estaba siendo reducido en diversas batallas contra el ejército francés, holandés y siciliano. Mi padre era el hijo de un importante visir persa, contemporáneo de Malik Shah I. Eso me convertía a mí en un botín interesante; al menos, mientras el Sultanato siguiera en pie tras el paso de los cristianos. Así pues, y aprovechando que uno de los generales cruzados se encaprichó de mí y quiso hacerme su esclava, acepté ser el caballo de Troya para mi pueblo.

—No puedo culparlos de hacerte su esclava —comentó Samael, mordiéndose el labio—. ¿Fue esclava de mazmorras, o esclava sexual?

—Por la diosa… —mascullaba Dagon, negando con la cabeza—. No tienes vergüenza.

Qadira miró de soslayo a Dagon, preguntándose si su molestia era fingida, para ganarse su confianza, o de veras le irritaba que la redujeran a una cara bonita.

Parecía decepcionado de veras con sus compañeros.

Eso, sorprendentemente, la apaciguó.

—La Magna te reclutó por tu fuerza estratégica —resumió Valthessar, frotándose la frente con impaciencia—. Fuiste espía, no tanto un sacrificio por el bien del devenir histórico.

Se sabía que los empíreos eran reclutados por haberse sacrificado por el curso de la historia, como hiciera Valthessar al morir por su faraón, Ramsés II, en la batalla de Qadesh, de modo que su reinado prosperara con todos los avances que trajo a posteriori.

—Podría decirse —acotó Qadira con voz queda.

—¿Y qué te hicieron los cristianos mientras estuviste presa? —se interesó Renyi, ladeando la cabeza de un modo perturbador—. ¿Te torturaron? ¿Abusaron de ti? ¿Alguien te hizo su amante, tal vez?

Qadira se tensó ante la curiosidad morbosa que encerraban sus dudas.

—Esto es el colmo —espetó Dagon, que había perdido la paciencia. Se inclinó hacia delante para alternar su mirada incrédula entre Renyi y Samael—. ¿Cuál es vuestro problema? ¿Qué clase de preguntas son esas?

—No me lo puedo creer —masculló Reyyan de pronto, proyectando toda la fuerza de su asombro, que no era poca, en Luvart—. No me

puedo creer que estés pensando en algo así.

Se puso en pie de golpe, lanzando la silla hacia atrás. Miraba a Luvart con las mejillas encendidas y los ojos brillando por las lágrimas de traición que no derramaría. Sacudió la cabeza, negándose aceptar lo que quiera que le estuviera cruzando el pensamiento, y antes de que Luvart pudiera explicarse —cosa que iba a hacer, porque abrió la boca, aunque titubeante—, Reyyan desapareció de allí dando pisotones indignados.

Qadira la siguió con la mirada.

Le sorprendió que no hubiera tenido que hacer nada más que aparecer para sembrar la discordia entre su amante y ella. Solía confiar a ciegas en las estrategias de su superior, pero no tanto así en el poder de su feminidad, y de ahí que hubiera dudado —aunque no hubiera tenido el valor de admitirlo en voz alta— de la palabra de su amo cuando le aseguró que su sola presencia física alteraría la calma.

Debería haber imaginado que, si fue el caballo de Troya una vez, podría volver a serlo.

—¿Por qué fuiste reclutada, si tu misión no tuvo el éxito esperado? —preguntó de pronto Mara, mirándola de hito en hito—. El sultanato se disolvió tras las cruzadas. Los caballeros de la Orden ganaron finalmente, así que podría decirse que tu caballo de Troya no surtió efecto. ¿La Magna nos ha mandado a una espía que no cumplió con su deber? —Al percatarse de que Valthessar se había quedado asombrado, puso los ojos en blanco—. ¿Qué? Mi padre coleccionaba armas antiguas, entre ellas espadas de templarios. Sé algo de historia.

—No dejas de sorprenderme. —No llegó a sonar como un halago.

—Es una pregunta legítima —insistió Mara, sin apartar la vista de Qadira. La recién llegada parecía su objetivo, y ella, un avezado francotirador—. ¿Por qué?

Qadira tomó aire antes de responder con las manos posadas delicadamente sobre los muslos.

—Has supuesto demasiado rápido que mi lealtad estaba con el sultanato.

—Acabas de decir que luchabas por ellos —le recordó con hosquedad—. Que espiaste para ellos.

—Y lo hice, en un principio —cabeceó, inalterable—, pero luego cambié de bando. Parece ser que mi intervención fue clave para que los resultados de las cruzadas fueran benevolentes con los cristianos. De todos modos, no puedo asegurarle a nadie que La Magna me reclutara por las decisiones que tomé. Sus vías son inescrutables, ¿no es eso lo que dicen del dios humano? Y tampoco pueden ser puestas en entredicho.

Mara amusgó los ojos, no sin cierto regocijo perverso.

—Entonces nos han mandado a una empírea muy capaz —se

reclinó en la silla con una sonrisita—, pero también traicionera.

—A lo mejor solo estaba confundida, como Italia en la Primera Guerra Mundial —se apresuró a defenderla Samael—. No creo que una mujer con su cara pueda causar estragos de ese nivel.

—Qué poco sales a la calle, Samael. ¿Acaso no has oído que las guapas son las peores?, ¿en concreto, que son el infierno del alma? La podredumbre se oculta tras las caras de los ángeles… Aunque con esto no quiero decirte que sea el caso —agregó Mara, declarándose inocente con las manos en alto. Luego añadió con malicia—: Es obvio que no eres un ángel.

El *rex* rompió el que podría haber sido un momento de tensión con un suspiro. Se frotó las sienes con los dedos, agobiado.

—Entre los acusadores de los unos y los salidos de los otros, todo el mundo anda demasiado alterado como para pensar con claridad. Sugiero que cada uno se vaya a su habitación. Mañana será otro día. Uno muy largo y que pasaremos en La Sociedad, honrando a la augur Levana, que la diosa la tenga en su gloria, y meditando estrategias. Hasta entonces, podéis retiraros.

El primero en levantarse fue Luvart, que salió por la misma puerta tras la que Reyyan había huido. Le siguieron los demás, uno a uno, como si existiera un orden predeterminado para acatar las órdenes del *rex*.

Qadira observó en silencio y sin mover un músculo a cada uno de los penitentes. Puso especial interés al único que solo la miró un instante con sus insólitos ojos ámbar, disculpándose sin palabras por el comportamiento de los demás. Cuando

Dagon se hubo marchado del comedor, el delicioso olor a vainilla y canela que Qadira había detectado en el aire se esfumó a su vez.

Apenas se quedaron a solas Qadira, Mara y Valthessar, la joven ocultista retomó la palabra con deje burlón.

—¿Que todo el mundo anda alterado? Yo diría que solo los que tenéis un alambre entre las piernas. Tú puedes estar tranquilo por mi parte, Valthe. Soy un poco más comprensiva con la testosterona que Reyy, en parte porque, si esta chica fuera mi tipo, sería la primera en intentar ligar con ella. —Mara le dio una palmadita en la espalda a Valthessar, que la miró, ojeroso y hastiado, antes de limitarse a suspirar de nuevo—. En fin, sí, lo mejor será que se levante la sesión y retomemos cuando esta pandilla de adolescentes haya podido hacerse una paja.

»Si se me acepta una sugerencia —agregó, poniéndose en pie. Valthessar ya había manifestado su desacuerdo con respecto a la condescendencia del comentario anterior—, creo que deberíais poner a Qadira a resguardo, no vaya a ser que alguien intente visitarla esta noche sin avisar con antelación. Ya se ha visto el morbo que suscita

que la torturaran los caballeros cruzados. No queremos que reviva sus peores pesadillas, ¿verdad que no?

El *rex* se inquietó con la sola insinuación y miró a Qadira, indeciso.

—Tal vez debamos llevarla a la torre.

—¡Ah, la torre! —exclamó Mara, soñadora—. ¡Qué recuerdos más dulces!

—Confiaría mi vida a mis hombres, y Samael es la definición de «mucho ruido y pocas nueces». No hay de lo que preocuparse en lo que a él respecta. Pero Renyi… —Valthessar se mordió la lengua, frustrado—. Renyi es impredecible.

—Tú tampoco eres mucho más manso. Suerte que me tienes a mí para atarte en corto, ¿no? —Mara se inclinó hacia el *rex* para acariciarle la nuca de forma sugerente—. Vas a tener que conformarte conmigo esta noche y todas las que te quedan, corazón.

—Mara, por favor. No te pega nada hacerte la celosa. —Puso los ojos en blanco. Luego se dirigió a Qadira, que también se había puesto de pie para salir de allí tan pronto como se lo permitieran—. Dame unos minutos y te escoltaré al torreón. Pero, por ahora, bienvenida a El Séptimo Círculo, Qadira…, si es que eso puede significar algo para ti ahora mismo.

Ella aceptó el detalle con un modesto cabeceo y se marchó de allí antes de que estallara la discusión entre Valthessar y su *anandha,* que incluso ella notaba cociéndose en el nubarrón que flotaba sobre sus cabezas.

Pensó, aliviada de un modo retorcido, que El Séptimo Círculo no significaba nada para ella en ese momento, y que se lo habían puesto muy fácil para que tampoco lo hiciera en el futuro.

Capítulo V

—Es lo mejor que podemos ofrecerte, dadas las circunstancias.

El *rex* sonó avergonzado, un bochorno que solo se acentuó al ver que Qadira no lo apaciguaba enseguida con un agradecimiento.

Su silencio no tenía nada que ver con que despreciara la que sería su habitación. Solo estaba valorando las paredes, desnudas salvo por un calendario improvisado por el huésped anterior, cuatro palitos verticales tachados por uno horizontal, y afectadas por la humedad en los zócalos superiores. No había una sola ventana, tan solo un amago de escotilla a casi tres metros del suelo.

Debido a la altura del techo, resonaba un eco atronador.

Si Qadira no hubiera vivido en peores condiciones, tal vez habría pedido tímidamente un dormitorio en el que entrara la luz. Había echado tanto de menos el sol durante los siglos que llevaba en el Autem, ese sol cegador y estival que hacía del desierto un paraje peligroso, que la mera posibilidad de regresar a La Tierra se le había antojado suculenta ante la expectativa de ser acariciada por sus rayos.

Por desgracia, el *rex* tenía razón. Dadas las circunstancias, aquello era lo mejor. De hecho, para ella era muchísimo más importante mantenerse alejada del deseo masculino que exponerse al sol.

Apoyó los codos en las manos y se giró hacia Valthessar, que la había estado mirando con el aliento contenido.

No entendía por qué causaba esa agitación entre el género masculino. Quizá una vez, hacía años, tantos que revivía esos recuerdos como si los hubiera protagonizado otra persona, hubiera sido coqueta y segura de sí misma; una mujer a la que le gustaba alardear de belleza y, si se prestaba la ocasión, incluso la empleaba como moneda de cambio o disfraz con el que infiltrarse en los palacios europeos.

Pero ya no lo entendía.

En teoría, seguía siendo la misma. Los mismos ojos, la misma melena, el mismo cuerpo, tal vez ahora más trabajado gracias a la lucha cuerpo a cuerpo para la que había sido entrenada. No obstante, sabía, o así lo sentía en sus carnes, que su luz se había apagado.

¿Cómo era posible que criaturas tan poderosas como las que la rodeaban fueran capaces de *verla*? Su espíritu apenas era una tímida vela luchando para mantenerse firme en medio de la tempestad, y no siempre lo lograba.

Qadira sentía que llevaba toda una vida apagada.

—Servirá —acotó con voz queda—. Te lo agradezco, *rex*.

Él asintió en silencio. Tras lanzarle una última mirada curiosa, se marchó.

La puerta era el único detalle que delataba dónde se encontraba —en una de las torres de la mansión gótica—: era de madera noble, más oscura por los bordes debido a la humedad que empañaba el aire. Podría ver quién la visitaba tan solo corriendo a un lado el cerrojo de acero oxidado que quedaba a la altura de los ojos. No le vendría nada mal si alguien intentaba hacerle compañía sin obtener antes su consentimiento.

A causa de las filtraciones de agua, el torreón estaba helado. La temperatura descendía unos cuantos grados con respecto a la del salón, pero tampoco era un detalle en el que se fuera a excusar para que la reubicaran en el piso habitable. Ella ya llevaba el frío en los huesos, en las articulaciones que le dolía doblar, en el corazón aterido. Se dormiría tiritando incluso durante un verano en su Nishapur natal.

Qadira tomó asiento en el borde del camastro. No podría haberse percatado de que se habían tomado la molestia de cubrirlo con sábanas limpias, pues hacía muchísimo tiempo desde que no se detenía a valorar esas nimiedades, y con «nimiedades» se refería a lo que pertenecía al mundo sensible, al plano físico, lo material. A veces, Qadira sentía que vivía en otro nivel de la realidad, donde no la tocaban las superficialidades. Pasaba más tiempo sobrevolando sus fantasías, sumida en sueños imposibles —que, sin embargo, marcaban sus metas a corto plazo— que con los pies en La Tierra, esa tierra que tanto daño le había hecho y a la que había vuelto por elección propia…, o eso se repetía sin cesar. A la que *siempre* volvería, inevitablemente, incluso si su salvación dependía de ocultarse tras la poderosa sombra de La Magna.

Pero la cruda verdad era que La Magna no podía rescatarla de donde se encontraba. Ni siquiera ella misma se podría salvar.

Sumida en un silencio sepulcral, Qadira se quitó muy despacio el velo que cubría el rostro y el cabello recogido. Lo dobló con mimo y lo dejó a un lado, no sin antes comprobar por encima del hombro, un gesto viciado y ahora ridículo, que nadie la estaba observando. Luego se quitó los guantes de cuero, tirando de las yemas con la temblorosa mano contraria. Los apoyó sobre el pañuelo e hizo una pausa para acariciarse con aprensión los moretones del cuello, similares marcas de violencia que señalaban sus muñecas.

Le costó tragar saliva al notar una punzada de dolor en las zonas que rozaba. Se alegraba de no tener un espejo en el que mirar de qué color se habrían puesto, si seguían siendo escarlata o ya habrían mutado al púrpura de los cardenales. Era una curiosidad morbosa que

no deseaba satisfacer. Más bien ansiaba olvidar cómo habían llegado a su cuerpo.

Estaba a punto de rendirse a las lágrimas, por fin a solas tras siglos de vigilancia, cuando unas voces le llegaron del piso inferior. Creyó entender su nombre entre los susurros lejanos, y, a partir de ahí, aguzó el oído para distinguir lo que decían.

—¿Qué más quieres que haga, Reyyan? —Le costó reconocer en el tono exasperado el característico temple de Luvart, rasgo del que tanto se hablaba en el Autem—. Ya me he disculpado, y estás dentro de mí. Debes saber que soy honesto al pedirte perdón, y que ese pensamiento ha sido un impulso natural, no algo provocado. Soy un hombre, a fin de cuentas, y Samael y Renyi estaban ahí, insinuando una descripción demasiado detallada como para que no me la imaginara con pelos y señales…

—¡No eres solo un hombre! —le recriminaba Reyyan, también con una irreconocible voz chillona—. ¡Y se supone que, cuando un penitente encuentra a su adorada, no tiene ojos para las demás!

—No creo que eso sea así —se defendía él con la boca pequeña—. Abraxas encontró a Astaroth y ¿acaso crees que está manteniendo el voto de castidad? Estoy seguro de que pasa acompañado todas esas noches libres que no se le ve por ninguna parte.

—¿Qué clase de comparación es esa, Luvart, príncipe de los ángeles? —Pronunció su título con desdén—. ¡Astaroth fue asesinada! ¿Crees que, si no hubiera sido así, buscaría mujeres con las que divertirse? ¿Cómo puedes equiparar tus asquerosos fetiches con la necesidad de compañía de un pobre viudo?

—¿Qué te crees, que cuando Abraxas sale al centro de Praga a ver si caza a alguna mujer, no pone en práctica fetiches aún más perturbadores que los que *crees* míos? ¡Además, que no son fetiches, joder, que solo me ha venido una imagen a la mente!

—«Caza alguna mujer» —repitió con condescendencia, ignorando aposta sus argumentos desesperados—. Mírate, hablando de la seducción como si fuera una forma de obtener alimento. Ya ni siquiera eres un hombre. Os habéis rebajado todos a la categoría de animales.

—Lo somos, en cierto modo. Somos cazadores. Salimos por las noches a quitar vidas, Reyyan, no a llamar a las puertas de las casas de los barrios ricos y preguntar: «¿Truco o trato?».

—¿Esa es tu excusa para fantasear con otra mujer delante de mí? ¿Que eres un cazador? ¡Vete al diablo! —rugió, anonadada.

—Si pudiera sacarte de mi cabeza para pensar en otra mujer, lo haría. Sabes que no te procuraría ningún daño de forma gratuita.

—Pero ¿qué dem…? —Alzó la voz para exclamar, seguro que con los brazos en alto—: ¡No lo estás arreglando con ese argumento!

—¿Y qué argumento servirá? —vociferó él, ya de los nervios.

—Ninguno. —Reyyan volvió a su tono neutro, obligando a Qadira a pegar más la oreja—. Te sugiero hacer un viaje a la biblioteca y elegir una novela interesante, porque lo único que te mantendrá en vela o acompañado esta noche será una buena lectura.

—Por la diosa, ¿me lo estás diciendo en serio? —rezongaba él entre jadeos incrédulos—. ¿Te vas a dormir a otra habitación?

—Bastante he tenido con estar delante mientras te la imaginabas desnuda, con un látigo en la mano, como para quedarme si decides invitarla a tu cuarto. ¡Nuestro cuarto!

—Lo estás sacando de quicio, Reyyan. —Su tono se tornó sombrío, cercano a la advertencia—. Además, ¿qué te hace pensar que ella aceptaría?

Qadira cerró los ojos, lamentando que Reyyan tuviera que tolerar tan pobres excusas. No le sorprendió que la sacerdotisa gimoteara, sin dar crédito.

—¿Que lo estoy sacando de quicio? ¡Acabas de insinuar con tu respuesta que no te enredas con Qadira porque ella no te tomaría! —Volvió a alterarse—. ¿Cómo te sentirías tú si de pronto apareciera un hombre en la casa, no pudiera apartar los ojos de sus abdominales y me asaltaran imágenes mentales de él y yo teniendo sexo con castigos medievales involucrados?

El silencio de Luvart fue de lo más elocuente. La propia Qadira, que los escuchaba con un nudo en la garganta, tuvo que darle la razón, aunque solo fuera porque ella misma había estado en la situación de Reyyan.

Sabía lo que era amar a un hombre que se deleitaba con otras mujeres. Pero también se apiadaba de Luvart, porque si *su* hombre hubiera limitado esos deleites femeninos a la fantasía en lugar de llevarlos a cabo sin remordimientos, no le habría costado perdonarlo.

—No puedes castigarme así por una estúpida imagen mental que, además, no significa nada —se empecinó él, hastiado.

—¿Que no puedo? Mírame. Mira cómo me largo.

—Reyyan —la advirtió en tono hostil—, no des un solo paso más.

Qadira se puso de pie involuntariamente al oír la orden. Se acercó a la puerta con el cuerpo en tensión y el oído aún más aguzado, por si tuviera que captar un golpe menos inocente que un portazo, y no dirigido al mobiliario. La discusión se acaloraba por momentos, y Qadira se dolía anticipando en qué podría desembocar la gresca.

—No solo me decepciona tu deslealtad, Luvart —admitió Reyyan en voz baja, apenas audible. Qadira daba gracias a La Magna por haberle dado poderes extrasensoriales al incluirla en su séquito de empíreos, o se habría perdido la parte crucial de la conversación—. También me asquea que, por culpa de tu fascinación, hayas sido

incapaz de darte cuenta de que esa mujer no es buena.

Qadira se tensó más aún. Asió el pomo de la puerta con toda la intención de presentarse en su dormitorio y callarla antes de que dijera algo comprometedor, pero no dio un paso en falso. Se quedó inmóvil, atenta a la respuesta de Luvart.

—¿Qué dices? No creo que estés en condiciones de hacer esa clase de juicios, y ya no solo porque te carcoman unos celos injustificados, sino porque no la conoces de nada.

—Yo no necesito conocer a nadie para intuir acertadamente el fondo de sus acciones —repuso, quizá alzando la barbilla con insolencia.

—¿Ah, no? Pues conmigo te equivocaste bastante, ¿o ya lo has olvidado?

Qadira había esperado un instante de vacilación, pero Reyyan contraatacó sin perder el temple.

—Contigo traía ideas preconcebidas que ni siquiera yo me había formado por mi cuenta, pero ya ves que me duraron cinco minutos porque se impuso el instinto. Y antes de que digas que con ella las tengo porque estoy celosa, deja que te diga que he intuido que hay algo desagradable en Qadira antes de que tú te montaras una película porno en la cabeza.

—¿Desde cuándo sabes lo que es el porno? —Luvart no daba crédito—. ¿Y qué es eso de «algo desagradable»? Yo no he percibido nada.

—No hace falta que lo jures. Estabas muy ocupado mirándole el culo.

—Reyyan, maldita sea —mascullaba, apostaba por que tirándose del pelo—. Estaba lo bastante atento para confirmar que se trata de una empírea normal y corriente. Tiene las habilidades, La Magna prometió enviarla antes de que nos fuéramos de viaje y es una cosa que se percibe nada más verlos: la aureola casi invisible, el arma iridiscente…

—No estoy diciendo que sea una impostora o que su alma esté podrida. Solo digo que hay algo malo en ella. Algo *muy* malo. Hay… —Vaciló, y cambió el tono de reproche por uno de preocupación—. Hay mucho sufrimiento involucrado, Luvart. ¿Y qué clase de empíreo se presenta comprometido emocionalmente en su primera misión?

—Cualquiera que haya pasado demasiado tiempo con La Magna —respondió como si fuera obvio—. Cuando yo estuve allí, en el Autem, a mí no se me había encomendado ni fregar los suelos de palacio y ya estaba hastiado y furioso con el universo. Apuesto a que mi aura apestaba a mierda.

—No me tomes por tonta ni me dejes por loca, Luvart. Yo sé de lo que hablo. Entiendo de esto mucho más que tú. Muchísimo más, si

tenemos en cuenta que tu juicio *sí* está nublado por su encanto femenino.

—No te estoy dejando por loca, solo cuestiono tu conclusión. ¿Decides que tiene el aura negra después de que yo me haya dejado… impresionar? —Agregó con tono infantil—: ¿Solo un poquito?

—¡Un poquito! —jadeó Reyyan—. Escúchame, príncipe de los ángeles: que tenga el aura negra no es algo que yo haya decidido, pero, por lo visto, sí es un misterio que *yo* tendré que encargarme de resolver, porque ninguno de vosotros está ni estará por la labor.

—¡Pues claro que estamos por la labor! Pero, aunque tuvieras razón y Qadira no fuera una buena mujer, ¿a mí qué más me da? No es que la quiera de novia.

—No, la quieres para menesteres mucho más indignos.

—Reyyan, me estás inflando las narices —masculló, sombrío.

—¡Pues así tienes inflado algo más que los huevos, que no te va a venir mal para estar equilibrado por arriba y por abajo! —le espetó, malencarada.

Reyyan debió de zanjar la discusión abandonando el dormitorio, porque, a continuación, Qadira oyó un portazo y el largo suspiro de un hombre exasperado. Incluso el comentario que masculló de mala gana, algo parecido a: «Esta se está juntando demasiado con Mara».

Más que alarmarla, le había acongojado que su dolor, un dolor que Qadira creía secreto, saltara a la vista. Sabía que el poder de la hechicera Sehara, pionera de la magia y leyenda viva —ahora encarnada en Reyyan, un cuerpo mortal, aunque no envejeciera, y, por ello, frágil— no conocía límites, pero ¿tan evidente era su desolación, que, con solo compartir espacio con ella, ya había averiguado que *algo* la tenía en un sinvivir?

Qadira regresó al camastro con una mueca de crispación.

En vista de las novedades, no podía estar más de acuerdo con los objetivos que su superior le había fijado. Primero tendría que quitarse de en medio a los más poderosos, y no solo porque el plan hubiera sido confeccionado así en un principio, sino porque no podría llevarlo a cabo si las sospechas persistían. ¿Cuánto podría tardar Reyyan en leerla, en emplear algún hechizo para meterse en su cabeza? Apenas dos, tres encuentros. Suerte que la llegada del amanecer suponía una ventaja para Qadira: Reyyan solo estaba de cuerpo presente mientras duraba la noche. Con la salida del sol, Luvart y ella se fundían en un único ser, y la imaginación fetichista de Luvart mermaría los dones de la hechicera.

Así era como La Magna había establecido la relación de los amantes para que ambos pudieran continuar con vida, y, asimismo, compartirla con el otro. No había otra salida para que coexistieran un ser de luz como lo era la Sehara, nacida de las fuerzas del universo, y

un ser oscuro y podrido como solo podría serlo el heredero del Gran Grimorio.

Qadira tenía que darle la razón a Reyyan. Si Luvart no hubiera quedado prendado por ella, habría reconocido en su carne, en su sangre o en su alma que, de alguna manera, estaba conectada con el Mal. Y lo habría reconocido igual que cuando uno se miraba en un espejo, porque, aunque no eran lo mismo, aunque su esencia era radicalmente diferente, Luvart y ella estaban allí con el mismo fin: llevarse por delante toda creación de La Magna.

Capítulo VI

Samael había abandonado a Dagon en el sofá del salón tras espetarle con tono acusador:

—No entiendo cómo puedes ponerte a mirar Tinder cuando la mujer más guapa del mundo está en el torreón.

—Un torreón que no vas a pisar —había completado Dagon, sin apartar la vista de su último *match*. Viendo que Samael no respondía, alzó la cabeza por encima del *chaise longue* y gritó—: ¡¿Verdad que no?! ¡¡¿VERDAD?!! ¡Samael!

Pero no obtuvo respuesta. Tras decir aquello, el vikingo se había marchado bufando con la mirada desconfiada de Dagon siguiéndolo como una cola. Esperaba de corazón que su amigo se hubiera encerrado en el dormitorio a descansar tras una guardia complicada, y no que pasara el resto de la madrugada merodeando por las escaleras de la torre.

Los penitentes habían convertido el vicio de burlarse de Samael en una especie de tradición popular, y Dagon, aunque a veces saliera en su defensa, no podía evitar unirse a las mofas cuando el vikingo se comportaba de forma absurda. Si no fuera preocupante que hubiera desarrollado en dos minutos semejante obsesión por la recién llegada, Dagon se habría burlado de su intento de actitud coqueta. Por desgracia, había resultado obvio que a Qadira no le gustaba recibir atención masculina, y por más que le divirtiera ver a Samael ridiculizándose, no iba a permitir que se convirtiera en un baboso despreciable.

Así pues, más adelante, cuando hubiera dejado de bucear en Tinder, se aseguraría de que el vikingo estaba en su cuarto durmiendo la mona. Por el bien de Samael, por la comodidad de ella, por mera decencia humana y para preservar la digna imagen de El Séptimo Círculo.

Aunque no era como si Qadira necesitara ayuda, o eso se decía para no caer en la tentación de subir los peldaños de dos en dos y fungir de salvador. La empírea había demostrado que andaba sobrada de habilidades físicas para reducir a quien se le pusiera por delante.

Quizá Samael necesitara un flechazo en las vergüenzas, después de todo, porque en el pecho ya lo había recibido…, aunque fuera metafóricamente.

—¿Qué haces aquí todavía? —preguntó Valthessar.

Su voz lo sobresaltó, pero no se tomó la molestia de cerrar la *app* de citas. Al alzar la cabeza hacia el *rex*, se fijó en que este le fruncía el ceño a la pantalla iluminada. En ese momento exhibía a una monada de ojos verdes, una tal Yelena venida de Polonia a la que Dagon tenía pensado escribirle alguna frase pegadiza.

«¿Eres comunista? Porque Stalin-dísima», por ejemplo.

—¿Otra vez? —Valthessar bufó con cansancio—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no puedes relacionarte con mujeres humanas, Dagon?

—¿Te refieres a cuántas veces tienes que decírmelo para que pare? No sabría qué número darte, porque lo más probable es que te ignore todas y cada una de ellas.

Dagon se sorprendió por la reacción del *rex*, suspirar, hastiado, y dejar caer los hombros.

—Vaya, esperaba un derechazo después de vacilarte —admitió el más joven—. Mara está haciendo un gran trabajo con tus problemas para gestionar los arranques de ira.

—Yo no soy el perro rabioso de esta casa. —Tuvo la deferencia de no mencionar a quién se refería, aunque seguramente lo evitó porque la aclaración era innecesaria—. Y, para que te enteres, Mara no solo no apacigua mi temperamento, sino que lo aviva. Pero, volviendo al tema que me preocupa, dudo bastante que vayas a ignorarme. Tienes muy buen corazón, Dag. Sabes que este tipo de relaciones son peligrosas, más para ellas que para ti, y no pondrías a ninguna pobre mortal en situación de riesgo.

Dagon torció el gesto, molesto con la brillante argumentación. Era el *rex* por algo: porque sabía qué teclas tocar para que sus hombres cumplieran su voluntad sin rechistar.

No se le ocurrió ningún contraataque a la altura —¿qué iba a decir? ¿Que no era majo? ¿Que era un cabrón?—, pero tampoco apartó la vista de Yelena, la última pequeña rebeldía que se permitiría por lo que quedaba de jornada.

—¡No es justo! —rezongó al fin, como un niño en pleno berrinche —. Tú sabes que yo no voy a tener la suerte de encontrar a mi alma gemela. ¿Por qué no me dejas aferrarme a un alma más o menos afín a mí, aunque esto lo dicte el poco fiable algoritmo de una aplicación de citas?

El *rex* volvió a suspirar y se dejó caer a su lado en el sofá. El cuero emitió un gracioso sonido al sofocar su peso, pero Dagon no estaba de humor para bromas pueriles.

Valthessar ya se había aseado y cambiado de ropa, y las heridas tenían mejor aspecto que hacía unas horas. *Ah, el efecto de la anandha sobre el penitente…* Si era Mara la que se encargaba de secar la sangre, desinfectar las brechas y vendar los miembros afectados, la velocidad

de curación del afortunado se multiplicaba por dos. Si Mara, además, le ofrecía su cuello para que bebiera su sangre, la sangre más reparadora y bendita que le podía ser transferida a un pecador en estado de necesidad, se multiplicaba por diez.

Y esa era solo una de las ventajas de la novia eterna.

—No me hagas quedar como el malo de la película, Dag. Tú no —le pidió Valthessar con los codos apoyados sobre los muslos, mirándolo suplicante—. Sabes que no tendría ningún inconveniente en que fueras a uno de esos programas de televisión para buscar parejita si la situación fuera otra, vista que esa es tu preferencia, pero ahora… Últimamente… —Meneó la cabeza. Aún tenía el pelo mojado de la ducha. Las gotitas salieron volando de las puntas azuladas de su cabello oscuro—. Es más arriesgado que nunca. Además, no sabes si La Magna cambiará de opinión. Solo llevas cincuenta años de penitencia, Dagon. A lo mejor se lo piensa.

Dagon recordó la mañana de la restitución de Aladiah como regente de La Sociedad. Mientras se celebraba la nueva normativa y los seráficos se arrodillaban ante la máxima autoridad de la organización, Dagon había estado deambulando por el claustro, donde los miembros de La Sociedad rezaban a la diosa. Había arrancado una de las flores de las ofrendas expuestas para Ella y se había preguntado en voz alta dónde estaba su *anandha*.

La Magna había aparecido, como si la hubiera invocado, para pronunciar unas palabras que, días después, aún le hacían estremecerse.

«Estás condenado a padecer una angustiosa soledad. Eres y serás un alma a la deriva, ahora y siempre».

Esa era la tercera condición de su Triple Maldición, que en su caso era doble. Dagon podía mirar el sol, pero, a cambio de esa concesión, no podría mirar nunca a los ojos a una mujer y sentir que ahí estaba su verdadera misión, su razón de ser.

—Ojalá me hubieran prohibido salir de día —pensó en voz alta, amargado—. Prefiero ese castigo. Total, tal y como está la capa de ozono, la luz solar empieza a ser más perjudicial que otra cosa. Me evito un cáncer.

No creyó que Valthessar entendería su queja, pero le contestó con paciencia.

—La Magna nunca elige el castigo que más fácil te resultará.

—No hace falta que lo jures —bufó, echando el peso sobre los muslos—. Ya ves que me podría haber castigado sin llevar cangrejeras o chaquetas vaqueras, y hasta lo habría agradecido. Yo y el que me hubiera podido mirar con ese atentado contra la moda puesto.

—De todos modos, Dagon —prosiguió Valthessar, ignorando su desvarío—, me sé de unos cuantos penitentes que envidiarían tu

situación. No tendrás nunca un punto débil, al menos en un cuerpo ajeno, lo que te hará el más poderoso de este clan y de todos los demás cuando adquieras la experiencia de un *rex*. ¡Y será por hombres que prefieren tener a una mujer distinta cada noche que despertar con la misma a diario! Eres un privilegiado. —Le palmeó el hombro, amistoso.

—Entiendo que quieras hacerme sentir mejor, pero ya me hacía el bingo con desconocidas cuando era un soldado que servía a los Estados Unidos de América y no a una caprichosa divinidad. Prefiero conocer a una sola mujer como a la palma de mi mano, y que me cure las heridas. —Señaló con la cabeza las marcas de Valthessar, que iban cicatrizando con el correr de los minutos.

—Dijo ningún hombre jamás —se mofó el *rex*. Viendo que el tono jocoso no apaciguaba a Dagon, moduló el tono—. Tus heridas también se curan rápido. No me digas que es eso lo que envidias. Porque, si es así, con que te busques una enfermera, será suficiente.

Dagon desestimó la idea con un aspaviento.

—El asunto de la sanación milagrosa me la trae al pairo. Lo de que la sangre de la mujer indicada sepa a gloria bendita, también. Y asimismo que el sexo pueda describirse como una experiencia astral…, aunque no negaré que ese sea un muy buen motivo para salir a buscarla. —Cabeceó, pensativo. Valthessar rompió a reír—. Lo que me conmueve y me hace envidiar a mis compañeros, tanto a los que ya la habéis hallado como a los que aún tienen la oportunidad de encontrarla, es la paz interior que llega a vuestros corazones cuando la tenéis a vuestro lado.

Valthessar enarcó las cejas.

—¿Qué? —se quejó Dagon—. ¿He sonado demasiado cursi?

—Aparte de eso. —Valthessar aireó la mano y lo miró con socarronería—. ¿Paz interior? Estás tú muy equivocado, amigo mío. Mara puede ser un dolor de cabeza. De hecho, me desespera hasta límites inimaginables.

—¡Pero le da sentido a tu vida! —repuso enseguida. Ante aquella conclusión, a Valthessar no le quedó otro remedio que callar—. Eso, en mi opinión, no tiene precio. ¿No lo entiendes? Yo no puedo ni aferrarme a la idea de que algún día la encontraré, porque ese privilegio me ha sido arrebatado. Y dime, *rex*, ¿qué es un hombre sin esperanza?

Valthessar le sostuvo la mirada. Vio algo de la familia de la compasión en sus profundos ojos azules. A diferencia de los demás, Dagon agradecía que le tuvieran lástima; que sus hermanos pudieran sentir piedad hacia él y lamentaran su situación. Al menos, así estaba acompañado en su triste soledad.

—Nada —admitió el *rex*, porque, sobre todas las cosas, y esto era

algo que Dagon valoraba de él, era sincero—. Sin esperanza, no somos nada.

—Y hasta Abraxas la tiene tras haber perdido a Astaroth de una forma tan traumática —apostilló Dagon.

Valthessar le sonrió para infundirle ánimos, un detalle de empatía que habría sido impensable ver en él hacía meses.

—Si uno de mis hombres puede sobrevivir a eso, encontrar otra razón para levantarse y ser optimista, ese eres tú —le aseguró, y Dagon supo que confiaba a ciegas en su voluntad—. Recuerda, Dagon, que La Magna nos ama, aunque a veces nos deje solos ante la adversidad. En palabras cristianas, la diosa jamás te dará una cruz que no puedas cargar.

»Y, ahora… —Se palmeó los muslos antes de ponerse en pie—, voy a por las galletas que había venido a coger. Tú deberías acostarte.

—Y tú no deberías comer azúcar por la noche, que luego se te va a las caderas.

—Evidentemente, no son para mí. A mí no me gusta esa asquerosidad de pastas vienesas. —Valthessar puso los ojos en blanco y desapareció en dirección a la cocina. Se azotó una de las nalgas y exclamó—: ¡Y tengo unas caderas de puta madre!

Dagon lo siguió con una mirada anhelante. No por las caderas, sino por su buena ventura en el ámbito romántico.

Aquel idiota no valoraba lo que tenía. Ya le gustaría a él que su fabulosa novia, su adorable salvadora, le exigiera que bajara a la cocina a traerle sus galletas preferidas. Lo haría con sumo gusto, y hasta se las serviría en bandeja de plata. O dejaría que lamiera las migajas de su cuerpo.

En cuanto el salón volvió a quedarse en silencio, tan solo alterado por el eco de los pasos de Valthessar en el pasillo superior, Dagon decidió que iba siendo hora de irse a la cama.

Se había planteado subirle a Qadira ropa más cómoda para el descanso. Dudaba que con aquel *body* de cuerpo entero se pudiera respirar con normalidad. Lo había descartado al recordar el modo en que había cambiado de postura, incómoda, ante las insinuaciones de El Séptimo Círculo.

A veces se preguntaba si no debería pedirle a La Magna que lo reubicara en otro clan de penitentes, uno en el que sus miembros no se comportaran como neandertales. Tenía entendido que los escoceses de las costas de Lothian y Fife y en las islas Feroe se habían asentado hermandades de tan solo un par de siglos de antigüedad. Con que hubieran sido marqueses de la corte victoriana, ya mostrarían un poco más de respeto por las mujeres, aunque fuera por honrar el canon de caballerosidad decimonónica.

Con eso, Dagon podría conformarse.

Pensaba en ello mientras subía las escaleras en dirección a su dormitorio. Como la mansión la había adquirido él gracias a la facilidad que tenía para hacer dinero —¿que el casino siempre ganaba? ¡Ja! Eso fue hasta que Dagon llegó al barrio—, se había agenciado la habitación presidencial, la que debió pertenecer al noble que la habitó durante el medievo. Camino a ella tenía que cruzar el pasillo del ala oeste, parcialmente iluminado por las lamparillas que le daban el toque de mazmorra antigua.

Por culpa de la distracción y la oscuridad, tardó en reconocer a las dos figuras que interactuaban en voz baja.

Dagon arrugó el ceño al reconocer el rapado lateral de Samael.

—Debes de sentirte muy sola ahí arriba. Por eso te paseabas por aquí, ¿no? —Su voz era un murmullo sugerente—. ¿Esperabas que alguien se apiadara de ti y te invitara a su cuarto? Porque, si es así, estás de suerte.

—Aléjate de mí —le advirtió una voz femenina. El tono beligerante no casó con su reacción, que fue retroceder hasta dar con la espalda contra la pared.

—Se nota que eres de esas a las que les gusta ponérselo difícil a los hombres. No soy muy paciente, la verdad, pero contigo podría hacer una excepción…

—He dicho que me quites las manos de encima. —Y retiró el brazo que intentaba rodear su cintura con un débil manotazo.

—Si quisieras que me apartara, ya me habrías lanzado una de tus flechas, porque no es que seas una dama en apuros. Eres una guerrera. Y a las guerreras les gusta que les den guerra, nunca mejor dicho. Les gusta pelear, les gusta la adrenalina, les…

No llegó a terminar la frase. Tampoco Dagon pudo pronunciar media palabra. Qadira dio por zanjado el abrazo nocturno lanzándole un puñetazo al centro de la cara. La inercia del golpe fue tal que Samael salió propulsado hacia atrás: tres pasos, distancia suficiente para que ella pudiera respirar tranquila y arreglarse el pañuelo de la cabeza, que, por lo visto, él había intentado desanudar.

—De acuerdo, hoy no estás por la labor —balbuceó Samael con voz nasal, limpiándose la sangre que empezaba a mancharle el arco de Cupido—. Lo entiendo. Ha sido un día muy largo…

—No tan largo como tus manazas —intervino Dagon a distancia prudencial, los brazos cruzados a la espalda en una postura inocente solo en apariencia—. ¿No es un poco tarde para acosar a las mujeres? Me refiero a un par de siglos tarde. La última vez que se hacían las difíciles para que insistieras, dependían de un matrimonio para no ver su respetabilidad comprometida. Ahora, Samael, un «aléjate de mí» suele significar eso mismo: que te alejes de ella *ya*.

Capítulo VII

Los dos se giraron hacia Dagon. Habían estado tan inmersos el uno en el otro, Qadira en su defensa y Samael en su fascinación, que no lo habían visto llegar.

Dagon no se fijó en la expresión de Qadira, solo en la de su compañero, en la que esperó que aflorase un atisbo de bochorno.

Nada más lejos de la realidad.

De todos los miembros de El Séptimo Círculo, Samael era el que más se enorgullecía de no haber evolucionado desde la extinción de los vikingos, que en su vida humana constituyeron la comunidad a la que perteneció.

—Anda, vete a la cama, que parece que no te vendría mal reflexionar. —Dagon le palmeó la espalda a Samael y lo condujo a su cuarto, cuya puerta se encontraba, afortunadamente, a tan solo dos pasos de distancia.

Samael refunfuñaba por lo bajo y lanzaba miradas anhelantes a Qadira mientras permitía, a regañadientes, que Dagon lo enviara a empellones a su guarida.

Cerró la puerta y lamentó no tener los poderes mágicos de Reyyan para sellarla con un hechizo. O un candado de latón. O que su habitación fuera el búnker donde Hitler se suicidó, una nave acorazada sin vías de escape.

Luego se giró hacia Qadira, que también lo había estado mirando de hito en hito. Permanecía apoyada en la pared con las manos a la espalda, como una niña que acabara de ser pillada en flagrante delito y aún tuviera la esperanza de que no la abroncaran por pilluela.

Dagon pensó que parecía muy vulnerable. Incluso triste.

—¿Ahora te toca a ti intentar meterme en tu dormitorio? —preguntó, no con tanta rabia acumulada como cautela.

Dagon soltó una carcajada nasal.

—Yo no suelo intentarlo: lo consigo siempre, ¿y sabes por qué?

—¿Porque eres muy humilde? —adivinó con sarcasmo.

Dagon negó dulcemente.

—Porque se lo pido a quienes lo desean tanto como yo. Puedes bajar la guardia, *Brave*. Te he visto en acción y no se me ocurriría cabrearte. —Le sonrió con camaradería—. ¿Quieres que te acompañe al torreón, o a dondequiera que pretendieras ir antes de que Samael apareciese?

Qadira tragó saliva y miró a otro lado, como si le avergonzara

haber ejercido su derecho a pasear libremente por el recinto. Como si Dagon la hubiera reprendido por no permanecer encerrada.

Como si la hubiera culpado de lo sucedido, de hecho.

—Solo quería… —Hizo una pausa larga— familiarizarme con la casa. No era mi intención que esto pasara.

Dagon se extrañó con su respuesta.

—Claro, tranquila. Lo entiendo. Si quieres, mañana te hago un tour. Nadie la conoce como yo. Pero ahora es tarde y deberías descansar. Todos deberíamos hacerlo.

—Ya.

«Es de pocas palabras, la muchacha», pensó con ánimo jocoso.

Generalmente, los empíreos estaban llenos de vitalidad. En especial los marciales, cuya rutina consistía en explorar los límites de su cuerpo y mejorar sus habilidades físicas de sol a sol. Cuando terminaban las luchas, los lanzamientos de jabalina, el tiro con arco, las carreras y el resto de actividades programadas, se sentaban en torno a la mesa de los banquetes. Al amparo de velas que nunca se derretían y con sendas copas de vino por delante, reían hasta llorar de hilaridad con sus compañeros, a los que referían las batallitas del día.

A ella no se la imaginaba pidiendo a voz en grito y con las mejillas ruborizadas que le acercaran el cordero asado. Se la imaginaba, más bien, retirándose en silencio a sus dependencias y pasando la noche admirando el techo.

Un ramalazo de extrañeza le invadió. Dagon se tenía por un tipo creativo, con una gran imaginación, pero no solía formarse ideas tan nítidas como la que le había asaltado sobre la rutina de Qadira.

Sacudió la cabeza.

Qué tontería. No tenía la menor importancia.

—¿Quieres que te preste algo para dormir? —inquirió Dagon, admirando su perfil con curiosidad. Ella lo miró a su vez como si hubiera sugerido una barbaridad innombrable—. No debe de ser muy cómodo moverse con ese neopreno, o lo que quiera que lleves puesto.

—¡Es más que cómodo! —repuso a la defensiva—. Lo elijo para luchar porque me permite realizar cualquier movimiento. ¿Por qué, si no, iba a ponérmelo? ¿Crees que pretendo lucirme, provocar al personal o algo así?

Dagon alzó las manos como si quisiera demostrar que no iba armado. El tono de la empírea, ciertamente, se lo demandaba.

—No voy a cuestionar por qué te lo pones para luchar, solo por qué lo llevas también para dormir. Porque, chica, es una guarrada meterse en la cama con lo mismo que llevabas para matar engendros.

Qadira pestañeó una vez, anonadada. Enseguida se retrajo.

—¿Acaso huelo mal?

Dagon quiso abofetearse.

«Estupendo, Daggie. ¡Eres tan delicado!».

—No, claro que no. Hueles… —Arrugó el ceño al olisquear el aire y detectar un recuerdo de especias orientales, sándalo, incienso y madera quemada, un conjunto cálido que lo trasladó a otra época y le provocó una extraña sensación de familiaridad. Buscó sus ojos, aturdido—. Hueles… muy bien, de hecho.

Ella pareció quedarse petrificada.

Le había sentado peor el halago que la acusación.

Dagon carraspeó para distender el ambiente, cuya tensión no terminaba de comprender.

—Ven conmigo, anda. No voy a pedirte ningún favor sexual a cambio de prestarte un chándal. Y, a lo mejor, poniéndote un pantalón que te está grande, consigues que la atención masculina se centre en las misiones contra el Enclave, cosa que no le vendrá nada mal a los que no saben concentrarse si tienen delante a una mujer. Ni tampoco al futuro de la humanidad, al que le conviene que estemos espabilados.

Tal y como había sospechado, Qadira se relajó con su argumento. Dagon supo que, si accedió a seguirlo —aunque sin abandonar la actitud recelosa—, fue porque le interesaba que su encanto femenino desapareciera, o, al menos, dejara de deslumbrar a los miembros de El Séptimo Círculo.

Encabezó la marcha hacia el dormitorio del final del pasillo. Abrió la puerta y la invitó a entrar, pero ella se quedó rezagada con las manos entrelazadas.

—Si no te importa, esperaré aquí.

Dagon se giró hacia Qadira con una mueca de incomprensión. Se fijó en que le duraba poco la determinación de sostenerle la mirada, y si no se expresaba con los ojos, entonces no había modo de saber qué había en su cabeza, porque, aparentemente, no se deshacía del velo ni para dormir. El gesto de quitárselo ante el *rex* había sido una forma de hacerle saber que lo respetaba y le obedecería, no algo que tuviera por acostumbrado. Se preguntó si mantenía esa actitud santurrona solo ante los hombres o tampoco sabía relajarse con las mujeres. La tensión de su cuerpo, que era todo músculo, le hizo temer que viviera a la defensiva.

Temer. Como si a él le importara.

Pero sí le importaba, porque notó una punzada de indignación al verla parada a casi un metro de distancia. No era una sensación que experimentara a menudo, y menos cuando comprendía las reservas de la mujer en cuestión. ¿Acaso no le habían dado razones para desconfiar de los hombres de la casa?

—Sabes que no voy a hacer daño, ¿verdad? —le preguntó en voz baja, tratando de contener el ramalazo de mal humor que de pronto le

había sobrevenido. ¡Si él no había hecho nada para merecer su extrema prudencia!

Ella alzó la vista del suelo y lo examinó con una mirada rápida de ojos oscuros.

—No es algo que pueda saber con certeza. En todo caso, es algo que podría inclinarme a *creer*, pero, si lo hiciera, sería una ingenua. —Su mirada adquirió un aire insoportablemente nostálgico—. Hasta las mujeres de la casa me detestan.

—La verdad es que la reacción de Mara ha estado muy fuera de lugar. No suele comportarse así. Has debido de… —«Has debido de hacer algo que la provocara», estuvo a punto de decir. Se recompuso antes de ahuyentarla con un comentario impropio, cosa que le aturdió aún más. ¿Desde cuándo se ponía barreras a la hora de expresarse?—. Has debido de causarle una poderosa impresión, o quizá Mara no sea tan fuerte como intenta hacernos ver y te considere parte de la competencia femenina. En cuanto a Reyy… Es un poquito insegura. Dale tiempo.

Como no dijo nada, Dagon encogió un hombro, fingiendo que no le importaba que lo tratara como al resto de los animales que habitaban la mansión, como si no mereciese una respuesta. Entró en su dormitorio y eligió el primer chándal de algodón negro que encontró y algunas tonterías que encontró en sus cajones de la fortuna, como los llamaba Mara.

No volvió a cruzar el umbral. Desde la habitación, le tendió las prendas con diligencia y un semblante indiferente. Qadira tuvo que avanzar unos pasos para tomarlo, vacilante, y agradecérselo con voz apenas audible.

Dagon levantó las cejas al verla oler las prendas con disimulo. Ese detalle suavizó su mal humor y sonrió.

—Te prometo que está limpio.

Se imaginó que se ruborizaba bajo el *niqab*.

—Lo sé, lo imaginaba, no pretendía ofender, es solo que…

Otra pausa larga, como si de pronto hubiera recordado que no tenía derecho a hablar sin que le dieran permiso. Dagon ladeó la cabeza, buscando los ojos que Qadira había vuelto a perder en la alfombra del pasillo.

Había algo en su abnegación que le formaba un nudo en la garganta y lo llenaba de dudas. ¿Cómo podía una mujer de su poder, poder físico y estratégico, poder conferido por la diosa Magna, poder sobre los hombres gracias a su belleza, comportarse como si…? ¿Como si…?

«Como si su vida no le perteneciera», pensó, anonadado.

Bloqueó esa incómoda línea de pensamientos enzarzándose en unas indicaciones innecesarias.

—Supongo que tiene que hacer un frío siberiano allí arriba, así que te dejo una sudadera aparte del chándal. Tengo también una estufa de pies, pero mucho me temo que en el torreón no hay enchufes para conectarla. Imagino que también olerá a humedad. Si enciendes los cirios —se los mostró como si no supiera qué eran—, por lo menos el incienso suavizará un poco el pestazo. Si no te gusta el incienso y prefieres los olores menos penetrantes, te dejo unas velas aromáticas. Me encanta la vainilla, pero si eres de fruta de la pasión, coco o flor de cerezo, también tengo toda esta variedad.

No le extrañó el asombro de Qadira. Sus compañeros también miraban con malos ojos que se preocupara de que su dormitorio oliera a flores silvestres o a sandía, dependiendo de cómo hubiera amanecido, pero en la mirada que ella le dirigió no vio el desprecio habitual hacia su constante rechazo por la masculinidad rancia.

Parecía pasmada con su hospitalidad.

Por la diosa, ¡si aquello era generosidad básica! Si Dagon hubiera sabido que le caía bien, le habría hecho entrega de su radio inalámbrica, además de elementos decorativos para darle un toque acogedor al torreón, y hasta su crema para la cara de La Roche-Posay, si era de las que llevaban a cabo sus rutinas de cuidado de la piel con religiosidad.

¿Es que acaso nadie le había ofrecido nada jamás?

—Eres… eres muy amable.

Finalmente retiró el chándal de las manos de Dagon, rozando sin querer el borde de su dedo pulgar. Sintió que Qadira se tensaba ante la inocente coincidencia, pero, esta vez, Dagon no frunció el ceño, o, por lo menos, no titubeó por su reacción.

El contacto no envió ninguna descarga eléctrica al centro de su cuerpo, ni prendió su corazón, ni tampoco hizo que la piel le ardiera anhelando una fusión más íntima. Sin embargo, provocó una extraña sensación de familiaridad en él. Extendió un manto de calidez sobre su pecho y, cuando Dagon se había relajado, aturdido por la repentina emoción, el corazón se le contrajo como si de pronto lo hubieran atravesado con una estaca.

Se quedó con las manos extendidas, inmóvil, mirándola sin entender el dolor que se expandía por su tórax. Ella debía de haber experimentado algo parecido, porque buscó sus ojos con temor y asombro.

—¿Te conozco de algo, de alguna parte? —preguntó Dagon en el tono de los secretos, recreándose en la profundidad de unos ojos que le recordaron a un espejo en el que ya se había mirado antes—. No es la primera vez que te veo. O, por lo menos, no es la primera vez que…

«Que te siento», habría dicho. Pero ella se había quedado

paralizada, y no le pareció buena idea asustarla con una sensación que a él mismo le tenía confundido, que ni siquiera él comprendía.

—No es posible que hayamos coincidido nunca —resolvió Qadira con un hilo de voz, aunque llenándose de valor con una inspiración—, pero éramos lo mismo, ¿no? Tú eras un empíreo, lo que yo soy ahora. Eso nos acerca.

—Puede ser.

«Ni de coña», pensó Dagon, mirándola de hito en hito.

Coincidía en que no la había visto nunca. Los penitentes tenían una memoria afilada de la que no escapaban ni siquiera las vivencias de su humanidad, de su etapa al amparo de la diosa, y, en el remoto caso de que existiera un recuerdo escurridizo, dudaba que ese fuera la evocación de un rostro como el de Qadira.

Dagon no babeaba por ella, no, pero porque no era su tipo, no porque no le pareciera atractiva. No porque no fuera inolvidable.

—Gracias por tu amabilidad. No lo olvidaré. —Qadira asintió con la cabeza sin perder el temple y desapareció pasillo abajo.

Seguramente notó la mirada de Dagon sobre ella, porque no relajó los hombros ni siquiera una vez se hubo perdido en las escaleras que llevaban al torreón.

Dagon aún permaneció un buen rato en la puerta de su dormitorio, rozándose el lateral del pulgar que ella había tocado con sus guantes de cuero. Ni siquiera había sentido su piel, pero sospechó, centrándose en el eco del dolor que la contracción del corazón había provocado, que no le gustaría descubrir cómo experimentaría un roce con ella sin nada que lo amortiguara. Que, tal vez, no lo soportaría.

Dagon fue a cerrar la puerta despacio, todavía aturdido y quizá también divertido por la solemnidad de su despedida: «Gracias por tu amabilidad. No la olvidaré».

Antes de encerrarse, Dagon se asomó por la rendija de la puerta y le murmuró al pasillo vacío:

—Yo tampoco te olvidaré otra vez…, si es que lo he hecho antes.

Capítulo VIII

Tal y como el *rex* había ordenado la noche anterior, aquella noche se citarían en La Sociedad con el regente Aladiah para resolver cuestiones estratégicas. Más que ilusión, Qadira sentía curiosidad por conocer a la criatura que había protagonizado los últimos escándalos, dignos de ser enmarcados en la *Sagrada Crónica*.

En tanto uno de los numerosos vehículos que El Séptimo Círculo coleccionaba en su cochera la llevaba hasta el complejo de La Sociedad, situado en el corazón del bosque que rodeaba Praga como un escudo protector, Qadira se preguntaba cómo sería Aladiah.

Por lo poco que sabía, se le había acusado de traidor, y, en consecuencia, fue sometido a no uno, sino tres juicios. En dos de estos, La Magna en persona estuvo presente, y, antes de que se celebrara el tercero, Aladiah se sintió en el derecho de fugarse. Hasta había sido víctima del hechizo más peligroso de la Sehara, uno nunca antes llevado a cabo. Según se había murmurado entre los empíreos, el hechizo en cuestión había tenido unas terribles consecuencias para el regente. En el intento de arrancar de su corazón la huella que el Gran Grimorio dejó con el nombre de la criatura Bel, se habían llevado por delante la dedicación y la generosidad que hasta el momento habían caracterizado a Aladiah. Antaño había sido conocido como un bendito que cumplía a rajatabla las órdenes divinas y, además, predicaba importantes valores de su cosecha como la honestidad y el sacrificio.

Ahora… ¿Qué sería él ahora? No tenía referencias.

Qadira miraba por la ventana como si quisiera memorizar el paisaje. Si todo salía bien, La Tierra sería su próximo hogar, y más le valía familiarizarse con el nuevo entorno. La excusa de admirar el bosque, desnudo a causa del invierno incipiente, también le servía para ignorar las miradas de los penitentes que viajaban con ella.

A diferencia del día anterior, no era la de Samael la que hacía que se revolviera en el asiento, sino la del que había sido su refugio: Dagon.

Había bastado un roce para dejar de considerarlo inofensivo.

—¿Quieres bajar la ventanilla y asomarte? —le preguntó durante el viaje, girándose desde el asiento del copiloto para sonreírle con calidez—. Pareces un perrillo. Te falta sacar la cabeza y la lengua con el viento dándote en la cara.

—¿Qué dices? —ladró Samael—. ¡Si está diluviando! ¿Acaso

quieres que enferme?

Qadira agradeció que el pañuelo le cubriera el rostro, o de lo contrario habría dejado al descubierto su bochorno. Aunque Dagon enseguida aceptó su negativa y volvió a dedicarse a trastear en el equipo de música, Qadira notó la cara ardiendo el resto del viaje. Un viaje que mereció la pena en cuanto el coche, dirigido por el *rex*, se adentró en lo que parecía el *parking* subterráneo de un edificio moderno. La vegetación lo mantenía oculto de los ojos de aquellos que no conocieran los secretos de La Sociedad.

Qadira se fijó en las estrechas ventanas que salpicaban la fachada, alineadas a la misma altura. El complejo consistía en apenas dos edificios pintados de blanco con, según entendió en la conversación de los penitentes, un patio interior que servía de altar de ofrendas, ahí donde tendría lugar la celebración.

Enseguida pudo admirarlo con sus propios ojos. Un seráfico ataviado con una túnica blanca los escoltó por pasillos estrechos, vagamente iluminados por lamparillas de aceite, hasta la planta superior. Allí, la iluminación se modernizaba, siendo sustituida por focos de luz blanca, y los corredores se ensanchaban.

Qadira se concentró en el eco de los pasos de los penitentes, que resonaba de un modo solemne contra el linóleo de los suelos y entre las columnas del patio interior. Llovía tan violentamente que la tormenta sofocaba el barullo que les esperaba en el que parecía el salón del Consejo.

Esperó a que todos los penitentes hubieran entrado para hacerlo ella, sumida en el silencio que la ocasión exigía.

Enseguida se dio cuenta de que mantener cierta ceremoniosidad no era tampoco una obligación en La Sociedad. Localizó, sentados el uno junto al otro en una larga y acristalada mesa de comedor, a quienes supuso que eran el regente Aladiah y su prometida. La muchacha, vestida con la túnica de rigor y los rizos rojos recogidos en una coleta que se le abría como un abanico, estaba aplicando brillo dorado en los párpados del cabeza de clan. Este mantenía los ojos cerrados para facilitarle la tarea, y tan solo una sonrisa de bendito evidenciaba que se estaba divirtiendo con lo que fuera que ella le estuviera contando con especial brío.

Apenas la pareja fue consciente de que no estaban solos, la muchacha se giró con una sonrisa de bienvenida que Qadira no dudó que fuera genuina. Aún con la brocha de maquillaje en la mano, se acercó para saludarlos personalmente. Mientras, Aladiah se ponía en pie y se cruzaba de brazos. Vestía un sencillo jersey de cuello vuelto y unos vaqueros desgastados, prendas que ya en un principio le chocó ver en el regente de La Sociedad.

¿No se suponía que allí se lo tomaban todo más en serio? ¿Que La

Sociedad había mantenido durante siglos la pompa y boato de sus rituales, códigos y protocolos?

—Pensaba que ya no te pintabas los ojos —comentó el *rex* con sorna, rodeando la mesa con paso firme para estrechar la mano de Aladiah.

Este sonrió con amistoso desdén, si es que aquella combinación era posible.

—¿Qué pasa? ¿No me sienta bien? —le replicó con la misma socarronería—. Darda'il cree que el dorado me favorece.

—Hombre, si alguien me preguntara a mí, yo diría que es tu color. Pero ya veo que bromeabas cuando decías que relajarías las normas de convivencia. O eso, o es que te pone que tu novia lleve túnica.

Aladiah entrelazó los dedos sobre el regazo.

—Generalmente vestimos jerséis y vaqueros, ropa cómoda para el día a día, pero cuando nos traemos entre manos un problema tan serio como el que vamos a tratar hoy, estimo necesario mantener cierta rigurosidad.

—No veo que tú la estés manteniendo —comentó Luvart, tomando asiento a mala gana en la silla almohadillada que más cerca le quedaba. No había pronunciado palabra alguna en todo el viaje. Reyyan había mantenido la misma actitud. La luna salía antes en los últimos días de octubre, y, por ello, la sacerdotisa estaba presente antes de que hubiera anochecido—. Darda'il va muy guapa vestida de fantasma, pero ¿y tú?

—No me habéis dado tiempo a prepararme. Se supone que no os esperaba hasta las nueve, y aún falta media hora. De hecho, había tenido el detalle de asegurarme de citaros a una hora a la que el cielo se nublaba para que no tuvierais que sufrir el influjo del sol, pero veo que seguís siendo tan autodestructivos como cuando os dejé. —Hizo que el desplazamiento de su mirada sobre cada uno de los presentes pareciera casual, pero Qadira supo que había realizado un recorrido deliberado para llegar a ella sin que se sintiera repentinamente observada. Los ojos del regente, de una extraña mezcla entre celeste y dorado, se posaron sobre ella con gentileza—. Asumo que tú eres la empírea que Su Santidad ha tenido a bien enviar para nuestra salvación.

Qadira reprimió el impulso de abrazarse los hombros, sobrecogida por la responsabilidad.

—Yo no diría que soy la salvadora, Sublimidad —repuso con calma —. Solo soy una ayuda.

—¿Y cómo te llamas? —preguntó Darda'il, acercándose a ella con una sonrisa afable. Qadira se tensó en cuanto sintió que la rodeaba con los brazos. Por suerte, el cálido saludo no duró demasiado. Enseguida se giró hacia los penitentes, que, con sorna, observaban la

escena ya afincados en sus asientos—. Porque podemos empezar por llamarla como La Magna decidió, ¿sabéis? Vamos, es algo que se me ocurre para no espantar a la pobre criatura. ¡No sabré yo cómo os las gastáis vosotros refiriéndoos a unos y a otros como «el salvador», «la elegida» y demás, obligando indirectamente a la gente a apechugar con los inmensos sacrificios que esos títulos suelen conllevar!

El *rex* le dirigió una mirada burlona al regente.

—Basándome en su pequeño discurso, voy a arriesgarme a suponer que aún no la has dejado embarazada.

—Estoy aquí —rezongó Darda'il.

Aladiah ni se inmutó. Mientras le hacía un elegante gesto a Qadira para que tomara asiento, comentó con toda naturalidad:

—Aún estamos disfrutando de nuestra luna de miel.

—Qué suerte tienen algunos —gruñó Luvart, cruzado de brazos—. Aprovecha mientras puedas, que el chollo se acaba pronto.

Qadira se sentó en la otra punta de la mesa, entre el quejumbroso Luvart y Abraxas. Pudo respirar tranquila sabiendo que un penitente que acababa de perder a su *anandha* y otro que había discutido con su amante el día anterior la dejarían estar. Aprovechó que los presentes se enfrascaban en una conversación sobre banalidades para barrer la mesa con una mirada calculadora.

Había pasado toda la noche dando vueltas en la cama, haciendo los deberes que su superior le había impuesto: el primero de todos, localizar el punto fuerte de El Séptimo Círculo y estudiar cómo debilitarlo, y asimismo encontrar al eslabón débil para no perder el tiempo con él.

En teoría, el *rex* debería ostentar la fuerza mayor. Era el cabeza de clan y el miembro más antiguo de la comunidad. Sin embargo, Qadira ya se había dado cuenta de que el poder magnánimo descansaba sobre los hombros de una figura ajena a El Séptimo Círculo. Reyyan, sentada lo más alejada de Luvart que le permitía la mesa, transmitía la equívoca impresión de ser inofensiva, pero Qadira la había señalado de inmediato como una de las primeras fichas que sacar del tablero.

En cuanto al eslabón débil…

Con el estómago encogido, Qadira desvió la mirada al penitente de la melena caoba. Esa mañana se la había dejado suelta sobre los hombros, y unas gafas de sol meramente decorativas, puesto que el cielo lloraba, colgaban del escote de su blusón verde esmeralda con cuello de pico.

Dagon debería de ser el miembro vulnerable. Apenas llevaba cincuenta años de servicio, era despreocupado, jovial y prefería invertir el tiempo en hacer buenas migas con los recién llegados que someterlos a juicio para discernir si convenía o no confiar en ellos. Pero, al igual que Reyyan, Dagon había detectado algo en ella. Qadira

no sabía qué era, mas dada la expresividad del penitente, sospechaba que, si Dagon hubiera descubierto su secreto al rozarla, lo habría delatado con una mueca. Y la mueca de la noche anterior no había admitido nada que no fuera una fuerte curiosidad hacia ella, además de la sensación de haberse visto antes.

Aunque esto último resultara absurdo —Qadira recordaría a una criatura tan insólita como Dagon— y, en principio, poco preocupante, Qadira no se permitiría bajar la guardia. Quizá los presentimientos del joven fueran erróneos o inocuos, pero ella no desestimaba lo que le había dicho su propio cuerpo: que él no era cualquiera. Era alguien a quien tener, si no satisfecho para que no metiera las narices donde no le convenía, directamente callado.

Pero ¿cómo?

A diferencia de los demás —y este solo era otro motivo para vigilarlo de cerca—, Dagon no parecía sensible a su belleza física. No había permitido que le cegara, mermando así sus poderes, y de ahí que, sin fascinación que la anulara, Qadira sintiera más intensamente su curiosidad hacia ella. No solo curiosidad, de hecho, sino la cautela de quien sabía que algo no cuadraba.

Tenía que metérselo en el bolsillo de alguna manera, descubrir el que fuera su punto débil. Conocía el de Reyyan —Luvart, sin duda—, pero ¿cuál era el de Dagon?

No se dio cuenta de que se había quedado mirándolo con más fijeza de lo que era prudente, y, al ladear la cabeza hacia ella por acto reflejo, Dagon la cazó en pleno escrutinio. Qadira volvió a ruborizarse, pero en lugar de agachar la cabeza, posó la mirada en el regente y se concentró en lo que estaba diciendo.

—Voy a ser tan breve como lo permita la cuestión. A las nueve y media incineraremos el cuerpo de la augur Levanah y pronunciaremos unas palabras en su honor. —Hizo una pausa antes de entrelazar los dedos de las manos y apoyarse sobre la mesa—. Honrar a Levanah mediante el último sacramento, sobre todo conociendo las circunstancias en que fue asesinada, es de una importancia trascendental para esta comunidad; una manera de cerrar heridas, dejar atrás los conflictos internos y centrarnos en el futuro, pues esta pérdida es de todos. No obstante, el *rex* coincidirá conmigo en que, para evitar más muertes como la suya, debemos ponernos manos a la obra tan pronto como nos sea posible, incluso si eso implica eclipsar el día de su entierro.

En señal de respeto a la difunta, hubo un breve silencio. Inmediatamente después, el *rex* se aclaró la voz, enderezó los hombros y le tomó la palabra.

—Supongo que, al igual que nosotros nos dimos cuenta en la guardia de anoche, los seráficos se habrán percatado de que el Enclave

ha multiplicado sus fuerzas. La primera conclusión a la que llegamos, tras una rápida vista de los últimos acontecimientos, es que el traidor Quinto ha tenido que ver en el fortalecimiento de sus filas.

Qadira se fijó en el gesto de Aladiah.

Más allá de que fuera atractivo de un modo perturbador —los rasgos armónicos, trazados con la precisión del cincel de algún artista del Renacimiento, contrastaban con la oscuridad de su mirada bicolor y el tatuaje de la daga hundida en la calavera y envuelta por la serpiente que sobresalía del cuello de su jersey, en un lateral de la garganta—, se fijó en su postura rígida.

Aunque no se mostraba cansado, ni muchísimo menos derrotado por las dificultades a las que tendría que hacer frente, era innegable que el asunto le afectaba personalmente. Le sorprendió que fuera tan notable aun cuando controlaba su expresión de un modo admirable. Según le habían contado, el regente Aladiah solía ser imperturbable.

Aquello debía ser uno de los efectos del terrible hechizo del que fue víctima, y que aún entonces le duraban.

—Como todos sabéis, mi primera decisión apenas fui restaurado como regente de La Sociedad fue encontrar a Quinto. Habría sido imprudente por mi parte suponer que un traidor de sus poderes no se convertiría en un problema acuciante. Como es primordial que le frenemos, ya anoche en La Sociedad pusimos en marcha la investigación que nos otorgará los datos que necesitamos para descubrir quién es y por qué sabe hacer lo que hace.

—¿Qué es lo que sabe hacer? —inquirió Qadira.

—Dar por culo —masculló Samael, quien sí evidenciaba su hastío hacia el asunto.

—Fingir ser quien no es y pasar desapercibido ante mí, que, como regente, tengo un instinto hiperdesarrollado, y lo que es peor: ante la mismísima Sehara. —Aladiah hizo un gesto hacia Reyyan, que cambió de postura, revelando su inquietud.

Fue ella quien habló a continuación.

—No es posible que no sea un sacerdote de la Orden. Si hubiera sido un impostor, yo lo habría sentido. A fin de cuentas, son mis sacerdotes, hacen la misma magia que yo. También lo habrían sentido La Magna o Aladiah, que lo escogieron para formar parte del Consejo de La Sociedad, o el sacerdote Noveno…

—Y, sin embargo —interrumpió Aladiah con tiento—, lo llamaron Leviathan. Darda'il lo escuchó: Quinto no es su verdadero nombre.

—No lo es ahora —puntualizó Qadira—. ¿No se supone que los traidores se renombran? Es lo que El Séptimo Círculo valoró anoche.

—Los traidores no son los únicos renombrados —comprendió el *rex*, mirando a Aladiah con asombro—. Hay otras criaturas que también reciben otro nombre: un nombre relacionado con los ángeles

caídos o demonios de las tradiciones egipcias, griegas o judeocristianas.

—Los penitentes —resumió Dagon. Con las cejas alzadas por la sorpresa, se reclinó en el asiento, como si lo necesitara para asimilarlo —. ¿Creéis que Quinto es un penitente que fingió ser un sacerdote?

—No es un penitente que fingió ser un sacerdote. Sus poderes nunca fueron fingidos. Fue un penitente y es un sacerdote —corrigió Aladiah.

Qadira miró a unos y a otros en busca de una explicación que tuviera sentido. Por lo que alcanzó a ver, todos parecían pensarlo con detenimiento.

Ella sacudió la cabeza de forma inconsciente.

—¿Un penitente puede ser sacerdote? ¿De dónde habéis sacado esa… conclusión, Sublimidad?

—Llámame Aladiah. —El aludido acompañó su pedido de un cabeceo amable—. Esta conclusión la hemos sacado en claro porque, según nuestros registros, Leviathan era el nombre de un penitente que supuestamente murió hace más o menos un siglo, y porque nos consta que los aliados del Gran Grimorio no han sido jamás renombrados basándose en los registros de La Magna.

—Le importa ser original —ironizó Luvart.

—Y, más allá de eso —continuó Aladiah, viendo que Qadira no quedaba convencida—, contamos con el testimonio de alguien de arriba. Ha hecho unas cuantas averiguaciones de lo más interesantes.

—Yo diría inquietantes —corrigió ese «alguien», un desconocido con una voz serena que le puso todo el vello de punta a Qadira.

Estaba preparada para desestimar las sospechas de La Sociedad imponiendo la lógica más obvia: el poder de los penitentes tenía limitaciones, y ni uno solo de ellos a lo largo de la historia había sido capaz de obrar magia. Sin embargo, Qadira no tuvo que sellar únicamente sus labios, sino también su mente, cuando el *rex* se levantó, aliviado, y dijo el nombre del recién llegado.

—Xaphan.

Capítulo IX

Xaphan no era como Qadira había imaginado. La información que le habían proporcionado sobre el penitente era escalofriante: se le había permitido conservar en su penitencia los poderes curativos que le fueron concedidos como empíreo curandero, y, además, sabía leer mentes.

Qadira no estaba segura de saber cómo funcionaba aquel talento cognitivo, pero se estremeció solo de pensar que estaría acabada en cuanto él reparase en ella. *Él*, que no pareció más que eso cuando se acercó al *rex* y le puso la mano en el hombro: un mero «él», un sujeto masculino, un tipo cualquiera, un John Doe con los rizos despeinados, un chándal desarreglado y cara de no haber dormido en días.

—Lamento la tardanza —dijo en cuanto se hizo el silencio—. No os podéis imaginar el caos que reina en la Orden ahora mismo. Apenas se me ha concedido permiso para bajar a informar, así que seré breve…

Interrumpió su saludo al posar la vista en la única cara que no le sonaba familiar. Qadira se sintió tentada de apartarle la mirada, pero sabía que la falta de contacto visual no le supondría un problema a la hora de leer sus pensamientos, y prefería no levantar sospechas. Aguantó el tipo como buenamente se lo permitieron sus dotes actorales, y puso en práctica el ejercicio que, por tantos años —siglos, incluso—, perfiló hasta que consiguió que el único ser vivo que podía meterse en su cabeza quedara aislado de ella.

Vació la mente de modo que no pudiera reconocer más que frases inconexas sin sentido aparente o bien estupideces que no serían del interés de nadie.

Xaphan había abierto la boca para hablar, pero ni una sola palabra salió de sus labios. Una arruga afloró en su frente acariciada por los mechones castaños, señal de que algo se le escapaba. Ladeó la cabeza en dirección a Qadira, no tan frustrado como intrigado.

Qadira pensó que iba a hacer un comentario al respecto, pero, como le advirtió su superior en su momento, Xaphan no era un penitente indiscreto. Por el contrario, se le conocía por su carácter pragmático y por una prudencia que le honraba.

Cuando habló de nuevo, lo hizo con mesura.

—¿Una nueva incorporación?

—Así es —le confirmó Samael con regocijo—. Nada mal, ¿eh? Y eso que no la has visto sin el pañuelito ese que le gusta ponerse.

Aunque la voz de Samael se le hacía desagradable, Qadira no experimentó el malestar del día anterior. Se dio cuenta, asombrada, de que tampoco estaba sintiendo la desazón o el pánico que debiera en presencia de un penitente con las habilidades de Xaphan. Y eso no era lo único: asimismo mermó ese dolor inefable que la acompañaba a todas partes y que a veces la ahogaba como una soga.

Había algo en él, en Xaphan, que la tranquilizó en el preciso momento de su llegada. Y no era la única que parecía haber hallado un remanso de paz gracias a su presencia. Prácticamente todos los penitentes respiraban relajados. Incluso la tensión que flotaba entre Reyyan y Luvart había aflojado…, que no desaparecido, por desgracia para ambos.

—Bienvenida. —Eso fue todo cuanto Xaphan le dijo, acompañado de un esbozo de sonrisa. A continuación, se apoyó en el respaldo de la silla del *rex* y habló para toda la mesa sin perder el tono afable—. Está empezando a apenarme ser el portavoz de las malas noticias, pero es el precio a pagar por arrojar un poco de luz sobre asuntos tan peliagudos como este, ¿no?

»Como bien sabéis, he pasado las últimas horas (y estaré las próximas semanas) merodeando por la Orden buscando pistas que nos ayudaran a entender de dónde había salido Quinto. Hay testimonios escritos de antiguos hermanos de la casta sacerdotal del traidor. En dichos testimonios se da fe de la lealtad de Quinto y de su encomiable talento para realizar hechizos de magia blanca. Mucho me temo que, en algún punto entre los testimonios, que datan de épocas tan antiguas como la que vio nacer al *rex* o a Abraxas, y el momento presente, nuestro Quinto dejó de practicar este digno oficio y se pasó al lado oscuro, por decirlo de algún modo. ¿Os acordáis de que se le acusó de haber robado las runas que desencadenaron la tragedia de los súcubos porque tenía los dedos negros? Tras contrastar con los sacerdotes de la Orden que se están volcando en la investigación, descubrimos que los dedos solo se tiñen de negro cuando se realizan los hechizos equivocados, y esto es, hechizos que van contra La Magna. Asumimos que los tenía así por las runas, pero, dada la traición posterior y lo que ahora sabemos sobre su verdadero nombre, ¿no sería más atinado deducir que llevaba un tiempo practicándola? Los dedos no se tiñen de negro de repente. Necesitan un largo periodo de exposición para mostrar signos como el que menciono, y recordemos que todo sacerdote puro muere intoxicado al poco tiempo de exponerse. Él sigue vivito y coleando.

Valthessar sacudió la cabeza.

—¿Por qué no sabíamos esto en el momento en que ocurrió? Luvart, tú y yo estuvimos allí, poniéndole las esclavas de madera, en cuanto le vimos las manos negras. ¿No te acordaste entonces de que

los sacerdotes bondadosos se mueren antes de ver su alma corrompida? —inquirió, y no sin decepción, mirando a Xaphan por encima del hombro.

—Creo recordar que en ese momento nos preocupó más la acusación hacia Aladiah que el color de las manos de Quinto. A mí, en concreto, las runas solo me quitaron el sueño mientras me quebré la cabeza para salvar la vida de la Sehara —admitió Xaphan sin pestañear—, así que tendrás que disculparme, *rex*, si por una vez se me escapó un detalle crucial. Tampoco soy una enciclopedia con piernas, y no puedo revivir a la hechicera más poderosa del universo y salvar a la humanidad de la tiranía de los hombres al mismo tiempo.

Valthessar alzó las manos en señal de disculpa.

—Volviendo a lo importante —retomó Dagon, picado por la curiosidad—. Si, en palabras del *rex*, Quinto no murió al ver su alma corrompida, es porque…

—Porque no era un sacerdote original de la Orden, por lo que se hacía pasar —resolvió Luvart, cruzado de brazos. Miraba a Xaphan con contrariedad, sumido en sus oscuros pensamientos.

—Eso no quiere decir que fuera un penitente —intervino Samael, poniendo voz a la queja que Qadira habría expresado si no temiera atraer la atención de Xaphan—. Hasta donde yo sé…

—… que no es mucho —completó Luvart por lo bajini.

—… los penitentes no tienen acceso a la Orden —completó Samael, ignorando la pulla—. No pueden disponer de uno solo de los palacios, torres o zonas de recreo del Autem a su antojo porque son desterrados. ¿Cómo iba a aprender magia, entonces?

Xaphan se cruzó de brazos y le sonrió a Samael con algo que habría sido suficiencia si hubiera tenido una gota de arrogancia en el ADN. Pero no la había. Xaphan era tan transparente —y, a su manera, también misterioso— que Qadira supo al primer vistazo que no era como los demás.

—¿Qué fuisteis vosotros, miembros de El Séptimo Círculo, antes de que La Magna os mandara a hacer penitencia? —preguntó Xaphan con paciencia.

—Empíreos —contestó Samael enseguida. Al reparar en la mirada burlona que le dirigía Luvart, se irritó—. ¿Qué? Ha hecho una pregunta, ¿no? ¿Tú, que te pasas la vida llamándome maleducado, ahora te ríes de mí porque tengo la cortesía de contestar?

—Claro que no, Sami. —Luvart le palmeó el hombro. Empleó un tono burlón al contestar—. Tendrás un puntito más en el examen. Y, por cierto… —Se inclinó para hablarle al oído—. No es verdad eso que has dicho. Si me pasara la vida llamándote maleducado, o llamándote a secas, mi vida sería un infierno, y estoy bastante contento con lo que tengo.

—No lo vas a tener por mucho tiempo —masculló Reyyan, sin mirarlo—. Y lo que últimamente te apetece tanto, o *quien* te apetece tanto, no lo vas a tener jamás, así que yo no descartaría tan rápido lo de ser un amargado.

Luvart se incorporó en la silla como si hubiera notado agujas en el respaldo. Volcó en Reyyan toda la fuerza de su indignación.

—Primera palabra que me diriges en doce horas y es para decir insolencias.

—Pensaba que te gustaba que fuera insolente.

Xaphan los miró alternativamente con una caótica mezcla de cautela y embeleso.

—Caray, qué de cosas me estoy perdiendo —se lamentó de buen humor—. Y yo que estaba tan orgulloso de haberos unido en cuerpo y alma… ¿Ya os estáis arrepintiendo de haber aceptado? Tendría que haber recalcado que eso de vivir dentro de Luvart por las mañanas es para siempre.

—Es un coñazo. Eso es lo que es —le acusó Reyyan entre dientes.

—Tú sí que estás hecha un coñazo —gimoteó Luvart, resbalando por el respaldo para quedar cruzado de brazos como un niño en pleno berrinche.

—¿Y si me jubilo? —se planteó Valthessar en un murmullo, pellizcándose el puente de la nariz. Seguidamente apoyó los codos sobre la mesa—. ¿Podemos volver al tema del penitente que hace magia y que, gracias a esta dualidad suya, podría matarnos a todos con chasquear los dedos?

—Creo que sería lo más oportuno, sí —votó a favor Aladiah—. ¿Tienes pruebas de que Quinto, o bien Leviathan, fuera un empíreo?

—No conocemos su nombre de empíreo, me temo —lamentó Xaphan—, pero eso cambiará en cuanto obtengamos los registros. Lo único que puedo ofrecer ahora es un puñado de pesquisas sin demasiado fundamento. Solo puede respaldarlas mi instinto.

—Tu instinto vale tanto como cualquier prueba —intervino Luvart, algo más calmado—. ¿Eso es lo que has estado haciendo ahí arriba, entonces? ¿Leer testimonios escritos de sacerdotes de la Orden? ¿Es también lo que vas a seguir haciendo?

—No. Voy a tratar de descubrir cómo es posible que un empíreo se acercara tanto a la Orden como para convertirse en un sacerdote.

—Entonces andamos en busca de un empíreo traidor, no un penitente —dedujo Samael—. Me estoy liando.

—Fue un empíreo, como todos nosotros —explicó Xaphan, más despacio—, pero ya no buscamos entre el Séquito de La Magna porque me he encargado de confirmar que no falta ni ha faltado ningún miembro en sus filas. Lo que voy a hacer es todo cuanto esté en mi mano para reconstruir la historia de Leviathan. Os sugiero que hagáis

lo mismo. Buscad el nombre en documentos, manuales y tratados de la biblioteca de La Sociedad y de El Séptimo Círculo. Buscad, además, en registros de penitentes desde que se fundó el primer clan y comprobad que todos y cada uno de los mencionados han sido salvados por su *anandha* o bien murieron en combate. Con suerte, daréis con uno al que se le perdió el rastro, o bien fue lo bastante listo para borrarlo él mismo.

—Entonces buscamos el nombre de un penitente que no fuera salvado y aún no constara que hubiera muerto —repitió Renyi, muy despacio—. ¿Algo más detallado para menguar el radio de búsqueda? ¿Quizá limitarlo a los clanes europeos?

Xaphan sacudió la cabeza.

—No. Podría ser cualquiera.

—¿Y su *anandha*? —preguntó Darda'il de pronto.

Todos se giraron hacia ella.

—¿Qué quieres decir? —la animó Aladiah.

—Bueno, a ver… Ya sabes que a mí me obsesiona eso de la *anandha*. Me parece precioso y *superoriginal* que los penitentes solo puedan redimirse a través de una mujer, que no es ni más ni menos que el amor de sus vidas. Se supone que no importa qué tan malo fuera el pecado que cometiera el penitente de turno, ¿no? Todos sin excepción tienen una oportunidad para salvarse, una oportunidad con cuerpo femenino, o masculino, si eres gay, que supongo que habrá penitentes gais, a no ser que la heteronorma la inventara La Magna, cosa que, bueno, explicaría que estemos como estemos, porque Su Santidad no es que sea conocida por su tolerancia. De hecho, es tan tóxica algunas veces, que, en fin, no me extrañaría que votara a los partidos conservadores en las elecciones. Es más: como se quiere tanto a sí misma y creó a sus criaturas a su imagen y semejanza, y Ella es heterosexual a tope, pues a lo mejor no existen penitentes gais, o penitentes femeninos, o penitentes lesbianas… ¿Sería «penitente femenino», como se dice «ballena macho» y «ballena hembra», o sería «penitenta»? —dudó, dándose golpecitos en la barbilla—. ¿Alguien conoce a alguna *penitenta*? Me gustaría conocer a una, algún día…

Aladiah le puso una mano en el muslo. No hizo falta que dijera nada: con el mero contacto, Darda'il se enderezó e interrumpió sus divagaciones para ir al grano.

—El caso es que se puede limitar la búsqueda por ahí —propuso, mirando a Renyi—. No creo que el penitente tenga una *anandha* actualmente, o, de lo contrario, no se habría unido al Mal…, ¿no?

—Hay penitentes que se unieron al Gran Grimorio después de perder a su mujer —habló Abraxas, con una voz profunda que se metió bajo la piel de Qadira. En él sintió el mismo dolor de la pérdida que ella lastraba—. O, mejor dicho, después de no haber sabido

protegerla. No creo que la *anandha* juegue un papel importante en esta cuestión.

—Además —agregó Dagon—, no podríamos localizar a Leviathan a través de su mujer, si es lo que estás proponiendo. Si Valthessar, por poner un ejemplo, hubiera sabido cómo y dónde encontrar a su *anandha*, no habría esperado a la reencarnación de Mara para echarle el lazo: habría ido a la caza de la novia en cuanto lo hubieran soltado en La Tierra con la penitencia atada al tobillo.

—A lo mejor la Mara de la Edad Antigua me habría caído mejor —se mofó Valthessar.

—Vaya comentario de mierda —bufó Dagon.

—¿Dónde está, por cierto? —se interesó Darda'il.

—Se está ocupando personalmente del funeral de la augur Levanah —explicó Aladiah—. La difunta cruzó a la otra vida a través de Mara y, por lo visto, le transmitió los detalles de cómo le gustaría que fuera su entierro.

—Me pregunto si tendría esa consideración conmigo —bromeó Valthessar, aunque con impaciencia y sin perder el rictus serio. Posó la mirada en Darda'il—. Aun y con todos los peros que han puesto, tendré en cuenta el detalle de la *anandha*. Me parece importante, sobre todo llegado el momento de la confrontación. Si tiene o tuvo una mujer, no dudo que será su punto débil. Podremos atacarle por ahí.

—No —rugió Abraxas—. Nadie va a atacar a nadie usando a su mujer. Es una bajeza, y ella, si es que existe, no tiene ninguna culpa.

Se hizo un silencio que solo Xaphan se atrevió a romper. A Qadira le pareció justo que fuera él quien llamara a la calma.

—No habría modo de encontrarla, pero si pudiéramos recabar información sobre ella, ¿por qué no usarla como cepo para atraerlo? Podría ser nuestra única oportunidad. —Se giró hacia Qadira—. ¿Tú qué crees?

Qadira se tensó al ser interpelada. No percibió el menor atisbo de sospecha en su rostro sereno, pero imaginaba que una criatura de sus poderes sabría esconder del ojo imperfecto los que fueran sus pensamientos.

Se alegró de estar diciendo la verdad cuando contestó.

—Los penitentes han demostrado saber cómo vivir sin el apoyo, el amor o el respeto de La Magna, pero no pueden seguir adelante sin el calor de su *anandha*. Usar la de Leviathan como señuelo, si es que estáis en lo cierto al achacarle una penitencia y un pasado celestial, me parece una opción muy inteligente.

—Así sea, pues. —El *rex* fue el primero en ponerse en pie—. Tendremos mucho trabajo que hacer una vez hayamos enterrado con honores a la augur.

—Más trabajo del usual —apostilló Aladiah—. Podéis ir dirigiéndoos al patio central. Levanah pidió que sus cenizas fueran entregadas como ofrenda a La Magna.

Qadira esperó a que todos hubieran abandonado el salón para hacer lo propio. Necesitaba un momento para inspirar hondo e interiorizar la cantidad de desgracias a las que tendría que haber hecho frente si Xaphan la hubiera descubierto. O, mejor dicho, si la hubiera delatado. Tal vez supiera la verdad y estuviera esperando al momento propicio para sacarla a la luz.

Se puso en pie cuando hubieron transcurrido cinco minutos. No tuvo que rezar para que Samael no estuviera acechándola en la entrada al salón, porque, de un tiempo a esa parte, los penitentes se tomaban tan a pecho las bajas de los seráficos como las suyas. No obstante, sí chocó con alguien cuando dobló la esquina en dirección al patio central.

Apenas se separó del pecho masculino que había frenado su avance, vio las letras desgastadas de su sudadera: «Univerzita Karlova».

Qadira dejó de respirar al coincidir con la mirada indescifrable de Xaphan.

—Sabes blindar tu mente. —No era una pregunta—. Lo que tal vez no sepas es que ocultar tus pensamientos te hace más sospechosa que dejarlos estar.

—Es un mecanismo de defensa que aprendí hace mucho tiempo. No puedo deshacerme de él.

Y no estaba mintiendo.

Xaphan ladeó la cabeza con interés. Qadira deseó que se hubiera tratado de la clase de interés masculino que ella deleznaba. Era menos peligroso que el que Xaphan de verdad sentía, muy alejado de los placeres de la carne.

—Hasta donde sé, tener una mente ilegible es un privilegio del que gozan exclusivamente los cabeza de clan, regente y *rex*, la Sehara y quizá Primero, el sacerdote primigenio de la Orden. Dado que no es algo que se pueda enseñar, ¿dónde lo has aprendido? —Esbozó una sonrisa sin duda amable, pero también afilada—. Mera curiosidad. Quizá a mis compañeros de El Séptimo Círculo les interese adquirir esta habilidad tan singular.

Qadira lo enfrentó con los hombros tensos.

—¿Me estás amenazando? Porque no me importa que les digas que protejo mis pensamientos de curiosos como tú. Guardo mi intimidad como la que más.

Xaphan desplazó una mirada valorativa por el pañuelo que cubría su rostro.

—Eso salta a la vista. —No hubo rastro de reproche. La intriga

latió entre los dos el rato que la observó en silencio. Finalmente, se humedeció los labios y dijo—: No era una amenaza, pero que lo pienses me da una idea de lo que hay en tu cabeza: ideas de conspiración, inseguridad y miedo.

Qadira le sonrió con desdén.

—¿Ahora es cuando te permito husmear en mi cabeza para que puedas confirmar que eres el más perspicaz del lugar, o estás usando la psicología inversa para que te demuestre que te equivocas?

—Estás a la defensiva —señaló Xaphan. No pestañeó, no movió un músculo—. El que te enseñó a blindar tu mente no debió hacerlo adrede. Seguro que lo aprendiste por él, pero no *para* él.

El semblante de Qadira se endureció a la par que sus nudillos.

—Tú no sabes nada.

Pretendía esquivarlo, pero él la retuvo cogiéndola por la muñeca. La soltó en cuanto el primer azote de miedo la sacudió: Xaphan había sentido su pavor, y lamentaba haberlo provocado.

—La lectura mental no funciona como crees. No tengo que esforzarme para meterme en la cabeza de nadie y así averiguar qué le preocupa. Los pensamientos están ahí, flotando, y a veces los escucho sin querer. Pero si tú no quieres que me entrometa en los tuyos, Qadira, solo tenías que decírmelo. Puedo tratar de ignorarlos igual que puedo no concentrarme en tu voz cada vez que hables.

Qadira le sostuvo la mirada con un nudo en la garganta.

Quiso creer de veras en su palabra. Sonaba sincero, y tenía unos ojos dulces que transmitían la paz que ella tanto ansiaba. Pero estaría siendo terriblemente imprudente si se relajara en su presencia.

En la suya o en la de cualquier otro miembro de su clan.

—Que no tengas que esforzarte por leer los pensamientos de los demás suena a que es una tortura para ti, y, si es así, considera un favor que te libre de conocer los míos.

»Créeme, es lo más bonito que podría hacer por nadie —murmuró, dándose la vuelta y huyendo de allí por fin—; librarte de que comparta esta carga contigo.

Capítulo X

Hacía ya unas horas desde que habían dado por concluida la ceremonia en honor a Levanah, pero Dagon no se atrevía a moverse.

Mientras que los penitentes se habían retirado a la biblioteca, pendientes de resolver los acuciantes problemas que azotaban a las razas y, por extensión, a la humanidad, Dagon permanecía sentado en una de las bancas de piedra del patio interior. Tenía la mirada fija en el altar de ofrendas donde, apenas unos días atrás, La Magna había dictado su sentencia.

No encontraría jamás una compañera.

«No habría estado mal saberlo antes de presentarme a Darda'il. Me habría confundido menos», recordaba haber pensado en el momento, no sin cierta amargura. En el presente, en cambio, no apartaba de su cabeza las bonitas facciones del que había sido el rostro de Levanah.

No fueron amigos del alma. Ni siquiera podía decirse que hubieran sido simples conocidos. Dagon jamás la había tratado personalmente. Quizás solo intercambiaran un par de frases en una de tantas reuniones entre el Consejo y El Séptimo Círculo. En definitiva, no había existido un acercamiento entre ellos como para lamentar su muerte del modo en que lo hacía. Pero ¿acaso necesitaba un hombre haber mantenido una relación estrecha con una mujer para deleznar la manera en que le había sido arrebatada la vida?

El regente Aladiah, como siempre honrando el título que le fue concedido, había dado un discurso exento de palabras conmovedoras, pero tan justo con la realidad y respetuoso con la difunta que todos allí se habían estremecido.

—Levanah no era solo una pieza clave del Consejo de los Prefectos. Tampoco era exclusivamente un ser humano excepcional por los poderes de ocultismo con los que La Magna tuvo a bien bendecirla el día de su nacimiento. Levanah era una mujer. Una criatura. Aún no había podido disfrutar de la plenitud de su juventud, ni de los privilegios de los que gozarán los miembros de esta comunidad ahora que tendrán permitido elegir qué quieren ser de cara al futuro. No solo La Sociedad ha perdido a una valiosa incorporación, a un leal soldado de la divinidad, sino que el mundo ha perdido a una buena persona que sin duda será recordada en el futuro, y no por el modo en que su vida acabó, sino por los sacrificios que hizo mientras tuvo el poder de decidir.

Dagon aún le daba vueltas a lo que había dicho.

Si el espíritu de Levanah estaba presente entre los vivos, como insinuaba el concepto de muerte de numerosas religiones humanas, habría agradecido tan bellas palabras, como también que se hubiera cumplido su voluntad. Sus cenizas habían sido entregadas a La Magna como símbolo de su último sacrificio. Había muerto buscando pruebas que delataran a los traidores de su clan, y, esto es, para defender a La Sociedad y honrar a la verdad.

Ahora que Levanah, una mujer preciosa y con un poder de augur como no habría otro en décadas, quizá siglos, apenas era polvo de huesos, Dagon se preguntaba de qué le había servido la lealtad. ¿Se habría sentido recompensada por sus labores en vida, o, como mínimo, suficientemente orgullosa como para no echar de menos la humanidad a la que renunciaba? ¿Estaría conforme con sus actos pasados *ahora*, si es que aún era un ente pensante, o se arrepentiría de su abnegación?

—¿Dag? ¿Qué haces ahí? ¡Te estás empapando!

La voz chillona de Darda'il le sacó de sus cavilaciones. Miró por encima del hombro a la muchacha, que se remangaba la túnica, mostrando los huesudos tobillos, y sacudía con torpeza un paraguas plegable para acompañarlo bajo la lluvia.

Dagon miró al cielo con asombro. No se había percatado de que la tormenta había vuelto a desatarse. Seguramente La Magna hubiera manipulado el clima invernal mientras durara el acto de extremaunción para que pudieran llevarlo a cabo sin contratiempos.

Darda'il tomó asiento a su lado hecha un manojo de nervios. No porque la amenaza del Gran Grimorio pesara sobre sus cabezas, sino porque eso era ella, sin importar la situación política: un manojo de nervios.

Colocó sobre sus cabezas el paraguas y lo miró a la espera de una explicación.

A Dagon siempre le había parecido que Darda'il tenía un rostro aniñado, y no por redondo o inofensivo, porque la mujer del regente era un compendio de peligrosos huesos afilados, sino por la dulzura que exudaba.

—Estaba pensando en Levanah —resumió Dagon.

—¿Y no podías pensar en Levanah bajo techo? Vas a agarrar una pulmonía.

—Los penitentes no enfermamos. Si eso fuera posible, ¿no crees que más de uno, para librarse de su castigo eterno, no se habría expuesto a una gripe o a un cáncer?

—No te estarás incluyendo en eso de «más de uno», ¿verdad?

Dagon se frotó los muslos, como si lo necesitara para entrar en calor. Luego volvió a mirar a Darda'il, y una sonrisa sincera se abrió

paso en sus labios.

No había conocido criatura más encantadora que ella. La muchacha era muy dura consigo misma. No se perdonaba sus torpezas ni sus errores, pero, en opinión de Dagon, eran esas imperfecciones de su carácter las que la hacían única. Eso y la melena caoba, electrizada como si hubiera metido los dedos en la corriente.

A veces parecía una científica loca, y otras, un hada perdida.

—No, claro que no. Tengo demasiado glamour para palmarla de una gripe complicada.

Darda'il se rio hasta que se dio cuenta del ánimo sombrío con el que Dagon había hecho el comentario. Entonces, le colocó una mano en el hombro y esperó a que sus ojos conectaran para mirarlo con calidez.

—No hemos tenido la oportunidad de sentarnos a hablar sobre lo que pasó, o sobre lo que *podría* haber pasado, o sobre lo que… Bueno, ya sabes.

—¿Te refieres a lo de haberte confundido con el amor de mi vida? —preguntó él con tono bromista. Resolvió el problema con un aspaviento indiferente—. Le puede pasar a cualquiera. A los humanos les sucede constantemente, de hecho. Están tan obsesionados con encontrar el amor verdadero que se conforman con el primero o la primera que les hace sentir mariposas en el estómago. Como es obvio, tú no eres «la primera que pillé por banda», ¿eh? —Le dio un empujoncito amistoso con el hombro—. No vayas a tomártelo mal.

Darda'il no se rio esa vez, y Dagon pensó que era una lástima, porque le gustaba cómo se le atragantaban las carcajadas y acababa ruborizada por el estrangulamiento, o la vergüenza, o ambos a la vez.

—¿Es eso lo que te tiene triste? —preguntó, atropellada. Por la fijación con la que lo miraba y el modo en que se retorcía la mano libre en el regazo, Dagon supo que no era la primera vez que le surgía la duda—. ¿Es por mi culpa?

—¿Es que parezco triste?

—Sí. O sea… No triste nivel Abraxas, ni triste con ese aire tétrico y peligroso que acompaña a Renyi. La verdad es que no pareces triste, si nos ceñimos a la definición oficial, a lo que los humanos entendemos como «triste» —hizo las comillas—, porque, incluso estando como estás, pareces más feliz que el resto de tus compañeros, pero, comparado *contigo*, con la actitud que sueles tener, con tu carácter dicharachero, pues se te nota alicaído, no sé si me explico. Y quiero que sepas que, si es por haberte rechazado, no me lo perdonaré jamás. Pero, antes de no perdonármelo jamás —alzó una mano para que Dagon no se atreviera a interrumpirla—, quiero que sepas que yo no soy para tanto. Que parece que sí lo soy por eso de que salgo en una profecía y de que mi novio es el regente de La Sociedad, y de que

,para colmo, mido un metro ochenta, en fin, todo eso, pero ya me ves. —Se tiró de la túnica por el escote redondo—. Solo soy una veinteañera con un pelo indomable y un cuarenta y tres de pie, y seguramente un psicólogo me diagnosticaría hiperactividad, o déficit de atención, o las dos. En definitiva, no me tengo por la clase de chica que podría entristecer a un chico como tú… O sea, a un hombre… A ver, eso tampoco es del todo cierto. ¿A una *criatura* como tú? No. A un… —Lo miró con una mueca y probó por última vez, cerrando un ojo—: ¿Un *ser*?

Dagon se echó a reír de buena gana.

—Digamos que soy un *ser*, sí. Es la definición menos excluyente. Y tranquila. —Le puso una mano cariñosa sobre el muslo y se lo palmeó —. Estoy sentado bajo la lluvia porque soy un dramático y he visto demasiadas películas, no porque quiera que las gotas disimulen las lágrimas de amor no correspondido que *no* estoy derramando. Me habría gustado conocerte mejor, sí, pero, como mucho, puedo dolerme por las ilusiones que me hice. Yo solo. Sin tu ayuda —recalcó, palabra por palabra—. Créeme, no necesité que me pusieras la mano en el paquete para emocionarme con tu existencia.

Darda'il jadeó, ruborizada hasta las puntas de las orejas de soplillo.

—¡Pero no te puse la mano en el paquete! ¿Qué dices?

—Es una forma de hablar —se rio.

—¿Entonces? —Escudriñó su rostro, ansiosa por conocer la verdad —. ¿Por qué estás así?

Dagon entrelazó los dedos sobre el regazo y devolvió la vista al altar.

Las ofrendas estaban protegidas bajo un toldo de madera sobre el que repiqueteaba la incansable lluvia: flores, viandas, velas y cirios, varillas de incienso, y, ahora, el recipiente que contenía lo que quedaba de Levanah. Fue ahí donde se quedó estancada la mirada triste de Dagon, en la vasija de cerámica.

—¿Crees que merece la pena?

—¿El qué? —preguntó Darda'il, perdida. Siempre parecía perdida, incluso en sus propias divagaciones.

—Hacer lo que hacemos. Supongo que, si un… *ser*, como tú dices, es capaz de desprenderse de su humanidad y sus deseos y ambiciones individuales sin sentir que le falta algo, esta vida de entrega y protección puede tener algún sentido, como espero que fuera el caso de Levanah —apostilló en voz baja—. Pero los que nos sentimos más mortales que poderosos, más humanos que héroes, ¿a qué nos aferramos para que la posibilidad de morir mañana en la batalla no nos parezca injusta?, ¿para no sentir que estamos sacrificando nuestra libertad, o que somos esclavos de La Magna en lugar de sus salvadores?

—Eres bueno, Dagon. Puedes aferrarte a eso. —Darda'il encogió un hombro con simplicidad—. Quiero decir que los buenos tienen que hacer el bien, y eso es a lo que tú te dedicas. A lo que todos nos dedicamos, en teoría.

Dagon sonrió sin energía.

—Ser bueno y hacer sacrificios no es la misma cosa —atajó con voz queda. «Y yo no quiero ser un mártir», estuvo a punto de agregar.

¿Por qué había pensado que Darda'il lo comprendería? La Sociedad había llamado a la puerta de su casa en un momento en el que la muchacha no podía más. Detestaba a sus padres y el sentimiento era recíproco, no tenía amistades ni un propósito vital, y los seráficos le habían dado la bienvenida con los brazos abiertos a un mundo en el que no solo dejaría de ser un estorbo, sino que se convertiría en un miembro imprescindible.

Además, acababa de encontrar el amor. Su situación no podía ser más distinta de la de Dagon, porque Dagon fue elegido como empíreo sin posibilidad de rechazar el puesto, aunque, siendo francos, no lo habría hecho de haberle sido ofrecida una alternativa…, pero, tal vez, sí se hubiera negado a ser renombrado penitente, puesto que él no consideraba haber cometido ningún pecado que mereciera el destierro. Y si el motivo por el que fue condenado a vagar por La Tierra sin posibilidad de redención era el que sospechaba, el que había estado barajando desde su encontronazo con La Magna, entonces podía decir con orgullo que jamás se arrepentiría de sus actos.

«Nunca reconocerás tu actuación como un atentado contra mí, porque a día de hoy estás convencido de haber obrado correctamente», le había dicho la diosa.

No podía estar más de acuerdo con ella, pues. Si esperaba que se postrara de rodillas para suplicar el perdón por haber defendido sus principios, principios tal vez arcaicos, pero humanos *y suyos*, más le valdría a Su Santidad tomar asiento. La espera se le haría más larga que un día sin pan.

—No insinúes que Levanah murió por nada, Dagon. No es justo para ella —le regañó Darda'il en voz baja, devolviéndolo a la realidad —. Gracias al sacrificio de Levanah, nosotros estuvimos más cerca de desenmascarar a los traidores de La Sociedad.

—No lo niego. —Hizo una pausa para organizar sus ideas y tratar de expresarse con la mayor claridad. Necesitaba que alguien le entendiera—. Esto va a sonar raro, Darda'il, pero yo no quiero aprovechar mis dones. No quiero darle a mi existencia el sentido que Levanah le otorgó. Quiero tener una vida rutinaria, aburrida e insignificante, como la del resto de los mortales. Una vida que pase desapercibida. No quiero que a mi muerte me organicen una ceremonia de honor, con toda esta pompa y boato, ni que mi nombre

se escriba en la *Sagrada Crónica* como el de un mártir. Quiero morirme y que mi familia y mis amigos vengan a dejar flores sobre mi tumba, como a la de todo hijo de vecino, y que mis descendientes sean mi único legado. ¿Entiendes lo que te digo?

Darda'il se lo quedó mirando con lástima. No hacía falta que dijera lo que era obvio —que una vida de esas características quedaba muy lejos de sus posibilidades—, pero lo diría porque era Darda'il, y, si algo le gustaba de ella por encima de todas las cosas, era que siempre tenía algo que decir.

O, al menos, lo habría dicho si no hubieran sido interrumpidos por un estruendo de cerámica.

Capítulo XI

Dagon se giró hacia el origen del ruido, temiendo que alguien hubiera arrojado la urna de Levanah sobre el empedrado.

Fue una falsa alarma.

Primero vio uno de los primorosos maceteros que bordeaban el patio. Se había caído de su soporte, y ahora era un amasijo de cerámica rota y tierra mojada.

Luego vio los pies de la mujer que había ocasionado el problema.

Los ojos de Dagon treparon por las babuchas de cuero, los estrechos tobillos y las piernas hipermusculadas de la mujer para, finalmente, posarse en su mirada cohibida.

—Perdón —se apresuró a decir Qadira—. Solo estaba… Estaba buscando… El regente Aladiah quiere ver a Darda'il en el salón de recibimientos.

—¿Sobre mí no ha dicho nada? —inquirió Dagon. Ante la tensa negativa de la empírea, se limitó a sonreír con sorna—. Genial. Así estoy más cerca de la insignificancia que tanto deseo… ¿O es que tu novio todavía me odia porque te quería hacer mujer, y por eso me excluye de forma deliberada?

Darda'il se puso en pie enseguida.

—¡Claro que no te odia! ¡Vaya ridiculeces dices! —rezongó, empuñando el paraguas como si pretendiera atizarle un sopapo—. Voy a dejarlo correr porque el deber me llama, pero no creas que te has librado de tener una conversación seria conmigo. Queda pendiente, ¿eh? Y no es una amenaza vana, porque sabes que nada me gusta más que hablar.

«Quizá solo Aladiah», estuvo tentado de responder, pero se mordió la lengua a tiempo. A la vista quedaba que era demasiado pronto para bromear con lo que podría haber sido un triángulo amoroso y que, sin embargo, había sido desde el principio un juego de dos. Él había estado de más en todo momento. Él y sus estúpidas ilusiones románticas.

Darda'il desapareció dejando el paraguas atrás, pero Dagon no se molestó en tomarlo hasta que se giró y comprobó que Qadira, silenciosa como una pantera, se había arrodillado para recoger el estropicio.

Más intrigado de lo que jamás reconocería, se acercó a ella y la cubrió con el paraguas para que la lluvia no la empapara.

—Déjalo. Podrías cortarte, y a los serviciales seráficos nunca les ha importado limpiar los desastres ajenos. —Esperó a que Qadira ralentizara sus movimientos, en cuclillas y sin mirarle, para confirmar que le había oído—. ¿Has estado escuchando nuestra conversación? No tienes cara de que te vaya pegar la oreja.

Qadira se quedó paralizada. Tan solo alzó la barbilla para dirigirle una mirada furibunda.

Pensándolo bien, no necesitaba mostrar nada más que la franja de los ojos para que uno supiera con meridiana claridad de qué humor estaba.

Era más expresiva de lo que incluso a ella le gustaría.

—No ha sido adrede —se defendió—. Estaba buscando el momento para interrumpir, pero no… Ninguno parecía el adecuado.

—Descuida, me puedo imaginar que no eres muy cotilla, pero seguro que tienes una opinión al respecto. —Ladeó la cabeza, interesado—. Debes de estar pensando que soy un imbécil por haber confundido a mi *anandha*. Eso no le pasa a los penitentes normales y corrientes, ¿no?

Qadira se incorporó muy despacio. Sacudió los pantalones del neopreno, la que parecía su única prenda. Se tomaba todo el tiempo del mundo antes de mirarlo a la cara, y, cuando lo hacía, no parecía convencida de que fuera buena idea.

—Tú no pareces un penitente normal y corriente —admitió en voz baja.

Por más que lo intentó, Dagon no atinó a averiguar qué quería decir con eso, pero el comentario le dejó un nudo en el estómago de connotaciones aún por definir.

—¿Lo dices por mis pintas? Ya, es verdad… Podemos empezar por ahí, sí —aceptó, cabeceando—. Me considero más humano que inmortal, como ya le he insinuado a Darda'il. Quizá por eso no parezco un guerrero protector, y también por eso no sé distinguir entre una chica que me gusta y la mujer que perdonará mis graves pecados.

Hubo un silencio que Dagon achacó a la vacilación de Qadira.

—¿Por qué querrías distinguir entre una y otra? —le preguntó con crispación—. ¿No son las dos la misma ruina?

Él pestañeó una sola vez.

—¿Ruina?

—Sí, ruina. Pareces desesperado por encontrar el amor, y creo que eres el caso de hombre que con más urgencia necesita que le adviertan que debe tener cuidado con lo que desea. Tienes millones de ejemplos de humanos que perdieron la vida a manos del amor, tanto en los anales de la historia como en la ficción, y, sin alejarte de tu comunidad, te recuerdo que más de un penitente se entregó al Gran

Grimorio o a la muerte después de perder a su *anandha*. ¿Qué clase de loco desearía con tanta intensidad que le llegara la hora?

Dagon levantó las cejas, demasiado asombrado para tratar de ocultarlo.

—Creo que es la primera vez que dices más de cuatro palabras seguidas —señaló de buen humor—. Te sienta bien tener una opinión, ¿sabes? Tus ojos estallan como supernovas.

Qadira volvió a tensarse.

—Alguien dijo que el sarcasmo es la más baja expresión de humor —replicó en tono lúgubre.

Dagon aún tardó unos segundos en reaccionar, hipnotizado por el acento árabe.

—No lo dijo «alguien», lo dijo el mismísimo Oscar Wilde. Y no estaba siendo sarcástico; me aburre dar rodeos. —La miró de hito en hito—. ¿Por qué estás a la defensiva conmigo? Nos hemos visto una vez y ya te has comportado como si fuera yo el que te hubiera acorralado contra la pared del pasillo. ¿Qué te he hecho?

Gracias a que el pañuelo se le había pegado al cuello como una segunda piel, Dagon pudo observar —incluso creyó oír— cómo tragaba saliva.

—No estoy a la defensiva. Soy así. Y ya que dices que me sienta bien tener una opinión, permítame dártela. —Dio un paso hacia delante, en teoría para infundirse valor y amedrentar a Dagon, pero él percibió su vacilación—. Aunque no me hayas hecho nada, no me simpatizan los individuos que no se toman en serio aquello que merece ser profunda y reverencialmente respetado. El amor no es una broma ni un divertimento pasajero que esperar con ganas, como si se tratara de un evento nupcial o de una quedada con amigos. El amor es una tragedia. Solo alguien que no lo ha sentido jamás podría verlo como una salvación.

Dagon exhaló una carcajada de asombro.

—No soy el único que ve el amor como una salvación, ¿sabes? La mismísima diosa Magna decidió que solo complaciendo al amado, los penitentes hallarían el perdón de sus pecados. ¿En serio piensas que me lo he inventado yo? O, peor, ¿crees que me tomo a risa la existencia de la mujer que le dará sentido a mi vida?

—Que pretendas que una mujer le dé sentido a tu vida es lo que resta validez a tus argumentos —le replicó sin pestañear—, pero que esperes que la *anandha* sea perfecta es directamente ingenuo, por no decir un signo de estupidez.

—¿Un signo de estupidez? ¿Ahora hasta me insultas? —Dagon seguía demasiado sorprendido para ofenderse—. ¿Has mirado a tu alrededor, Qadira? Tendrías que haber visto al *rex* antes de que Mara llegara a su vida. O a Luvart, ya puestos. Tendrías que haber conocido

al Abraxas que yo conocí cuando Astaroth aún estaba a su lado.

—He conocido al Abraxas que ya *no* tiene a Astaroth a su lado, y no me puede parecer un hombre más triste y amargado. Podría decirse, incluso, que tiene los días contados.

La perplejidad de Dagon ante su tono agresivo fue tal que se olvidó de que debía proteger sus cabezas de la lluvia. Bajó el brazo que mantenía el paraguas en vertical y se la quedó mirando sin dar crédito.

—Estás hablando de mi amigo —le dijo en tono de advertencia—. Yo que tú vigilaría mis palabras.

—Y yo que tú abriría los ojos de una vez. Mira lo que hace el amor. Mira lo que le ha hecho a tu amigo. —Extendió los brazos. Las gotas de agua salían propulsadas en la misma dirección en la que habían caído apenas entraban en contacto con el neopreno, repelidas por el grueso material o por su piel de cuero—. Siéntate y espera a ver lo que hará con el resto de tus amistades si algún día les falta su querida *anandha*. O, si no, puedes sentarte a ver *ya* la relación llena de altibajos e inseguridades que mantienen los dos miembros de El Séptimo Círculo que me has mencionado. No conocí al *rex* antes de que se topara con Mara, como tampoco al príncipe de los ángeles, pero ahora veo a dos hombres agobiados, demasiado abducidos por sus queridas como para concentrarse en sus tareas o disfrutar del «gran milagro» que es la *anandha*.

Dagon sacudió la cabeza. Necesitaba ganar tiempo y organizar sus ideas para echar por tierra todos sus argumentos —¡como si a él le importara lo que ella pensara!—, pero lo único que acertó a replicar, anonadado, fue:

—Las relaciones no son perfectas, Qadira.

—¿Y eso lo sabes porque… las ves desde fuera? —probó en tono irónico, cruzándose de brazos—. No lo sabes porque tu *anandha* haya llegado ya a salvarte. Tal vez, cuando la conozcas y sufras el sinvivir del amor, te acuerdes de lo que te dije hoy.

Dagon dio un paso hacia delante. No esperaba proyectar ningún tipo de fuerza o energía sobre ella, pero logró enmudecerla con la severidad de su expresión.

—La cosa es que ese día no va a llegar. No la conoceré porque La Magna ha decidido que no soy digno de tal honor.

No sabía cómo había esperado que reaccionara, pero no vio venir el avance de Qadira. De un momento a otro, tuvo sus ojos oscuros lanzando chispas a tan solo un palmo de su cara.

—¿Y es por eso que te dueles tanto? —rugió con desdén—. Tu mayor debilidad no se encontrará jamás en un cuerpo ajeno, en un ser vivo al que no podrás controlar, como tampoco detener si deseara marcharse con tu corazón bajo el brazo. Serás, para siempre, el dueño

de tus actos, y, cada paso que des, será en la dirección que *tú* decidas; nadie a quien quieras más que a ti mismo capitaneará tu barco, ¿comprendes? Eres un privilegiado, y vives tan consumido por lo que te falta en lugar de agradecer lo que ya tienes que no eres capaz de verlo.

Dagon le sostuvo la mirada, más hipnotizado por la energía volcánica que la envolvía que furioso por el tono con el que le estaba hablando.

Parecía que fuera él quien la había insultado a ella, quien estaba cuestionando sus motivaciones o sus anhelos. Qadira estaba rígida como un palo de escoba, apretaba los puños a cada lado de las caderas, y, si las miradas matasen, podría haberlo borrado de la faz de la Tierra de un vistazo. Respiraba con dificultad debido a la rapidez con la que había desarrollado su discurso, aunque sin tartamudear ni alzar la voz, y Dagon pronto se descubrió a sí mismo con los mismos problemas para tomar aire.

—Fuera quien fuera el que te hizo tanto daño —articuló al fin, aguantándole la mirada—, te puedo asegurar que, si te condenó a pensar así sobre el sentimiento más puro del mundo, lo que teníais no era amor.

Qadira se envaró.

—¡No tienes ni idea de nada! —siseó, furibunda—. Es de vergüenza que pretendan que un ingenuo soñador como tú salve a la humanidad del Gran Grimorio.

—Te acepto lo de ingenuo soñador, y no como un insulto. —Ladeó la cabeza, intrigado—. Caray, Qadira… No parecías odiarme tanto hasta que nuestros dedos se rozaron por casualidad. No me digas que este ataque repentino contra mi persona es tu mejor intento para disipar la chispa o lo que fuera que surgiera anoche entre nosotros. Porque, de ser así, no está funcionando. De hecho, estás dándome más motivos para confirmar que sentiste algo.

—¡Además de ingenuo, arrogante! —jadeó, más avergonzada que sorprendida; fue así como Dagon supo que había dado en el clavo—. ¿Qué se supone que voy a sentir por ti, descarado?

—Aún no lo sé, pero no lo tapes con odio injustificado, que esto no es un *enemies to lovers* de Eleanor Rigby y, además, estás quedando como una maleducada.

—Prefiero parecerte una maleducada antes que ser tan ignorante como tú has demostrado con tu ridícula idealización del amor.

Qadira se dio la vuelta con la intención de marcharse airadamente. No miró en qué dirección ni qué había junto a sus pies, y tropezó con los restos de cerámica del macetero destrozado. Habría caído de forma aparatosa si Dagon no la hubiera sujetado a tiempo por la cintura.

En lugar de soltarla enseguida, y aprovechando que la tenía

atrapada, con su espalda empapada pegada al pecho de él, le habló a la nuca femenina en voz baja.

—¿Estás segura de que soy un ignorante? ¿Acaso no es mejor sentir el dolor de la pérdida cuando el amor se termina, se rompe o se pierde, antes que no sentir nada? ¿No es mejor experimentar, aunque sea por un tiempo limitado, la dicha de compartir tu vida, tus pensamientos, tus anhelos y tu cuerpo con alguien que te desea en idéntica medida? Me hablas de corazones rotos y de funerales, pero ¿qué hay de la complicidad que hace de la pérdida una tragedia? Del respeto, el afecto mutuo, los besos, los abrazos… —Tragó saliva y se atrevió, al sentirla inmóvil entre sus brazos, a rodearle el vientre con el brazo—, las caricias. Por un día con todo eso, Qadira, este ignorante estaría dispuesto a pasar una eternidad penando. Es más de lo que tengo ahora, una eternidad de aislamiento y soledad sin ningún tipo de consuelo o dulce recuerdo al que aferrarme.

De forma inesperada, Qadira se giró entre sus brazos. En algún momento entre el tropiezo y el intento de huida, se había bajado el pañuelo a la altura del cuello, dejando a la vista la totalidad de su rostro.

Dagon casi dio un paso atrás, no tan impresionado por la repentina visión de sus preciosos rasgos como de las lágrimas que anegaban sus ojos.

—No hay besos suficientes en este mundo para compensar lo que yo he sufrido.

Dagon no se movió de donde estaba, paralizado por la declaración.

Le habría gustado decir que habían sido sus palabras las que le habían dejado la mente en blanco, pero su cabeza era un hervidero de propuestas salidas de tiesto, de deseos inesperados que le dejaron perplejo y tratando de tragar saliva sin éxito. Sus ojos se deslizaron sin quererlo a los labios a los que, con la mención a los besos, había hecho alusión indirecta. Ahí se quedaron, en la boca que no dejaba a la vista de nadie, lo que la hacía prohibida y, quizá, también irresistible.

—A lo mejor no te besaron como es debido —musitó, hipnotizado.

Ella temblaba entre sus brazos.

—¿Y cómo es «como es debido»?

—Como para, en efecto, compensar lo que has sufrido. —Antes de pensar en lo terrible que era la idea, Dagon se vio acariciando el rostro de Qadira con los dedos—. Si amas de verdad, un solo beso del amante debe bastar para contemplar con optimismo el futuro aciago que nos espera sin él o sin ella. Así que, no… —No reconoció su propia voz, que salía del pecho y no de la garganta. Sonaba sofocada —. Es probable que no te besaran como merecías, o que te hicieran más daño del que es humanamente soportable.

El gesto de Qadira se contrajo en una mueca de dolor.

Dagon lamentó haber pronunciado las que parecían las palabras innombrables, y no solo porque ella se estremeciera y una lágrima traicionera rodara por su mejilla antes de cubrirse de nuevo. Lo lamentó porque fueron las palabras que quebraron el hechizo en el que inexplicablemente se habían sumido y que la obligaron a salir de allí sin mirar atrás; sin ver que, sin haberlo besado, Dagon acababa de sentir que todo su dolor había sido compensado.

Capítulo XII

Dado que todos los penitentes de El Séptimo Círculo se mantenían en forma haciendo ejercicio a diario, a ninguno le extrañó que, apenas estuvieron de vuelta en la mansión, Qadira saliera a correr por los alrededores.

Bañados por la luz diurna, el bosque se presentaba como la opción ideal para llevar a cabo una excursión familiar. A esas horas de la noche, en cambio, los murmullos de la zona podrían haber helado la sangre del menos aprensivo. Qadira no era impresionable, y, aunque lo hubiera sido, la baja temperatura, que había caído en picado durante la noche, no era lo que tenía sus vellos erizados. Mientras avanzaba con la mirada alerta y el cuerpo en tensión, buscaba a su compañía a un lado y al otro del camino de tierra. Como exigía el protocolo, Qadira se había asegurado de que nadie la seguía antes de internarse en el corazón del bosque, donde esta vez y todas las siguientes tendría lugar la entrevista de rigor.

Qadira se detuvo cuando llegó a un claro parcialmente iluminado por la luna llena. Se abrazó los hombros y pensó, no sin sentido del humor, que aquel era el lugar perfecto para celebrar una cita romántica. Se preguntó, con melancolía y expectación, si esa noche tendría la suerte de disfrutar de algo parecido. Sus encuentros rara vez entraban en la categoría de cita, y él jamás era romántico, pero Qadira no perdía la esperanza de que eso cambiara algún día. En el fondo de su corazón, le daba la razón a Dagon: anhelaba un beso que borrara los siglos de sufrimiento. Por desgracia, sospechaba que, al igual que en todas las previas ocasiones, su superior no solo la bendeciría con un abrazo, sino que la castigaría, y procurándole más dolor del que le sería tolerable. No había tiempo para el amor en sus citaciones, que eran, a su vez, escasas, insatisfactorias e incluso terroríficas, porque era miedo en su estado más puro lo que atenazaba los miembros de Qadira en tanto esperaba a que él se mostrara, si bien jamás lo aceptaría.

Ni delante de Aldous, ni tampoco ante sí misma.

Se obligó a apartar a Dagon de su pensamiento. No quería que Aldous descubriera que había tenido lugar un segundo momento de complicidad entre los dos. ¿O no hubo complicidad, y solo se lo había imaginado? Qadira tenía dificultades para entender las motivaciones y los sentimientos ajenos, incluso los propios, cuando no eran

ensombrecidos por el pánico o el sufrimiento, emociones que no solo le eran más familiares, sino que se habían convertido en todo cuanto tenía. Si no fuera por el miedo y la cada vez más remota esperanza de sobrevivir y hallar cierta paz familiar, Qadira sería un cascarón vacío, un autómata con la mirada perdida que no encontraba la voluntad de vivir porque ni siquiera tenía fuerzas para buscarla.

Independientemente de los tintes que hubiera adquirido la interacción con Dagon, Qadira se sentía en la obligación de ocultar los recientes acontecimientos para que su superior no los malinterpretara. No podía oler a otros hombres en ella, sentir sus dedos impuros tocando lo que era de su propiedad, y era el deber de Qadira tenerlo contento.

—Mi pequeña.

Como cada vez que cualquier parte de él entraba en contacto con cualquier parte de ella, en este caso, su tono sugerente en los sensibles oídos femeninos, la recorrió un escalofrío que aunaban el pánico y el entusiasmo febril de la enamorada. Se dio la vuelta con el pecho encogido, y a punto estuvo de deshacerse de emoción al verlo de pie a unos pasos de distancia.

Aldous se acercó con una media sonrisa arrebatadora.

Aquella no era la apariencia con la que Qadira lo había conocido siglos atrás. Entonces era un guerrero robusto y, además, un amante cariñoso. Sus ojos ya no eran del gris desvaído que había captado su atención tras de la visera del yelmo, sino de un verde pálido igualmente atrayente, aunque no tan familiar. Su voz era dulce como la mermelada, no estridente ni poderosa como solía ser antaño, y, ahora, Qadira y él eran de la misma estatura.

Si bien antes impresionaba con su planta de soldado, su superior tenía hoy día el cuerpo de una criatura que jamás se había visto en la obligación de defenderse, en parte porque, hasta ese momento, nadie habría intentado hacerle daño siendo la eminencia que era… O que solía ser.

Qadira esperó, con el alma en vilo, una débil caricia que no llegó a producirse. Él se detuvo ante ella con esa sonrisa que se mantenía imperturbable con los años, incluso a pesar del cambio de apariencia, y entrelazó los dedos a la espalda, dándose un aire desenfadado.

—¿Qué tienes para mí? Si me has convocado, debe de ser porque has de informarme de una urgencia… ¿O de una desgracia? —Ladeó la cabeza, tentado por la posibilidad—. Por el bien de todos, espero que no sea lo segundo. Y que, si lo es, no hayas tenido nada que ver. —Dio un paso más y la sondeó con su mirada pálida. Tampoco entonces llegó la caricia. Solía hacerse de rogar para mantenerla alerta, anhelante—. No soportaríamos que nos decepcionaras, Qadira.

Ese plural la estremeció hasta los huesos. Pestañeó para ahuyentar

las lágrimas, y, aprovechando que el dominio de su mente era soberano, alejó asimismo los pensamientos destructivos que amenazaron con derrumbarla. Aldous ya sabía que la petrificaba de miedo, y, a veces, parecía orgulloso del efecto, pero Qadira no pensaba permitir que lo confirmara leyendo su mente.

—¿Cómo…? —Perdió la voz. Se esforzó por carraspear y cuadrar los hombros. Él no soportaba la debilidad ajena, y menos aún la de ella, que debía estar a la altura de su pareja—. ¿Cómo os encontráis?, ¿Evra y tú?

—¿Me has hecho venir hasta aquí, con los riesgos que corremos ambos, para mantener una charla informal? —Exhaló, simulando una risotada sin humor. Alargó las manos para deshacer el nudo del pañuelo de Qadira, y con seductora lentitud la fue desenvolviendo como un delicioso regalo—. Los dos estaremos de maravilla cuando hayas cumplido con tu deber, vida mía. Supongo que a estas alturas ya habrás puesto en marcha el plan… ¿O tengo que recordarte en qué consistía?

Qadira se dejó embriagar por su cercanía, por las manos cariñosas que, aun sin tocarla directamente, erizaban su piel al desnudarla para su único disfrute. Empleaba un tono conciliador al hablarle que, sumado a su voz de barítono, de por sí agradable, transmitía una calma que no podía estar más alejada de sus verdaderas intenciones.

Hacía tiempo desde que Qadira había aprendido que detrás de esa ternura había una amenaza vital, pero ella seguía dejándose seducir una y otra vez por sus tóxicas atenciones.

Se armó de valor para mirarlo a los ojos y contestar:

—No necesito un recordatorio. El corral se desmadró apenas llegué, la respuesta general que anticipaste la última vez que nos reunimos —le concedió, siempre dispuesta a alimentar su orgullo masculino—, y esta noche actuaré por primera vez para debilitar a El Séptimo Círculo. Aun así…, ¿no puede una mujer citarse con su hombre por el placer de confirmar que está a salvo?

Contuvo el aliento hasta que él se dignó a contestar, temiendo que decidiera que había cruzado los límites de la insolencia y debía ser consecuentemente castigada.

—Si en algún momento dejara de estar a salvo, lo sabrías —le recordó con una sonrisa inquietante, aunque no por ello menos cautivadora—, porque, si yo caigo, tú caes conmigo; si tú caes, yo lo haré a tu vez. Es parte del trato, ¿no? Por eso debemos actuar como el mecanismo de un reloj. Y, una vez hayamos logrado nuestro propósito, te prometo que podrás convocarme cuanto desees… —Se acercó a su oído para hablarle en tono sugerente— y para lo que desees.

El cuerpo de Qadira se tensó deliciosamente, preludiando los

placeres que habrían de borrar los recuerdos amargos.

Se repitió, una vez más, que saberse amada y deseada por él la curaría.

—Pero para que lleguemos a eso, antes tienes que destruir a El Séptimo Círculo —agregó, separándose de ella para mirarla, implacable—. Ya te habrás dado cuenta de que no podremos disfrutar de un futuro feliz, ni siquiera de uno mediocre, si no les das a los penitentes algo más interesante en lo que pensar que el Enclave o el Gran Grimorio…, aunque no es que haya nada más interesante que yo ahora mismo —meditó en voz alta, sonriendo divertido.

Qadira tragó saliva.

—El Séptimo Círculo no es el único clan que te busca, Aldous. Han unido fuerzas con La Sociedad para derrocarte.

—¿Eso es lo que vienes a informarme? —Ladeó la cabeza para admirar, desde un ángulo que debía de parecerle fascinante, cómo el pañuelo terminaba de deslizarse por su cabeza, dejando a la vista un cuello alterado por heridas sin curar—. ¿Que al regente Aladiah no le caigo bien? Un día más en la oficina, vida mía. Ya sé que también tendré que encargarme de fulminar definitivamente a los seráficos, pero tiempo al tiempo. Ahora que La Sociedad anda un poco dispersa con la restauración de Aladiah en La Regencia, deben reorganizar las guardias y actualizar la normativa, es el momento perfecto para ponerle fin a El Séptimo Círculo. Lo bueno es que los penitentes tienen más puntos débiles, o, por lo menos, detectables a primera vista, además de ser dianas fáciles de atacar.

Aldous pasó los dedos, más delicados que los de su primera forma humana —más poderosos, también— por los moratones de la garganta femenina.

—Está tardando más de la cuenta en curarse —murmuró él, buscando la mirada de Qadira. Vio en su expresión el más sincero arrepentimiento, y suspiró, aliviada, cuando Aldous le besó las marcas violáceas—. Sabes que no lo hice adrede, ¿verdad? Estaba bajo demasiada presión, no me encontraba bien, el mundo entero se estaba desmoronando, y… Sabes que eres lo más importante para mí, no solo porque lo decidiera el destino, del que me río abiertamente, sino porque así lo quise yo.

Qadira cerró los ojos, dejándose embriagar por la belleza de sus palabras. Siempre habían sido un bálsamo reparador, porque ¿qué amante no necesitaba que le recordaran que seguía siendo querida, que no la habían olvidado?, ¿que estaban haciendo todo cuanto podían para que volvieran a reunirse y retomar la maravillosa relación de antaño? Qadira lo amaba con locura, una locura que la consumía y, a veces, incluso la aterraba. En ese momento, sus tiernas declaraciones eran más necesarias que nunca.

Hasta entonces, los planes de Aldous habían sido solo eso: los planes de Aldous. Pero, ahora, Qadira estaba inmersa en ellos, y era, de hecho, la pieza clave. Él sabía qué clase de incentivos requería para hacerla actuar, todos ellos románticos.

Qadira inspiró hondo y se aferró a sus hombros con desesperación, ansiosa por sentir su cuerpo, su cercanía. Al mismo tiempo, le repelía aquello que Aldous representaba. Era esa dualidad la que la tenía a sus pies, lo que la hacía dependiente de él.

—No te he hecho venir para informarte solo de que ya se han puesto en marcha para atraparte. Quería que supieras que… que no les dimos el crédito que merecen. Xaphan se encuentra en el Autem recabando información sobre la Orden y han descubierto cosas sobre ti que no contábamos con que supieran hasta que el plan hubiera avanzado. No me mencionaste —agregó, procurando que no sonara como un reproche— que Darda'il escuchó tu nuevo nombre.

Aldous se tensó al tiempo que su mirada adquiría cierta frialdad.

—¿Que escuchó mi nombre? ¿Cómo es eso posible? —Retrocedió, furioso con el descubrimiento. Apretaba la mandíbula al mirar a un lado y a otro, como si buscara el lugar perfecto para desfogar su rabia. Ese lugar siempre era la mujer en la que acabó posando la vista con desdén—. Ningún mortal, sin importar cuán relevante sea la profecía en la que aparece, puede recordar a Mi Señor. La mente humana es impotente ante su grandeza, y esa zorra solo me vio tal cual soy mientras Mi Señor estuvo presente… —Hizo una pausa pensativa. Su rostro se ensombreció—. Aunque, quizá… Quizá me equivoque.

Qadira recordó a la atolondrada Darda'il. Apenas había podido tratarla durante la citación y la ceremonia de Levanah, pero no le había parecido, ni de lejos, digna de ningún apelativo insultante. Rememorando la conversación que había escuchado sin querer entre la muchacha y Dagon, recordaba haber pensado que era una de esas criaturas genuinamente bondadosas que escaseaban, y no ya en su mundo de sangre y traición, sino en la misma humanidad.

No pudo controlar a tiempo el rumbo de sus pensamientos, y Aldous, que no solo estaba en su corazón y en las marcas de su cuerpo, sino también en su cabeza, los intuyó con lo que eso conllevaba.

—¿Qué ocurre, Qadira? —Entornó los párpados—. ¿Te has hecho su amiga, acaso?

La garganta se le cerró, anticipando la discusión.

—¡No, no! Por supuesto que no. Apenas nos hemos dirigido la palabra.

—Eso espero, porque tendrás que destruirla a ella tanto como a las demás.

Qadira trató de acallar la voz de alarma.

—Darda'il no es la *anandha* de nadie —la defendió con un hilo de voz.

—Pero es la novieta que se ha echado el regente Aladiah, y todavía no hemos acabado con él. Ha regresado más fuerte y con más motivos para destruir al Enclave que nunca, pero, por suerte para ti, dado que te preocupa enormemente la vida de Darda'il, la dejaremos para el final. Ya sabes a quién has de darle prioridad. Iba a permitirte unos días de aclimatación al entorno y observación de los sujetos, pero si conocen el nombre que me dio Mi Señor, es cuestión de días que descubran el pastel. En esos días vas a tener que actuar. Rápido y con precisión.

»Empieza con la Sehara —ordenó, dándose la vuelta—. Si te quitas de en medio a esa niñita llorona, lo demás será pan comido. No creo que te cueste mucho, teniendo en cuenta que ya habrás sembrado agitación… —La miró por encima del hombro, con las manos cruzadas a la espalda. Qadira atisbó una sombra de sonrisa en su rostro oculto por la penumbra—. No me extraña, con esa ropa que te pones.

Qadira se cubrió el torso por instinto.

—No enseño mi cuerpo. Ni siquiera muestro mi rostro —se apresuró a excusarse, procurando controlar el tartamudeo—. Esto es lo más… lo más recatado que pude encontrar.

—No necesitas enseñar para provocar. A veces, basta con un poco de insinuación, y eso que llevas puesto marca tus formas con bastante contundencia.

—¿Y qué debería vestir? —musitó. Se obligó a agachar la cabeza en señal de respeto, aun cuando su estómago se retorcía de indignación—. ¿Qué quieres que me ponga?

—Me es indiferente mientras conmocione al público. Puedo aceptar que te vistas como una puta, siempre y cuando obtengas el resultado que buscamos. El fin justifica los medios…, ¿no es así, vida mía?

El insulto vino acompañado de una tierna caricia a la barbilla.

En algún momento, Aldous había avanzado hacia ella para recordarle por qué seguía guardando esperanzas; por qué aún lo amaba, además de porque el destino lo había elegido para estar a su lado sin importar las circunstancias o los daños causados.

Qadira cerró los ojos y una lágrima se deslizó, silenciosa, por su rostro descubierto.

—¿Por qué estás tan triste? —le preguntó Aldous en voz baja, con ternura. Prolongó la caricia por su barbilla, por el cuello que rodeó con la mano. La experiencia hizo que Qadira se tensara y abriera los ojos de golpe, atenta a una posible agresión—. ¿No te alegra sentirte deseada?

—Tú eres el único hombre que quiero que me desee.

«Y te deseo», rogó por que le respondiera, pero Aldous no habló. Se

acercó a sus labios, como si su intención fuera besarla, y, por un momento, Qadira se lo creyó. Se creyó que, de veras, Aldous iba a regalarle el primer beso en años, el beso que, según Dagon, serviría para curar los males de su conciencia y hacer que desapareciera el dolor.

Pero no. No la besó.

Dio un paso atrás y la miró con una sonrisa incrédula.

—Dagon —pronunció con voz de ultratumba—. Ese nombre da vueltas en tu cabeza una y otra vez. ¿Qué significa?

Capítulo XIII

Qadira hizo un esfuerzo para controlar sus pensamientos, que quisieron dirigirse de inmediato al sereno rapapolvo que Dagon le había echado en su último encontronazo.

«No parecías odiarme tanto hasta que nuestros dedos se rozaron por casualidad. No me digas que este ataque repentino contra mi persona es tu mejor intento para disipar la chispa o lo que fuera que surgiera anoche entre nosotros».

Reprimió un estremecimiento aún por catalogar y se concentró en los ojos de Aldous, componiendo su mejor mueca indiferente.

—Es el único penitente que no ha sucumbido a mi… —Le sonó extraño el halago hacia sí misma— encanto físico. Sin el efecto anestésico que he tenido sobre la mayoría, y considerando su curiosidad hacia mí, me preocupa que Dagon descubra quién soy y lo que voy a hacer.

—En tus manos queda que no se entere nunca, corazón. —La sonrisa se estiró cruelmente hacia un lado—. Si no le has entrado por los ojos, tendrás que encontrar otra manera de encandilarlo, pero no podemos permitirnos que ningún penitente sospeche de ti. Hay hombres que necesitan otro tipo de incentivos más allá de la belleza, ¿sabes?

Sí que lo sabía. La historia entre Aldous y ella había comenzado siglos atrás, cuando él la capturó y le hizo saber que, con el incentivo adecuado de su parte, no solo no la mataría, sino que le proporcionaría un lugar privilegiado entre los templarios.

En aquel entonces, Aldous aún cumplía sus promesas. Era a lo que Qadira se aferraba para confiar en que también lo haría ahora.

Aun y con todo, perdió el aliento al entender su sugerencia.

—¿Quieres que…? No puedo. No puedo hacerte eso, no puedo… engañarte. —Buscó su mirada, desesperada por hallar una chispa de celos, algo que le hiciera saber que él también se sacrificaría a través de ella, pero no vio más que la frialdad de un hombre comprometido con sus objetivos—. Aldous… ¿Tú podrías aguantar que me entregara a otro?

—Si es el precio que he de pagar para que estemos juntos y para siempre, poco me parece en comparación con lo que ganaremos. Todos tenemos que hacer sacrificios, Qadira —le recordó con algo parecido a la compasión.

Odió que la mirara así, como si fuera una víctima. Era el modo en que Dagon la había observado tras deducir que alguien la había herido

irreversiblemente; la manera en que Reyyan se había referido a ella y a su dolor, incluso muerta de celos.

Qadira no lo soportaba.

—Si has de seducirlo y entregarle tu cuerpo, hazlo. Si has de seducir y entregarle tu cuerpo a todos y cada uno de los penitentes de El Séptimo Círculo, incluso a los seráficos de La Sociedad o a un batallón de soldados, así sea. Recuerda que lo que está en juego vale más que tú, vale más que yo, vale más que nada ni nadie.

Qadira no supo si hablaba de la victoria del Gran Grimorio y las fuerzas del Mal sobre las razas protectoras de la humanidad, o si se refería a su relación. Decidió adoptar la segunda interpretación para poder seguir adelante con la certeza de que hacía lo correcto.

Amaba a Aldous. Era lo único que tenía en el mundo. Hacerle feliz no solo era su deber como mujer que habría de permanecer a su lado por los restos, sino una condición que debía cumplir para que lo arrebatado —su felicidad, su esperanza— le fuera devuelto. Y, aun así, Qadira se dolió de pensar que Aldous pudiera ofrecerla como si de una pieza de carnaza se tratase. Pensó, procurando proteger sus conclusiones del alcance de Aldous, que Luvart, Valthessar y Aladiah no permitirían que sus almas gemelas acabaran en manos de otro hombre, ni por el futuro de las razas, ni por el de la humanidad, porque ningún futuro era tan importante para ellos como el bienestar de sus amantes.

Pero Aldous era diferente. Estaba hecho de otra pasta. Aldous cargaba con un número abrumador de responsabilidades, ostentaba un poder superior, tenía ambiciones que sobrepasaban lo imaginable. En definitiva, no era un súbdito, sino un aliado, y, sobre todo, era tan fuerte que su conciencia podría soportar cualquier tipo de afrenta moral contra su persona o, en ese caso —así deseaba creerlo ella—, contra sus seres queridos.

Qadira se lo repitió una y otra vez mientras dejaba que Aldous enredara los dedos en su trenza y la atrajera hacia sí para repartir besos por su rostro. Se repitió que él la quería, que la adoraba, y que no podía demostrarlo como antaño porque servía a un dios exigente que le obligaba a desprenderse de toda debilidad, y ella era eso, una debilidad. Igual que Evra, e igual que el amor. Aldous la amaba desesperadamente, por supuesto que sí, pero estaba atado de pies y manos y le tocaba a ella, a Qadira, defender ese sentimiento, protegerlo de los tentáculos del Gran Grimorio y de las consecuencias de sus actos como traidor. Debía estar a su lado sin juzgarlo y esperar a que todo se resolviera. Solo entonces volvería a ser del modo en que era antaño.

Eso se decía para refrenar el impulso de salir corriendo y ocultarse de su vista en la otra punta del planeta. Cuando lo tenía ante ella,

premiándola con las caricias que llevaban casi una vida entera escatimándole, lograba convencerse. Pero, una vez él se marchaba y Qadira se quedaba a solas con sus marcas de malos tratos, el ánimo apagado y el corazón desgarrado, el miedo regresaba, golpeándola con intensidad, y los recelos se acentuaban peligrosamente.

Si no hubiera fuerzas más poderosas que ella en juego, si nada la arraigara a Aldous, más que los vestigios de un amor contaminado y el sentido del deber que la instaba a recoger los pedazos una y otra vez, a servir a ciegas para tener un propósito, Qadira huiría o pondría fin a su vida.

Pero aún había algo que amaba más que a Aldous.

Algo a lo que no podría renunciar jamás.

—A mí me gusta tu tristeza. Me excita tu tristeza —murmuró Aldous contra su mejilla. Sorbió sus lágrimas con los labios y sonrió complacido, como si aquella fuera su fuente de energía—, pero, por tu bien, deberás cambiar esa cara de perrito apaleado. A los hombres no les gustan las mujeres lloronas, ¿sabes? Ni mucho menos a los penitentes, que se desviven por la fortaleza y la seguridad de sus guerreras. Así que hazte el favor de parecer deseable…, ya que no puedes serlo.

Qadira se regañó por dolerse ante la cruda sinceridad de Aldous. No era la primera vez que la despreciaba, pero la repugnancia del amante no era la clase de cosa a la que una mujer enamorada pudiera acostumbrarse. Volvió a cubrirse el rostro con rapidez, antes de que él volviera a torcer el gesto ante su contemplación, y esperó con el alma en vilo a que llegara el permiso para retirarse.

—Asegúrate de que esta noche Reyyan duerme alejada de su querido príncipe de los ángeles. Yo me encargaré del resto. Y, cuando hayas terminado, recuerda la información que te di sobre Mara. Úsala contra el *rex*. El carácter de su *anandha* hará el resto, créeme.

»En cuanto a Darda'il… No hay necesidad de matarla. Con inutilizarla será suficiente. —Extrajo una bolsita de tela del bolsillo del vaquero. Emanaba un delicioso aroma a hierbas de té—. Cuando se te presente la ocasión, procura que consuma la totalidad del contenido.

—¿Qué le hará? —preguntó, manteniendo a raya la vacilación. Sabiendo que le temblaban los dedos, encerró la bolsita en el puño cerrado tan rápido como él se la entregó.

—Eso ya lo verás. Tienes un alma sensible, Qadira. Es mejor que sepas lo menos posible. Limítate a cumplir mis órdenes, y recuerda que el sacrificio de esas muchachas que tú entiendes por inocentes es necesario para garantizar nuestro futuro. Incluso nuestra felicidad. No seré feliz si no obedeces, vida mía… —Fijó en ella una mirada perturbadora—, y ya sabes lo que pasa cuando no me tienes contento;

que no puedo estar a la altura de lo que esperas de mí.

Qadira asintió obedientemente, reprimiendo un escalofrío. Se rebeló contra las sensaciones de su cuerpo, al que condenó por su fragilidad, por experimentar miedo, y trató de demostrarse a sí misma que no estaba asustada mirándolo a los ojos con esperanza.

—Abrázame, Aldous —rogó con un nudo en la garganta—. Por favor.

Él sonrió como si la petición le resultara divertida, y tan solo la recompensó con un golpecito condescendiente en la barbilla.

—He dicho que me gusta tu tristeza, vida mía, no que despierte mi instinto protector o mi deseo de consolarla. Y ni mucho menos voy a abrazarte cuando me llamas por ese nombre en el que no me reconozco.

—Es… es tu nombre —se atrevió a replicar—. Siempre ha sido tu nombre.

—Ya no. Si quieres que te conteste o que acceda a tu petición la próxima vez, habrás de llamarme por mi nombre real. Por el nombre que me he dado.

Nuevamente, rodeó el cuello femenino con la mano. Esta vez, Qadira sintió la presión de sus dedos en los mismos puntos en los que conservaba los cardenales. Se estremeció por la vergüenza de estar siendo humillada otra vez. Hubo un tiempo en el que ella era una mujer con orgullo, con dignidad, y, sin embargo…

«Te quiere, es solo que no puede demostrarlo», se repitió.

—Dilo —le ordenó él—. Di mi nombre.

Qadira habría sacudido la cabeza con testarudez si no hubiera estado en situación de inferioridad.

Era cierto que la criatura a la que estaba mirando no era Aldous. Ni siquiera se parecía a él, porque Aldous era rubio, de cabello blanquecino, como era tradición entre aquellos con sangre germana, y tenía los ojos que tendrían a una mujer soñando despierta y dormida. Aldous era vigoroso, intrépido y carismático.

El hombre al que tenía delante, la criatura de los tres nombres, no le recordaba en nada a ese Aldous, pero Qadira sabía que debía estar allí debajo, detrás de capas y capas de ambición desmedida, de corrupción, de violencia gratuita.

—Dilo —le insistió Aldous, presionando aún más con los dedos.

Qadira sintió que estaba a punto de perder el conocimiento. El aire había abandonado sus pulmones hacía rato, y, aunque no lo necesitaba para seguir viva gracias a su condición de inmortal, gustosamente se dejaría vencer por la inconsciencia, aunque solo fuera para huir de una situación tan dolorosa.

Cerró los ojos y complació sus deseos una vez más, porque tanto si Aldous estaba enterrado bajo ese nuevo rostro como si ya había

desaparecido para siempre, seguía en posesión de aquello que Qadira necesitaba; que amaba, y no podía arriesgarse a perderlo como a veces sentía que ya lo había perdido a él, al amor de su vida.

Así pues, con un hilo de voz, lo despidió haciendo realidad su petición:

—Leviathan.

Capítulo XIV

Cuando Reyyan terminó de acicalarse, agarró el bolso de mano que Mara le había prestado y bajó las escaleras principales con lentitud, dando tiempo a su compañera de juerga a alcanzarla.

En las últimas veinticuatro horas, Reyyan se había sentido un auténtico esperpento, y ahora faltaban palabras en el diccionario para agradecer lo que un poco de maquillaje, un vestido bonito y unos pendientes nuevos podían hacer por una chica herida en el amor propio. Quizá Luvart tuviera razón y pasaba demasiado tiempo con Mara, pero no veía cómo eso podría traerle problemas en lugar de favorecer su autoestima. La *anandha* del *rex* no había hecho otra cosa que recordarle que era una muchacha atractiva y con toda la inmortalidad por delante, fuera en su cuerpo o en otro, para descubrir nuevos sabores, probar diferentes actividades, emprender *hobbies* y, en definitiva, divertirse de lo lindo.

«La vida no se limita a batallar y leer los sucios pensamientos de tu novio durante el día», le había dicho. «Mereces pasártelo bien en una capital europea con tantas posibilidades de ocio como lo es Praga».

Reyyan no dejaba de ser tímida, así que le había pedido a Mara que la acompañara a la afamada discoteca del centro. Dúplex estaba ubicada en el ático de un edificio próximo al casco antiguo de la ciudad, y era cara como solo podía serlo un bar que ofertaba cócteles de diseño y fardaba de terraza con vistas. Como era de esperar, Mara conocía al gerente, y con una sola llamada había conseguido dos pases para la fiesta temática de esa noche.

Si bien la velada prometía diversión, o, por lo menos, distracciones, Reyyan no lograba despejarse. En cuanto se descuidaba, a su mente acudían los últimos intercambios de pullas con Luvart, a cada cuál más feroz, y la fascinación de este por la recién llegada.

Reyyan procuraba por todos los medios no culpar a Qadira de aquello que escapaba a su control, como su atractivo físico y la pasión que aparentemente provocaba en todo par de pantalones. Sin embargo, había una parte humana dentro de ella, y lo que era peor: una mujer enamorada, con el comportamiento irracional que eso conllevaba, y no podía soportar que Luvart hubiera fantaseado con la empírea de forma involuntaria.

Reyyan notó que Mara la tomaba de la mano mientras bajaba los peldaños de forma apresurada. La miró a los ojos en busca de apoyo y

de una pizca de valentía; la suficiente para pasar por delante de los penitentes de la guardia de esa noche sin venirse abajo.

Imaginaba que Luvart estaría entre ellos.

—Oye —la llamó Mara—, esto es lo que hacen las chicas cuando su novio las decepciona. Se ponen unos taconazos y salen a mover las caderas. No te estoy diciendo que le sacudas el culo a nadie, ojo. No tienes que vengarte hasta ese extremo si no quieres, pero unas copas ayudarán a sacártelo de la cabeza un ratito.

Reyyan le apretó la mano con una sonrisa temblorosa.

—Gracias. La verdad es que no quiero pasar otra noche dando vueltas en la cama. Su odiosa fantasía me está trastornando más de lo que habría imaginado.

—Es normal. La hechicera más poderosa del mundo no debe haberse parado nunca a pensar que su novio podría obsesionarse con otra mujer. Y, eh, no es que tú tengas rival… —Mara le guiñó un ojo —, pero mira, romperé una lanza en favor de Luvart diciendo que se le pasará, y que, si bien tienes derecho a enfadarte un rato, no deberías tenérselo en cuenta.

—¿Cómo es que a ti no te ha afectado tanto? El *rex* también la mira como si quisiera…

No pudo acabar la frase. Se le atascó en la garganta.

Suerte que Mara estaba a su lado para calmarla con una de sus sonrisitas traviesas. Lucía un impresionante vestido de lentejuelas azul que dejaba a la vista un escote descarado, tanto delantero como trasero: mostraba el ombligo y asimismo el coxis. Reyyan se había decantado por un estilo más recatado, aunque, según Mara, también atraería las miradas ardientes del público masculino.

—Si Valthe supiera cómo miro al reparto de *Anatomía de Grey*, o lo que *le haría* al reparto de *Anatomía de Grey*… —Mara lanzó una mirada risueña al techo, sonriendo con malicia—. Digamos que estamos empatados. Además, yo también me liaría con Qadira si no fuera una santurrona con muy mala baba. Si no nos divertimos los tres juntos, es porque él no quiere compartir y dudo que ella esté interesada.

»Eso es lo que te tienes que meter en la cabeza, guapa. —Le pulsó el entrecejo con el dedo índice—: Qadira *no* está interesada. En nadie. Ni siquiera en el príncipe de los ángeles.

Reyyan se reservó una réplica que para ella era obvia, y es que tal vez no quisiera meterse en la cama con Luvart, pero sí había algo que le interesaba de El Séptimo Círculo. No tenía que tratarse necesariamente de un interés carnal en un hombre, pero Reyyan percibía un propósito, una agenda oculta, cuando estaba en la misma habitación que Qadira. Su aura era débil, casi invisible de tan transparente, lo que indicaba un alma no ya en conflicto, sino sumida

en una profunda tristeza. Reyyan se limitaría a compadecerla si no atisbara, además, cierta rigidez en su modo de comunicarse con los penitentes, y el brillo de un plan ambicioso en los ojos. Quizá los demás no lo vieran porque estaban fascinados con la manera en que se contoneaba, con su voz sugerente o su apariencia de sultana, pero Reyyan reconocería a una mujer rota y desesperada en cualquier parte, porque, hasta hacía poco, ella misma había respondido a esa descripción. Sabía mejor que nadie que una criatura asustada, con un vacío en el alma y víctima de una pena inabordable de tan arraigada resultaba impredecible, y no convenía perderle la pista.

Convenía, de hecho, vigilarla muy de cerca.

Pero ¿para qué se iba a ocupar ella, cuando Qadira ya tenía los ojos de todos los penitentes encima? Al menos, así fue hasta ese momento, en el que Mara y Reyyan cruzaron el salón con la intención de abandonar la casa. Cuando los presentes oyeron el repiqueteo de sus tacones y se giraron en dirección a las mujeres, ellas fueron objeto de todas las miradas. La acalorada discusión que Luvart, Valthessar y Dagon habían estado manteniendo cesó abruptamente. Este último lanzó un silbido admirativo y se dobló hacia ellas en una venia de reconocimiento.

Luvart miró a Reyyan de arriba abajo con una combinación de incredulidad y deseo. Aunque Reyyan se estremeció, no le prestó atención por mucho tiempo y se concentró en su destino: la puerta.

De lo contrario, no sería capaz de marcharse.

—¿A dónde vas? —preguntó él, perplejo.

—A misa, no, eso seguro —se rio Dagon, de brazos cruzados. Posó una mirada divertida en Mara antes de tomarla de la mano y hacerla girar sobre mí misma—. Anda que me invitas, rubia.

—¿Eso es todo lo que me vas a decir? —Mara fingió ofenderse—. ¿«Anda que me invitas»?

—Para llamarte bombón, ya tienes al prenda —Dagon señaló con un gesto de barbilla al inmóvil Valthessar—, pero no necesitas que nadie te diga que estás estupenda. Las dos, obviamente —agregó, guiñándole un ojo a Reyyan—. Si sabes lo que a mí me gusta una farra, ¿cómo es que no me has dicho que hoy se sale?

—Es noche de chicas —replicó Reyyan.

—¿Y? —Dagon se enfurruñó—. El género es un constructo social. A mí me gustan los daiquiris de fresa, y no me importa que me llames «tía».

El comentario espabiló a Luvart. Hasta ese momento, había estado observando con embeleso a Reyyan.

—¿En serio vas a pasar otra noche alejada de mí? —rezongó, pellizcándose el puente de la nariz—. ¿Hasta cuándo me vas a castigar? Esto está pudiendo con mi paciencia.

—No me digas. —Reyyan entornó los párpados—. Si tu paciencia soportó mil años de espera, yo creo que puedes aguantar hasta que se me pase tu infidelidad.

—¡Mi infidelidad! —repitió con voz aguda. Le dio un codazo a Valthessar—. Dile algo tú, por la diosa. ¡Está diciendo que le he sido infiel! ¿Cómo puedes decir que te he sido infiel? ¡Debes estar de broma!

El *rex* pareció volver en sí mismo con el golpe, pero lo que salió de sus labios no fue más que un puñado de palabras ininteligibles. Seguía mirando a Mara como si no la hubiera visto antes, y ella estaba encantada con la atención.

Soltó la mano de Dagon y se acercó a él para darle una palmadita en la cara.

—¿Ves, Reyy? Los tíos solo necesitan un poquito de inspiración para recordar quién manda. —Luego volvió a dirigirse al *rex* con los brazos en jarras—. Me voy a bailar. ¿Alguna objeción?

—¿No prefieres quedarte conmigo? —preguntó, esperanzado. Su voz se asemejó a un gruñido animal. La rodeó por la cintura y la atrajo hacia su cuerpo, humedeciéndose los labios—. También podemos bailar, si quieres.

—Qué cariñoso te ponen las lentejuelas, ¿no? Gracias por la oferta, pero voy a declinar. —Esbozó una sonrisa—. Bailas fatal, y me apetece una noche solo de chicas.

—A mí también me apetece una noche solo con mi chica. —Le dio un mordisco en el lóbulo de la oreja que hizo que ella se echara a reír.

—Pues mala suerte para ti, campeón. —Le palmeó el pecho y se separó de él con actitud juguetona. Esa fue la señal para que Reyyan cuadrara los hombros y se preparara para salir, ignorando los bufidos de Luvart—. No nos esperéis despiertos, aunque volveremos antes del amanecer, por eso de que Reyyan tiene que regresar a su féretro.

—Ahora me llamáis féretro —jadeó Luvart, anonadado—. ¡Esto es una vergüenza!

—¡Lo tuyo sí que fue una vergüenza! —gruñó Reyyan.

—Oye, yo no he fantaseado con Qadira —se quejaba Valthessar, exagerando un cómico puchero—. ¿Por qué me castigas? No puedes largarte con ese vestido sin más. No voy a poder concentrarme en la guardia, y te recuerdo que el destino de la humanidad depende de que sea exhaustivo y preciso en mi trabajo. —Y arqueó las cejas, como si hubiera esgrimido el argumento definitivo.

Debería haber imaginado que con Mara no serviría.

La muchacha puso los ojos en blanco y aireó la mano.

—Por favor, no saques la cartita del destino de la humanidad para ganar la partida. Si quieres que me quede y baile para ti, tendrás que decirlo con todas sus letras, no utilizar tu posición de *rex* para

chantajearme. A mí no me impresionas con tu título. ¡Ni que fueras el duque de Hastings!

Aunque Reyyan solía quedarse embelesada con las discusiones entre Valthessar y Mara, últimamente más infrecuentes gracias al compromiso de ambos con la relación —él había acordado transigir a menudo, y ella, no exponerse al peligro con la temeridad que la caracterizaba—, no podía soportar la mirada traicionada de Luvart. Así pues, se dio media vuelta sobre las sandalias de tiras con tacón y salió al jardín con la intención de esperar fuera.

Con suerte, el aire fresco de la noche la ayudaría a pensar.

Ignoró el lamento con el que Luvart se despidió de ella:

—Al menos ponte una chaqueta. Hace mucho frío y podrías enfermar.

«No más de lo que me enferma esta situación», pensó, resentida, y con toda la intención de que él lo oyera. Estar conectados a nivel mental, también físico e incluso espiritual, tenía sus ventajas, pero con la aparición de Qadira, Reyyan había descubierto que también podía suponer un problema.

Como si la hubiera invocado, apenas cruzó el umbral de entrada y salió al patio delantero, se topó con la sombra esbelta de la reina de Roma. Reyyan tragó saliva, como haría un amenazado ante su verdugo. En lugar de disculparse por el aparatoso choque, le cerró el paso con su cuerpo: un cuerpo que, aun menudo, imponía respeto entre aquellos que sabían lo que era capaz de hacer con sus manos.

—¿De dónde vienes? —le preguntó Reyyan sin rodeos, con la mirada fija en Qadira.

No poder verle la cara no era un problema para ella. Un buen sacerdote de la Orden sabía que los ojos eran el espejo del alma, y, además, Reyyan contaba con la ventaja de leer las auras e interpretar sus corazonadas con un margen de error exiguo. Esa noche, Qadira estaba especialmente alterada, pero no hacía falta ser una hechicera para saberlo. Bastaba con fijarse en sus ojos vidriosos por las lágrimas, en la debilidad articular que trataba de disimular aferrándose las muñecas.

—De hacer ejercicio —contestó Qadira en tono neutro—. Los empíreos estamos acostumbrados al deporte extremo, y quería aprovechar el bosque de los alrededores para perderme corriendo. Os lo recomiendo, Sehara —agregó, afianzando su mirada en Reyyan—. Tengo entendido que últimamente andáis muy estresada. Correr ayuda a despejar la mente.

La insinuación de que Qadira pudiera estar al tanto de lo que ocurría entre Luvart y ella la alteró. Dio un paso adelante, no con el fin de amedrentarla, sino de examinar más de cerca al objeto de sus sospechas.

—La pregunta es… ¿por qué querría despejar la mente una empírea que jamás ha sido enviada a ninguna otra misión? —indagó, sin molestarse en disimular que pretendía sonsacarle información—. A mi conciencia no le vendría mal deshacerse del peso de algunos pecados que he cometido. A fin de cuentas, mi memoria se remonta al origen de los tiempos…, pero ¿qué le pasa a la tuya, si, a diferencia de a mí, a ti no te ha dado tiempo a acumular malas experiencias?

Qadira deshizo el nudo del pañuelo y descubrió su rostro, resolviendo así una duda que había dado vueltas por la cabeza de Reyyan: no le importaba que las mujeres la vieran tal cual era.

No podía decir lo mismo sobre los hombres.

Dobló el velo con mimo, quizá para ganar tiempo, y lo apoyó en su antebrazo sin apartar la vista de Reyyan, aparentando la firme seguridad del que no tenía nada que esconder.

Sonreía sin un ápice de simpatía.

—No le dais a los empíreos el crédito que merecen. Puede que la vida allí arriba consista en entrenar hasta que un problema mayor en La Tierra nos obligue a demostrar lo aprendido, pero también convivimos los unos con los otros. Nos comunicamos, nos relacionamos; somos amantes y somos amigos. Tal vez en mi mente no haya pecados, pero hay nombres y hay experiencias, y, asimismo, hay tanta dicha como arrepentimiento.

—No me cabe la menor duda. Lo que me pregunto es si alguno de esos nombres que pululan por tu mente es impronunciable. —Entrecerró los ojos—. El secretismo te envuelve como una sombra, Qadira, y puede que los demás no estén en condiciones de percatarse de este detalle, pero ten por seguro que para mí eres un libro abierto.

—¿Ah, sí? —Esta vez fue Qadira la que avanzó un paso, las manos entrelazadas a la espalda como las de un intelectual deambulando por su biblioteca. Tuvo que inclinarse hacia delante para quedar a la altura de Reyyan, a la que superaba en estatura por veinte centímetros —. ¿Y qué dice mi historia? ¿Veis princesas encerradas en una torre y príncipes de los ángeles…? Oh, no creo. Esa es *vuestra* historia, no la mía. Por desgracia —apostilló, torciendo la sonrisa hacia la nostalgia —. No me habría disgustado vivir a cuerpo de reina en Coriander, sin otra preocupación que estudiarme un libro de magia, y salir tan solo para conocer al sol de mis días, a mi rayo de esperanza; a un hombre que me ama con locura.

Reyyan tomó una bocanada de aire. No exhaló enseguida. Dejó que el oxígeno le quemara en los pulmones mientras observaba de hito en hito a la criatura que tenía delante, que, a cada instante que pasaba, se le iba haciendo más y más indescifrable.

—No creo que haya un príncipe en tu relato —dijo con sinceridad, obligándose a dejar a un lado el tono feroz.

—Lo creéis bien.

—… pero sospecho que sí hay una parte de ti que está encerrada —continuó con solemnidad—. Tu alma necesita que la rescaten, que la liberen de su yugo. Quizá no podamos hablar de los príncipes y las princesas clásicos de la tradición infantil, pero hay un dragón… Lo hay, ¿verdad? Un dragón que ya no escupe fuego. Un dragón con el corazón helado y las garras afiladas de un cuervo.

—¿Yo soy el dragón? —se mofó Qadira, cruzándose de brazos.

—No. No percibo poder alguno en ti, más que una luz a punto de apagarse. —La sonrisa incrédula de Qadira tembló al escucharla—. Pero que no seas poderosa no quiere decir que no puedas ponernos en peligro. Sé que eres una amenaza para nosotros. Todavía no sé cómo ni de qué manera, no sé cómo vas a conseguir lo que te propones, ni qué es lo que planeas, pero lo descubriré…

Qadira la interrumpió con una carcajada desdeñosa. Eso era lo único que podría haber detenido la montaña de acusaciones de Reyyan: un trato condescendiente.

La hechicera sabía lidiar con sujetos violentos, fríos como un témpano o despreocupados en exceso, pero sospechar que su interlocutor pudiera no respetarla, que pudiera, de hecho, burlarse de ella, despojándola así de su importancia y su poder milenario, la desarmaba.

—No percibes poder en mí, y, sin embargo, me temes —adivinó, con gesto socarrón. Reyyan se tensó ante el tuteo. Ni siquiera el *rex* se tomaba esas confianzas con ella—. Tú, Reyyan, la gran hechicera Sehara, la luz del mundo, vive aterrada por culpa de una mindundi, y eso dicho por ti. ¿No es gracioso? Para ti, seguro que no, porque desde luego que soy una amenaza para tu relación, ¿no es así? —Ladeó la cabeza para mirarla con interés, sin perder el gesto burlón—. ¿No te parece un tanto extremo acusarme de espía, traidora o lo que creas que soy, solo porque necesitas perderme de vista? O, mejor dicho, de la vista de Luvart.

Reyyan apretó los labios.

—No intentes jugar con mi mente. Confío a ciegas en lo que percibo en ti. Que Luvart se haya dejado embaucar no tiene nada que ver con mis sensaciones.

—¿Y tus inseguridades? ¿Tampoco tienen nada que ver con la sensación de que he venido a arruinaros la vida? —Enarcó una ceja. Reyyan perdió el aliento—. Me resulta cuanto menos curioso que nadie, ni el *rex*, que lleva siglos a la cabeza de un clan de penitentes, ni Xaphan, una criatura que sabe leer la mente, hayan llegado a esa conclusión sobre mí excepto, qué casualidad, la celosa Reyyan.

—No soy «la celosa Reyyan». Soy la Sehara, y podría aplastarte con un solo dedo —le ladró, furiosa.

Qadira ni se inmutó. Tan solo alzó las manos y se retiró un paso, sonriendo aún con esa condescendencia que la sacaba de quicio.

—Sería una lástima que la Sehara —pronunció su título como si fuera gracioso— empleara sus incomparables poderes mágicos para acabar con la potencial amante de su novio, y no para detener el avance del Enclave. Tantas cualidades desperdiciadas, y por culpa de un hombre. ¿O la culpa la tiene la neurosis de tu parte humana? —Sonó entristecida al plantear la posibilidad.

—No… no soy una neurótica —balbuceó Reyyan, clavada en el sitio como una estaca.

Quería sonar convencida, segura de sí misma, pero Qadira había detectado su punto débil y sabía cómo usarlo en su contra. Tanto así que Reyyan empezó a dudar de sus propias corazonadas y se planteó que la empírea pudiera estar en lo cierto.

¿Y si los celos estaban interfiriendo en sus habilidades? No sería la primera vez en la historia. De hecho, sería la segunda ocasión en la que sus sentimientos por Luvart le buscaban la ruina.

—Piénsalo —le sugirió Qadira, posando una mano amable en su hombro. Por fin había abandonado la pose burlona. Ahora la miraba con lástima, algo que Reyyan no pudo soportar, menos aún cuando Qadira continuó por la misma senda que sus pensamientos destructivos—. Todo el mundo sabe que la Sehara tuvo que ser sacrificada porque su amor por el príncipe de los ángeles la estaba consumiendo. La Magna trató de evitar que volvierais a estar juntos porque todo lo que implica a Luvart pone en peligro tus poderes y, por extensión, al resto de la humanidad. Es un hecho. No puedes decir que esté jugando con tu mente cuando tú mejor que nadie conoces la historia.

»Además… —Qadira la rodeó con cara de circunstancia. La miró de reojo, como si temiera que Reyyan fuera a atacarla por lo que dijo a continuación—: Fíjate en el modo en que has reaccionado solo porque Luvart tuviera un pensamiento erótico. Un pensamiento involuntario, provocado por los descriptivos fetiches de terceros. Es obvio que no, Reyyan. —Chasqueó la lengua y meneó la cabeza—. No estás muy bien.

Le palmeó el hombro de nuevo y entró en la casa sin esperar una respuesta. Tampoco la habría obtenido. Reyyan se había quedado helada en el porche, y no solo porque la temperatura hubiera descendido en picado en las últimas horas, sino porque Qadira podía estar en lo cierto.

Tal vez la solución que se le había ocurrido a Xaphan para que pudiera permanecer junto a Luvart no hubiese sido la mejor. Quizá ahora, a través de su inestabilidad emocional, estuviera quedando manifiesto el porqué de las reticencias que La Magna demostraba

hacia su relación. Nunca se había llevado a cabo un hechizo parecido al que la mantenía unida a Luvart, por lo que no contaba con una experiencia previa a la que remitirse para anticipar posibles perjuicios, pero no haber podido predecir las complicaciones de fusionarse con Luvart en un solo cuerpo no significaba que no las hubiera.

Quizá los celos no solo le nublaran el juicio, sino que también mermaban sus habilidades de hechicería. Después de todo, Xaphan, que era quien podía adentrarse directamente en la cabeza de un sospechoso, no había detectado nada extraño en Qadira.

Y eso debía ser porque no lo había.

No lo había, y Reyyan se estaba volviendo loca.

Capítulo XV

Reyyan regresó a la casa cuando las luces estaban apagadas y el salón se encontraba sumido en un extraño silencio.

Al final, la noche no había salido como Mara y ella planearon en un principio. El *rex* insistió en que su *anandha* se quedara con él, y, como en palabras de la joven ocultista, «era un milagro que Valthessar hubiera encontrado los modales para pedirle las cosas por favor», no se vio en posición de rechazarlo.

Así pues, Reyyan se había arrojado a la aventura en compañía de su soledad. Había disfrutado de un largo y refrescante paseo por las calles de Praga, animadas el fin de semana por lugareños y acentos de diferentes ciudades europeas, pero regresaba con la sensación de haber cometido un error garrafal.

Los celos la carcomían aun después de haber aceptado que Qadira podía tener razón. Sentía que había perdido el control de sí misma, y que estaba alejando de ella a Luvart, quien era la única razón por la que había luchado por mantenerse con vida. Para colmo, al final del día tendría que abandonar su cuerpo para fundirse, una vez más, con el de su amante.

Un amante al que no quería ni ver en pintura.

El paseo había sido agradable, pues, pero muy escaso para lo que Reyyan se había propuesto: olvidar.

Entró en el dormitorio que se había agenciado para mantener las distancias con Luvart. Se encontraba en el ala contraria del corredor del segundo piso y contaba con un pestillo, aunque no era como si esto último fuera a protegerla. Luvart no traicionaría su confianza ni vulneraría sus deseos entrando en la habitación si Reyyan no le daba permiso, pero, en el caso de que decidiera tomarse su palabra a la ligera, tres vueltas de llave no bastarían para detenerlo.

Y no lo habían detenido. Lo supo cuando reconoció su esbelta figura sentada en el borde de la cama.

Reyyan respingó y se llevó enseguida la mano al pecho. El chal que se había quitado despacio, con actitud derrotista, cayó al suelo.

Ni pensó en recogerlo una vez su mirada conectó con la de Luvart.

—¿Qué haces aquí? —le espetó Reyyan. Quería sonar furiosa, pero estaba demasiado exhausta por los últimos acontecimientos—. Te dije expresamente que no tenía la menor intención de compartir la cama contigo, y no me apetece hablar. Todo lo que quise aclarar, quedó

dicho en su momento.

Luvart se puso de pie muy despacio, tan cansado como ella. Al menos, eso era lo que delataban sus movimientos pausados: una extenuación que no era de ese mundo.

Mientras, sus preciosos ojos violetas la escrutaban con rencor.

—¿Y qué hay de lo que *yo* quiero decir? ¿Es que no tengo derecho a hablar?

Reyyan se cruzó de brazos y esperó, con la espalda apoyada en la puerta, a que él hiciera el siguiente movimiento.

—Te di la oportunidad de defender lo indefendible, y me pusiste aún más difícil la tarea de disculparte. No me interesa nada de lo que quieras contarme. Al menos, por ahora. Necesito tiempo.

Luvart se pasó una mano por la media melena rubia. Su exasperación tocó una fibra sensible en Reyyan, pero se obligó a permanecer firme. Si ni ella misma respetaba sus propias decisiones o su derecho a sentirse herida por lo que entendía como una traición, ¿cómo lo iba a respetar él, que ni siquiera estaba en condiciones de pensar con claridad? Veía en su expresión turbia, en el modo amenazante en que se acercó a ella, que estaba perdiendo la paciencia.

No iba a tolerar el berrinche por más tiempo.

—Te he esperado mil malditos años —le recordó con la mandíbula tensa. La acorraló con un solo brazo y una mirada implacable—. Estás muy equivocada si piensas que, después de todos los sacrificios que he hecho por ti, voy a permitir que me trates así.

—¿Y qué vas a hacer al respecto? —Alzó la barbilla con una impertinencia impropia de ella. Luvart paseó una mirada entre lujuriosa y furibunda por su cuerpo, aún embutido en un estrecho vestido de lycra negro.

—Lo que me dé la gana.

Luvart estrelló sus labios contra los de Reyyan.

Si aquel beso iba destinado a destensar sus miembros y a derretirla, como solía ser el efecto habitual, no lo logró. Reyyan estaba tan dolida por lo ocurrido que el corazón se le llenó de amargura y el rencor hizo que lo empujara por el pecho con violencia.

—¿Cómo que «lo que te dé la gana»? ¡Yo no soy una cosa de la que puedas disponer a tu antojo! ¡Soy una persona libre que, igual que decidió voluntariamente estar contigo, puede tomar la decisión de marcharse por esa puerta! —Y la señaló con la mano. Luvart la agarró por ese brazo que había levantado y hundió los dedos en su carne. Reyyan gimoteó—. ¿Qué…? ¡Me estás haciendo daño!

—Si crees que eres libre —masculló cerca de su oído, con un tono despectivo que no recordaba haberle oído nunca—, no sabes lo equivocada que estás. ¿Qué piensas hacer si me abandonas? ¿A dónde vas a ir? Ya no puedes sobrevivir sin mí.

Reyyan lo miró con incredulidad.

—Al contrario. Si me marchara, tendría más posibilidades de vivir en mi cuerpo sin depender de tu energía. Sería Reyyan las veinticuatro horas, y ni yo tendría que compartir mis pensamientos contigo, ni tú tendrías que humillarme con los que acuden a tu cabeza.

—Ah, ahora, además de traicionada, te sientes humillada. Qué malo es Luvart, ¿verdad? Digno heredero del Gran Grimorio —se mofó. Su desagradable cinismo le puso el vello de punta—. Ya que me achacas todas las culpas del mundo, no pasará nada si, además, me añades el defecto de hijo de puta. Tal vez incluso te esté haciendo un favor demostrándote lo perverso que puedo llegar a ser.

Luvart se agachó y, de un solo movimiento, le levantó la falda hasta la cintura. Reyyan balbuceó una negativa que se le acabó atascando en la garganta. Aunque enseguida llevó las manos a las muñecas de Luvart, tratando de detenerlo, Luvart consiguió arrancarle la ropa interior de un tirón violento que le dejó abrasiones en la piel.

Reyyan gimoteó.

—¿Q-qué…? ¿Qué haces?

—Lo que tú me has dicho. Traicionarte y humillarte —susurró en su oído, presionándola contra la puerta con su propio cuerpo—. ¿No ves que soy tu humilde siervo? Me limito a convertirme en aquello a lo que tú me has reducido.

La voz de alarma estalló dentro de ella cuando oyó el tintineo del cinturón de Luvart. Quiso preguntarle de nuevo qué demonios estaba haciendo; decirle, con voz aguda, que ese no era él, pero el instinto de supervivencia le exigió que se escabullera por la salida más cercana.

Cometió un grave error al darse la vuelta y tratar de tirar del picaporte. Luvart solo tuvo que empujarse contra ella para aplastarla.

—Nunca deberías darle la espalda a tu agresor, Reyyan.

Su voz, carente de escrúpulos, le puso los vellos como escarpias. Un miedo que hacía tiempo que no sentía la inmovilizó en el sitio. Por unos instantes preciosos que a Luvart le sirvieron para bajarle los tirantes del vestido y morder sus hombros con saña, llegando a salpicarle la piel de lágrimas escarlata, Reyyan no pudo hacer nada. Se imaginó a sí misma paralizada, con la mejilla contra la puerta y seguramente amoratada por el empujón, y se odió por no actuar con rapidez.

Se odió, más bien, por no actuar en absoluto.

—¿Por qué te comportas así? —preguntó Reyyan con un hilo de voz, notando los besos húmedos en el cuello, la brutal presión que estaba ejerciendo contra su cuerpo para que ni siquiera pudiera respirar—. Por… por favor… Detente. No lo quiero así. Me estás haciendo daño, me…

Reyyan gritó cuando él le dio la vuelta y la forzó a mirarlo a los

ojos sujetándola por la mandíbula. Fue al entrar en contacto con su mirada amatista, que tan familiar era para ella y tan amorosamente la observaba siempre, cuando cayó en la cuenta de que aquello estaba sucediendo *de verdad*.

Tenía que ponerse a cubierto, pero no conseguía concentrarse para invocar ningún hechizo que se lo sacara de encima, y, a la hora de la verdad, ¿sería capaz de atacar al hombre al que amaba, incluso cuando su integridad corría peligro? ¿No sería mejor dejarlo estar, aunque fuera para salir menos perjudicada?

«No», rugió una voz dentro de ella.

Reyyan empleó toda su fuerza física contra él. Manotazos, rodillazos, patadas, derechazos directos a la cara y al pecho: todo cuanto pudo improvisar, teniendo en cuenta que su atacante la sobrepasaba en habilidades físicas.

Sabía que no podría reducirlo en un cuerpo a cuerpo. Solo conseguiría enfurecerlo, con lo que eso conllevaría. Sin embargo, no podría estar tranquila consigo misma si no hacía su mayor esfuerzo para liberarse. Y lo intentó todo hasta que Luvart la agarró por el cuello y comenzó a ejercer presión, de modo que Reyyan no pudo ni tragar saliva.

Buscó la muñeca tensa que trataba de estrangularla y tiró en la dirección contraria, sacudiendo con todas sus fuerzas, pero la muñeca era de acero, y no le permitía gritar siquiera.

«¿Quién te rescataría, aun si lo lograras?», pensó con espanto. «El Séptimo Círculo está de su parte».

—No puedes conmigo —le recordó Luvart, sonriendo de lado con una frialdad escalofriante—. Simplemente *no puedes*. Que esto sirva de precedente para que sepas lo que te esperará si vuelves a darme la espalda o intentas dominarme.

—Yo no… Lu… Luv… Luvart…

Reyyan observó, horrorizada, que arrojaba el cinturón al suelo y se bajaba el pantalón lo suficiente para liberar una erección de caballo. Ella culebreó cuanto se lo permitió el hilo del que pendía su débil consciencia para evitar la degradación a manos de un hombre al que quería, en el que hasta entonces había confiado, pero la dureza de sus dedos apretando la delicada garganta iba en aumento. Reyyan perdía el conocimiento poco a poco, y lo último que notaría, sería el dolor de la humillación en el pecho y la carne de Luvart adentrándose a la fuerza en su cuerpo para someterla.

—Reyyan. ¡Reyyan! Reyyan, despierta. —No respondió a su llamado, temiendo que la quisiera plenamente consciente para asistir a otras tantas humillaciones que no conseguiría superar—. Reyyan, abre los ojos, vamos.

Su voz sonaba ahora mucho más clara, humana. Preocupada por

ella, incluso.

Reyyan se resistió a abrir los ojos. Lo hizo cuando no le quedó más remedio, atizada por el miedo a que la revancha si no obedecía fuera aún peor.

Al volver en sí misma, se incorporó con brusquedad, buscando una bocanada de aire que le reabriera la garganta y los pulmones. Le costó ubicarse en tiempo y espacio. Notaba la piel perlada de sudor, y le costó unos segundos acostumbrar los ojos a la penumbra, tan solo atenuada por la luz ambarina de la lámpara de la mesita.

Había un hombre esbelto sentado a su lado, sujetándola con cuidado por la cintura y por el hombro. Al caer en la cuenta de quién era, el corazón se le detuvo de forma abrupta y el pánico la embargó.

Reyyan lo empujó con todas sus fuerzas y pateó las sábanas para alejarse hasta la otra punta de la cama.

—¡No me toques! —rugió con una voz que no sabía de dónde había salido—. ¡No vuelvas a ponerme un dedo encima!

Apenas distinguía los rasgos de Luvart, pero no se debía exclusivamente a la escasa iluminación, sino a las lágrimas de espanto que le anegaban los ojos. Reyyan se puso en pie a toda prisa, pasándose las manos por el rostro empapado, y buscó una salida con la mirada desenfocada.

La puerta estaba demasiado lejos, y la ventana…

La ventana podría servir.

—¿Qué es lo que pasa? —Luvart la miraba sin comprender. Se levantó también del borde de la cama, alargando una mano en un ademán conciliador—. Reyyan, tranquilízate. Sé que no quieres que entre en tu habitación, y si es por eso que estás alterada, lo siento. Me marcharé enseguida. Pero estabas gritando, y… me he asustado.

Reyyan se pegó a la pared contraria, palpándola en busca de algún instrumento que le sirviera para defenderse mientras el miedo mermara sus habilidades mágicas.

Acusaciones de toda clase se amontonaron en su boca, y tantas eran que no llegó a pronunciar ni la primera. Un fuerte dolor de estómago la sobrevino, y, antes de poder controlarse, se dobló por la mitad para vomitar.

Entre las toses y los violentos temblores que la sacudían, no sintió que alguien le sostenía la cabeza y le hablaba con ternura.

—Ya está, no pasa nada. Mejor fuera que dentro, o eso dicen en la película de dibujos animados que tanta gracia te hace. —Notaba la sonrisa preocupada y al mismo tiempo dulce en su tono. Se dirigía a ella con paciencia, en voz baja. Ni rastro de la falta de escrúpulos de antes—. Te habrá sentado mal algo de lo que has bebido esta noche.

Reyyan se incorporó muy despacio, mareada. Se cubrió la boca para seguir tosiendo, y al separar la mano se fijó en que un moretón le

rodeaba la muñeca. El pulso se le aceleró al recordar que Luvart la había aferrado con tanta fuerza que, por un momento, pensó que se la había roto. Lo retiró de nuevo, con menos energía que antes, y renqueó, temblando, hasta el espejo de cuerpo entero del dormitorio.

No pudo reprimir un jadeo horrorizado al verse el cuello amoratado, al sentir en su bajo vientre el desgarro de una intrusión violenta.

Reyyan se rodeó la garganta con cuidado de no presionar los cardenales. Al ver a Luvart pálido a unos pasos de distancia en el reflejo del espejo, no pudo contenerse más y rompió a llorar.

—¿Por qué me has hecho esto? —logró articular entre sollozos quebrados.

—¿Yo? ¿El qué? Reyyan… —Pareció dudar entre dar un paso adelante o quedarse donde estaba. Al final, por precaución, escogió quedarse en el sitio—. Te aseguro que acabo de entrar en tu cuarto.

—¡Mentira! Mira, mira lo que me… Mira… Tú eres… eres un animal… eres un… un… —Los hipidos no le dejaron acabar ninguna frase. Se abrazó el vientre y se fue agachando hasta que quedó en cuclillas, aún presa de los escalofríos, y se entregó a las lágrimas—. No me puedo creer que tú… que tú…

Oyó el chasquido de las rodillas de Luvart al intentar ponerse a su altura. Con el rabillo del ojo las captó, clavadas en el suelo, y luego sintió el dulce contacto de sus dedos en la barbilla.

—Reyyan, estabas teniendo una pesadilla y he entrado porque se te oía por toda la casa. Eso es todo. No sé por qué tienes… No sé quién te ha… —Reyyan alzó la vista a tiempo para verlo tragar saliva, perturbado—. ¿Qué demonios pasaba en tu sueño?

Reyyan habría vuelto a empujarlo por el pecho, incluso lo habría matado con sus propias manos si no hubiera caído en la cuenta de un detalle importante: el Luvart de su sueño llevaba su uniforme negro para las guardias, y aquel no vestía más que un cómodo pantalón de pijama. Se preguntó si no le habría dado tiempo a cambiarse, a dejarla inconsciente y luego volver para actuar como si no fuera culpable del delito, pero entonces recordó que no era la primera vez que soñaba que Luvart la violentaba.

Mientras vivió encerrada en la torre de Coriander, supuestamente protegida de los peligros del exterior, todas las noches se vio con Luvart en temibles pesadillas. El Luvart de dichas pesadillas siempre vestía de negro, pero no sus jerséis de cuello vuelto y sus botas preferidas, sino la camisa de botones que había llevado en el sueño de esa noche.

Reyyan miró a Luvart a los ojos e indagó en su conciencia, desde el primer pensamiento que albergaba hasta el último que había generado involuntariamente. La pregunta «¿Qué demonios está pasando?» lo

dominaba. Se reconoció en la inquietud de Luvart, en la ira que empezaba a carcomerlo y, sobre todo, en la confusión.

Luvart no podría ocultar de ella un ataque tan violento como el que acababa de sufrir. Sus mentes estaban fundidas en una sola. Del mismo modo, Reyyan tampoco podía esconder de Luvart el que había sido su sueño; así pues, supo el momento exacto en que fue puesto al tanto de la dimensión del problema, porque su semblante se endureció y su mirada se tornó fría.

Aun así, controló la miríada de emociones que le asaltaron para hablarle con calma.

—Reyyan —empezó—, sabes que eso no ha ocurrido de verdad. Dime que lo sabes. Dime que sabes que yo jamás te haría algo así.

Reyyan pestañeó deprisa para ahuyentar las lágrimas. No tenía que responder verbalmente para que Luvart leyera la verdad, no ya en su mente, sino en su expresión culpable. Por un momento había creído que lo haría, que sería capaz de hacerle daño.

—No sé por qué las pesadillas han regresado —sollozó Reyyan, abrazándose a sus hombros—. No sé por qué vuelven a ser tan reales que las heridas aparecen en mi cuerpo. Yo… lo… lo siento.

—No, *yo* lo siento —murmuró contra su pelo. La besó en la sien y en la coronilla, y luego se acurrucó en su cuello para acariciarle las marcas de estrangulamiento con la nariz—. Esto ha debido desencadenarlo esa estupidez de Qadira. Tal vez ocurra en cuanto nos distanciamos un poco o empezamos a dudar del otro. Yo tampoco lo entiendo muy bien.

—Pero lo de los sueños era algo que La Magna me provocaba para mantenerme alejada de ti. Es imposible que Ella haya vuelto a las andadas. Me prometió que no interferiría mientras tú fueras leal, y siempre cumple sus promesas.

A regañadientes, Luvart tuvo que aceptar su argumento como válido, porque era cierto. La Magna podía tener muchos defectos —y ninguno de ellos podía o, mejor dicho, *debía* ser pronunciado en voz alta—, pero nunca juraba en vano.

—Tendríamos que habernos largado a París cuando pudimos —masculló Luvart—. Hagámoslo ahora, Reyy. Estábamos decididos a alejarnos de este ambiente de mierda durante un tiempo. Teníamos el permiso de La Magna, los medios, las ganas… Debemos agarrar esa oportunidad antes de que la situación vaya a peor. Esto ha debido provocarlo mi contacto con los engendros hechizados, o que la presencia del Gran Grimorio se ha hecho más fuerte desde que Quinto, Leviathan o como cojones se llame se ha unido a Él.

—¿Cómo vamos a irnos ahora? —balbuceó, secándose las lágrimas —. Nos necesitan más que nunca. El *rex* no te lo perdonará, y, francamente, yo tampoco me lo perdonaría a mí misma.

—Tú y yo no le debemos lealtad a nadie más que a La Magna, y solo porque hicimos un trato. En el fondo, somos libres —le recordó. Apretó los labios al posar la mirada en las lesiones, que parecían empeorar con el paso de los segundos—. Reyyan, no me avergüenza admitir en voz alta que priorizaría tu paz y tu bienestar por encima del futuro de la humanidad. El mundo entero puede arder si lo que necesitas es huir de él.

—Pero…

Reyyan agachó la cabeza, sabiendo que ninguna de sus réplicas sería lo bastante convincente para echar por tierra el argumento de Luvart. Quizá el *rex* montara en cólera, pero era más transigente con las decisiones del resto desde que Mara ponía a prueba su paciencia. Los inconvenientes a los que podrían exponer a El Séptimo Círculo si se marchaban se limitaban a un exabrupto de Valthessar, porque no la necesitaban a ella. No necesitaban a una hechicera trastornada por pesadillas traumáticas y que ni siquiera despierta y, teóricamente, lúcida, era capaz de distinguir entre una mujer que la volvía loca de celos y una amenaza real.

Era evidente que necesitaba huir. Y también era evidente —esto le resultaba aún más doloroso, porque no le gustaba tenerse por una inútil— que no la echarían en falta.

—Nada te asegura que en París o donde quieras llevarme no vaya a tener pesadillas.

Luvart delineó el contorno de su rostro con un dedo, todavía midiéndose para no tocarla más de la cuenta.

Reyyan agradeció su prudencia. Aún le costaba mirarlo a los ojos, y temía que así fuera durante un tiempo.

—Solo hay un modo de comprobarlo. Tendremos que irnos y observar tus sueños y tus emociones allí. Deberíamos habernos largado antes, pero tuvo que aparecer Qadira y sembrar discordia. —Sacudió la cabeza, mosqueado. Aprovechó que Reyyan estaba receptiva (o, si no, incapacitada para discutir) y agregó con calma—: No me gusta esa mujer. Es atractiva y sus habilidades de lucha son impresionantes, de ahí mi sorpresa inicial y la fascinación que no esconderé que siento por todos aquellos guerreros que poseen talentos que a mí me faltan, pero no quiero acostarme con ella ni nada parecido. Si un pensamiento apareció en mi cabeza sin más, fue por la imagen mental que Samael y Renyi estaban creando con sus preguntitas morbosas.

»¿Me crees, Reyyan? Porque no me importa tener que recordártelo una y otra vez, si es lo que necesitas.

¿Cómo no iba a creerlo, si estaba en su cabeza y sabía que sus sentimientos eran reales?

Reyyan inspiró hondo y trajo a su mente lo que Qadira le había

comentado en referencia a sus celos, a su envidia, a sus inseguridades.

Desde que se vio atrapada en un cuerpo frágil y poco atractivo según los cánones sociales, los temores con respecto a Luvart habían crecido exponencialmente. Se comparaba con él, el príncipe de los ángeles, dueño de una belleza inaudita, y se dolía reconociendo que salía perdiendo.

Era verdad que Luvart estaba allí para recordarle a menudo —si no con palabras, con hechos— que era el objeto de todos sus deseos, pero no era tan sencillo deshacerse de las inseguridades y la dificultad para comunicarlas —o comunicarse en general— que había estado alimentando durante su encierro en la torre.

Un encierro de más de dos décadas.

«Lo que debe extrañarme no es haberme vuelto loca de pronto, sino el hecho de no estarlo desde el origen de los tiempos», pensó con amargura.

—Te creo. No sé por qué he reaccionado tan mal, no sé por qué…

Reyyan se miró las manos. Le temblaban, y cuando no tenía el dominio de sí misma, pequeñas chispas color púrpura emergían de sus dedos, causando estragos en todo aquel que se atreviera a tocarla en semejante estado.

Claro que había sido una pesadilla. Solo en sus pesadillas, Luvart podía doblegarla. Si bien era cierto que la superaba en altura y anchura, fuerza bruta y estrategia bélica, en realidad, Reyyan seguía siendo imbatible. La magia estaba solapada a su presencia física. En situaciones en las que su humanidad la bloqueaba a la hora de pronunciar un hechizo protector, la propia magia la envolvía como un campo de fuerza e imposibilitaba un daño irreversible.

Se aferró a esta verdad para ir recuperando gradualmente la paz mental.

—No me siento dueña de mis acciones, ni con el control de mis emociones, ni… Llevo dos días sin dormir y con dolor de cabeza; ideas rocambolescas me asaltan en el momento menos oportuno, y… No sé por qué me trastocó tanto esa fantasía tuya, ni por qué ha afectado a mi poder, pero… —Miró a Luvart a los ojos, que ya llevaba un rato observándola con el aliento contenido—. Necesito volver a ser yo misma.

Luvart la tomó de la mano y besó sus nudillos con devoción.

—Solo te hace falta un pequeño respiro. Hasta las hechiceras se cansan de estar sometidas a semejante estrés. Déjalo sobre mis hombros, ¿de acuerdo? Yo me encargaré de todo.

Capítulo XVI

—¿Que os largáis? —repitió el *rex*, a caballo entre la perplejidad y la rabia—. ¿Has perdido el juicio?

—¿Parece que haya perdido el juicio? Porque creo que todo el mundo coincidirá en que estoy muy sereno.

Por lo menos, Qadira estaba de acuerdo en que lo aparentaba. Luvart había descansado las caderas contra la encimera de la cocina, se había cruzado de brazos y, a continuación, con un tono que no admitía réplica, le había cortado el apetito a Valthessar anunciando su batida en retirada.

El *rex* no había vuelto a catar el desayuno desde que Luvart comentara con desenfado el deseo de celebrar su luna de miel con Reyyan, y ahora arrojaba junto al plato una servilleta de tela para enfatizar cuán terrible se le antojaba la idea. No así a Qadira, que, si bien se estremecía intuyendo cierta tensión en Luvart, celebraba que el plan marchara según lo previsto.

Ya ni siquiera tenía que moderar sus pensamientos; tan solo evitar que no se reflejaran en su expresión. Ni Reyyan estaba allí para leerla como había hecho la noche anterior al confrontarla, ni Xaphan había regresado de su expedición al Autem para ejercer de mentalista.

—Ya te digo yo que lo que dices es una locura. Era suficientemente temerario programar un viaje hace una semana, pero que insistas ahora, que has visto que cuatro penitentes las pasan canutas defendiendo el extrarradio, me parece el colmo —bramaba Valthessar. Se levantó de la mesa, en torno a la que se habían sentado a desayunar una silenciosa Mara, Dagon, Samael y Qadira. Esta última no consiguió probar bocado al detectar una nota de desesperación en el tono del *rex*—. Si os vais Reyyan y tú, a lo mejor no sobrevivimos. ¿Eres consciente de eso?

—No te pongas melodramático —replicó Dagon, mojando alegremente la magdalena en el vaso de leche. Le dio un generoso mordisco y lo señaló con lo que quedaba del bizcocho—. Nos las sabremos apañar sin ellos. Menos alternar guardias y más trabajar en equipo: los seis a la calle y que la niña se cuide sola. —Señaló a Mara con la cabeza.

Valthessar lo miró con absoluto espanto, como si hubiera propuesto una barbaridad inimaginable.

—Y una mierda. No voy a dejar a Mara desprotegida porque este capullo no pueda controlar sus ganas de comerse un *croissant* en Montmartre.

—Qadira me sustituye —le recordó Luvart, al que era visible que se le estaba dificultando mantener la calma—, y ya habéis visto sus magníficas habilidades de lucha.

—Dime quién va a sustituir a la Sehara y me calmaré, capullo —le rugió Valthessar.

—Me temo que la Sehara no tiene reemplazo ni parangón. Es por eso que me largo, porque como ella solo hay una y tenemos que preservar su paz mental a toda costa. Si le ocurriera algo, no sería yo el único que perdería el juicio. El mundo entero se desestabilizaría.

—Buen argumento. —Dagon chasqueó los dedos, asintiendo.

Qadira apenas se permitió echarle un rápido vistazo antes de volver a concentrarse en el desayuno que no conseguía terminar. Así, si la capturaba mirándolo, podría achacarlo a un movimiento instintivo provocado por el sonido.

—Nos marchamos hoy mismo. No regresaremos hasta que Reyyan se encuentre bien.

—No me lo puedo creer. —Valthessar se pasó una mano por la cara —. Tienes los huevos cuadrados, Luvart, principito de los putos ángeles.

El aludido perdió la paciencia al fin y rodeó la mesa para enfrentar a Valthessar a un palmo de su cara.

—Te recuerdo que no soy un penitente del que puedas disponer a tu antojo —le siseó de corrido—. No respondo ante ti y, aun así, he puesto mis habilidades a tu servicio durante siglos. Por si fuera poco, me he quedado colaborando con El Séptimo Círculo cuando ha sido constatado que no era ni es mi deber. Si me quiero largar, me largaré. Fin de la cuestión.

Valthessar le sostuvo la mirada con el aliento contenido y una mueca despectiva en los labios.

—¿De qué me sirve que hayas estado de mi lado en los últimos tiempos si desapareces cuando las cosas se ponen verdaderamente feas? Haz lo que te dé la gana, Luvart. Como tú mismo dices, no puedo retenerte, y es obvio que apelando a tu sentido del deber no voy a lograr que te sientas culpable. Que tengas un buen viaje. — Valthessar se dejó caer sobre su asiento y, a desgana, tomó la tostada untada en mermelada que Mara le acercó en silencio. El *rex* sacudió la cabeza tras dar un bocado a desgana—. Manda huevos… Voy a tener que pedirle a La Magna que me envíe un penitente al que sí pueda enfilar y que no necesite que le recuerden que el trabajo va primero, no las vacaciones.

—Si no estuvieras siendo obtuso, me detendría a darte explicaciones, pero, cuando te pones así, no hay quien te aguante.

Dicho aquello, Luvart salió de la cocina a paso ligero. Mara fue la única que movió una pestaña después. Suspiró profundamente e hizo

su primera aportación a la vez que estiraba los brazos sobre la cabeza.

—Tiene más razón que un santo. A obstinado no hay quien te gane… —Jadeó, de pronto, y golpeó la mesa con un puño—. ¡Que no metas tus tostadas ni tus magdalenas en mi cuenco, coño! ¡Todos los días la misma cantinela!

Valthessar ni siquiera reaccionó al exabrupto de Mara. Siguió rumiando el enfado y el pan con semillas de sésamo un buen rato.

Qadira lo observaba de reojo con el estómago revuelto.

No tenía permitido empatizar con los miembros de El Séptimo Círculo, pero sabía en la posición tan complicada en la que los había puesto. Especialmente a Reyyan. Si algo experimentaba aún en su pleno apogeo, era la culpabilidad. Porque ¿cómo no iba una mujer a sentir remordimientos después de haberle hecho creer a otra que estaba loca, y utilizando el amor incondicional que le profesaba su pareja contra ella?

Como la noche anterior no había logrado conciliar el sueño, no le costó oír los gritos de Reyyan. Qadira supuso que Aldous, o Leviathan, como prefería que le llamaran ahora, había decidido atacarla desde el pasado. No era ningún secreto para Aldous que la mente de Reyyan había sido envenenada por La Magna con ningún otro fin que alejarla de la que sería su debilidad, nada menos que Luvart. Trayendo de vuelta esas pesadillas durante el período de tiempo ideal, habría conseguido que perdiera la cabeza de verdad.

Nunca dejaría de fascinar a Qadira cómo una criatura tan poderosa como Reyyan podía ser al mismo tiempo tan vulnerable cuando se trataba de su hombre. Aunque quizá «fascinar» no fuera la palabra adecuada, porque Qadira sabía la desesperación que se experimentaba estando en posición de inferioridad con respecto a la pareja y, aun así, perderse voluntariamente a una misma tras haber elegido el amor por encima de la propia seguridad.

Solo que el amor no era algo que se eligiera, como a menudo recordaba con amargura. No había sido así en su caso, ni tampoco en el de Reyyan. Era algo que ocurría. No esperaba a que sus víctimas estuvieran preparadas para sus implicaciones y sacrificios para atravesarlas como un rayo.

—Tendremos que reorganizar las guardias —retomó Valthessar, tras un buen rato sumido en un silencio lúgubre—. Por experiencia sé que nunca es buena idea dejar a solo un penitente en la casa. Siempre necesita un compañero que le cubra las espaldas y viceversa, por si acaso sufriéramos una emboscada en nuestro territorio. Y sé que las rotaciones eran lo que hacía las guardias tolerables: el disponer de unos días para sanar las heridas antes de volver al combate, pero… —Valthessar entrelazó los dedos de las manos y apoyó la frente en ellos. Se dio una serie de golpecitos, como incitando a su tímida mente a

idear una solución—. Ya veis que no nos lo podemos permitir. Esta tarde, cuando estemos todos, hablaremos de la nueva estrategia. Con un poco de suerte, no moriremos en el intento.

Qadira se levantó del asiento muy despacio, esperando el permiso del *rex* para retirarse. Apenas lo obtuvo, salió a tomar el aire.

Odiaba el frío húmedo de aquella zona de Europa. No estaba familiarizada con el tiempo y no terminaba de aclimatarse, pero llenarse los pulmones de un aire tan gélido que hacía daño le recordaba que estaba viva.

Aún no terminaba de decidir si eso era una buena o una mala noticia. Para el clan de penitentes, su presencia era lo peor que podría haberles pasado —incluso si aún no lo sabían—, pero ¿y para ella, cuyo propósito vital había quedado reducido a mancharse las manos de sangre inocente?

¿No sería mejor acabar con todo?

«No solo acabarías contigo», se recordó, encogida de pavor. «Tú nunca has hecho esto por ti, Qadira. No te rindas ahora».

Esa noche también le tocaría actuar. Se encargaría de defender El Séptimo Círculo en la batalla para ganarse su confianza, tal y como hiciera al rescatarlos de una muerte segura la noche de su llegada. Pero, más adelante, cuando se hubiera convertido en la muleta perfecta, limitaría sus esfuerzos en las guardias y los dejaría a merced del Enclave.

No bastaba con quitar de en medio a Reyyan y a Luvart. El plan pasaba por arrebatarle lo más querido a los penitentes que verdaderamente suponían una amenaza para el Gran Grimorio. En el caso del *rex*, si bien se le daba de maravilla ocultarlo, era Mara. En cuanto a Abraxas, no cabía la menor duda de que la mera mención de Astaroth le sacaba de sus casillas. Respecto a los demás, Aldous había previsto con muy buen ojo que no se sostendrían como sociedad sin los más fuertes en el mando. Qadira coincidía con él. No se imaginaba a Samael, a Renyi o a Dagon en el puesto de *rex*. Quizá el primero tuviera la antigüedad necesaria, el segundo contara con esa fría peligrosidad que helaría la sangre del guerrero más avezado y el tercero estuviese dispuesto a morir por sus compañeros, tal era su lealtad, pero no veía a ninguno de los tres desempeñando el papel de líder.

A Samael el que menos, que fue quien apareció tras ella cuando llevaba un buen rato cruzada de brazos en el porche.

—Pareces cansada —comentó, situándose a su lado con la misma postura desenfadada—. No creo que esta vez hayas pasado una mala noche por mi culpa.

Qadira lo miró de soslayo. No tenía el derecho ni, ya puestos, deseos de examinar de arriba abajo a un hombre y comprobar que era

atractivo. Siglos habían pasado desde la última vez que se permitió valorar a una persona por su encanto físico o solo se preguntó si le gustaba. Su entrega a Aldous pasaba por todos los niveles y sacrificios que una criatura pudiera hacer en nombre del amor. Así pues, apartó la mirada antes de fijarse en rasgos inequívocamente bellos, como los ojos, verde intenso, y la sonrisa torcida de un casanova.

—Lo raro sería que cogiera el sueño con todo lo que está ocurriendo —acotó en tono neutro, clavando la vista al frente. La brisa exterior mecía con timidez las copas de los árboles, que se extendían como un manto acolchado en el horizonte—. Y con lo que parece que está por venir.

—Si sabes qué está por venir, haz el favor de decírselo al *rex* antes de que se ponga más nervioso.

Qadira condenó su tono jocoso.

—Es el *rex* —le recordó con sequedad—. Tiene responsabilidades que tú no podrías ni imaginarte. Es lógico que se altere.

—Vaya, vaya…, ¿entonces es él quien te gusta? —Soltó una risita incrédula—. De todos los penitentes que viven en esta casa, la inmensa mayoría solteros y dispuestos, ¿te fijas en el único que no iría corriendo a calentarte la cama?

Qadira se tensó con la impertinencia. Le dirigió una mirada hostil.

—Le profeso el respeto que los demás tendéis a faltarle, y, que yo sepa, el respeto está muy alejado del deseo. No sé qué te ha dado a entender que estoy aquí para encontrar una pareja sexual —prosiguió, cada vez más tensa—, pero por el bien del futuro de El Séptimo Círculo, te sugiero que te saques de la cabeza esas estupideces y te centres en lo importante.

—Hay tiempo para todo: para luchar… —Samael giró el cuerpo hacia ella. Tenía el torso amplio, unos hombros anchos como los de un gladiador y la cintura estrecha— y para divertirse.

—No creo que tú te diviertas mucho si esas son tus frases de seductor. Al menos, no con mujeres. —No se molestó en mirarlo a la hora de contestar. Se frotó los brazos con la esperanza de entrar en calor—. ¿No tienes nada mejor que hacer ahora mismo, aparte de atosigarme?

—La verdad es que no. Las mañanas son aburridas por aquí. Pero podríamos aprovecharla yendo a alguna parte —sugirió con una media sonrisa.

Qadira se estaba obligando a ser paciente. A nadie le convenía averiguar que tenía muy mal genio cuando la provocaban.

Acabó girando sobre los talones y encarándolo con una ceja enarcada.

—¿No te quedó claro el otro día que no precisaba tus atenciones?

—Venga ya… —La tomó de la mano y la balanceó, juguetón—.

Que no hayas venido a echarte novio no quiere decir que no puedas pasar un buen rato.

Qadira se deshizo de su agarre con un gesto violento.

—No me vuelvas a poner la mano encima.

—¿Es porque soy yo, o es porque eres una frígida? —Ladeó la cabeza, sin ocultar su irritación. Y, aun así, la molestia que Samael sentía no era comparable a la curiosidad, que parecía que vencía cualquier otra emoción siempre que involucrara a una mujer atractiva —. ¿O acaso alguien te está esperando en el Autem? Las relaciones entre empíreos no están muy bien vistas, pero estaría negando una realidad si no admitiera que se dan de todos modos. ¿Te da miedo ponerle los cuernos a un marcial? No creo que se enterara.

Y se acercó a ella sonriendo con intención.

Qadira no se sacudió enseguida el brazo que la rodeó por la cintura. Su pregunta había tocado una fibra sensible.

La opinión que Qadira tenía de sí misma era tan desconsiderada que un insulto como «frígida» era una de las palabras más amables que podría dedicarse. No obstante, era harina de otro costal que le recordaran, aunque fuese de forma indirecta, que nadie la esperaba en el Autem; que, en realidad, ningún amante anhelaba su regreso en ninguna parte, pues ya conocía su paradero y no le importaba porque priorizaba sus ambiciosas misiones.

Ahora bien: Evra sí la estaba esperando, o eso era lo que Qadira quería pensar.

Evra no era un amor. No era nada a lo que pudiera ponerle rostro o voz. Era una criatura a la que no le había visto la cara y, aun así, amaba desesperadamente. Protegía con su vida a Evra pese a que él no podía quererla, y, por ello, tampoco esperarla, y ser consciente de esto la sumió en tal shock que no se dio cuenta de que Samael se acercaba.

—No puedes evitar ser un capullo, ¿eh? —lamentó una voz cantarina.

La interrupción espabiló a Qadira en el acto, que por fin empujó a Samael por el pecho para evitar que sus labios la rozaran.

Más nerviosa aún que con la cercanía indeseada del penitente, Qadira se giró hacia el recién llegado.

Capítulo XVII

Dagon había salido con una esterilla enrollada bajo el brazo y la melena recogida en un moño desordenado. Samael tuvo algo que decir sobre el chándal de terciopelo verde agua que vestía, con el simple detalle de un cuello de cisne que se cerraba justo debajo de su nuez: lo miró de arriba abajo y soltó un bufido burlón que acabó sofocado bajo el sonido que emitió Dagon. Este chasqueaba la lengua con desaprobación hacia las actitudes del vikingo, y, aunque trataba de mantener la pose desenfadada, sus ojos ambarinos lanzaban chispas.

—Cuidadito con lo que dices —le advirtió Samael.

—No me amenaces delante de la invitada. No queremos que piense que, además de darle cobijo a acosadores, hay mal ambiente entre los miembros de El Séptimo Círculo. —Y le sonrió sin pizca de simpatía. Señaló el interior de la casa con un movimiento de cabeza—. Anda, lárgate.

Sorprendentemente, Samael obedeció, aunque a regañadientes. Dejó la puerta abierta. Así llegaron hasta Qadira y Dagon las voces de los penitentes que aún conversaban en la cocina. Qadira pensó, más por ocupar su mente con estupideces que por otro motivo, que Abraxas y Renyi no eran muy madrugadores.

—No sabes cuánto siento que te estés llevando esta impresión de nosotros —le dijo Dagon, atrayendo su atención—. Samael suele ser irritante, pero… digamos que, con los demás, lo es de un modo diferente.

Como llevaba sintiendo desde que cometió el error de rozar los dedos de Dagon, Qadira se puso firme y se vio impelida a defender a Samael, como si llevándole la contraria a todo cuanto saliera de los labios del joven penitente pudiera disimular los nervios que le provocaba.

—Pues no es el único sujeto que me irrita. De hecho, ni siquiera es al que encuentro más molesto.

—A mí tampoco es el que peor me cae —respondió con alegría, paseando la mirada por las vistas desde el porche.

No se había dado por aludido, ¿y cómo hacerlo, si allí no había ni un alma que no lo adorara?

Dagon se llenó los pulmones del oxígeno puro que se respiraba en las inmediaciones del bosque, ahí donde se emplazaba la mansión. Qadira se fijó en cómo se inflaba su pecho, en que cerraba los ojos con

una sonrisita de bendito, y sintió que se le conmovía el corazón.

Allí llevó la mano, aturdida por sus incomprensibles reacciones.

—Sam tiene su encanto —retomó Dagon con desenfado—. Una vez le pillas el punto, se le coge incluso cariño.

—A mí me está costando —reconoció, mirando hacia otro lado.

—Es normal. La verdad es que no entiendo por qué se comporta de esa manera contigo.

Aquella respuesta la sorprendió.

—¿No entiendes por qué se comporta de esa manera conmigo? —Pestañeó en su dirección con recelo—. ¿No es obvio?

—Sí, claro, es obvio que pretende meterse en la cama contigo, pero no todo vale, y… Joder, tampoco es que seas para tanto. Quiero decir que… que no eres irresistible. Todos estos capullos van por la casa como si no hubieran visto a una mujer en su vida y al final eres tú la que paga el pato. Lo siento, de verdad.

Qadira aguantó la respiración un instante.

«Tampoco es que seas para tanto».

No era un insulto, no la estaba desprestigiando, pero, incluso después de haber obtenido las atenciones indeseadas de Samael, que quizá alguna otra mujer habría tildado de halagadoras, le cayó como un jarro de agua fría.

Buscó la mirada de Dagon y vio en su expresión que su perplejidad era genuina, que, en efecto, no comprendía por qué Qadira causaba sensación.

—¿Qué es lo que sientes con exactitud? —se oyó preguntar.

—Siento que tengas que lidiar con cuatro idiotas porque les hayas pillado con un exceso de testosterona. Parecen hombres lobo bajo el influjo de la luna. A veces pienso que se tirarían a un mono con tal de descargarse dentro de algo… —Carraspeó y compuso una mueca inocente—. He sido muy bruto, ¿no?

Aquel comentario le recordó la condescendencia con la que Aldous la había mirado cuando ella sugirió, ansiosa por sentir su calor, que podrían aprovechar el encuentro para pasar la noche juntos. Ni siquiera había esperado fundirse con él como hicieran antaño, cuando aún la deseaba, pues esa complicidad se había esfumado a la par que el interés de su pareja; tan solo anhelaba compartir con Aldous un rato feliz que le diera fuerzas para llevar a cabo el plan, que consistía en romper el corazón y la vida de inocentes.

Pero que Aldous la mirara así, con desdén, incluso burlón por haberse atrevido a insinuar que él podría sentirse atraído todavía por una mujer como ella, había destruido lo que quedaba de su amor propio.

«Me das asco», le había dicho Aldous en alguna que otra ocasión, cuando la rabia se apoderaba de él por no conseguir lo que quería… O

eso se decía Qadira para justificarlo.

«No soporto ni mirarte».

«Eres nauseabunda».

No creyó que le quedara ego que magullar, pero los comentarios de Dagon abrieron una nueva grieta en su débil coraza.

—¿Y no podría ser que me acosaran o me mirasen del modo en que lo hacen porque soy atractiva? —le ladró, a la defensiva—. Hay más mujeres en la casa y no he visto que despierten tanta agitación entre ellos.

—Hombre, es que como a alguno se le ocurra mirarle el escote a Mara o decirle algo a Reyyan, se puede armar la de Dios es Cristo… —El propio Dagon torció el gesto al darse cuenta de que no había dado la respuesta correcta. Cambió el peso de pierna—. Quiero decir que, como eres una mujer soltera, además de la novedad…

—Podría ser una mujer soltera y una novedad más fea que picio. ¿Tan raro te parece que un hombre pueda desearme? —le espetó, atravesándolo con la mirada. Porque sus ojos no lo veían a él, sino al amante. Le recriminaba lo que no habían podido recriminarle a Aldous por culpa del miedo—. Puede que no sea irresistible, pero algo tendré que tener. No creo que todo sea resultado de «un exceso de testosterona», como tú defiendes.

Dagon pestañeó varias veces, pasmado.

—Claro, no quería… no quería sugerir que seas… Obviamente eres… *guapa*, y todo eso, eres… Se supone que eres un bombón…

—Y «se supone» que tú tenías carisma y don de gentes, pero ahora estás tartamudeando. ¿Por qué será? —Qadira dio un paso hacia delante con la cabeza ladeada—. A ver si adivino: es la testosterona lo que te hace balbucear como un idiota en mi presencia.

—Me estás acorralando —se quejó, torciendo la boca. Dejó la esterilla en el suelo, tal vez prediciendo que la discusión iría para largo—, y la gente con carisma también tiene problemas para comunicarse con aquellos que están decididos a ponerlos de mal humor. Ya hay que ser retorcido para interpretar lo que he dicho como que eres fea. No me constaba que, además de disparar flechas y correr los mil metros lisos, a los empíreos les enseñaran a tergiversar.

—Entonces, si no soy fea, ¿qué soy para que me miren tanto o Samael me persiga con ahínco? Supongo que ahora es cuando dices: «Una mujer» —escupió, venenosa—. Soy una mujer, tengo unos cuantos agujeros que pueden usarse a placer. No hace falta más, ¿verdad? Solo por eso le intereso a todos los hombres de la casa, ¿no?

—A mí no me interesas —soltó de carrerilla, y sonó tan sincero que Qadira no pudo sino ofenderse.

Tal vez más adelante, cuando la indignación no amenazara con obligarla a decir cosas de las que se arrepentiría o la dejarían en

evidencia, se preguntara por qué le afectaba tanto que Dagon no rogara por su atención.

—¿Ah, no? —Dio otro paso hacia él, y observó que su nuez de Adán subía y bajaba al tragar saliva de forma compulsiva—. ¿Y por qué no? ¿Es que estás por encima del vulgar deseo de los hombres?

Dagon la miraba fijamente a la cara. Con la escasa distancia que los separaba, no tenía otro sitio en el que posar los ojos, de un cálido ámbar brillante.

—Tal vez lo esté —respondió con voz queda.

—¿Estás seguro de eso?

Qadira dio el último paso al frente. Si estiraba el cuello, podría juntar los labios con los de él, pero no lo hizo. Se quedó con la cabeza alzada en su dirección, respirando a través de la fina tela que cubría su rostro. Su aliento podía atravesarla, al igual que la respiración irregular de Dagon.

Abandonó el juego perverso un instante para preguntarse cómo sería sentir su aliento en la cara, haciéndole cosquillas en la nariz.

Supuso que nunca lo sabría.

¿O sí?

«Si no le has entrado por los ojos, tendrás que encontrar otra manera de encandilarlo. Hay hombres que necesitan otro tipo de incentivos».

—¿Qué es lo que quieres que te diga? —exigió saber Dagon en tono áspero, afectado—. ¿Que estás buena? Porque que seas despampanante no es debatible. Es una verdad como la copa de un pino. Lo que he puesto sobre la mesa es que ese detalle no justifica que te acosen, pero ya veo que aprendes rápido de los *bullies* de esta casa y ahora pones tus lecciones en práctica conmigo. Esto de acorralarme con tu cuerpo no es muy distinto de lo que ha hecho Samael. —Señaló la escasa distancia entre los dos con un dedo.

—Tal vez no —cedió, sonriendo, retadora, a través del velo—, pero yo no deseaba que Samael se me acercara, mientras que tú… Tú no pareces inquieto.

—Es lo que tiene ser un hombre. —Encogió un hombro. Hablaba con desdén—. Disfrutas de ventajas como mear de pie, no tener la regla y, además, no sentirte nunca intimidado cuando una mujer se te arrima. Uno de los muchos efectos colaterales del patriarcado, supongo, que no consideramos peligroso al género femenino.

Qadira apoyó las manos sobre su pecho, cortando de raíz el discurso que Dagon habría alargado. El penitente se interrumpió, dejando los labios entreabiertos, cuando ella se puso de puntillas y rozó su nariz con la propia.

—¿No te sientes intimidado? —preguntó en voz baja.

—La intimidación no es algo que se os dé bien a las mujeres con

una cara preciosa —le respondió en el mismo tono, entornando los párpados para mirarla con ojos chispeantes—. Si estuviera sintiendo alguna emoción, no sería el miedo.

—¿Y cuál sería?

Qadira se sorprendió esperando su respuesta con el aliento contenido.

—En todo caso, me sentiría halagado.

—Entonces retiras lo que has dicho —celebró Qadira, el corazón brincando en su pecho con una alegría inusitada—. Sí soy irresistible.

Dagon sonrió muy despacio, con la mala suerte de que lo hizo tan cerca de ella que Qadira se perdió en el movimiento, en los labios tersos y carnosos que se estiraron hasta que un gracioso hoyuelo apareció en una de sus mejillas.

—¿De verdad puede un hombre hacerte dudar de eso, cuando los tienes a todos locos? ¿Incluso a los que llevaban milenios esperando con envidiable disciplina a que su novia eterna apareciera? —Enarcó una ceja caoba, sin esa condescendencia que Qadira tanto detestaba; más bien con extrañeza, y nunca exento de la dulzura que acompañaba cada uno de sus gestos—. No sé si es tierno o es triste que no seas consciente de una verdad objetiva como que tu belleza haría llorar a los bardos. A lo mejor solo es lamentable que tengas que alimentarte de la admiración de todo el mundo para creértelo y por eso me hayas obligado a decirlo en voz alta. ¿Te has hecho el bingo ya, o falta alguien por ponerse a tus pies? ¿Abraxas, a lo mejor?

Qadira se quedó petrificada. El corazón le había vuelto a brincar, con ilusión juvenil, al oír el halago de sus labios, nublado por el deseo sexual que Dagon sabía controlar, pero esas últimas preguntas, pronunciadas con desdén, le hicieron daño.

«¿Falta alguien por ponerse a tus pies?».

Tuvo que hacer de tripas corazón para mantener la pose.

Por supuesto que faltaba alguien.

El más importante.

—¿Te molesta que una mujer intente reparar su amor propio? —tartamudeó, sintiéndose vulnerable.

—Me molesta que actúes como si *yo* hubiera herido tus sentimientos —repuso Dagon con naturalidad, fijando la mirada en ella—. Te aseguro que no soy la persona a la que necesitas convencer de que eres un bombón.

—Pero tú no me deseas —murmuró ella, desconcertada—. ¿Por qué?

Dagon jugueteó con la cremallera de la sudadera, pensativo.

—Supongo que necesito que una mujer me guste más allá del físico para querer meterme entre sus piernas. O, como mínimo, tiene que caerme bien.

—¿Y yo no te caigo bien?

La posibilidad de recibir una respuesta negativa le formó un nudo en la garganta.

Dagon se cruzó de brazos y la miró de hito en hito.

—Acabas de demostrar que eres más soberbia de la cuenta. Y tanto si esa soberbia encierra más soberbia como si solo es el disfraz del que se viste la baja autoestima, no encuentro interesante ni a la gente que insiste en quedar por encima, ni a la gente que no se valora. ¿Qué clase de cerdo sería si me gustara que una persona dudase de su encanto personal?

Aunque lo había comentado sin un ápice de resentimiento o mala baba, no dejaba de ser una crítica, y Qadira acababa de descubrir que no le sentaba bien que Dagon tuviera una desconsiderada —aunque merecida— opinión de ella. Se dijo que podía deberse al pacto con Aldous: le había prometido que seduciría a Dagon, o, por lo menos, lo convencería de sentir algún tipo de debilidad por ella para desviar sus posibles sospechas.

Sin embargo, Aldous desapareció de su mente cuando intercambió una mirada con Dagon. Él parecía estar midiéndola, como si hubiera hecho el comentario hiriente con la intención de examinar su reacción.

«¿Qué clase de cerdo sería si me gustara que una persona dudase de su encanto personal?», había preguntado al aire. Pero Qadira se lo preguntó a sí misma. Se lo preguntó a Aldous, y no sin rencor. ¿A qué clase de cerdo le gustaba que una persona dudara de su encanto; que se cuestionara su valía, que se creyera poco más que basura?

Qadira tenía una respuesta muy clara, y el estómago se le retorció de solo pensar en ello.

«Un cerdo perverso. Un cerdo que te odia, que disfruta infligiéndote dolor».

No. Claro que no, se dijo de inmediato, alarmada. Aldous la quería. Si la hacía dudar de su encanto y cuestionar su valía, no era culpa de él, sino de ella. No podía odiar a Aldous por no desearla, del mismo modo que no podía reprocharle a Dagon que no sintiera nada por ella más que desprecio.

No, no podía reprocharle que no se hubiera vuelto loco de pasión. Pero al internarse de nuevo en la casa, sin molestarse en responder por miedo a decir algo que la delatara, pensó que sí podía lamentarlo.

Y lo hacía.

Lo lamentaba profundamente.

Capítulo XVIII

Dagon se agachó y entrecerró los ojos para comprobar que había dispuesto las latas a la distancia exacta. Cuando se hubo cerciorado de que ninguna se había movido un ápice en su ausencia —no sería la primera vez que Samael se las cambiaba de lugar para complicarle, o, peor aún, *facilitarle* los disparos—, apuró la cerveza que tenía en la mano y depositó con un golpe seco el envase vacío en el espacio libre.

Si hubiera tenido más tiempo o estuviera mortalmente aburrido —más de lo usual—, se habría entretenido colgando, además, botellines de Staropramen en diferentes ramas de los árboles que habían crecido con libertad en el jardín. Compraba hilo de pescar siempre que podía escaparse al centro para tal propósito, pero el juego dejaba de ser divertido cuando era él quien escogía los lugares estratégicos a los que debía disparar. Solo se divertía si Samael se encargaba de esconder las latas en puntos que él no había mirado con anterioridad, y prefería no acercarse a su compañero mientras le durase el ofuscamiento por su aparente incapacidad para dejar en paz a la recién llegada.

Aún en cuclillas, Dagon se colocó el cigarrillo con sabor a mojito entre los labios para usar las dos manos. Con una procuró que la lata no se moviera del sitio; la otra la alargó hacia la radio retro que lo acompañaba en todos sus ratos libres. Subió el volumen de una canción de Santana para no tener que oír sus pensamientos, pero hacía unas horas —veinticuatro, para ser exactos— que Qadira los había ocupado con actitud dictatorial.

Dagon suspiró, rendido a la inevitabilidad de los rumbos que tomaba su curiosidad, y trató de sintonizar una emisora que le pusiera lo que él consideraba «su música materna».

Él solía ser más divertido, un tipejo despreocupado y a ratos irritante de tan optimista, pero desde que La Magna había sentenciado que viviría a la sombra de la amargura, se había dejado carcomer por la melancolía. Ni siquiera le gustaban tanto Frank Sinatra, Artie Shaw, Edith Piaf y todos esos grandes maestros que sonaban en los bares cuando era un joven soldado. Prefería los ritmos atronadores que se llevaban en la actualidad. Pero cuando escuchó los acordes de *I'll Never Smile Again*, interpretado por Tommy Dorsey Orchestra, dejó de trastear la compleja maquinaria de la radio y se incorporó despacio, si no satisfecho con la elección, al menos resignado a escucharla.

Sacó una de las pistolas que llevaba colgadas del cinto, la giró

entre los dedos con la pericia de un vaquero, y apuntó al blanco con la cabeza ladeada. Como estaba más borracho de la cuenta, tenía la mirada vidriosa y el pulso no vivía su mejor momento. Aun así, tenía los sentidos lo suficientemente alerta para saber que alguien lo estaba observando. No dudó en girarse, con una media sonrisa burlona, y apuntar con el cañón de la pistola a la presencia que lo vigilaba bajo la sombra de uno de los árboles. Estos filtraban los rayos de sol como una bola de discoteca.

Dagon se sorprendió al ver a Qadira allí, de pie. Y no tanto porque llevara la cara y la trenza al descubierto, sino porque se hubiera ruborizado al saberse pillada *in fraganti*.

Bajó el arma de inmediato, avergonzado por el impulso. Volvió a girarla entre los dedos, una manía que se le acentuaba cuando se ponía nervioso y que ella debió de interpretar como una chulería, porque enarcó una de sus frondosas cejas negras.

—Perdón por interrumpir —dijo Qadira de carrerilla, con esa voz que lo trasladaba a una leyenda de *Las mil y una noches*—. Buscaba un sitio donde tomar el aire, aprovechando que ha salido el sol, y… No sabía que estabas aquí. Ni que estabas ocupado.

Su lenguaje corporal mostraba claros signos de incomodidad. Como si debiera protegerse de un disparo, con los brazos cruzados se rodeaba la cintura, embutida en ese *body* negro que marcaba su figura de forma casi obscena. *Casi*, porque en ella no había obscenidad ni la clase de atractivo provocador que podría confundir a una mujer de a pie con una de vida alegre, sino un encanto misterioso que incitaba a los hombres a acercarse con pies de plomo. Primero, por el miedo a asustarla; segundo, por el temor a que fuera un sueño, un deseado oasis en medio del desierto, y fuera a desvanecerse con el contacto.

Dagon se burló de sus propios pensamientos.

«Estás más borracho de lo que te conviene, amigo», se regañó con buen ánimo.

—No hace falta que te cubras. Tampoco pasa nada porque no lleves tu *niqab* —comentó con desenfado, apartando la vista. No para evitarle la vergüenza de que la viera tal y como era, lo que parecía inquietarla más de la cuenta, sino para protegerse a sí mismo de pensamientos indebidos, suscitados por su contemplación—. Ya quedamos en que no me pareces tan fea como para que tu visión me deje petrificado.

—Y tampoco tan atractiva como para hipnotizarte, ¿no?

—Creo que dejé clara mi postura. —La miró de reojo—. La belleza no lo es todo.

Dagon acariciaba la pistola con dedos temblorosos, tan sumido en la incomprensible incomodidad que le provocaba su cercanía que no podía plantearse que estuviera delatando su nerviosismo, ni mucho

menos ponerle remedio inmediato. No sabía qué demonios le pasaba con aquella mujer, o, mejor dicho, qué pasaba con ella a secas, pero Dagon no llevaba demasiado bien la incertidumbre. Necesitaba saber por qué avivaba su curiosidad, por qué su contacto le afectaba, por qué demonios no podía sacársela de la cabeza cuando solo le había dado motivos para detestarla.

Era arrogante, desagradable, estaba a la defensiva, pensaba lo peor de él, apenas abría la boca y, cuando lo hacía, era impertinente o acusadora, y parecía que hubiera vivido una desgracia que aún le pesaba sobre los hombros.

Pero pensaba en ella.

Y ella lo buscaba con la mirada cada vez que lo creía despistado.

—No, no lo es todo —reconoció Qadira, rompiendo al fin la pose rígida—. La inteligencia también es importante. Y la cultura. Y tal vez yo solo posea la virtud de la belleza, pero que llames *niqab* al pañuelo que utilizo para cubrirme, demuestra que tú no fuiste bendecido con la de la sagacidad.

«Arrogante, impertinente y, encima, borde», quiso bufar. En su lugar, la miró con una ceja enarcada. Aunque el comentario debería haberle molestado, lo cierto es que tuvo que contener una risita incrédula.

—Te encanta meterte conmigo, ¿eh? —Puso los brazos en jarras—. Y si no es un *niqab*, ¿qué es? Tengo entendido que el velo que cubre toda la cara excepto los ojos recibe ese nombre.

Qadira dio un par de cautelosos pasos hacia él, como si no estuviera del todo segura de que fuera buena idea aproximarse.

Como lo que prometía la charla era acabar precipitándose en una discusión, la que parecía la zona de confort de la empírea, no temió hablar como sí se mostraba vacilante cuando el tema de conversación podía adquirir matices personales.

—El *niqab* no se ciñe al rostro como el pañuelo que yo llevo. Justo debajo de los ojos, cae suelto hasta el pecho. —Señaló con una mano la altura del torso a la que llegaba el velo. Inevitablemente, Dagon guio los ojos hasta la zona y se quedó un rato de más observando, con un nudo en la garganta. «Maldito borracho… ¿Qué eres, un adolescente virgen?», se acusó—. Yo nací en un país en el que a día de hoy se practica mayoritariamente el Islam, en el que las mujeres llevan *niqab*, *hiyab* o *burqa*, pero en mis tiempos todavía no se había popularizado lo de cubrirse. Además, una empírea no puede vestir símbolos identificativos de religiones que no sean la de Su Santidad la diosa Magna.

—¿Entonces? ¿Qué es lo que llevas, y por qué?

—Llevo simplemente un pañuelo que me cubre la cara. —Encogió un hombro, el primer gesto desenfadado que veía en ella desde que la

había conocido—. Aunque Alá siempre estará en mi corazón, no es un detalle que haga referencia a la fe musulmana.

—¿Tampoco es un detalle que haga referencia a tu cultura?

Qadira posó la vista en la pistola que seguía dando vueltas en la mano de Dagon, en el cigarrillo a punto de consumirse y en el gesto nervioso de subirse el pantalón, a pesar de que no se le estaba escurriendo por las caderas.

Luego paseó la mirada por las latas vacías que esperaban su sentencia de muerte.

—¿Por qué suscita tanta curiosidad que me cubra o no me cubra? No es necesario mostrar el rostro para desenvolverse con eficiencia en la batalla, que es lo que he venido a hacer aquí.

—A lo mejor estarías más cómoda sin respirar a través de una tela.

Tras un buen rato examinando con indisimulable curiosidad la disposición de los elementos, a punto de ser masacrados por las balas de plomo, Qadira posó la vista en él. Lo hizo con intención, exigiéndole que dejara de meterse en sus asuntos.

—Deja que yo me encargue de mi comodidad. Soy la única persona a la que eso le incumbe.

—Eso está hecho —zanjó con desenfado.

Así dio también por concluida la conversación.

Alzó el brazo en el que llevaba la pistola, dio una calada al cigarrillo y, cuando el humo se hubo interpuesto entre su visión y la de los objetivos, disparó al blanco. Luego sacudió la mano para comprobar que, efectivamente, ni la visión nublada ni la borrachera interferían en su habilidad.

El centro de la lata mostraba la perforación de la bala.

Cuando el eco del disparo se extinguió, tanto el cigarrillo como la voz de Frank Sinatra terminaban de disiparse. Así llegaba al final de la canción.

Within my heart
I know I will never start
To smile again
Until I smile at you[1]

Dagon no había dejado de ser consciente de la presencia de Qadira. Era una de las ventajas —o una de las maldiciones— de tener poderes extrasensoriales. Sabía cuándo estaba solo de verdad y cuándo le observaban entre las sombras.

No obstante, la cercanía de Qadira se sentía de un modo distinto. Dagon lo achacaba a que se trataba de una criatura diferente a aquellas con las que convivía. No se percibía igual la presencia de un mortal sin poderes que de un penitente, y hacía tantos años que no

compartía el mismo espacio con un empíreo que tal vez hubiera olvidado cómo las esencias del uno y el otro, el marcial y el pecador, encajaban en un ambiente común. Pero Dagon no recordaba que los empíreos provocaran esos nervios juveniles, ese extraño e incómodo desasosiego, como si estuviera fuera de lugar, como si no pudiera relajarse. Era una sensación que se hacía notar por la fuerza, innegablemente desagradable, pero, al mismo tiempo, y de un modo retorcido, también adictiva.

Aunque trató de persuadirse de ignorarla, Dagon acabó girándose hacia Qadira. Ella observaba la pistola con una curiosidad infantil que encontró enternecedora.

Enseguida se rio para sus adentros. Se dijo que Qadira podía despertar numerosas emociones, pero la ternura no era una de ellas. Y, sin embargo, al ver en su rostro el deseo de preguntar y asimismo el recelo de los introvertidos, el anhelo de investigar reprimido por vergüenza, Dagon se compadeció y le tendió la mano.

—¿Quieres probar? Tengo cientos de aparatitos como este. Como buen yanqui que soy de nacimiento, estoy loco por las pipas, aunque, obviamente, yo no las meto en colegios ni en supermercados.

—¿Las pipas, dices? —Pestañeó, extrañada.

—Fuscas, chumbas, pesadas, pistolas… —Abarcó el sinfín de sinónimos con un aspaviento—. ¿Te hacen unos tiritos al blanco, sultana?

Qadira se enderezó como si la hubieran llamado para formar filas.

—No. Es solo que… nunca había visto… *eso*. Es decir, la otra noche, cuando evité que os masacraran —Dagon esperaba torcer la boca ante una posible intención soberbia, pero no lo había recordado con el fin de situarse en un plano de superioridad, sino como quien señalaba un hecho objetivo que le era indiferente—, te vi y observé cómo funcionaba, pero cuando yo vivía en La Tierra no… Eso aún no se había inventado.

—Tampoco se habían inventado las radios o la cerveza enlatada, pero tú te has interesado por las pistolas. Tienes un puntito sádico muy interesante —señaló, divertido.

Para su inmensa sorpresa, Qadira no se ofendió.

¿Le gustaba que la llamaran sádica? Se lo anotaría para el futuro.

—En el Autem se nos suele poner al día sobre los avances, y no tecnológicos, sino sociales y culturales. Sabía que existía la cerveza, las radios y las pistolas, por eso no me sorprende, pero nunca había disparado un arma. ¿Cómo lo haces? —Su curiosidad superaba con creces la timidez, tanto así que se acercó sin vacilar y se detuvo ante Dagon para examinar la pistola de cerca—. ¿Y por qué disparas a latas?

—Porque me aburro; la razón por la que lo hago todo. —Se

encogió de hombros sin más. Ignoró la presión que notó en el pecho cuando ella alzó la mirada, batiendo el frondoso abanico de pestañas con el movimiento, y lo observó con extrañeza—. Me gusta decir que es una forma de entrenar, pero, como podrás imaginarte, ya entreno todas las noches con engendros en movimiento. Atravesar latas, por más lejos que las coloque o más obstáculos que me invente, no va a mejorar mis habilidades. Pero ya ves que me entretiene.

Qadira examinó el campo abierto del jardín.

—¿Cuáles son los obstáculos? No veo nada en medio.

—Las latas están vacías. Para disparar, antes me bebo el contenido; así me emboto los sentidos y puedo practicar en pésimas condiciones, que son, claro está, las condiciones en las que me encontraré cuando, en las guardias, me hieran o me canse y tenga que seguir adelante.

—Curioso.

Dagon aprovechó que la empírea seguía admirando el arma con interés para echarle un vistazo de arriba abajo.

Nunca antes la había tenido tan cerca con el rostro descubierto, y tal vez fuera porque la cerveza había causado estragos o porque era verdaderamente bella de un modo arrebatador, pero de pronto le pareció comprensible que El Séptimo Círculo hubiera perdido los papeles con ella.

A Dagon no solían gustarle las mujeres tan… perfectas. Las prefería con la nariz más respingona de la cuenta, hebraica o algo torcida; con los dientes separados, al estilo de Madonna, y pecas o lunares que emborronaran el cutis limpio que anhelaban las mujeres del siglo actual. Siempre había hallado el encanto femenino en lo diferente o en lo llamativo, no necesariamente atractivo, pero ahora se fijaba en que Qadira no era perfecta.

No con exactitud.

Tenía unas pestañas densas y curvas que podrían levantar un vendaval de un parpadeo, los ojos grandes y también almendrados, robados de una fantasía árabe, la boca carnosa y delineada por la misma mano de la diosa y una piel color caramelo que brillaba como si llevara el sol por dentro.

Pero también tenía miedo, o quizá rabia, o, tal vez, una pena que, aunque no la afeaba —sería una crueldad decir tal cosa, como si fuera su culpa—, sí que hacía de su encanto una especie de cárcel.

La curiosidad le sentaba bien. La hacía parecer más niña, y los niños no tenían miedo, tampoco sentían rabia, y, definitivamente, no habían conocido la pena.

Antes de cuestionarse si sería o no una buena idea, Dagon sacó la otra pistola del cinto y se la ofreció.

—¿Te unes al juego?

Capítulo XIX

Se quedó de piedra cuando ella tomó el arma de un tirón entusiasta y empezó a manipularla con impaciencia. No había esperado que accediera. Entre otras cosas, porque parecía tolerar su presencia muy a duras penas, y la última vez que hablaron no se despidieron precisamente con sonrisas cómplices.

A decir verdad, nunca se despedían con sonrisas cómplices. Era la única persona del mundo que se resistía a su simpatía, pero eso no le mosqueaba tanto como que fuera, a su vez, la única mujer con la que no sabía comportarse con su soltura habitual.

¡Había balbuceado delante de ella! ¿Desde cuándo balbuceaba delante de una mujer? ¿Desde cuándo vacilaba antes de hablar con cualquier ser vivo? Él, que tanto se jactaba de saber cómo actuar dependiendo de las circunstancias y del acompañante; él, que se reía del modo en que sus compañeros llevaban sus relaciones interpersonales y se creía superior por desenvolverse con naturalidad con hombres y mujeres, ahora se sorprendía dudando antes de decir lo que pensaba, preocupado por si espantaba a una mujer cuya opinión debería serle indiferente.

Qadira lo sacó de sus pensamientos con una pregunta inocente.

—¿Qué tengo que hacer? Supongo que presionar por aquí…

—¡Espera! —Dagon alzó las manos cuando ella lo apuntó con el cañón e hizo ademán de apretar el gatillo—. ¿Es que quieres volarme la tapa de los sesos? No me apuntes a mí, criatura, y menos a la cara, que vivo de esto y de mi desparpajo.

«Aunque contigo no lo parezca», evitó añadir.

—¿Y a dónde apunto? —inquirió, ansiosa por comenzar la clase.

—Antes de disparar tienes que saber algunas cosas. Observa. —Le mostró su pistola, un modelo idéntico al que Qadira sujetaba como si alguien hubiera intentado robárselo—. Lo que tienes en la mano es una Glock semiautomática. Hay otros mil modelos de arma de fuego. Si te hace ilusión, luego te puedo enseñar mi colección de rifles y escopetas, que son armas de largo alcance y considerablemente más mortíferas…

—Y si son más mortíferas, ¿por qué usas estas? —«Una duda razonable», pensó él—. ¿El objetivo no es matar a cuantos más engendros, mejor?

Dagon se quedó mirando su expresión, iluminada por el afán de aprender. El interés juvenil que mostraba en algo tan impropio de los

jóvenes, como podían serlo las armas, estuvo a punto de hacerle reír.

—Estas son más manejables. En un segundo puedo cambiar el cargador… —Dio un golpecito que lo extrajo del mango y volvió a colocarlo de un golpe con el canto de la mano—, cargarla… —Tiró de la corredera hacia atrás— y disparar. —E hizo lo propio con la primera lata que localizó con el rabillo del ojo.

»Prueba a hacerlo tú. Si no aciertas a la primera, no te ofus…

Sin girarse para colocar el torso en la dirección del disparo, sacó el cargador, volvió a colocarlo del movimiento exacto que Dagon había ejecutado, tiró de la corredera hacia atrás y atravesó una de las latas que quedaban en pie.

Perplejo, Dagon la vio soplarle a la pistola con satisfacción.

—¿Qué? —preguntó, extrañada, cuando cayó en la cuenta de que lo había dejado pasmado—. ¿No se hace eso de soplar? Lo vi en una película. En el Autem vemos películas a veces. Me gustaban las del Oeste, las de John Wayne. Y las de dibujos animados.

—Ya… eh… Bueno, has tenido la suerte del principiante. —Dagon le restó importancia con una mano.

Qadira, en lugar de responderle —Dagon dudaba que lo hubiera escuchado, tan ensimismada que estaba—, dirigió el cañón al cielo: primero sonó el disparo, y, después, el aterrizaje sobre la maleza de un pájaro que había cometido la insensatez de interponerse en su trayectoria.

Dagon jadeó y la miró, indignado.

—¡Te acabas de cargar a un pájaro!

—Es mejor si el objetivo está en movimiento, ¿no? —Pestañeó sin comprender su frustración—. Los engendros no se van a quedar parados a esperar que les dispares.

—No, pero los engendros son criaturas del Mal. ¿Qué te ha hecho ese pobre pajarillo indefenso? —se quejó Dagon, ceñudo—. No vuelvas a hacer eso delante de mí. Soy vegano para evitar estas crueldades, ¿sabes?

Qadira ladeó la cabeza como si hubiera dicho una palabra en otro idioma.

—¿Qué es «vegano»?

—¿En el Autem tenéis televisión, pero no tenéis Internet o un diccionario? No como carne porque estoy en contra del maltrato y la explotación animal, y si estoy en contra del maltrato y la explotación animal, imagina de la caza.

Qadira seguía observándolo con una mezcla de contrariedad y… ¿fascinación?

—Eres muy raro —concluyó con asombro. No hubo ni desprecio ni burla en su comentario. De hecho, lo acompañó de una escueta sonrisita que hizo que Dagon olvidara la mala suerte del ave

masacrada—. Ya no quedan latas. ¿Qué hacemos ahora, si no me dejas utilizar a los pájaros como objetivo? Quiero seguir disparando. Es divertido.

Dagon pestañeó unas cuantas veces, incrédulo.

—A lo mejor es porque las mujeres con las que me relaciono hacen el amor y no la guerra o bien están total y rotundamente en contra del uso de armas, pero… se me hace un poco raro que esta sea tu definición de diversión. ¿No prefieres aprovechar que estás en La Tierra para descubrir nueva música, cine, y otros ámbitos de la cultura? El punto de cruz también entretiene. Y el yoga. Y la cerámica. Me encanta la cerámica. ¿No te gustaría emprender *hobbies* menos violentos?

Qadira pareció pensárselo mientras acariciaba, distraída, la culata de la pistola. Tras unos segundos de meditación, segundos que admiró el arma como si fuera su primogénito, lo miró a él con solemnidad.

—No. Quiero disparar.

Dagon soltó una carcajada.

—En ese caso, vas a tener que ayudarme a vaciar las latas, porque no pienso desperdiciar la cerveza. Además, has demostrado tener el suficiente manejo para pasar al siguiente nivel. Veremos a ver si te desenvuelves con ese brío estando como una cuba.

Esperaba que Qadira se negara a aceptar la Staropramen que le ofreció, una de las muchas que reposaban sobre la hierba recién cortada. Pero ella, en lugar de tomarse la invitación como una ofensa —al igual que todo, hasta ese momento, le había parecido ofensivo—, la aceptó de buena gana y examinó la abertura con el ceño arrugado.

—Se abre así. —Dagon tiró de la lengüeta en el sentido contrario y exclamó: «*Voilà!*».

Qadira trató de imitarlo con torpeza. No lo consiguió, pese a tener las uñas más largas que él, o quizá justo por eso.

Dagon soltó una carcajada sincera al verla frustrada.

—Hay que ver, sultana, sultana… Puedes matar a un pájaro al segundo disparo y no sabes abrir una cerveza. —Qadira se tomó el comentario jocoso como algo personal y tensó los hombros para tirar de la dichosa lengüeta. Cuando sonó el chasquido que indicaba que la cerveza estaba lista para servir, Dagon alzó la suya—. Yo suelo arrancarla entera a riesgo de cortarme el labio porque me divierte el juego del abecedario. Tiras la lengüeta de un lado a otro, de derecha a izquierda, pronunciando las letras. Ya sabes: A, B, C, D… Supuestamente, si la lengüeta cede y se arranca cuando vas por la «L», por poner un ejemplo, significa que te casarás con alguien cuyo nombre empieza por «L».

Qadira torció el gesto.

—Qué estupidez. ¿Cómo te va a decir una cerveza con quién te vas

a casar…?

Pero no pudo resistirse a probarlo e imitó el movimiento de Dagon con tanta energía que la lengüeta se desprendió en la letra «D».

No dijo nada. Se quedó en silencio con el trozo de aluminio en una mano y la cerveza fría en la otra.

—Te espera un Daniel, un Duarte… o una Diana, lo que sea que te guste; no estamos aquí para asumir la orientación sexual de nadie —bromeó, y alzó la cerveza para hacer el brindis de rigor—. Alabada sea La Magna. ¡Salud!

Mientras daba un largo trago, Dagon vigiló con el rabillo del ojo la reacción de Qadira. Aunque la cerveza no quemaba cuando bajaba por la garganta y tampoco tenía un sabor fuerte, imaginaba que no habría probado el alcohol hasta ese momento y torcería la boca al paladear la bebida.

Demostró que podía sorprenderlo más de una vez en el transcurso de diez, quince minutos a lo sumo.

Qadira vació el contenido y, a continuación, se aproximó a la mesa de campo sobre la que Dagon había dispuesto las latas. La posicionó sobre el cerco de humedad que la lata previa había dejado sobre la madera y regresó con la misma expresión solemne.

No parecía que beber rápido le hubiera afectado.

—No es la primera vez que pruebas el alcohol, ¿verdad?

—¿Contiene alcohol? —Qadira arrugó la nariz—. No lo sabía. Y sí, es la primera vez.

—¡Mentirosa! —exclamó, juguetón—. Has bebido antes y también has disparado antes, ¿a que sí? Te estás quedando conmigo.

—¿Por qué lo preguntas? —Parecía ofuscada—. ¿No crees que una empírea entrenada para la batalla pueda tener buena puntería? Te recuerdo que mi arma fetiche es el arco. Sé apuntar al objetivo.

La palabra «fetiche», pronunciada por sus labios, se quedó un rato de más pegada a los oídos de Dagon.

—No es lo mismo. —Sacudió la cabeza—. Las balas no viajan a la misma velocidad que las flechas.

—Tampoco hay mucha diferencia, si sabes calcular la trayectoria. Yo lo he hecho al verte disparar. Las flechas suelen dirigirse a su destino a trescientos sesenta kilómetros por hora, más o menos. Todo depende de la tensión que le pongas al arco, mientras que tu pistola dispara a una media de mil doscientos kilómetros por hora.

»Es curioso. —Se mordió el labio, pensativa—. Creía que las balas eran más rápidas que el sonido.

—Lo son si las dispara un fusil o una ametralladora, que pueden alcanzar los mil metros por segundo. —La observó de hito en hito sin ocultar su interés. Se cruzó de brazos, sonriendo con incredulidad—. ¿Desde cuándo os enseñan a hacer cálculos físicos en el Autem?

Cuando yo estaba por allí, y eso no sucedió hace mucho, no eran tan exhaustivos en sus estudios.

«Por cierto», se quedó con ganas de preguntar, «¿no es posible que tu cara me suene familiar de aquel entonces? ¿Y si coincidimos allí?».

—Lo aprendí por mi cuenta. —Encogió un hombro y extendió la mano—. Dame otra lata. Necesitamos una hilera de objetivos, ¿no?

—Suelo colocar diez, pero no sé si mi cuerpo va a tolerar cinco cervezas más.

—Me las beberé yo. No parece que tengan ningún efecto en mí.

—No sé si eso es buena idea…

Antes de poder frenarla, Qadira ya había vaciado la segunda lata y se encaminaba con seguridad hacia la banqueta de madera a juego con la mesa de picnic. Se agachó para situarla donde localizó el mismo cerco de humedad, y regresó para pedirle a Dagon una tercera.

Al cabo de un rato, Dagon había establecido las normas para competir amistosamente. El que derribara más latas con el eje afectado por la bebida, con los ojos cerrados, de espaldas, tumbado sobre la hierba y en movimiento —esto era, corriendo alrededor de la mesa o haciendo una pirueta en el aire—, ganaría.

Dagon decidió no apostar nada para no avergonzarla con la que sería una victoria aplastante, sobre todo tras comprobar que se le empezaban a colorear las mejillas, y no por el esfuerzo físico.

No obstante, la había subestimado.

Y tanto que la había subestimado.

Dagon no entendió enseguida cuál era la razón que subyacía en el insistente deseo de Qadira por apretar el gatillo. Había pensado que se trataba de mera curiosidad, esa que todos los marciales manifestaban por dominar cada arma. Pero cuando le tocó a Qadira el turno de tumbar las latas en las posturas acordadas, se percató de que solo era una manera de desahogarse.

Además de mandar al suelo todas las cervezas vacías, haciendo peripecias y probando nuevas posturas en el proceso —de rodillas, de lado, con las dos manos sobre el mango o apretando el gatillo con un dedo distinto al índice—, atravesó una de las frutas maduras del manzano, el remate de hierro de la valla que separaba el jardín del descampado trasero, la punta de la cola de una ardilla que huyó rápido de escena, una gota de rocío que se derramaba por el vértice de una hoja de laurel…

Qadira cambiaba el cargador con el talón de la palma de la mano a una velocidad desconcertante y escudriñaba el jardín en busca de objetivos con los hombros tensos, el ceño fruncido y los labios apretados.

Dagon pensó en detenerla antes de que decidiera apuntarlo a él, pero, justo entonces, se le acabaron las balas.

El eco del último disparo se extinguió y solo se oyeron su respiración acelerada y el silencio en que la naturaleza, aterrorizada, se había sumido tras la demostración de habilidad.

Fue Dagon quien rompió el silencio, anonadado.

—Supongo que no tengo que decirte que disparar es terapéutico. Si quieres una de estas para la guardia nocturna, no tienes más que pedírmela. Te desenvolverás de lujo.

Qadira se giró hacia él con la mirada desenfocada. Aún tenía el brazo en alto, colocado en un ángulo de noventa grados respecto a su cuerpo. Tardó unos segundos en pestañear, alejando así el arranque de violencia en el que se había sumido, y concentrar la vista en Dagon.

Como si acabara de ser consciente de su arrebato y de pronto le hubiera subido el alcohol a la cabeza, le tendió la pistola con mano temblorosa y tragó saliva.

—No, gracias. Es tan fácil usarla que aburre. Me quedaré con mi arma de preferencia. Con el arco tienes que valorar mucho más que la postura o la puntería; también la fuerza, la tensión y la trayectoria.

—Supongo que sí. Nunca he disparado un arco. En la actualidad es un *hobbie* de niños ricos que se aprende en campamentos de montaña. Tendrás que enseñarme —agregó con lentitud, valorando su reacción.

Qadira se frotó los ojos y luego las sienes, señal de que empezaba a notar los efectos del exceso de alcohol. Dagon permaneció inmóvil donde estaba, solo entonces consciente de que la radio seguía sonando. Esta vez, *La Foule* de Edith Piaf.

Se fijó en que Qadira salía de su ensimismamiento al aguzar el oído. Sus labios se curvaron en una sonrisita incrédula que dirigió a Dagon.

—Qué voz tan extraña —comentó con un hilo de voz, sin querer interrumpir a la cantante.

—Es por los gorgoritos. Nadie los hacía tan bien como Edith Piaf.

Se quedó mirando, sin ser consciente de su embeleso, el gesto concentrado de Qadira, los hombros que por fin dejó caer, libres de toda tensión, y que hasta movió inconscientemente al ritmo de la canción.

Antes de convencerse de que podría ser una pésima idea, se dejó llevar por el impulso de proponer:

—¿Bailamos?

Capítulo XX

Dagon se sorprendió por el temor que le embargó a conocer su respuesta. Sospechaba que una parte de él no sabría encajar con deportividad su rechazo, pero no fue una negativa lo que obtuvo. Qadira, tras vacilar un instante y más ruborizada aún —quizá por la cerveza, quizá por la vergüenza—, carraspeó y se acercó a él como si no supiera cómo se hacía. Ya había bajado el brazo, y la pistola colgaba inerte entre sus dedos, como una parte de su cuerpo que hubiera dejado de funcionar.

Dagon estuvo feliz de retirarle el arma, arrojarla sobre la hierba crecida y enseñarle el conocimiento que le faltaba.

Con una mirada persuasiva, le pidió permiso para rodearle la cintura. Se fijó en la diatriba interna de Qadira, implícita en la inseguridad que reflejaba, pero, finalmente, la empírea asintió con la cabeza e hizo lo propio: posar una mano temblorosa sobre el hombro masculino y acercarse de modo que su aliento, éter misterioso, le acariciara la punta de la nariz.

—Nunca he bailado —reconoció ella en voz baja, como si supiera que estaban realizando una actividad prohibida—. Ni siquiera cuando era… humana.

—¿Cómo es eso posible? —Dagon trató de imprimirle a su voz la energía habitual, esa inflexión irreverente que convertía todas sus conversaciones en una fiesta, pero se le quebró la garganta al mirarla a los ojos. De cerca eran incluso más hipnóticos—. ¿Hay algo más que no hayas hecho que consideres que debo saber?

—¿Por qué? ¿Acaso tomarías el iniciarme en dichas actividades como una responsabilidad?

«O como un placer», se cuidó de corregir. En su lugar, desvió la vista a un punto por encima de su coronilla y comenzó a mecerse al ritmo de la canción.

Definitivamente, estaba borracho como una cuba.

¡Qadira ni siquiera le caía bien!

—«Vuelvo a ver la ciudad en fiesta y en delirio ahogándose bajo el sol y bajo la alegría, y escucho en la música los gritos y las risas que estallan y rebotan a mi alrededor» —murmuró Qadira, traduciendo a la par que Edith cantaba. Dagon no se sorprendió: los empíreos hablaban todos los idiomas—. Es… es bonito.

—La Tierra está repleta de cosas bellas —le aseguró Dagon,

aliviado de poder llevar la conversación por un derrotero menos comprometedor—, como la voz de Edith Piaf. Dudo bastante que lo único que pueda interesarte o hacerte feliz sea pegar tiros, cuando existe el cine colorido de Almodóvar, o los ballets con música de Tchaikovsky, o el helado de pistacho, las lentillas de colores, los perros salchicha…

Qadira escrutó el rostro de Dagon con esos ojos negros, del profundo color del mar, que lanzaban chispas con la misma energía que explosivas supernovas y, a causa de la cerveza, tenían problemas para enfocar.

Dagon contuvo la respiración al verla sonreír de nuevo, por fin mostrando los dientes. Con timidez, con indecisión y, por supuesto, con incredulidad, porque no se creía al espécimen que tenía delante, pero seguía siendo una sonrisa.

Una sonrisa honesta.

—¿Por qué eres tan…? —Qadira presionó, tal vez sin darse cuenta, el hombro en el que había posado la mano. Dagon recibió con un encogimiento la corriente de electricidad que le dejaba sin respiración y que empezaba a serle familiar.

—¿Tan guapo? ¿Tan listo? ¿Tan estiloso? ¿Tan majo? —Pestañeó con coquetería.

—Tan… —Se perdió buscando la palabra adecuada— *extraño*.

—¿Extraño? —repitió él, mofándose. Utilizó la mano que reposaba sobre la cintura femenina para hacerle cosquillas en el costado. Qadira se dobló involuntariamente hacia el lado, soltando una risita sofocada.

—¿Qué haces?

—¡Me has llamado «extraño»! ¿En serio? ¿Ese es el calificativo que mejor podría definirme?

—No eres como los hombres que he conocido —admitió sin tapujos. La risa aún bailaba en sus ojos.

Dagon no supo cómo reaccionar ante su arrebato de sinceridad, sobre todo cuando solo la empañaba esa introversión que, en vano, trataba de anular su majestuosidad. Lejos de afearla, la timidez la dotaba de una belleza aún más singular.

—Ni siquiera eres como las criaturas que viven en esta casa —continuó, alentada por el alcohol—. Te vistes de manera rara, hablas de forma diferente, te comportas con… como… A veces no pareces un hombre.

—¿No parezco un hombre?

Solo se veía en condiciones de repetir lo que ella decía. No quería espantarla diciendo una insolencia, pero con la tendencia que Qadira tenía a ponerse a la defensiva, tampoco estaba seguro de que pudiera seguir evitando que huyera despavorida por mucho tiempo.

—Si mantienes la definición de hombre que se estilaba en la época

de las cruzadas —comentó, imponiendo el buen humor a la incomprensible debilidad que sentía con su cercanía—, supongo que es normal que mi personalidad y mi estilazo te confundan. Pero, gracias al cielo, se ha evolucionado desde que los tíos estaban obligados a ser feroces, tullidos emocionales, y un largo etcétera.

Qadira sacudió la cabeza como si necesitara aclararse las ideas.

—No, yo… He tratado con hombres sensibles antes, no es eso a lo que me refiero. Tú… —Soltó sus hombros de pronto y se rascó el codo, confusa—. Para mí, los hombres no son… no son coloridos, ni musicales, ni… No son risueños. Las personas que he conocido, en general, no eran… no eran como la luz del sol. Todos los seres pueden apagarse, o ignorarse. Todos los seres pueden ser eclipsados por la naturaleza, por la verdadera esencia de las cosas. Pero tú no. Tú eres la esencia en ti mismo, puro como la tormenta; igual que la luz del sol, que no puede taparse con un dedo porque lo llena todo.

Dagon la escuchó con la respiración suspendida. Las palabras habían salido de ella a borbotones, sin orden ni concierto. Lo más probable era que no las estuviera filtrando, pero justo por eso fueron tan valiosas para él.

—Creo que es lo más bonito que me han dicho nunca —confesó con voz suave—. Es agradable ser percibido así, sobre todo cuando no estoy en mi mejor momento.

—¿Normalmente eres más raro aún?

Dagon sonrió, divertido con su encantadora ingenuidad. Tendría que quitar las connotaciones peyorativas a las palabras «raro» y «extraño», porque ella, en su inocencia, las pronunciaba con fascinación.

—Sí, suelo ser más raro todavía —reconoció entre risas—. Estos últimos días estoy de mal humor.

—¿Por qué?

Esa pregunta lo sumió en un estado de melancolía insoportable, porque no recordaba la última vez que alguien se había interesado por sus sentimientos. Tal vez nadie lo hubiera hecho en los cincuenta años que llevaba sirviendo a El Séptimo Círculo, quizá tampoco durante su vida humana, pero no estaba resentido con sus compañeros por no sentarse a debatir los problemas que aquejaban a cada uno. A fin de cuentas, él era el raro, el extraño, el único que necesitaba esa cercanía para sentirse parte del grupo, mientras que los demás podían vivir cómodamente en su rol de «hombres de verdad», de guerreros milenarios con ninguna otra preocupación que pelear y follar.

—He perdido el interés por lo que hago —resumió con un laconismo impropio de su carácter. Se encontró con la mirada de Qadira y algo se quebró dentro de él. La necesidad de expresarse fue más fuerte que la cautela con la que sentía que debía de comportarse

con ella—. También es que estas semanas he comenzado a replantearme todo lo que rodea mi existencia. Antes servía a El Séptimo Círculo por convicción, y no me malinterpretes, ¿eh? No es que esté tonteando con la alternativa de abandonarlos a su suerte, como si eso fuera posible. Es solo que…

»Nunca te preguntan si quieres formar parte de este mundo, ¿sabes? —Ladeó la cabeza, esperando que ella diera muestras de haberlo entendido. Qadira asintió despacio, en silencio—. Se supone que tienes que amar lo que haces, que tienes que dedicarte en cuerpo y alma a la diosa, a las criaturas que proteges, y desempeñar con fe ciega el papel que se te ha concedido. En definitiva, has de vivir impresionado por la fuerza suprema que representan la magia y la religión, y, sin duda, estoy impresionado —se apresuró a aclarar, mostrando las palmas de las manos—, pero hubiera preferido ser otra cosa.

Qadira entrelazó los dedos en el regazo y encogió sutilmente los hombros, una pose humilde que Dagon se quedó observando con un nudo en el estómago.

—¿Qué cosa?

—Pues un cantante francés o un bailarín de salsa. —Levantó un hombro, coqueto, a lo que ella sonrió con contrición—. Cualquier cosa. Cualquier cosa que *yo* hubiera elegido.

»No pude decidir. *No podemos* decidir. La Magna nos recluta si, como humanos, sacrificamos nuestra vida por el curso de la historia, y entonces nos convertimos en miembros de su séquito de empíreos, y no nos preguntan en ningún momento si queremos servirla. Tampoco nos preguntan si nos parece bien bajar a La Tierra a una misión de rescate, ni se interesa por lo que opinamos sobre que nos destierre sin posibilidad de expresar nuestras razones y nos convierta en penitentes.

Hubo un breve silencio en el que tan solo corrió la brisa fría de la mañana que moría.

—Te molesta no poder tomar decisiones y, sin embargo, anhelas una *anandha* —señaló ella con muy buen tino—, cuando la *anandha* es el mejor ejemplo de que no tienes voz ni voto, de que has de resignarte a amar y desvivirte por la mujer que La Magna ha mandado para ti.

Dagon sonrió con ternura.

—Pero es que el amor funciona así, Qadira, te llames penitente o te llames mortal. Los humanos son igualmente impotentes ante los caprichos del sentimiento más voluble del mundo. De hecho, siempre he pensado que es ese detalle, el amor de la *anandha*, lo único que nos acerca a la humanidad a la que protegemos. Por eso era la esperanza a la que me aferraba para no sentir que no tener el control de mi vida es

un despropósito…, pero ya sé lo que piensas sobre el amor y las *anandhas* —se adelantó, guiñándole un ojo—, así que me callaré antes de despertar tu ira.

»Lo bueno es que he hecho amigos —agregó alegremente—. Ahora no me imagino sin ellos. Son unos tíos difíciles al trato, a veces insoportables, lo reconozco, pero yo sé que en el fondo me tienen la misma estima que yo les profeso a ellos. No es por ponerme chulo, pero soy una persona que se hace querer, aunque a ti te cueste tragarme.

—No es que me cueste tragarte —se apresuró a replicar, ceñuda—. Es que eres…

—Raro. Lo sé. Ya lo has dicho.

Qadira sacudió la cabeza. Le sostuvo la mirada al separar los labios para replicar, pero ningún sonido salió de su garganta. Se frustró tratando de explicarse hasta que por fin balbuceó:

—No es que seas raro, o no es solo eso. Es que siento… Me haces sentir cosas raras.

Dagon buscó su mirada para asegurarse de que no acababa de imaginarse la respuesta. Le había chirriado en los oídos, quizá porque en el poco tiempo que llevaba con El Séptimo Círculo, ya se había acostumbrado a que Qadira malinterpretara sus palabras o buscara una excusa para ponerse a la defensiva. Pero, por lo que pudo comprobar gracias al rubor juvenil de sus mejillas y a su timidez —y, a la vez, su determinación, esta proporcionada por el alcohol—, supo que estaba siendo sincera.

En el fondo, no debería de extrañarle. Aunque había tratado de empujarlo al fondo de su mente para no volver a pensar en ello jamás, llegando incluso a tildarse de loco, reconocía ahora que habían tenido instantes de complicidad. Hasta que sus dedos se rozaran por accidente y ella reaccionara cerrándose en banda, Qadira se había estado apoyando en él. Sobre todo el día de su llegada, cuando lo buscaba con la mirada y con todo el cuerpo, como si supiera que solo Dagon era digno de confianza; que solo Dagon la comprendería. Después había discutido con rabia sobre la *anandha*, demostrando que le afectaba a nivel personal que él aún creyera en el amor, y luego… Luego había intentado provocarlo para que reconociera que era una mujer atractiva, cuando hasta ese momento nada en su actitud había dado a entender que le importara lo que los hombres pensaran de su físico. Y si le importaba, había dejado meridianamente claro en más de una ocasión que sus inquietudes al respecto poco tenían que ver con la vanidad femenina o el engreimiento, sino con la irritación de ser reducida a una cara bonita.

«Pero es que tiene una cara bonita», pensó Dagon, abducido por ella, por su cercanía, por su olor.

—El alcohol te suelta la lengua más de la cuenta, ¿no?

Aquello fue lo único que se le ocurrió decir, y solo tras darse cuenta de que llevaba demasiado rato callado. De ninguna manera se veía admitiendo que el sentimiento era recíproco, que ella también le hacía sentir «cosas raras». En parte, porque no lo entendía, y todo lo que no entendía, le sacaba de quicio.

—No lo creo —musitó ella—. Estoy intentando reservarme mis pensamientos. Si el alcohol me hiciera contar todos mis secretos de verdad, ahora estaría metida en un buen lío.

—¿Ah, sí? —Entrecerró los ojos con aire juguetón—. ¿Es que te has portado mal?

Qadira lo miró con franqueza.

—No tanto como lo haré en un futuro cercano.

—Pues has ido a la persona idónea para confesar tus pecados. Nadie te entenderá mejor ni te perdonará antes que un penitente, una criatura que conoce el alto precio de los errores.

Sabiendo que se acercaba el final de la canción, Dagon se arriesgó a recibir un bofetón volviendo a tomarla en brazos para hacerla girar sobre sí misma, y se inclinó hacia delante para concluir la coreografía con el dramatismo de una película de la edad de oro hollywoodense. Qadira dio un respingo al verse a punto de tocar el suelo con la cabeza, pero debía tener los sentidos demasiado trastocados como para reponerse enseguida. Por el contrario, pareció a punto de soltar una carcajada. *A punto*, porque se le atascó en la garganta, quizá por falta de costumbre.

«Hoy no tendremos la suerte de verte reír», desvarió Dagon para sus adentros.

Qadira se aferró con fuerza a la nuca y a los hombros de Dagon, temiendo caerse. Pero era ligera como una pluma, un compendio de músculos de bambú, más desarrollados de lo que uno esperaría en una mujer. Bajo la mano, extendida sobre su zona lumbar, sentía la musculatura de la espalda femenina, tensa para mantenerse en el aire.

—Puedes dejarte caer. Te tengo sujeta —le aseguró en voz baja—. Confía en mí, mujer. Soy el primero que no quiere que te hagas daño.

—Me… me cuesta bajar la guardia.

—No hace falta que lo jures. Venga, destensa los músculos. —Sutilmente, presionó su zona lumbar con los dedos. Al principio no hubo respuesta, y nada indicaba que fuera a haberla, pero el milagro se hizo inspirado por sus siguientes palabras—: Conmigo estás segura. Si te apoyas en mí, no traicionaré tu confianza.

Aunque lo pronunció exagerando el tono solemne, ella reaccionó como si hubiera tocado una fibra sensible. No se deshizo en sus brazos del modo en que le habría gustado, sino que afianzó con desesperación las manos que se sujetaban a sus hombros.

Qadira no tenía que buscar sus ojos para encontrarse con él. Estaban tan cerca que su mirada debía de ser todo cuanto quedaba en su campo de visión. Para la inmensa sorpresa de Dagon, Qadira se incorporó con torpeza, lo suficiente para rodearle el cuello con los brazos y esconder la nariz en el hueco de su clavícula. Murmuró algo con apenas un hilo de voz, pero Dagon quedó tan mentalmente trastocado al sentir su aliento contra la piel que no distinguió lo que había dicho. Quizá «gracias», o «te lo agradezco», o tal vez algo diferente, pero la emoción recogida en su voz lo hizo sonar a agradecimiento desgarrado.

Dagon rodeó su nuca con la mano, empleando la misma delicadeza que si se tratara de un recién nacido, y se incorporó con ella aún sujeta por la cintura. Se separó lo suficiente para mirarla a los ojos, preocupado por la posibilidad de que hubiera derramado unas lágrimas, pero no pudo pararse a meditar sobre las emociones ocultas entre sus pestañas porque mucho antes lo atrajo un irresistible vistazo a sus labios entreabiertos.

Dagon quiso retirar la mirada de inmediato, castigándose por sus pensamientos impuros. Los mismos que había condenado en Samael y en el resto de sus compañeros. Se jactaba de ser el único con suficiente sesera para separar al animal del hombre, pero cuando la respiración irregular de Qadira le acarició la nariz, cuando la mirada vidriosa de sus ojos árabes se posó en él, Dagon estuvo a punto de gruñir. Y quizás lo hiciera al inclinarse sobre ella y rozar la boca femenina con la propia. Apenas un leve contacto, un aleteo de mariposa que, sin embargo, provocó el mismo efecto devastador que tuvo tocar sus dedos sin querer.

Pero esa vez estaba tan aturdido por la cercanía y tan concentrado en otras sensaciones que la profunda melancolía que le inspiraba tocarla casi le pasó desapercibida. *Casi*, porque el ramalazo de nostalgia que le sobrevino fue tan intenso que habría tenido que estar muerto para ignorarlo.

No llegó a besarla, en realidad. Al menos, no como le habría gustado. Tan solo encajó los labios en el hueco de los de Qadira y se dejó avasallar por una emoción indescriptible antes de que ella, con un jadeo ahogado y un débil empujón, retrocediera unos pasos y lo dejara tambaleándose en el jardín.

Dagon querría haberse repuesto enseguida y haberle pedido disculpas por su falta de contrición, por imitar los comportamientos libidinosos de sus compañeros, pero Qadira desapareció envuelta en su misterioso silencio antes de que Dagon pudiera arrepentirse… o intentar abrazarla de nuevo.

Capítulo XXI

Qadira llevaba diez minutos girando la bolsita de tela entre los dedos. Apuntaba a convertirse en un ritual de autoconvencimiento —«Esto es lo correcto», «esto es lo que he de hacer»—, incluso en un modo de reunir el valor que necesitaba para dar el siguiente paso. «Cuando haya dado doce vueltas», se decía, sintiendo el bombeo del corazón en los oídos, «me levantaré, buscaré a Mara y continuaré con el plan».

Con Reyyan y Luvart fuera del mapa, ya no tenía excusa a la que aferrarse para no cumplir las órdenes de Leviathan. La siguiente en la lista de piezas que expulsar del tablero de juego era la *anandha* del *rex*, el segundo elemento de la discordia.

Mara no solo le demostró su desprecio el día que fueron presentadas, insinuando ante todo un público de penitentes que su carácter era traicionero. Había continuado manifestando su rechazo hacia la recién llegada con su indiferencia, mucho más contundente en una personalidad como la de Mara, la eterna amiga de todos, que ningún ademán abiertamente desdeñoso. Mara no se dirigía a ella a no ser que fuera necesario, y, en teoría, esto debería facilitarle a Qadira la tarea de enfrentarla con su amante, pues no existía complicidad entre las dos, pero allí seguía: sentada en el borde de la cama del torreón, oculta de miradas curiosas, prometiéndose que solo giraría una vez más la bolsita con las hierbas venenosas. La última, y entonces bajaría las escaleras e iría en busca de Mara para burlar, por segunda vez, a El Séptimo Círculo…

Y, con ello, a Dagon.

«Conmigo estás segura. Si te apoyas en mí, no traicionaré tu confianza».

Por más que trataba de ahuyentarlas, de superponer otros pensamientos al recuerdo del Dagon achispado, esas palabras regresaban a su mente y se adherían a ella como las rémoras a los tiburones. Él las había pronunciado con la naturalidad del que no solo estaba acostumbrado a hacer promesas en firme, sino del que las cumplía como si no existiera otra alternativa.

Qadira no podía recordar la última vez que alguien le había tendido una mano o le había jurado que sería su leal confidente. Quizá porque jamás había sido bendecida con esa buena ventura. Ahí donde Leviathan ni siquiera le había prometido seguridad, Dagon se la había garantizado. Qadira no podía explicarse —ni quería hacerlo— por qué

en sus brazos había encontrado cobijo; por qué sus respuestas, siempre sinceras y desenfadadas, le ofrecían un consuelo reparador. Se decía que eso era lo que Dagon, con su carácter, despertaba en los demás: simpatía inmediata, incluso afecto incondicional, porque Qadira no se veía en posición de herir a Mara sabiendo que él la acompañaría en el sufrimiento. Pero no era exclusivamente su encanto personal lo que le convertía en una criatura excepcional, porque Qadira había tratado con empíreos carismáticos y espíritus juguetones con anterioridad y no había experimentado ese deseo de complacer, de permanecer a su lado y dejarse cuidar, ya con las defensas anuladas. Había algo en él, algo *más*, algo que le hacía recordar con vaguedad cómo se sentía la esperanza. Quizá por eso pensaba en Dagon como un hombre adictivo, una presencia a la que ansiaba rondar las veinticuatro horas del día sin necesidad de tocarlo o dirigirse a él. Con observarlo de lejos, como una pieza de museo o un milagro —lo que era, a su manera—, Qadira ya se daba por satisfecha.

Consciente del rumbo que tomaban sus pensamientos, y aterrorizada por lo que podrían provocar si Leviathan los descubría, se puso en pie de un salto. Escondió la bolsita de tela entre la funda y el relleno de la almohada, y luego la tapó con la manta extra que le habían proporcionado para sobrevivir al incipiente invierno checo. Su mirada se posó un instante en las velas aromáticas de Dagon, y una sonrisa mustia afloró en sus labios. Rozó el borde desigual con los dedos y se llevó los guantes a la nariz para deleitarse con el aroma a vainilla. La noche anterior, tras el baile con Dagon, había sentido la necesidad de estrenarlas, porque él también olía a vainilla, pero eso sería lo más cerca que estaría de inhalar su perfume. Qadira era consciente de que no podría volver a compartir ningún tipo de intimidad con Dagon.

Era su vida lo que estaba en riesgo.

Su vida y algo más.

Qadira bajó las escaleras y dejó que el instinto le indicara dónde podría encontrar a Mara. Cada miembro de El Séptimo Círculo —y la *anandha* del *rex* formaba parte del grupo— despedía un olor característico, además de que los sentidos hiperdesarrollados le permitían oír sin esforzarse las voces de los convivientes.

No tuvo que dar demasiadas vueltas ni agudizar el oído para localizar a Mara en la biblioteca.

La encontró sentada en un butacón de terciopelo rojo con una montaña de libros antiguos junto a los pies decalzos. Estaba sola, y, por lo poco que Qadira pudo apreciar, hojeaba con interés las recomendaciones que Xaphan había dado para hallar el nombre y pistas de la procedencia de Leviathan.

Qadira se tensó bajo el umbral. Leviathan no le había dado

indicaciones al respecto, pero quizá debiera tomar la iniciativa y destruir los libros en los que pudiera aparecer.

La cuestión era… ¿cuáles? Preguntarle abiertamente a Leviathan podría costarle una burla condescendiente en el mejor de los casos, y, en el peor, una bofetada que le sacara el alma del cuerpo. No le gustaba que pusieran en tela de juicio sus brillantes estrategias, e insinuando que pudiera haber dejado cabos sueltos, como documentos y testimonios antiguos con su nombre, lo estaría insultando de un modo imperdonable.

Como si hubiera adivinado la naturaleza de sus pensamientos, Mara alzó la cabeza. Enarcó las cejas apenas reparó en la mancha oscura que era Qadira, la némesis de la *anandha* del *rex*, siempre vestida con cómodas camisetas blancas que apenas le llegaban por encima de la rodilla.

—Por alguna extraña razón, los penitentes creen que encontrarán la verdad en la majestuosa biblioteca de La Sociedad, y solo porque tiene unos cuantos miles de volúmenes más y los desempolvan con religiosa frecuencia… a diferencia de otros que yo me sé. —Mara torció el gesto cuando cerró el libro que había estado revisando, desganada, y una tímida polvareda se desprendió de la cubierta de cuero. Más que soplar, le bufó al volumen, y luego posó la vista en Qadira—. Yo opino que, si es cierto que ese tal Leviathan fue desterrado por pecador, su biografía solo podrá encontrarse en estas cuatro paredes: en el mundo de los penitentes. No creo que los seráficos alberguen las historias de terror de sus enemigos ancestrales, a los que nunca han respetado lo suficiente para temerlos, no se diga ya para tomarse la molestia de conocerlos.

Qadira dio un paso hacia delante, lo justo para quedar enmarcada bajo el quicio de la puerta.

—¿Has encontrado algo? —inquirió con voz neutra.

Mara se incorporó con brío y dejó el libro sobre la montaña de manuales de referencia. Había acumulado suficientes volúmenes para pasar los siguientes días con la nariz pegada a sus páginas, todas ellas repletas de partículas de piel muerta y amarillentas por el paso del tiempo.

—He encontrado su nombre en *Elogio a la Guerra* —anunció, aunque sin el entusiasmo que debería acompañar a un descubrimiento relevante. Qadira contuvo la respiración—, pero tan solo una mención, como se menciona a todos los que participaron en batallas que marcaron el curso de la historia. Balaam, Furias y Leviathan, miembros de El Tercer Ateneo, un clan de penitentes que data del siglo XII. Lo que me ha llamado la atención es que, casi mil años después, Leviathan siguiera siendo Leviathan, es decir: que no encontrara la redención.

—Algunas *anandhas* se toman su tiempo para aparecer —comentó Qadira, acercándose con cautela a la muchacha. Vigilaba con el rabillo del ojo el montón de libros, preguntándose que más pistas contendrían —. Tú, por ejemplo, te has hecho de rogar dos mil años.

Mara le sonrió de lado a las letras en relieve de *Elogio a la Guerra*.

—Y, aun así, mi penitente no tiene suficiente conmigo y permanece en su puesto de *rex* porque necesita un propósito vital para sentirse completo… —Alzó la vista y la clavó en Qadira con rencor—, ¿no fue eso lo que dijiste?

Qadira no disimuló su sorpresa.

—No pareces la clase de mujer que se toma a pecho comentarios malintencionados, ni mucho menos aquellos que no fueron pronunciados con el propósito de hacer daño.

—No parezco muchas cosas, como, por ejemplo, sensible, niña de mamá o castaña clara, pero te aseguro que soy todas ellas —repuso con las cejas enarcadas—. Tintes de supermercado y capas de irreverencia no pueden ocultar la verdad.

—En ese caso, me disculpo. —Agachó la cabeza en señal de arrepentimiento—. Ese día me hiciste una pregunta y yo me limité a contestar, y te prometo que lo hice sin dobleces. No pretendía poner en duda los afectos de tu pareja.

No le costó sonar sincera. Era cierto que, entonces —y parecía que hubieran transcurrido siglos desde que puso un pie allí—, no tenía intención de sembrar discordia. Esa tarde, en cambio, no podría defender la inocencia de sus propósitos.

Mara soltó una carcajada.

—«Los afectos de tu pareja». ¿Siempre hablas como si estuvieras en un libro de Jane Austen?

Qadira vaciló antes de contestar, confusa.

—No sé quién es Jane Austen.

—Pues no sabes la envidia que me das. Yo estoy cansada de oír su nombre. Parece que no ha habido más mujeres escritoras en la historia de la humanidad… —Suspiró, hastiada, y se agachó para revisar los títulos amontonados—. Aun así, preferiría releerme el dichoso *Orgullo y prejuicio* que revisar estos tostones insoportables, que, encima, están en la lengua antigua. Me cuesta un huevo y parte de otro entender una sola frase.

—¿Necesitas ayuda? —se ofreció, acuclillándose frente a la montaña de cuero y celulosa—. Puedo ayudarte a hojear algunos tomos. No tengo nada que hacer hasta la noche.

Mara la miró por encima del montón. Apoyó los codos sobre el último volumen, *Tratado por la Memoria*, y enarcó las cejas con elocuencia.

—¿Por eso te pusiste a pegar tiros con Dagon ayer? ¿Porque no

tenías nada que hacer hasta la noche? ¿Te aburres mucho por aquí, guapa?

Qadira pestañeó, momentáneamente aturdida por el giro drástico en la conversación.

Por lo que le había sido confiado sobre el carácter de Mara, a esas alturas ya debería haberse acostumbrado.

—Sentía curiosidad por sus armas de fuego y me permitió dispararlas para probar. No se me dio nada mal. —Encogió un hombro con humildad.

Mara compuso una mueca socarrona.

—Parece que no hay nada que se te dé mal, salvo, quizá, encajar los halagos y que los hombres estén interesados en ti. Apuesto a que te largaste por piernas en cuanto te diste cuenta de que mi pobre Dagon sentía curiosidad por *tus* armas… *de mujer*.

De pronto, y como si el demonio la hubiera poseído, Qadira sintió la tentación de ladrarle que se metiera en sus asuntos. Haberse disculpado por su elección de palabras y haber sido perdonada no las convertía en amigas, pero detectaba algo más que afán de chismorreo en el interés de Mara. Quizá… ¿preocupación?

—¿Es que te ha mencionado algo al respecto? —murmuró Qadira, rescatando del suelo un volumen apartado.

—No me ha hablado de ti, si es lo que quieres saber… y yo tampoco le he comentado que me caes gorda. O que me *caías* gorda. —Se mesó la barbilla, dejando al aire el resultado de la deliberación —. Lo iremos viendo según se dé la velada.

—Tengo entendido que los amigos se cuentan sus percepciones sobre nuevas incorporaciones. Es curioso que no cotillearais sobre mí —meditó en voz alta.

—¿Por qué dices eso de «tengo entendido que los amigos son así»? ¿Es que tú no tienes amigos, acaso?

Qadira prefirió no responder con un sí o con un no, aunque valoró para sus adentros el concepto de amistad, un ámbito de vital importancia entre los humanos que, sin embargo, jamás había tenido cabida en su vida.

—Llevo una existencia solitaria —reconoció en tono neutro, hojeando *Los Males Causados* para mantener las manos ocupadas y la vista fija en algo distinto a la expresión socarrona de la joven—, pero reconozco el valor de las relaciones interpersonales, sean románticas o de tipo amistoso. Se nota que entre Dagon y tú existe una complicidad que puede resultar muy beneficiosa en según qué contextos… —Hizo una pausa. «Ahora, lanza el anzuelo»—, sobre todo a la hora de buscar consuelo tras una pérdida traumática.

—En serio, deberías dejar de hablar como fueras un manual de psicología —se mofó Mara. Apenas asimiló la última insinuación, su

sonrisa jocosa se atenuó, afectada por la sospecha—. ¿A qué te refieres con «pérdida traumática»?

Procuró expresarse con benevolencia. Tenía que sembrar discordia, pero tampoco era necesario ensañarse.

—No es un secreto que los recientes fallecimientos de tu madre, padre y hermana mayor te han tenido lidiando con el duelo. Supongo que es por eso que te muestras más sensible a los comentarios ajenos, sobre todo a los que refieren al *rex*, quien será de ahora en adelante tu única familia.

—Sus muertes no son recientes —replicó en tono áspero, sosteniéndole la mirada con la misma tensión con la que aguantaba el peso de los libros—. Hace algún tiempo desde que dejé de llorar.

—Por supuesto, por supuesto —la apaciguó—. Tal vez no me haya expresado bien. A lo que me refería es a que es una herida reabierta por los últimos descubrimientos.

—¿Qué últimos descubrimientos? ¿De qué estás hablando?

Qadira pestañeó como si no comprendiera su agitación.

—De las circunstancias que envolvieron el asesinato de tu madre —aclaró en voz baja, como se decían los secretos y se daban los pésames —. Disculpa, pensaba que el *rex* te lo habría mencionado. En el Autem, la noticia fue acogida con verdadera turbación.

Mara se puso en pie con la mandíbula tensa.

—¿De qué noticia estás hablando? —espetó de mal humor—. Mi padre y mi hermana fallecieron en un accidente automovilístico, y a mi madre la mataron por huir de La Sociedad, porque era una fugitiva. No tiene más ciencia.

—Claro. —Qadira tragó saliva y se levantó asimismo. Se tomó su tiempo para sacudirse los muslos, cubiertos por el polvo de los libros —. No se me ocurriría tergiversar la versión que conoces.

—No es una versión. Es la verdad —aclaró con sequedad. Sin embargo, Mara se la quedó mirando con el cuerpo rígido, vacilante—. ¿Qué versión tienes tú?

Qadira se humedeció los labios y escudriñó la habitación, como si debiera cerciorarse de que nadie más la escuchaba. Ni siquiera tuvo que fingir el deseo de salir de allí. La reacción de Mara, aunque esperada, la había incomodado lo suficiente para avivar sus remordimientos.

—No sé si es buena idea contarte…

—Dímelo —le ordenó con hostilidad—. No se pueden hacer insinuaciones como esa y luego pretender largarse de rositas. ¿Qué es lo que sabes? ¿Qué es lo que te han contado?

—Creo que, si no se te ha puesto al corriente de lo que rodea al asesinato de Ledah, es por una razón de peso. Sea porque deseen protegerte, porque sea información clasificada o porque…

—¡Habla! —exigió, al límite de su paciencia.

Qadira pensó en seguir distrayéndola con excusas para evitarle el sufrimiento. La *anandha* del *rex* no era, ni de lejos, su persona favorita. No se identificaba con su forma de vida, apenas comprendía su actitud, y ni mucho menos perdonaba sus modales irreverentes, pero la idea de quebrar la confianza entre una pareja de amantes se le hacía insoportable.

¿Le habría encomendado Leviathan esa misión porque sabía que se la tomaría como algo personal, que le dolería en lo más hondo por las similitudes que tenía con su propia relación? A fin de cuentas, y por más que Qadira quisiera mirar para otro lado y hacer oídos sordos, ella ya no confiaba en Leviathan. Y quizá tampoco debería haber confiado en él cuando aún se hacía llamar Aldous.

Qadira tomó aire y miró a Mara con tristeza.

—Estarás al corriente de la profecía sobre «la nueva Sociedad»: un elegido y su mujer, el espíritu reencarnado de la princesa fenicia Asherah, cambiarían para siempre los cimientos sobre los que La Sociedad se sustenta, sus normas y sus tradiciones. Como esta profecía auguraba el final de los albos como linaje superior y situaba a los áureos en una posición de poder, se ocultó durante milenios… hasta que la seráfica Ledah encontró el texto, lo tradujo y pretendió poner al corriente de lo que significaba al que ella creía que era el elegido: Aladiah, su hermano, entonces aspirante a la regencia.

—Eso ya lo sé. Mi madre siempre ha sido más lista que el hambre —ladró Mara—. ¿Y qué pasa?

—Los albos no podían permitir que se revelase algo así, un futuro que daba esperanza a los áureos y arrebataba el lugar dominante a la élite. Cuando supieron que Ledah, una fugitiva, estaba en posesión de información tan delicada, la amenazaron. Primero, de boca. Después… —Qadira cerró los ojos—. Después, asesinaron a su marido y a su hija mayor para recordarle que podrían arrebatarle todo cuanto le era querido si abría la boca.

Mara palideció ostensiblemente. Se quedó petrificada ante ella, mirándola con los ojos inyectados en sangre, cada vez más vidriosos, y una mueca de incredulidad.

—No sé de qué diablos estás hablando. Fue un accidente. Yo estaba en ese accidente, solo que… solo que sobreviví.

Qadira se planteó salir de allí antes de proporcionar los detalles más escabrosos, pero no podía dejarla en esas condiciones, ni tampoco huir con la historia a medias.

—Pretendían mataros a todos —reconoció con un hilo de voz—, pero sí, tú sobreviviste, y lo hiciste porque el poder de tu hermana, el don del ocultismo, abandonó su cuerpo para usar el tuyo como recipiente. Eso fue lo que te protegió y te mantuvo con vida. Por lo

que se ve, el antiguo regente Raziel le confesó todo esto a Aladiah y a Valthessar la noche que se enfrentaron, no hace demasiado tiempo. Días, quizá. ¿O semanas?

—Aladiah y Valthessar lo sabían —repitió Mara como un autómata. Qadira supo, apenas la miró, que se le había helado la sangre—. ¿Dagon…? ¿Dagon también?

La pronunciación de ese nombre, *su* nombre, hizo que Qadira vacilara. Podía decir que sí y terminar de romper los vínculos de Mara con El Séptimo Círculo, pero fue incapaz de mentir teniendo el rostro de Dagon en el pensamiento.

—No me consta que él estuviera enterado. También sabían —prosiguió con dificultad— que el asesinato de tu madre no se debió a su condición de fugitiva, o no solo a eso, sino a su intención de desvelar el contenido de la profecía. Pero estoy convencida —se apresuró a añadir— de que lo han mantenido en secreto porque querían ahorrarte el dolor de saber…

—¡Y una mierda! —cortó con un rugido.

Mara rodeó el montón de libros y el cuerpo rígido de Qadira para salir de la biblioteca. A pesar de ir descalza, la empírea oyó sus pasos firmes a lo largo del pasillo, como también la sonora bofetada que siguió un rato después y los gritos que amenazaron con tumbar la mansión en cuanto encontró al motivo de su ira.

—¿A qué demonios viene eso? —bramó Valthessar, al que imaginó abrazándose la mejilla afectada. O quizá no; quizá estuviera agarrando a Mara por las muñecas para que no siguiera golpeándolo—. ¡Basta! ¿Qué haces? ¡Detente!

—¿Cómo has podido ocultarme algo así, cabrón de mierda? —aulló, con una voz irreconocible. Qadira se quedó inmóvil, con los vellos como escarpias—. ¿Es que se te ha olvidado por qué me metí en esta cloaca, a riesgo de que me partierais el cuello por pertenecer a La Sociedad? ¿Es que no sabes que todo lo que he hecho, incluido meterme en la cama contigo, fue para averiguar qué coño pasó con mi familia? ¡Y tú me lo ocultas! ¡¿Cómo te has atrevido, hijo de puta?!

—Mara… —La voz de Valthessar sonó débil, afectada por el temor que era de sabios sentir—. Estaba esperando el momento para decírtelo, pero ninguno parecía el adecuado. Es… es muy delicado, y tú no estás… No estabas bien.

—¡Que no estaba bien! ¡Ahora sí que no estoy bien! —Un sollozo la interrumpió—. ¡Era mi padre! ¡Mi padre y mi hermana! ¿No merecía saber que los mataron? ¿No lo merecía, eh? Tú esperabas el momento, muy bien, pero ¿y Aladiah? ¿Aladiah también lo esperaba?

—Pactamos no decírtelo.

—¿Que pactasteis…? —Hubo un silencio aterrador que le puso a Qadira el corazón en un puño—. No me lo puedo… Yo no… ¿Quién te

has creído que eres para ocultarme la verdad? ¡Es mi familia! *¡Mi familia!* ¿Qué eres tú? ¡Tú no eres nada en comparación! ¡Hace dos meses ni siquiera existías para mí, y hace uno no estabas ni en mis planes!

—Entiendo que estés furiosa —se forzó a aplacarla, usando un tono relativamente conciliador—, y sé que ahora no vas siquiera a plantearte que estuviera haciéndolo por tu bien, pero no es necesario que me ataques por otros flancos que no tienen que…

—¡Claro que es necesario! ¡Ten por seguro que, si mi familia estuviera viva, yo no estaría aquí contigo!

—Pero no lo están. Los mataron a todos —le recordó con sequedad —. ¿Es eso lo que querías que te dijera? Los mataron, Mara. No solo a tu madre, sino a tu hermana y a tu padre. Y a ti también estuvieron a punto de hacerlo. ¿Querías que te lo comentara después de echar un polvo, o mientras te lavabas los dientes, o cuando desayunas, que estás perdida en tus pensamientos?

—¡Que te den! —gritó con todas sus fuerzas. El berrido sobresaltó a Qadira—. ¡No quiero volver a verte en mi puta vida!

Oyó los pasos acelerados de Mara hacia la puerta de entrada.

Qadira había tenido la esperanza de que Valthessar consiguiera apaciguarla, o que el dolor venciera la ira y, aun resentida, Mara acabara dejándose abrazar, pero Leviathan demostraba tener razón una vez más: el deber de Qadira se limitaría a transmitirle a la *anandha* del *rex* la terrible información; el carácter de la susodicha haría el resto.

Ahora, Mara se dirigiría hacia solo la diosa sabía dónde, llena de rabia y sufriendo más allá de lo humanamente soportable. Era justo donde Leviathan la quería para asestar el golpe fatal: sola y desprotegida, vulnerable a lo que quisiera hacer con ella.

Con los hombros hundidos y el corazón impotente, Qadira se dejó caer muy despacio sobre el sillón, perdiendo la mirada en un punto de la pared.

«No la matará», se convenció. «No la matará… No la matará».

Capítulo XXII

Mara arrancó el coche y esperó, meneando la pierna ansiosamente, a que las puertas automáticas de la cochera le cedieran el paso. Tardaban siete segundos en quedar abiertas de par en par, tiempo precioso en el que su huida podría ser impedida, puesto que a Valthessar le bastarían tres de ventaja para evitarlo.

Había numerosos motivos por los que Mara había empezado a odiar la naturaleza sobrenatural de Valthessar, pero, sin duda, su poder físico y su agilidad, superiores a las habilidades de ella, eran dos de los que peor humor la ponían. Sobre todo en esas circunstancias.

No sabía a dónde ir, solo que debía largarse. Ni siquiera se había molestado en subir al dormitorio para calzarse unas zapatillas, tomar una prenda de abrigo que la protegiera de la helada del invierno que estaba al caer y ponerse unos pantalones que cubrieran la piel de gallina de sus piernas desnudas.

El shock solía afectarla de un modo sorprendente. En lugar de paralizarla, la impotencia la impelía a salir huyendo hacia delante, y pobres aquellos que trataran de detenerla.

Una vez Mara tomaba la decisión de marcharse, era irrevocable.

Se limpió las lágrimas a manotazos y pulsó, al azar, los botones del estéreo. Necesitaba que la calmara la voz de alguna locutora de radio. Una radio checa, y una locutora que hablara en un idioma distinto al dichoso lenguaje arcaico con el que se comunicaba con los penitentes, el único en el que podía expresarse apenas se adentró en aquel mundo de seres mágicos.

El deseo de normalidad que llevaba experimentando desde que se mudó con El Séptimo Círculo y comprendió las implicaciones de un cambio de vida semejante se había acentuado con el último descubrimiento. Qadira no podría haber sabido que, en el fondo, Mara estaba buscando una excusa para abandonar el clan. Pero uno debía de tener cuidado con lo que deseaba, porque ahora no solo tenía un pretexto ideal para desmarcarse de la vida de protectora de la humanidad, de «mujer de», sino una razón para traer a su mente las desdichas familiares y llorarlas una vez más.

Como si no lo hubiera hecho suficiente.

Las puertas de la cochera se abrieron al fin. Tal y como Mara había previsto, Valthessar estaba de pie en la rampa de salida con los brazos

extendidos. Como si el cielo no estuviera de acuerdo con su decisión —o, quizá, entendiera mejor que nadie sus sentimientos—, había comenzado a descargar un denso caudal de agua. Bajo la lluvia, la postura de Valthessar y su determinación a impedirle que se moviera hacían de la escena algo aún más dramático. Ya de lejos, su expresión solemne dejaba meridianamente clara la que era su intención, pero, por si acaso, lo advirtió en voz alta:

—Para dejarme, tendrás que pasar por encima de mi cadáver.

Mara bajó la ventanilla sin apartar la vista de él. Con tiento, fue echando peso al acelerador hasta quedar a un solo pisotón del atropello.

—Suerte que, como eres inmortal, no te quedarán más que un par de rasguños si decidiera pasarte por encima —siseó, furiosa.

Valthessar dejó caer los brazos con resignación, pero ni siquiera con actitud de vencido y mojado como un perro callejero perdía el aire de peligrosidad.

Muy en el fondo, Mara esperaba que la convenciera de perdonarlo, de quedarse allí y seguir luchando contra su humanidad, aun cuando aquella vida no era lo que quería. Anhelaba vislumbrar un mínimo remordimiento, quizá recibir la primera disculpa de parte del gran *rex* de El Séptimo Círculo, que jamás había tenido que arrodillarse ante nadie. Pero sabía que Valthessar no lo haría, porque en su rostro destacaba la seguridad de haber obrado correctamente.

—Mara, no seas impulsiva. Baja del coche y entra en la casa. —Inspiró hondo, y, sin tenerlas todas consigo, agregó a regañadientes—: Te concedo plena libertad para insultarme cuanto quieras.

—Siempre he tenido plena libertad para insultarte cuanto quiera —gruñó, indignada—. Si pretendes convencerme de volver a tus brazos, tendrás que ofrecerme algún derecho que no haya explotado hasta la saciedad.

El semblante de Valthessar se tornó sombrío a la par que un relámpago encendía el firmamento. Por un instante solo se oyó el rítmico movimiento de las aspas del parabrisas.

—No tengo que sobornarte ni deshacerme en disculpas. Aunque tú no seas capaz de verlo aún, me reservé esa información porque sabía que no te traería nada bueno.

Mara tuvo que contener el impulso de bajar del coche y volver a abofetearlo.

—Pues diciendo eso demuestras que no me conoces. Tal vez para ti no haya necesidad de reabrir viejas heridas, pero yo siempre elegiré la verdad frente a una mentira piadosa. Ahora, apártate si no quieres que te rompa unos cuantos huesos, y a ver quién te los cura con su sangre cuando yo ya no esté.

—No serás capaz de atropellarme.

Mara rodeó el volante con los dedos crispados.

—Pues, una vez más, pruebas no saber quién soy. Pero tampoco te interesa descubrirlo, ¿verdad? No te hace falta conocerme, ni respetar mis deseos o hacer lo que es mejor para mí para disfrutar de los privilegios de la *anandha*, ¿no es así?

La perplejidad mantuvo a Valthessar en el sitio, que no parecía en condiciones de seguir el ritmo de sus reproches. Estaba empapado hasta los huesos y profundamente cansado. Los penitentes llevaban varias noches haciéndose cargo de un ejército de engendros que ya no solo les triplicaba en número, sino que estaba siendo entrenado para destruirlos.

No por ello Mara se apiadaría de él.

—¿De qué estás hablando ahora?

—¡Hablo de que estoy harta! —gritó a pleno pulmón, dejándolo aún más anonadado—. ¡Y no pongas esa cara de sorprendido, porque llevo desde el día uno con dudas sobre mi futuro y sobre la relación que tengo contigo, si es que puede llamarse así!

—Ah, ¿no puede llamarse así? —Valthessar la lanzó una mirada afilada. Se recompuso enderezando la espalda y recuperó su tono autoritario—. Baja del coche y hablaremos como personas normales. ¿No es eso lo que quieres, lo que hacen los humanos? ¿«Comunicarse asertivamente»? Venga, vamos, dame ese gusto.

Mara ignoró su ironía.

—No vamos a solucionar el problema hablando, Valthessar.

—Como no lo vamos a solucionar es contigo huyendo.

—Ahí te equivocas. Así es justo como lo vamos a solucionar, porque no tiene solución. No quiero esta vida, Valthessar. —Se le quebró la voz, y lo odió porque, mientras se mostrara vulnerable, él encontraría un modo de convencerla para regresar a sus brazos—. No quiero la vida de la superheroína, ni de la *anandha* del *rex*, ni de la protectora del universo, ni quiero estar vinculada a la organización que mató a toda mi familia, ni…

—Entiendo que estés asustada —interrumpió Valthessar, alargando una mano apaciguadora—, pero esa no es excusa para tirarlo todo por la borda, y esta no es una vida que puedas elegir. Es esta vida la que te elige a ti. Tú tienes que limitarte a obedecer.

—Pues ya te habrás dado cuenta de que no soy obediente que se diga. Me voy, Valthessar —anunció con la barbilla alzada, haciendo un hercúleo esfuerzo para contener las lágrimas—. No puedes impedirlo. Nadie puede hacerlo. Y si La Magna decide que, por rebelde, me merezco la horca, pues allí nos veremos.

Valthessar debió caer en la cuenta de que no era un farol, porque dio un paso al frente, rígido como una estalactita, y la miró igual que si hubiera perdido el juicio.

—Pero ¿qué demonios estás diciendo? Mara, la noticia te ha sumido en un shock, y lo comprendo, pero no puedes largarte sin más. No es así como funcionan las cosas, y yo… ¿Y tú y yo? —se arriesgó a preguntar en tono temeroso, buscando sus ojos a través del cristal—. ¿Qué pasa con eso? ¿Es que no estamos bien?

Mara presionó los labios para no romper a llorar. Rara vez había permitido que el *rex* la viera en sus horas bajas. Menos aún dejaría que la supiera vulnerable en el momento de la despedida.

—Ni siquiera me has dicho que me quieres —murmuró sin fuerzas, aunque reprochándole inconscientemente lo que la tenía despechada desde hacía tiempo—. Ya te lo dije antes de que utilizaras la casa de Telč de mi madre como parche para una herida que no dejará de supurar por ciencia infusa. Yo no quiero esta vida de echar polvos mañaneros y despedirte para luchar por las noches, ser la mujer que espera bajo techo las buenas y las malas noticias. Llegué a El Séptimo Círculo como prisionera, y aún lo sigo siendo, aunque me quitaras el collar, porque no puedo ir libremente a donde desee. No puedo ser normal. Y necesito serlo o me volveré loca.

»Así que quítate de la rampa, Valthe. Sabes que no tengo escrúpulos y te pasaré por encima.

Él no respondió enseguida. La escrutó en silencio, buscando un signo de debilidad al que aferrarse para no perder la esperanza, un hilo del que tirar para disuadirla de marcharse, pero la despedida era inminente.

Cuando Valthessar lo supo, la desafió.

—Pues pásame por encima. Adelante.

Mara le sostuvo la mirada con un nudo en la garganta.

Ahí estaba el hombre al que había deseado más allá de la razón apenas posó la vista en él. Según los relatos históricos al respecto y las experiencias de penitentes como Abraxas, era así como se vivía el encuentro entre la *anandha* y el pecador: el segundo caía fulminado, reconociendo al instante a la que sería su debilidad, y la primera a duras penas podía resistirse a su pasión cegadora.

Mara se había dejado cegar, pero era demasiado testaruda como para permitir que el amor truncara su vida. Miraba a Valthessar, sus ojos, que eran un recuerdo del océano, la piel morena de guerrero tallado en bronce, el pelo que se le había pegado a la frente y las mejillas a causa de la lluvia que arreciaba, y Mara sentía que el corazón se le partía.

Porque ella *sí* lo quería, por alguna extraña razón que no acertaba a comprender. Pero no podía ser lo único que quisiera de esa vida inmortal. No podía reducir su existencia a los momentos en los que Valthessar la estrechaba entre sus brazos, porque el resto del día era una tortura insoportable, y no ya por su ausencia, sino por la ausencia

de todo lo que podría llenar el corazón de Mara: su familia, sus amistades, sus aficiones, sus estudios, sus deseos, sus modestos intereses humanos.

Pero eso no lo diría, porque ni Mara era del tipo romántico, ni él era un hombre sensible.

Así pues, supo que la perdonaría —aunque se lo tendría en cuenta, si en un futuro se reencontraban— por pisar el acelerador y poner fin a la duda que flotaba en el aire: ¿se atrevería o no se atrevería a atropellarlo?

Los reflejos de Valthessar actuaron a tiempo para evitar un hueso roto. De una sola zancada, se retiró de la rampa a un extremo y la observó marchar con una mueca de asombro impotente por lo que suponía su estampida.

Traición.

Mara se ahorró una segunda escena desagradable y condujo sin mirar atrás, pensando, con el corazón roto, que ella sí lo conocía a él. Bien podía tener un millón de defectos, como el de dominante, anticuado y testarudo, pero el de victimista no formaba parte de su colección. No habría permitido que Mara lo atropellase, incluso sabiendo, como debería haber sabido, que solo si él estuviera herido de gravedad habría considerado quedarse.

Pero Valthessar era demasiado orgulloso como para dejarse arrollar, y, en el fondo, la comprendía. Mara sabía que la comprendía.

Por eso la había dejado ir.

Capítulo XXIII

No le gustaba conducir los días de lluvia. Nadie lo sabía, como evitaba poner en conocimiento ajeno cualquier debilidad que la hiciera aún más vulnerable por comparación, pero tenía unas cuantas dioptrías en cada ojo, y cuando debía sortear una tempestad como la que arreciaba, no bastaba con entornar la mirada e inclinarse hacia delante para mejorar la visibilidad.

Aun así, Mara estaba tan desconectada de la realidad que no sintió miedo mientras conducía por la autopista. Por el contrario, el trayecto le sirvió para liberar tensiones.

No se dirigía a ninguna parte en específico, pero sospechaba que acabaría donde acababa la mayor parte de las veces: guiando el Jeep a la casa de las afueras de Telč, donde sentía que vivía atrapado el espíritu jovial de su madre.

No así el de su padre o el de Rebecca, pues al haber muerto en un siniestro automovilístico del que apenas pudieron reutilizarse algunas piezas del coche, no se dijera ya los cuerpos desmadejados, sus almas se perdieron en el viento.

Los restos de su familia estaban enterrados en el cementerio de Vyšehrad, pero, para Mara, la casa de Telč era la tumba de su madre.

No era así como le había expresado a Valthessar la importancia de aquellas cuatro paredes, ni por qué tendía a refugiarse entre ellas apenas ocurría la menor inconveniencia. Era consciente de que no la entendería, y, si lo hacía, sería peor, porque se ganaría su compasión.

Compasión… Cuánto la odiaba.

Mara dio un volantazo hacia el desvío que la llevaría a Telč. Quería huir de Valthessar y de El Séptimo Círculo, así que no podría permanecer en la casa familiar por mucho tiempo. Sería el primer destino al que irían a buscarla cuando transcurrieran las veinticuatro horas de gracia que seguramente Valthessar le concedería para aclararse las ideas. Hizo un pacto consigo misma: llegar, abrigarse con alguna de las prendas que aún colgaban de su armario de la infancia y marcharse a algún hotel. Allí pasaría todo el tiempo que necesitara hasta tomar una decisión definitiva.

Aparcó frente a la cochera de la casa y puso el freno de mano, pero no salió del Jeep. Se quedó mirando el movimiento rítmico del parabrisas, que no iba lo bastante rápido para retirar el agua que el cielo descargaba con rabia.

La Magna debía de estar tan furiosa como ella. Apostaba por que le gustaban las mentiras tan poco como a Mara, pero menos aún le agradaría saber que la *anandha* del *rex* se desmarcaba de su puesto.

No era estúpida. Sabía que nada malo podría ocurrirle. Ser el portal de las almas tenía un lado beneficioso, quizá para compensar el estrés psicológico que conllevaba ver morir inocentes, y es que no era su obligación permanecer en La Sociedad o El Séptimo Círculo, como tampoco obedecer a la diosa Magna. Como fuerza al margen de las dos razas, podía optar por desempeñar sus obligaciones en cualquier otra parte, libre, además, de jefes, regentes o el dichoso *rex*.

Tal vez eso fuera lo que necesitaba. Saborear su libertad.

Mara clavó la vista en la casa. No hacía ni dos semanas que habían terminado de restaurar las ventanas, embellecido el jardín delantero y pintado de nuevo la fachada. Se parecía tanto a la vivienda de su infancia que se permitió cerrar los ojos un instante, con las manos apoyadas en los muslos, y fantasear con que ninguna de las últimas desgracias había tenido lugar.

Sabía que, con independencia de que Rebecca hubiera sobrevivido, el destino de Mara habría sido el mismo. En cualquier futuro alternativo, todos los miembros de la familia de Ledah, sin excepción alguna, habrían quedado vinculados a las dos razas protectoras y a La Magna. Rebecca poseyó el don que Mara había heredado, y ya en su adolescencia era una chica que no encajaba en el canon de normalidad. No se sentía ni siquiera humana, y habría sido feliz, además de muy bien recibida, una vez La Sociedad la hubiera reclutado. Como hermana de Rebecca, Mara habría estado al corriente de su decisión de entrar a formar parte de la organización. Tal vez hasta habría asistido a la ceremonia de inclusión, o a su Promesa, si es que algún prefecto la hubiera elegido para heredar su lugar en el Consejo. Quizá en esas ceremonias, Mara hubiese conocido a Valthessar por casualidad. O, a lo mejor, hubiera tropezado con él durante uno de los fieros encontronazos entre seráficos y penitentes que aún se daban cuando Mara formaba parte de La Sociedad. O si Rebecca hubiera perdido la vida a manos de El Séptimo Círculo: entonces, Mara habría entrado en escena buscando venganza, y en esa búsqueda se habría topado inevitablemente con Valthessar.

Todos sus caminos habrían conducido a él, como *anandha* suya que era. Eran caminos sin otro destino posible. Caminos inescrutables que no debían ser puestos en duda, porque La Magna los había elegido así y ella jamás se equivocaba.

Mara odiaba que ese fuera el modo en que funcionaba el amor en aquel mundo, porque su escuela era la del libre albedrío. Si algo la mantuvo cuerda después de las traumáticas pérdidas familiares, fue tener la seguridad de que, de ahí en adelante, podría decidir cómo

sería su vida. Ahora se daba cuenta de que no, de que su destino estaba en manos de un ser superior que se burlaba de ella y de su deseo de libertad.

Mara tomó una gran bocanada de aire, armándose de valor, y salió del coche. El aguacero la empapó enseguida, y los pies descalzos se le embarraron hasta los tobillos en la carrera hacia la puerta de la casa. El flequillo mojado le nubló la visibilidad mientras buscaba la llave de repuesto en el escondrijo de siempre y se restregaba el barro de la planta contra el gemelo contrario para no manchar el recibidor.

Tendría que darse una ducha y luego cambiarse, se dijo, pero sabía perfectamente que no había ido allí para saciar la necesidad de unos vaqueros secos y un par de zapatillas. Estaba en Telč para recorrer cada habitación en busca de pistas que en su día hubieran tratado de advertirla del desastre. Quizá en el dormitorio de su madre hallara alguna carta amenazante del que entonces era regente de La Sociedad, y así podría reconstruir, aunque se autodestruyera en el proceso, una realidad alternativa en la que su madre renunciaba al papel de heroína y se dejaba amedrentar por sus torturadores para proteger a la familia.

Mara no sabía si estaba más furiosa con Ledah de lo que seguía dolida. Quería llorar las lágrimas que llevaba conteniendo todo el trayecto, pero también patear una pared, arrojar al fuego las pertenencias de su madre, su madre traidora; la madre que tal vez hubiera provocado que no solo se quedara huérfana de padres, sino también sin hermana.

Con lo que su hermana significó siempre para ella.

Todavía a veces hablaba en voz alta, fantaseando con que Rebecca podía oírla y darle alguno de sus consejos esotéricos, aquellos de los que Mara tanto se burlaba. «Mi hermana no es normal», decía Mara a sus amistades. A veces, si había discutido con ella el día anterior, en tono burlón; otras, en cambio, lo pregonaba con el pecho henchido de orgullo.

Nunca supo por qué Rebecca era diferente hasta que recibió su don en herencia. Su don, su telescopio, sus cortinas con estrellas estampadas, sus manuales de Astronomía, Astrología y Ciencias Naturales; sus libros de vampiros enamorados de adolescentes, hombres lobo y hadas; su ropa negra, sus mechas postizas de color azul marino, sus sombras de ojos de colores eléctricos, sus calcetines por la rodilla, sus redes de los brazos, sus tejanos rotos, sus vestidos de tul, e incluso sus misteriosos tics, como repetir «tú sabrás» a la mínima de cambio o encoger el hombro con una sonrisa secreta. Heredó asimismo todas sus prendas, que a Mara siempre le quedaron holgadas debido a la extrema delgadez de su hermana. Rebecca era demasiado nerviosa para sentarse a comer, para pararse un instante y solo ser,

limitarse a respirar y a sentir su cuerpo: quemaba toda caloría que ingería pisando fuerte, buscando la próxima aventura o solo perdiéndose en su mundo interior, del que nunca salía ilesa. Todas sus articulaciones estaban más afiladas que un cuchillo, incluso su dulce rostro, que adquiría el aire enfermizo de una de esas vampiresas de película por culpa de las ojeras permanentemente inflamadas de pasar las noches bajo las sábanas, leyendo con una linterna; el mentón y la punta de la nariz finas como una aguja… y los ojos. Los ojos penetrantes de una niña con un pie en La Tierra y el otro en un mundo que solo ella podía alcanzar y, lejos de sentirse distinta, excluida, se enorgullecía de haberse conocido y hacía que quienes la mirasen la envidiaran, desearan ser ella.

Bastaba con mirar a Rebecca a los ojos para saber que era una criatura excepcional, esos ojos de un azul tan nítido y vibrante que hipnotizaban; del azul que Mara siempre había imaginado tiñendo conceptos como la hechicería, la noche de las lunas llenas, la melancolía y el ingenio.

Creía haber superado su muerte, al igual que la de su padre, pero ahora se daba cuenta de que pudo dejarla atrás porque creyó que fue un accidente. Sabiendo ahora que se había tratado de un asesinato premeditado, y que, de algún modo, su madre había sido la culpable, todos los recuerdos volvían de golpe a su cabeza y le nublaban el juicio.

Y no solo estaba furiosa, decepcionada y dolida. Ante todo, Mara estaba terriblemente asustada.

Apenas cerró la puerta de entrada a su espalda, giró la llave y se apoyó contra la superficie para tratar de recobrar el aliento.

Debería alegrarse de no haber corrido la misma suerte que sus familiares, pero el peso de hacer algo útil para honrar a los muertos, para darle sentido a sus pérdidas, era abrumador. Mara solo quería ir al cine las tardes de miércoles, debatir con sus amigos si la depilación con cera era o no mejor que el láser, tropezar de forma casual con un hombre atractivo en la cafetería de siempre, donde ya la conocerían por su nombre y por su gusto por la leche de soja, y que su mayor preocupación fuera ser incapaz de dejar el tabaco.

El nuevo descubrimiento había podido con ella, con la fortaleza de cartón piedra que se había construido, como se construían castillos en el aire, para que nadie se diera cuenta de que en realidad estaba aterrada y, peor aún, deprimida.

Mara abrió los ojos, temblando. El corazón le dio un vuelco al vislumbrar una sombra en el reflejo del cristal de la ventana de enfrente, donde la lluvia repiqueteaba con intensidad. La sombra tenía la forma de silueta humana, y se movía a tal velocidad que Mara no supo cómo reaccionar.

¿Había alguien allí? No era posible.

Buscó con la mirada aún vidriosa algún utensilio que le sirviera para defenderse, notando el bombeo del corazón agolpado en los oídos. Acabó agarrando la lámpara de la mesilla, la favorita de su madre. De esta pendían abalorios color ámbar que creaban un efecto cálido en el ambiente cuando la encendía por las noches.

Dio un paso adelante con cautela, empuñando el arma improvisada y barriendo con la mirada todo cuanto quedaba en su campo de visión, pero había descuidado la espalda, y, cuando quiso darse la vuelta para asegurarse de que nadie la amenazaba por detrás, sintió el dolor agudo de un golpe en la nuca.

Mara soltó la lámpara y se precipitó adelante, aturdida pero no inconsciente. La confusión duró solo un segundo, a diferencia de la punzada del ataque, que se propagó por todo su cuerpo. Tardó en ser consciente de que había un desconocido en la casa, y de que ese mismo desconocido se había propuesto acabar con ella.

Sintió cómo se sentaba a horcajadas sobre su espalda, inmovilizándola boca abajo y contra el suelo, y solo entonces escuchó su voz.

Una voz que le sonaba familiar.

—¿Qué crees que le dolerá más al *rex* Valthessar? —Lo oyó muy cerca de su oído, a la vez que notaba sus manos subiéndole la camiseta mojada y pulsando seductoramente el largo de su espalda—. ¿Que te folle, o que te mate? Yo diría que lo primero. Nunca volvería a estar en paz consigo mismo si te supiera viva pero fuera de su alcance por culpa de esos traumas psicológicos que él, con su mente anticuada, no puede entender.

Mara no se movió. Permaneció con la cabeza disimuladamente alzada, buscando con la mirada inyectada en sangre una escapatoria, un arma; pensando en el mejor modo de quitarse de encima a su agresor.

Por culpa de la conmoción, tardó unos preciosos segundos en ubicar la voz que había escuchado.

Entonces, se le heló la sangre.

Quinto. Leviathan. Una criatura tan poderosa que tenía a La Sociedad y a El Séptimo Círculo con un nudo en la garganta, buscando de forma desesperada un modo de acabar con él… porque parecía que *nada* podía acabar con él.

Mara podría defenderse de un vulgar ladrón, pero vencer a un hechicero quedaba muy lejos de sus posibilidades.

Aunque la alternativa de permanecer inmóvil y dejar que la matara cruzó fugazmente su pensamiento —¿qué tenía que perder?, se preguntó, para responderse de inmediato: el orgullo—, Mara se negó a dejarse vencer y estiró el brazo que Leviathan no había atrapado entre

el muslo y su costado para aferrarse a la pata de la mesilla. Se arrastró con todas sus fuerzas, esperando que eso dejara atrás al agresor si no estaba bien equilibrado, y dobló la rodilla para golpearle el centro de la espalda con el talón.

Aquel débil intento solo le sirvió para enfurecerlo, porque enseguida la agarró de la muñeca y le dobló el brazo a la espalda en un ángulo doloroso. Mara aulló cuando él le clavó las uñas en la nuca y le levantó la cabeza del suelo de un tirón que hizo crujir sus vértebras, pero casi tuvo que agradecer esa distracción, que la hizo menos consciente de que acababa de dislocarle el hombro y luxarle la muñeca.

—Harías bien en dejarte hacer. Te dolerá menos —le sugirió con un ronroneo—. Porque los dos sabemos, cariño, que no tienes ninguna posibilidad real de vencerme.

—No soy de las que se quedan quietas y esperan a que las rescaten —le espetó entre dientes. Apretó la mandíbula para contener un grito de dolor. Empezaba a picarle el cuero cabelludo: Leviathan había agarrado su melena mojada de un puñado.

—Mejor, porque nadie va a venir a por ti. Hay que ver… A tu familia la miró un tuerto, ¿eh, Mara? —Se estremeció al sentir los dedos de Leviathan en el borde de las bragas de algodón. «No», estuvo a punto de rogar. «Cualquier cosa menos eso»—. Rebecca y Ryan tuvieron una muerte más o menos clemente. Un choque. Bum… y fin de la historia. Pero a tu madre la torturaron a base de bien, ¿eh? Aunque no tanto como voy a torturarte yo a ti. Como ves, habéis ido subiendo puestos en la escala del terror. Tú vas a ser la única privilegiada que pasará a los anales de la historia como una mártir, y no dudo que estarás muy agradecida, con el afán de protagonismo que has demostrado tener siempre. —Lo sintió sonreír a su espalda—. De nada, preciosa.

Mara trató de concentrarse en sus últimos recuerdos, en las escasas veces que había visto a los penitentes en el campo de batalla, en los consejos de defensa personal que le habían dado su madre, Valthessar y Dagon, y en la clase magistral que impartió Aladiah, no hacía demasiado tiempo, a raíz de que Darda'il fuera atacada por el regente Raziel.

Recordó la voz serena de Aladiah: «¿Qué harías en esta situación, Darda'il?».

«Eso es», pensó que le diría su tío. «¿Qué harás en esta situación, Mara? Porque vas a hacer algo. Estoy seguro».

No servirían ninguno de los consejos que Aladiah les dio a Samael y a Darda'il aquel día. No estaba frente a su agresor, y no había modo alguno de saber cuál era el flanco descuidado, el punto débil que le serviría para aturdirlo un segundo y salir corriendo.

La respuesta que Darda'il dio en su día la iluminó.

«¿Un cabezazo hacia atrás?».

La cabeza de Mara rebotó contra el suelo en cuanto Leviathan se la soltó para deslizar las bragas por sus piernas. El golpe estuvo a punto de dejarla inconsciente.

No podía lanzar un cabezazo.

Tampoco sabía a qué distancia se encontraba.

La voz de Dagon interrumpió sus turbulentos pensamientos.

«¿Le diste un rodillazo? ¿En los huevos? Eres maravillosa», le había dicho a Darda'il entre risas.

Mara cerró los ojos y se concentró para hacerse una imagen mental de la postura de Leviathan. Este, al saberla laxa y a su merced, le había soltado el brazo —ese no le serviría para nada, dañado como estaba— y volvía a situarse a horcajadas sobre su espalda.

Mara solo tenía una oportunidad para, intuitivamente, provocarle un dolor indescriptible que le aturdiera lo suficiente para escabullirse. Leviathan podía ser un hechicero oscuro, un esbirro del Gran Grimorio y el nuevo general de los engendros del Enclave, pero seguía encerrado en el cuerpo de un sacerdote, y los cuerpos de los sacerdotes tenían la debilidad de los hombres mortales.

Así pues, Mara esperó a que Leviathan se sentara y sonara el tintineo del cinturón del que pretendía deshacerse. Se había decantado por la opción que devastaría a Mara. Como hechicero intuitivo que era, debía de haber leído en su pensamiento que preferiría la muerte a que la profanaran de aquel modo. Mara tuvo que esforzarse por no aullar ni debatirse, y sí aguzar el oído para oír el rumor del vaquero y la ropa interior que, por fuerza mayor, debía deslizar por los muslos para exponer su erección.

Mara trató de apartar el pánico que la hacía hiperventilar y se concentró en las sensaciones, como el roce del vello de los muslos de él a cierta altura de su espalda. Apenas notó el roce del prepucio húmedo sobre el coxis, Mara se incorporó, tensando las lumbares, y alargó el brazo hacia la zona, a tientas y con las falanges agarrotadas.

Hundió las uñas con saña en la bolsa de los testículos, como si quisiera tocarse las puntas de los dedos. Supo que había dado justo en el clavo cuando Leviathan lanzó un aullido y culebreó sobre ella. Mara apretó hasta que el sollozo de Leviathan se convirtió en un rugido animal y cayó de costado como peso muerto.

Rodó por la alfombra hacia el lado opuesto y se puso en pie a trompicones, abrazándose el hombro dislocado. Desnuda pero demasiado aterrada para avergonzarse, corrió hacia la puerta como alma que llevaba el diablo. Los segundos que tardó en quitar los cerrojos y girar la llave fueron los que Leviathan tardó en agarrarla del pelo, darle la vuelta y noquearla contra la pared de un furioso

puñetazo en la cara.

El intenso dolor en el tabique nasal trajo a sus ojos lágrimas de impotencia, y también un mareo que hizo que le temblaran las piernas. No así las manos, que apoyó contra la puerta para no perder el equilibrio y con las que palpó la superficie en busca de las llaves.

Eso era todo lo que había en su pensamiento.

Las llaves. Las llaves. Las llaves. Junto con el espray de pimienta, era la herramienta de defensa básica contra los acosadores callejeros.

—Te debes creer muy lista —oyó que le decía. No pudo enfocar la vista para verle bien la cara, pero no lo necesitaba. No quería que su rostro la persiguiera en sus pesadillas—. Harías bien en tener en cuenta que podría matarte pronunciando dos simples palabras.

—¿Y por qué no lo haces? —Lo encaró echando la cabeza hacia delante y apoyándose contra la cerradura, de modo que no viera que trataba de sacar las llaves—. ¿Qué te lo impide?

—El respeto hacia lo que eres, y no me refiero a la puta del *rex*, sino al portal de las almas. Qué bonito suena, ¿no te parece? «Portal de las almas».

—El título es más bonito que las actividades que desempeño, te lo aseguro. No es un trabajo al que me hubiera inscrito por placer. De todos modos —prosiguió con voz nasal, ahogándose en la sangre que supuraban sus fosas nasales—, ¿qué respeto puedes tener tú por una ocultista más, sea portal o no? ¿Acaso pretendes reclutarme?

Un brillo ambicioso cruzó los ojos verdes de Leviathan.

Mara recordaba haber pensado que Quinto parecía inofensivo, un sacerdote fiable y sereno, en comparación con la actitud soberbia de su compañero, Noveno. Ahora que quedaba a la vista su verdadera cara, se daba cuenta de que siempre había habido algo inquietante en él.

—¿Acaso te interesa que Mi Señor te reclute?

—¿Tan impensable sería?

—En absoluto. No has tardado ni cinco segundos en huir de tu queridísimo Valthessar. Valthe, lo llamas tú, ¿no es así? Sé muchas cosas de ti, Mara. —Leviathan sonrió, mostrando unos dientes alineados—. Sé que eres infeliz con El Séptimo Círculo, que La Sociedad acabó con toda tu familia, que no deseas ser la esposa florero del mandamás ni someterte a los caprichosos deseos de La Magna.

Con cuidado de que no emitiera el menor sonido, y procurando tener a Leviathan hipnotizado con su expresión pensativa —o con la visión de su cuerpo desnudo—, Mara extrajo las llaves de la cerradura.

No tuvo que fingir que le tentara la propuesta. Aun sintiendo el estómago revuelto por el desprecio hacia aquel miserable, sangrando por la nariz y el labio y temblando de miedo, no pudo evitar sentirse

atraída por la alternativa, aunque fuera un segundo.

Era cierto que no quería ser la esposa florero del mandamás, que admiraba a La Magna, pero no deseaba servirla con abnegación, y no había verdad más dolorosa que esa: La Sociedad había acabado con toda su familia. *La antigua Sociedad*, la que todavía no gobernaba Aladiah, pero ¿acaso el actual regente no le había ocultado la naturaleza del asesinato de su padre y de Rebecca? Tampoco podía confiar en él.

Mara sentía que no podría volver a mirar a la cara a ninguno de sus seres queridos. Estaba sola en el mundo. Pero todavía no había alcanzado el suficiente grado de desesperación como para aliarse con el Gran Grimorio.

Aun así, fingió que la propuesta la seducía.

—¿Qué puede ofrecerme tu amo que no pueda darme La Magna?

—Todo. Más poder del que podrás ostentar en una vida inmortal. Gloria eterna.

—¿Podría devolverme lo que me ha sido arrebatado?

—Podría —le aseguró Leviathan, mirándola con fijeza.

La seguridad con la que había contestado desarmó a Mara. La cabeza le jugó una mala pasada y se imaginó, en aquella misma casa, jugando con sus padres y con Rebecca a las cartas. Retonaría su clásica noche de jueves de continental, su madre fumando reposadamente, su padre regañándola con cariño por sus dichosos vicios, y Rebecca y ella apostando el dinero de los zapatos con los que ambas se habían encaprichado. La última apuesta fueron unas botas de motorista con tachuelas plateadas. Mara nunca pudo estrenarlas, a pesar de que Rebecca murió el mismo día que las compró, victoriosa, y le tocaron en herencia. Permanecían aún entonces en su caja, esperando que las lucieran.

Si existía la posibilidad de reunirse de nuevo con ellos en torno a una mesa el día de Navidad, incluso de abrazarlos por una sola vez, ¿por qué no aceptarla? ¿Por qué no unirse al Gran Grimorio?

Mara aflojó la mano con la que agarraba las llaves.

Si el Gran Grimorio era capaz de devolver la esperanza a los vivos, lo que tanto habían amado y, sin embargo, habían perdido a manos del enemigo, ¿era de veras el villano de la historia? ¿No lo sería La Magna, que era quien, con su infinita lista de normas de comportamiento, de rezos obligatorios, impedía o truncaba la felicidad de sus seguidores?

—Veo que te ha tentado —murmuró Leviathan, sonriendo con orgullo.

Mara asintió en silencio, pero, conforme lo hizo, en su mente apareció el rostro de Valthessar.

Sí, era cierto que hacía dos meses no lo conocía; que hacía uno aún

dudaba que hubiera un lugar para él en su vida. Pero le bastó un solo segundo, el instante en que sus miradas se cruzaron, para saber que no volvería a ser la misma. Esa mañana, entró al salón de audiencias siendo una joven Mara, una Mara con objetivos ocultos, y, en cuanto lo tuvo delante y supo su nombre, se convirtió en una Mara con las rodillas gelatinosas y el corazón en llamas. Así había seguido sintiéndose, vulnerable y también puro fuego, hasta el día presente. Así sería hasta que su vida llegara a su fin, porque cada mañana, tarde o noche que pasaba con él, por breve que fuera o por acaloradas que fueran las discusiones, Mara sentía que lo quería un poco más.

—Me ha tentado… —reconoció en voz alta, y le sonrió—, porque tienes mucha razón en lo que dices. Parece que me conoces mejor que el propio Valthessar. Pero por más que lo odie ahora mismo, y por insoportable que se ponga a veces, y, sobre todo, por mucho que me avergüence admitir esto como mujer independiente que soy, jamás haría nada que me resulte tentador si eso le infligiera daño alguno.

Leviathan abrió la boca para contestar, pero Mara lo calló empuñando la llave con fuerza y clavándosela en el lateral del cuello, ahí donde latía la aorta. Este puso los ojos como platos y retrocedió dos pasos, y aunque a Mara le habría gustado asegurarse de que no manchaba la alfombra y se largaba de la casa de sus padres, de *su* casa, se dio la vuelta y echó a correr hacia el coche. En la carrera resbaló con el barro que se había formado en el caminillo de piedras, se torció el tobillo y cayó de bruces con las manos por delante. Al echar todo el peso en la muñeca que no le dolía, provocó que esta también crujiera y tuviese que levantarse sin ayuda de nada más que las piernas temblorosas.

Siguió corriendo, renqueante, y se montó en el Jeep, evitando mirarse en el retrovisor. Agradeció con lágrimas en los ojos que las llaves estuvieran en el contacto.

Arrancaba el motor cuando Leviathan apenas se recomponía en la entrada de la vivienda, y pisaba el acelerador hasta superar por mucho la velocidad máxima al tiempo que Leviathan salía de la casa.

Era tarde para alcanzarla.

Mara temblaba tanto y le dolían las muñecas de tal modo que habría agradecido una opción de piloto automático. No le quedó otro remedio que conducir sin pensar en las intensas punzadas en el hombro, en que nada la cubría salvo una espesa capa de barro y en que la sangre, agolpada en su nariz, empezaba a impedirle respirar.

Se concentró en llegar a la ciudad de Praga y encontrar un lugar donde ponerse a salvo, porque por encima de su cadáver llamaría a Valthessar y le diría que había resultado tener razón: que, en efecto, eran numerosos los peligros que la acechaban, y que lo necesitaba a su lado.

Capítulo XXIV

Aprovechando que El Séptimo Círculo se había diseminado por la ciudad de Praga y alrededores en busca de Mara, Qadira tomó asiento en el salón, donde aún no había tenido oportunidad de pasar el rato, y dejó ir un suspiro entrecortado.

No había estado preparada para atestiguar la locura que se adueñaría del *rex* al saber desaparecida a su *anandha*. Le había dado veinticuatro horas para regresar a la casa más tranquila tras la discusión, pero no había rastro de Mara. Ni siquiera un mensaje.

El regente Aladiah tampoco tenía noticias de ella.

Qadira debería de estar celebrando la victoria de su bando. El *rex* había decidido ignorar sus deberes de penitente y pasar la noche peinando el perímetro de Praga, a riesgo de que los engendros de las inmediaciones se hicieran con carne fresca para aumentar sus filas. Por supuesto, incluso conmocionado por los acontecimientos, Valthessar había sabido mantener la cabeza fría y pedirle a los seráficos, como favor puntual, que cubrieran la guardia nocturna. Pero los seráficos, aunque habían aceptado, no tenían las habilidades necesarias para vencer cuando las sombras ocupaban del campo de batalla.

La situación era crítica, y eso le daría a Leviathan, a Metraton y al resto de cabecillas del Enclave la oportunidad perfecta para aventajarlos en la lucha final, la que sin duda era una maravillosa noticia para el equipo hasta entonces perdedor.

Y, sin embargo, ¿dónde estaba Mara? ¿Qué le habría hecho Leviathan? Antes de actuar, Qadira supuso que el *rex* perdería los papeles al saber a su mujer en peligro, pero no habría imaginado el alcance de su devastación. No podía dejar de pensar en sus ojos inyectados en sangre, en las profundas ojeras, en el físico desmejorado que su ausencia le había dejado tras un solo día de distancia.

Leviathan no se veía afectado en lo absoluto por la separación con Qadira. De hecho, parecía crecerse y aumentar su poder conforme más se alejaban.

¿Por qué? ¿Por qué para ella era diferente, si ostentaba el mismo título?

Era irrisorio utilizar las características de su relación como norma general de lo que una *anandha* y su penitente sufrían cuando no existía la posibilidad de estar juntos. Hacía tiempo que sabía, aunque

no quisiera abrir los ojos a una realidad tan descorazonadora, que Leviathan y ella no disfrutaban del vínculo amoroso que determinaba los romances sobrenaturales.

Creyendo que estaba sola, Qadira se deshizo del pañuelo y del cuello vuelto que cubría las marcas de violencia en el cuello. Se quitó los guantes de cuero y se remangó el *body* hasta los codos, dejando a la vista las articulaciones amoratadas.

Solía evitar su contemplación para ahuyentar pensamientos intrusivos, como que debía huir, anteponer su bienestar al de Evra, quien probablemente llevaría años muerto, o peor: ni siquiera sabría o le importaría un ardite la existencia de Qadira. Pero esa noche, tensa de impotencia por lo que había tenido que hacer la tarde anterior, se obligó a ser consciente de su debilidad y de su sufrimiento. Cargar con la culpa era su castigo por haber antepuesto el bienestar de una criatura que la despreciaba, como lo era Leviathan, al futuro de la humanidad.

Qadira se presionó las heridas con la mandíbula apretada, rabiosa consigo misma. Si ella hubiera escapado de las garras de Leviathan como Mara había demostrado que era capaz de abandonar a su pareja, dándole esquinazo a Valthessar sin mirar atrás siquiera, su supuesto hombre la habría torturado hasta hacerle desear la muerte. Solía decirse que eso era lo que ocurría en todas las relaciones entre *anandha* y el penitente, que las primeras les debían un respeto reverencial a los segundos, pero Valthessar había dejado marchar a Mara. No la persiguió, y ni se planteó encerrarla. Incluso había respetado su deseo de soledad dándole veinticuatro horas para digerir la información, para luego contactarla con tiento. Fue ante la falta de dicho contacto cuando empezó a inquietarse, porque, en palabras del *rex*, «Mara no sabía estar calladita», por lo que su silencio solo podía entrañar misteriosos peligros.

En definitiva, Valthessar no la había amarrado por el cuello después de la primera bofetada que ella le propinó, ni la arrastró por la melena por haber intentado marcharse, ni la abofeteó hasta que no le quedara aire en los pulmones. No le dijo que, sin él, ella no valía nada, ni la amenazó con que, si se atrevía a abandonarlo de nuevo, la buscaría por cielo y tierra y le procuraría tal sufrimiento que acabaría rogándole que la matara.

Qadira cerró los ojos.

Una lágrima de culpabilidad fue todo cuanto se permitió derramar.

«Tú no eres la víctima», se recriminó. «No tienes derecho a llorar».

—Vaya, ¿tú también estás aquí? —inquirió una voz a su espalda.

Qadira se sobresaltó. Se apresuró a palpar el *chaise longue* en busca de los guantes y el pañuelo, pero los ojos vidriosos le impidieron localizarlo a tiempo. Cuando hubo alzado la vista, temerosa por si no

lograba cubrirse, se topó con la expresión horrorizada de Dagon.

Aunque se notaba que trataba controlar sus emociones, estas se desbordaron de sus ojos ambarinos y dotaron de una inflexión severa a su voz casi siempre cantarina.

—¿Quién te ha hecho eso? —Prácticamente lo rugió, inmóvil ante ella como lo que era, un guerrero invencible. Al ver que no contestaba, demandó la explicación pronunciando su nombre—: Responde, Qadira.

Ella sacudió la cabeza y le arrebató los guantes, que, en algún momento, Dagon había rescatado de la mesa o de dondequiera que los hubiera dejado.

—Nadie. Es… Esto que ves es… —Intentó cubrirse las muñecas, pero la torpeza se había adueñado de sus débiles manos. El tartamudeo no ayudaba a reforzar la coartada—. En mi cultura existía la… Quizá hayas oído hablar de la autoflagelación. Es… es un método con el que se demuestra la fe inquebrantable hacia la diosa y se ejercita la tolerancia al dolor para…

—Y una mierda —espetó él, acuclillándose ante ella.

Con el semblante adusto parecía otro hombre.

Recorrió con la mirada las marcas del cuello, que Qadira ni siquiera sabía de qué color estarían a esas alturas. La preocupación de Dagon acentuó su necesidad de llorar, e incluso avivó un deseo que había tratado de ocultar durante años: el de ser consolada.

—¿Quién ha sido? —preguntó con voz queda. Había tomado su brazo entre los dedos con una delicadeza conmovedora. Valoraba las heridas con el aliento entrecortado—. ¿Lo ha hecho alguno de los penitentes?

—¡No! No, no, no… Te estoy diciendo la verdad. —Le suplicó con la mirada que le creyera, y tuvo que ser lo bastante convincente, porque él suavizó la expresión—. Fuiste un empíreo, sabes que la autoflagelación era una práctica frecuente en el Autem.

—Era una práctica frecuente en los tiempos de Valthessar, cuando los hititas aún trataban de dominar Egipto —especificó Dagon, receloso.

Qadira se armó de valor y clavó en él una mirada hostil.

—No insistas, por favor. —Aunque lo pidió, su tono era inflexible —. Te he dicho que nadie me ha hecho daño. ¿Quién iba a hacerme daño, para empezar? ¿Acaso no me has visto en acción?

Dagon aún tardó unos segundos en ceder a su exigencia. La estaba mirando con una mezcla de congoja e impotencia, sentimientos que Qadira no era proclive a provocar. Solía decirse que deleznaría cualquier signo de compasión, en parte porque la obligaría a ser consciente de su desgracia, pero la mirada de Dagon hizo que quisiera consolarse entre sus brazos.

Como si eso fuera posible. Como si estuviera dispuestos a abrírselos después de lo que había hecho: alejar a Mara de la casa para que Leviathan pudiera darle caza.

Los humanos decían que en la guerra todo valía, y Qadira había tomado aquel proverbio como suyo porque era el estandarte bajo el que Leviathan actuaba. Sin embargo, al fijarse en los ojos dulces de Dagon, en su sedosa melena caoba y la barba que le marcaba la mandíbula masculina, pensó que la paz era terriblemente irresistible, y se arrepintió más aún de no haberlo besado cuando pudo, aunque hubiera sido para contagiarse de su irresistible alegría.

Fue ella quien rompió el silencio tras unos instantes.

—Pensaba que estaba sola.

—Eso es evidente —contestó Dagon sin entonación, incorporándose con lentitud.

No la miraba.

—¿Por qué no has ido a buscar a Mara con los demás?

—Siempre debe quedarse alguien por aquí, y el *rex* no pierde la esperanza de que regrese por su propio pie. Le ha parecido que yo, siendo su amigo, soy el más indicado para recibirla con los brazos abiertos. No tardarán en regresar, por cierto —agregó, dándose la vuelta.

Sus ojos seguían clavados en las marcas de violencia. Qadira casi oyó lo que se cuidó de añadir: «Te lo advierto por si quieres cubrirte. A lo mejor ellos no respetan tu secretismo como sí lo haré yo… y porque no me queda otro maldito remedio».

Oyó en su cabeza con tal claridad los que podrían ser los pensamientos de Dagon, intuidos tan solo a raíz de su expresión, que se quedó petrificada.

¿Cómo era posible? No lo conocía tan bien.

—Gra… Gracias.

Mientras se cubría las manos con los guantes, siguió con la mirada a Dagon, que suspiró de forma imperceptible y meneó la cabeza en su trayecto hacia la cocina americana.

—Había bajado a prepararle una tila a Valthessar —explicó, tratando de modular el tono para hacerle saber que estaba olvidado. Pero no lo estaba. La tensión de su espalda, a la vista gracias a su semidesnudez, lo delataba—. Probablemente me la tire a la cara en cuanto vuelva, pero creo que es mi deber hacer todo lo posible para que se tranquilice, surta efecto o no. ¿Quieres una tú también?

Debería haberse negado en rotundo. Después de haber estado a punto de besarlo hacía apenas cuarenta y ocho horas, a Qadira le convenía poner distancia entre los dos. Pero se dijo que Leviathan estaría más que de acuerdo con que lo entretuviera para hacerle olvidar la visión de sus heridas.

Sobre todo porque, tras su contemplación, se había dejado en evidencia. Si aún no sospechaba de ella, comenzaría a hacerlo a partir de ese momento.

Qadira se levantó con sigilo y lo siguió hacia la cocina sin contestar. Él se había dado la vuelta y preparaba la tetera sobre la hornilla con la soltura de quien lo tenía por costumbre. Como le habían encomendado la tarea de guarecer la casa, apenas llevaba un pantalón de pijama de franela, salpicado de garabatos infantiles que evocaban soles sonrientes, lunas con labios escarlata y nubes esponjosas. Se había recogido la melena en un moño deshecho.

Más allá de la rigidez que se había apoderado de su cuerpo, fuera por lo acontecido o por la desaparición de Mara, exudaba comodidad por los poros. Qadira se preguntó con vaguedad, sin querer ahondar en la cuestión, si alguna vez ella se sentiría como en casa en algún lugar, tan a gusto como lo estaba Dagon en cualquiera que fuera el contexto.

¿Cómo no iba a sentirse bien, si no tenía nada que temer, nada que ocultar?, ¿si se conducía por la vida con la verdad por delante y, siendo tan generoso como era, no tendría pecados que expiar? La Magna solía decir que la casa de una criatura era el propio cuerpo; que uno jamás estaría en paz mientras llevara consigo una carga. Así pues, Qadira sospechaba que nunca encontraría la tranquilidad de un hogar, porque allá donde fuera arrastraría el dolor y el desprecio hacia sí misma, sentimientos que Dagon no habría experimentado en sus años de servicio.

Él echó una ojeada por encima del hombro con aparente desinterés, solo para cerciorarse de que ella había tomado asiento en la mesa de la cocina. Salvo por un primoroso frutero, el sencillo mantel que vestía la superficie y el móvil que reposaba junto a las naranjas —suponía que el de Dagon—, estaba desnuda.

Qadira no quería mirarlo, mojigata como era en cuestiones de la carne y con hombres que no eran el suyo, pero no pudo no percatarse de que era mucho más grande de lo que parecía.

—Pensaba que los penitentes no teníais derecho a recibir luz solar, por eso de que el astro rey es una de las numerosas representaciones de La Magna y os quedaba vetado como parte del castigo. Tú estás bronceado —comentó, haciendo un esfuerzo hercúleo por fingir normalidad.

Se veía en la urgente obligación de demostrarle que todo estaba bien, y no para reforzar su coartada, sino para relajarlo. No soportaba la idea de haberlo contrariado, y era obvio que su dolor le había afectado. Eso, aunque quizá en otro momento la hubiera llenado de júbilo, pues significaba que al fin su integridad le importaba a alguien, acentuó el deseo de romper a llorar.

¿Por qué le preocupaba a él y no a Leviathan? ¿Qué clase de broma macabra del destino le había reservado La Magna al enviarla a La Tierra?

—Yo sí puedo tomar el sol.

Su parquedad hizo que se temiera lo peor. Estaba furioso, y no se le daba bien disimularlo.

Dagon se dio la vuelta, una vez hubo colocado la tetera sobre el fuego, y apoyó las manos en la encimera. La miró directamente a los ojos.

—Supongo que Su Santidad opinaba que estaría excediéndose en su castigo si no pudiera mirar el sol y tampoco a la mujer que habría de salvarme. Pensaba que te diste cuenta de mi moreno cuando nos pusimos a disparar a plena luz del día y no salí achicharrado.

Pero no lo hizo, porque su esencia lo llenaba todo y no podía ser consciente de nada que no fuera él, ni del frío, ni del calor, ni del sufrimiento, igual que apenas se había percatado de que estaba desnudo de cintura para arriba, en parte porque los tatuajes le cubrían el cuerpo entero, creando la equívoca sensación de que vestía una camisa de colores e intrincadas figuras.

En el centro del vientre, justo encima del ombligo, destacaba la marca de la penitencia: el tatuaje de la daga que atravesaba la calavera, envuelta por la serpiente del pecado original, que La Magna había rescatado de la tradición cristiana por mero gusto personal. Dagon se había tomado la libertad de tatuar rosas escarlatas alrededor de la marca del escarnio. Así, un diseño tétrico que debía impresionar por su fiereza, se convertía en una expresión de fuerza, fragilidad y belleza.

—Lamento que te afecte tanto el castigo magnánimo —murmuró Qadira, jugando con el extremo del guante opuesto para ocupar sus manos con algo—. Espero que al menos disfrutaras del amor mientras fuiste humano.

Lo último que vio de Dagon antes de que se girara para retirar la tetera, que empezaba a silbar como una locomotora, fue una sonrisa amarga despuntando en sus labios. Inevitablemente, Qadira posó la vista en los dos hoyuelos que se dibujaban a la altura del hueso sacro, en los rizos sueltos que le acariciaban la nuca más pálida, en los hombros que desembocaban en una cintura estrecha.

El relampagueo de la pantalla del móvil fue lo que le permitió apartar la vista y concentrarla en el nombre que acababa de aparecer.

Mara.

Con disimulo, Qadira se incorporó hacia delante y, aprovechando que él estaba trajinando de espaldas, leyó el mensaje que le había enviado.

Por favor, necesito tu ayuda.

Había adjuntado su ubicación en tiempo real. Pero esos mensajes llevaban esperando que Dagon les prestara atención dos horas, según indicaban los números al margen.

El último mensaje, de hacía solo unos segundos, rezaba un ruego:

¿Dagon? ¿Por qué no respondes?

El alivio inundó a Qadira al saber que Mara seguía viva. No tenía la menor idea de qué era lo que Leviathan tenía reservado para la *anandha* del *rex*, pero Qadira supuso desde el principio que no sería nada agradable. Aun así, había querido confiar en la piedad de Leviathan y creer que no la mataría a sangre fría.

No lo había hecho, pero quizá hubiera llevado a cabo una agresión peor.

Qadira abrió la boca para anunciarle a Dagon el contenido del mensaje, pero ni una palabra salió de sus labios. Se desinfló como un globo al recordar las amenazas de Leviathan, y, como si aún lo tuviera delante, ejerciendo presión contra su cuello, los moretones de las articulaciones y de la garganta le quemaron en una especie de recordatorio siniestro de a quién debía lealtad.

Qadira se llevó las manos a la zona, petrificada por el pánico.

Guiada por una fuerza superior a la suya y que la dejaba a merced de los deseos de otros, alargó la mano y borró el pedido de auxilio de Mara. Dagon era tan ingenuo que no había protegido la memoria del *smartphone* con una contraseña, y, aunque la hubiera tenido, Qadira, aterrada por las consecuencias de contravenir a Leviathan, la habría averiguado.

«Lo siento», pensó, abrazándose los hombros. «Lo siento muchísimo».

Capítulo XXV

—Me temo que estaba demasiado ocupado siendo un fiel soldado estadounidense como para buscarme una novia seria.

La voz de Dagon la devolvió a la realidad. Alzó la vista, temiendo que hubiera visto el mensaje, y se obligó a recuperar la compostura, enderezándose en el asiento y procurando sonar desenfadada —o, al menos, no tan atribulada como se sentía— al murmurar, más para sí misma:

—Así que eras soldado ya en aquel entonces. No sé por qué pensaba que eras un empíreo sanador, o de una facción distinta a los marciales. Como dijiste que habrías deseado ser algo diferente a un guerrero…

—No es que quitarles la vida a los nazis fuera mi sueño… —contestó, moviéndose por la cocina con naturalidad. Su tono neutro le ponía el vello de punta. ¿Dónde estaba su alegría? Qadira sentía que la necesitaba para respirar, sobre todo después de haber dejado a Mara a su suerte.

«La encontrarán», se dijo. «Valthessar la encontrará».

—… pero era lo que había que hacer en los cuarenta. Yo tenía veinticinco años y en aquel entonces se vendía el alistamiento militar como una forma de traer honor a tu familia, de darle sentido a tu vida, y yo fui un imbécil y seguí a mis amistades en busca de la honra y el título de héroe, creyendo que pasaría a la historia.

—Lo hiciste —le recordó. Qadira pestañeó varias veces, desesperada por concentrarse en la conversación y no en los miembros ateridos por el miedo—. Fuiste reclutado por La Magna.

—Yo no llamaría a eso «pasar a la historia», sino, más bien, pasar a otro estado. Mi nombre humano no está en los libros, y no es que a día de hoy sea nada parecido al hombre que fui.

—¿En aquel entonces no eras… —Hizo una pausa para valorar la palabra indicada— diferente?

—Era como todos los demás. Solo me importaba salir a tomarme unas copas, conocer a mujeres guapas y que los Aliados ganaran la guerra. Me burlaba de los gais con mis compañeros de la milicia, silbaba a las mujeres y las seguía por la calle si me interesaban y más de una vez le alcé la voz a mi madre o me peleé a puñetazos con mi padre… —Apoyó las manos sobre la encimera, aún de espaldas, y alzó la mirada al techo—. Hace tanto tiempo de eso que se siente como las

escenas de una película que vi a punto de caer rendido al sueño. Pero, como ves —prosiguió, sacudiéndose la melancolía del tono—, he aprovechado mi inmortalidad para vivir todas las vidas que me ha apetecido; para romper mi propio molde y evolucionar. Sin duda, me quedo con la ideología del siglo XXI y con el Dagon de hoy. Como el Dagon de antes ya había energúmenos a patadas.

—No te llamabas Dagon entonces, ¿verdad?

Se oyó el gorgoteo del agua caliente sobre las tazas cuando Dagon vertió la tetera.

—Me llamaba Stanley Clark, de los Clark de Allston, el barrio de Boston, aunque siempre me dijeron Stan —especificó, ladeando la cabeza, aún sin mirarla—, pero ya sabes que no tengo derecho a que me llamen por mi nombre humano. Renuncié a él, igual que al de empíreo.

»Tampoco es que eso lo eche de menos. "Stanley" es feo de cojones. Hubiera preferido Adam, o uno de esos nombres retorcidos que les ponían los pijos a sus niñitos, como Bainbridge o Bartholomew.

Qadira se estremeció al oír su voz apagada. Bromeaba, pero en todo momento carente de emoción.

—Cuando hablas así, me pregunto si la impresión que tengo de ti no es un espejismo.

Dagon la miró por encima del hombro, inexpresivo.

—Dime qué impresión tienes de mí y te diré si estás equivocada.

—Bueno, tú… Pareces tan feliz siempre, tan satisfecho con tu vida…

Un atisbo de sonrisa emitió un destello blanco entre la barba incipiente.

—Soy feliz por convicción, no porque no pueda evitarlo.

—¿No es así en todos los casos?

—No lo sé. Es una definición muy personal. Pero yo creo que la felicidad debería ser un defecto congénito, una sensación arraigada a uno mismo. Como en mi caso no puede ser así, la he convertido en un principio de vida.

Dagon se aproximó a la mesa con una taza en cada mano. Depositó una ante ella y tomó asiento enfrente a desgana, como si fuera la última persona con la que le apetecía estar.

Se sostuvieron la mirada durante unos instantes, ambos en completo silencio. No fue hasta que atisbó el fondo de preocupación en sus ojos que Qadira comprendió que estaba malhumorado. No solo hablaba de él para ignorar el previo momento de tensión, sino para alejar los temores de dónde estaría su amiga.

—Entonces eres bueno —reconoció Qadira con un hilo de voz, rodeando la taza con las manos—. Bueno de corazón. Nunca has matado por deseo, no tienes otra ambición que ser dueño de tus actos,

y permaneces aquí, pese a que tu castigo será eterno, por amor y lealtad a tus compañeros.

—Por eso La Magna me reclutó, supongo. Porque le parezco lo bastante bueno, aparte de porque, gracias a mí, los alemanes mordieron el polvo. —Encogió un hombro, como si no fuera un motivo de orgullo—. Di mi vida por un personaje que en aquel entonces no me pareció importante, pero que resultó ser una pieza clave para firmar el Tratado de París de 1947.

—¿Y cómo es posible que la diosa te mandara al exilio, si evitaste que continuara uno de los mayores horrores de la historia? Que fueras rebelde, maleducado o más travieso de la cuenta en tu juventud, mientras fuiste humano, sigue sin hacerte un pecador.

Dagon inclinó la cabeza hacia delante. Cerró los ojos y permitió que el vapor que despedía la tila le humedeciera las mejillas. Luego sonrió de lado, burlándose de sí mismo.

—A veces siento que La Magna me castiga por haber desaprovechado mi humanidad, y no por lo que quiera que le molestase tanto de mí.

Aquel comentario, pronunciado con un cinismo impropio de él, despertó la curiosidad de Qadira.

—¿«Lo que quiera que le moleste tanto de mí»? ¿Acaso no sabes por qué te desterró?

Apoyó el codo sobre la mesa en una postura informal y acercó la taza a los labios para sorber sin emitir sonido.

—Tengo una ligera sospecha, pero nunca me lo ha dicho abiertamente, y yo tampoco le he preguntado.

Qadira parpadeó una sola vez.

—¿Qué? ¿Por qué motivo?

Dagon la miró, desnudo de pretensiones, con una franqueza que la abrumó. Por un instante, Qadira pensó que podría leer no solo sus pensamientos, sino ver a través de él, tal era su transparencia.

—No querría que interpretara mi pregunta como una admisión de culpabilidad. Si me desterró por lo que creo que fue, no me arrepiento de mis actos, como no me arrepentí entonces y tampoco lo haré en el futuro.

Qadira jadeó con incredulidad.

—¿Cómo puedes decir algo así? ¡Estamos hablando de un castigo eterno! —exclamó, sin ser consciente de su propia impotencia—. ¡No es asunto menor! ¡Por supuesto que deberías arrepentirte, sobre todo cuando deseas tanto una segunda oportunidad!

Dagon enarcó las cejas, sorprendido por su arranque de rabia. Afortunadamente, no hizo comentarios al respecto.

—Me extrañaría que La Magna cambiara de parecer incluso si me arrodillara ante Ella. Es inconmovible, sobre todo con los penitentes, y

más todavía con aquellos a los que desprecia tanto como a mí. Puede que no matara a quien no debía, que no le llevara la contraria o no confraternizara con el enemigo, pero insinué que mis códigos morales eran superiores a los suyos al actuar conforme a estos y me burlé de su elevada inteligencia. No me disculparía ni si me inmolara ante Ella.

Qadira esperaba que rompiera a reír o cambiara el tono por uno jocoso, como hacía para aclarar que bromeaba, pero aquel tema era su talón de Aquiles.

—¿Y no intentarías dar su brazo a torcer, ni siquiera para ser libre?

Hubo un breve silencio. Qadira creyó que lo vería vacilar, pero solo se tomó un segundo para sorber la tila y tragar despacio. Luego posó en ella la mirada de un hombre que no permitiría que le dijeran que estaba equivocado.

—Lo que considero que está bien vale mucho más que mi libertad.

—¿Qué es lo que hiciste?

Sacudió la cabeza, reivindicando su silencio.

—Como ya te he dicho, temo que solo pronunciarlo sea interpretado como una admisión de culpabilidad. Nunca se lo he revelado a nadie, ni siquiera a La Magna, pero supongo que Ella, que todo lo sabe y todo lo ve, no necesitaba una confesión para desterrarme. Lo que sí puedo decirte —agregó, posando la vista en el borde de la taza. La rodeó con las manos— es que hice lo correcto. Si Su Santidad no está de acuerdo conmigo, es una lástima, pero no estoy dispuesto a dejarme doblegar por algo que no lamento. Quizá mi sentido de la justicia esté anticuado o no case con el de La Magna, pero es el mío. No me lo puede quitar, porque a nadie se le puede arrebatar lo que es y lo que siente.

—Eso es cuestionable —murmuró Qadira. Creyó que solo lo había pensado, pero al ver la expectación en los ojos de Dagon, supo que lo había escuchado. Aun así, no dijo por qué no estaba de acuerdo con él y fue por otro derrotero—. Me parece encomiable que defiendas tus principios, pero ¿tan terrible sería traicionarlos a cambio de una vida feliz?

—Puedo sacrificar una vida feliz. Quizá, si me ofrecieran la libertad plena a cambio del arrepentimiento, podría decir que lo siento de corazón, porque entonces tendría otra oportunidad de verdad. Pero, a día de hoy, arrodillarme solo me devolverá al Autem. Me concederá, como mucho, una paz con restricciones, y me lo paso mucho mejor en La Tierra —reconoció con la primera sonrisilla que le había visto en todo el día. Qadira estuvo a punto de suspirar de alivio. Acababa de salir el sol—. Además de que La Magna sabría si mis disculpas son verdaderas apenas me mirara a los ojos, y me temo que no le valdría una mentira para reparar su orgullo.

—Espero que lo que hiciste mereciera la pena —murmuró Qadira,

prendada de su mirada segura.

La expresión de Dagon se dulcificó.

—Ayudé a dos personas a estar juntas. Claro que me mereció la pena. Me gustaría que, de haber estado en el lugar de aquel por quien intercedí, alguien hubiera hecho lo mismo por mí.

—No todo el mundo es tan generoso como tú.

Pretendía decirlo con tono amistoso, convertirlo en el primer halago que le dedicaba al hombre que se los merecía todos. Sin embargo, lejos de conmoverse por el detalle, Dagon clavó en ella una mirada estremecedora.

—No debes verme con tan buenos ojos si sigues comportándote como si fuera a hacerte daño —le dijo de sopetón. Demostró no haber olvidado la visión de sus heridas posando de nuevo la mirada en su cuello, ahora oculto por el pañuelo—. Lo siento, lo he intentado porque se supone que lo mejor es dejar a los demás en paz y no meterse en sus asuntos, pero no puedo hacer la vista gorda. No hace falta ser un lumbreras para saber, apenas se te conoce, que algo pasa contigo, y yo no soy tan imbécil como para no darme cuenta de que *a mí* me pasa algo *contigo*, así que, si estás en peligro, dímelo y te protegeré a toda costa.

—Yo no soy… —balbuceó, conmocionada por su apasionada réplica—. Yo no soy humana, y, por tanto, no formo parte de ese grupo al que debes proteger como penitente…

—Tal vez como penitente no me corresponda cuidar de ti, pero el hombre que hay dentro de mí quiere y necesita hacerlo.

Qadira aguantó la respiración, y también, aunque a duras penas, la mirada férrea de Dagon. Su corazón se había quedado en aquella declaración —«a mí me pasa algo contigo»—, su cuerpo estaba anclado al brillo sobrehumano que daba a sus ojos la mismísima calidez del sol, y su cabeza empezó a darle vueltas a sus últimas declaraciones.

No era que él fuera raro o extraño. Era único y especial. ¿Qué clase de criatura aceptaría gustosamente una condena eterna, sin posibilidad de salvación, por el bien ajeno? ¿Quién se preocuparía por una desconocida admitiendo, desgarrado, su debilidad por ella? Lo miraba a los ojos y apenas podía creerse el golpe de suerte que había recibido tras una larga y dolorosa existencia. La vida le había concedido una tregua en forma de penitente con unos ojos como los topacios de los montes Urales. La Magna le recordaba así, regalándole su presencia, que existía la esperanza, pero que no era para ella.

Qadira no era merecedora de tan buena ventura.

Antes de poder siquiera medir sus palabras, la empírea, que no se había dado cuenta de que las lágrimas corrían por sus mejillas, musitó:

—¿Por qué no podías ser tú el penitente al que me encomendaban?

La pregunta sorprendió a la propia Qadira, pero no tanto como a Dagon, que dejó la mano con la que sostenía la taza suspendida en el aire. Entreabrió los labios y levantó las cejas, incrédulo, y se la quedó mirando con los ojos refulgiendo como el astro al que se los había robado.

—¿Encomendarte? ¿A qué te refieres? —preguntó, aturdido—. A los empíreos no se les encomiendan penitentes.

Nunca sabría cómo se las habría ingeniado para salir del atolladero, porque, justo entonces, la puerta de entrada se abrió de golpe y unos pasos agitados irrumpieron en escena.

Qadira se dio la vuelta con el corazón bombeando con fuerza, y dejó de respirar al ver a una renqueante Mara al borde del desmayo. Se agarraba el hombro como si el dolor fuera insoportable, tenía el rostro ensangrentado, estaba cubierta de barro reseco y, aun así, no sonó ni remotamente débil al espetar:

—¿Dónde está Valthessar?

Capítulo XXVI

Dagon emitió un jadeo ahogado al ver el estado en el que se encontraba Mara. Velozmente, salvó el espacio que los separaba y la sostuvo antes de que, desfallecida, se precipitara hacia delante.

Rodeó la cintura de Mara con un brazo. Con la otra, tomó la barbilla femenina, donde se había formado una costra de sangre seca.

—¡Mara! —la llamó en voz alta, alarmado—. Mara, dime algo… ¿Mara? ¿Me oyes?

La única señal que hizo que indicaba que le había escuchado fue aferrarse a él con torpeza. Tenía los miembros entumecidos, toda ella estaba fría como un témpano, pero el temblor violento que se había adueñado de su cuerpo no tenía nada que ver con la temperatura, como pudo comprobar apenas alzó la mirada y posó sus ojos inyectados en sangre en él.

Era el miedo.

Dagon la estrechó contra su pecho y buscó la figura de Qadira por encima del hombro. La escasa flexibilidad del cuello no le permitió detallarla, pero intuía que se había quedado paralizada en el sitio.

—Qadira, tráeme el teléfono, por favor. Debe estar en la cocina. —Viendo que tardaba en asimilar la orden, gritó—: ¡Qadira! ¡Vamos!

La empírea espabiló entonces. Se apresuró a tenderle el *smartphone* con la muñeca floja. Dagon se fijó en su palidez vampírica, en que miraba a Mara con aprensión, como si jamás hubiera visto a la víctima de una agresión. En otro momento se habría disculpado por acobardarla con su impaciencia, pero la urgencia le instó a buscar el número de Valthessar y pegarse el móvil a la oreja.

Respondió al primer pitido.

—*¿La tienes?* —Fue todo cuanto preguntó, con voz grave.

—En mis brazos —le confirmó con un nudo en la garganta—. Te necesita.

—*Voy*. —Y colgó.

Dagon guardó el móvil en el bolsillo del pijama y tomó en volandas a una semiinconsciente Mara. Con la delicadeza que requería su cuerpo desmadejado, la tendió en el mismo sofá, procurando que la cabeza quedara apoyada en un ángulo cómodo. Buscó una manta con la que arroparla para cubrir su desnudez de los penitentes que estarían al caer, pero antes confirmó las que eran sus lesiones: a simple vista, tenía un tobillo y las muñecas inflamadas, el hombro amoratado por

una torsión dolorosa, el rostro ensangrentado, presumiblemente de un golpe en la nariz o la mejilla, y una herida abierta en la cabeza.

Desesperado por ser útil y poner fin a su sufrimiento, Dagon hizo lo único que sabía. Se inclinó sobre Mara y le retiró el pelo de la cara con dulzura antes de murmurar:

—Voy a recolocarte el hombro, ¿de acuerdo? Te dolerá, pero será solo un momento. Asiente con la cabeza si me escuchas, aunque sea entre sueños… —Esperó con el aliento contenido a que ella lograra separar los labios, pegados por las costras, e hiciera un gesto afirmativo que en gran parte Dagon tuvo que imaginarse—. Vale, muy bien. Seré tan gentil como me lo permita la maniobra.

«Joder, ¿dónde está Xaphan cuando se le necesita?», quiso gimotear.

Dagon inspiró hondo y, cuando se hubo convencido de alejar los escrúpulos en beneficio de la utilidad, empujó el hombro femenino hacia abajo hasta que un crujido reveló el éxito de la operación. Mara apenas emitió un gemido ahogado y se revolvió bajo la manta. No tenía fuerzas siquiera para notar el dolor, si es que este no le había adormecido los sentidos.

Estaba pensando en cuál era el siguiente paso cuando una mano enguantada le ofreció un paño de lino empapado.

Dagon alzó la mirada y se encontró con el gesto atribulado de Qadira.

—Hay que limpiarle las heridas antes de que se infecten, también para adivinar su gravedad —le recordó con voz ronca, como si estuviera conteniéndose para no llorar—. Y taponar la de la cabeza, que es la más aparatosa.

Dagon tomó el paño enseguida y lo presionó contra las heridas supurantes que surcaban el rostro de Mara. No parecía su amiga. Ni siquiera tenía el aspecto de un ser humano. Frotó con la fuerza necesaria, buscando los rasgos que tan familiares le eran; aquellos que en tan poco tiempo había llegado a apreciar.

—Trae una palangana de agua para ir empapando esto, y coge otro paño y presiona la cabeza —le ordenó a Qadira. Apartó la maraña de mechones rubios que era ahora la melena de Mara, su flequillo irregular salpicado de sangre, y continuó retirando los fluidos solidificados a la altura del arco de Cupido y la barbilla, descubriendo inmediatamente después que, bajo esta, aparecían moratones o heridas que necesitaban atención inmediata—. Por la diosa… ¿Cómo te has hecho esto? ¿Quién ha sido?

Mara balbuceó un nombre ininteligible. Dagon se inclinó sobre ella, acariciándole la cara. Confirmó que su respiración y su pulso eran débiles. Tras intentarlo sin ningún éxito, Mara se conformó con pronunciar una sola palabra:

—Él.

Dagon no necesitó más que aquello para deducir a quién se refería. Aferró el paño de lino con fuerza y se contuvo para no patear el suelo o desahogar la frustración tirándose del pelo. Estuvo a punto de gritarle a Qadira para que se apresurara, pero esta le ahorró las maldiciones apareciendo en el acto con el barreño y algunas pastillas para el dolor que había encontrado en la cocina.

—Aquí tengo antiinflamatorios, somníferos… Quizá lo mejor sea que la sedemos —murmuró Qadira—. Debe estar sufriendo muchísimo.

—El que maneja los sedantes es Xaphan. Los demás podríamos armar un estropicio, o, aún peor, matarla, y no acabaré el trabajo de ese hijo de puta de Leviathan porque él sea un inútil —masculló Dagon entre dientes. Escurrió el paño en el agua limpia, que enseguida se tiñó de un inquietante tono escarlata, y siguió buscando a Mara bajo la capa de suciedad—. Porque eso es, Mara. Es un inútil. No ha podido contigo. Si estás aquí, es porque tú lo venciste a él.

Qadira ayudó a Mara a incorporarse tomándola delicadamente de la nuca. Dagon fue a preguntar para qué, pero sus movimientos respondieron por ella. Le pidió que abriera la boca con amabilidad y le colocó sobre la lengua una pastilla que la ayudaría a conciliar el sueño, abandonando ese estado de vigilia que tan inquieta debía de tenerla. Acercó a sus labios un vaso de agua del que Mara bebió con dificultad.

Una vez hubo tragado, Qadira la fue recostando con lentitud.

—Voy a por más mantas —anunció con voz queda—. Está helada.

Qadira desapareció escaleras arriba.

Dagon creía que empezaría a tranquilizarse apenas viera su rostro, pero las lesiones eran peores de lo que podría haber imaginado. Más que haber sido atacada, parecía que un vehículo le hubiera pasado por encima.

—Valthessar debe estar al caer —musitó Dagon—, pero no hace falta que aguantes despierta para darle la bienvenida. Que se joda. Por haberte mentido.

Por supuesto, Dagon opinaba que el *rex* había hecho lo correcto, pero no convenía llevarle la contraria a Mara. Ni en su estado actual, ni en ninguno. Sobre todo si pretendía hacerla sentir lo bastante cómoda para obtener un relato detallado de lo ocurrido, como asimismo evitar que volviera a desaparecer sin dejar rastro.

—No te imaginas lo preocupado que me has tenido —murmuraba Dagon—. No puedes marcharte de nuevo, Mara. ¿Qué sería de mí sin ti? En esta casa no hay más que animales. Tú eres la única que le da un poco de normalidad a mi lamentable vida.

Dagon pensaba que la pastilla haría efecto inmediato, pero, con

aquellas palabras, Mara pareció regresar a la vida. Solo durante el tiempo suficiente para clavar en él una mirada dolida, porque ni siquiera tenía fuerzas para recriminarle en silencio su traición, y balbucear:

—¿Y por qué…? ¿Por qué me has ignorado? Te envié… te envié un mensaje de auxilio… Yo confiaba… confiaba en ti.

—¿Un mensaje? Eso es imposible. He llevado el móvil conmigo a todas partes por si me contactabas… —Lo sacó del bolsillo y buscó el chat de Mara. En efecto, no había rastro de su llamada de socorro, solo los últimos mensajes que Dagon le había enviado pidiéndole que le contestara, que le dijera que estaba bien o, de lo contrario, el *rex* desplegaría a sus hombres por toda la ciudad—. Mara, aquí no hay nada. ¿Mara?

La sacudió con delicadeza por el hombro sano, pero ella no reaccionó. Dagon se asustó y estuvo a punto de emplear la fuerza bruta para reanimarla. Luego recordó que acababa de tomar un… ¿Valium?, y supuso que se habría desmayado por ese motivo.

Le tomó el pulso y confirmó que seguía viva.

—¿Se ha dormido? —inquirió una voz femenina, proveniente de las escaleras.

Qadira había aparecido con las mantas al mismo tiempo que el *rex*, que abrió la puerta de entrada de una patada impaciente y prácticamente se abalanzó sobre Dagon para exigir las coordenadas exactas de Mara. La orden murió en sus labios en cuanto se fijó en el rostro amoratado de la joven. Solo entonces, Dagon pensó que Qadira tuvo algo de razón cuando dijo que aquellos que no disfrutaban del perdón de la *anandha* eran los verdaderos afortunados. El dolor que ensombreció el semblante de Valthessar, capaz de doblar las rodillas al guerrero más feroz, hizo que Dagon estuviera a punto de agradecer su soledad.

—Aparta —dijo con voz queda, como si pronunciar una sola palabra más pudiera provocar un llanto amargo. Dagon obedeció enseguida, y sintió que Valthessar le colocaba en la mano un aparato rígido y rectangular… El móvil de Mara—. Llegó ella sola hasta aquí en el Jeep en el que se largó. Está mal aparcado en la puerta y con el morro destrozado. Samael está examinándolo para discernir si fue por un choque con algún árbol del camino o ha tenido un accidente.

Aunque había estado a punto de empujar a Dagon para poder acercarse a Mara, el *rex* no se movió de donde estaba apenas la tuvo delante. Permanecía inmóvil junto a ella, con los puños crispados a cada lado de las caderas, mirándola con los ojos vidriosos; quizá con la esperanza de hacerla sentir querida y cuidada con la intensidad de su observación. Y si las miradas hubieran podido matar, al igual que amar, Dagon no habría dudado de su éxito. Valthessar la habría

curado con solo examinar lenta y aprensivamente las heridas visibles.

—Hay lesiones que no tienen nada que ver con un accidente automovilístico —lamentó Dagon—, y ella misma ha confirmado que Leviathan ha tenido que ver con algunas. Le hemos dado algo para que se duerma. Estaba… Estaba pasándolo mal, semiinconsciente, y…

—Ya lo veo —le cortó Valthessar, de mal humor. Se obligó a recobrar el juicio por un instante—. Gracias por encargarte.

Dagon no respondió enseguida, anonadado por el agradecimiento. El *rex* no era la clase de hombre que pedía por favor y se mostraba conmovido cuando le proporcionaban auxilio. Era evidente que Mara lo ablandaba de maneras de las que ni él mismo era consciente.

Siguiendo el pedido autoritario que no había expresado en voz alta, Dagon se retiró unos pasos para darles intimidad, notando aún el nudo en la garganta de saber herida a su amiga.

No había querido pensarlo hasta ese momento, pero si Mara, inmortal solo mientras no atentaran contra ella, perdía la vida, ¿qué sería de él, de Valthe, del resto?, ¿de la humanidad, que la necesitaba como portal de las almas? Sobre todo, ¿qué sería de ella misma, de todos los planes que le había confesado a Dagon que tenía para cuando pudiera escabullirse o hacer que Valthessar entrara en razón y le concediera una mínima libertad de movimiento? ¿Qué sería de sus poco ambiciosos proyectos futuros, pero no por ello insignificantes?, ¿aquellos en los que Dagon deseaba acompañarla?

Quizá él no tuviera *anandha*, y tal vez ella ya disfrutara del final feliz con su pareja, pero Dagon sentía que Mara era su verdadera alma gemela. No podría reponerse si la desgracia truncaba su vida.

Recordó que tenía el móvil en la mano y lo miró sin verlo, hasta que recordó el último reproche de la muchacha antes de dejarse vencer por el cansancio. Lo desbloqueó —sabía su contraseña; ella misma se la había dicho porque no existían secretos entre los dos— y buscó su nombre entre los chats.

No tuvo que sacrificar demasiado tiempo. Dagon era el último a quien Mara había escrito.

Por favor, necesito tu ayuda.
¿Dagon? ¿Por qué no respondes?

La sangre se le heló en las venas.

Aparecía como mensaje leído.

Dagon alzó la cabeza en busca de la única persona que le había hecho compañía mientras guareció la casa.

Qadira estaba de pie al otro lado del sofá, observando, con las mantas entre los brazos, el modo en que Valthessar se arrodillaba ante la víctima con la dificultad de los hombres que eran rígidos en todos los aspectos. La empírea tenía la mirada cuajada de lágrimas que no

derramaría. Podían interpretarse como emoción ante la escena o como la culpabilidad del villano que aún sentía remordimientos.

Dagon sacudió la cabeza, deseando alejar las sospechas.

¿Por qué iba ella a borrar los mensajes?

—¡Por la diosa! —jadeó alguien a su espalda. Samael y Abraxas acababan de hacer acto de presencia. Fue el primero quien se acercó, ajeno a la intimidad que necesitaba Valthessar, y se apresuró a atender la herida de la cabeza—. Necesita puntos, pero tampoco le vendría mal que la viera un médico en condiciones. Habría que confirmar que no tiene lesiones internas, porque es posible que la fuerza del impacto le dejara algunos órganos tocados… —Ante el silencio incrédulo que se formó a su alrededor, Samael alzó la barbilla, contrariado, y extendió los brazos—. ¿Qué? ¿Soy el único que presta atención cuando X se pone a atender heridas y habla de cuestiones médicas?

Abraxas se pasaba las manos por la cara, al borde del colapso.

No podía definirse como un guerrero inalterable, porque lo que le había valido el apodo de sanguinario era precisamente su mecha corta, su facilidad para inflar las narinas y arremeter contra todo aquel que se interpusiera en su camino. Sin embargo, a Dagon le impactó verlo tan afectado, rojo por la impotencia de que hubieran atacado a Mara. No solo porque le recordara su propia miseria, que no era otra que haber perdido a su mujer —cuyo cuerpo aún no había sido encontrado—, sino porque en los últimos tiempos había desarrollado cierta debilidad por la *anandha* del *rex*. Fue ella quien le transmitió que Astaroth había sido asesinada, como asimismo la manera y las últimas palabras que le dedicó a Abraxas.

Lo que el penitente aún no acertaba a comprender —y esta era su ruina— era por qué la asesinaron cuando *él* era la persona de interés. Por qué habían ido por Astaroth y no por él.

—Están haciendo daño a nuestras mujeres —anunció Abraxas con la voz ronca. No apartaba su mirada escarlata de la inconsciente Mara. Como eran raras las ocasiones en que manifestaba su opinión sin recurrir a la violencia, todos allí, incluso el *rex*, alzaron la vista—. Reyyan ha tenido que alejarse de Praga y, por ende, del Enclave, para recuperar el dominio sobre sí misma y sobre sus poderes, Mara ha sido atacada, y no creo tener que recordar lo que fue de Astaroth. Si consideramos al regente Aladiah uno de los nuestros, y yo lo tengo por un penitente más con independencia de su título actual, deberíamos enfocarnos en proteger a la muchacha que está con él.

Dagon sintió náuseas de pensar que Darda'il pudiera ser atacada de forma similar.

—¿Eso no es mucho suponer? —inquirió Samael, que había reaparecido con el botiquín de urgencias para atender a Mara.

A Abraxas y a Qadira se les antojó sorprendente su disposición a curar las heridas de la *anandha*, quien todos sabían que no era, ni de lejos, su compañía favorita. Dagon, que se jactaba de conocerlo algo mejor que los demás, no había dudado de su generosidad en ningún momento.

Era un idiota, eso desde luego. Pero no era un mal hombre.

—No nos hará daño suponer demasiado si así podemos evitarle esto a Aladiah —murmuró el *rex*, que no se había movido del sitio. Permanecía arrodillado al lado del sofá sin apenas pestañear. La cabeza de Mara, como si esta pudiera haber sabido en sueños que el penitente se encontraba con ella, se ladeó en su dirección—. No pierdas el tiempo con curas, Samael. Quiero que la llevéis al hospital.

—¿«Llevéis»? —repitió Samael—. ¿Tú no la vas a llevar?

La mirada de Valthessar se intensificó dolorosamente al mirar a Mara.

—Soy la última persona a la que querrá ver cuando despierte.

Dagon fue capaz de entrever en su tono afectado que odiaba la situación en la que se encontraba. Quizá una parte de él quisiera evitarse el sufrimiento de vigilarla, sentado al lado de su cama, pero, para su inmensa desgracia, Valthessar era más sentimental de lo que creía y lamentaba que la discusión con Mara le obligara a permanecer alejado. Sobre todo cuando era evidente que cada fibra de su ser le rogaba abrazarla hasta que se le durmieran los miembros.

—Voy a ver a La Magna —anunció Valthessar, armándose con la energía impostada que le serviría para mantener la compostura—. Necesitamos ayuda.

—Te acompaño —se ofreció Dagon.

—No. Mara te querrá con ella.

—Y estaré con ella —le aseguró—, pero cuando regresemos.

«Hay algo de lo que debo informarte. A solas», le transmitió con una mirada fija.

No supo si Valthessar cedió porque comprendió el mensaje, incluso aturdido y lleno de rabia por lo ocurrido, o solo estaba tan cansado que no quería discutir. En cualquier caso, Dagon se supo dentro de la visita a la diosa cuando Valthessar asintió, lacónico.

El *rex* posó una mano vacilante sobre la cabeza de Mara, donde se enmarañaban los cabellos ensangrentados. Le besó la frente con ternura, y, un instante después, antes de que nadie pudiera ver su rostro congestionado por la impotencia y los ojos vidriosos, desapareció.

Capítulo XXVII

Mientras subían las intrincadas escaleras que conducían al palacio de La Magna, Dagon vigilaba con el rabillo del ojo que Valthessar mantenía la compostura. Estaba esperando el momento perfecto para decirle, con la esperanza de que aquella pequeñez pudiera importarle, que Qadira había tratado de sabotear el rescate de Mara. ¿Cómo, si no, se explicaba la confusión de los mensajes? Era la única que le había acompañado mientras montaba guardia en la casa, y también la única residente en la mansión cuyos objetivos aún no acertaba a comprender.

Era su deber poner al corriente al *rex*. Y, sin embargo, se convencía de que este no estaba en condiciones de recibir otra mala noticia para posponer el momento cuando, en realidad, Dagon quería evitar que su ira cayera sobre Qadira.

Si sus motivos para intervenir en la búsqueda de Mara tenían un fondo cruel, Dagon no dudaba que el jefe del clan la asfixiaría con sus dos manos desnudas. Valthessar tenía un don encomiable para ocultar sus sentimientos y anteponer el bienestar de los suyos por delante, de ahí que fuera elegido *rex*, entre otros numerosos motivos, pero Dagon sabía que la rabia que se iba cociendo bajo su solo en apariencia sereno semblante. No le temblaría el pulso cuando debiera escoger entre la prudencia y la venganza. No esa vez.

Pero seguía siendo su deber informarlo.

Entonces, ¿por qué no lo hacía? ¿Por qué no la delataba? ¿Por qué sentía aquella extraña, inoportuna y terriblemente incómoda lealtad hacia Qadira y las que fueran sus razones, cuando lo más probable era que sus actos no tuviesen justificación?

«¿Por qué no podías ser tú el penitente al que me encomendaban?».

Esa frase, unida a su congoja y la fragilidad que Dagon había descubierto en ella, había tocado una fibra sensible en él. Porque su deseo y su anhelo por él eran sinceros… y también correspondidos.

Dagon tuvo que contener el impulso de agarrarse la cabeza. Empezaba a darle vueltas al tratar de obtener una respuesta a las preguntas que le rondaban. Siguió al *rex* muy de cerca, pero sin llegar a ponerse a su altura, mientras cruzaban el recibidor solado con baldosas que brillaban como espejos. Uno podía sentir, sin necesidad de alzar la vista, si La Magna estaba o no presente entre aquellas cuatro paredes. El palacio brillaba con luz propia, se iluminaba desde

el corazón cuando la diosa se refugiaba allí. Si no, era un edificio más. Magnífico, sin duda, pero inerte.

Valthessar siguió su instinto al conducirse hacia su jardín privado.

Dagon no había tenido la suerte de conocer aquella zona de su territorio. Imaginaba que encontraría especies nunca antes vistas, flores que servirían de lecho para las hadas. Cuando accedieron tras la cancela de oro bruñido al laberinto de arbustos, pudo confirmar que así era. Observó brotes de tonalidades que no habría sabido definir, plantas que se movían sinuosamente como bailarinas al son de lo que parecía un canturreo femenino, pero también reconoció algunos geranios, pensamientos, claveles… Una mezcla de vegetales que raras veces florecían al mismo tiempo y en el mismo espacio, como algunas muestras tropicales y otras de clima helado.

El canto que avivaba los colores del jardín provenía de Ella, de la figura que se movía como mecida por la brisa, con una gracilidad hipnotizadora. A través del diáfano cristal de lo que Dagon llamó invernadero, La Magna, rodeada de mariposas y con una regadera de latón —¿o de plata?— con incrustaciones se entretenía alimentando las rosas de una enredadera.

Dagon se detuvo un instante, conmovido por la belleza que irradiaba. Le intimidaba tanto la posibilidad de interrumpirla que estuvo a punto de detener a Valthessar, pero para frenar su avance de soldado habría necesitado a un ejército de cien mil hombres.

El *rex* no tenía tiempo que perder, y así lo demostró, cruzando el arco acristalado del mariposario con la barbilla alzada.

—Santidad.

La Magna se dio la vuelta despacio. Toda su reacción a la visita sorpresa se redujo a una ceja enarcada del mismo tono anaranjado que las llamaradas de dragón que rodaban por sus hombros femeninos, por su cintura y la longitud de sus piernas siempre cubiertas, sin llegar a consumir en ningún momento la fina tela de la túnica blanca. La melena de la diosa era un fuego que nunca se acababa, y su piel, que repelía a los cuatro elementos, jamás ardía.

«No recuerdo haberos hecho llamar a ninguno de los dos».

Dagon detectó cierta condescendencia en su tono, si es que podía dársele entonación a unas palabras que surgían de lo más profundo de la tierra, como un temblor, una brisa cálida o un rayo mortal.

La Magna solía mostrarse solícita, y, cuando no, solemne, pero ese día ni siquiera vestía la túnica granate de la Orden de sacerdotes y sacerdotisas o de la que acostumbraba a ataviarse para impartir justicia en las audiencias. Parecía que la hubieran cazado recién levantada de una siesta bajo el sol radiante y no estuviera de humor para fungir de divinidad, sino que tan solo deseara sentirse una mujer cualquiera, bailando por su propiedad sin la preocupación de ser vista

e imitando el gorjeo de los pájaros mientras se encargaba de sus flores.

Dagon podía entender por qué aquella actitud hizo que Valthessar presionara la mandíbula. Mara acababa de ser atacada y la diosa se entretenía tarareando canciones populares.

Valthessar se arrodilló como dictaba el protocolo, aunque su cuerpo, rígido por los últimos acontecimientos, se resintió apenas agachó la cabeza. Parecía costarle mantener la compostura, y de ahí que su tono emergiera con cierta urgencia, prácticamente instando a La Magna a obedecer.

—Necesitamos ayuda, Santidad. La situación se está desmadrando allí abajo.

«Ayuda», repitió La Magna, todavía inmersa en la contemplación de las flores del mariposario. En ese momento se agachaba —nunca arrodillaba; era una postura de sumisión que nunca llevaba a cabo en público— para acariciar el borde de los pensamientos, manchas violáceas, azules y escarlata entre el verde de las plantas aromáticas. «¿Qué clase de ayuda?».

—Militar —respondió enseguida—. O mágica. Del tipo que sea.

«Os di a Qadira», resolvió sin mayor interés.

Valthessar tuvo que hacer una pausa para respirar hondo y no evidenciar su impaciencia.

—Lo sé, y por ello os estoy agradecido, pero Luvart y Reyyan se han marchado…

«Los has dejado ir», corrigió La Magna, sin inmutarse.

Valthessar rechinó los dientes con disimulo, y Dagon rezó para que supiera controlarse y pudieran regresar a La Tierra con los miembros intactos.

—No puedo manipularlos, chantajearlos o inducirlos a hacer algo que no desean. No forman parte de El Séptimo Círculo. No son miembros activos.

«Forman parte de El Séptimo Círculo cuando se trata de vivir en el complejo reservado para el descanso de los penitentes, de llevar a cabo las guardias y estar presente en las reuniones estratégicas. Teniendo esto en cuenta, me pregunto cómo es que “no forman parte de El Séptimo Círculo” cuando el *rex* decide imponerse…», meditaba con aparente curiosidad. Alzó el rostro hacia el cielo de pronto encapotado. A él, a la nada del firmamiento, pareció preguntarle: «¿Será porque me equivoqué al elegir a Valthessar como el *rex*? ¿Debería haber optado por un penitente que supiera atar en corto a los que se creen en el derecho de sublevarse?».

Dagon se fijó en que Valthessar abría la boca, probablemente para replicar con desdén algo parecido a «Luvart no solo se subleva conmigo; también se sublevó ante vos», como insinuaba su mirada

retadora. Para evitar —o, al menos, posponer— la discusión, le puso una mano en el hombro y le pidió con un vistazo suplicante que no respondiera a sus provocaciones.

Valthessar inspiró hondo.

—Tal vez. Y quizá haya llegado el momento de nombrar a otro. Pero no os recomiendo…

«¿No me recomiendas?», se sorprendió La Magna, enderezándose abruptamente y alzando las cejas ante el atrevimiento.

—Quiero decir que, si mi opinión sirve de algo —se corrigió entre dientes—, no me parece que este sea el momento oportuno para entretenernos con elecciones o procesos internos. Como he venido a decir, El Séptimo Círculo, La Sociedad y la humanidad corren peligro desde que el Enclave entrena a sus criaturas. Un par de empíreos extra nos serían de gran ayuda, pues ni siquiera organizándonos de otra manera logramos afrontar con éxito las guardias nocturnas.

Las manos de La Magna, que habían estado prodigando gentiles caricias a los tallos espinosos de la enredadera, quedaron suspendidas en el aire como si alguna parte de la descripción le hubiera chirriado.

«¿Cómo puede un clan de penitentes afrontar con éxito las guardias nocturnas cuando dedica el tiempo de sus misiones a buscar a la rebelde *anandha* del *rex*?». Lo inquirió en tono sugerente, como si de veras le interesara la respuesta. Ladeó la cabeza y posó una mirada intrigada en Dagon. «¿Tú sabes la respuesta a esa pregunta? ¿Sabes por qué el *rex* de El Séptimo Círculo pensó que podría desatender sus obligaciones para conmigo a causa de una trifulca romántica y luego tendría la audacia de venir aquí y preguntarse qué ha salido mal?».

Valthessar se tensó.

—Lo más importante para un penitente es la diosa Magna, y, por extensión, su propia *anandha* —le recordó él, haciendo un hercúleo esfuerzo por controlar su genio—. Le estaba dando prioridad a lo que no solo para mí es prioritario, sino asimismo para vos, Santidad.

«Si le hubieras dado prioridad a tu *anandha*, como dices», replicó, aún acariciando amorosamente sus delicados brotes en flor, «dudo bastante que hubieras permitido, en primer lugar, que abandonara la casa en plena amenaza global. Tampoco le habrías mentido en un asunto que para ella lo significa todo. No has sabido proteger a tu *anandha* porque ni siquiera has podido comprender sus necesidades, ¿y tienes el descaro de venir aquí a pedirme ayuda? ¿A mí?».

La paciencia de Valthessar llegó a su límite. Se puso en pie, un gesto que de por sí indicaba rebeldía, y encaró a La Magna con el cuerpo en tensión.

—Qué ingenuo ha sido por mi parte creer que la diosa a la que sirvo se mostraría solícita y comprensiva al escuchar las dificultades que las razas han de afrontar, aunque solo sea porque le hacemos el

trabajo sucio. ¡Ni que fuéramos en absoluto importantes! Solo arriesgamos nuestras vidas para que Ella pueda contemplar sus flores todo el maldito día, si es que es eso lo que le place.

El tono irónico del *rex* inquietó a Dagon, que tragó saliva esperando la reacción de la diosa. Esta solo cuadró los hombros y clavó en Valthessar una mirada de niña intrigada, solo que incluso una mirada con esas connotaciones parecía una promesa de sangre y cenizas viniendo de unos ojos como aquellos: ojos sin pupila, dos espirales de ámbar enroscadas que hipnotizaban a su interlocutor.

Nadie tenía derecho a mirarla a los ojos, y quien lo hiciera, sería castigado como era debido sin que Ella alzara siquiera la mano. Sus ojos de serpiente hacían el trabajo.

«Así es, *rex* Valthessar. Arriesgáis vuestras vidas para que yo pueda contemplar mis flores». Su voz los envolvió como una caricia engañosa. «Supongo que una criatura obtusa, tozuda y malhumorada como tú, tan insignificante como un animal callejero, no acierta a comprender que el descanso eterno es lo mínimo que merece la creadora de la humanidad, de la flora, la fauna, gran parte de la magia y, en definitiva, todo lo que alcanza a la vista… Aunque no creo que a tu vista queden más que tus propios y ridículos problemas, ya que eres más corto de miras de lo que supuse en un principio».

Ambos contuvieron la respiración al oír, o más bien *sentir* el reproche de La Magna como la bofetada de una repentina ráfaga de aire.

—¿Eso es todo? —replicó Valthessar al fin—. Como vos creasteis el universo, ¿tenéis el derecho de destruirlo con vuestra indiferencia? ¿Por qué os hacéis llamar La Magna, si asistís al desastre sin mover un dedo, sin hacer gala de vuestros presuntamente impresionantes dones mágicos?

Al parecer, La Magna llegó al límite de su paciencia. Por fin, giró en redondo y apuñaló a Valthessar con una mirada fría que no se correspondía con el calor que empezó a manar de su cuerpo. Dagon y el *rex* respingaron cuando, de pronto, los geranios, los pensamientos, la enredadera de donde surgían las rosas y el resto de la flora estallaron en llamas y el mariposario se convirtió en el escenario de un incendio.

El primer impulso de Dagon fue salir corriendo y ponerse a cubierto, como asimismo el de Valthessar, pero ninguno se movió de donde estaba. La voz de La Magna salió de la tierra como brotes de trepadoras. Se enredaron en sus tobillos y los obligaron a permanecer en el sitio.

«Si quisiera destruir el universo, ya lo habría hecho», bramó. Su melena apenas se distinguía entre las llamas que trataban de lamer su cuerpo y que amenazaban con derrumbar el techo sobre sus cabezas.

«Pero como deseaba proteger mi creación sin intervenir en el albedrío de sus criaturas, os creé a vosotros, ingratos, como extensión de mí. La Magna no debe dar explicaciones sobre sus actos a un par de ignorantes, ni mucho menos recordarle a un penitente qué es lo que ha de hacer. Yo barajo las cartas y vosotros tenéis que jugarlas, y recordar que estáis defendiendo La Tierra en mi nombre. Es *vuestro* deber hacerlo con precisión, porque para eso existís».

Dagon miró a Valthessar, horrorizado. Ahí donde el primero pateaba las plantas con espinas que trataban de hundirlo en las arenas movedizas, el segundo permanecía inmóvil, sin mirar a los ojos a La Magna, pero manteniendo la barbilla alzada. Haber visto a Mara en el estado en que la había encontrado debía de haber sido especialmente traumático para él, porque su semblante inexpresivo era el de un hombre que lo había sufrido todo como para inmutarse ante la rabieta del ser superior.

—Sé cuál es mi deber, y sé por qué nos encomendasteis las tareas a nosotros, pero es la obligación de un buen líder admitir sus debilidades, y en este momento necesitamos ayuda. Qadira no es suficiente.

El tono neutro de Valthessar, quizá pausado para recalcar su lealtad con cada palabra, bastó para apaciguar a La Magna. El mariposario dejó de arder de pronto, y, con un gesto de su mano, que alzó para acallar el monólogo que Valthessar habría continuado, la flora y la fauna florecieron de nuevo con la misma belleza que el ave fénix.

«Qadira es todo cuanto necesitáis», replicó, con la misma implacabilidad con la que caía la lluvia sobre la montaña. «Vuestra diosa siempre tiene un ojo puesto sobre vosotros. Provee las herramientas necesarias para garantizar la supervivencia, pero es vuestra obligación saber cómo emplearlas para beneficio propio».

—¿Qué queréis decir? —murmuró Valthessar, extrañado.

Como si La Magna supiera que el único presente que podía acercarse a la verdad era Dagon, posó en él su mirada abrasadora.

«Una empírea no llega al clan con manual de instrucciones, ni tampoco con la predisposición a reconocer los que sean sus puntos débiles. Tal vez cometí un error al confiar en vuestras habilidades sobrenaturales, las que yo misma os concedí y así no pecarais de ignorantes, para desentrañar el enigma».

—¿Qué enigma? —Valthessar sacudió la cabeza—. De acuerdo, en Qadira está la respuesta, pero por talentosa que sea en los combates cuerpo a cuerpo, no veo cómo vaya a salvarnos de la amenaza de Leviathan.

La Magna fue esbozando muy despacio una sonrisa con la que terminaron de florecer los brotes chamuscados. El corazón de Dagon

dejó de latir al unir los puntos: el modo en que la sola presencia de Qadira había espantado a Reyyan, la única criatura sobrehumana que podría pararle los pies, quizá, hasta al mismísimo Gran Grimorio; el hecho de que borrara el mensaje de auxilio de Mara y fuera quien la puso al corriente del secreto que Valthessar ocultaba de ella, y aquel comentario que había aturdido momentáneamente a Dagon por el dolor que entrañaba, pero que, aun así, le extrañó.

«¿Por qué no podías ser tú el penitente al que me encomendaban?».

—Es, de hecho, la única que puede llevarnos a él —comprendió Dagon, con el alma en vilo—. Es la *anandha* de Leviathan.

La sonrisa de La Magna cantó «aleluya», no sin la condescendencia distante que llevaba mostrando desde que habían llegado.

«No todos sois unos completos ineptos, después de todo. Quizá fue mi error al crearos a la imagen y semejanza de las criaturas a las que protegeríais. Vuestra humanidad, y vuestra vulnerabilidad a la belleza, os ha cegado, pero tal vez no sea tarde para hacer algo al respecto».

Valthessar, lejos de sentirse aliviado por la revelación, montó en cólera.

—¿Has metido a la mujer de un traidor en El Séptimo Círculo? ¿Siquiera valoraste las consecuencias que eso podría traer?

La mirada de La Magna se tornó implacable.

«Elegí a Qadira para ayudaros porque es la única que podría hacerlo. Desconozco su actual relación con Leviathan, como también el modo en que este logró hacerse con el poder de un sacerdote, pero es evidente que el vínculo aún existe y que puede utilizarse para llegar a él».

Dagon evocó la expresión taciturna de Qadira, máscara quebradiza de un sufrimiento apenas disimulado. Aunque la posibilidad de que lo hubiera traicionado —«*os* hubiera traicionado. A todos, no solo a ti», le recordaría más adelante su conciencia— le había revuelto el estómago, no pudo sino defenderla con el pecho henchido.

—No tiene por qué ser una traidora. Quizá se siente responsable de lo que Leviathan está haciendo y desea ayudar manteniendo un perfil bajo que evite las suspicacias que sin duda habría despertado en nosotros al conocerse su identidad, o solo lo esté buscando por su cuenta…

—Y una mierda —rugió Valthessar, dándose la vuelta y encaminándose hacia la salida del mariposario. Su urgencia instó a Dagon a seguirlo—. Si quisiera ayudar, no lo habría mantenido en secreto, y si es quien estuvo detrás del ataque a Mara, poco me importará que sea el único hilo del que tirar. La mataré con mis propias manos.

Capítulo XXVIII

Qadira había aprovechado el alboroto para deslizarse sigilosamente hacia las profundidades del bosque. El estado en el que Mara se encontraba y el dolor que había visto en los ojos del *rex* habían vencido sus murallas, que, de todos modos, comenzaron a tambalearse apenas observó las tiernas caricias que Dagon le prodigó a la víctima.

No podía soportarlo más.

Mientras apartaba con las manos los brotes salvajes que hacían del bosque una selva repleta de trampas, invocaba con el pensamiento a Leviathan. Para ello no tenía más que bajar la guardia que solía alzar para evitar que husmeara en sus intimidades. Así funcionaba el contacto entre penitente y *anandha*. Sus mentes quedaban entrelazadas de modo que podían escuchar los pensamientos del uno y el otro, anticipándose así a sus necesidades.

Qadira no recordaba la última vez que Leviathan había aprovechado sus privilegios con un propósito distinto a ponerla entre la espada y la pared. A base de empeño, había aprendido a blindar su cabeza para que Leviathan no supiera —al menos, no a través de ese recurso— sus puntos débiles.

Lástima que el punto débil de Qadira llevara años siendo el mismo y, por tanto, no fuera un misterio para su torturador.

«Tu torturador», le repitió la voz interior, con una mezcla de sorna e irritación. «¿No era tu hombre?».

Qadira alejó los pensamientos con una violenta sacudida de cabeza.

Jadeante por el esfuerzo y con las mangas del neopreno rasgadas por las ramas que habían tratado de detenerla, se detuvo en el claro que había sido testigo de su último encuentro. Revisó los desgarrones del pantalón, por los que entraba el aire gélido de la noche. En tan solo unas horas amanecería, y Qadira no deseaba que otro día la descubriera siendo cómplice de atentados contra la humanidad.

Mientras esperaba a que Leviathan acudiera a su llamado, Qadira rodeó el claro, pateando las piedrecillas con rabia y despreciando con manotazos las ramas amigas de los árboles que la rodeaban, que se extendían hacia ella como si trataran de abrazarla. Si no hubiera perdido la esperanza en todas las cosas bellas que existían, entre estas, la naturaleza, Qadira habría interpretado las rajas en el *body* negro, las intentonas por enganchar su pañuelo entre las espinas y la brisa que mecía las copas como una señal de «huye». Esas ramas habían

tratado de frenarla en seco, de devolverla al punto de partida, de impedir que avanzara. Y quizá estuvieran en lo cierto al insistirle en que desapareciera, porque Qadira nunca había sido tan estúpida como para no darse cuenta de que, al lado de Leviathan, su destino era la muerte.

No había querido aceptarlo hasta ese momento, en el que se sintió con el valor y la fuerza necesarias para enfrentarlo.

Una ráfaga de viento, gélida como el aliento de Siberia, anunció la llegada de una presencia peligrosa. Se le puso la piel de gallina y se abrazó, buscando a su alrededor la figura del hombre al que, por desgracia, todavía amaba. Este se personó acallando en el mismo instante los sonidos del bosque. Dejaron de oírse los susurros de las criaturas que allí habitaban, y quedaron inmóviles los robles desnudos que se habían curvado sobre Qadira intentando protegerla, como si no quisieran que Leviathan supiera que estaban allí.

Cuando lo tuvo ante ella, arqueando las cejas castañas con expectación, Qadira estuvo a punto de tirar por la borda su plan inicial. Leviathan lucía una marca de violencia en el cuello. Alguien había tratado de apuñalarle, como bien indicaba la cicatriz que apostaba por que él mismo se habría ocupado de curar brujería mediante.

Se obligó a no hacer preguntas al respecto, pero no consiguió ignorar su dolor, que aún entonces sentía como el suyo.

¿Por qué él no experimentaba la menor empatía por las que eran sus preocupaciones, sus heridas? ¿Por qué su relación era un puente que se sostenía por un único lado?

—Espero que esta vez tengas una muy buena razón para haberme hecho venir… y para no estar junto a El Séptimo Círculo, encargándote de que no te miren demasiado mientras buscan a los culpables del estado de Mara.

Ojalá su condescendencia le diera tanta rabia como debía, pero, ante todo, sentía el intenso dolor de haber sido defraudada por el ser amado.

Por fortuna, supo armarse con una máscara de impotencia que serviría para ocultar las grietas en su armadura.

—¿De verdad crees que puedo mantener la farsa de quién soy y qué hago para siempre? —jadeó, apretando los puños—. Puede que no sean tan avispados como tú, pero tampoco son una panda de idiotas.

Leviathan entrelazó los dedos, paciente.

—¿Me has pedido que me presente aquí para abogar por tus nuevos amigos?

Qadira alzó la barbilla con una seguridad que no sentía.

—Hubo un tiempo en el que venir a verme no te suponía una pérdida de tiempo.

—Pero los años no pasan en vano, vida mía, y a estas alturas te tengo muy vista. —Y le sonrió, encantador, como hacía siempre que debía mitigar el impacto de una puñalada traicionera.

Cualquiera habría pensado que, con el tiempo, Qadira se acostumbraría a los desdenes de Leviathan, pero la *anandha* jamás era inmune al desprecio —como tampoco a las caricias— de su penitente.

—Me alegra que me digas eso. Así no me sentiré culpable cuando me pierda de vista, ni me preguntaré si me estás echando de menos. —Qadira inspiró hondo. Debía mantener la compostura a toda costa —. Se acabó, Aldous, Quinto, Leviathan. No puedo seguir haciendo esto.

Él se rio entre dientes.

—Espero que te refieras a que lo que no puedes seguir haciendo es este ridículo tan espantoso. —Englobó su presencia física con un ademán desganado.

—No voy a continuar saboteando a El Séptimo Círculo, a La Sociedad o a la organización que se te meta entre ceja y ceja. —Alzó la voz, creyendo que de esa manera lograría imponerse—. Ni mucho menos pienso quedarme a ver el mal que has causado con tus tejemanejes a un puñado de inocentes.

—¿Lo que *yo* he provocado? La que borró del mapa a Reyyan y sacó a Mara de esa casa para que yo pudiera darle caza eres tú —le recordó. Avanzó hacia ella con desenfado—. Sin ti, vida mía, yo no sería ni la mitad de lo que soy, ¿y ahora es a mí a quien te atreves a mirar por encima del hombro? Estás muy equivocada.

Qadira cerró los ojos para no ver en el reflejo de los suyos aquella verdad de la que llevaba toda la vida huyendo. Era cierto. Con su paciencia, su entrega y su lealtad ciega, Qadira había ayudado a crear al monstruo que tenía delante. Qadira lo había escondido cuando necesitó refugio, lo cuidó cuando estuvo herido, e impidió que muriera proporcionándole su sangre en más de una ocasión. Era su *anandha,* y ese era su principal deber, pero, ahora, y con todo el dolor de su corazón, se preguntaba si no debería haberle hecho un favor a la humanidad negándole los beneficios de su sangre. Entre ellos, la vida, y lo que no era menos importante: la salvación.

—Soy consciente de mis pecados. Por eso deseo enmendarlos —murmuró, aún con los ojos cerrados. Llevó la mano al interior del neopreno, donde escondía la bolsita de tela con las hierbas—. Si quieres hacerle daño a Darda'il, no cuentes conmigo. No pienso atentar contra ningún otro inocente. Esa… esa no soy yo. Ese eres tú, Leviathan.

Qadira se sobresaltó cuando notó las garras de Leviathan sobre sus hombros. En algún momento de la conversación, mientras ella lloraba en silencio y se negaba a mirar a la cara a su mayor fracaso, se había

posicionado a su espalda para proporcionarle un consuelo condescendiente.

—¿Desde cuándo te refieres a ti y a mí como entes individuales? —Qadira contuvo una mueca de repugnancia y, a la vez, un anhelo superior a ella cuando su aliento le acarició la oreja—. Tú y yo somos lo mismo. Siempre ha sido así.

—Quizá lo fuimos en algún momento, pero ya no estamos en un plano de igualdad. —La voz le tembló—. Tú eres mi amo, y yo soy tu esclava, y deseo… Deseo ser libre para ayudar a aquellos que comparten mi naturaleza, la esencia de La Magna.

—Tal vez Evra no comparta tu naturaleza, pero tiene tu sangre. ¿Eso no significa nada para ti?

Qadira había estado esperando aquel golpe bajo. Presionó los párpados para retener, en vano, las lágrimas que se deslizaron por sus mejillas. Alzó la mirada para perderla entre las estrellas, donde siempre se había repetido que se encontraba Evra.

—No me has dicho nada sobre él ni me has proporcionado una sola prueba de que se encuentre a salvo en ocho años. Ocho largos años —murmuró Qadira. Su mera mención la desgarraba—. Evra está muerto. Y, si no, se encuentra bajo tu yugo, lo que a efectos prácticos es lo mismo… si no peor.

—¿De veras crees que sería capaz de matar a mi hijo?

Un arrebato de ira se adueñó de Qadira, que se giró en redondo para gritarle a la cara.

—¡Fuiste capaz de arrebatármelo! ¿Qué diferencia hay entre quitarle la vida y privarle del amor de una madre? Nunca has sentido la menor compasión por las criaturas de este mundo —continuó, al tiempo que retrocedía con el fin de alejarse de un sujeto que la aterraba; que *siempre* la había aterrado—. ¿Qué me garantiza que con la tuya, la que tú ayudaste a crear, harías la excepción? Especialmente cuando también pertenece a mí, cuando tiene la sangre de una mujer a la que ni siquiera crees digna de dar muerte, pues eso le proporcionaría paz y tú no soportarías saberme a salvo.

Qadira miró a Leviathan con espanto, acongojada por la que fuera su respuesta.

No se había molestado en llevar el arco consigo, ni tampoco alguna de las pistolas de Dagon que había pensado en guardar en su macuto una vez huyera, tan solo por tener el recuerdo de la tarde que compartieron: una tarde de esperanza. El motivo principal por el que Qadira era tan vulnerable al maltrato de Leviathan, era que a ella le era imposible defenderse. La *anandha* no podía agredir en modo alguno a su hombre, y, en teoría, la prohibición era bidireccional.

Pero él sí podía herirla. Con él no aplicaban las reglas generales.

—No voy a tener en cuenta tu arranque —anunció, inmóvil en el

corazón del claro—. No dejas de ser una mujer débil, y has debido de achantarte al ver lo que he hecho con Mara…

—No es lo que has hecho con Mara. Es lo que has hecho conmigo —jadeó, temblando de frío y de miedo—. Ni todo el amor de este mundo, que es lo que he reservado para ti a pesar de todo y desde el preciso momento en que te vi, puede resistir a tus vejaciones. Si eso me hace débil, pues débil seré, y a mucha honra, porque has manchado hasta la raíz los conceptos que para otros encierran belleza: la lealtad, el afecto, la confianza…

Qadira enmudeció y dio un paso atrás cuando él comenzó a avanzar hacia ella.

—No sabes si Evra está o no está vivo —le recordó en tono persuasivo—. ¿Quieres arriesgarte a huir, sabiendo que lo mataré en cuanto tú no estés para servirme? ¿Serías tan egoísta como para anteponer tu libertad a la vida de tu hijo?

Se le formó un nudo en la garganta.

Estaba exponiendo en voz alta el dilema que llevaba torturando a Qadira desde que aquella locura había dado comienzo. Se convenció de que Evra estaba muerto, de que lo asesinó en cuanto dio a luz porque no formaba parte de sus planes. Pero una pequeña parte de ella, la maternal que no le habían permitido desarrollar, aún se aferraba a la última esperanza: a la de mirar a su niño a la cara por primera vez, solo una, y sentir que todo había merecido la pena. Todas las injusticias, las muertes y la tortura, empezando por aquella a la que la propia Qadira llevaba años siendo sometida.

—No confío en tu palabra —musitó con un hilo de voz.

—Confiar en mí no es una decisión que puedas tomar, vida mía. Es una virtud o un defecto inherentes a tu condición de *anandha*. Es eso lo que hace tan bella nuestra relación, que no puedes escapar de nuestro amor. De todos modos, y solo porque te noto un poco contrariada, voy a darte el gusto de mostrarte a Evra.

»Ven. —Y le extendió la mano con esa actitud afectuosa que se le antojó extraña viniendo de él.

Era una trampa. Debía serlo. Pero el deseo de no ya ver a Evra, sino de conocerlo, de estrecharlo por primera vez entre sus brazos, era tan terriblemente abrumador que acabó dando un paso vacilante.

«¡Es una trampa!», le insistió la voz interior. «No puedes confiar en él, y menos aún cuando te hace promesas después de los reproches. Leviathan nunca, jamás cede a las amenazas».

Pero siguió avanzando con el corazón al rojo vivo, fantaseando con una muestra más de que Evra estaba en alguna parte, esperando a su madre.

¿Le habría hablado de ella? ¿Le habría mostrado algún recuerdo, algunos de los muchos efectos personales con historia propia que

Qadira le entregó a Leviathan con el fin de que se los hiciera llegar a Evra? ¿Sabría de la cultura que vio nacer a su madre? La necesidad de hallar respuesta a todas esas preguntas superaba por mucho el deseo de poner fin a la amenaza de Leviathan.

No habría podido negarse ni aunque hubiera querido. Cuando Leviathan le tendía la mano, era su deber tomarla, igual que, si le exigía acabar con una vida, Qadira se veía obligada a obedecer. El vínculo de penitente y *anandha* se había reforzado de tal manera con el paso de los años, las tragedias y las rebeliones de Leviathan que ella se había convertido en su sumisa, y ni con toda la fuerza de voluntad del mundo lograría deshacer su embrujo. Ni siquiera el Gran Grimorio podría, porque aquello, la figura de la *anandha*, era creación de La Magna.

Entrelazó los dedos con los suyos, y, en el preciso momento en que lo hizo, su cuerpo se quedó paralizado.

Qadira intentó abrir más los ojos, pero ni siquiera eso le fue posible. Cuando trató de parpadear para no ver cómo Leviathan se aprovechaba de su indefensión, tampoco pudo. Quedó a merced de la mano que enrolló en su trenza y que tiró de esta hacia abajo con brusquedad.

Mientras Qadira contemplaba las estrellas con los ojos vidriosos por las lágrimas, Leviathan hablaba en su oído.

—Tranquila —le susurró con malicia—, verás a Evra. Pero para ver a Evra tendrás que entrar en un trance. Uno al que gustosamente te induciré yo mismo.

A partir de ese momento, Qadira solo sintió dolor. El dolor intenso de un golpe seco en el vientre, que se extendió como ramificaciones hasta las puntas de sus dedos; el dolor agudo de una serie de derechazos en el rostro. Una vez estuvo en el suelo, incapaz de tenerse en pie, Leviathan le pisó el esternón hasta que varias de sus costillas se quebraron bajo su peso.

Qadira no podía cerrar los ojos como solía hacer cuando aquello tenía lugar, evitándose así presenciar el entusiasmo con el que Leviathan dirigía los golpes. Esa vez, fue testigo del indescriptible placer que le producía doblegarla. Una inmensa sonrisa curvaba sus labios mientras le pateaba la cabeza. Descansaba solo cuando ella estaba a punto de perder el conocimiento.

Como empírea adoptada, había sido entrenada para resistir toda clase de torturas.

Esa noche, lamentó su aguante más que nunca.

Si tan solo pudiera dejarse morir… Si tan solo pudiera acabar con todo…

«Conmigo estás segura. Si te apoyas en mí, no traicionaré tu confianza», oyó en su cabeza.

La voz de Dagon bloqueó la fuerza bruta de los impactos y los pensamientos de derrota que empezaban a colonizar su mente.

«No soy tan imbécil como para no darme cuenta de que a mí me pasa algo contigo, así que, si estás en peligro, dímelo y te protegeré».

«Tal vez como penitente no me corresponda cuidar de ti, pero el hombre que hay dentro de mí quiere y necesita hacerlo».

Tendida sobre la hierba como un perro muerto, aún apaleada por Leviathan, Qadira se estremeció de tristeza.

Aunque pensar en Dagon siempre iluminaba su corazón, y compartir unos minutos de su tiempo con él alegraba sus días de un modo inexplicable, en ese momento no pudo aferrarse a lo esperanzadora que se intuía la vida cuando pensaba que podría haber más criaturas como él; que podían poblar el mundo y cambiarlo desde sus cimientos podridos. En su lugar, pensó en la mala suerte que había tenido, pues su lealtad hacia Leviathan jamás le habría permitido besarlo, abrazarlo, dejarse cuidar por él. Y no había nada en el mundo, nada, que Qadira hubiera deseado con tanto fervor.

Salvo estrechar entre sus brazos a su niño.

Como si lo hubiera invocado con el pensamiento y ni Leviathan pudiera maltratar al fruto de su vientre, a la mente de Qadira acudió el rostro de una bellísima criatura. Sintió, a través de los sentidos aletargados, que Leviathan se retiraba y la dejaba sumida en una semiinconsciencia de la que solo experimentaba el dolor de los huesos rotos, el pálpito de los derrames, los retortijones de los órganos afectados.

Cuando recuperó el dominio de sí misma, Qadira fue cerrando los ojos, deseando acercarse más al haz de luz que representaba aquel rostro infantil. Olvidó las estrellas que quedaban sobre su cabeza, y olvidó también la postura de su cuerpo, tendido sobre la hierba como un cadáver.

Solo existió él. El niño.

Su niño.

Solo podía ser su niño, al menos. Sano y crecido, tal y como un jovencito de ocho años debía ser. ¿Y cómo no iba a serlo, si tenía la piel bruñida de los selyúcidas y el cabello blanco que una vez lució su orgulloso padre, Aldous, cuando aún no se había transformado en un monstruo? Y los ojos, los ojos transparentes, dos medialunas abrazadas a una pupila inteligente y que miraba al frente con severidad. La nariz recta que parecía pertenecer a un hombre adulto, de clara influencia oriental, destacaba en un rostro serio y visiblemente atormentado.

Eran la cara y el cuerpo de un niño, pero su expresión delataba tal sufrimiento que sacudió a Qadira hasta lo más profundo del alma.

¿Sería el sufrimiento de la espera, del abandono, o su padre le

habría procurado un daño irreparable?

Evra estaba vivo. Leviathan no podía hechizarla para ver lo que no existía. Su poder no poseía semejante alcance. Evra estaba vivo, y eso suponía un alivio tan inmenso como acarreaba una preocupación insoportable.

Ahora que sabía que lo tenía, con más razón que nunca debía luchar por él.

La imagen de Evra se disolvió de pronto, y Qadira estuvo de nuevo admirando las estrellas con el ojo que la inflamación de la paliza no le había cerrado.

—Ahora ya sabes que tienes un motivo para terminar la faena. —Oyó que Leviathan le hablaba al oído, arrodillado junto a su cuerpo roto, apenas sin vida—. Si acabas con Darda'il, Qadira, te prometo por Mi Señor, y yo jamás juraría en vano por Él, que te entregaré a tu hijo y ambos seréis libres de marchar.

Qadira fue recuperando la sensibilidad en el cuerpo. Cuánto habría deseado que el efecto del hechizo de inmovilización durara para siempre. Conforme empezaba a notar los dedos de los pies, las rodillas, el vientre, acudía a sus terminaciones un dolor tan intenso que estuvo a punto de desvanecerse.

—No puedo… —sollozó Qadira. Fue incapaz de continuar. Se atragantó con su propia sangre, que se agolpaba en la garganta desgarrada y la nariz rota. Cuando se hubo doblado hacia el costado para escupir sangre, logró balbucear—: No puedo moverme.

Leviathan la miraba desde su altura con los párpados entornados.

—Tal vez ahora no, pero en un rato podrás levantarte y regresar con El Séptimo Círculo.

»No creas que esto lo he hecho por placer, vida mía. Es por tu bien, aunque ahora mismo no puedas verlo. El Séptimo Círculo no tardará en descubrir quién eres, si es que no lo han descubierto ya, y, para ese momento, te convendrá tener una prueba contundente de que no estás de mi lado.

»Diles que me buscas para darme caza, que me has visto esta noche y que no tengo ningún aprecio por ti… y que continúe la función.

—¿O…? —Un violento ataque de tos la interrumpió. Las salpicaduras escarlatas tiñeron las briznas de hierba—. ¿O qué?

Leviathan la agarró del cuero cabelludo, que le escocía de los tirones, y la obligó a mirarlo. El corazón de Qadira, que apenas bombeaba con la fuerza suficiente para mantenerse consciente, se removió como lo hacía siempre que Leviathan la miraba: por el miedo… y por la ternura del amor que estaba condenada a sentir por él para siempre.

«Maldita sea La Magna», habría aullado al cielo. «Maldita seas por abocarme a este sufrimiento».

—O mataré a Evra delante de tus narices, y luego me ocuparé de mantenerte a ti con vida para que nunca puedas olvidar el crimen del que fuiste culpable.

»No podrás soportarlo, Qadira. No ahora que le has visto la cara.

Qadira no se enjugó las lágrimas, como solía hacer antes de que él las viera. Dejó que corrieran libremente por su rostro.

—También… también he visto tu verdadera cara. La cara del… del demonio.

Leviathan sonrió de oreja a oreja, encantado con lo que había interpretado como un halago.

—Pero, frente a mi maldad demoníaca, tu deseo de proteger a Evra ganará la batalla. —Se inclinó sobre ella y presionó un beso contra el labio partido, lo que hizo que Qadira se revolviera y gimoteara de dolor. Luego se separó y susurró, burlón—: A fin de cuentas, el bien siempre vence, ¿no es así?

Capítulo XXIX

—¿Dónde está? —bramó Valthessar apenas puso un pie en la casa.

Nadie podría haber detenido su avance, firme y seguro como el de un general del ejército. La rabia lo impulsaba por detrás y le apretaba la mandíbula más de lo que su dentadura rechinante podría tolerar sin acabar rompiéndose una muela.

Dagon le seguía con un nudo en la garganta, buscando con la mirada la figura femenina que sería depositaria de su arranque furibundo. Si existieran las palabras adecuadas para apaciguar al *rex*, Dagon no dudaría en pronunciarlas para librar a Qadira del que sería su destino, pero, desgraciadamente, y por más que lo deseara, no podía pensar en un modo de disculparla.

Y eso que le gustaba considerarse creativo.

—¿Mara? —inquirió Renyi, sin apartar la vista de su labor. Estaba sentado en el borde de su sillón favorito, el único donde descansaba los huesos cuando decidía honrarlos a todos con su presencia. Abrillantaba delicadamente las estrellas ninja o *shuriken*, los afilados proyectiles de metal que le servían en las guardias para decapitar o cercernar al enemigo—. En el hospital, tal y como tú pediste. Abraxas y Samael se fueron con ella hace un buen rato.

—Hablo de la otra. De Qadira.

Renyi alzó la cabeza con la pereza y los oídos aguzados de un felino. Con una ceja enarcada por la sospecha, apenas visible por culpa del flequillo negro, murmuró:

—Hace rato que no se la ve por aquí.

—Ha huido —asumió Valthessar, crispando los puños—. La muy hija de puta ha huido.

La ceja que Renyi había alzado escaló varios centímetros, pero no hizo la pregunta que cualquiera habría enunciado en su lugar: «¿Ha pasado algo que deba saber?». En su lugar, intercaló una mirada de sospecha entre los dos recién llegados, conjeturó para sus adentros y, seguidamente, se desentendió.

Dagon siempre había admirado —aunque también le provocaba escalofríos— la actitud indiferente de Renyi. El antiguo samurái consideraba que no era su deber estar al corriente de todo lo que ocurría entre aquellas cuatro paredes, puesto que, si se le necesitaba para cualquier labor, contaba con que sería el *rex* quien acudiría a él con la información y la orden oportuna. Dagon lo definía como un alumno de diez, pero nunca de matrícula, porque no se esforzaba más

de lo estrictamente necesario para sacar adelante los objetivos del clan.

Quizá él debiera hacer lo mismo. Quizá *todos* debieran hacerlo, y dedicar el resto del tiempo a ocuparse de sus propios asuntos.

Antes de que Dagon pudiera empezar a preocuparse por el paradero de Qadira, la puerta de entrada se abrió muy despacio y una figura femenina se deslizó con lo que Dagon habría catalogado de sigilo. Valthessar estaba tan abstraído en su propia rabia que no la oyó llegar, pero Dagon se dio la vuelta, con el aliento contenido, y detalló la dificultad con la que Qadira dejaba la noche al otro lado de la casa cerrando la puerta.

Aunque sus movimientos poseían la misma elegancia de siempre, le pareció detectar una anomalía en el modo en que corrigió un tropiezo al avanzar hacia él, o cómo aparentó rascarse el costado cuando en realidad daba la impresión de agarrárselo para contener el derrumbamiento.

Qadira caminó con lentitud hacia ellos, guiada por la cautela de quien no quería ser descubierto en situación de vulnerabilidad. Y, entonces, Dagon olió el distinguible aroma metálico de la sangre.

No supo si provenía de ella o estaba adherido a sus ropas, y tampoco pudo averiguarlo. Valthessar tensó los hombros al detectar una nueva presencia en el salón y giró en redondo para encararla con el rostro congestionado por la ira. Antes de que Dagon o la aludida pudieran hacer algo al respecto, el *rex* salvó el espacio que los separaba con un par de zancadas y la agarró del cuello.

Qadira emitió un jadeo apenas audible. Las manos le temblaron antes de intentar aferrarse a la muñeca tensa de Valthessar, pero parecía que no le pertenecieran y acabó claudicando.

—Recuerdo haberte preguntando quién coño eras el mismo día que nos conocimos —siseó, a un palmo de su cara—. Parece ser que la noche en cuestión me diste la respuesta corta.

—Valthe, suéltala —le pidió Dagon, posicionándose a su lado—. Si quieres que nos cuente la verdad, torturándola no lo conseguiremos. Recuerda en qué consistía el entrenamiento de los marciales allí arriba. Por más golpes que reciban, no soltarán prenda jamás.

Había tratado de apelar a su sentido común empleando un tono comedido, pero en el fondo estaba bregando contra el impulso de dormir al *rex* de un golpe certero. Ver a Qadira a su merced despertó en él un poderoso anhelo de protección. De pronto, cuidar de ella era más importante que el destino de La Tierra y sus habitantes.

Valthessar exhaló una carcajada sin humor y, sin soltarla, tiró violentamente del cuello de Qadira para arrojarla a los brazos de Dagon. Este los extendió a tiempo para sostenerla con delicadeza, pero su cuerpo, a diferencia de otras ocasiones, había perdido la ligereza

que lo caracterizaba. La empírea pesaba como un cadáver. Al intercambiar la primera mirada con ella y darse cuenta de que tenía un ojo inyectado en sangre, amoratado por un presunto golpe, Dagon supo que algo iba mal.

Muy mal.

—Me vas a decir ahora mismo cuál es tu relación actual con Leviathan —le ordenó Valthessar, abriendo y cerrando las manos en un ejercicio de autocontrol que no estaba surtiendo efecto. Seguía mirando a la enmudecida Qadira con el deseo de abalanzarse sobre ella—, y si te guardas el menor detalle, voy a matarte solo para ver qué pasa a partir de entonces. Si es cierto que eres su *anandha*, esa sería la forma más rápida y efectiva de tumbar al enemigo. Pero, sinceramente, no sentiría ningún placer pasándote por la espada. —Avanzó hacia ella. Por instinto, Dagon la sostuvo contra su costado con afán protector. Valthessar no reparó en ello. Solo miraba a Qadira —. Si has sido tú la causante del estado de Mara, te aseguro que te torturaré durante días; años, si fuera necesario, hasta que me ruegues que acabe con tu vida.

Qadira ni siquiera se estremeció. Fue Dagon quien acogió la amenaza como una posibilidad real y tuvo que morderse la lengua para no poner a Valthessar en su lugar, recordándose que le sobraban motivos para desear arremeter contra Qadira.

Esta alzó la cabeza, que se le había descolgado hacia delante como si el cansancio le impidiera hablar, y miró al *rex* con unos ojos sin vida.

—Ni matándome ni torturándome conseguirías llegar a Leviathan —dijo un hilo de voz. Su tono enronquecido alertó a Dagon—. Mi vínculo con él es un callejón sin salida; un camino que no desemboca en ninguna parte, o, quizás, en un precipicio.

Valthessar separó los labios, tal vez para soltar un exabrupto, pero Qadira bizqueó de forma involuntaria y se desplomó hacia delante.

Raudo, Dagon la tomó entre sus brazos y la sostuvo por la base de la cabeza, como a un recién nacido. Fue ahí, al posar la mano en la delicada nuca, cuando se dio cuenta de que estaba húmeda.

—Qué oportuno el desmayo de la doncella —ironizó Valthessar—. Despiértala tú a tu manera si no quieres recurrir a la violencia, Dagon, porque, como tenga que ser yo el que la espabile, no voy a darle el beso del príncipe encantador.

Con el alma en vilo, Dagon separó uno de los dedos y comprobó que el líquido espeso era sangre. Supuraba de una herida abierta en su cabeza.

—*Rex*… —balbuceó, alarmado.

Antes de que Valthessar le diera otra orden, posó la mano libre en los hombros femeninos, en el vientre que ponía de relieve los

abdominales, y se percató de que, además de sangrar, el neopreno tenía manchas de barro, hierba y desgarrones a la altura de las piernas.

La tomó en brazos de un movimiento veloz y subió las escaleras de dos en dos, ignorando las quejas y los interrogantes del *rex*, que le siguió pisándole los talones. Le pareció que Renyi también los escoltaba, envuelto en su característico y escalofriante silencio, pero no podría haberlo afirmado. El pánico había entumecido a Dagon, y sus sentidos se habían volcado en la respiración débil de Qadira, en el olor de la sangre que goteaba de sus dedos y que había empapado tanto el pañuelo como las prendas.

Abrió la puerta de su dormitorio de una patada y, sin retirar la colcha, la depositó cuidadosamente sobre la cama.

—Lo siento —le susurró, mirando, acongojado, sus ojos cerrados—, pero la situación lo requiere.

Acto seguido, deshizo el nudo del pañuelo que cubría su cabeza con la misma delicadeza que si se tratara de una momia a punto de deshacerse. La sangre seca había adherido a la piel algunas partes de la tela, imposibilitando separarlo sin ejercer fuerza. Cuando Dagon hubo revelado su rostro, hasta Valthessar, de pie unos pasos atrás, contuvo la respiración.

Dagon cerró los ojos un instante. Al siguiente, se obligó a continuar su labor, retirándole los guantes muy despacio, las babuchas y las medias. Le abrió el neopreno separando los botones del cuello.

—Necesitamos a una mujer —balbuceó Dagon. Las manos le temblaban, y no quería volver a mirar el destrozo del rostro más bello de la cristiandad. Apenas se parecía a ella, tal era la suciedad y la inflamación—. Una mujer que la desnude y que la cure. Yo no… Qadira protegía su intimidad, le importaba la desnudez. No querría que nosotros la…

—¿A qué demonios viene ese pudor? —bramó Valthessar, igualmente lívido por la visión de las lesiones—. ¡Puede estar muriéndose! Está encharcando tu cama con su sangre, y ni siquiera sabemos de dónde viene. ¿Y si le han disparado, o tiene una puñalada…?

Dagon negaba con la cabeza una y otra vez.

—Deberíamos llevarla al hospital…

—No podemos llevar a una raza de protectores al hospital —recordó Renyi, apoyado, inmóvil, en uno de los postes de la cama—. Sería la forma más estúpida de delatarnos.

—Pero ella no pertenece a la raza de protectores. Es… es una *anandha* —murmuró Dagon, observando su rostro con el pecho encogido. Alargó una mano y, con los nudillos, le acarició el borde de la mandíbula que no tenía inflamado. Ella, aún inconsciente, ladeó la

cabeza en la dirección de la caricia—. Si despierta y se ve desnuda y desprotegida ante El Séptimo Círculo…

—Pues nos largamos y tú te encargas de atender sus heridas —resolvió Valthessar con sequedad, en absoluto satisfecho con la alternativa de perderla de vista—. Pero, por la cuenta que te trae, más te vale que esté vivita y coleando (y maniatada a esa cama) para cuando vuelva a repetirle las preguntas que debe responder.

»Vamos. —Le hizo un gesto con la cabeza a Renyi para que lo siguiera hasta la puerta—. Traeré los juguetitos que Xaphan esconde en su habitación por si necesitas algo para curarla debidamente.

—Gracias —musitó Dagon, mirando a Valthessar con el estómago encogido.

Él le devolvió la mirada con indiferencia.

—No lo hago porque valore su vida, sino porque necesito información… y porque tal vez quiera ejercer mi derecho a matarla yo mismo.

Para cuando Dagon recuperó la voz, Valthessar y Renyi ya habían desaparecido, pero, aun así, murmuró:

—Nadie tiene el derecho a matarla. Es una *anandha* —lo repitió, tan maravillado como dolido por esta nueva información—. Es el alma de La Magna, y por eso mismo es intocable… e inalcanzable.

Mentiría si dijera que no había fantaseado con verla desnuda, estrecharla entre sus brazos y hacerle el amor hasta que por fin aflorara en sus labios una sonrisa de satisfacción. Dagon no era menos hombre que el resto de los penitentes con los que convivía. Solo había necesitado conocerla algo más, o hacerse una ligera idea de quién podía esconderse tras las murallas que levantaba por protección, para desearla fervientemente.

Por desgracia, no era así como había imaginado una madrugada de intimidad. Dagon estaba tan ocupado lavando los restos de barro y suciedad, limpiando los regueros de sangre, comprobando su pulso a cada rato, vendando los huesos rotos y aplicando frío a las zonas inflamadas que ni siquiera se percató de que la mujer estaba ante él con nada más que su traje de Eva. Había tenido, no obstante, la gentileza de cubrirla con una sábana mientras atendía las lesiones de los brazos, las piernas o el rostro.

Su rostro…

A Dagon se le rompía el corazón cada vez que la miraba, y, al mismo tiempo, germinaban dentro de él unas febriles ansias de

destrucción y fiera venganza que no recordaba haber experimentado jamás. Se sentía casi como si la amara y se la hubieran arrebatado, pero ¿cómo iba a amarla, si era la *anandha* de otro hombre?, ¿si no la conocía apenas, y lo poco que sabía podía ser resultado de un engaño monumental?

Qadira estaba en el punto de mira por traidora, como bien sospechaba Dagon —y con más pruebas de las que disponía Valthessar, ya que su corazón le impedía delatarla en esas circunstancias—, pero, por algún motivo, no le importaba un ardite lo que hubiera ocurrido en su pasado. Sentía, en lo más profundo de su ser, que ella tenía sus razones. Eso no le hacía sentirse menos traicionado, mas justamente por sentirse traicionado, se acrecentaba la sensación de que Qadira era un peligro mortal para él, porque le importaba todo lo que hiciera. Porque le preocupaba su estado. Porque, por encima de todo, Dagon situaba el bienestar de la mujer a la que justo entonces terminó de vendar el vientre.

Era inexplicable.

Una vez estuvo limpia y hubo procurado los cuidados necesarios a cada parte del cuerpo que requería atención, Dagon la vistió con uno de sus chándales menos llamativos, donde depositó la bolsita de hierbas que cargaba consigo —talismán de su cultura, suponía—, retiró la sangre que se había secado en algunos de los mechones de la trenza deshecha, le cepilló la melena, incorporándola con cuidado, y volvió a anudarle el pelo como a ella le gustaba.

Cuando terminó, sudoroso y con agujetas en las axilas, el cuello y la espalda, Dagon se desinfló y estuvo a punto de gritar al cielo.

Se sentía como si hubiera terminado de preparar a un cadáver para su entierro.

—¿Y bien? —exigió saber el *rex* en cuanto Dagon le hizo saber que estaba lista. Entró en el dormitorio con el aliento contenido y se cruzó de brazos a los pies de la cama, valorando la situación con una mirada calculadora que, en vano, trataba de reprimir la compasión.

—Tenía varios huesos rotos. Concretamente, tres costillas, el cúbito y el radio y una clavícula. Además de eso, ha habido puñetazos, tiene la cadera desviada, brechas abiertas, moretones y no sé… —Tragó saliva—. No sé cuántos golpes en la cabeza. Sospecho que fueron patadas, por la fuerza con la que fueron dirigidos. No hay señales de arma blanca, ha sido una… una paliza.

—¿Una paliza, o una pelea?

Dagon acarició los dedos de Qadira.

—No traía consigo el arco, y sus manos y sus pies están intactos. Si se hubiera defendido, tendría los nudillos magullados o alguna falange rota, pero son las únicas partes de su cuerpo que no han sufrido violencia. Yo diría que su agresor quería que no nos cupiera la menor

duda de que no estuvieron en igualdad de condiciones; que la supo emboscar porque es en extremo poderoso, o porque…

—O porque ella nunca le habría golpeado a él —sugirió el *rex*, en tono cortante. Miraba a Qadira, reacio a dejarse conmover—. Si lo que estás insinuando es que esto lo ha hecho Leviathan, ve quitándote esa ridícula idea de la cabeza. Los penitentes no pueden hacer daño a sus *anandhas*.

—Según tengo entendido, tampoco pueden abandonarlas ni pasar mucho tiempo distanciados de ellas —apostilló Dagon—, y Qadira ni olía como si hubiera estado con un penitente o con un sacerdote, ni tampoco creo que recibiera visitas de un traidor en el Autem.

—No soy el más lector del grupo, pero te aseguro que no se ha reportado ni una sola vez en la historia de la humanidad, ni en la *Sagrada Crónica* ni en textos similares, que una *anandha* haya sido maltratada por su penitente.

—Supongo que eso me hace única en mi especie —respondió una voz áspera.

Un ataque de tos impidió que siguiera hablando. Dagon se giró hacia Qadira enseguida y le acercó a los labios, también amoratados —y donde no, enrojecidos por la inflamación—, un vaso de agua fresca.

—No tan única como especial es tu querido Leviathan. Sois una pareja de lo más interesante —ironizó Valthessar. Apoyó las manos en el piecero de la cama, los músculos de los brazos tensos como las cuerdas de un violín, y clavó en ella una mirada perdonavidas—. ¿No se te ocurrió que tu relación con él sería un interesante detalle a mencionar? Desde el primer día supiste cuál era nuestro objetivo: acabar con Leviathan.

—No creo que este sea el momento indicado para tener una conversación de esas características, y ni mucho menos contigo estando furioso —replicó Dagon, controlando la irritación.

«Paciencia. Su mujer está en el hospital», se recordó. «*Mi amiga* está en el hospital. Soy yo el que no está actuando como debiera».

Valthessar lo acalló de un vistazo fulminante.

—Leviathan y yo… —empezó Qadira, haciendo pausas para tratar de llenar de aire los pulmones maltrechos—. Él y yo teníamos asuntos pendientes. Debéis entender… Al menos, me gustaría que entendierais que… que quería encargarme yo sola de a quien por tantos años… por tantos años había considerado mi… mi hombre.

Dagon hizo un esfuerzo por mantener a raya sus emociones, que se dispararon al oír el modo en que se había referido a aquella bestia.

«Su hombre», repitió para sus adentros.

Jamás había odiado tanto la sonoridad de dos palabras juntas.

—Entonces no niegas que llegaste aquí con intenciones ocultas —

resumió Valthessar, lacónico.

—Quería encontrarlo —musitó Qadira, con los ojos cerrados. No tenía fuerzas para hablar, pero cada tanto inspiraba profundamente y las palabras brotaban de sus labios como estertores de muerte—. No para huir con él, ni para ayudarle, sino… Solo quería entender por qué… por qué, en nuestro caso, el vínculo era diferente. Yo solo sirvo a La Magna. Soy una empírea, a fin de cuentas, soy…

—Las *anandhas* no pueden formar parte del Séquito de La Magna —negó Valthessar—. Harías bien en no tratarme como si fuera estúpido.

—Conmigo la diosa hizo una excepción. Yo nací como *anandha* en un cuerpo mortal, en el cuerpo de Qadira, en el Imperio selyúcida y durante las cruzadas. Os conté esa historia. —Hizo una prolongada pausa para recobrar el aliento—. Pero Leviathan me abandonó hace algunos años para unirse al enemigo, como hicieran otros penitentes antes…

—Solo aquellos que perdieron a su pareja y no pudieron esperar a su reencarnación —replicó Valthessar—, como el propio Metraton.

—Leviathan no me perdió. Simplemente eligió su ambición antes que a mí —repuso con amargura—, y La Magna, ante una situación que nunca antes se había dado en la historia de las razas, decidió acogerme bajo su seno y darme cierta utilidad. Soy empírea por elección divina, justo como… justo como vosotros lo fuisteis.

—Eso es imposible —murmuró Valthessar. La perplejidad se había adueñado por completo de él, desterrando temporalmente la suspicacia y la ira—. Un penitente jamás le daría la espalda a su salvación. Puede tratar de resistirse, eso sí es cierto. Ha habido casos. Pero una vez yacen con ella, una vez prueban su sangre… No pueden. Morirían.

Qadira estiró los labios en una sonrisa triste que Dagon observó con el corazón roto.

¿Siquiera era posible albergar tanta pena en un solo cuerpo, un cuerpo quebrado por el amante al que había entregado su vida?

—No tengo ni que decir que él está más vivo que nunca, ¿no? Tampoco se parece en nada al hombre que yo conocí, a quien amaba, y, aun así, mi conexión con Leviathan… Puede que él sepa controlar la medida en que se entrega o depende de mí, pero yo sigo siendo su… —Presionó los párpados cerrados—. Suya.

Dagon se estremeció. Arrodillado a un lado de la cama, ocultó el puño cerrado. Se hundió las uñas en la carne blanda, como si así pudiera desahogar la frustración.

—¿Estás confesando los delitos que has cometido en esta casa? —inquirió, implacable, el *rex*.

—Confieso que me indujo a hacer lo que he hecho. Yo no… no

pensé que fuera a tener semejante poder sobre mí. Hacía años que no lo veía, años que no… —Qadira presionó los labios para retener el llanto. Dagon no creyó que fuera a lograrlo, pero demostró tener un dominio sobre sí misma del que ni siquiera el propio *rex*, a punto de montar en cólera, podía fardar—. Lo lamento… Lo lamento muchísimo. Estoy dispuesta a colaborar con vosotros con lo que sé, que no es mucho, y…

—Por supuesto que vas a colaborar con nosotros —bramó, interrumpiéndola—, pero no lo vas a hacer en esta casa, y no ante mí, porque, si sigues hablando, corres el riesgo de que me tire a tu yugular —habló con una fría calma que le puso el vello de punta a Dagon—. Algunos miembros del Consejo de La Sociedad hilan más fino que el polígrafo. Si estás mintiendo cuando relates tu historia, ellos lo sabrán, y entonces yo entraré en escena para actuar en consecuencia.

—No la puedes trasladar a La Sociedad en semejante estado —murmuró Dagon.

—Ya está viniendo Aladiah hasta aquí para llevársela a una celda de seguridad de La Sociedad —repuso Valthessar, tajante—. No confío en mantener la cabeza fría con ella pululando por aquí, y cuando Mara vuelva, no le hará ninguna gracia toparse con la zorra que provocó que la agredieran.

Al decirlo, el cuerpo de Valthessar se inclinó hacia delante de un modo amenazador. Por instinto, Dagon hizo lo mismo y cubrió a Qadira echándole el brazo por encima. Este gesto, en apariencia insignificante, captó la atención de Valthessar, que posó la mirada aturdida en esa mano protectora y luego en la expresión de Dagon. No supo qué vio el *rex* en su semblante, pero el asombro relampagueó en sus ojos, profundos como el océano, y luego fue sustituido por una sombra de resquemor.

No dijo nada. Tan solo se dio la vuelta y abandonó el dormitorio a paso ligero, teniendo el detalle de cerrar la puerta tras de sí.

Dagon permaneció inmóvil en su postura, como si el menor movimiento pudiera empeorar el estado de Qadira, cuando, en realidad, era él quien había palidecido y de pronto no sabía cómo proceder.

Estaba a solas con una traidora, una mujer que había estado a punto de provocar que asesinaran a su amiga Mara y que Reyyan perdiera el juicio.

¿Lo habría manipulado a él también?

Dagon se puso en pie muy despacio con la intención de huir antes de que el corazón se le ablandara.

No podía permitirlo. No podía empatizar con la mujer que había mandado a Mara al hospital y que se había burlado de él y de todos sus compañeros.

Pero ella lo agarró de la mano cuando iba a darse la vuelta, una mano fría, temblorosa y tan vulnerable como el resto de su cuerpo, y cuando Dagon la miró a los ojos encharcados por las lágrimas y por las lesiones reflejadas en sus problemas de visión, estuvo perdido.

—Por favor, no me odies —rogó con un hilo de voz—. Tú no.

Dagon le sostuvo la mirada con el alma en vilo, preguntándose si sería de veras genuina, como creía atisbar en su expresión desgarrada, o estaría aprovechándose de su espíritu compasivo para tener en quien apoyarse.

Como tantas otras veces antes —algunas de ellas, esta decisión le había costado la ruina—, Dagon se dejó llevar por sus sentimientos y la tomó de la mano.

—Me estoy dando cuenta de que no podría hacerlo aunque quisiera.

Los ojos de Qadira despidieron un brillo esperanzado.

—¿Y quieres? —jadeó sin voz—. ¿Quieres odiarme?

Dagon se limitó a negar dulcemente con la cabeza. El suspiro aliviado que Qadira exhaló le hizo fantasear por un instante con que era sincera al manifestar su debilidad por él. Pero ¿cómo iba a sentir debilidad por él cuando era la *anandha* de otro hombre?

Dagon ya había estado ahí, haciéndose ilusiones con la mujer que no le correspondía. Se había permitido entusiasmarse con los avances con Qadira cuando la creía una empírea sin vínculos que la arraigaran al Autem, pero ahora… Ahora, Dagon volvía a estar solo con sus ensoñaciones, y estas ensoñaciones, a diferencias de las que protagonizó Darda'il, no podrían ser borradas de su pensamiento. Ni en ese momento, ni nunca, porque por Qadira sentía algo más que simpatía. La miraba y, aun rota en una cama de la que no podría moverse en días, se deshacía en pasiones.

No quería odiarla, pero no por lo que Qadira creía. No quería odiarla porque, entonces, lo sentiría todo por ella: compasión, curiosidad, deseo, un anhelo demoledor y, como guinda del pastel, el intenso desprecio que haría incluso más irresistible la posibilidad de estrecharla entre sus brazos.

—Yo también lamento que no te encomendaran a mí —admitió en voz baja.

Ella estrechó la muñeca que seguía aferrando como si le fuera la vida en ello.

—No permitas que me alejen de ti —rogó. Temblaba, quizá de frío, de miedo o por el deseo que se veía en la obligación de reprimir. En sus ojos negros brillaba una emoción indescriptible que prendió el alma de Dagon. Por fin sentía que la veía tal cual era, y, lejos de despreciarla, la anhelaba aún más—. No espero que lo entiendas… Ni siquiera yo misma lo entiendo, pero… Tú eres la única criatura que

puede evitar que la oscuridad me consuma. Si me separan de tu influencia, acabaré muerta.

Dagon se estremeció. Quizá estuviera pecando de crédulo, pero tomó su palabra como cierta apenas la miró a la cara. Tal vez porque él sentía algo parecido: que la luz de la ingenua esperanza que guiaba sus pasos acabaría cegándolo y volviéndolo loco si las sombras de Qadira no estaban ahí para contrarrestarla.

Quiso inclinarse sobre ella y besarla, absorber la amargura que la carcomía, pero recordó en ese momento el miedo del *rex*, el estado en el que Mara se encontraba, y se bloqueó.

Él no podía ser un traidor. Así pues, se limitó a depositar un beso como el aleteo de una mariposa entre sus nudillos, pálidos por la tensión.

—En La Sociedad se harán cargo de ti como yo no puedo —le prometió con voz queda, y se marchó en dirección al hospital antes de arrepentirse más aún de sentirse como se sentía.

Capítulo XXX

Mara volvió en sí misma de un sobresalto. Con la mirada perdida, buscó a su alrededor un rostro familiar que le indicara el lugar en el que se encontraba. Por desgracia, y por más que parpadeó, la hinchazón de la cara y la lámina vidriosa del sueño le impedían enfocar la vista.

Acarició las sábanas que la cubrían, rígidas y recién planchadas, como las de un hotel, e inhaló tanto como se lo permitió la nariz taponada por… ¿Por qué?

Mara se llevó los dedos a las fosas nasales y palpó un fino tubo de plástico. ¿Un dilatador nasal? ¿Estaba en un hospital, y por eso olía a desinfectante y a enfermedad?

¿Quién emanaba ese hedor a desinfectante? ¿Era ella?

No podía estar en un hospital.

Se incorporó abruptamente y notó un tirón en el brazo. Tenía una sonda intravenosa, la reconoció apenas la rozó con los dedos; de uno de ellos, el índice, sobresalía una pinza blanca, a juego con el resto del ajuar.

Un pulsioxímetro.

No solo «estaba» en un hospital. Estaba *ingresada* en el centro.

Inmediatamente, intentó retirar las sábanas y salir de allí cuanto antes. No le constaba que los miembros de El Séptimo Círculo tuvieran prohibido recibir cuidados médicos, pero dado que dependían de Xaphan y de sus propias habilidades para tratarse tras las guardias, Mara suponía que no podía estar allí. Que, en el caso de tener una lesión, habría de acudir a Valthessar para sanar su cuerpo inmortal y no revelar al mundo su naturaleza distinta.

«¿Una lesión?», la voz interior detuvo su silogismo. «¿Qué lesión?».

Mara hizo un esfuerzo por recordar dónde había estado antes de llegar allí. Debían de haberle proporcionado morfina o algún relajante muscular para nublarle el juicio, porque no fue hasta unos segundos después que acudieron a su mente algunos flashes de las últimas veinticuatro horas.

Y, entonces, deseó no haberlo recordado. Ni siquiera estar despierta.

Oyó la voz de Leviathan, a horcajadas sobre su espalda. Los dedos retirándole la ropa interior. El golpe contra la puerta. El hombro dislocado. El modo en que había tratado de huir, conduciendo a toda

velocidad, con la mala suerte de que sus miembros dejaran de responder y perdiera el control del vehículo.

Había estado a punto de morir. Antes de perder el conocimiento contra el volante, una certeza había cruzado su pensamiento con una nitidez reveladora: no sobreviviría a aquel percance. Y, aunque estaba de cuerpo presente en aquel hospital, luchando por volver en sí misma, una parte de ella sabía que no se había equivocado en sus pesquisas, porque no había regresado entera. Lo supo en cuanto el pulso se le aceleró, este reflejado en el apresurado pitido de la máquina a la que estaba conectada, y empezó a gritar desconsolada con una falta de autocontrol que la verdadera Mara, la Mara valiente que siempre había querido ser, habría despreciado.

¿Y si Leviathan la había encontrado y llevado al hospital? ¿Y si no estaba en un hospital, sino en algún sótano del Enclave? ¿Y si volvía a buscarla? ¿Y si en realidad estaba muerta y aquello era lo que había al otro lado…?

—Cálmese. Todo está bien —le dijo una voz desconocida. Notó el peso de una mano sobre la suya, la palma fría como un témpano. En lugar de estremecerse de pavor, agradeció el tacto fresco, que se contrarrestaba con el sudor ardiente por la fiebre que empezaba a salpicarle la frente—. Señorita, está usted en el hospital Podlesí, en Třinec. Llegó a urgencias con una serie de lesiones, todas ellas lo bastante graves para requerir su hospitalización. Aunque necesita reposo, puede respirar tranquila. Se encuentra a salvo.

Mara ni siquiera se preguntó por qué aquella mujer había conseguido contestar todas las preguntas que necesitaba responder con urgencia. Más bien le extrañó que lograra apaciguar sus nervios habiendo empleado un tono seco y conciso, casi se podría decir robótico, salvo por un detalle que Mara no habría podido captar estando fuera de sus cabales: la desconocida estaba furiosa y trataba, con gran éxito, de disimularlo.

—Le he subido un punto la morfina, pero le agradecería que permaneciera despierta para poder informarla del resultado de sus pruebas.

La puerta del dormitorio se abrió de golpe, sobresaltando nuevamente a Mara. Aunque empezaba a notar los efectos inmediatos de un relajante intravenoso, se estremeció de incomodidad cuando apareció un grupo de hombres en la habitación. Lo encabezaba un impaciente y preocupado Valthessar. Detrás, no menos inquietos, pero sí más cautelosos a la hora de demostrarlo, lo seguían Abraxas y Dagon.

Mara apartó la mirada para evitar que la vieran en pésimas condiciones. O, por lo menos, para ahorrarse la lástima que atisbaría en la expresión del *rex*.

—¿Qué pruebas? ¿Cuáles son esos resultados? —exigió saber Valthessar.

La desconocida, que había permanecido de pie junto al gotero como una estatua de mármol, se giró hacia los recién llegados.

Una mirada de hito en hito fue suficiente para ponerlos firmes.

—Disculpen, pero ¿quién les ha dado permiso para entrar? —inquirió con sequedad.

Dagon y Abraxas se miraron entre ellos.

—Soy su pareja —ladró Valthessar.

—No veo ningún anillo en su dedo —replicó la desconocida, que Mara supuso, juzgando por la bata de hospital, que era doctora. Sobre el bolsillo del que colgaba un diminuto bolígrafo de botón, había bordados una inicial y un apellido: I. Vaccari—, y me temo que solo entra la familia directa.

—Yo soy su familia —insistió Valthessar.

La doctora Vaccari entornó los ojos.

—Eso habría que verlo. La paciente no está lista para recibir visitas. Y yo, como su médico de guardia, no voy a permitir que se la moleste mientras descansa.

—Y no la molestaremos —juró Dagon con solemnidad, alzando una mano—. Solo queremos conocer los resultados de las pruebas.

La doctora Vaccari posó su mirada calculadora en cada uno de los presentes, sin duda haciendo un juicio de valor en función de sus aspectos y actitudes. Permaneció inexpresiva durante el escrutinio, un detalle tan llamativo como ella misma; tanto así que Mara pudo dejarse llevar por la curiosidad que le inspiraba.

La especialista era menuda. No debía medir más de uno cincuenta y cinco, pero compensaba la escasa estatura con unos impresionantes tacones de aguja que no parecían molestarle en los pies. Tenía el cabello más largo que Mara hubiera visto jamás, y lo llevaba suelto a la espalda. Se confundía con la tela blanca de la bata, pues el suyo era un rubio nórdico más propio de las hadas de cuento, de las sirenas o de las albinas que de las mujeres con su apariencia. Y su apariencia era fría, pero sin que pareciera del todo rescatada de otro mundo. En la aleta de la nariz, una nariz que apenas podía sostener el peso de las gafas cuadradas, brillaba un arete plateado, a juego con sus ojos rasgados y potenciados por un maquillaje atrevido.

Verla apaciguó instantáneamente a Mara. ¿O era el efecto de los sedantes? Poco importaba. Mara pudo concentrarse en la insólita apariencia de la doctora, en su belleza de las nieves, y olvidar por completo el lastre del que ansiaba deshacerse, aunque fuera durante unos minutos. Tenía la sensación de que aquella mujer de metro y medio la protegería con sus propias manos incluso del mismísimo demonio, y no se equivocó cuando la vio abrazar la carpeta que

sostenía y encaró a Valthessar.

—Ustedes han traído a la paciente al hospital, ¿no es así?

—Sí.

—Mara Horák, natural de Telč, a la que, por residencia, le corresponde la consulta médica del centro de Praga —recitó de memoria, sin cambiar de expresión o modular el tono. Parecía un autómata, y eso, lejos de inquietarla, le fascinó—. ¿Por qué dejarla en las urgencias de Třinec, que queda a tres horas de su residencia oficial, y sin número de contacto para llamar a sus familiares?

Valthessar se giró hacia Abraxas con una ceja alzada. Este apenas podía contener el nerviosismo, que se reflejaba en el modo en que se frotaba la cara.

—Leí en Internet que es el hospital mejor considerado de toda Chequia —murmuró el gigante, posando sus ojos escarlatas en la enferma.

Mara sostuvo su mirada culpable con el alma en vilo. Podía imaginarse el sufrimiento que le habría provocado ver a una mujer, a una *anandha*, en las mismas circunstancias en que Astaroth podría haber sido atacada, y sin que él pudiese haberla protegido.

—No hay número de contacto porque no tiene familia —apostilló Valthessar.

Aquel comentario le provocó náuseas. Mara se encogió, sobrecogida por la desagradable verdad que no podía aceptar.

—Usted acaba de decir que es su familia —acotó la doctora.

—Y usted ha dicho que no cuento como familia directa, así que me he excluido para evitarnos la pérdida de tiempo y la discusión —masculló Valthessar a toda prisa—. ¿Qué pasa con las malditas pruebas?

La doctora Vaccari estiró el cuello para mirarlos a todos desde su posición superior.

Mara solía pensar que, al lado de Valthessar, Abraxas o cualquier otro penitente de El Séptimo Círculo, hasta un culturista empequeñecería en comparación, pero la mujer que tenía delante logró sembrar la inquietud entre los presentes con solo atravesar de una mirada al *rex*.

—Las pruebas constatan lo que he visto en cuanto le he hecho el primer reconocimiento. La paciente se ha visto involucrada un choque frontal al volante de un vehículo, presumiblemente un todoterreno. —Ni siquiera pestañeó al agregar—: Pero también ha sufrido una agresión a manos de un hombre de dimensiones considerables, como podrían serlo los tres especímenes que tengo delante.

—¿Qué demonios está insinuando? —gruñó Abraxas.

—No he insinuado nada —repuso sin pestañear—. Solo digo que, si traen a una mujer a las urgencias de un hospital de una ciudad

desconocida con la intención de que este reconocimiento no conste en su expediente, no la identifican ni dan un número de contacto, y, para colmo, la paciente palidece en cuanto los ve entrar, no sé ustedes, señores, pero a mí me parece que el agresor podría ser alguno de los presentes. Y, evidentemente, no soy yo… Aunque podría serlo —apostilló—, porque me sobra mal talante para sacarles a patadas de esta habitación si me dan un buen motivo.

Valthessar dio un paso adelante con el gesto ensombrecido.

—¿Cree que hemos sido nosotros los que le hemos hecho daño?

La doctora Vaccari imitó su avance, aunque no con aire beligerante, sino relajada, para encararlo con la cabeza echada hacia atrás. Se subió las gafas hasta ponerlas en su lugar, pegadas al tabique, e inquirió:

—¿Es usted siempre tan perspicaz, o es que esta noche está sembrado?

Mara creyó ver una chispa de interés sexual en la mirada de la doctora, pero se convenció de haberlo soñado.

Valthessar apretó la mandíbula para contener una blasfemia.

—Jamás le pondría la mano encima.

—Apuesto a que eso dicen también los hombres que forman parte del elevado porcentaje de agresores sexuales de este país —recitó Vaccari en tono desapasionado.

Valthessar se quedó en blanco, y Mara, por extensión, palideció asimismo al recibir su mirada espantada.

—¿Agresión sexual? —repitió Valthessar—. ¿En las pruebas hay…?

—No, no consta que la hayan forzado, pero ha llegado desnuda. Envuelta en una manta, como el Niño Jesús en el portal de Belén. —La doctora Vaccari ladeó la cabeza—. Debió perder la ropa en alguna parte, ¿no le parece, señor?

Valthessar se tambaleó sobre su eje y retrocedió instintivamente. Dagon se adelantó, poniéndole una mano en el hombro, y se dirigió a la especialista con su tono más amable.

—No somos familia directa, es cierto, pero Mara nos considera sus amigos… o nos lo consideraba antes de que tardáramos en responder a su llamada de auxilio. —Posó una mirada de disculpa, cargada de remordimientos, en ella. Sus ojos ámbar la conmovieron en el acto—. Tal vez deba romper alguna regla del hospital, pero… ¿Podría hacer una excepción y decirnos cómo se encuentra? Yo la atendí antes que usted, le lavé las heridas e improvisé algunos vendajes, pero no soy especialmente avezado en esto de la medicina.

La doctora Vaccari le sostuvo la mirada, también atraída por el físico del segundo espécimen, hasta que optó por delegar la decisión final a la involucrada.

—¿Qué dice usted? ¿Reconoce a alguno de esos sujetos como su

agresor? ¿Le gustaría interponer una denuncia? El parte de lesiones ya ha sido redactado, por si quisiera entregárselo a las autoridades. Yo misma me he encargado.

A Mara le habría encantado hacer una de sus bromas irreverentes para romper el hielo, pero sentía que, si hacía el esfuerzo de reírse, se quebraría y empezaría a llorar sin consuelo. Tan solo asintió con la cabeza y murmuró:

—Pondré la denuncia. —Pausa necesaria—. Pero no contra ninguno de ellos.

—¿Está conforme con que lea el parte ante el grupo?

—Sí.

—De acuerdo. —Desplegó la carpeta con unas manos que parecían de porcelana, lo revisó de un vistazo rápido y recitó, sin volver a leer —: Tenía un golpe especialmente aparatoso en la base de la cabeza. Sangraba con profusión, así que se le han proporcionado siete puntos en total y una receta de analgésicos. Habrá de quedarse para las curas, revisión y retirada de los puntos. Para descartar lesiones cerebrales, se le han hecho exámenes físicos y neurológicos: una TAC y una resonancia magnética, ambas con resultados favorables. En cuanto al resto del cuerpo, mucho me temo que será imperativo el uso de muletas, que se le ha roto una clavícula, por lo que necesitará una escayola, y las cervicales sufrieron especialmente por el impacto, de ahí el collarín, que no podrá quitarse hasta pasadas un par de semanas.

»Por lo demás, se le han desinfectado las heridas y vendado algunas zonas sensibles. Deberá pasar en observación un par de días más, y luego podrá irse a casa con los medicamentos que necesite para mantener a raya el dolor.

Aunque la doctora recitaba las lesiones como si acabara de estudiarlas para un examen, sin ningún tipo de afectación o entusiasmo, Mara se quedó lívida. Apenas había pasado diez, quince minutos en compañía de Leviathan, y aquel había sido el resultado. Pasaría semanas, quizá incluso meses, tratando de volver a encontrarse en condiciones de caminar con normalidad.

—Por otro lado —continuó, fijando su mirada de hielo en ella—, se le proporcionará ayuda psicológica. Su seguro cubre los servicios del ala de salud mental, y yo le recomiendo con encarecimiento que eche mano de alguno de nuestros especialistas para reponerse del trauma al tiempo que su cuerpo se va regenerando.

—Ayuda psicológica —repitió Valthessar, petrificado. Asustado y sin entender, buscó la mirada de Mara—. Tú no necesitas de eso, ¿no? Estás… estás bien.

Mara no se perdió la expresión de la doctora Vaccari, que hizo una mueca desdeñosa ante el comentario de Valthessar antes de darse la

vuelta.

—Si necesita cualquier cosa, señorita, pulse el botón y una enfermera la atenderá.

Mara tosió antes de balbucear:

—¿Y si quiero que me atienda usted?

—Tendrá que abrirse la cabeza de nuevo, me temo. Aunque esté cubriendo un turno de urgencias como favor personal, soy neurocirujana y me limito a revisar las pruebas, como la TAC que guardo aquí dentro —tamborileó las uñas, una manicura perfecta, contra la carpeta—, y a llevar a cabo operaciones de alto riesgo. Si quiere que le suban la morfina o le acerquen un vaso de agua, habrá de conformarse con los uniformes celestes.

Dicho aquello, se encaminó a la salida, no sin antes echarle una mirada de arriba abajo a Valthessar, de quien claramente desconfiaba.

—¡Un momento! —intervino Dagon, avanzando un paso hacia ella —. ¿Cómo ha sabido que el choque ha sido con un todoterreno? ¿Y que la agresión la llevó a cabo un hombre de dimensiones similares a las nuestras?

La doctora Vaccari colocó un mechón de pelo blanco tras su minúscula oreja. De lejos, sus ojos eran tan transparentes que parecía ciega.

—El peso medio de un vehículo de cuatro puertas es de mil ochocientos kilos, más o menos; los todoterrenos, en cambio, suelen cuadruplicar ese peso. Si el coche en el que la señorita conducía hubiera sido ligero como una pluma, habría salido propulsada por el salpicadero y sus lesiones serían más graves, pero el impacto ni siquiera hizo que el coche derrapara. Lo mismo pasa con la descripción del agresor. Para romper un hueso, se necesita ejercer una fuerza de tensión de ciento veinte newtons, y… —El busca de la doctora interrumpió la descripción. Echó una ojeada a la pantalla antes de volver a colgarlo del cinturón. Se despidió de Dagon agregando—: Física básica, en definitiva.

—No sea ridícula. Ha supuesto que nosotros éramos los agresores porque nos ha visto mala pinta, porque cualquiera puede romper un hueso; incluso un niño de diez años —espetó Valthessar, reteniéndola un segundo más bajo el umbral.

La doctora se giró y lo miró de arriba abajo.

—Si tuviera que describirles, no utilizaría la expresión «mala pinta». No me amedrentan con sus dimensiones. De hecho, me resultan atractivos. Con el caballero de ascendencia afroamericana me iría a la cama. —Señaló a Abraxas con toda naturalidad—. Pero es cierto que no tienen el aspecto de un jugador de petanca o un abogado de violencia de género; más bien de luchador de artes mixtas.

Lejos de mostrarse divertido con el comentario, Valthessar

masculló:

—Las cosas no siempre son lo que parecen, ¿sabe, señorita Vaccari?

—*Doctora* Vaccari. Irving Vaccari —corrigió, más por costumbre que por el deseo de reivindicar su título—. Y, hasta ahora, señor, nunca me he equivocado al fiarme de las apariencias. Todo lo que se ve suele ser todo lo que hay.

»Por cierto… Le recomiendo echarse colirio en esos ojos rojos —apostilló, mirando a Abraxas—, incluso una revisión de urgencia en el oftalmólogo. No tienen muy buen aspecto.

—Es que no duermo bien —acotó el aludido con sequedad.

—No me diga. Pues si quiere coger el sueño, o bien tener la excusa perfecta para pasar la noche en vela, podríamos quedar un día de estos. Ya sabe dónde encontrarme —propuso la doctora, sin ápice de coquetería.

Inmediatamente después, desapareció escoltada por el eco de sus tacones sobre el suelo de vinilo.

—Pues lo que yo veo en usted es a una estirada —gruñó Valthessar.

—Yo veo a una mujer increíble —replicó Dagon. Se giró hacia Abraxas, tratando de aligerar la tensión del ambiente—. ¿Y tú, que eres el que le ha gustado?

—No me atraen las rubias —acotó Abraxas—. Ni tampoco las mujeres atrevidas.

En cuanto se hubo extinguido el repiqueteo del caminar de Vaccari y solo quedó el barullo de las conversaciones, los sollozos de la sala de espera y las camillas empujadas de un lado a otro, Mara volvió a inquietarse.

Si bien la morfina había logrado embotar sus sentidos hasta ayudarla a alejar la pesadilla, estuvo a punto de pulsar el botón y rogar por una compañía que no la obligara a reproducir, palabra por palabra, lo que había ocurrido con Leviathan. Por desgracia, no se veía capaz de expresar los que eran sus deseos, y ese enmudecimiento la enrabietó, porque la mujer postrada en cama y acobardada ante la mirada de Valthessar no era ella. Era una parte de ella, asustada y en apuros, que le habría gustado que nadie conociera nunca.

Como si hubiera presentido que Mara estaba a punto de llorar, Valthessar ordenó:

—Salid. Quiero hablar con ella.

—¿Estás seguro? No creo que sea el mo… —empezó Dagon.

—Si te digo que salgas, callas y obedeces —bramó, encogiendo a cada uno de los presentes.

Dagon no insistió, y, tras lanzar una mirada de disculpa a Mara, disculpa que ella podría haber aceptado mas prefirió ignorar, salió en pos del acongojado Abraxas.

Entonces se quedó a solas con el único hombre que hubiera

preferido que permaneciera en la sala de espera.

Capítulo XXXI

Valthessar esperó a que Dagon hubiera cerrado la puerta tras él para posar en Mara una mirada cautelosa. Se estaba midiendo más allá de sus capacidades para no mostrarse aprensivo o vulnerable, dos emociones que Mara no querría atisbar en su expresión.

Ni en el estado en que se encontraba, ni nunca.

Si bien su *anandha* no poseía la fuerza física y las habilidades sobrenaturales que caracterizaban a los miembros de El Séptimo Círculo, siempre había querido que se la tratara como a una más, y el *rex* no había tenido inconveniente en complacerla en ese aspecto hasta ese momento.

Mara parecía frágil, cuando solía ser un terremoto imparable; una mujer vivaz e irreverente que, o bien se amaba, o se odiaba, pero rara vez le era indiferente a nadie. ¿Quién no parecería frágil postrado en una cama, y con lesiones de esa gravedad? Valthessar solo la había visto al borde de la muerte en otra ocasión, cuando Abraxas, creyéndola cómplice de la muerte de su *anandha* Astaroth, arremetió contra ella.

Aunque un arranque irascible de Abraxas no era asunto menor, Valthessar tenía el presentimiento —y en cuestiones entre *anandha* y penitente, la intuición podía al sentido común— de que la situación no era, ni de lejos, parecida. En esta ocasión no se sobrepondría apoyándose únicamente en su imparable fortaleza de carácter.

Avanzó hacia el borde de la cama con prudencia, esperando que Mara se comportara, una vez más, como todo lo contrario a lo que cabría de esperar de una esposa eterna. Si le ordenaba que se largara o lo abofeteaba por culpable, Valthessar no se sorprendería lo más mínimo. Pero ya debería haber imaginado que no acertaría al tratar de anticiparse a sus actos. Mara siempre encontraba el modo de dejarlo boquiabierto, como hizo entonces al apartar la mirada.

Ella jamás le había apartado la mirada. Tanto si era rabia, tristeza o alegría lo que reflejaba su expresión, a Mara no solo no le importaba hacerle cómplice de los que eran sus sentimientos, sino que le retaba a ser el primero en quitar la cara.

—Mara —murmuró Valthessar. Carraspeó al tiempo que buscaba su mano pálida, aquella en la que sobresalía el pulsioxímetro. Se quedó en blanco. ¿Qué se decía en esos casos?—. Mara, si necesitas…

—Estás haciendo un gran esfuerzo por no soltarme «te lo dije»,

¿verdad? —interrumpió Mara. No tenía energía para exteriorizar su rabia, pero seguía latiendo en ella—. Porque me lo advertiste. Me dijiste que no podía ir por ahí como una mortal del tres al cuarto, haciendo lo que me diera la gana; que, tarde o temprano, me trincarían, y, mira por dónde, lo han hecho.

Valthessar contuvo una maldición. Solía clamar al cielo cada vez que Mara se ponía difícil e intratable, pero en esa ocasión le parecía justo que lo pagara con él.

—Me has dicho cientos de veces que no quieres a tu lado a la clase de hombre que dice «te lo dije» —expresó con tiento—, así que ya he aprendido hasta a evitar pensarlo.

Valthessar atisbó media sonrisa irónica en su rostro vuelto en la dirección contraria.

—Tampoco quiero a mi lado a la clase de hombre que me prohíbe tener la vida que deseo, pero mírame.

Valthessar tenía que esforzarse por no alzar la voz. Llevaba veinticuatro horas al borde de la desesperación. Había entrado en el hospital con el alma en vilo, y estaba ansioso por llegar a la mansión y cobrarse su venganza contra Qadira. No lograba reunir la paciencia necesaria para esperar a saber de sus labios qué había ocurrido, cómo se encontraba y qué necesitaba. Los dedos le picaban por la necesidad de estrecharla entre sus brazos y saberla no ya viva, sino tan vital y ardiente como siempre.

Esas últimas horas habían sido un auténtico infierno para él, pero no podía decirlo. Ella lo interpretaría como que ansiaba protagonismo o anteponía su propio bienestar o el de El Séptimo Círculo al de su *anandha*, y no podía seguir dándole razones para alejarlo de ella.

—¿Qué pasó? —inquirió al fin, tras unos instantes de tensión.

—Ya has oído el parte de lesiones —respondió con indiferencia—. Apuñalé a Leviathan en el cuello con unas llaves y salí corriendo antes de que me matara. Como no estaba en condiciones de conducir, me salí de las vías y me choqué con… No sé si era un árbol o una valla. No lo recuerdo.

»El mamón al que buscas me estaba esperando en la casa de Telč, si eso es lo que quieres saber —agregó en voz baja, sin ánimo.

—Me lo imagino. Todo ha sido una trampa de Qadira.

Con lentitud, Mara se giró hacia Valthessar. Debía de tener la cabeza embotada por la medicación, además de que la fragilidad del vendaje la obligaba a ser muy cuidadosa con sus movimientos.

—¿Mentirme sobre la mala suerte que corrieron mis padres también fue una trampa de Qadira? —preguntó, atravesándolo con la mirada vidriosa. Sus ojos, de un azul oscuro que de lejos parecía negro, brillaban como zafiros en su rostro lívido.

Era Mara, pero, al mismo tiempo, no lo era.

—¿De veras quieres discutir sobre eso otra vez? —inquirió con un nudo en la garganta.

—Eso es lo peor, Valthe. Que no quiero seguir discutiéndolo.

Él no entendió a qué se refería y suspiró, resignado.

—Podría decirte que lo siento, que me equivoqué, que no sabía lo que hacía…, pero estaría insultando tu inteligencia. Quieres que sea honesto, y esta es la verdad: hice lo que me parecía correcto para protegerte.

—Pues me has hecho daño —musitó Mara, apartándole nuevamente la mirada.

Valthessar se quedó helado.

—No estarás insinuando que el ataque ha sido mi culpa —jadeó, anonadado—. Si esto ha pasado, es porque te apar…

Se calló al caer en la cuenta del «te lo dije» implícito en la frase, pero fue tarde. Ella ya lo había deducido.

—Porque me aparté de ti, ¿no? —completó con desdén—. Eso es lo que ibas a decir. Se supone que, si hubiera permanecido a tu lado, encerrada en casa, no me habrían atacado, ¿verdad?

Si Valthessar no hubiera llevado un par de milenios de historia a las espaldas, tal vez se hubiera ruborizado de vergüenza… o por la rabia.

—Te puedo asegurar que, si hubiera estado contigo, no te habrían puesto un dedo encima.

—Te equivocas. Me habría pasado tarde o temprano. Estoy en una cama de hospital, a punto de morirme, precisamente porque estoy contigo —apostilló, hablando muy despacio.

No había una pizca de ironía en sus palabras. Era pura solemnidad, detalle que alertó a Valthessar y le hizo buscar su mirada.

—Por favor —murmuró, meneando la cabeza—, no me culpes de esto.

—No es tu culpa. Es la mía por haber elegido mal.

Valthessar alzó la barbilla de golpe, alarmado por su voz hueca.

—¿Qué quieres decir con eso?

Mara lo miró a los ojos, los suyos cuajados en lágrimas que, en vano, luchaba por no derramar.

—Mi familia murió por estar involucrada con La Sociedad, una de las dos razas protectoras de La Tierra —gimoteó entre sollozos—, y yo, creyéndome una heroína, me metí en la boca del lobo en busca de la verdad, o de la justicia, o de reconocimiento, o qué sé yo. Pensaba que estaría preparada para todo por el simple hecho de poseer un don, porque no me quedaba nada en la realidad alternativa, en esa vida humana que podría haber escogido…, pero cometí un error.

»Yo no puedo hacer esto, Valthe.

Él aguantó la respiración un instante. Tragó saliva, arrastrando

consigo el nudo que se le había formado en la garganta.

—Claro que puedes. Eres la mujer más fuerte que he conocido.

—Fuerte no es lo mismo que temeraria, y yo soy lo segundo. Tú mismo me lo has reprochado mil veces. Me arriesgo sin valorar las consecuencias de mis actos, de las que rara vez me hago cargo. Ahora es cuando debería estar demostrando mi fortaleza, y lo único que quiero hacer es huir.

Valthessar tuvo que recordarse que el cuerpo herido de la joven no soportaría la cercanía del suyo. Se conformó con tomarla de la mano y estrecharla.

—Es normal tener miedo…

—No quiero que sea normal tener miedo —le cortó con sequedad —. No quiero que sea normal despedir a mi novio todas las noches porque se va a arriesgar su vida por la humanidad. No quiero que sea normal permanecer encerrada en una casa porque poner un pie en la calle pueda llevarme directa al hospital. No quiero esto, Valthe. No lo quiero —deletreó, despacio.

—¿No me quieres a mí, tampoco?

Mara hizo un puchero y cerró los ojos. Con la mano libre, se secó las lágrimas con cuidado de no presionar las mejillas inflamadas con más fuerza de la debida.

Luego lo miró.

—Me importas, sabes que me importas…, pero no puedes ser lo único que le da sentido a mi vida. Si pienso en limitarme a orbitar a tu alrededor durante el resto de mi existencia, yo… —Meneó la cabeza —. Lo siento. No puedo.

Valthessar había estado negándose a aceptar lo que implicaba el discurso de Mara, pero cuando ella le retiró la mano que había estado sosteniendo, tuvo que hacer frente a la verdad.

Una verdad insoportablemente dolorosa.

—Mara, esto que ha ocurrido no se volverá a repetir. Te lo juro por mi vida —le aseguró en un arrebato apasionado—. Entiendo que estés aterrorizada, entiendo que…

—¡No, no lo entiendes! —le espetó, furiosa porque hubiera insinuado que se encontraban al mismo nivel—. ¡No lo entiendes porque tú, desde el preciso momento en que naciste, fuiste entrenado para matar! Fuiste un guerrero egipcio, luego un empíreo marcial, después un penitente. Llevas milenios enfrentando a los enemigos de La Magna, y no con resignación, sino con gusto. Tú no sabes lo que es sentir miedo porque te acorralan contra el suelo, porque no permitirías que te tumbaran, o sabrías levantarte en tiempo récord. Y tampoco te imaginas lo que asusta que te amenacen con violarte solo para «darle una lección al *rex*».

Valthessar presionó la mandíbula para contener la sed de sangre.

—Tal vez no —reconoció con ánimo lúgubre—, pero sé lo que es que acorralen contra el suelo y amenacen a la mujer que… —Tragó saliva— que me importa.

Mara se quedó en silencio, contemplando con aire nostálgico el paisaje que se extendía al otro lado de la ventana. Poco había que ver de madrugada, salvo un cielo plomizo y las siluetas de los edificios emborronadas por una fina capa de neblina.

Fue él quien rompió el silencio, acongojado por la mudez de la joven.

—Mara, dime que volverás a casa con nosotros. Tendrás tiempo para recuperarte, para descansar, para afrontar esta situación del mejor modo posible. Si necesitas ayuda psicológica, o de cualquier tipo, se te proporcionará…, pero, por favor. Haz un esfuerzo. Por ti, sobre todo, pero también por todos los que te quieren.

Mara sonrió con amargura, reteniendo el llanto.

—Ya nadie me quiere —replicó con un hilo de voz—. ¿No ves que me he quedado sin madre, sin padre y sin hermana?, ¿que a mi tío le arrancaron medio corazón y apenas tenía derecho a amar hasta hace poco, y que tú ni siquiera me conoces?

Valthessar quiso replicar que eso no era cierto. Tal vez no la hubiera amado en el preciso instante en que la conoció, cuando le cegó el deseo, ni tampoco en los días posteriores, cuando Mara demostró que podía ser un auténtico incordio, pero, con el paso de los meses y las complejas situaciones que se habían visto en la obligación de afrontar con El Séptimo Círculo y las caricias con las que ambos se buscaban por las mañanas, las tardes y algunas noches, Valthessar había empezado a sentir algo más que una pasión desmedida e irracional hacia ella.

Siempre se decía que no la soportaba. Y era cierto, en parte. No soportaba su mal humor matutino, su tendencia a burlarse de todo el mundo en plena reunión de El Séptimo Círculo, su manía de decir «mi novio», como si su relación no hubiera sido marcada por La Magna y el destino, sino que se tratara de una decisión tomada sin pensarlo demasiado. No soportaba su desorden, que fuera desnuda por toda la casa, que conociera sus puntos débiles mejor que él mismo y, sobre todo, que llevara con encanto y naturalidad la misma obsesión romántica que a él le impedía dormir, obligándole a pasar las noches tendido sobre el costado, admirándola como un lunático y un bobalicón.

Pero, si no lo soportaba, no era porque la odiara o no fuera la mujer indicada para él. En realidad, le costaba asumir los sentimientos que le inspiraba, cómo le hacía pasar del cero al cien y del cien al cero en cuestión de segundos; cómo dependía del humor de Mara para que el día fuera maravilloso.

La quería. Se dio cuenta en ese momento. Pero el golpe de realidad fue tan intenso que se quedó estático en el sitio, sin saber cómo demonios afrontar esa verdad, ni mucho menos el modo de expresarla.

—Valthe… —Notó que Mara le rodeaba la mano con dedos temblorosos. Le costó enfocar la vista en ella, y, cuando lo hizo, lamentó no haberse marchado, porque en su expresión brillaba la determinación de una decisión firme. Una que no le gustaría—. Si hubiera sido feliz antes del ataque, te aseguro que habría intentado recuperarme a tu lado. Pero tú sabes que yo no era feliz.

Valthessar notó una punzada de dolor en el pecho que se fue intensificando con el paso de los segundos hasta que tuvo que doblarse disimuladamente sobre sí mismo para sobrevivir.

No entendía qué le estaba ocurriendo, por qué de pronto temblaba, si es que La Magna lo estaba castigando por no haber sabido retener a Mara. Al final, la miró a los ojos y supo que nadie le estaba infligiendo un sufrimiento sobrenatural. Era así como se sentía ser incapaz de hacer feliz a la persona que uno quería.

Y se sentía como si le hubieran arrancado el corazón.

—Me abandonas —comprendió, vacío por dentro.

Ella asintió con la cabeza, conteniendo la respiración.

—Tengo que aprovechar que no le debo lealtad a nadie para vivir la vida que deseo. Te parecerá precipitado, pero cuando Leviathan estaba sobre mí, cuando iba conduciendo y pensaba que iba a morir… No pensé en ti ni en cuánto te… te admiro —balbuceó, azorada—, sino en que iba a morir, como mi madre, mi padre y mi hermana, sin haberme ganado la segunda oportunidad que me había sido concedida. Sin haber hecho nada de lo que estuviera orgullosa o que, como mínimo, me hubiera llenado.

—Así que además de hacerte infeliz, te vacío —masculló con amargura—. Bueno es saberlo.

—No es tu culpa. Es la vida que llevas. Yo no… Cuando Qadira dijo aquello de…

—¡Qadira es una jodida traidora! —explotó, enfurecido.

—Puede ser una gorgona o un dragón de tres cabezas, pero el día que la conocí me dijo algo que no se me ha olvidado: que algunos penitentes no abandonaban la estrategia bélica de su clan de penitentes porque, sin ella, se sentían incompletos. Si tú no tuvieras objetivos pendientes de cumplir, no serías feliz conmigo, Valthe. Teniendo que conformarte conmigo, solo conmigo, también te sentirías vacío.

—No intentes hacerme ver esto como un favor —le advirtió con el dedo en alto—, porque no siento que me estés salvando la vida.

—Estoy salvando la mía —reconoció con solemnidad—, y, en el proceso, te doy a ti una oportunidad.

Esta vez fue Valthessar quien le retiró la mano, no tan enfadado como dolido. Pero era el *rex* de El Séptimo Círculo, y no podía admitir su gran debilidad.

Así pues, camufló la inmensa decepción con una actitud despechada.

—Yo no quería otra oportunidad. Te quería a ti —ladró, enrabietado—. Pero si estás decidida a largarte, no pienso ponerme de rodillas para rogarte. Ya te dije una vez lo que hay, Mara, y las cosas no han cambiado. No puedes elegirme a mí o elegir otro destino, porque tu pasado, presente y futuro estarán vinculados a mí hagas lo que hagas. Me perteneces, y yo te pertenezco a ti. Pero ya veo que no puedes soportar la idea de quedarte a mi lado, así que no seré quien ponga trabas a tu marcha.

»Lo único que no te pido, sino que te exijo, es que le comuniques a La Magna tu decisión y que esta te coloque un escolta, alguien que te proteja de cerca aun cuando dejes El Séptimo Círculo. Porque, si te pasara algo…

Valthessar perdió la respiración con solo pensarlo.

«Si te pasara algo, me moriría», le habría dicho, pero habría pecado de redundante. Mara ya sabía lo que pasaba con los penitentes que perdían a su *anandha*. Sufrían un proceso de degradación hasta que se convertían en criaturas marchitas, tentadas por el Gran Grimorio. No se le escapaba esa información, y había decidido, aun así, no solo abandonarlo a su suerte, sino condenarlo al peor de los castigos.

—Te lo prometo —murmuró Mara—. No pienso pedir perdón por anteponer lo que es bueno para mí, pero tampoco quiero que te marches odiándome. Esta decisión no implica que vaya a permitir que sufras. A fin de cuentas, ya no eres técnicamente un penitente. Eres un empíreo perdonado que sigue protegiendo La Tierra. Mi ausencia no te matará.

«Ahí te equivocas», le habría gustado responder. No lo hizo porque no la conmovería, y porque, aun si tuviera el poder de hacerla cambiar de opinión, Valthessar no la manipularía. Era demasiado orgulloso para suplicarle a una mujer a la que no le importaba lo suficiente.

Asintió con la cabeza, enmudecido por el shock que lo protegía del dolor más inhumano, y se dirigió a la puerta poniendo toda su atención en no tambalearse. Desde allí lanzó una última mirada a Mara, lamentando que la visita no se hubiera dado como le habría gustado. Se habría tendido a su lado, la habría abrazado, besado y consolado…

Pero la suya tenía que ser la mujer más complicada de todas.

«Maldita sea».

—Adiós, Mara —articuló bajo el umbral, forzándose a conservar la

compostura—. Espero que la vida que deseas te dé la bienvenida con ganas y te acoja como mereces. Pero si no lo hace —agregó antes de marcharse, guiado por la rabia—, a mí no vuelvas a buscarme.

Capítulo XXXII

Qadira no se enteró del viaje a La Sociedad. Mientras aún descansaba en la cama de Dagon, vendada como una momia milenaria y presa del delirio, le pareció oír la voz del regente Aladiah. Apenas unos instantes después, perdió el conocimiento a causa de la fiebre, una de las numerosas consecuencias de varias heridas infectadas.

Creyó viajar recostada en la parte trasera de un vehículo, y que un hombre le hablaba con paciencia para tratar de despertarla, pero bien podría haberlo soñado.

En aquel período de ensoñaciones febriles, volvió a ver el rostro de Evra, sintió la intensidad de los golpes de Leviathan y se vio a sí misma tendida en el corazón del claro, luchando por ella y por el pequeño para levantarse y regresar con El Séptimo Círculo. Por un momento había creído que le costaría la cordura, cuando no la vida. Lejos de sentirse orgullosa de la hazaña de no haber muerto en un charco de su propia sangre, una parte de ella lamentaba que Leviathan no la hubiera matado. Así se habría ahorrado la visión de un niño cuyo destino más favorable habría sido la muerte, ya que la alternativa era permanecer a merced de un asesino como Leviathan, y habría evitado, asimismo, contemplar la decepción en el rostro de Dagon.

Aturullada por el movimiento y por su actual incapacidad para tomar decisiones sin asistencia, Qadira alargó una mano, buscando a tientas a quienes la cargaban en brazos. Trató de abrir los ojos y aferrarse a un haz de luz, una porción de pared que le resultara familiar, o solo inhalar el aire, en el que con suerte reconocería un aroma asociado a algún allegado, pero nada.

Las lesiones le habían aletargado los sentidos.

Si alguien quería acabar con ella, aquel era el momento perfecto. Pero nadie se aprovechó de su indefensión para amedrentarla con amenazas.

Qadira sintió que alguien la tomaba en volandas. Inmediatamente después, notó el suave tacto de las sábanas limpias, rígidas por el escaso uso, y el agradable apoyo de una almohada de plumas bajo el cuello.

Qadira suspiró, aliviada. Con esto, el hombre que la acompañaba debió de entender que estaba consciente, porque le dijo:

—Permanecerás en esta habitación hasta que el Consejo se dé por

satisfecho con las explicaciones que ofrezcas para justificar tu confraternización con Leviathan. Es posible que, incluso después de tu cooperación, debas quedarte encerrada por razones de seguridad. Una vez Leviathan sea capturado, serás entregada a La Magna para que decida cuál será tu futuro. Por favor, asiente con la cabeza si me has entendido.

No sin dificultad, y con cuidado de que el vendaje de la parte inferior de la cabeza no se moviera del sitio, Qadira obedeció.

—Gra… —Carraspeó para aclararse la voz—. Gracias, Sublimidad.

No tuvo que explicar por qué se mostraba conmovida.

—Aladiah —corrigió el susodicho, empleando su tono paciente—. Incluso los presuntos traidores merecen un trato humanitario. Gozarás de la hospitalidad de los seráficos mientras estés bajo nuestro techo, y tus lesiones serán debidamente atendidas.

Qadira luchó por abrir los ojos y expresarle al regente su grado de agradecimiento, pero, para cuando logró otear el dormitorio a través de la rendija de los párpados, él ya se había marchado, llevándose consigo la llave de acceso.

Aunque recibiera un trato humanitario, seguía siendo no ya sospechosa, como Aladiah había tenido la gentileza de insinuar, sino culpable, y sería tratada en consecuencia.

Ladeó la cabeza hacia una de las mesillas de la cama individual y observó que habían dejado un papel doblado sobre ella. Con dedos temblorosos, lo tomó y leyó su contenido.

Hay hombres vigilando la puerta de la habitación, el fondo del pasillo y cada una de las salidas del complejo. No intentes huir, pero no porque sepas, sin el menor atisbo de duda, que te pillaremos en el acto, sino porque tengo fe en ti y deseo ayudarte.
No podré hacerlo si me decepcionas.
Aladiah

Qadira no supo cuánto tiempo pasó hasta que la puerta volvió a abrirse.

La habían acomodado en una habitación con la cortina echada, por lo que le era imposible saber si al otro lado del cristal amanecía o ya había caído la noche del día siguiente. Sabía que le rugían las tripas por el hambre y que la fiebre había empezado a remitir, una mejora que, en lugar de aliviarla, la inquietaba por las consecuencias que acarreaba: cuanto más lúcida estuviera, antes volvería a reprocharse. Recordaba la agresión y se llenaba de impotencia; evocaba el rostro de Dagon, que debía de sentirse traicionado, y se le rompía el corazón

por la amargura; pensaba en Evra, si su visión no habría sido un espejismo, y se preguntaba hasta cuándo duraría la esclavitud.

¿Recuperaría en algún momento el pleno dominio de sí misma, sobre sus acciones? ¿Volvería a ser la enérgica y coqueta Qadira que, durante las cruzadas, sus coetáneos admiraron y cortejaron con fervor? ¿Cómo se volvía a la vida después de sufrir experiencias semejantes? ¿Siquiera podría ser una buena madre para Evra, suponiendo que Leviathan cumpliera su promesa? Una mujer rota, herida en el orgullo y la dignidad, sin aprecio por sí misma ni sentido de la lealtad no tenía nada bueno que entregar a una criatura en pleno desarrollo.

No tenía nada bueno que entregar a nadie.

Pensaba en ello cuando una figura desgarbada hizo acto de presencia. La luz del pasillo iluminó parcialmente el dormitorio, pero eran focos artificiales. Qadira seguía sin saber cuánto tiempo había transcurrido desde su encierro.

La recién llegada estaría encantada de ponerla al corriente, a juzgar por su sonrisa apaciguadora y el saludo informal con el que la espabiló.

—Pero bueno, ¿qué es esta oscuridad tan deprimente? —se quejó una voz aguda. No le costó reconocerla. Dicha voz, unida a rasgos tan característicos como los rizos electrificados y la altura desproporcionada, solo podía pertenecer a Darda'il—. No va a entrar mucha luz, porque ya está atardeciendo, pero bueno, menos da una piedra, ¿no?

Se deslizó por la habitación con ese nervio infantil suyo y subió la cortina de un tirón. La calidez de un cielo crepuscular dotó el dormitorio de cierta melancolía. Qadira intentó incorporarse por mera educación, porque las fuerzas le fallaban. Darda'il, consciente de sus limitaciones, se apresuró a ayudarla extendiendo los brazos salpicados de pecas.

—¿Cómo te encuentras? Has dormido diecisiete horas seguidas —apuntó con orgullo, como una enfermera dedicada a su paciente—. Me han prohibido que te visite, pero, entre tú y yo, no se me da muy bien obedecer, así que he entrado unas cuantas veces para supervisar que te bajaba la fiebre y las heridas progresaban adecuadamente. No es que yo sepa mucho de medicina, porque, si terminé el instituto, fue un milagro del Señor, o de La Magna, que me cuesta acostumbrarme al cambio de expresiones religiosas, pero yo creo que no hace falta ser ningún lumbreras para cambiar un vendaje… Espera, ¿ese comentario ha sido despectivo con la labor de las enfermeras? Que yo respeto muchísimo a los trabajadores, ¿eh? Ya me gustaría a mí ser tan útil, si, de hecho, les tengo en un pedestal; ¡no me habrán curado raspaduras y heridas superficiales los médicos de guardia! De pequeña era más

torpe que ahora, y zanja que hubiera, zanja a la que iba mi pie… —Sacudió la cabeza de pronto, como si acabara de recordar que no estaba allí para narrar sus batallitas—. El caso es que he pensado que tendrías hambre. No te has llevado nada a la boca en un buen rato, ¿eh? Y esos músculos que tienes, de Britney Spears en el anuncio de Pepsi, ese en el que sale con Beyoncé y con Pink en un coliseo, pues no se van a mantener solos. Apuesto a que te gustan los batidos de proteínas, de solo clara de huevo. No sé si hay de eso en La Sociedad, así que he pensado en venir, preguntarte qué quieres o llevarte a las cocinas, y que tú comas lo que te apetezca. —Y la miró a la espera de una respuesta.

Qadira esperó unos cuantos segundos para confirmar que había terminado de hablar.

—No me está permitido dejar la habitación —logró articular con la garganta seca.

Darda'il aireó la mano, desestimando su comentario, y se puso en pie de un salto para servirle un vaso de agua. Por lo visto, en una de sus numerosas visitas, le había llevado una jarra de cristal con agua fresca.

—No te está permitido huir —corrigió, sentándose en el borde de la cama. Le hizo un gesto para que se acercara y apoyó el borde del vaso en sus labios para ayudarla a beber—. Si me acompañas en la merienda, no creo que nos expulsen a ninguna de las dos. A lo mejor Aladiah me echa una bronca, pero a eso estoy acostumbrada. Que no es que Aladiah tenga muy mal humor o le guste pelear, ¿eh? Estos últimos días está más simpático que de costumbre, de hecho. Ahora bien: como se enfade, tiembla Europa. —Y se rio.

Le costó tragar y vigilar a la recién llegada con el rabillo del ojo al mismo tiempo. No entendía muy bien su disposición a ayudarla, su trato cercano, su dulzura. Qadira estaba poco familiarizada con las actitudes detallistas, sobre todo cuando había quedado claro que ella no era precisamente una aliada.

—¿Sabes por qué estoy aquí? —inquirió Qadira en cuanto hubo saciado su sed.

Darda'il hizo una cómica mueca de incomodidad y retiró el vaso. Entrelazó los dedos en el regazo, dándose un aire solemne que no se correspondía con la calidez que desprendían sus ojos cristalinos.

—Porque tu penitente es un capullo como la copa de un pino —resumió en tono lúgubre. Enseguida carraspeó, dudosa—. ¿Está mal que yo lo diga? Hay mujeres a las que no les gusta que insulten a sus parejas, y viceversa. Ellas pueden decirles todo lo que quieran: que si cabrones, hijos de puta, mamonazos, Maroto, el de la moto…, pero como tú las parafrasees, ¡prepárate para morir! —Extendió los brazos con los ojos muy abiertos—. Si te he ofendido, lo siento.

Qadira se habría atrevido a sonreír si las circunstancias hubieran sido distintas.

—Lo que Leviathan sea no es algo que se pueda discutir. Es lo que es, del mismo modo que yo soy lo que soy —agregó con tiento, incómoda con su hospitalidad, de la que no se creía merecedora—: su compinche.

Darda'il la miró de arriba abajo sin cambiar de expresión. Luego se encogió de hombros.

—A mí me pareces una tía maja. O sea… —Movió la mano, abarcando toda la historia previa—, estuvo *regulinchi* eso de contarle a Mara el secreto de su familia para que dejara a Valthe, pero, vamos, es que no es tu culpa que el *rex* decidiera mentirle sobre un asunto tan importante, ¿sabes? Si Mara no tuviera razones para cortar con él, no lo habría hecho, te lo aseguro. Sería más fácil devolver al mar a una ballena encallada, usando estas dos manos que tengo aquí (que, por grandes que sean, no sirven para mucho) que manipular a Mara para que hiciera algo que no le apeteciera. Es que la conozco como si la hubiera parido, vamos. De hecho, me gusta pensar que somos amigas.

—Entonces no sé cómo puedes estar hablando conmigo —murmuró.

—No tengo por costumbre gritarle o hacerle reproches a gente que acaba de recibir una paliza mortal, la verdad. —Movió los labios, contrariada ante la posibilidad de obrar de un modo distinto—. Y el que agredió a Mara es Leviathan, no tú. Puede que el *rex* no lo vea así porque es un señor un poco anticuado, de estos que exigirían a las mujeres que fueran a la cocina si dichas mujeres, y, con «dichas mujeres», me refiero a Mara, no hubieran adquirido la fea costumbre de mandarlo a freír monas, pero yo, que soy objetiva (o eso creo), no te voy a enviar a la guillotina. Es que eso de culpar a las parejas de lo que han hecho sus hombres es un poco… cómo decirlo… ¿del siglo I antes de Cristo?

Qadira se quedó anonadada ante su razonamiento, y no porque tuviera razón, porque estaba convencida de su culpa, pues la había visto en los ojos del *rex*, de Dagon; en los suyos cuando se veía con las agallas para mirarse en el espejo, cosa que no sucedía a menudo, sino porque Darda'il no se estaba burlando de ella, como se había temido en un principio.

Darda'il estaba siendo brutalmente sincera. Aquella criatura de luz y color, bondadosa hasta lo impensable, no la juzgaba.

No la odiaba.

Qadira tuvo que hacer un esfuerzo por no romper a llorar. Siglos de autocontrol le sirvieron para disimular el picor de ojos con un par de pestañeos.

—Eres demasiado benevolente conmigo.

—O los demás son demasiado cabrones. A las pruebas me remito. —Hizo un gesto para abarcar sus vendajes, que miró con aprensión y el gesto ensombrecido durante un instante—. No me quiero ni imaginar el vínculo tan poderoso que debe de sentir una mujer hacia su pareja para permanecer a su lado aun habiendo sido tratada de esta manera. De niña, lees cuentos de magia, historias de amor sobre hechiceras y príncipes encantadores, y sobre unicornios y otras criaturas fantásticas, y cuando te ves inmersa en este mundo, te crees que todo va a ser así de idílico, pero luego… Luego pasan cosas como esta y te das cuenta de lo que ya sabías: de que, haya magia involucrada o no, no solo nada es perfecto, sino que a veces es insoportablemente injusto.

Qadira no pudo contener las lágrimas ni un segundo más.

Se preguntó si Aladiah, un brillante estratega, había enviado a Darda'il a su dormitorio a atormentarla. A esas alturas debían de saber que Qadira tenía la piel dura cuando se trataba de tolerar vejaciones, pero que no reaccionaba con la misma fortaleza si la bendecían con una compasión inmerecida.

Darda'il le secó una de las lágrimas con el dedo, sonriendo en todo momento con amabilidad, y le tendió la mano.

—¿Vamos a merendar? Nadie te dirá nada. Nadie se atreve a replicarme. Salvo Aladiah, claro, pero Aladiah está fuera hasta que llega la noche, y yo siempre le replico de vuelta. ¡Faltaría más! ¿Te imaginas que no le dijera al regente de La Sociedad que se callara de vez en cuando? ¡Tendría el ego por las nubes!

Qadira se atrevió a devolverle el gesto cuanto se lo permitió la inflamación de la cara. El resultado debió de ser una mueca espantosa, pero Darda'il no hizo comentarios al respecto y, de hecho, pareció feliz de haberla animado.

—Tiene que resultar agradable disfrutar de una pareja con la que puedes discutir de forma… sana. Diferir en opiniones, quiero decir, y que, aun así… —Su rostro se contrajo por el dolor abdominal al incorporarse. Darda'il fue su apoyo para ponerse en pie—. Aun así, te escuche, te valore y… y no pase nada malo.

—Hombre, pelearse en mis circunstancias tampoco es lo más agradable del mundo. Según Aladiah, discutir conmigo es una tortura china, porque a veces da igual que no tenga la razón: me enrollo y me enrollo, y de tanto hablar acabo confundiéndolo o trastornándolo o cansándolo (o todas a la vez) y termina diciéndome que vale, que yo gano. Me da la razón como a los locos, vaya, o me dice que me pongo muy guapa cuando me enfado para que me distraiga, y a mí eso me molesta, ¿sabes? Cuando toque hacer cumplidos, yo recibo encantada todos los que hagan falta, pero si estamos discutiendo, se discute, ¡y punto! ¡Nada de «ángel viajero», leches!

Mientras caminaban a pasos cortos hacia la puerta, Qadira se imaginó a Aladiah cubriéndose las orejas con las manos para desoír los argumentos de Darda'il. Se le escapó una risita entrecortada que de inmediato tuvo que abortar. Le dolía tanto el vientre que no se veía utilizando la musculatura en un largo tiempo, menos aún para reírse.

Pero si no empleaba la fuerza de su cuerpo para luchar, entonces ¿cuál era su utilidad?

—¿Por qué soléis discutir? —murmuró. Necesitaba concentrarse en algo que no fueran sus pensamientos.

Temió encontrar, franqueando la puerta, a esa vigilancia que Aladiah había mencionado en su nota, pero los pasillos estaban desiertos. Los seráficos debían de haberse diseminado por la ciudad para vigilar los flancos débiles.

—El otro día nos peleamos porque adelanté sin él un episodio de la serie que estamos viendo juntos. Dice que es de mala educación, y que, para eso, la vemos por separado. Yo le dije que de alguna manera me tengo que entretener cuando no está, y si me engancho, ¿qué quiere que le haga? ¿Que me pase todo el santo día pensando en cómo estarán Will Byers, Eleven, Dustin y los demás, cuando puede que los haya abducido una realidad paralela? ¡Con lo rápido que yo me agobio, encima! ¿Y si en el siguiente episodio, Hopper y Joyce se besan, eh? ¡Es que no piensa en mí! ¡Tenerme en vilo es una forma de torturarme!

La sonrisa de Qadira se agrió por la amargura.

—Qué alivio —musitó mientras bajaban unas escaleras iluminadas por lamparillas de aceite—. Tener discusiones por pequeñeces.

La cocina era, en realidad, un enorme almacén organizado con etiquetas. En cada una de estas se podía leer el contenido de la alacena. Las puertas correderas solo cedían a un lado cuando el seráfico había mostrado su rostro en un programa de reconocimiento facial. En el centro de la supuesta cocina, había una mesa redonda con cuatro sillas de madera y un jarrón con orquídeas azules ejerciendo de centro.

—Bueno…, a veces nos enfrentamos por lo de los bebés. Está cerca de convertirse en un tema tabú —se lamentó. Enseguida agregó, con el pecho henchido de orgullo—: ¿Te gustan las flores? Las elegí yo. Por cierto, ¿qué quieres tomar? ¿Alguna preferencia?

Su entusiasmo por haberse convertido en algo parecido al ama de llaves del complejo no tenía nada que ver con la rencorosa resignación con la que Mara había asumido el rol de *anandha* del *rex*. Qadira se habría alegrado porque al menos una de ellas fuera feliz si no hubiera mencionado a los bebés.

Siguiendo las indicaciones de Darda'il, Qadira tomó asiento y observó, con un nudo en la garganta, que se deslizaba por delante de

los armarios empotrados para leerle el contenido de cada balda. Al inclinarse hacia la mesa para apoyar los codos y todo el peso en las manos, Qadira notó que algo se desprendía del bolsillo del pantalón que Dagon le había prestado.

Agachó la cabeza y reconoció, con el corazón en un puño, la bolsita de hierbas que había cargado consigo a su último encuentro con Leviathan para devolvérsela. No le había dado pie a arrojársela a la cara, como le habría gustado si hubiera tenido valor, y Dagon, pensando que se trataba de un amuleto o un recuerdo especial, se lo habría guardado.

Se apresuró a recogerlo antes de que Darda'il lo viera y lo metió en el bolsillo, a tiempo para alzar la cabeza hacia ella y responder a su semblante expectante:

—Lo que sea que tú vayas a tomar me parecerá bien.

—¿Té y galletas?

—Té y galletas —cabeceó, disimulando el temblor.

Apretó la bolsita en el puño crispado y cerró los ojos.

Aquello era una señal, un recordatorio del que era su deber.

Un puñado de hierbas en el té de Darda'il, y todo se acabaría.

Capítulo XXXIII

Pero no podía.

Desconocía el efecto que tendrían las hierbas en el cuerpo de Darda'il si aprovechaba su descuido y su extraña confianza en ella para envenenarla. Pero, teniendo en cuenta que Leviathan rara vez hacía algo a medias, las consecuencias podían variar entre una insoportable tortura física y la muerte tras una serie de inconcebibles sufrimientos.

Darda'il irrumpió su silogismo colocando dos tazas vacías sobre la mesa, ambas de porcelana blanca. Qadira le dio las gracias con una sonrisa torcida, y apretó aún más la mano en la que contenía la bolsita de tela.

—Desde que Aladiah ha vuelto a regentar La Sociedad, no solo hay galletas, sino que tenemos varios tipos —le contaba con alegría—. No te puedes ni imaginar lo que eso significa para la gente como yo. Dulcera, me refiero. ¿No te encanta el dulce? Yo podría alimentarme a base de helado, zumos de frutas, bizcochos…

Qadira la escuchaba con la sangre helada en las venas. Se preguntaba, y no sin cierta sospecha, por qué aquella muchacha había decidido ser amable con ella. Sabiendo lo que sabía —que era la misma información que estaba en posesión del *rex*, quien la habría matado con sus propias manos—, ¿cómo podía revolotear por la cocina preocupándose del tipo de galletas que le gustarían?

«¡No soy una invitada!», estuvo a punto de espetar. «Soy una persona de interés por el peligro al que he expuesto a las razas, por los males que he desencadenado». Pero no era capaz de decir nada, porque, en el fondo de su corazón, ansiaba merecer esa simpatía y ser digna de la amistad de Darda'il. De alguien, en realidad.

No recordaba haber tenido un amigo jamás. Solo a Leviathan.

La joven regresó con un plato repleto de pastas, galletas con salpicaduras de chocolate e incluso bastones de canela. Lo depositó sobre la mesa, orgullosa, y esperó a que Qadira estrenara la primorosa bandeja con las ansias de una anfitriona principiante.

Qadira la complació alargando un brazo vacilante hacia las pastas. Le dio un bocado, temiendo vomitar la bilis a causa de los nervios y horrorizando —o, peor, desairando— a Darda'il en el proceso, y se forzó a tragar y sonreír pese a que no notó el sabor.

—Estupendas.

—¡Genial! —aplaudió Darda'il—. Voy a por leche y todo lo demás… ¿O prefieres comer algo más contundente? No has almorzado, ni tampoco desayunado. Quizá tu comida preferida es la cena y quieres adelantarla para llenarte el estómago de… Qué se yo, judías, que son buenas para la salud. Para tener ese cuerpo debes de comer muy sano, ¿o es por constitución? Lo de estar tan fuerte, digo.

La mano que escondía en el bolsillo había empezado a sudarle.

—Es por los entrenamientos —articuló sin voz.

—¿Haces *crossfit*, o algo así? Yo es que apenas aguanto los correteos alrededor de la pista, pues imagínate una de esas tablas de ejercicios con nombre de animadora norteamericana, el *press* banca, el *power lifting*… En definitiva, eso que tanto les gusta a los hombres y por lo que se ponen a llorar en Twitter si alguien se atreve a interrumpir sus vídeos exhibicionistas. —Aireó la mano—. Quizá debería limitarme a reforzar el suelo pélvico, ya que mi cometido en La Sociedad es traer al mundo a los hijos de Aladiah.

La nueva mención a la descendencia le puso el vello de punta.

—Creía que la profecía rezaba que la unión de vuestras almas daría lugar al nuevo orden, no necesariamente una incorporación de carne y hueso —musitó Qadira con el único fin de zanjar el tema.

—Algo así insinuó La Magna, pero a lo mejor he de tener bebés de todos modos. El asunto me tiene preocupada, ¿sabes? —contaba mientras abría los refrigeradores, también con sistema de reconocimiento facial—. Ni Aladiah ni yo queremos ser padres ahora mismo, pero yo es que… Es que tengo una sensación, un presentimiento… A mí me secuestraron. ¿Te lo contaron?

—Sí.

—Pues no sé qué me hicieron, pero no me acuerdo de casi nada de lo que ocurrió y, aun así, volví con la convicción de que, si me atrevía a quedarme embarazada, todos mis hijos morirían.

Se giró con un cartón de leche en una mano y el zumo de naranja en la otra. Allí de pie, agobiada por la amnesia, parecía más vulnerable que de costumbre; una niña perdida en un mundo que le venía grande.

—¿Tiene sentido lo que digo? —murmuró, buscando apoyo en la mirada de Qadira.

Esta se relajó para transmitirle tranquilidad a la muchacha, aun cuando sabía que le sobraban motivos para temer el futuro.

—Si algo he aprendido en todo este tiempo, es que uno ha de fiarse de sus corazonadas. Rara vez mienten.

—¡Eso mismo pienso yo! Pero, claro, ¿cómo se lo explico a Aladiah? ¿Cómo le digo: «Oye, es que sé, como sé que tengo cinco dedos en cada mano, que no puedo tener hijos»? Él me preguntaría por qué, y entonces yo debería… ¿Qué debería contestar? ¿Que es

porque así lo siento? Se creería que le estoy vacilando, y no conviene mosquearlo. Ahí donde se le ve, tan educado, delgadito y silencioso, es una máquina de matar.

Sacudió la cabeza y cerró la nevera de un codazo. Qadira la observó pasear por delante de las encimeras para preparar el té con desparpajo, como si fuera el lugar en el que más tiempo pasaba. Nadie lo diría, teniendo en cuenta que era huesuda y desgarbada en todas sus partes, como si no le hubiera faltado calcio, pero sí numerosos nutrientes a lo largo de su crecimiento.

Debía de sentirse muy sola, pensaba Qadira, si le narraba sus cuitas maritales con todo lujo de detalles a la primera traidora que encerraban en La Sociedad. Pero le costaba podía apiadarse de ella cuando ponía sobre la mesa el maldito tema de la maternidad.

Evra.

Cuando espantó a Reyyan con sus manipulaciones y rompió el corazón de Mara, tuvo presente en todo momento a su hijo. Entonces, Evra era una idea, un concepto; algo intangible a lo que amaba más que a sí misma, la esperanza a la que se aferraba para seguir adelante y que asimismo le servía de justificación para llevar a cabo traiciones espeluznantes.

Ahora, Evra tenía ojos y tenía labios. Tenía cabello y tenía el proporcionado cuerpecito de un niño sano de ocho años. En teoría, la visión del pequeño debería de haberle dado las fuerzas que necesitaba para culminar la misión y reunirse con él. Pero ya fuera porque jamás había estado tan aterrorizada o porque no deseaba infligir el menor daño a una muchacha que se mostraba abierta y afectuosa con ella, Qadira no quería confiar esta vez en la palabra de Leviathan y, por tanto, tampoco cumplir sus deseos. Si lo que le esperaba era otra agresión mortal, Qadira pensaba, sin nada que perder ya, que la recibiría gustosa incluso si le procuraba la muerte. Porque, de un tiempo a esa parte, la muerte se le había empezado a antojar una idea ventajosa. La mejor alternativa frente a seguir siendo compinche de un ser despreciable, y frente a convertirse en la madre de una criatura que no la conocía. Que, de hecho, mientras no la conociera, estaría a salvo de decepcionarse con ella. De convertirse en un monstruo.

Hasta ese momento, Evra no había sido real. En la fantasía, Qadira podía imaginar sus rasgos como más le apeteciera y dibujarse a sí misma como una madre sin parangón. Pero con esa nueva dimensión que Evra había adquirido, debía romper frontalmente con la imagen de madre bondadosa, entregada y perfecta que había concebido y aceptar que no podría ser nada de eso. Porque una mujer denostada, que vivía con miedo y que soñaba de forma constante con la muerte de los sentidos no podría, en ningún mundo posible, ser una buena madre. Y si no podía serlo, si, de hecho, tener a Evra consigo le

costaba al pequeño transformarse en una bestia parecida a su padre o en la sombra defectuosa de su madre, ¿no estaría acometiendo la mayor obra de caridad imaginable al librarlo de su presencia?

Darda'il interrumpió sus tormentosos pensamientos sirviendo el té. Qadira se concentró en el chorro transparente, sin oír una sola palabra de lo que Darda'il decía en ese momento.

Tenía un nudo en el estómago, un dilema en el corazón y la única imagen de Evra grabada a fuego en la memoria. Había amado a ese chiquillo sin haberlo conocido siquiera, aun habiéndole sido arrebatada la oportunidad de mecerlo entre sus brazos, de besarlo en la frente, de decirle que su madre lo quería y daría la vida por él. Pero ahora, observando el humo que despedía la taza, llegaba a una conclusión dolorosa pero innegablemente liberadora: ¿acaso ella merecía el amor de Evra?

Por supuesto que no. Qadira no podría enseñarle a aquella criatura a vivir bajo el estandarte de la verdad, la lealtad y el amor a la religión, porque ella no era el ejemplo apropiado para lanzar semejante mensaje. Cuando Evra creciera y descubriera quién era Qadira, qué había hecho su madre, no podría mirarla a la cara. Se sentiría traicionado. La odiaría.

Quizá desearía no haberla conocido…

Y tal vez no la conociera, después de todo. En cuanto el *rex* Valthessar pusiera a La Magna en conocimiento de sus tejemanejes, sería sometida a juicio y ajusticiada de inmediato. El peso de la espada de Alastor caería sobre su cuello por obra de un verdugo, y, entonces, Evra quedaría a merced del Enclave.

Pero si lo abandonaba… ¿Qué sería de él?

—¡Ay, las cucharillas! —exclamó Darda'il de pronto.

Salió propulsada en busca del cajón de los cubiertos, dándole a Qadira la oportunidad perfecta para verter en una de las tazas el contenido de la bolsita. En cuanto las hierbas cayeron en el agua, se disolvieron hasta hacerse invisibles.

Nada la delataría.

Cuando Darda'il regresó, sonriente, Qadira la recibió con expresión solemne. Aceptó la cucharilla y removió el té.

—Brindemos por… —empezó Darda'il.

—Tengo un hijo —anunció Qadira, mirándola a los ojos. La sonrisa amistosa de Darda'il se fue apagando hasta que comprendió, horrorizada, lo que eso conllevaba—. Yo lo llamé Evrenin, «universo» en turco, uno de los idiomas que hablaba cuando era mortal. Leviathan no lo aceptaba e insistía en llamarlo Evrard, en referencia a Evrard des Barrès, un gran maestre de la Orden del Temple. Por mutuo acuerdo, siempre nos hemos referido a él como Evra. Lo llevé en mi vientre nueve meses; los nueve meses que han dado sentido a

mi miserable vida —prosiguió, tratando de mantener a raya la emoción—. En cuanto me puse de parto, Leviathan lo sacó de mi cuerpo y se lo llevó para utilizarlo como cepo contra mí. Fue el modo en que evitó que cumpliera la amenaza que le hice unos días antes: que lo abandonaría por el bien de mi niño.

—Hace ocho años —murmuró Darda'il, anonadada. Aferraba la taza con los nudillos blancos. Todo su cuerpo estaba en tensión—. ¿Años terrestres? ¿Años en el Autem? ¿Cómo es posible?

—Me visitaba en el Autem adoptando la forma de Quinto. Como sacerdote, tenía permiso para presentarse allí cuando lo deseara, y yo, como empírea, podía disfrutar de ciertos ratos libres al día. No fue difícil coincidir cuando consiguió entrar a formar parte de la Orden.

—Pero el embarazo… —Darda'il meneaba la cabeza—. ¿Cómo lograste disimularlo?

—No es raro que algunas empíreas se queden embarazadas. Saben que, aunque estén gestando, habrán de llevar a cabo sus tareas y entrenamientos como los demás, sin distinciones; de ahí que exista un consenso no verbal para evitar la concepción. Yo llamé la atención, no te diré que no, pero les hice saber a todos que mi hijo había nacido muerto. Nadie lo puso en entredicho, porque nadie vio jamás un recién nacido en el Autem, así que… —La voz le tembló a la par que la sonrisa amarga.

Darda'il asintió con la cabeza, digiriendo la información. Le había cortado el apetito, porque retiró la taza con gesto aprensivo.

—¿Por qué me cuentas esto? —inquirió al fin.

—Porque necesito que lo encontréis. No sé dónde está. Lo que sé es que es improbable que llegue a conocerlo, sea porque Leviathan acabe con él para vengarse de mí o bien porque La Magna decida acabar conmigo por traidora. Pero tenéis que encontrarlo —rogó con la voz quebrada—. No para que mi alma descanse en paz, sino para que la suya tenga la posibilidad de liberarse del yugo de Leviathan. Para que pueda disfrutar de otra oportunidad en una futura reencarnación.

»Es solo un niño, Darda'il. Quizá está ahí fuera, indefenso, asustado… Quizá abusa de él como ha hecho conmigo. Quizá solo quedan sus huesos. Pero, si así fuera, necesito que los protejan de terminar en un hoyo o en manos del Gran Grimorio y les den digna sepultura. Tal vez no lo entiendas, pero Evra ha sido el universo al que me escapaba, en el que me aislaba, para poder sobrevivir al infierno de mi realidad. Aunque solo sea porque evitó que me volviera loca o hiciera cosas peores de las que se conocen, merece…

Darda'il posó una mano sobre la de Qadira.

—Por supuesto que se lo merece. Es un niño. Cuenta con ello —le aseguró, estrechándole el brazo—. No solo lo encontraremos, sino que estará sano y salvo y te lo traeremos para que puedas abrazarlo. No

descansaré hasta que los dos podáis estar juntos, te lo prometo.

Qadira pestañeó rápido para contener las lágrimas. Había esperado un reproche despectivo, como, por ejemplo, cómo se atrevía a jugar con la vida de un crío de esa manera, ocultando su existencia y, por extensión, el peligro en el que se encontraba en lugar de pedir ayuda de inmediato. Pero Darda'il ni siquiera expresaba algo parecido con su tierna mirada. Parecía comprender su miedo, su bloqueo físico y mental, como nadie más se había molestado en intentar entenderla; como, quizás, solo Dagon, pero sin éxito porque le faltaba información.

—Se lo diré a Aladiah en cuanto terminemos —le prometió, estrechándole la mano—. No se opondrá a que participes en la búsqueda si sabe que todo esto lo has hecho bajo amenaza.

Qadira sonrió con tristeza ante la ingenuidad de la muchacha. No debía de haber tratado demasiado con La Magna. Si bien la diosa mostraba clemencia en casos muy específicos, dudaba que hiciera gala de su manga ancha disculpando pecados como los suyos.

—Todo se arreglará, ya lo verás. Pero antes termina de comer. Necesitarás recuperar fuerzas para ir tras las pistas que tengas.

Qadira asintió con la cabeza y admiró su reflejo en la superficie del té. Rodeó la taza con las manos, removió el contenido a desgana y, para asombro de Darda'il, se lo bebió casi entero de unos cuantos tragos.

—Sí que tienes ganas de salir en su busca… —comentó.

—Cada segundo cuenta.

—¿O es que el tuyo está más rico que el mío? Porque mi té sabe a rayos.

—No te lo bebas —sugirió Qadira. Después, suspiró, aliviada y se atrevió a estirar los brazos sobre la mesa para tomar a Darda'il de las manos—. Gracias.

—¡No me las des! ¿Qué clase de monstruo ignoraría un pedido como ese?

—Todos los monstruos a los que he conocido bien, me temo. Pero no solo te agradezco tu disposición, sino tu amabilidad, y que hayas sido tan… tan afectuosa y comprensiva conmigo, y que… Nunca pensé que viviría para conocer a una criatura inmortal con tu sentido de la humanidad. Bueno, también he conocido a Dagon, pero nunca quise que él conociera mis secretos como ahora los sabes tú, así que no ha tenido la oportunidad de demostrar que es genuinamente piadoso con los pecadores.

»Podríamos haber sido amigas, ¿verdad? Como lo eres de Mara. No me extraña que Dagon se obsesionara contigo.

—¡Bueno, a ver…! —exclamó, azorada—. «Obsesionado» es una palabra muy grande…

—¿Le dirías algo a él de mi parte?

—Pues claro. ¿Qué quieres que le diga?

Qadira empujó las lágrimas y la tristeza a lo más hondo de su corazón y se forzó a sonreír.

—Dile que lo siento. Y dile que, en otra vida, habría sido mi placer amarle y hacerle feliz, pero que en esta habrá de conformarse con saber que una mujer, no la mejor, pero, espero, tampoco la peor, vivió unos días de esperanza gracias a él.

Capítulo XXXIV

En cuanto Darda'il dejó a Qadira en su celda —aunque la primera se negaba a referirse a su habitación como tal—, descendió nuevamente las escaleras hasta la cocina para limpiar los restos de migajas y fregar las tazas de té. En cualquier otra circunstancia, se habría entretenido canturreando algún tema pegadizo de la última serie que estaba viendo, pero la confesión de Qadira le había cortado el estómago.

Darda'il se comprometía muy raras veces a emprender misiones de tipo estratégico, y no por falta de ganas, sino porque era consciente de sus limitaciones como soldado de La Magna. Y si bien ella no estaba deseosa de traer al mundo a una criatura con su sangre, eso no significaba que los niños, cuando eran víctimas de un destino peligroso, no le pusieran el vello de punta.

Darda'il echó un vistazo a los dos tés. No había terminado el suyo, y Qadira había dejado apenas un dedo del contenido del que le había servido. Recordando el modo en que había bebido, como si del elixir de la vida inmortal se tratara, sintió curiosidad y le dio el último sorbo.

No estaba nada mal. La diferencia entre un té y otro no era especialmente notoria, pero sí lo suficiente para que decidiera apurar la taza. Darda'il era de la escuela de no desaprovechar nada.

Los lavó de buen humor, feliz de tener un nuevo propósito y sintiéndose optimista al respecto, y regresó a sus dependencias saltando los peldaños. Dudaba que Aladiah se alegrara de que fuera haciendo promesas a las traidoras que llevaban a La Sociedad, pero ¿cómo iba a ignorar un pedido semejante, y más viniendo de una mujer maltratada? ¿Es que a nadie se le removían las tripas pensando en lo que la pobre Qadira habría tenido que sufrir durante siglos?

Sin llamar a la puerta, Darda'il se detuvo en la habitación de Aladiah y entró como una tromba, deseando transmitirle las últimas noticias.

Darda'il estaba desesperada por dormir a su lado, aunque fuera en una cama individual. Quería lavarse los dientes al mismo tiempo que él por las mañanas y desayunar en su compañía en la habitación, como en una luna de miel, pero había tenido que admitir, a regañadientes, que ambos merecían su espacio. Aladiah aún se estaba recuperando de los efectos colaterales de un hechizo terrible. Necesitaba tiempo para hacerse a la idea de su nueva realidad y tener

la cabeza fría para tomar decisiones a la altura de la nueva sociedad que quería implantar.

Por lo visto, echando veinticuatro horas al día con Darda'il, eso no sería posible. En palabras de Aladiah, «ella era una distracción irresistible».

¿Y no era una «distracción irresistible» el iPad que se había agenciado apenas abolió la ley de no usar aparatos electrónicos y adquirir posesiones materiales? Cuando entró y lo vio de pie junto a la cama, quitándose la camiseta por la cabeza sin apartar la vista de la pantalla del dispositivo, Darda'il estuvo a punto de patear el suelo.

¿No era mejor distraerse con ella?

Se le pasó el ramalazo de ira en cuanto se fijó en su desnudez, en el cuerpo esbelto que quedó a la vista mientras buscaba, intentando prestar atención a las imágenes en movimiento, la ropa que se ponía para dormir. Desvestirse le había revuelto el pelo castaño, aún salpicado de mechones blancos, y tenía un par de rasguños en los hombros, presumiblemente de la guardia diurna.

Darda'il se cruzó de brazos.

—¿Quién está viendo ahora *Stranger Things* sin mí? —rezongó en voz alta—. ¡Estás tan abducido por el dichoso iPad que ni te has dado cuenta de que he llegado!

Aladiah contestó sin mirarla.

—Me he dado cuenta de que has llegado antes de que cruzaras el pasillo. Oigo tus zancadas desde la otra punta de Praga. Y no estoy viendo *Stranger Things*. Me he viciado a *Anatomía de Grey*. —Pausó la serie y la miró, todavía con la mente en la trama—. No paran de ocurrirles desgracias a los personajes. Es inquietantemente divertido.

—¿Por qué *Anatomía de Grey*?

—Porque Mara me la recomendó, y porque algo tendré que ver para no sucumbir a la tentación de adelantarte en la serie que vemos *juntos* —recalcó con supuesto rencor, pero en sus ojos brilló la risa. Estaba aprendiendo a sacar su faceta más juguetona, una actitud que le daba un aire de pilluelo que a Darda'il le hacía la boca agua.

Avanzó dando saltitos y hacia él y le ahuecó el rostro con las manos.

—¿Cómo se puede ser tan guapo? —exclamó. Incluso soltó un gritito de placer.

Aladiah meneó la cabeza, divertido, y se inclinó para robarle un beso en los labios. Le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo hasta su cuerpo.

—¿Qué tal ha estado la tarde?

—Sobre eso te quería hablar. He llevado a Qadira a merendar y hemos estado conversando.

La sonrisa de Aladiah se borró de un plumazo. Se separó lo

suficiente para mirarla de arriba abajo con una combinación de molestia y alarma.

—Te dije con claridad que no te acercaras a ella. Aunque no la hayamos arrojado a las mazmorras del sótano, es una prisionera.

—También me dijiste que no te parecía una traidora, que la compadecías por su historia personal y que harías todo cuanto pudieras para ayudarla —recitó, con una ceja enarcada—. Y resulta que yo compartía tu opinión.

—Para variar —ironizó él, soltándola y dando un paso atrás.

—Quise hacer algo para que no se sintiera una basura, Aladiah. Mostrarle un poco de esa humanidad que tú siempre dices que merecen todos los seres.

—Una cosa es ser humano con ella, y otra muy distinta es tratarla como a una amiga. ¿Te tengo que recordar que por su culpa Mara fue atacada, y Reyyan y Luvart huyeron en desbandada?

—Mara fue atacada por Leviathan, Quinto o como rábanos se llame, no por Qadira. —Se cruzó de brazos, enfurruñada—. ¡Es una pobre mujer maltratada! ¿Qué pasa, que porque tenga poderes mágicos ya no se la puede compadecer? ¿Tienes idea de la cantidad de jóvenes que mueren al año a manos de sus parejas? La violencia de género es una lacra social en el mundo de los mortales, Aladiah. Si te hubieras criado en una casa decente en el centro de Praga no tendría que explicarte por qué es el colmo que, encima de que haya sido agredida hasta la muerte, se la deba tratar como a una criminal.

Aladiah bajó los hombros, hasta el momento tensos por la discusión. Su irritación se atemperó al mirar a los ojos a Darda'il y no ver más que la franqueza de una muchacha que defendía aquello en lo que creía.

—Me parece encomiable que la defiendas, y me gusta tu lado protector, pero Qadira no es solamente una mujer maltratada, Darda'il. Es mucho más. Todas son mucho más que eso. Sigue siendo una guerrera, una estratega muy lista, una persona con grandes dotes de manipulación. ¿Y si te hubiera hecho daño, eh? ¿No ves que va justo a por las mujeres de los líderes? Tú, entre todos los seráficos de esta organización, eras la que más lejos debía permanecer de ella.

—Yo, entre todos los seráficos de esta organización, era y soy la única que la apoya. Pensaba que tú y yo estábamos en el mismo barco —seguía refunfuñando.

—Y lo estamos, ángel viajero. Abogo por los hechos objetivos, que me dicen que Qadira no es un engendro del mal sin perdón alguno…, pero tengo sentimientos —admitió en voz baja—, y no me gusta nada saber que Mara ha acabado en el hospital. ¿No te ha dicho nada extraño? ¿No te ha puesto la mano encima?

—¿Cómo me va a poner la mano encima, si apenas puede sentirlas?

¿No has visto cómo está? ¡Tenía que aguantarme las ganas de llorar! —jadeó, exasperada. Le sostuvo la mirada a Aladiah, que la estaba observando con un atisbo de sonrisa tierna, y bufó sonoramente—. No me pongas esa cara y tápate. Así no podemos discutir.

—¿Por qué no? —Ladeó la cabeza, como si de veras le intrigara la respuesta. Dio un paso adelante y elevó su barbilla puntiaguda con una caricia evocadora—. ¿Te desconcentro?

—Pues sí. Y ya sabes lo que pasa cuando me desconcentro: que me pongo a hablar y hablar y no hay quien me pare, porque engancho una cosa que no tiene nada que ver con la otra y…

Aladiah enredó una mano en su melena despeinada y la atrajo hacia su pecho para besarla despacio, de ese modo que derretía a Darda'il, la impacientaba y la dejaba anhelando que se tornara violento, que le faltara el respeto. Apoyó las manos sobre su cálido pecho y subió al cuello para acariciar el tatuaje de El Séptimo Círculo, los músculos relajados, la arteria en la que latía su maravillosa vida; una vida que pasaría a la historia y que completaba la de Darda'il.

Aladiah le sacó el vestido camisero por la cabeza y lo arrojó al suelo. Desenrolló el pañuelito de *girl scout* que llevaba anudado en la esbelta garganta y le acarició el escote con la punta de seda antes de soltarlo sobre la alfombra. Darda'il pegó los pezones enhiestos a la zona pectoral de él, gimoteó de placer y devolvió sus besos con urgencia. Aladiah deslizó las manos por su cintura, por sus nalgas, y, con una caricia al muslo, le levantó la pierna y la pegó a su cadera para acercarla más aún.

Darda'il jadeó al sentir contra el vientre la dura erección.

—No sé cómo puedes ponerte así con lo que está… con lo que está pasando.

—Tú tampoco es que me estés parando —ronroneó él contra su oído. Depositó un beso tierno y un mordisco en el cartílago de la oreja, arrancándole una risita ahogada. Sus labios rodaron por el cuello de Darda'il y besaron, lamieron y mordieron con placer—. Eres lo más delicioso que he probado.

Darda'il se mareó con la confesión y se aferró aún más a su espalda, hundiendo los dedos en los músculos marcados que él, en su afán por la modestia, evitaba exhibir con prendas ajustadas.

—¿Más que el flan?

—Más que el flan —confirmó, ronco.

—¿Más que la tarta de queso?

—Por supuesto.

—¿Y más que el helado?

—Tampoco te pases.

Darda'il se echó a reír, encantada.

—Dime cosas bonitas —pidió en voz baja, acariciándole la mejilla

rasposa. Sintió el pliegue de su sonrisa socarrona bajo la palma.

Darda'il cerró los ojos y suspiró de alivio cuando él recorrió su columna vertebral con una caricia sugerente.

—Eres… —La besó en los labios— la luz de mi vida. —La besó en la punta de la nariz—. Estoy convencido de que nadie… —La besó en la sien— es más generoso que tú. Llevo todo el maldito día deseando verte… —La besó en el cuello— porque eres lo único que arroja un poco de esperanza al terror continuo que es esta vida. Porque sé que, sin hacer nada… —La besó en la barbilla, en la frente— vas a saber cómo darle sentido a una jornada infernal.

—¿Cómo que «sin hacer nada»? Te estoy besando —balbuceó ella con el corazón en un puño.

—Y bendita seas por eso —murmuró él, tomándola en brazos y tendiéndola sobre la cama. La miró desde su altura un instante, congestionado por el deseo y con los ojos en llamas, y se inclinó sobre ella mordiéndose el labio—. ¿Te apetece que *no* te haga un hijo?

Darda'il se rio, aún mareada, y extendió los brazos hacia delante para que se tumbara sobre ella.

—Me apetece que me… —Tragó saliva, de pronto con la boca seca —. Que me…

Aladiah enarcó una ceja, pendiente de su reacción. Viendo que Darda'il se quedaba boqueando, como si no encontrara las palabras o no le llegara el aire a los pulmones, le cubrió la frente salpicada de sudor con la mano.

—¿Te encuentras bien?

—Estoy un poco… No sé. La cabeza me da vueltas. Es tu culpa, que eres tan sexy, con tus ojos y tu pelo bicolores y tu tatuaje de chico malo que… —Una arcada la dobló hacia delante. Aladiah reaccionó rápido y le rodeó la nuca con la mano—. Perdón… eh… Será mejor que te retires si no quieres que te vomite en la cara. Tengo ganas de…

Aladiah la ayudó a incorporarse, pero el movimiento hizo que Darda'il se mareara aún más y perdiera el equilibrio, doblándose sobre un costado.

La visión se le tornó vidriosa. Las entrañas le ardían, y se cubrió el ombligo como si así pudiera calmar el fuego.

—¿Qué te pasa? ¿Has comido algo que te sentara mal? —Hizo una pausa para clamar al cielo—. A ver si adivino: te has empachado de galletas otra vez.

—N-no… No he podido comer apenas porque Qadira me ha contado algo que me ha cortado el apetito… Por cierto, te tengo que decir una cosa sobre ella. Venía a verte para eso, para ponerte al día, pero me has distraído con tu… ¡Ay! —aulló de dolor, doblándose hacia delante por culpa de un calambre—. Me… me duele.

—¿El qué te du…?

Aladiah se calló al bajar la vista y reparar, horrorizado, en lo mismo que Darda'il sintió: un líquido espeso y caliente manó de su entrepierna, manchando las sábanas blancas y goteando colcha abajo.

—¿Estoy… estoy sangrando? —jadeó, alarmada. Miró a Aladiah con los ojos fuera de las órbitas—. ¿Por qué estoy sangrando? Aladiah…

—No lo sé, pero voy a averiguarlo. Voy a por los prefectos. —Se agachó para recoger el vestido y ponérselo con dos movimientos firmes. Luego le secó la frente y el cuello con el pañuelo y la ayudó a recostarse—. No te muevas de aquí.

Darda'il lo agarró de la mano.

—No me dejes sola, por favor.

—Le diré a Dahlia que se quede contigo. Vendré enseguida. Pero necesito que pienses en algo que hayas hecho a lo largo del día. Algo distinto. Algún lugar al que hayas ido, algo que hayas comido…

—No he comido nada diferente al resto de los seráficos a excepción de la meri…

Se calló en cuanto el semblante de Aladiah se ensombreció.

—La merienda con Qadira, ¿no? ¿Te hizo tomar algo extraño?

—¡No! ¡Fui yo quien le ofreció…! —Un gemido de dolor la interrumpió. Se abrazó el vientre y se asustó al sentir los muslos empapados de sangre—. Aladiah, tengo miedo.

Él se humedeció los labios, como si así pudiera reunir valor. La besó en la frente y marchó hacia la puerta con decisión.

Justo bajo el umbral, un seráfico lo estaba esperando con gesto descompuesto.

—¿Qué pasa, Rickbiel? Tengo prisa.

—Sublimidad… —Hizo una torpe reverencia—, la prisionera está inconsciente.

—Es normal —resolvió Aladiah, impacientándose—. Ha sido medicada para mermar el dolor de las lesiones.

—No, Sublimidad. Me refiero a que apenas tiene pulso. —Rickbiel tragó saliva—. Ha empezado a chillar, el guardia de turno ha entrado a comprobar que estaba bien y la ha encontrado lívida, respirando a duras penas. Acabo de hacerle un chequeo rápido y muestra signos de envenenamiento.

—Envenenamiento —repitió Aladiah. Le hizo un gesto hacia la habitación—. Hazle el mismo chequeo a Darda'il, compara síntomas y efectos, y dime qué le han dado y en qué medida, y cómo contrarrestarlo.

Rickbiel no ocultó su espanto al oír las indicaciones.

—P-por supuesto, Sublimidad.

—¡Que es Aladiah, joder! —gritó él.

Entró en el dormitorio a la primera señal del regente y pidió

permiso a Darda'il con la mirada para posar la mano sobre sus hombros. Su don sanador le permitiría valorar sus procesos internos con tan solo cerrar los ojos.

—Es el mismo veneno: flor de Cileth, solo presente en los jardines de Coriander, en el Autem —apuntó Rickbiel, presionando los labios —. Darda'il no ha ingerido una dosis mortal.

—Flor de Cileth —repitió Aladiah, sin voz—. ¿No se utiliza para provocar abortos?

Darda'il buscó la mirada inquieta de Aladiah.

—¡¿Un aborto?! —repitió, tartamudeando—. ¿Estaba embarazada? ¿Eso es posible? No es posible, ¿verdad? Me habría dado cuenta. No ha pasado el tiempo suficiente, las cosas no funcionan así, yo… ¡No puedo estar embarazada! ¡Por favor, no puede ser! —Se alteró tanto que acabó rompiendo a llorar sin consuelo. Se pellizcó y golpeó el vientre con desesperación—. ¡Sácamelo! ¡¡Sácamelo!!

Rickbiel evitó que se hiciera daño sujetándola por las muñecas.

—Si se consume la cantidad adecuada, además de un aborto puede provocar esterilidad e incluso la muerte, sí, pero no tenías por qué estar embarazada para sangrar. Puede que tu cuerpo estuviera tratando de eliminar la toxina —explicó con calma. Luego se dirigió al lívido regente—. Puedo contrarrestar el veneno en la sangre de Darda'il.

Aladiah se pasó la mano por el pelo.

—¿Qué demonios te ha dado esa mujer? —bramó.

—¡No me dio nada, lo juro! ¡Ni siquiera hemos consumido lo mismo, que yo sepa…!

Su voz se apagó al recordarse olisqueando y sorbiendo los restos del té de Qadira; el tono apocalíptico, rendido, con el que la empírea le había encomendado el rescate y el cuidado de su niño. Entonces, Darda'il se sintió más enferma todavía, y esta vez sí estuvo a punto de vomitar.

Aladiah sobreentendió con su gesto que había llegado a una conclusión terrible.

—Es posible que le diera un par de sorbos a su bebida —musitó, avergonzada.

—Te ha envenenado —resumió con voz queda.

—¡No! ¡No me dijo que bebiera! ¡Lo hice yo en cuanto se marchó porque se lo había tomado con ganas y el mío estaba asqueroso y sentía curiosidad y no me gusta desperdiciar la comida, o, en este caso, la bebida, y…! —Pestañeó para ahuyentar las lágrimas—. Lo siento, no pensé que Qadira querría… que pretenderá… Tienes que ir con ella, Rickbiel. Tienes que ayudarla. Si estaba en el té, ella… Y yo… Por favor, dime que no hay ningún bebé dentro de mí, y si lo hay… Rickbiel, te lo ruego, esto no puede estar, esto no… —Darda'il

se tiró del vestido con fuerza, como si arrancar a la presunta criatura de sus entrañas fuera así de sencillo. Los ojos anegados en lágrimas le impedían ver lo que tenía delante—. Dime que, si había algo, ya no está, y dime…

Aladiah la miraba con una mezcla de pánico e incredulidad. «¿Por qué reaccionas así ante esa posibilidad?», decía su mirada, pero Darda'il no estaba en condiciones de contestar. Buscaba desesperada la confirmación de Rickbiel de que no había engendrado criatura alguna.

—Darda'il, es improbable que estuvieras embarazada, y es más improbable aún que esto te afecte en un largo plazo. Pero mucho me temo que, en el caso de la prisionera, no se puede contrarrestar el veneno.

Rickbiel dejó caer los hombros con la resignación de los rendidos y se concentró en la expresión aturdida de Aladiah.

—Se está muriendo, Sublimidad.

Capítulo XXXV

—Sabes que yo jamás habría ignorado un pedido de auxilio, ¿verdad? —Dagon apretó afectuosamente la mano de Mara. Se llevó los nudillos a los labios y los besó con delicadeza. Así era como había decidido romper el silencio instalado en la habitación del hospital, donde había ido a visitarla con la intención de aclarar el malentendido, confirmar que se encontraba bien y huir de sus demonios—. Asisto a quien lo necesita sin hacer distinciones, ya me conoces, pero a ti en concreto, nunca te daría la espalda.

Una sonrisa quebrada curvó los labios de Mara. Los tenía cuarteados a causa de la deshidratación, que asimismo acentuaba la palidez de su piel y daba un brillo enfermizo a sus ojos siempre cálidos.

—Es un alivio saberlo —respondió con la garganta seca—. Me estaba temiendo que tendría que rebajarte de categoría y colocarte con el resto de amigos que me apañan una salida de fiesta, pero en los que no puedo confiar para hablar de mis sentimientos —concluyó en tono burlesco.

Dagon bufó hasta quedarse sin aire en los pulmones.

—¡Como si no hubiéramos hablado de sentimientos! Raro es que no charlemos durante las meriendas sobre el estirado de tu novio.

—También es raro que no consultes el móvil cada tres minutos, aunque sea para consultar esas cuentas de *shitposting* que tanta gracia te hacen o mirar la *Pop Crave* —apostilló, mirándolo de soslayo con una sombra de resentimiento resignado—. Por eso recurrí a ti para que vinieras a buscarme cuando me estampé con el coche y perdí el conocimiento… Aparte de porque era tu coche. —Suspiró, no tan avergonzada como con resignación—. Ya que estamos, lo siento por eso.

Dagon le restó importancia dándole un manotazo al aire.

—Tengo otro Jeep, y ese ni siquiera era de mis preferidos. Sobre todo lo conduce Valthe. La verdad es que me habría tomado peor que te hubieras cargado el morro del Nissan amarillo pollo.

—Con ese no habría ido de incógnito, precisamente.

—Con la *jeepeta* de Anuel tampoco pasarías desapercibida, querida —repuso, enarcando las cejas—, y ni mucho menos si, según lo que nos ha dicho la doctora Vaccari, ibas conduciendo como tu madre te trajo al mundo. —Dagon introdujo el tema con la mayor sutileza que

pudo. Le estaba costando hacer gala de sus habilidades sociales, entre las que se hallaba la capacidad de consolar a las víctimas—. ¿Cómo te encuentras? ¿Puedo hacer algo por ti?

—El momento de ayudarme ya pasó —contestó Mara, distante, aunque no resentida—. A partir de ahora, estoy en mis propias manos.

—Mara…

Ladeó la cabeza y la miró con el estómago encogido, transmitiéndole que podía soltar de una vez la carga del recelo; que se arrepentía de no haberla socorrido, que no había mirado el móvil cuando debería haberlo llevado a todas partes por si acaso. Pero Mara no era idiota, y a él tampoco se le daba bien mentir, así que tendría que revelar hasta qué punto había participado Qadira en el ataque para solventar el problema.

—Alguien borró el mensaje antes de que yo lo viera —reconoció al fin.

Aquello captó la atención de Mara de inmediato, que lo miró con el rabillo del ojo. Hizo una mueca de contrariedad.

—Lo dudo bastante. Estabas solo en la casa.

—No había penitentes —admitió a desgana—, pero no estaba solo.

Mara comprendió a quién se estaba refiriendo con su respuesta evasiva.

Dagon no solo se negaba a delatar a Qadira con todas las letras, sino que el deseo de evitar pronunciar su nombre iba más allá de la voluntad propia. Se dio cuenta, extrañado, de que le costaba separar los labios y narrar la experiencia con todo lujo de detalles, como si su mente estuviera amaestrada para defender a aquella mujer a toda costa.

¿Cuál era su maldito problema con Qadira? Cuando Abraxas atacó a Mara escaso tiempo después de que la muchacha llegara a la casa, Dagon montó en cólera como nunca antes y tuvieron que agarrarlo para que no se vengara del sabino en un cuerpo a cuerpo. Durante los meses posteriores a aquel fatídico día, Dagon y Mara habían disfrutado de incontables oportunidades para estrechar lazos. Lo lógico habría sido que su reacción al saberla de nuevo en peligro se hubiera multiplicado, al igual que creció su admiración y su afecto por ella, y que hubiera sacudido a la culpable de su estado hasta romperle los huesos.

Una parte de él deseaba hacerlo, pero otra, más poderosa y arraigada en lo ancestral, se negaba en rotundo a darle la espalda siquiera.

Dagon estaba empezando a frustrarse más de lo que podía soportar.

Mara lo rescató de sus inquietantes pensamientos limitando su estallido de rabia a un profundo suspiro.

—Entonces Valthe tenía razón y Qadira es una traidora. Debí

imaginármelo. Como ya le dije a Samael, las guapas son las peores.

—No me parece que ese dicho aplique en todos los casos —apostilló con el fin de restar hierro al asunto—. Tú eres preciosa, y también la mejor.

Mara lo regañó con una mirada de advertencia.

—No hagas eso solo porque es lo que llevo haciendo yo desde que me conoces.

—¿Qué es «eso»?

—Bromear para ocultar que estás dolido y que te sientes manipulado. Llevaré un collarín durante no sé cuánto tiempo, y he estado a punto de ser violada —le recordó sin un ápice de tacto, con la falta de filtro que la caracterizaba. Se señaló el rostro amoratado—. Creo que podemos actuar como si lo que hubiera pasado fuera una locura y no nos lo mereciéramos, porque no es más que la pura verdad. Aunque, claro está, a ti no te duele el asunto de Qadira lo mismo que a mí.

Cambió de postura sobre la cama, indicando indirectamente que su dolor era físico y el de Dagon podría tener otro carácter.

Su mera insinuación le apretó el corazón en un puño.

—¿A qué te refieres? —indagó para ganar tiempo, cruzándose de piernas en la incómoda silla para las visitas.

—A que al final caíste en sus redes, como todos los demás —resumió con voz queda—. A veces se nos olvida que, debajo de los colorines y de tu gusto por el festival de Eurovisión, sigues siendo un hombre. Con tu testosterona y todo, quiero decir.

Dagon no veía la necesidad de mentirle a Mara, ni mucho menos a la Mara seria, con heridas visibles y también invisibles, que le devolvía la mirada como si todo estuviera perdido.

—No me atrajo por el físico…

Mara puso los ojos en blanco.

—Venga ya, por favor. ¿Le vas a meter una trola como un camión a una pobre impedida? ¡Qué bajo has caído!

—A ver, el físico ayuda, claro, pero era su fragilidad y sus secretos lo que me acercaba a ella, y, quizás, también algún componente… —Tragó saliva— mágico. Aunque sé que eso es imposible —se apresuró a agregar, vigilando de soslayo su reacción.

—Es imposible porque ya tiene a su penitente —dedujo Mara, clavando una mirada pensativa en el techo.

Dagon había creído que la mención a Qadira la sacaría de quicio o, como mínimo, la impulsaría a cambiar de tema, movida por el pánico y el traumático recuerdo, pero nada en su expresión delataba el odio profundo y la sed de venganza que habían llevado al *rex* a estrangularla. Parecía haberla perdonado antes siquiera de que se hubiese disculpado.

—Si no conociera a La Magna, me plantearía que sintiese algún tipo de ridícula preferencia por la monogamia, y que por eso una *anandha* no pudiera compartirse con dos hombres…, pero, como la conozco, lo puedo afirmar sin lugar a dudas: penitente y *anandha* forman una pareja monógama, así que sí, amigo mío, es imposible, y sí, estás perdido.

Dagon soltó una carcajada que suavizó la expresión de Mara. Volvió a besarle la mano, esta vez el centro de la palma, y entrelazó los dedos con los de ella.

—Yo tampoco creo que Qadira sea mi mujer y la de Leviathan a la vez —admitió en voz baja, mirando a su alrededor para no tener que ver la compasión en el rostro de Mara. Parecía injusto lamerse las heridas delante de una amiga que se se hallaba en peores condiciones.

—A mí me parece que Qadira sí podría ser tu mujer —meditó ella un rato después—. Lo que habría que ver es si tú eres su hombre, Dag. Yo espero de corazón que sí, que seas tú y lo de Leviathan se trate de un error.

Pretendía mofarse, pero la voz le salió apagada al replicar:

—¿Por qué? ¿Tanto me odias por el malentendido del mensaje que me deseas una traidora como compañera eterna?

—No te deseo nada más que aquello que quieres —repuso con franqueza, mirándolo a los ojos.

Dagon tragó saliva con dificultad.

—¿Incluso si se trata de una mujer perversa?

—Si fuera verdaderamente perversa, jamás la querrías: esa es la única verdad de este mundo por la que pondría la mano en el fuego —alegó con naturalidad—. Además… Me niego a creer que La Magna infligiría el castigo que representa en sí mismo un penitente de la talla de Leviathan a uno de los fragmentos de su alma. ¿No estaría autolesionándose de algún modo al asignarle una bestia como esa a su querida reencarnación?

El tono de llamada de Dagon interrumpió sus meditaciones. Con una disculpa atropellada, sacó el móvil del pantalón y se fijó en que se trataba de Valthessar.

—No lo tenías en sonido cuando yo te escribí, supongo —comentó Mara con sorna.

—Lo llevo siempre encima y lo he puesto en sonido a raíz del incidente, porque otra verdad por la que deberías poner la mano en el fuego, es esta: yo siempre aprendo de mis errores —explicó él, exculpándose. Enseguida descolgó—. Estoy con Mara.

Hubo un silencio incómodo al otro lado de la línea. Dagon se pudo imaginar por qué. Estaba en el pasillo del hospital, pegando la oreja a la puerta de la habitación, cuando Mara le dijo a Valthessar que no podía seguir así; que necesitaba un cambio de aires y que él no podía

acompañarla en su redescubrimiento de la vida mortal.

—*Qadira ha intentado quitarse la vida* —soltó de sopetón—. *Está en La Sociedad recibiendo cuidados, pero los seráficos no son muy optimistas respecto a su recuperación. Le están suministrando paliativos.*

La noticia le golpeó el pecho con tal fuerza que se quedó sin aire en los pulmones. Como si cuerpo y alma fueran entes separados, se incorporó como un resorte en tanto su corazón permanecía pendiendo de un hilo. Seguidamente se tambaleó hacia un lado y hacia atrás, presionando el móvil contra la oreja con la mandíbula desencajada.

«Qadira ha intentado quitarse la vida», oyó en su cabeza.

La voz de Qadira evitó que siguiera repitiendo la noticia para sus adentros, aunque provocó que se sintiera aún más miserable e impotente: «Si me separan de tu influencia, acabaré muerta».

Ella se lo había advertido y él no quiso escuchar, sacudido por la sorpresa y el dolor de su traición.

¿De cuántas más catástrofes tendría que ser culpable?

Se obligó a mantener la compostura ante Valthessar y Mara, dos sujetos que no comprenderían por qué se le acababa de quebrar el corazón.

—¿Por qué…? —Perdió la voz—. ¿Por qué me llamas para decirme esto?

—*Dagon, no me tomes por imbécil* —masculló Valthessar por lo bajo, de muy mal humor—. *He visto cómo la miras.*

Dagon se alarmó. No porque temiera defraudar al *rex*, el que tendría que ser el único motivo, sino porque no había querido aceptar sus sentimientos. Ahora que estaba a punto de arrojar el móvil contra la pared, furioso con el destino, no le quedaría otro remedio que dejarse en evidencia.

Le contestó lo que llevaba días repitiéndose sin descanso.

—Sabes que no tengo *anandha*. Ninguna mujer me espera para salvarme.

—*¿Y qué?* —bramó, furibundo—. *¿Acaso eso te protege de enamorarte de todos modos? ¿Qué te crees, que el amor es un privilegio o una condena exclusiva de penitentes?* —Lo imaginó sacudiendo la cabeza, como si aún no acabara de creerse la idiotez que había escuchado—. *Si quieres decirle algo, despedirte de ella o solo estar presente mientras le sonsaco la información que necesitamos, más te vale llegar en un suspiro, porque no creo que aguante mucho más.*

Acto seguido, colgó. Sin preguntar cómo se encontraba Mara, quien miraba a Dagon con los labios apretados, conteniéndose para no insultar al llamante o bien inquirir lo que sus ojos deseaban saber: si le había comentado algo sobre ella.

—¿Te importa que me marche? —musitó con un hilo de voz—. Qadira…

—Adelante —le interrumpió con energía, apenas recuperada de la decepción que trataba de disimular—. Demuestra que al menos hay un hombre que merece la pena en el clan de capullos del que formas parte; que a ti no te sale una maldita hernia si le haces compañía a la mujer «que te importa» —masculló con retintín.

Dagon comprendió su frustración. ¿Cómo no hacerlo? A ratos parecían los únicos dos seres con sentimientos de El Séptimo Círculo. Al oír las idioteces que Valthessar había proferido para salvar su orgullo, Dagon había estado a punto de irrumpir en el dormitorio y sacudirlo por los hombros. «La mujer que le importaba», había dicho, como si no fuera el sol de sus días o el aire que respiraba; como si fuera demasiado idiota para darse cuenta de aquello que ya sabían todos los que veían a diario su cara de bobalicón.

—Si te hubiera dicho que te quiere… —empezó Dagon, vigilando cada cambio en la expresión de Mara—, ¿te quedarías con nosotros? ¿Al menos lo habrías intentado?

Ella sonrió, desganada, y desvió la vista hacia la ventana.

—Nunca lo sabremos, porque no me ha dicho nada parecido.

—¿Y no sirve que yo te diga que te quiero?

Se sintió aliviado al atisbar la primera sonrisa genuina en sus labios inflamados.

—Claro que sirve. Servirá para que estemos en contacto y no me marche sin mirar atrás, como si estos meses nunca hubieran tenido lugar. Servirán para que no todo lo que he vivido bajo ese techo se me antoje una pesadilla.

—Eso espero. He sido flechado por ti —bromeó, mirándola con afecto—. No sé si ahora podré sobrevivir con tu ausencia.

La palabra «ausencia» estimuló su memoria, trayendo los escasos recuerdos que tenía con Qadira. El pulso se le aceleró de pensar que pudiera llegar cuando ya no estuviese de cuerpo presente. Estrechó la mano de Mara una última vez, manteniendo a raya el impulso de salir corriendo, y la besó en la frente.

—Volveré.

Ella le sostuvo la mirada con seriedad.

—No te molestes si no traes buenas noticias. No creo que ni tú ni yo podamos tolerar una sola desgracia más.

Capítulo XXXVI

Los penitentes de El Séptimo Círculo, al igual que los empíreos que formaban parte del Séquito de La Magna, tenían una virtud en común: les sobraba valor para hacer frente, y con una entereza admirable, a situaciones peliagudas. Sin ir muy lejos, el *rex* había demostrado que encarnaba esta elevada característica al presentarse en el hospital y escuchar a Mara con aparente indolencia, como si tuviera al toro cogido por los cuernos y no estuviera quebrado de dolor por dentro.

Sin embargo, Dagon no se veía capaz de seguir los pasos de su comandante. Ni siquiera de intentarlo.

Cuando el seráfico Rickbiel le hizo una seña hacia el dormitorio en el que se encontraba Valthessar interrogando a la traidora, tuvo que detenerse un instante bajo el umbral para respirar hondo.

Ya había atestiguado la profundidad de sus lesiones, puesto que fue el encargado de atenderlas, pero saber que había estado a punto de quitarse la vida le ponía el vello de punta. Tenía que hacer un esfuerzo para no doblarse hacia delante y vomitar hasta la bilis, o para no personarse en el dormitorio, sacudirla por los hombros y preguntarle en qué diablos estaba pensando.

Pero sabía en qué estaba pensando. Qadira pensaba nada menos que no tenía escapatoria, como tampoco un motivo por el que luchar por salir adelante. Y Dagon debía reconocer que, si esos eran los derroteros de sus pensamientos, no estaba del todo equivocada. Si no era Valthessar, sería La Magna quien la castigaría por su rebeldía, pero una cosa era evidente, y es que Qadira no saldría sino escaldada una vez se dieran a conocer sus delitos.

Dagon inspiró nuevamente y se obligó a entrar con los hombros rectos, como si tuviera pleno dominio sobre sí mismo. Se desinfló apenas detalló a la pálida y sudorosa Qadira sobre la cama, debatiéndose entre la vida y la muerte.

Su estado no conmovía un ápice a Valthessar, que, de pie junto al colchón, blandía sus amenazas.

—No voy a dejar que la palmes sin haberme dicho todo lo que quiero saber —le susurraba en tono beligerante, apoyando una mano en la que afloraban los rígidos tendones junto al cuerpo de Qadira—, así que empieza a hablar, o tendré que ser yo quien inaugure la improvisada fiesta de pijamas poniendo en práctica una de las muchas torturas que te tengo reservadas.

—¿No ves que no puede hablar? —musitó Dagon, inmóvil unos pasos por detrás.

Valthessar lo miró por encima del hombro con los ojos en llamas.

—Lo hará, por la cuenta que le trae. —Volvió a concentrarse en Qadira, que boqueaba como si no pudiera llevar aire a los pulmones. Venas azules se transparentaban a la altura de sus sienes—. Dime quién es Leviathan. Dime cómo adquirió sus poderes. Dime dónde podremos encontrarlo. Dime por qué consiguió hacerse pasar por Quinto, y dónde está el verdadero sacerdote.

—Muerto. —Fue todo cuanto atinó a balbucear. Qadira entreabrió los ojos vidriosos, pero no logró enfocar la vista—. Lo mató para quedarse con su cuerpo.

Valthessar se incorporó con el ceño arrugado.

—Eso no es posible. Los hechizos cambiapieles están…

—Prohibidos en la Orden —completó una voz serena. Dagon se giró, aliviado, hacia la figura solemne de Xaphan. Agradecía su intervención porque le había dado una excusa para alejar la mirada de la convaleciente Qadira, y porque su presencia siempre traía consigo la necesaria calma en tiempos turbulentos. Xaphan avanzó con las manos entrelazadas—, por eso existe tan poca información al respecto. Los únicos sacerdotes que aprendieron a manejar el hechizo de transformación acabaron empleándolo con fines perversos, y hace ya algunos eones se prohibieron tajantemente. Eso no quiere decir, por supuesto, que no hubiera algún rebelde practicando algunas runas, como ya sabemos.

—¿Qué haces tú aquí? —se sorprendió Valthessar.

—He terminado mi investigación en la Orden y he encontrado información que os podría interesar. Sospecho que es la que le estás obligando a proporcionar. —Señaló a Qadira con un sucinto movimiento de barbilla—. No te será de gran utilidad en ese estado, me temo. Dejad que os ayude, a ella y a ti, a clarificar algunos puntos.

Xaphan rodeó a Valthessar y se arrodilló junto a Qadira al otro lado de la cama. La tomó de la mano y le separó los dedos para encajar los suyos, un gesto que, si bien parecería romántico o evocador visto desde fuera, tenía una finalidad muy clara: aliviar el dolor de Qadira.

El penitente no solo fue un médico griego en su etapa humana, ni únicamente un empíreo de la facción de los curanderos con un talento encomiable, sino que parecía una criatura mágica. Apaciguaba los males que aquejaran a quienes se encontraban a su alrededor.

Qadira suspiró al sentir el tacto de Xaphan y cabeceó en su dirección, buscando más de aquel elixir misterioso que solo él podía proveer.

—Está demasiado débil para que ese impresionante blindaje mental

suyo haga lo propio —anunció Xaphan, examinándola con interés—. Ahora mismo es un libro abierto, y quiere que lo sepamos todo.

Valthessar presionó los labios. Parecía molesto porque se mostrara dispuesta a colaborar, como si hubiera estado esperando la resistencia que necesitaba de su parte para matarla él mismo.

—¿Y qué es «todo»? —ladró.

—Se conocieron en las cruzadas. Él era un penitente, como todos aquí sospechamos en un inicio. La historia se da como en la mayoría de los casos: Leviathan conoce a su *anandha*, esta le perdona, le concede el regalo de su sangre y el don de la salvación, y él recupera su antiguo nombre y su lugar en el Autem junto a La Magna. Lo que no sabíamos hasta ahora, que es, asimismo, lo que yo he descubierto merodeando por la Orden, es el pecado que Leviathan cometió para ser desterrado y que le dio el poder que ahora ostenta. —Xaphan apartó la vista de Qadira y miró a Valthessar y a Dagon alternativamente—. A espaldas de la diosa y de sus compañeros, cuando aún era un empíreo virgen, se inmiscuyó en la Orden y aprendió todos los hechizos que los sacerdotes no tenían permitido llevar a cabo: los que no formaban parte del Libro de la Sehara porque ella misma los desechó para que la convivencia de las razas fuera pacífica. Como os podéis imaginar, La Magna descubrió que pecaba de ambicioso al querer, además de ser un guerrero sin parangón, un hechicero, y lo condenó al exilio.

—Ya tenía conocimientos mágicos cuando se encontró con Qadira —comprendió Dagon, apretando los puños para contener el impulso de abrazar a la enferma.

—Como penitente no pudo darle uso a su poder. Solo podría ejercerlo mientras fuera empíreo —balbuceó ella. Un tenso silencio se adueñó de la estancia, donde su voz resonó con teatralidad—. Esa es la razón por la que me llevaba consigo a todas partes. Mientras me tuviera a su lado, él… él mantendría el estatus de perdonado y conservaría sus dones.

—Por eso, cuando volvisteis al Autem (él, perdonado por La Magna), pudo seguir estudiando la magia y fortalecerse como nunca, esta vez sin que lo pillaran —adivinó Dagon con un nudo en la garganta.

—Yo lo cubría —musitó Qadira, sin poder abrir los ojos. Cada vez que hablaba, Dagon se encogía sobre sí mismo, contagiado del dolor que la empírea padecía—. Si hay una criatura de la que La Magna no desconfiaría jamás, esa es Ella misma, un fragmento de su propia alma, como puedo serlo yo. Leviathan usaba esta grieta en el sistema a su… a su favor.

—Y luego fingió su muerte. Hace relativamente poco, de hecho; diez años según el calendario terrestre, o quizá algo menos —concluyó

Xaphan—, por eso no constaba que Leviathan hubiera pasado a la historia como un penitente sin *anandha* o un penitente con dos condenas: porque se quitó la vida siendo empíreo, o, al menos, eso hizo creer en el Autem para descender a La Tierra e intimar con el Gran Grimorio disfrazado de Quinto, al que ya había matado para usurpar su cuerpo hechizo mediante.

—¿Cómo? ¿Los empíreos sí pueden suicidarse? —musitó Dagon.

Qadira ladeó la cabeza hacia él, tratando de abrir los ojos. Pero no pudo, y Dagon tampoco fue capaz de moverse de donde estaba, ni siquiera hacia ella, sabiendo que su vida se estaba apagando.

¿Y si una ligera alteración en el ambiente, aunque fuese un paso adelante, una brisa que entrara por la ventana, acababa con ella? Se veía tan frágil que parecía que, de un suspiro, la Parca podría llevársela.

—Los empíreos no tienen que cumplir una condena que les obligue a vivir para pagar por sus pecados, como los penitentes —explicó pacientemente Xaphan, estrechando la mano de Qadira con el fin de infundirle ánimos y energía—, ni tampoco poseen una naturaleza bondadosa que les fuerce a morir solo cuando puedan sacrificarse por otro ser vivo, como funciona en el caso de los seráficos. Los empíreos aún son relativamente dueños de sí mismos, y se entiende que, como tienen la vida de ensueño en el paraíso magnánimo, el Autem, una vida que escogieron en su día, no se atreverían a atentar contra ella. Como es obvio, La Magna interpreta el suicidio como una traición, y son casos tan insólitos que no permite que quede constancia de ellos ni en la *Sagrada Crónica* ni en ningún otro texto oficial. Leviathan siempre ha sabido cómo esconder sus huellas, además de su nombre.

—Su nombre —murmuró Valthessar, pensativo—. ¿El nombre humano, o el de empíreo?

—Son el mismo —dijo Xaphan. Abrió la boca para desvelar el misterio, pero Qadira se le adelantó.

—Aldous. Siempre ha sido… Aldous.

Aquel nombre entró en los oídos de Dagon y directamente después pasó a su torrente sanguíneo, alterando hasta la última célula de su cuerpo.

Aldous.

Nunca pensó que volvería a oír esas seis letras juntas, ni mucho menos que el futuro de la humanidad descansara sobre los hombros o estuviera en las manos de la criatura así bautizada; una criatura en la que él, un día, llegó a depositar toda su fe.

Aldous.

—No puede ser —murmuró Dagon. Buscaba la solución al entuerto en las palmas de sus manos, que se quedó un rato examinando con espanto—. Leviathan no puede ser Aldous.

—¿Por qué lo dices como si lo conocieras? —inquirió Valthessar, confuso.

Dagon alzó la barbilla, perdido, y posó una mirada vidriosa en Qadira, que, al igual que los otros dos presentes, se había percatado de su inquietud.

—Yo no lo conocía… —articuló tras los instantes que le costó recuperar el dominio de sí mismo—. Parece que nadie lo conocía en realidad. Ni siquiera Qadira.

—¿Entonces? —exigió saber el *rex* con impaciencia—. ¿Por qué demonios tienes esa cara?

—Porque yo… —Cerró los ojos, incapaz de soportar el peso de la responsabilidad—. Yo le salvé la vida.

Capítulo XXXVII

Valthessar y Xaphan se giraron hacia Dagon; el primero, perplejo por su declaración, y el segundo no tan asombrado por el que fuera su pecado como porque lo hubiera reconocido en voz alta.

Dagon no era del todo consciente de que acababa de romper la única regla que se autoimpuso desde el preciso momento de su caída: no confesar jamás, ni ante sus compañeros ni ante sí mismo, el motivo por el que La Magna lo había desterrado. Solo tenía ojos para Qadira, que seguía respirando con dificultad bajo las sábanas, sin dar muestra alguna de haber escuchado su torpe murmullo.

Sin pedir permiso al *rex*, y con la vacilación propia de los mareados, Dagon se arrodilló a un lado de la cama de la empírea. Temblando de la cabeza a los pies por lo que temía que hubiera significado su insurrección, buscó su mano libre, que reposaba inerte junto a la cadera, y la estrechó con afecto contenido.

—Aldous… —Dagon tragó saliva—. Supongo que estamos hablando del mismo. No hay muchos hombres en la historia de las razas que se llamen así. Recuerdo que era rubio, con el pelo blanquecino, y tenía unos ojos transparentes que le hacían parecer albino, o algo aún más engañoso, como un ángel de la tradición cristiana.

Qadira separó los labios para hablar, pero aún tardó un buen rato en articular palabra. Dagon comprendió, aliviado, que, aunque tenía los ojos cerrados, no estaba inconsciente.

—Sí —musitó con voz trémula. Dijo su nombre con una combinación de anhelo y dolor—: Aldous.

Dagon acogió aquella confirmación como una condena insoportable. Apretó aún más su mano, esta vez en un pedido silencioso: que perdonara su afán de heroísmo de aquel entonces, puesto que no solo estaba a punto de costarle la vida a ella, sino a una innumerable cantidad de inocentes.

—¿De qué diablos va todo esto? —rugió Valthessar, mesándose el pelo. Se aferró a un mechón, como si temiera que, de liberar sus manos, pudiera acabar echándoselas al cuello a alguno de los presentes—. ¿No piensas dar una explicación? ¿Cómo ibas tú a salvarle la vida?

—Coincidimos en Vietnam —empezó Dagon, sobrecogido. Toda su atención estaba en Qadira, pues su perdón era ahora la prioridad—. En el setenta y pico, a los empíreos nos mandaron a La Tierra para

luchar en favor de los vietnamitas. Ya sabes que mi vida mortal acabó tras la Segunda Guerra Mundial, pero La Magna consideró que, por verde que estuviera (apenas llevaba un par de décadas sirviendo en el Autem), debía de aprender cuanto antes el que era el oficio de los empíreos: echar una mano en los conflictos bélicos cuando fuera necesaria la victoria de una de las partes en beneficio del curso de la historia.

»Aldous también fue enviado allí. Lo conocí como mi superior, y recuerdo que nos caímos bien. Nos hicimos… amigos, si es que se puede llamar amistad y no se trata de un vínculo superior aquello que comparten dos hombres que se están jugando el cuello por el mismo ideal.

»Él tenía mucha más experiencia. Había sido caballero cruzado y penitente redimido. Batallaba con una fiereza nunca antes vista. Lo veneraba, lo admito. Ansiaba ser como él. Por eso, cuando cometió un error guiado por la rabia, uno que podría costarle muy caro, yo… Bueno, yo, que no tenía nada que perder, me ofrecí a ocupar su lugar como el urdidor del delito.

—¿Qué delito?

La voz del *rex* le recordó a Dagon que no estaba a solas con Qadira. No le estaba contando únicamente a ella su historia, sino también a quien debió saberla desde el primer día. La máscara de granito de Valthessar no bastaba esta vez para ocultar la ira de no haber dispuesto de información tan valiosa.

—En plena ofensiva, Aldous mató a un general vietnamita, uno de nuestro bando, que nos costó la batalla contra los otros beligerantes —prosiguió Dagon, como quien narraba una historia ajena a la propia experiencia—. Podría decir que se trató de un fuego amigo, de un disparo erróneo, pero me había advertido que se lo cargaría porque tenía algo personal contra él. Y cuando llegó la hora de hacerse cargo de la muerte, yo di un paso al frente y me atribuí el asesinato, con todo lo que eso conllevaba: haber contrariado los deseos de La Magna, que era defender el régimen comunista.

—Y una mierda. La Magna no es imbécil —rezongó Valthessar, con el ánimo sombrío—. Tuvo que saber desde el principio quién lo mató.

—Lo supo, de eso no te quepa la menor duda —musitó, aún mirando el rostro lívido y sudoroso de Qadira. Nada delataba que estuviera escuchando lo que le decía. Dagon rogaba por que así fuera. No se veía con fuerzas para repetir la historia—. Le ofendió más que me burlara de su sistema de castigos colgándome el sambenito que el hecho de que el general fuera asesinado. A fin de cuentas, ganó la fuerza por la que La Magna apostó.

—¿Y no siguió buscando a Leviathan después de mandarte a ti al infierno? A Aldous —corrigió Valthessar de mala gana—, o como se

llame ahora.

Dagon inspiró hondo.

—Se supone que Aldous se quitó la vida apenas regresó al Autem, como ya ha contado Xaphan. Sospecho que La Magna no lo ocultó porque el suicidio estuviera mal visto, sino porque se investigaría el porqué de su decisión y saldría a la luz que Aldous se sentía tan culpable por haberme condenado a mí, un inocente, a la penitencia, que no había podido vivir en paz. La Magna no permite que se den a conocer los fallos del sistema, ni mucho menos en las épocas en que el Gran Grimorio cobra fuerza.

—Y tú no permites que los malos se salgan con la suya, Dagon. Eres uno de los hombres más justos que conozco —apostilló Xaphan, de pie al otro lado de la cama. Lo miraba con expresión solemne, carente de juicio—. ¿Por qué cediste a su petición? ¿Por qué fingiste un asesinato en lugar de permitir que Leviathan pagara por su pecado?

Dagon esbozó una sonrisa frágil que tembló al posar la mirada sobre Qadira. Le retiró un mechón oscuro que el sudor le había pegado a la sien.

—Porque a él le esperaba alguien en casa —murmuró, acariciando delicadamente el contorno de su rostro—. Aldous hablaba de su *anandha* como… Digamos que fue él quien me metió en la cabeza desde el principio lo importante que es la *anandha* en la vida del penitente. Fue quien me hizo desear el amor más allá de la razón y estar dispuesto a todo por mi mujer. Pero no es que hubiera razones egoístas en mi sacrificio —prosiguió, mirando con fijeza a Qadira—. Acepté cargar con la culpa porque Aldous me dijo que el general vietnamita había abusado de su *anandha*, y que esta se encontraba ahora tan afectada por la agresión que no había podido descender a La Tierra para acompañarlo.

»Cuando a un penitente rehabilitado se le encomienda una misión, tiene derecho a viajar con su *anandha*, y se recomienda porque, gracias a su presencia, sus heridas sanan más rápido. Que Aldous no lo hubiera hecho, que estuviera solo y hablando de ella como si la amara sobre todas las cosas, me bastó para cargar con el muerto.

»No llevaba ni treinta años humanos entrenando en el Autem y era mi primera misión —se disculpó, esperando con el alma en vilo a que Qadira dijera algo, aunque le dedicara un insulto—. Confiaba a ciegas en los veteranos del Séquito de La Magna, los admiraba, y… Nunca pensé que estuviera cometiendo un error. Quizá, si no hubiera intervenido y Leviathan hubiese sido castigado como merecía, le hubieran revocado tu virtud, tu perdón, y… No sé qué sucede cuando un penitente rehabilitado recae, pero sospecho que te habría salvado a ti de un destino cruel.

—Son ajusticiados, y la que fuera su *anandha* es encomendada a otro penitente —explicó Xaphan con dulzura—. La Magna cree en las segundas oportunidades, pero rara vez ofrece una tercera.

Aunque había esperado una afirmación como esa, Dagon, atribulado, buscó la mirada de Xaphan esperando que lo desmintiera, que quitara ese insoportable peso de sus hombros: el de saber que él podría haber salvado a Qadira de un futuro con un monstruo, y no solo eso, sino que, quizá, por obra del destino, el tiempo habría acabado vinculándolos a ellos como *anandha* y penitente.

¿Por eso había sentido una inexplicable conexión con ella desde el principio? No había experimentado los síntomas conocidos entre el pecador y su encomendada, como la pasión desgarradora y las ansias enfermizas de ponerle las manos encima, pero sí una insoportable melancolía y un vacío en el corazón, como si acabaran de arrebatarle lo que le era más preciado… o como si estuviera contemplando lo que podría haber sido suyo y, sin embargo, ya nunca podría pertenecerle.

Con Qadira, echaba de menos lo que nunca había tenido, y eso podía doler más incluso que la pérdida de lo amado.

—Es natural que notaras la existencia de un vínculo poderoso entre Qadira y tú —intervino Xaphan con paciencia, tras haberle leído el pensamiento—. Independientemente de si hubiera sido o no la mujer encomendada a ti, vuestras vidas estuvieron entrelazadas desde el momento en que interviniste en el destino de Aldous. —Entonces, el gesto de Xaphan se endureció y dijo, con un tono que no le había oído antes—: No puedes jugar a ser Dios. Si flirteas con poderes y derechos que no te corresponden, esto es lo que te espera, Dagon.

El aludido no pudo sino aceptar su responsabilidad cerrando los ojos.

—No tengo *anandha* porque yo mismo la entregué a otro hombre —comprendió con un hilo de voz. Se aferró a la mano inerte de Qadira, como si eso pudiera cambiar las cosas—. Todo esto, su ruina y la mía, han sido mi culpa.

—De poco sirve detenerse con lamentaciones —interrumpió el *rex*, dejando a un lado el asombro y la contrariedad en pro de resultar útil —. El pasado, en el pasado se queda. Traerlo al presente, en este caso, no va a ayudarnos a acabar con Leviathan, la que es nuestra prioridad. ¿Cuál será nuestro próximo movimiento, X?

—Salvar a Qadira —habló Dagon con seguridad—. A cualquier precio.

—Necesitamos mantenerla viva para dar con Leviathan —convino Xaphan—. Solo rastreando el vínculo que los une lograremos cazarlo con la guardia baja. Tiene que ser ella quien lo cite donde solieran verse durante la misión, contacto mental mediante. —Posó una mirada compasiva en la joven, que respiraba de forma artificial—.

¿Crees que podrás hacerlo, Qadira?

La empírea demostró haber estado presente durante la charla asintiendo con la cabeza. Fue un gesto apenas perceptible, pero le dejó a Dagon el corazón en un puño. Aprovechó que estaba despierta para inclinarse sobre ella y juntar sus frentes. Tuvo que tragarse la primera disculpa de todas con las que sentía que tendría que redimirse.

—Deberíamos convocar al clan al completo para enfrentar a Leviathan… y traer a Reyyan. —Valthessar pensaba en voz alta, frustrado, mientras caminaba por el dormitorio—. Sin ella, no creo que tengamos la menor posibilidad de vencerle.

—Si me ayudáis a ponerme en marcha, yo… —musitó Qadira—. Yo sé cómo vencerle. Conozco su punto débil.

—¿Se supone que tengo que confiar en ti? —rugió Valthessar, deteniendo su paseo por la habitación—. Y una mierda.

—No tenemos otra baza —replicó Xaphan—. No podemos esperar a que Reyyan aparezca. Si queremos darle caza a Leviathan de una vez, Valthe, ha de ser ahora o nunca. Ya sé que me tenéis por el obrador de milagros, pero no habrá manera de mantener a Qadira con vida mucho más tiempo.

—En ese caso, voy a por Abraxas y Samael —anunció con desdén, vigilando a Qadira con el rabillo del ojo—. Sin ellos, será una batalla perdida.

Dagon no atendía a la conversación. Se había quedado en la parte que auguraba que Qadira no sobreviviría.

En teoría, un guerrero debía de estar acostumbrado a la muerte, o, por lo menos, saber afrontarla con relativa templanza, pero ante Qadira se sentía más inexperto que nunca, apenas un niño al que la situación le venía grande.

Una vez a solas con ella, a excepción de la necesaria fuente de energía y vida que era Xaphan, Dagon se dejó caer derrotado sobre el pecho de Qadira.

—Lo siento. Lo siento muchísimo —susurraba mientras le acariciaba la trenza deshecha—. Si pudiera cambiar las cosas, viajar en el tiempo y no tomar el lugar de nadie, tan solo seguir mi propio camino, yo… Te prometo que te habría querido más que a nada ni a nadie en este mundo, Qadira. Te habría cuidado y protegido. Habríamos formado un gran equipo, dentro y fuera del campo de batalla. Te juro que te lo habría dado todo. Es lo mínimo que podría haber hecho por ti, ya que te habrías convertido en ese todo para mí.

Con un pie en la inconsciencia y el otro aferrándose desesperadamente a la vida, aunque solo fuera para escuchar aquellas últimas y tiernas palabras, Qadira esbozó una sonrisa trémula. Alargó la mano con dificultad hacia el rostro de Dagon, que había alzado para captar, con el corazón encogido, su dulce gesto, y le acarició las

mejillas en las que crecía la barba.

—Eso habría sido bonito —musitó con voz queda—. Me habría gustado mucho.

—Si sobrevives, te prometo que te lo daré —le aseguró con determinación.

—Dagon, no me parece que debas darle esperanzas en este… —empezó Xaphan.

—Todo eso y más —insistió Dagon, cegado por el miedo—. No me importa que estés destinada a otro hombre, siempre y cuando a ti no te importe quién soy y lo que te he hecho.

Qadira logró abrir los ojos al fin, ayudada por la mano de santo que Xaphan, conmovido y deseoso de ayudar, había colocado sobre su corazón. Las habilidades de curandero de Xaphan eran brillantes, pero, como él mismo había advertido, no milagrosas, y el efecto paliativo no duraría para siempre. No obstante, aquellos segundos le bastaron a Dagon para saber que podría llegar a amar a aquella mujer, por más herida que estuviera y por más que hubieran intentado doblegarla. Podría llegar a quererla si permanecía a su lado durante el tiempo suficiente, y, una vez ese tiempo de gracia hubiera transcurrido, Dagon podría ser quien la devolviera a la vida con nada más que la fuerza de su empeño y la pasión desaforada de sus sentimientos.

Sin importarle la presencia de Xaphan, Qadira aprovechó la poca energía que le quedaba para acercarse al penitente inocente y besarlo suavemente en los labios, apenas una caricia débil que, sin embargo, llenó a Dagon de las fuerzas que necesitaba para vencer a un batallón.

—Nunca podrá ser —lamentó, con una voz resignada que le heló la sangre—. No porque me importe quién eres y lo que has hecho, sino porque me pesa quién soy yo y los delitos que he llevado a cabo. Saber que jamás podría merecerte es lo más doloroso que me ha ocurrido nunca.

—¡Eso no es cierto! —le reprochó él.

—Yo ya estoy manchada. Para siempre —repitió, despacio—. Y tú, Dagon… Tú eres puro. Incorruptible.

—No… No es verdad. —Se empecinaba, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—No te sientas culpable. He tenido apenas unos días contigo, y solo en ese tiempo has logrado convertirte en la única dulzura de mi vida. Muriendo para salvaros, para libraros de la amenaza que es Leviathan, estaría haciendo por primera vez lo que anhelo.

»Así que rastrea el vínculo, si es que aún queda algo… —Miró a Xaphan—, y ayúdame a cumplir mi último deseo.

Capítulo XXXVIII

Xaphan no pudo rastrear a Leviathan a través del vínculo que le unía a Qadira. La empírea se había temido que aquel fuera el resultado, y agradeció que al menos el penitente tuviera la gentileza de ser franco al explicar el fracaso del procedimiento.

—Estáis conectados mentalmente, pero nada más. No percibo ninguna conexión emocional ni rastros de contacto físico, aunque puede deberse a que no estoy capacitado para obrar hechizos mágicos —reconoció con humildad—. Mi impresión es que vuestro vínculo es un puente que se sostiene de un solo lado; que tú das todo cuanto tienes, te entregas y te muestras sin reservas, y él se mantiene inexpugnable. Es lógico que así sea. No habría reunido el poder que ahora ostenta si no hubiera sido precavido con los hilos que llevan a él.

Qadira apenas halló las fuerzas para sonreír con resignación. No le estaba diciendo nada de lo que ella no se hubiera percatado a lo largo de los años. Aun así, el corazón le dolía al saberse a merced de un hombre sobre el que jamás ejercería la menor influencia, presa en una relación desigual que no le había causado más que sufrimiento.

Si tan solo Leviathan fuera tan vulnerable ante ella como ella era débil ante él, podría hallar consuelo.

Pero estaba sola.

Cerró los ojos para no ver su fracaso en la expresión serena de Xaphan, que se había quedado con ella mientras los demás reunían a los miembros de El Séptimo Círculo para atacar.

—Lo quieres, ¿verdad? —asumió Xaphan, sosteniendo su mano con firmeza—. Me basta con estar en tu mente para saberlo. No necesito entrometerme en los secretos de tu corazón.

Un nudo se le formó en la garganta. Hizo un esfuerzo por contener las lágrimas, sospechando que el mero esfuerzo de llorar podría costarle la vida.

—Fui creada para amarle. Por más que me rebele contra mi deber, no deja de ser mi naturaleza —musitó sin energía y concluyó, impotente—: Mi vida estuvo acabada antes de empezar siquiera.

—Pero tu vínculo no ha sido un fraude, Qadira —repuso con el fin de apaciguarla—. Aunque fuera solo al principio, el amor fue real. Puede que no te suponga el menor consuelo, pero te aseguro que no toda tu vida ha estado basada en una mentira cruel.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Seguís conectados mentalmente —insistió, como si fuera el quid de la cuestión—. Desprenderse de ti le sería más cómodo ahora que ya no debe rendir cuentas a La Magna. Si hubiera cortado la comunicación contigo, no correría el peligro en el que le vas a poner tú en cuanto lo cites para veros, pero quiso seguir unido a ti de alguna manera.

—¿Y qué quieres decirme con esas palabras? ¿Que me quiere? —bufó, irónica.

—Me niego a llamar amor a algo tan retorcido como el sufrimiento que has padecido. No obstante, sí creo que el vínculo puede ser tan dañino para Leviathan como él lo es para ti. —Hizo una pausa en la que Qadira no pudo ver qué hacía, tan solo sentir la mano cálida que posaba sobre su frente—. Habla con él. Dile que debes verlo para informarle del estado de la elegida y la prometida Darda'il, a la que has provocado un aborto, tal y como te fue ordenado.

Qadira abrió los ojos de golpe. Si hubiera tenido fuerzas para ello, también se habría incorporado de un salto. Quizá incluso habría salido corriendo en busca de la muchacha para asegurarse de que se estaba recuperando y no la odiaba por haber provocado indirectamente aquella desgracia.

—¿Qué? —Fue todo cuanto logró balbucear—. Yo no…

—Lo sé. Darda'il ha asegurado que bebió los residuos de tu té sin que estuvieras presente —la apaciguó enseguida, estrechando su mano. Qadira contuvo la respiración para castigarse por la negligencia, y también para asegurarse de que no detectaba una sola nota de rechazo o juicio en el tono de voz de Xaphan—. Pero puedes estar tranquila. No estaba embarazada, así que la flor de Cileth no ha actuado contra ella con el fin para el que suele utilizarse.

—Flor de Cileth —repitió Qadira, helada—. En grandes dosis causa esterilidad, e incluso la muerte.

Ahora veía por qué Leviathan había demostrado tanto interés en envenenar a Darda'il, pues acabaría de un plumazo con la amenaza que representaba el fruto de su vientre. Pero lo había ingerido Qadira, y eso significaba que…

—Lo siento —le dijo Xaphan, mirándola compasivo.

—¿Qué importa si ahora soy estéril? —musitó con el corazón marchito—. Voy a morir, ¿no es así? De nada me serviría un útero sano a tres metros bajo tierra.

Xaphan le estrechó la mano para mitigar el dolor y la desesperación que sacudieron a Qadira.

De un tiempo a esa parte, la muerte era el único destino que se le antojaba favorable, y no era como si hubiese anhelado un nuevo embarazo tras la traumática pérdida de Evra. Todo lo contrario. Más

de una vez había lamentado su fecundidad, no ya por el sufrimiento que a ella le había acarreado, sino sospechando lo que su hijo estaría padeciendo por el simple hecho de haber llegado al mundo.

—La gente como yo no debería reproducirse —concluyó quedamente.

Y, sin embargo, se dolió al ser consciente de que ya nada la arraigaba a la vida, de que no le quedaba una sola esperanza a la que aferrarse.

No quiso seguir por aquellos derroteros y retomó el tema.

—¿Crees que el cepo del aborto servirá para captar la atención de Leviathan? —inquirió Xaphan, aún mirándola de hito en hito, como si temiera que rompiese a llorar de un momento a otro.

Se obligó a recomponerse, como tantas veces antes, y exhaló.

—Sé exactamente qué decirle para citarlo sin que sospeche.

No dio más explicaciones, en parte porque no hacían falta. Xaphan estaba en su mente. Podía sentirlo merodeando, como un principio de jaqueca o un mareo leve. Leería lo que le dijera a Leviathan en el preciso momento en que enviara el mensaje.

Apartó a un lado el asombro por el modo en que se experimentaba la intrusión voluntaria del lector de mentes, y se concentró en invocar la imagen de Leviathan.

No todas las parejas de *anandha* y penitente podían conectar sus mentes a ese nivel. Solo con el paso de los años lograban fundirse en un solo ser, estar en sintonía en cuanto a deseos y convocarse con una sola palabra.

«Están tratando el sangrado de Darda'il en estos momentos. Supongo que eso era lo que querías que ocurriera cuando le diera las hierbas», pensó en dirección a la diestra mente que tan familiar se le hacía. «Ahora, devuélveme a mi hijo».

Qadira esperó a que la voz de Leviathan brotara en su mente como un pensamiento intrusivo. Al cabo de los minutos, cuando le empezaban a sudar las manos por el miedo a que no contestara, recibió una respuesta concisa que la dejó confusa.

Buscó la mirada de Xaphan. La expresión sombría de este la desalentó.

—¿Qué ha dicho?

—Es una dirección —explicó él, contrito—. Sé dónde está la calle, pero desconozco lo que se encuentra en el local.

—No lo entiendo. Jamás nos hemos visto ahí.

—Eso solo puede significar que sabe que le estás tendiendo una trampa y quiere evitar una emboscada citándote en un sitio público.

La rabia estalló en sus mejillas, llenándolas de color.

—Es imposible. No puede saberlo. Será un maldito hechicero, pero todavía no es adivino.

—No vamos a echarnos atrás ahora, de todos modos —intervino la voz severa del *rex*. Acababa de entrar en el dormitorio, escoltado por Abraxas y Aladiah—. Quizá esta sea la última oportunidad que tengamos para confrontarlo. No sería la primera vez que debemos resignarnos a prescindir del factor sorpresa y confiar en que tendremos buena suerte.

Qadira no tuvo valor para girarse hacia los recién llegados. Aunque Aladiah debía saber que no había sido su intención provocarle daño alguno a Darda'il, dudaba que se mostrara comprensivo en una situación en la que primaban los sentimientos hacia el ser querido.

También le costaba sostenerle la mirada a Valthessar.

—Dame la dirección —exigió este último—. Nos pondremos en marcha de inmediato y nos repartiremos por la sala. Trataremos de pasar desapercibidos hasta que llegue el momento de emboscarle.

—No veo cómo podríais pasar desapercibidos ante un monstruo con el historial de hazañas de Leviathan —repuso Xaphan, aunque con voz calma, como si quisiera dejar claro que no era su intención aguar la fiesta a nadie.

—Ese ya será nuestro problema —ladró Valthessar, sin tiempo para idioteces—. Tampoco es que pretendamos matarlo sin que se dé cuenta, y algo le importará que tengamos a Qadira en nuestro poder. Siempre podemos recordarle que no se puede poner demasiado tonto si no quiere que le quitemos todo lo que tiene.

A Qadira no le importó que manifestara abiertamente su intención de convertirla en el señuelo. Ella misma estaba dispuesta a utilizarse con ese fin para pagar por sus pecados.

A fin de cuentas, no le quedaba nada por lo que luchar.

Ni siquiera esperanza.

Por precaución, pues así evitarían levantar sospechas, a Qadira le tocó viajar sola hasta la dirección asignada. Leviathan asentiría, orgulloso de su violenta hazaña, al verla llegar renqueante, herida en lo más profundo de su ser y sin escolta, pero los transeúntes que se cruzaba por el centro mientras ella revisaba obsesivamente el papel con el nombre de la calle no dejaban de mirarla con compasión. Uno de ellos incluso se acercó, al verla al borde del desmayo, para preguntarle si necesitaba que la acercaran al hospital.

Aquel simple gesto de piedad humana la conmovió, y tuvo que contener las lágrimas por el bien de la misión.

Cuando Qadira llegó a las puertas del edificio, se quedó helada.

Supuso que los penitentes de El Séptimo Círculo habrían tenido una reacción similar al toparse con un centro de juegos para niños.

De pie allí, ante una enorme cristalera que daba a una piscina de bolas, mesas coloridas repletas de chucherías y trozos de tarta a medio comer, Qadira tuvo una revelación que la sacudió entera.

El sadismo de Leviathan no conocía límites. Tal vez nunca los hubiera conocido, y, como hasta ese momento, su maldad solo iba dirigida hacia Qadira, no había sido capaz de darse cuenta, creyéndose en todo momento merecedora del trato que Leviathan le dispensaba. Y quizá ella sí lo fuera. Tal vez ella sí mereciese la violencia, pero no los inocentes.

Ni mucho menos los niños que temía que utilizara como cepo.

Hizo acopio de todas sus fuerzas y, aferrándose al vientre enfermo, empujó la puerta.

Debía de estar celebrándose un cumpleaños. La temática de la fiesta era delatada por la tarta de tres chocolates que coronaba la mesa de aperitivos, además del griterío infantil de los participantes en el pilla-pilla y el escondite. Ninguno de los pequeños que Qadira localizó tendría más de diez años. Confirmó, al echar un vistazo a las velas derretidas que descansaban junto al postre, que el homenajeado acababa de cumplir nueve vueltas al sol.

Qadira se detuvo en la puerta, mareada. Tuvo que abrazarse a sí misma para mantener la compostura. Xaphan ya le había advertido que, en las próximas horas, sufriría síntomas como náuseas, mareos y debilidad articular. Poco a poco iría perdiendo el habla, hasta que empezaran las convulsiones, los vómitos sangrientos y, al fin, la muerte por envenenamiento. Tenía hasta ese momento —que no tardaría en llegar, a juzgar por su estado— para localizar a Leviathan y llevarse de allí a su niño.

Porque debía de estar allí, ¿no? Apostaba su alma por que el protagonista de la fiesta no era otro que Evra, y eso, aunque por un lado tendría que haberla estremecido de miedo, también la aliviaba en cierto sentido. Los gritos despreocupados de los niños parecían síntoma de una infancia feliz, de la normalidad que Qadira habría querido para Evra.

Barrió la ludoteca con la mirada en busca del único adulto que sospechaba que encontraría bajo el techo. En efecto, no había más que un hombre sentado en la mesa de los aperitivos. La presidía con un flamante esmoquin negro, salpicado tan solo por una mancha escarlata en la solapa de la chaqueta: una rosa que ya de lejos se advertía que despedía un aroma dulzón.

No la miró, pero Qadira sabía que la estaba esperando.

Se dirigió hacia él tratando de no mostrar su debilidad. Echó una rápida ojeada alrededor, preguntándose dónde estarían los penitentes.

Le habían prometido repartirse por el local, en lugares estratégicos, para vigilar que no le hicieran daño. Al menos, se lo habían jurado Dagon y Xaphan, los únicos que no la miraban con desprecio.

Dagon.

Qadira sacudió la cabeza para ahuyentar pensamientos inoportunos. No era el momento de pensar en su confesión.

Lanzó una mirada anhelante a la zona recreativa de los toboganes y las piscinas de bolas, donde los críos correteaban sin descanso.

¿Cuál sería Evra? ¿Sabría reconocerlo sin verle el rostro, sin tenerlo delante?

Con dificultad, Qadira tomó asiento frente a Leviathan. Confirmó que, en efecto, se había acicalado para la ocasión. Si no estuviera hastiada y al borde del desmayo por culpa de la intoxicación, quizá se hubiera envenenado una vez más soñando con que se había vestido así para sorprenderla.

Leviathan le mostró sus dientes alineados con una sonrisa.

—He elegido un sitio donde pudiéramos sentarnos porque supuse que no te tendrías en pie. También porque pensaba que, a estas alturas de la película, El Séptimo Círculo te tendría castigada sin comer por traidora. —Señaló la mesa servida con un ademán de mano. Su sonrisa se ensanchó, adquiriendo un deje burlón—. Sírvete tú misma.

«Supuse que no te tendrías en pie», había dicho, y sin ocultar ni por un segundo el placer que le producía saberse responsable de sus heridas.

Qadira reprimió un estremecimiento y se concentró en el rostro sano de su torturador.

—¿Dónde está Evra? —exigió saber.

—¿Por qué? —Leviathan fingió extrañarse. Ladeó la cabeza con curiosidad—. ¿Acaso quieres más compañía de la que te estoy proporcionando ahora mismo?

Qadira apoyó las manos sobre la mesa y se inclinó hacia delante.

—Quiero que me entregues lo que me prometiste. Me juraste por el Gran Grimorio, tu señor —recalcó con retintín—, que me devolverías a Evra cuando hubiera cumplido tu último encargo.

—¿Y lo has cumplido? —Leviathan enarcó una ceja castaña. Tamborileó los dedos sobre la mesa, distraído—. Me sorprendería que Darda'il hubiera sufrido un aborto cuando eres tú la que se ha dado un festín de flor de Cileth.

Qadira no debería haber subestimado el vínculo que les unía. Leviathan tenía que haber sentido en su cuerpo parte de la intoxicación, como extensión de su *anandha* que era.

—No me quedó otro remedio que envenenarme para que Darda'il no sospechara de la encerrona —repuso Qadira con fingida tranquilidad—. Si tienes espías infiltrados en La Sociedad, que

supongo que son los que te han dicho que he estado postrada, deben haberte informado asimismo de que Darda'il está siendo tratada por la misma intoxicación.

Leviathan la miraba con los párpados entrecerrados y un amago de sonrisa ladina.

—Me lo han dicho, así es. Y es verdad que juré por Mi Señor que te entregaría a Evra si cumplías con los tres encargos que te encomendaba. Soy un hombre de palabra, ya me conoces —prosiguió, echando un vistazo a la zona de recreo. Los niños se divertían, ajenos a la conversación que los adultos estaban manteniendo—, así que tal vez sea el momento de recompensarte.

Capítulo XXXIX

Qadira sintió que respiraba por primera vez desde que había descendido a La Tierra. Observó, con el estómago encogido, que Leviathan se levantaba con cuidado de que los elegantes pantalones no se arrugaran y llamaba a los niños.

«¡Hora de la merienda!», exclamaba para atraerlos.

Contuvo el aliento mientras los críos desfilaban hacia el comedor. Los unos se empujaban a los otros, se reían a carcajadas, y Qadira apostaba por que debajo las máscaras de superhéroes y personajes de dibujos animados que llevaban se escondían sonrisas de oreja a oreja, mejillas arreboladas y ojos brillantes.

Siguiendo las órdenes de Leviathan con llamativa sumisión, se dispusieron en una fila horizontal. Qadira pudo contarlos de un vistazo. Eran nueve en total. Nueve niños por los nueve años que el homenajeado cumplía ese día.

¿Sería realmente el cumpleaños de Evra?, se preguntó Qadira. Los recuerdos de su alumbramiento estaban tan confusos que ni siquiera podía saber a qué hora nació.

—Muy bien, muy bien —decía Leviathan con voz lánguida, felicitando a los jóvenes por su obediencia. Rodeó la mesa longitudinal a paso lento y se detuvo a la espalda de Qadira. Esta respingó al sentir su mano sobre el hombro—. Niños, esta es mi amiga Qadira. Decidle «hola, Qadira».

—¡Hola, Qadira! —exclamaron al unísono. Ella barrió con la mirada la fila de pequeños soldaditos, buscando en el eco de las voces aquella que pudiera pertenecer a su hijo.

—Vamos a jugar a un juego muy divertido con Qadira —anunció con contagiosa jovialidad—. ¿Queréis jugar a un juego divertido?

Los niños volvieron a ponerse de acuerdo para chillar con unanimidad.

—¡Sí!

—¿De dónde han salido estas criaturas? —musitó Qadira con un mal presentimiento.

—Son amigos de Evra. —Lo siguiente que sintió fue el aliento de Leviathan rozándole la oreja, y una pregunta entonada con dulzura—: ¿Quién crees que es tu hijo, Qadira?

—No… —balbuceó, hiperventilando. Examinaba una y otra vez las caretas de los niños, la esbeltez de sus cuerpos, y el mareo le impedía

pensar—. No puedo saberlo. Van enmascarados.

—Sigue tu instinto. Rara vez nos falla.

Su mirada desesperada localizó a un jovencito de estatura parecida a la única imagen que Qadira guardaba de Evra, aquella que Leviathan había introducido en su pensamiento hacía apenas unos días.

El corazón le latió con fuerza.

¿Era él, el niño de la careta de Spiderman? Le parecía que un mechón rubio pálido se rebelaba contra la contrición de la máscara y se curvaba hacia arriba en una especie de remolino.

Ese remolino despertó en ella la ternura, y, en un impulso, lo señaló.

—¿Ese? —preguntó Leviathan con tono aterciopelado. Qadira asintió frenéticamente. Tenía la altura, el color de pelo, y, en la distancia, parecía que también los ojos…

El sonido de un disparo cortó de raíz sus pensamientos. Qadira se sobresaltó y buscó el origen del ruido, aturdida. Había sonado tan cerca de ella que tuvo que llevarse una mano al oído, donde se le insertó un insistente pitido.

No tuvo que localizar a la víctima para adivinar lo que acababa de ocurrir. El niño que Qadira había señalado yacía ahora inerte en el suelo. El disparo le había perforado la frente, pero su rostro seguía siendo un misterio tras la máscara.

Qadira gritó por todo lo que no gritaron el resto de los niños, que permanecieron inmóviles en sus sitios, quizá por obra de algún hechizo. Se levantó con la intención de socorrerlo, aun sabiendo que no había nada que hacer.

Alguien la aferró por la muñeca.

—Siéntate —le ordenó Leviathan con frialdad, apuntándola con el mismo arma que debía de haber empleado con el pequeño—. No hemos acabado.

—Qué… qué has… —tartamudeó, helada—. ¿Qué le has hecho?

—Nos resultará más cómodo descalificar así a los que no son Evra —respondió sin alterarse. Dejó caer contra la cadera el brazo que sostenía la pistola y le acarició el brazo a Qadira con el cañón—. Ahora, dile a tus queridos amigos de El Séptimo Círculo que se queden quietecitos donde están o les vuelo la cabeza a todos los demás. ¿O crees que me habrán oído desde sus escondites?

Qadira apoyó las manos sobre los muslos, tal y como Leviathan le indicó con una serie de gestos. No era consciente de nada más que del temblor que se había adueñado de su cuerpo y del charco de sangre que empezaba a dilatarse bajo la cabeza del cadáver.

—Esto no es… esto no es lo que me prometiste —sollozó Qadira.

—Claro que es lo que te prometí. Te entregaré a Evra, pero, antes

de eso, jugaremos un poco. Créeme, mi amor; habría estado más que encantado de devolverte a Evra sin involucrar a ningún inocente en el proceso. Desgraciadamente… —Se inclinó sobre ella y le besó la coronilla antes de seguir hablando contra su pelo—, no has cumplido mis órdenes de manera satisfactoria.

—¿Cómo que no? ¡He hecho todo lo que me has…!

—Me has traído a tus amigos —la cortó con un siseo—. ¿Cuándo ha entrado eso en el plan?

Qadira se quedó fría. No supo cómo reaccionar a la acusación. Le alivió saber que no estaba allí, sola, y asimismo se agobió pensando en el precio que tendrían que pagar los inocentes. Pensó en levantarse, en rebelarse contra él de alguna manera, pero no había ningún arma disponible más que el cuchillo de hoja larga con el que se había cortado la tarta, y sabía que no podría infligir daño alguno a Leviathan. Si los penitentes atendían a la escena desde sus escondites aún y no se habían retirado, también estaban atados de pies y manos, porque la prioridad seguía siendo proteger las vidas humanas, y ni un disparo ni un arma arrojadiza lanzados desde un punto estratégico atravesarían las capas y capas de protección que envolvían a Leviathan gracias al hechizo del campo de fuerza.

Observó, aterrorizada, que Leviathan se acercaba a los niños. Una vez de pie junto al primero empezando por la derecha, se giró hacia ella, expectante.

—¿Y bien? —Enarcó una ceja al tiempo que levantaba la barbilla del pequeño—. ¿Quién crees que es Evra, Qadira? Recuerda: tu instinto te dará la respuesta.

—¡No voy a responder! —gritó.

—Entonces los mataré a todos, a Evra entre ellos. ¿Es eso lo que quieres?

Qadira cerró los ojos, como si así pudiera evitar que él se regodeara al saberla vencida. Lloraba en silencio por una encerrona que tendría que haber visto venir.

Nunca había podido derrotarlo. ¿Qué le había hecho pensar que esa vez lo conseguiría?

—Estamos esperándote, cielo.

Qadira alzó la barbilla. Se mordió el labio para mantener a raya los temblores, y señaló, con el alma en vilo, al niño que la había hecho dudar un instante antes de escoger al primero. La complexión esbelta y la piel morena, similares a la del Evra de su imaginación, fueron su sentencia de muerte. Leviathan chasqueó la lengua y, de un solo y firme movimiento, le agarró la cabeza y le rompió el cuello.

La criatura cayó desplomada como un peso muerto.

Ella se tragó el grito que pugnó por salir de su garganta.

—Les estoy dando muertes rápidas —apostilló Leviathan,

extendiendo los brazos—. No se puede decir que esté pecando de sádico.

—Por favor, no hagas esto. No tienen la culpa. Les diré a los penitentes que se vayan… y… y renunciaré a Evra, si es necesario, pero déjalos marchar. Deben de tener un padre, una madre… Una familia esperándolos en casa, una vida por delante…

Un ataque de tos la interrumpió. Al mirarse la mano con los ojos vidriosos, comprobó que había entrado en el último estadio del envenenamiento. Notaba el sabor de la sangre en el paladar, y la mancha escarlata en la palma indicaba que no le quedaba mucho tiempo.

Leviathan la observó con una mezcla de repugnancia y compasión, si es que tal combinación era posible. Muy despacio, dejó la pistola sobre la mesa y se acercó hasta quedar acuclillado frente a Qadira.

—¿Sabes? Nunca confié en ti. Tampoco en el amor que supuestamente me has profesado —confesó, sonriéndole con frialdad —. Estaba convencido de que acabarías traicionándome, y ¿sabes por qué? Porque eres débil e inútil. Porque eres consciente de que tu vida carece de sentido una vez me apartas de tu lado.

Qadira cerró los puños bajo la mesa, tratando de contener la rabia que pujaba por salir de sus labios. Lo miraba y no podía creerse que su corazón aún latiera por él; que su cuerpo todavía reaccionara a su cercanía, y que una remota parte de ella, hechizada de un modo atroz, aún tuviera la esperanza de que retirara sus palabras y le confesara que estaba equivocado, que la amaba más allá de la razón.

Qadira había llegado a deplorar esa parte de ella que insistía en arrojarse al vacío aun sabiendo que no la esperaba ninguna certeza. Ninguna más que el dolor intenso de una puñalada trapera. Y, por primera vez desde que tenía uso de razón, experimentó un arranque furibundo, una ira desmedida que la hizo desear verlo muerto. No como lo estaban las criaturas que acababan de pagar por su juego perverso, sino torturado, desmembrado. Muerto después de haber padecido un sufrimiento sin precedentes.

Qadira creyó que podría proporcionárselo, y, si no a él directamente, al menos, a través de ella. Si el vínculo aún era efectivo, si algo la unía a Leviathan, por ínfimo que fuera, su propia muerte tendría que hacerle daño. Asimismo, tendría que proporcionarle el tiempo suficiente a El Séptimo Círculo para cazarlo con la guardia baja y capturarlo, ponerle las esclavas de madera que le impedirían formular hechizos y dejarlo a merced de lo que el *rex* deseara hacer con él.

Solo tenía que sacrificar su vida… una vez más.

Ni siquiera lo pensó al inclinarse sobre él, esforzándose por sonreír con todo el desprecio que era capaz de reunir, y escupirle, mientras

deslizaba la mano sobre la mesa:

—Tal vez sea débil, inútil y mi existencia carezca de sentido, pero no olvides que eso es así porque fui creada a tu imagen y semejanza.

Aferró con ganas el mango del cuchillo de la tarta y se lo hundió a sí misma en el centro de la garganta hasta que las fuerzas le fallaron y cayó hacia atrás, asfixiándose.

Aunque los ojos luchaban por cerrársele, los mantuvo abiertos para no perderse un solo detalle de la expresión de espanto de Leviathan, que la aferró por los hombros, tratando inútilmente de sostenerla.

Qadira estaba segura de que estaba soñando el horror de Leviathan; que él no estaba capacitado para sentir siquiera compasión por la que había sido su compañera durante lo que llevaban de eternidad. Sin embargo, verlo palparla con desesperación, buscando un modo de desclavar la hoja y taponar la herida, hizo que se planteara si no había estado equivocada todo ese tiempo.

Leviathan apretó la mandíbula, furioso, y la sacudió por los hombros.

—¡Eres una completa estúpida! —bramó, mirándola a los ojos—. ¿Qué pensabas?, ¿que, acabando contigo, acabarías conmigo? Te he reducido a nada más veces de las que puedas contar, te he apaleado como a un perro, y yo ni siquiera me he despeinado. ¿Cómo has llegado a la maldita conclusión de que me arrastrarías contigo si te matabas, eh?

Qadira intentó sonreír, irremediablemente conmovida por el pánico que veía reflejado en su expresión y por lo que esto significaba: que, después de todo, no le era del todo indiferente.

No se había sacrificado en vano.

La sangre comenzó a agolparse en su garganta y no pudo siquiera decir lo que deseaba para asestarle el golpe final. Se aferró a los hombros de Leviathan mientras le quedaron fuerzas, dándole tiempo a El Séptimo Círculo para aprovechar que el enemigo había bajado la guardia, y puso todo de su parte para trasladarle un mensaje mental antes de que se le escurriera la vida entre los dedos.

«Quizá no te haya matado», le dijo, manteniendo en todo momento los ojos abiertos, «pero te he dejado cojo, sin una parte de ti imprescindible para seguir adelante. No estás muerto, Aldous, pero desearás estarlo».

Capítulo XL

Dagon fue el primero en abalanzarse sobre Leviathan.

En el preciso momento en que había sobreentendido las intenciones de Qadira, implícitas en el gesto de arrastrar la mano por la mesa, camino del mango del cuchillo, se había precipitado desde su escondite para detenerla. No llegó a tiempo, pero sí logró anticiparse a las órdenes del *rex* inmovilizando a Leviathan por la espalda.

Al cabo de los segundos, antes de que Dagon pudiera pedir auxilio, Valthessar reemplazó su lugar a espaldas de Leviathan y, con la inestimable ayuda de Xaphan, colocó las esclavas de madera que habían llevado consigo.

—No es la primera vez que te esposamos —masculló Valthessar en su oído, jadeando por la velocidad con la que se había arrojado sobre él—, pero confío en que será la última.

Leviathan no dijo nada. Sus ojos desorbitados estaban fijos en la figura inerte de Qadira, ante la que Dagon se arrodilló con el corazón devastado.

Ahí estaba ella, con la vista clavada en el techo, donde seguiría fija por el resto de los tiempos si alguien no le cerraba los ojos para dejarla descansar.

Dagon se llevó las manos a la cabeza. Fue incapaz de llevar a cabo ningún otro movimiento, más que observar el estropicio de sangre y su palidez cerúlea sin dar crédito. No solo se mostraba incrédulo ante el hecho de que estuviera muerta, sino por las emociones que esa certeza disparaba dentro de él.

—No, no, no, no… —musitaba en una letanía—. No puede ser, no puede ser, no… No puede ser.

De fondo se oían las órdenes del *rex*, las cuales Dagon, en su estado, no lograba obedecer. Ni siquiera respondía ante los impulsos de su cuerpo.

—Samael y Xaphan, llevaos a los niños de aquí. Aladiah se encargará de ellos y localizará a sus familias. Si Evra se encuentra entre los pequeños, lo descubrirá… Renyi, tú encárgate de los dos cadáveres… —Valthessar tragó saliva al posar la vista en Qadira, reacio a mostrar piedad, pero inevitablemente conmovido—. De los tres.

»Abraxas, a ti te quiero conmigo. Vamos a torturar a este cabrón.

—Ya pensaba que nunca me lo pedirías —gruñó Abraxas,

ayudando al *rex* a incorporar al perdido Leviathan.

Dagon salió de su ensimismamiento y se percató de que el enemigo no despegaba la mirada de Qadira, y de que, lejos de expresar entusiasmo porque ella le hubiera ahorrado la molestia de matarla, tenía el descaro de observarla con los ojos vidriosos.

Como si alguna vez le hubiera importado.

Dagon se colocó ante el cuerpo de Qadira, protegiéndolo de su escrutinio.

—¿Qué coño estás mirando? —le ladró. Su voz, surgida de las entrañas, alertó a los penitentes. El *rex* alzó la barbilla, asombrado por el exabrupto, y Xaphan detuvo lo que estaba haciendo para dirigirle un vistazo aprensivo—. ¿Qué es lo que crees que tienes que mirar, eh? Aléjate de ella, hijo de puta.

Leviathan no parecía escucharlo. Dagon se acercó con una actitud bravucona con la que no se habría reconocido y lo aferró del cuello. Sin la posibilidad de obrar magia, apenas armado con sus dos extremidades y su apariencia frágil, Leviathan parecía un don nadie al que podría partirle el cuello con tan solo chasquear los dedos.

Y no le pareció mala idea.

—Te estoy diciendo —le siseó a un palmo de la cara— que no la mires.

No le dio siquiera dos segundos de cortesía para obedecer. Dagon lanzó un cabezazo al centro de su rostro, un derechazo al vientre, y, a continuación, lo aferró de la garganta. Justo en el lateral destacaba la cicatriz de la agresión con la que Mara, muy hábilmente, se había defendido para huir.

—Dagon, tranquilízate —le pidió el *rex*, empleando un tono más bien paciente que, sin embargo, encerraba cierta irritación—. Lo necesitamos vivo para sacarle información. Luego, si quieres, le sacamos también las tripas. Créeme, le tengo tantas ganas como tú, pero debemos mantener la cabeza fría.

Valthessar buscó a Xaphan con la mirada para hacerle un gesto de asentimiento, la señal que el penitente necesitaba para ponerse en marcha con los niños, que, una vez quedaron libres del hechizo de inmovilidad, rompieron a llorar amargamente.

Dagon no esperó a que Valthessar le diera luz verde para acompañarlo. Decidió que formaría parte del grupo de tortura y aferró a Leviathan por el cuello de la chaqueta para arrastrarlo con energía hasta el sedán que habían aparcado en la puerta trasera.

Habían tenido la precaución de llevar dos coches, pero serían pocos para trasladar a los niños… y a los cadáveres.

Cuando estuvo de pie bajo el umbral de la ludoteca, desde cuya cristalera no se veía más que las piscinas de bolas vacías, lanzó una mirada contenida al punto donde descansaba el cuerpo de Qadira. Un

impulso superior a su autocontrol le llevó a avanzar unos pasos, vacilante, para tomarla entre sus brazos y cerciorarse de que la trataban con cariño.

No quería ni imaginarse lo que Renyi haría con el cuerpo de Qadira, cuando lo que el corazón le pedía a Dagon era velarla durante un día entero y luego enterrarla con honores.

—Un funeral no será posible —le dijo Xaphan al pasar por su lado. Cada una de sus manos aferraba la de un niño de ocho años. El llanto de uno de ellos ponía el vello de punta; el frío silencio del otro no resultaba menos escalofriante—. La Magna exigirá que Qadira le rinda cuentas, viva o muerta, y eso implicará…

—No voy a permitir que la tiren a un hoyo sin más, menos aún después de todo lo que ha sufrido —gruñó, y fue a entrar para asegurarse de ello cuando Xaphan le puso una mano en el pecho.

Esperó a que Dagon lo mirara a los ojos para hablar.

—Renyi se encargará bien de ella. La tratará con respeto.

—Eso ni lo dudes —le aseguró el *rex*, de pie junto al coche. Abraxas se había posicionado delante del coche, de brazos cruzados, para que los transeúntes no tuvieran una vista detallada del hombre al que Valthessar metía por la fuerza en el maletero. A los pocos que se acercaban a preguntar o alzaban los móviles para fotografiar la escena, eran amedrentados o persuadidos por las dimensiones del cuerpo de Abraxas—. A Renyi se le dan mal los vivos, pero por los muertos siente un respeto reverencial. ¿Por qué te crees que lo he elegido a él para esa tarea? No tomo las decisiones sin pensar.

Dagon habría empatizado con el cansancio y la irritación del *rex* si no acabara de dejar medio corazón en el interior de la ludoteca. Al menos, así era como se sentía. Necesitaba entrar de nuevo y estrecharla entre sus brazos, pero, al mismo tiempo, sospechaba que su alma no podría resistir la visión de Qadira desmadejada, de Qadira inerte, de Qadira sin otra oportunidad para ser feliz.

—Volverá en sí misma —le prometió Xaphan, sacándolo de sus cavilaciones. Aquellas cuatro palabras lograron lo impensable: que Dagon enfocara la vista en él y le pusiera los cinco sentidos a su explicación.

—¿De qué hablas?

—Si una *anandha* comete suicidio, el penitente al que fue destinada muere con ella. No ha sido así, lo que me hace pensar que estamos ante una situación sin precedentes: si las fuerzas de Qadira y Leviathan no son equivalentes, quiere decir que son opuestas, porque el vínculo persiste. Así pues, que Qadira haya muerto, hará que Leviathan cobre más fuerza… A no ser que matemos a Leviathan, en cuyo caso, es posible que Qadira vuelva a la vida.

—No te inventes gilipolleces para darle esperanzas —le espetó

Renyi desde el interior. Apareció con Qadira entre sus brazos, ya sin el cuchillo atravesado en la garganta. Había cubierto la herida cuidadosamente con un paño. Parecía una antigua estrella de Hollywood con una especie de fular de seda alrededor del cuello—. Y en el caso de que no te lo estés inventando, ¿por qué sería eso una buena noticia? Qadira quería descansar. Estaremos contrariando sus deseos si le devolvemos la vida. Y cuando se trata de la vida de una criatura, la voluntad y los deseos ajenos no pueden tener más peso que la decisión del individuo. —Miró a Dagon con frialdad, exigiéndole en silencio que la dejara en paz.

A continuación, desapareció en dirección al otro coche.

Dagon permaneció de pie junto a las cristaleras. Se preguntó cómo lograría ponerse en marcha, cuando le escamoteaban la esperanza y el cuerpo le pedía hacerse un ovillo allí mismo.

Xaphan posó nuevamente una mano en su hombro y el *rex* lo azuzó para que se montara en el sedán cuanto antes. Llevarían a Leviathan a las mazmorras de la mansión, y allí tendría lugar el interrogatorio.

—Es un fragmento de La Magna —le recordó Xaphan con tiento—. Incluso si está muerta, volverá pronto a la vida. ¿No ves que el alma de Ella es infinita?

No fue aquel consuelo lo que instigó a Dagon a actuar de inmediato, sino un arranque furibundo que estuvo a punto de dejarlo sin respiración. El impulso de venganza que siempre había temido en Abraxas, incluso despreciado, porque Dagon no había creído en la guerra sangrienta hasta ese momento, sino en la pura estrategia, causó estragos dentro de él. Temió que la rabia lo consumiera y no volviese a ser el mismo, de tan intenso que fue aquel pronto colérico. Pero ¿qué importaba si el Dagon irreverente moría aquella tarde? ¿Acaso había tenido la esperanza de vivir y ser feliz en algún momento después de conocer su maldición?

Sin decir nada, Dagon abrió la puerta del sedán y se montó con la sangre hirviendo. Echó una ojeada al maletero, donde habían metido maniatado a Leviathan.

Se tuvo que contener para no escupir al cuerpo. Le costaba creer que un hombre tan pequeño, que en realidad no era nada, hubiera logrado causar tanto daño.

Solo confiaba que ese daño no fuera ni la mitad del que Dagon pretendía infligirle a él.

Dagon se empecinó en hacer los honores. Con cuidado de no mover del sitio las esclavas de madera, con las que habían apresado sus

muñecas para que la magia no fluyera por sus dedos, ató a Leviathan a la única silla del sótano. Le cruzó los tobillos, también atados, y, cuando hubo terminado, se alejó dos pasos y admiró su obra.

No se reconocía a sí mismo, como tampoco la rabia que fluía por sus venas y le obligaba a hacer un exacerbado ejercicio de autocontrol para no abalanzarse sobre él. Valthessar haría el interrogatorio, como era costumbre, y Abraxas ya estaba afilando el *gladius* romano para desmembrarlo si hiciera falta.

Pero Dagon no les daría la oportunidad de actuar. Se había armado con una de sus pistolas preferidas, y pensaba hundirle una bala de acero azul en cada una de las zonas donde un órgano vital hiciera su función si rehusaba contestar alguna de las preguntas.

Valthessar arrastró una de las sillas vacías, haciendo ruido sobre la superficie pedregosa del sótano, y se posicionó unos pasos frente al alicaído Leviathan. Se dejó caer con un suspiro y entrelazó los dedos sobre las rodillas.

A continuación, se inclinó hacia él y habló con una serenidad escalofriante.

—Estás acabado —acotó sin más.

Leviathan alzó la cabeza, hasta entonces descolgada hacia delante, y clavó en Valthessar una mirada de ojos verdes.

—Estar acabado no es estar dispuesto a dar información clasificada —respondió muy despacio, sin apenas entonación.

Parecía haberse convertido en un autómata. Tal vez eso fuera lo que pasaba cuando una *anandha* se extirpaba a sí misma del alma de un penitente; por podrida que esta estuviera, seguía intoxicando de pena al traidor.

A Dagon no le gustó su respuesta y le disparó en el hombro. Valthessar ni se inmutó, acostumbrado a los ruidos de la guerra. Solo el aullido de Leviathan llenó la estancia, en la que resonó el eco durante unos instantes.

—Como ves, ninguno de los aquí presentes nos caracterizamos por nuestra paciencia —retomó Valthessar, reclinándose en el respaldo para mirarlo con los párpados entornados—. Si no nos ayudas, Aldous, Quinto, Leviathan, tu castigo quedará en manos de La Magna… y te puedo asegurar que Ella no se andará con chiquitas. Será incluso más implacable que ninguno de nosotros.

Leviathan esbozó una sonrisa venenosa, disimulando el dolor físico.

—¿Qué podríais querer saber que no hayáis deducido ya por vuestra cuenta? ¿Queréis que os confirme lo que sospecháis, por si acaso hubierais condenado a un pobre inocente? —Soltó una carcajada estrangulada—. ¿Me aproveché de mi posición de empíreo para aprender magia con los sacerdotes rebeldes de la Orden, y es así como adquirí mi poder? En efecto. ¿Acusé a Aladiah de robar las

runas y de confraternizar con el enemigo para que La Sociedad quedara en manos de Raziel, quien sería mi marioneta? Así es. ¿Infiltré a Qadira en El Séptimo Círculo para debilitar a la otra entidad protectora de La Tierra mientras La Sociedad trataba de recuperarse del golpe? Cómo no. Soy culpable, culpable, culpable —recitó en tono burlón, aunque en sus ojos no brillaban ni la ambición ni el desprecio esperados—. ¿Queréis que os cuente por qué lo hice, o podéis sacar vuestras propias conclusiones?

Dagon le voló uno de los pulgares de un disparo. Consiguió que la sonrisa de Leviathan se resquebrajara y gritara nuevamente de dolor. Ese aullido, esa mueca que torció su rostro, le hicieron experimentar un alivio indescriptible.

—No te pases de listo —le advirtió Dagon.

El *rex* no hizo ningún comentario. Debía de estar de acuerdo con que Dagon le disparase por ese motivo.

—¿Qué te prometió el Gran Grimorio? —quiso saber Valthessar una vez se extinguieron los gritos y solo se escuchó el goteo de las humedades del sótano—. Ya sabemos que a Raziel le prometía la supremacía de los albos sobre los áureos; prácticamente una dictadura de sangre pura. Pero ¿a ti? ¿Qué ganabas tú?

—Todo lo que yo quisiera. Habilidades de lucha, magia, un ejército a mi disposición… Podría acumular talentos sobrenaturales hasta hartarme, hasta convertirme en un guerrero y hechicero invencible —expresó con el fin de tentar a los presentes—. La Magna jamás habría permitido eso con su estúpida política de «tener un punto débil» para evitarles la perfección a sus criaturas, esa perfección que podría disputarle el poder absoluto.

—Pero tú sí tenías un punto débil. El mismo que todos los penitentes —le recordó Dagon con rencor. Se acercó, dándose golpecitos en el lateral del muslo con el cañón de la pistola—. Era tu *anandha*, hijo de perra. ¿Cómo has podido provocar que deseara su propia muerte, que se sacrificara para acabar contigo?

Leviathan clavó una mirada distante en el rostro congestionado de Dagon.

—Fue mi punto débil un tiempo, pero pudo dejar de serlo a base de fuerza y empeño. La Magna se basa en que la *anandha* es lo que un penitente desea sobre todas las cosas. Yo, por desgracia para Qadira, siempre deseé el poder por encima de su bienestar.

»Resulta que, manteniéndote lejos de tu *anandha*, causándole dolor en pequeñas dosis, vas consiguiendo desgastar el vínculo hasta que, por tu parte, deja de existir. Es como el que se envenena poco a poco hasta que es inmune a la ponzoña. Llegó un punto en el que ella no significaba nada para mí. —Posó una mirada burlona en Abraxas—. Quizá quieras seguir mi ejemplo cuando te reúnas con tu querida

Astaroth. Así, la próxima vez que la maten, no andarás como un alma en pena y le resultarás mucho más útil a tu clan.

Abraxas, de pie en una esquina, avanzó hacia él sin cambiar el semblante y puso fin a la discusión cortándole la mano a la altura de la muñeca. Lo logró de un solo movimiento, empleando el *gladius* como la hoja de la guillotina. Leviathan perdió la compostura definitivamente y aulló, desquiciado, al ver el chorro de sangre que manaba de su muñeca.

—Al menos yo sé que me reuniré con ella algún día. Tú ya no vas a tener el consuelo de volver a hacer magia —replicó, tomando la mano sin cuerpo y sacudiéndola en sus narices con una sonrisa macabra.

—Descuida… —masculló Leviathan con los ojos inyectados en sangre. Se mordió el labio, tembloroso, para no seguir aullando—. Sé que no saldré vivo de aquí, y no me importa. Los planes de Mi Señor son más grandes que yo, y le estoy agradecido por la larga vida que me ha dado; porque, gracias a él, pasaré a los anales de la historia como el penitente que puso un pie en la Orden de hechicería, que sembró el caos en La Sociedad y que rechazó a su *anandha.* Sentaré un precedente que inspirará al mundo sobrenatural, y ninguno de vosotros podrá quitarme eso…, ni siquiera si me rajáis la garganta.

Capítulo XLI

Era cierto. No constaba que hubiera existido un penitente con nociones de magia, que hubiera fingido su muerte para unirse al Gran Grimorio, hubiese reafirmado el poder del ejército del Enclave con sus talentos nigrománticos y le hubiese dado la espalda al poder curativo de la *anandha*.

La suya era una maldad como no se había conocido otra.

Dagon no pudo soportar que tuviera la razón y le disparó en el muslo.

—¡Ya basta! —exclamó Valthessar, mirando al pistolero con rabia impaciente—. No quiero que pierda el maldito conocimiento porque vosotros no podéis controlaros. Estamos aquí para que nos diga cuál es el siguiente paso del Enclave, y no nos vamos a mover ni lo vamos a matar hasta que lo sepamos.

En cuanto Leviathan se hubo recuperado del disparo, inspiró hondo y soltó una carcajada entrecortada. Una gota de sudor corría por su sien, y las venas y tendones habían aflorado en su cuello, tratando de contener un dolor apenas soportable.

Miró a Dagon con toda la burla de la que era capaz en semejante estado.

—No te enfades, Dagon… —Le sonrió de oreja a oreja. Tuvo que hacer una prolongada pausa antes de seguir hablando—. Tú ocuparás también un lugar de honor en mi historia. ¿No ves que sin ti no habría llegado tan lejos? Eres mi compañero de aventuras, mi salvador, ¡mi querido amigo! ¿O se te ha olvidado el vínculo que forjamos cuando coincidimos en Vietnam?

Dagon aferró con fuerza el mango de la pistola.

«No le dispares», se ordenó. «Te está provocando para que lo mates. No vas a darle el gusto».

No se lo dio, porque el arranque de rabia fue sustituido por el peso de la desesperación. Era consciente de que su enemigo estaba en lo cierto. De que, de alguna manera, aunque fuese indirecta, él había provocado la injusta muerte de Qadira. Si solo tuviera que cargar con su sacrificio final, Dagon podría salir adelante, pero era todo lo que la mujer habría padecido entre medias, antes de alcanzar el descanso, lo que le empujaba a desaparecer, a huir de allí para no hacer más daño.

—Tendrías que haberla visto volviendo a mí después de los golpes.

Me pedía que la abrazara aun con el ojo morado, el brazo roto o las marcas de mis manos en la garganta —describía Leviathan, sin perder de vista el gesto espantado de Dagon.

—No le escuches —le pidió Valthessar, mirando al afectado Dagon de hito en hito—. Supongo que por eso el Gran Grimorio te eligió para hacerle daño a las mujeres de El Séptimo Círculo. Te sobraba experiencia hiriendo a la tuya y no mostrarías ni compasión ni escrúpulo alguno a la hora de arremeter contra ellas, ¿no es así, Aldous?

—Me gusta matar inocentes —reconoció Leviathan tras humedecerse los labios. Lo dijo con una frialdad escalofriante—. Ya me cargué a los malos durante una larga temporada, durante mi penitencia, para más señas, y la sensación de estar obrando correctamente no me hacía sentir poderoso. De hecho, me di cuenta de que era una marioneta de La Magna. Ella ordenaba y yo ejecutaba, sin derecho a dar mi opinión o rebelarme. Cuando mato por diversión, en cambio, cuanto tomo vidas que no me han señalado, es cuando de veras soy dueño de mi destino.

—No te hemos traído aquí para que te corras recordando las torturas a las que has sometido a tus víctimas —le espetó Valthessar, asqueado con su descripción. Dagon había perdido el habla al escucharle hablar con semejante placer—. Dinos cuál es el siguiente paso del Gran Grimorio.

Leviathan sacudió la cabeza.

—Solo Él lo sabe. Qadira y yo cumplimos con lo estipulado. Ahora, es menester dejar espacio para que aparezca y actúe la siguiente leyenda.

—¿Quién es la siguiente leyenda? —exigió saber el *rex*.

Leviathan volvió a humedecerse los labios.

—Espero que también escribáis sobre Qadira cuando contéis mi historia…

—Quién. Es. El. Siguiente —deletreó Valthessar, perdiendo la paciencia.

El maniatado enfocó la vista en el penitente que tenía delante.

—¿El siguiente objetivo? Eso depende. ¿Cuál será la siguiente *anandha* en aparecer?

—Entonces admites que vuestro plan comenzaba por ellas —masculló el *rex*.

Leviathan encogió un hombro.

—Las mujeres de los penitentes son los cimientos de la casa. Si las borramos del mapa, vosotros bajáis la guardia, ¿o no habéis visto ya los resultados de mi gestión? Seguro que no, tan ocupados como estabais yendo a visitar a la zorrita del *rex* al hospital y…

Valthessar lo interrumpió con un bofetón de revés que le giró la

cara. Esa fue su única advertencia, porque no la expresó verbalmente —«No hables así de mi mujer»—. Cuando Leviathan volvió a mirar hacia delante, tenía medio rostro enrojecido y una ceja partida.

—Desde que comenzamos la misión, hace ya dos meses —retomó él apenas recuperó el aliento—, hemos reclutado a más humanos con talentos de los que os podríais imaginar. Sobre todo en estos últimos días. Tenemos entre nosotros a varios y brillantes científicos, videntes, manipuladores de objetos, augures…

Dagon arrugó el ceño.

—¿Hace dos meses? —repitió—. ¿Cómo que «hace dos meses»? Qadira no lleva tanto tiempo entre nosotros.

—Pero yo he estado unos cuantos años en La Sociedad, obrando a espaldas de La Regencia —le recordó. Sonrió tanto como se lo permitió tener media cara paralizada por el golpe—. ¿Acaso habéis dejado de preguntaros quién orquestó el asesinato de Astaroth? Porque puedo decirte dónde la vas a encontrar, Abraxas —prosiguió con voz melosa—. Yo fui el que arrastró su cuerpo hasta la guarida del Enclave. Cómo se resistió, la muy puta… Me pude hacer una idea de cómo gritaba en la cama al oírla berrear tu nombre desesperadamente.

Dagon se quedó helado. Buscó con la mirada a Abraxas. Sus ojos escarlatas destacaban en la oscuridad como los de un lobo en su guarida. Lejos de verle a punto de montar en cólera, como estaba Dagon, se fijó en que Abraxas alzaba la barbilla con decisión y avanzaba hacia Leviathan.

—Dime dónde está su cuerpo —exigió con voz hueca. Cuando volvió a hablar, sonó exhausto, suplicante—: Dímelo.

Los ojos de Leviathan despidieron un brillo orgulloso al tener al gigante de pie ante él, dispuesto a arrodillarse y a hacerle cualquier favor al asesino de su mujer con tal de que le dijera dónde hallar sus restos.

—¿Estás seguro de que la quieres encontrar? ¿Seguro de que podrás soportarlo? —Leviathan sonreía con tal malicia que Dagon se encogía, aferrado al mango de la pistola como si le fuera la vida en ello—. No la dejé tan guapa como era, Abraxas. Aunque, antes de destrozarla, me divertí de lo lindo con ella…

A Dagon se le desencajó la mandíbula.

—¡Cállate, hijo de la gran puta! —masculló.

—Y fue ella quien me lo rogó, ¿sabes? Me dijo que la violara todo cuanto quisiera, pero que no la matara ni le hiciera daño a su hijo. —Exageró un puchero—. Qué lástima… Así fue como supe que estaba preñada. No hay quien aguante a una zorra preñada, ¿eh? Si no lo sabré yo… Por eso hice lo que tenía que hacer con el monstruo ese que crecía en sus entrañas.

Dagon dio un paso adelante, alertado por la tensión que se

adueñaba del cuerpo de Abraxas. Se había quedado paralizado ante Leviathan por el cruento relato. Dagon estaba acogiendo y encajando la violencia que entrañaba la historia por todo lo que Abraxas, sumido en el horror, era incapaz de gestionar.

—No verás a ese niño caminar, Abraxas —le aseguró Leviathan—, pero te puedo asegurar que le dimos el mejor de los destinos. Sospecho que, de no haber sido por él, el Gran Grimorio no habría tenido nunca la menor oportunidad de ganar esta guerra.

—He dicho que te calles —siseó Dagon, montando en cólera.

—Y, bueno, ella… —Sonrió de lado, sin apartar la vista del rostro enajenado de Abraxas—. ¡Cómo me la follé! Entiendo que la eches de menos. No la maté enseguida porque era de lo más dispuesta. Y, cuando me la cargué, no creas que no me arrepentí. Estuve unos días pensando en su coñito, echándolo de menos…

El cerebro de Dagon cortocircuitó. No solo porque hubiera conocido a Astaroth y la hubiese apreciado, como todo aquel que la trató; tampoco, porque estuviera viendo lo que la profusión de detalles provocaba en Abraxas, que, lejos de armarse con su rabia habitual, se iba desinflando y palidecía por momentos. Si Dagon tocó fondo entonces, fue porque pensaba en Qadira y en que pudiera haberle provocado aquel inimaginable sufrimiento a ella.

A su Qadira. O a la Qadira que podría haber sido suya. La que *debería* haber sido suya.

Dagon empuñó la pistola y disparó al centro de su frente justo en el momento en que Leviathan estaba pronunciando las palabras mágicas, aquellas esperadas como agua de mayo:

—En la zona de Vyšehrad…

No llegó a dar la localización exacta. La bala atravesó su cabeza, y el nombre en checo fue lo último que resonó entre las cuatro paredes hasta que Abraxas salió de la hipnosis que Leviathan había ejercido sobre él.

—¡No! —rugió desde las entrañas, precipitándose sobre Leviathan para sujetarlo por los hombros. Sacudió su cadáver una y otra vez—. ¡No, no, no! ¡Dímelo! ¡Dime dónde! ¡Dímelo…! ¡Díme dónde está!

Valthessar se puso en pie de un salto, pálido, e intentó apartar a Abraxas del muerto. Mientras, Dagon observaba la escena con la pistola aún en la mano, la garganta atorada y la sensación de haber cometido un grave error.

Abraxas no permitiría que le quedara la duda de si había obrado o no correctamente. En cuanto se hubo recuperado de su arranque y hubo asumido que Leviathan estaba muerto, y no por casualidad, sino por culpa de un compañero, giró sobre sus talones y se abalanzó sobre Dagon. De un puñetazo, le sacó todo el aire de los pulmones y lo lanzó al suelo, donde se quedó unos instantes.

Lo que tardaría en recuperar el aliento.

Abraxas salió de allí hecho una furia, y, como medida de precaución, Valthessar decidió seguirlo en lugar de ayudar a Dagon a levantarse.

Al pasar por su lado, no obstante, el *rex* murmuró:

—Será mejor que te quedes en tu cuarto hasta que todo esto acabe.

Capítulo XLII

Qadira supo que estaba muerta cuando se materializó ante Mara, quien habría de guiarla al último estadio de su vida en La Tierra.

La sensación de no existir, o de hacerlo a medias, era desconcertante y abrumadora. Sentía el impulso de recorrer su cuerpo con las manos, pero temía que los dedos atravesaran su vientre como ocurría con los fantasmas. Temía también despertar a la enferma de su sueño, porque entonces significaría que todo habría llegado a su fin. De la mano de la joven, cruzaría los límites del mundo terrenal y su alma se perdería en el Fatem, el agujero negro que acogía a las criaturas sobrenaturales que habían cometido alta traición y que no merecían reencarnarse.

Observó a la durmiente Mara durante unos instantes y dio un paso hacia ella. La joven se removía en sueños con el ceño fruncido. Quizá, la parte de ella que pertenecía al plano sobrenatural y la instaba a cumplir con su deber, la estuviera advirtiendo de una nueva presencia.

Se estremeció al verla en semejante estado. Debía de haberse desvanecido, exhausta y dolorida, apenas concluyeron las visitas de los penitentes, ante los que habría procurado mostrarse entera. Qadira sentía en su propio cuerpo las lesiones de Mara, y no porque la conexión entre *anandhas* fuera poderosa, sino porque era consciente de que ella, en parte, las había provocado.

Mara se fue desperezando poco a poco. Fue a ladear el cuello, pero el grueso collarín le impidió el movimiento. Se tuvo que conformar con estirar el único brazo relativamente sano y frotarse los ojos vidriosos, que no tardaron en enfocar a Qadira.

En cuanto la vio allí, de pie, se sobresaltó. Una expresión de horror trastornó el buen humor del que aparentemente se había despertado. Qadira supo, y no sin cierta tristeza, que, si Mara hubiera podido, habría salido corriendo de la habitación.

No siquiera le dio tiempo a avanzar un paso y decirle que no tenía nada que temer, que ella ya estaba muerta, que no podía hacerle daño. Fue la propia Mara la que se percató de esto apenas se incorporó con torpeza.

La miró a la cara con espanto.

—No puede ser. ¿Tú también? No. Me niego. —Mara retiró las sábanas que la cubrían hasta el pecho e hizo un esfuerzo por

levantarse, arrastrando consigo el gotero. Qadira hizo ademán de ayudarla a caminar, pero supuso que no la querría cerca, ni siquiera si cada una se encontraba en una dimensión—. Lárgate. Vete de aquí. Vuelve al mundo real y soluciona tu mierda. ¡No puedes palmarla ahora! —gritó, arrastrándose hacia ella con los ojos desorbitados.

Qadira tragó saliva.

—Si es porque quieres que pague por mis pecados, has de saber que no me iré de rositas. —Su voz sonó extraña. No salía de su cuerpo vacío, pues apenas era una proyección visible—. Es probable que La Magna me visite en el Fatem y me obligue a…

—No quiero que pagues por tus pecados. Quiero que tengas otra oportunidad, joder. ¡Quiero que *todas* tengamos otra oportunidad! —exclamó con voz queda. Le temblaba la barbilla, como si estuviera a punto de llorar—. No vas a pasar a través de mí, así que, si quieres volver a la cuarta dimensión con esa cabrona que nos encomienda a tarados para que toleremos sus neuras, búscate otro portal. Yo no voy a ser el tuyo.

Qadira estaba anonadada con su actitud. Mara había sido temperamental desde el día en que la conoció, pero, en ese momento, su carácter rayaba en lo neurótico. Sin embargo, lo que atormentaba a Qadira no era su cambio de actitud, sino lo que lo hubiera motivado.

—No creo que eso funcione así, pero entendería que no me dejaras descansar y me obligaras a permanecer entre el mundo de los vivos y el de los muertos por venganza. Lo que hice fue… fue imperdonable, y lo siento por eso.

Mara le sostuvo la mirada con la mandíbula tensa. A decir verdad, apretaba todos y cada uno de los músculos del cuerpo, como si tuviera que darles la solidez necesaria para mantenerse en pie o, de lo contrario, se derrumbaría igual que un castillo de naipes.

—¿Qué es lo que me has hecho? —espetó en tono beligerante—. ¿Decirme la verdad que se me estaba ocultando? ¿Iluminarme respecto a un secreto que me tenía en un sinvivir?

—Guiarte indirectamente hacia Leviathan —musitó, avergonzada.

—Por favor… —Mara puso los ojos en blanco—. Soy una mujer del siglo XXI. No vengo de la escuela de culpar a las mujeres de lo que hacen sus novios. Si tú me hubieras enviado al hospital, distinto sería, pero, a efectos prácticos, has hecho más por mí que ningún miembro de El Séptimo Círculo. Porque lo que me dijiste era lo único que yo quería y necesitaba saber para tomar una decisión, y… y por eso no puedo dejar que abandones el barco. Porque te lo debo.

»Vete, Qadira —insistió, viendo que ella era incapaz de pronunciar palabra—. No sé cómo, pero debe haber algún modo de que vuelvas en ti misma. Regresa a tu cuerpo y haz algo bueno con él. Y *por* él.

Como Qadira no reaccionaba, Mara avanzó unos cuantos pasos más

y abrió la boca para reiterar sus órdenes. Pero cuando habló, no fue su voz la que Qadira escuchó, porque, en realidad, no se escuchó nada. Sintió que la brisa del aliento cálido de Mara le acariciaba la cara y le decía, como si le hubiera trasladado el mensaje desde su mente, que despertara.

«Despierta», creyó que le ordenaba con paciencia, pero esa paciencia se fue transformando en rabia y desdén cuando la brisa se convirtió en un remolino de fuego que la envolvió hasta marearla. «¡Despierta!», exigió una tercera vez.

Y a la tercera fue la vencida.

La habitación del hospital, la Mara expectante y su propia presencia se disolvieron como un mal sueño. Sintió que caía en una espiral sin fin, con los ojos cubiertos por la neblina, hasta que su cuerpo, ligero de cargas y transparente, fue adoptando nuevamente la solidez de la humanidad. Los dolores de las lesiones que presentaba la espabilaron, mas no logró abrir los ojos y alejar los restos del vívido sueño hasta que sintió el suave tacto de una mano sobre la frente.

Pensó que se trataría de Xaphan, el único capaz de alejar el sufrimiento ajeno con su mero contacto, pero cuando Qadira abrió los ojos, no se topó con el rostro del penitente, sino con la expresión solemne de La Magna. Ella era quien la había incitado a despertar, quien la había rescatado de la dimensión a la que solo Mara y sus muertos tenían acceso.

Aun cuando su corazón se estremecía de miedo por lo que la visita de la divinidad pudiera significar, Qadira emitió un suspiro de alivio y llevó la mano a la muñeca de La Magna. Se aferró a ella como un náufrago a un tablón en alta mar, y si no la guio a sus labios para besarla con devoción, fue porque La Magna le retiró su contacto de inmediato.

Aunque permanecía sentada con delicadeza en el borde de la cama en la que Qadira estaba tendida, y pese a seguir rozándola con los dedos para apaciguar los dolores que la habían llevado a la muerte, su mirada se tornó implacable.

Debía saber que Qadira no estaba en condiciones de ser consciente de lo que sucedía, porque no habló. Continuó acariciándola, sanando sus heridas con el mimo de una madre, de una hermana mayor, mientras Qadira iba reconstruyendo lo ocurrido en las últimas… ¿horas? ¿Los últimos días?

Quería hacer miles de preguntas relacionadas con el tiempo transcurrido, con el lugar en el que se encontraba, pero cuando recordó a Leviathan disparando en la frente al niño y el resto de los recuerdos traumáticos regresaron a su cabeza, se olvidó de todo excepto de lo importante.

—Evra —jadeó, incorporándose abruptamente. Miró a un lado, en

dirección a la ventana por la que la luz entraba a raudales, y luego, a la puerta abierta—. Evra… Tengo que ir a por Evra. A por mi niño.

Qadira retiró la mortaja con la que habían vestido su cadáver para abandonar la cama a trompicones, rechazando sin más el contacto con La Magna. Debería haber imaginado que, sin Ella, no podría tenerse en pie: en cuanto se levantó, un intenso mareo la sobrevino y estuvo a punto de desmayarse, pero se concentró en su objetivo y, arrastrándose, logró ponerse en marcha a la velocidad que le marcaba su impaciencia.

No llegó muy lejos. Cuando estaba a punto de llegar al final del pasillo, un pasillo que pertenecía a La Sociedad, pues recordaba haberlo recorrido con Darda'il, la mano implacable de la diosa la frenó tan solo posándose en su hombro maltrecho.

Qadira lanzó un alarido de dolor y fue a buscar el origen de la herida abierta, pero el contacto de La Magna la estaba paralizando.

«¿Quieres ver a Evra?», entendió que le decía. Sentía la presencia de la deidad a su espalda, tan brillante que su luz envolvente la cegaba incluso sin tenerla delante.

—¿Para qué me has devuelto a la vida, si no es para cuidar de él? —musitó, temblorosa.

El silencio de La Magna la inquietó, pero no medió palabra porque la divinidad la rodeó como un obstáculo molesto y le hizo una señal para que la siguiera. Qadira estaba tan sumida en sus pensamientos y temores, tan abrumada por el dolor y la impresión de haber estado muerta, que apenas se fijó en la reacción de los seráficos que se cruzaban en el camino a lo que parecía el sótano del complejo. Los miembros de La Sociedad se arrodillaban y agachaban la cabeza, y no se movían del sitio no solo hasta que la diosa hubiera desaparecido, sino hasta que el rastro de las huellas que dejaba a su paso se hubiese extinguido.

Qadira no sabía a dónde la estaba llevando, ni tampoco por qué La Magna en persona había decidido regalarle una segunda oportunidad, pero una de las normas era no cuestionarla jamás. Ni a ella como mando, ni a sus decisiones, que siempre eran las acertadas.

Dejó de pensar en posibles respuestas a sus preguntas cuando La Magna corrió una puerta acristalada para conducirla a una estrecha habitación longitudinal en la que solo destacaba un espejo apaisado. Pronto descubriría, al reconocer tres figuras al otro lado del cristal, que no era un espejo, sino una ventana hacia otra estancia: una no mucho más amplia, pero amueblada con un sencillo *chaise longue* de cuero blanco, una mesilla de estilo moderno con una jarra de agua, un par de vasos y un macetero con gardenias mustias, y una suave moqueta del mismo gris que los paneles que cubrían las paredes hasta media altura.

Aladiah y Xaphan habían tomado asiento en posición de loto en el mismo suelo para observar el comportamiento de un niño.

—Evra —jadeó Qadira, sin voz. Los ojos se le llenaron de lágrimas al reconocer su propio perfil de rasgos arábigos en la criatura que se entretenía examinando la planta muerta—. No me puedo creer que esté ahí, que esté… que esté vivo… ¿Dónde estaba?

La Magna permanecía de pie a su lado con los codos abrazados. Examinaba al niño con el rostro tenso y la mirada melancólica, dos detalles que habrían alertado a Qadira si hubiera cabido en sí de emoción, pero no podía pensar en otra cosa que en pegarse al cristal y aporrearlo para llamar la atención del niño.

«No puede oírte. Es una sala de interrogatorios. Nosotras no somos visibles para ellos», le explicó en tono desapasionado. Qadira acogió la respuesta de La Magna como un escalofrío a lo largo del cuerpo. La miró con aprensión mientras Ella explicaba: «Lo rescataron junto con el resto de las criaturas que Aldous había secuestrado. No estaba presente en el tiroteo, pero sí en el local, así que no te vio».

A Qadira no le extrañaba que La Magna se refiriese a los traidores por el nombre que Ella les dio en su día, y no por el modo en que más adelante decidieron bautizarse.

—Llegué a pensar que Evra no estaba allí… —Tragó saliva—, que solo era un juego macabro, y que los mataría a todos por el placer de volverme loca. —Su voz se fue apagando conforme recordó lo último que había visto antes de perder el conocimiento: Dagon abalanzándose sobre Leviathan. Con el corazón en vilo, musitó—: ¿Qué ha sido de Aldous?

La Magna ni siquiera pestañeó al responder.

«Muerto».

Al recibir la noticia, una parte de ella sintió que se ensanchaba para acoger el aire que no había podido respirar en todo aquel tiempo; en ese tiempo que constituía una vida entera y plagada de sufrimiento. Más que regocijarse, estuvo a punto de romper a llorar de alivio porque ahora los separase la barrera de la dimensión de los vivos y los muertos, porque nunca más podría volver a hacerle daño.

Pero otra parte de ella, esa que sospechaba que jamás podría arrancar de su corazón, se estremeció por acción de un dolor inhumano. Tuvo que hacer un esfuerzo para mantenerse sobre los pies y no acabar de rodillas o en posición fetal, mordiendo el polvo al que pertenecía después de haber perdido a la razón de su existencia; al hombre que no solo había amado en el pasado por orden divina, sino que habría sido su obligación seguir queriendo y honrando durante el resto de su vida.

Qadira cerró los ojos, como si así resultara más sencillo soportar el golpe que la dejó sin aliento, y rompió a llorar en silencio.

Poco le importó que La Magna estuviera allí, de pie. Lo único que logró rescatarla del embotamiento emocional fueron las voces de Aladiah y Xaphan, que le recordaron que aún había una parte de Aldous viva.

Una parte que latía y necesitaba su amor.

Capítulo XLIII

—No has comido nada —mencionó Aladiah con tiento, entrelazando los dedos sobre el regazo. Su voz se escuchaba con un eco robótico, como si hubiera sido grabada—. Si es porque tienes el estómago revuelto o no te encuentras bien, te podemos ofrecer una manzanilla.

—No tengo hambre —contestó Evra sin mirarlos.

Era la primera vez que Qadira oía su voz. Clara, firme e impropia de un niño que acababa de vivir una experiencia traumática.

—Si en algún momento te apetece algún aperitivo especial, dínoslo sin demora.

—Lo agradezco —acotó Evra, todavía entretenido valorando los pétalos secos que descansaban alrededor de la maceta. Su curiosidad por detalles carentes de interés tras un suceso como el ocurrido en la ludoteca resultaba, en cierto modo, escalofriante.

No se movía ni se comportaba como un niño de ocho años.

—Aquí, los horarios de desayuno, almuerzo y cena son las siete de la mañana, la una de la tarde y las siete de la noche —continuó Aladiah—. ¿Estás conforme con las horas y con la frecuencia?

—Sí.

—Me temo que tus compañeros de juegos no se quedarán con nosotros —prosiguió Aladiah. Xaphan, aun en silencio, ejercía un papel activo vigilando de forma calculadora al niño—, pero procuraremos hacer de tu estancia un periodo apacible.

—Me parece justo. Los niños deben estar con sus padres.

Qadira tembló al oírle mencionar las figuras paternas con tono desapasionado. Xaphan no perdió la oportunidad de replicar:

—¿Qué hay de tus padres? ¿No crees que debas estar con ellos?

Evra alzó la barbilla y clavó en Xaphan una penetrante mirada de ojos pálidos como la luz.

—Yo no tengo padres.

—¿Y quién es Leviathan para ti, entonces?

Evra se encogió de hombros y devolvió la mirada a la maceta. Limpió la tierra del borde recorriéndolo con la yema del dedo.

—No creo que eso importe ahora, dado que está muerto.

Aladiah no ocultó su asombro.

—¿Cómo sabes que está muerto?

—Simplemente lo sé —repuso con voz queda.

—¿Y cómo te hace sentir eso? —inquirió Xaphan, recuperado de la

sorpresa que hacía nadar en la perplejidad a Aladiah. También a Qadira, que lo escuchaba con el aliento contenido.

—Me es indiferente —resolvió. Soltó la corola del geranio y por fin se acercó a donde el regente de La Sociedad y el penitente estaban sentados. Evra imitó sus posturas sobre la alfombra y los miró a los ojos con una serenidad que Qadira no supo si temer o admirar—. Si lo que queréis saber con vuestras preguntas es si me han dado de comer todos estos años y estoy acostumbrado a cierto régimen de normalidad, además de si he confraternizado con el Gran Grimorio o si aún me dura la impresión de que hayan asesinado a dos niños delante de mí, podéis preguntarlo sin tapujos.

»He sido debidamente alimentado y atendido —aclaró con naturalidad—, he tratado con el Gran Grimorio en algunas ocasiones, mínimas pero enriquecedoras, y lamento la muerte de los niños como lamentaría la muerte de cualquier inocente, pero no me asusto con facilidad.

Qadira se dio cuenta de que era la única que aguantaba la respiración. La Magna observaba la escena sin dejar entrever sus pensamientos, Xaphan parecía haber esperado una respuesta similar, y, Aladiah, aun dispuesto a sorprenderse, llevaba un tiempo curado de espanto.

Este último fue el que decidió dejar a un lado el tiento y hablar con claridad.

—¿Eres consciente de quiénes somos, y de por qué estás aquí?

—Lo leo en vuestras mentes —dijo llanamente—. Aladiah, el regente de La Sociedad, y Xaphan, un curioso penitente de El Séptimo Círculo. Supuse que me mataríais por mi relación con el Enclave, pero no parece que tengáis la menor intención.

—¿Por qué íbamos a matarte? No somos tan obtusos como para reducir a un activo tan especial como tú. Eres una criatura excepcional, y no solo porque sepas leer la mente —apostilló Xaphan —, sino porque sabes blindar la tuya, porque eres el hijo de dos seres como ningunos otros, con esencias poderosas, y porque el Gran Grimorio se ha mostrado ante ti y eres capaz de recordarlo con nitidez. La imagen del Gran Grimorio suele diluirse en las mentes impotentes, y que en la tuya se conserve intacta quiere decir que tu inteligencia es inusual.

—Por eso me conservaron en el Enclave —le explicó Evra sin mayor interés—. Si hubiera sido una molestia o una carga, no me habrían tenido allí.

—¿Por qué te tenían allí? —inquirió Aladiah, mirándolo de hito en hito—. ¿Qué veías, qué oías?

Evra jugaba con el borde de sus sencillos pantalones de algodón, doblándolos y desdoblándolos sin interés.

—Nada. Vivía en la celda de un sótano. Si aguzaba el oído, quizá escuchara los murmullos de la planta superior, pero nada que merezca la pena reproducir. Eran conscientes de que yo supondría un peligro si no me mantenían alejado de sus asuntos, así que tampoco sabría decir dónde se encuentran sus guaridas.

«Vivía en la celda de un sótano».

Qadira apretó los puños junto a las caderas, conteniéndose para no chillar.

Había tenido la remota esperanza de que Leviathan hubiera tratado a la criatura como lo que era, carne de su carne, y le hubiese proporcionado un ambiente razonablemente confortable para crecer como un niño de su edad.

Ahora veía que se equivocaba.

Quizá debiera alegrarse de que no lo hubiera matado, pero, viendo el estado del niño, que se expresaba como un adulto, demostraba una frialdad inusual y se notaba que no miraba el mundo con los ojos de un ser humano, ni siquiera con los de un seráfico o un penitente, tal vez le hubiera ahorrado el sufrimiento del cinismo y la desesperanza quitándole la vida.

No era muy diferente a arrebatarle la infancia.

—¿Has crecido con las habilidades que posees, o te fueron inculcadas? —preguntó Xaphan.

—Soy así desde que recuerdo, así que me inclino por lo primero.

—¿Y de qué habilidades estaríamos hablando? —indagó Aladiah.

Evra volvió a encogerse de hombros. Se levantó sin dificultad, con la agilidad de un bailarín de ballet, y se dirigió a la flor mustia que había captado su atención. Cubrió la corola formando un cuenco con la mano y, con una sola caricia, reconstruyó su tonalidad natural y el brillo que la muerte le había robado.

Qadira observó el gesto con el corazón encogido, y respingó cuando, al cerrar la mano en un puño, Evra hizo que la flor estallara en llamas. La apagó él mismo unos instantes después dibujando una espiral con el dedo sobre la cúspide de la flama, que se congeló en la forma de una estalactita perfecta.

Aladiah no logró ocultar su asombro. Se incorporó con lentitud, maravillado. Miraba al niño con otros ojos, y el niño le observaba a su vez con el mismo interés.

—¿Y dices que nadie te ha enseñado eso? —quiso saber Aladiah.

—Es tan natural para mí como respirar —reconoció, en lo absoluto impresionado por sus talentos; unos en los que un hombre ambicioso o narcisista se regordearía—. No lo hago por diversión, aun así.

—¿Qué haces por diversión, entonces? —musitó Qadira, apoyando una mano sobre el cristal. Luego dejó caer la frente sobre la fría superficie—. ¿Qué te ilusiona, Evra? ¿Qué es lo que te recuerda que

eres un niño?

Como si la hubiera oído a través de la gruesa pared, creada para aislar el sonido de la caja, Evra se giró hacia el cristal.

Qadira se encogió sobre sí misma, segura de que acababa de mirarla a los ojos.

«No te ve», le recordó La Magna con aspereza. Hizo una pausa tensa. «Ni tampoco te verá».

Qadira ladeó la cabeza hacia Ella con un nudo en la garganta, reflejo del mal presentimiento que la embargó.

—¿Qué?

Solo entonces, La Magna tuvo la gentileza de enfrentarla.

Qadira supo que podría haber seguido viviendo sin su mirada oscurecida por la decepción, por el desprecio que sentía hacia ella. Debían de haberla informado de los últimos acontecimientos. La diosa era un juez del que no se podía huir.

Una escalofriante sonrisa se fue formando en los labios de La Magna.

«Después de haber estado a punto de enloquecer a la Sehara y de matar a la elegida, Darda'il, y a la *anandha* y portal de las almas, Mara; después de haber saboteado las guardias con tus tejemanejes y haber favorecido al Enclave, que ya cuenta con numerosas incorporaciones de valor en sus filas, ¿de veras esperabas que te permitiera reunirte alegremente con tu vástago?». Su mirada se afiló hasta que el simple hecho de posarla sobre Qadira le hizo daño, como si tuviera una navaja apretada contra la yugular. «El momento de recurrir a mí en busca de auxilió tocó a su fin hace casi una década, cuando debiste ponerme al corriente de tu situación».

—Pero… eso… —Qadira se atragantó con su propia saliva, tal era el nerviosismo que empezaba a embargarla—. Él me necesita. ¡Me necesita! ¡Míralo! ¡Es un autómata! ¡Es frío, es…! ¡No es un niño! Debe de reunirse con su madre, y recibir el amor que le ha sido negado y que…

«Y que Aladiah y Darda'il, como sus cuidadores, le proporcionarán hasta que llegue el día de decidir qué hacer con él», concluyó La Magna, implacable. Dio un paso adelante y obligó a la aturdida Qadira a concentrarse en Ella tomándola por la barbilla. Los hipnotizadores ojos sin pupila de la deidad la capturaron enseguida. «Nunca fuiste su madre, y si alguna vez hubieras tenido la oportunidad de ejercer como tal, la perdiste al maquinar a mis espaldas».

Aunque Qadira valoró en su día la posibilidad de que La Magna le arrebatara a Evra, no le resultó menos dolorosa. Tuvo que cerrar los ojos para escuchar su juicio implacable, como si así pudiera evitar la visión del oscuro futuro que se le avecinaba sabiendo que su hijo estaba en La Sociedad, lejos de ella, y, lo que era peor: sin que ella

pudiera acercarse.

—¿Y qué harás con él? —musitó con hilo de voz, a duras penas conteniendo las lágrimas—. ¿Qué va a ser de mi niño?

«Evra será sometido a continua y exhaustiva vigilancia durante los próximos días. Xaphan y Aladiah lo escrutarán en busca de la huella de La Criatura, de rasgos del carácter o habilidades que puedan comprometer la seguridad de las entidades protectoras. Si su contacto con La Criatura ha sido más frecuente de lo que Evra insinúa, habrá de ser sacrificado para evitar su corrupción. Si no, se convertirá en una inestimable ayuda para La Sociedad, dadas sus innatas capacidades».

—Sacrificado —repitió Qadira, espantada. Volvió a mirar al otro lado del cristal, donde los tres seguían conversando, ajenos a que su mundo se desmoronaba una vez más—. No puedes hacerle daño. ¡No puedes hacerle daño!

La Magna entornó los ojos para observarla desde su elevada altura.

«Yo puedo hacer lo que se me cante. Eres tú la que tenías que ceñirte a un limitado plan: honrarme y obedecerme. Que, como *anandha*, como fragmento de *mi* alma, hayas sido capaz de defraudarme, es imperdonable. Has de agradecer que no te haya matado».

Qadira estuvo a punto de rebelarse contra sus duras palabras, pero no halló defensa alguna. La culpabilidad la estaba matando, y la honda decepción que avistaba en los ojos de La Magna la sobrecogía.

Jamás la había visto tan herida, herida en el alma, que era de donde Qadira procedía. La Magna siempre la había amado, al igual que al resto de sus adoradas *anandhas*. Las cuidaba y las mimaba más que a ninguna criatura, pero les otorgaba la misma libertad que a un ser humano porque su confianza en ellas era plena. No solo estaba furiosa porque le hubiera dado la espalda, sino que le dolía profundamente que no hubiera recurrido a su inestimable poder para salir de una situación terrible.

La Magna la habría ayudado, sin duda. Habría salvado a Evra, habría acabado con Leviathan con sus propias manos…, pero Qadira no habría podido soportar que hirieran a Leviathan, tal era la fuerza del vínculo que los unía desde el origen de los tiempos, y el temor a decepcionar a La Magna la habría paralizado en el caso de haber reunido el valor.

Una decepción que, al final, había llegado de todos modos.

Siempre había estado entre la espada y la pared.

Qadira agachó la cabeza, hecha un mar de lágrimas. Solo la alzó para lanzar una mirada anhelante a Evra. Memorizó su piel morena, la nariz heredada de ella, los ojos y el pelo de su padre, con los que parecía albino, pero solo resultaba insólitamente hermoso. Aún tenía las manos pequeñas, manos que Qadira ansiaba aferrar y no soltar

jamás; aún tenía que crecer unos cuantos centímetros, y su voz habría de madurar para transformarse en la de un hombre, pero Qadira no sería testigo de esos cambios al igual que no había sido testigo de los primeros.

—¿Y qué va a ser de mí sin él? —musitó Qadira, acariciando el cristal con dedos temblorosos.

«Esa pregunta te será respondida una vez se decida tu sentencia», zanjó La Magna, mirándola a través de las pestañas. «Porque te aseguro que ni siquiera yo o las externas partes de mí estamos libres de juicio».

Capítulo XLIV

La Magna la dejó a merced de la imagen de su hijo sin mediar palabra, como si supiera que quedarse con él sin poder establecer comunicación alguna era el peor castigo para ella.

Pero no el único que le esperaba. Qadira sabía que, en cuestión de horas, La Magna la citaría en el Autem o bien en el salón de audiencias de La Sociedad y expondría ante un jurado los que habían sido sus pecados.

La situación no tenía precedentes. Las *anandhas* jamás habían sido juzgadas en el transcurso de la historia, en parte porque parecían incapaces de rebelarse contra su naturaleza bondadosa.

Mientras llegaba la hora de la verdad, Qadira permaneció inmóvil ante la cristalera. Xaphan y Aladiah continuaban cosiendo a preguntas a la criatura. Juzgando por la expresión del regente, ninguno de los dos había esperado que el joven se mostrara dispuesto a hablar sobre la poca información que pusieron a su disposición en el Enclave. Ella apenas prestaba atención a los detalles que proporcionaba sobre el físico del Gran Grimorio o sobre las que eran sus pesquisas respecto a lo que se estaba organizando en las entrañas del Enclave. Qadira solo observaba al niño con el corazón en un puño, llorando en silencio. Era consciente de que había fracasado como madre incluso antes de conocerlo.

Ya era tarde para ellos. Lo sabía. Evra no era un muchacho, sino un adulto. Era un ser vivo con conciencia sobre el bien y el mal, dos fuerzas claramente diferenciadas, y sabía mejor que la propia Qadira a cuál habría de servir en el futuro. Evra había convivido con el terror durante ocho —tal vez nueve— años de su vida. No le habían sometido a torturas, como pudo averiguar gracias a la exhaustiva indagación de seráfico y penitente. No le habían golpeado, castigado sin alimento, expuesto a experiencias traumáticas, y todo porque lo querían de su lado, pero tampoco le habían proporcionado afecto o consolado en sus horas bajas, ni mucho menos se molestaron en explicarle qué hacía él allí y cuáles eran las alternativas a languidecer en un encierro eterno. Y, aun así, aun sin estos conocimientos, Evra había escogido la verdad. La bondad. La luz. Pese al continuado contacto con el Gran Grimorio, y por más presente que hubiera tenido a Leviathan, que igualaba si no superaba la mente enferma de La Criatura, Evra había permanecido estoico, ajeno a las maldades que

tramaban.

Evra era incorruptible. Ni las mayores fuerzas del Mal habían podido manipularlo. Por eso supo que estaría bien, además de porque Aladiah lo protegería en La Sociedad, como La Magna había dictaminado. Con el paso del tiempo, se iría convirtiendo en un as bajo la manga de las dos razas, en una criatura excepcional que marcaría la diferencia entre el fin de los tiempos y el nuevo orden.

Y no la necesitaría a ella a su lado, porque había crecido sin una figura materna y nada en su comportamiento delataba que hubiera afectado en lo más mínimo la configuración de su carácter. Quizá, y después de todo, gracias a la insólita condición que le había sido dada al nacer como resultado de la unión de una *anandha* y un poderoso hechicero, hubiera llegado al mundo preparado para las misiones magnánimas.

Suponía un consuelo para Qadira, y sin duda respondía a sus preguntas sobre el futuro que le esperaba, pero seguía siendo extremadamente doloroso.

Qadira siguió llorando con la mano apoyada en el cristal, enviando mensajes al niño con sus ondas cerebrales. «Gírate», «mírame», «estoy aquí». Pero él no sabía de su existencia, y lo que era aún peor: no parecía que se hubiera preguntado jamás dónde estaba su madre.

Había asumido que dicha figura no existía, y se había conformado con aquella realidad. ¿Podría Qadira conformarse con la suya, con ser una madre sin hijo? Evra era huérfano, pero ¿qué era ella? No existía un término que pusiera nombre a semejante desolación, quizá porque era impronunciable.

Cerró los ojos un instante y se permitió una cuota de autocompasión. Había vuelto a la vida, y todo ¿para qué, aparte de para ser duramente juzgada por sus crímenes? ¿Para ver cómo se desmoronaba su mundo una vez más? ¿Para odiarse más que nunca por lamentar la muerte del hombre al que fue destinada, y que jamás la había querido? ¿Para experimentar el dolor del mayor sacrificio de una madre, que era aceptar que el niño le sería arrancado de los brazos sin que pudiera hacer nada para evitarlo? ¿Para recordarse, una vez más, que su vida podría haber sido perfecta de otra manera y, sin embargo, ya no tenía la menor oportunidad de cambiarla?

Qadira lloraba porque Evra ya nunca sería suyo, pero también pensaba en Dagon, en la confesión de su lecho de muerte, y se daba cuenta de que Evra no había sido su único fracaso. También le había sido arrebatada la felicidad con un hombre al que podría haber querido más que a sí misma, y que la habría correspondido.

No tenía fuerzas para poner la culpa sobre los hombros de Dagon, pese a la frustración que percibió en sus palabras al referirle la verdad. Decidía, por el bien de su paz mental, dejar todos sus fracasos en las

cenizas de Leviathan, además de en su propia carne y sus huesos.

—Qadira —la llamó una voz apremiante. Bajo el umbral se asomó uno de los seráficos que la había atendido—. Su Santidad La Magna demanda tu presencia en el salón de audiencias. Se celebrará allí una vista privada debido a la urgencia de los acontecimientos.

Qadira asintió con la cabeza, sin fuerzas para hablar. Antes de seguir las amables indicaciones de Rickbiel, que no fue brusco con ella en ningún momento, posó la mirada en la figura de Evra.

—Me habría gustado abrazarte… aunque hubiera sido una vez —le musitó al cristal que los separaba—. Me habría gustado verte sonreír, o escuchar tu risa. Es ese sonido lo único que habría podido consolarme después de perderme tus primeros pasos, tu rostro de bebé, tus llantos infantiles, tus palabras mal pronunciadas… Me habría gustado que me llamaras «mamá». —Contuvo el aliento un instante—. Y me gustaría tener la certeza de que serás feliz, pero nadie puede garantizarme eso, como tampoco tu bienestar. Tendré que conformarme con rezar por ti el resto de mi vida.

»Te quiero —murmuró con apenas un hilo de voz, rozando con los dedos la superficie helada del cristal—, aunque no me conozcas; aunque no te conozca. Te quiero, y espero que mi amor llegue a ti algún día, sea en la forma que sea, te venga de quien te venga.

Aguardó de pie unos segundos, por si acaso se diera el milagro de que Evra la hubiese escuchado. Se planteó romper aquella pared como fuera. A golpes, a empellones, utilizando al inocente de Rickbiel para quebrar la separación… ¿Y qué si desobedecía a La Magna una última vez antes de morir? ¿No se merecía estrechar entre sus brazos a la que había sido su creación, aunque fuera para que Evra supiese que hubo alguien que lo amó de verdad?, ¿que hizo todos los sacrificios, hasta los inimaginables, por él?

—Qadira —insistió Rickbiel, acabando de un plumazo con sus pensamientos—. La Magna espera.

Qadira se limitó a agachar la cabeza y seguirlo. Lanzó una última mirada anhelante a la criatura que podría haber sido suya y, como tantas otras cosas que se quedaron por el camino o murieron antes de nacer siquiera, no lo fue ni lo sería. No rompió el cristal porque, en el fondo, Evra no merecía el traumático golpe de enterarse de que su madre era una traidora, una mujer débil, un animal herido. Evra era fuerte y orgulloso a sus nueve años, y Qadira no tenía nada que ofrecerle. Tuvo que aceptarlo, acongojada, y afrontar su destino con la solemnidad que había visto en los ojos de su hijo.

Quizá ella no hubiera llegado a enseñarle nada, pero de él… De él, Qadira lo había aprendido todo.

Aunque hubiera sido por las malas.

—¿No vas a maniatarme para cerciorarte de que no me escapo? —inquirió Qadira, siguiendo a Rickbiel con la barbilla alzada.

—¿Con qué derecho privaría de su libertad a un fragmento del alma de La Magna? Nadie más que Ella puede tocarte o condenarte —contestó el susodicho. Acompañó sus palabras de un leve asentimiento de cabeza que se asemejaba a una reverencia.

El trato sorprendió a Qadira, pero, como tantas otras emociones, murieron o al menos quedaron ocultas bajo la dolorosa realidad.

Fue conducida al salón de audiencias, en el que supuso que se habrían celebrado los mayores acontecimientos de la historia de La Sociedad de la ciudad de Praga. Allí, sin ir muy lejos, la sacerdotisa Reyyan había llevado a cabo un hechizo contra el regente Aladiah; uno con pésimos resultados. Allí se cometió el error de entregar la regencia al traidor Raziel, que ya descansaba en el infierno, y también allí se puso en conocimiento de la comunidad seráfica que la *anandha* de Abraxas, Astaroth, había sido asesinada, presuntamente por un seráfico.

Un nuevo acontecimiento histórico tendría lugar entre aquellas cuatro paredes: el ajusticiamiento de una parte querida de La Magna. La divinidad esperaba en el asiento elevado que le había correspondido a Aladiah en ausencia de la verdadera mano ejecutora, de la jueza suprema. Aún llevaba la vaporosa túnica blanca que no mostraba ninguna parte de su cuerpo más que sus pies, desnudos salvo por las tiras doradas de sus sandalias romanas. Las mangas ceñidas a los brazos se ensanchaban al llegar a las muñecas, como el vestido de una hechicera, y ocultaban sus dos manos cubiertas de anillos de oro, que en ese momento descansaban sobre los reposabrazos. La melena de fuego caía sobre sus hombros. La suave tela del traje repelía las llamas.

En cada uno de los seis escalones de mármol que había que salvar para alcanzar el trono, el que nadie tenía derecho —ni el valor— de mirar directamente, deberían de haberse repartido los prefectos del Consejo: dos sacerdotes, otro par de ocultistas, tres miembros del Linaje de los Albos, otro trío del Linaje de los Áureos, y una pareja de empíreos. En esta ocasión, como el Consejo estaba sufriendo modificaciones que se adaptaran a la nueva normativa de La Sociedad, implantada por Aladiah, eran otras caras las que ocupaban los lugares: las de aquellos a los que la acusada había manipulado.

La sacerdotisa Reyyan, a la que le extrañó ver ataviada con un

precioso vestido de cóctel azul medianoche y maquillaje a juego, se había posicionado al lado de la diosa, simbolizando que su poder no estaba al servicio de La Magna, sino casi a la altura de Su Santidad. El regente Aladiah se había posicionado un escalón por debajo de La Magna, y, a partir de ahí, seguían el *rex* Valthessar, el penitente Xaphan, el también recién llegado Luvart, Abraxas y, por último…

Qadira detuvo su caminada al encontrarse con la mirada brillante de Dagon. Toda la seguridad que había sido capaz de fingir se vino abajo.

Había muerto creyendo que no volvería a verlo, y, a juzgar por la expresión del penitente, con la que a duras penas lograba disimular su sobrecogimiento, él también había estado seguro de que no despertaría.

Sin pensar en nada que no fuera la desmesurada alegría que la acongojó, Qadira retiró con las manos a los dos seráficos que la guiaban y apretó el paso hacia Dagon. Por un momento temió que le diera la espalda, pero no fue un temor que la acompañara mucho tiempo. Dagon descendió el peldaño que le quedaba para ir a su encuentro y la acogió entre sus brazos para proporcionarle la paz que Qadira había ido buscando.

Se aferró a su camisa verde botella, suave como lo eran los rizos caoba que le hicieron cosquillas en la cara, o como la piel calentada por el sol que ocultaba bajo sus extrañas vestiduras. Cerró los ojos y separó los labios para decir algo, lo que fuera: «He visto a mi hijo», como si alguna vez le hubiera puesto al corriente de su papel de madre; «Te he echado de menos», con todo lo que aquello implicaba, o, simplemente, «gracias por existir». Eso era lo que llevaba deseando decirle desde el momento en que lo conoció y la hizo sentir segura con su mera presencia. También limitándose a ser él mismo la obligó a darse cuenta de que siempre había querido a un hombre como él, un amor como el suyo.

No logró articular palabra. Tan solo se dejó envolver por sus brazos, se estremeció cuando Dagon la besó en la coronilla y la estrechó contra su pecho, en el que oía el latir acelerado de su corazón; un corazón que deseó que le perteneciera, como el de Qadira le pertenecería si aún quedara algo más que cenizas por entregar.

Dagon se separó y ahuecó su rostro entre las manos. Vio en sus preciosos ojos, ámbares del Báltico, que no albergaba una sola fibra de rencor hacia ella.

—Todo saldrá bien —le prometió, y la besó en la frente antes de que Rickbiel la apartara de sus brazos con un tirón moderadamente apremiante.

Qadira sintió que su seguridad se resquebrajaba conforme la alejaban de él. Dagon regresaría a su lugar en el último escalón, con lo

que eso significaba: estaba allí para participar en el juicio, y lo más probable era que su papel fuese describir con detalle sus artimañas.

Rickbiel condujo a Qadira hasta el centro del salón. Estaba pensado para albergar a todos los miembros de La Sociedad, los ochenta que cabrían en las instalaciones, pero que, ahora, vacío, transmitía desolación. Por eso, cuando La Magna se hizo notar, su voz se sintió como un eco rimbombante entre las cuatro paredes.

«El *rex* Valthessar está aquí en representación de la ocultista Mara y lo ocurrido con ella en las últimas horas. Asimismo, el regente Aladiah se presenta en esta intervención para poner voz al testimonio de Darda'il, también indispuesta», comenzó La Magna. Apenas movía un músculo. Tan solo pestañeaba, regia en su trono inalcanzable. «Cada uno de los afectados por los tejemanejes de la acusada irán narrando detalladamente las consecuencias de sus actos, y, una vez expuestas, yo misma tomaré una decisión».

Qadira cuadró los hombros y miró a La Magna a los ojos, tal y como se prohibía a las criaturas en esas circunstancias. Lejos de sentir miedo por lo que estaba por llegar, Qadira se había llenado de un inusitado valor tras el abrazo de Dagon. Y no porque ahora supiera que tenía un aliado en la acusación, sino porque era más consciente que nunca de que no tenía nada que perder.

Evra nunca sería suyo, del mismo modo que Dagon quedaría siempre fuera de su alcance. Y, por si eso no fuera suficiente, Qadira estaba cansada de tener miedo.

La suya era la paz de los condenados, a la que se llegaba por el camino de la resignación.

Por primera vez desde que habían puesto en su conocimiento la muerte de Leviathan, Qadira pudo oxigenar los músculos constantemente constreñidos con una profunda respiración y aceptar, no con alegría sino apática, que era libre. Y su solitaria libertad conllevaba cierta temeridad, porque ya no le debía respeto a nadie para seguir con vida.

Ella ya estaba muerta.

—Me parece una pérdida de tiempo —dijo con voz clara, modulando el tono para dirigirse de la forma correcta a la deidad. La Magna se incorporó hacia delante, como si no diera crédito a su interrupción—. Soy muy consciente de lo que he hecho, y me declaro culpable. Podemos pasar directamente al castigo, y así cada uno de los presentes podrá regresar a sus quehaceres lo antes posible, que seguro que son mucho más urgentes o interesantes que mi ajusticiamiento.

—No me parece mala idea —acotó Luvart, mirándola con fijeza.

Dagon había palidecido, aterrado con la posibilidad de verla morir otra vez. Era evidente que prefería prolongar el momento, como si estar una hora más de pie frente a ella fuera a cambiar la situación.

«¿Quién ha dicho que vayas a ser ajusticiada?», quiso saber La Magna, acallando la que iba a ser una queja de parte del *rex*. Los ojos de la deidad despidieron un brillo peligroso. «Puede que seas una traidora, pero sigues perteneciéndome. Aún albergas mi espíritu dentro de ti. Jamás mataría ni le causaría daño alguno a una parte de mí».

Para asombro de todos los presentes, Qadira soltó una carcajada.

—Matándome estaríais siendo más compasiva de lo que imagináis, Santidad. Y me resulta cuanto menos divertido que digáis que nunca me haríais daño, cuando el daño es todo lo que he conocido desde que Aldous, enviado por vos, me encontró.

La Magna esbozó una sonrisa despectiva.

«Si crees que vas a tener la oportunidad de expresarte después del dolor que has causado entre mis criaturas, dolor del que pueden dar fe los aquí presentes más las que no han podido asistir por tu obra y gracia, estás muy equivocada».

»Lo que ha ocurrido es una situación sin precedentes y con consecuencias que nadie podría haber previsto porque nadie habría imaginado jamás que una *anandha* podría armar semejante alboroto.

—Cuando decís que nadie podría haberlo previsto, os referís que vos no lo visteis venir, ¿no es así? Pues permitid que lo ponga en duda. —Desobedeció las normas del saber estar y avanzó unos cuantos pasos hacia el trono. Ni Rickbiel ni su compañero la detuvieron, paralizados por su atrevimiento—. Vaya por delante que no espero que se me perdone. Soy consciente de los males causados. Pero la única versión que debería escucharse aquí es la mía, puesto que nadie sabe a día de hoy qué es lo que me ha empujado a actuar como lo hice: un vínculo divino del que vos sois única responsable.

La Magna se impulsó desde los reposabrazos para levantarse. La silueta de su cuerpo despedía un brillo vibrante y peligroso, así como la oscuridad que se había adueñado de su mirada.

«¿Cómo te atreves a insinuar que soy la culpable de tu desgracia?».

—¿Y quién es la culpable, si no, de que el hombre al que fui encomendada por orden divina fuese un monstruo? Lo que Aldous hizo a aquellos niños, el daño que le causó a Mara o las consecuencias que han acarreado sus planes contra Reyyan o Darda'il no son nada comparados con lo que yo he sufrido desde que alcanzo a recordar. He vivido con angustia, he soportado humillaciones y maltratos inimaginables, y todo porque La Magna pensó que él sería el hombre para mí. —Una sonrisa desdeñosa curvó sus labios en una mueca—. ¿Qué clase de diosa sois, que me habéis arrojado al sufrimiento, me habéis arrebatado a mi hijo y ahora queréis castigarme, como si no hubiera padecido suficiente? No temo lo que podáis hacerme porque ya lo he vivido todo: la pérdida, el vilipendio, la infelicidad que te

hace llegar a la conclusión de que la muerte es la única solución. Incluso he estado muerta, y se ha sentido infinitamente mejor que la vida que elegisteis para mí.

Al contrario de lo que había imaginado, su soliloquio no enfureció a La Magna. Y no era la única que permanecía regia en el sitio, sosteniéndole la mirada, mientras barajaba posibilidades para sus adentros. Reyyan, que se había cuadrado de hombros al verla entrar para llenarse de valor, ahora la observaba con una sombra de preocupación. Incluso de lástima.

Con una historia como la suya, de traiciones por amor, encierro y soledad, debía de empatizar con ella. También lo hacían Dagon, Xaphan y, hasta cierto punto, Aladiah, pero ni Valthessar ni Luvart daban su brazo a torcer y la despreciaban abiertamente.

—Tus cuitas románticas me son indiferentes —espetó el *rex*—. Por tu culpa, Mara podría haber muerto. Y también por tu culpa, Mara morirá una vez se desprenda de El Séptimo Círculo, porque, por si no lo sabes, es gracias a ti que ha huido en desbandada.

La Magna calló a Valthessar alzando una sola mano. Seguía mirando a Qadira.

«¿Crees que yo sé cuándo un hombre va a ser tentado por el Mal?», inquirió para sorpresa de los presentes. Habían esperado una voz que emergiera de las tinieblas y restallara como un látigo, pero sonaba inexplicablemente dulce. La Magna se recogió los faldones de la túnica y bajó las escaleras muy despacio, sin quitar la vista de Qadira. «¿Crees que puedo anticiparme a la corrupción de mis criaturas, o que sé desentrañar las runas del destino? ¿No te parece que, si eso fuera así, si yo pudiera leer el futuro, alguno de nosotros estaríamos aquí? Soy la criatura más poderosa del universo», le recordó, avanzando hacia ella con un movimiento sinuoso de caderas, «pero soy eso: una criatura, no una fuerza natural, y estoy en manos de las fuerzas del Azar como vosotros».

—Entonces admitís que no sois perfecta y que hay errores en el sistema.

«No soy perfecta, y hay errores en el sistema». Se detuvo ante ella y le sonrió de forma estremecedora. «Pero tú tampoco eres perfecta, y tú también has cometido unos errores por los que has de pagar: errores elegidos voluntariamente, a diferencia del que yo cometí».

—Sois la divina creadora de la *anandha*, la mente pensante detrás de las penitencias, ¿y me decís que el vínculo que une a un hombre con su mujer, y todo de lo que esto mana, son errores voluntarios? ¿Creéis que yo aceptaba con orgullo y alegría las imposiciones de Leviathan? ¿Creéis que era el amor puro y entregado lo que me obligaba a permanecer a su lado, aterrada y consciente de que mi hombre era un animal? —Qadira fue subiendo el tono sin darse

cuenta, desahogando una rabia que desconocía que hubiera dentro de ella—. ¡Estaba unida eternamente a un maldito monstruo, y no podía alejarme de él porque tú, tú y solo tú, me hiciste dependiente de él! ¿Cómo puedes ahora acusarme de haber hecho lo que se me ordenaba para sobrevivir, si en mi mente no cabía obrar de un modo distinto? ¡No podía hacer otra cosa! ¡Nací para obedecerle! ¡Tú me concebiste para que así fuera!

»Te jactas de haberme dado la vida, pero me la arrebataste —la acusó, alzando el dedo índice con la boca torcida por el desdén—. Me mataste antes de empezar a vivir, ahora me arrebatas a mi hijo, que es todo cuanto me queda… ¿Acaso tú no sabes lo que es amar a alguien que te hiere porque así lo dispuso el destino?

«Lo sé mejor que tú», le ladró, inclinándose sobre ella, «por eso no puedo disculpar que no te rebelaras contra él y acudieras a mí».

—¡No soy tan fuerte como la creadora del universo! ¡Ya ni siquiera soy nada! —gritó, desesperada—. Mátame de una vez. Mátame y acaba con esto, porque si tú crees… si vosotros creéis —se corrigió, mirando a cada uno de los presentes— que os costará vivir con esto, con lo que os he hecho, imaginad el esfuerzo que yo habré de hacer para redimirme por pecados que ni siquiera cometí por gusto.

»Mátame, vamos —le exigió a La Magna, que la observaba sin pestañear—. He sobrevivido al infierno de Aldous, pero no quiero sobrevivir a los recuerdos que estaré repitiendo para mis adentros durante lo que me quede de existencia.

Hubo un silencio en la sala que ni siquiera el *rex* se atrevió a romper con un bufido exasperado. Para asombro de Qadira, fue Reyyan la que suspiró profundamente y dijo, con voz serena:

—Merece una segunda oportunidad.

—¿Qué? —exclamó Luvart, girándose hacia ella.

—Yo sé lo que es ser manipulada —explicó Reyyan—, y sé lo que es la felicidad de haber sorteado ese bache. Entiendo que esto sea un shock para todos, porque uno no imagina que la *anandha* de un penitente vaya a cometer ciertos… delitos, pero no creo que merezca la muerte.

—¿Y qué, entonces? —rugió el *rex*—. ¿Dejamos que se vaya de rositas después de todo?

—¡Que Mara te haya abandonado no es culpa de Qadira! —espetó Dagon, perdiendo la paciencia—. Te ha dejado porque le ocultaste información muy importante para ella, y porque está harta de esta vida de mierda. No pagues con Qadira tus malditas frustraciones.

Valthessar bajó un escalón con la intención de abalanzarse sobre Dagon, pero Luvart lo frenó poniéndole una mano sobre el pecho. El príncipe de los ángeles lanzó una mirada de auxilio al cielo.

—Esto no lo he echado de menos —admitió, suspirando.

«Silencio», demandó La Magna. Sostuvo la mirada acongojada de Qadira, que luchaba por mantener a raya las lágrimas. «Tus lamentaciones han sido escuchadas. Se considerarán en un futuro para que yo misma me asegure de que las relaciones entre *anandha* y penitente no se convierten en una pesadilla para ninguna de las partes».

Qadira soltó el aire que había estado reteniendo y agradeció el gesto agachando la cabeza.

«Sin embargo», prosiguió La Magna, aún de pie frente a Qadira. Proyectaba su sombra con una innegable supremacía sobre todo y todos, «y con independencia de lo que te motivara a actuar, tus delitos contra la Fe y las entidades protectoras serán debidamente castigados para resarcir a los afectados. La diferencia con respecto al resto de los traidores, y solo porque se trata de una parte de mí y sospecho que, en una votación, los implicados estarían dispuestos a excusarte, es que te ofrezco dos alternativas».

Qadira asintió con la cabeza, dando a entender que estaba receptiva aun cuando no guardaba la menor esperanza de recibir un trato indulgente.

«Harás penitencia en alguno de los clanes vecinos: La Quinta Encomienda, en los Balcanes, o en las islas británicas… Lejos de El Séptimo Círculo para evitar encontronazos indeseados con aquellos a los que hiciste daño. Tendrás la oportunidad de ser feliz con otro hombre: él tendrá, esta vez, el papel de *anandha*, lo que te permitirá borrar de tu corazón a Aldous».

—Si la perdemos de vista, eso que nos llevamos —gruñó Valthessar.

—¿Cuál es la otra alternativa? —quiso saber Dagon, inmóvil en el sitio.

Qadira escuchaba con atención, sin atreverse a mover una sola pestaña o revelar lo que pensaba sobre aquella posibilidad.

La mirada de La Magna se intensificó.

«Dado que Reyyan está dispuesta a perdonar tus ofensas, la otra alternativa corre de su cuenta. Si lo prefieres, empleará contigo el hechizo perfeccionado de Aland. Sacará de tu mente y de tu corazón al hombre que tanto daño te ha hecho, todo lo que has vivido con él, y te dará una oportunidad aquí mismo, en este lugar, otorgándote asimismo la posibilidad de enmendar el dolor causado en tus compañeros».

»No obstante, si deseas renunciar al recuerdo de Aldous, tendrás que renunciar asimismo a la conciencia de Evra. El hechizo matará todo aquello que esté relacionado con el penitente al que fuiste encomendada. Serás libre por fin, pero tu sacrificio será rotundo y absoluto.

Capítulo XLV

¿Olvidar a Evra?

Aquella posibilidad hizo retumbar su corazón.

—Eso es una crueldad. —La voz de Aladiah resonó en el salón como el eco de una bofetada. Qadira se encontró con su mirada oscurecida—. Con el debido respeto, Santidad, se tienen referencias de cómo puede resultar el hechizo de Aland de la Sehara. No veo cómo la muerte de los sentidos pudiera ser un destino favorable para Qadira.

—El hechizo se ha perfeccionado —explicó Reyyan con voz aterciopelada. Miraba a Aladiah como si ansiara su perdón por encima de todas las cosas—. Las posibilidades de que tenga los efectos que se estudiaron en el primer sujeto son exiguas.

—Pero sería prudente contemplarlos —atajó Aladiah con sequedad —. Si se me permite opinar al respecto, no me parece la mejor alternativa. Más que una salida justa, sería un doble castigo, además de que podría resultar contraproducente y poner en peligro a las razas como ya lo hizo con «el primer sujeto».

Qadira los escuchaba manteniendo las distancias, como si las voces fueran un ruido lejano. Ambas posibilidades habían sido planteadas con el fin de darle una segunda oportunidad, y no ya en el amor, sino en la que sería su vida inmortal a partir de entonces…, pero las dos tenían una cara oculta.

Si elegía la penitencia, lucharía en nombre de La Magna hasta saldar su deuda, pero la idea de que un hombre fuera destinado a ella del mismo modo que ella lo fue para Leviathan, le ponía el vello de punta. No deseaba seguir formando parte de aquel turbio sistema de pertenencia, convertirse nuevamente en una criatura dependiente de los deseos de un segundo; menos aún cuando, esta vez, su pasión hacia la *anandha* duplicaría por mucho los sentimientos que había guardado hacia Leviathan, puesto que era bien sabido que los penitentes acababan postrados de rodillas y se convertían en devotos y esclavos de sus mujeres… O, al menos, así debería de haber sido. Qadira sospechaba que, eligiendo aquel destino, estaría exponiéndose a sufrir lo mismo.

Además: ¿cómo podía La Magna estar tan segura de que un hombre le devolvería el corazón, cuando ella tenía el acertado presentimiento de que penaría para siempre por quien fue su pareja, cerrada a un nuevo romance? Incluso si lograra romper el vínculo con Leviathan, un vínculo que trascendía a la muerte, en su mente quedarían los

recuerdos salpicados de miedo y desprecio hacia el amor.

Y nunca más volvería a ver a Dagon…

Como también olvidaría a Dagon si escogiera la dulzura del olvido debido a su vinculación con Leviathan. Toda su vida, en realidad, desaparecería.

Qadira ya sabía que un futuro con él era impensable, y por eso se negaba a dejarse seducir por fantasías en las que afrontaban juntos un destino incierto. Sin embargo, buscó sus ojos tiernos, como si en él recayera la solución, y observó que estaba tan atemorizado por ambas posibilidades como ella.

—Si escojo la penitencia… —murmuró. El corazón le bombeaba con fuerza en el pecho—, ¿podría, llegado el momento… conocer a Evra?

«No», atajó La Magna, irritada por la pregunta. Parecía reprocharle que le exigiera aún más beneficios cuando ya estaba mostrando una piedad inusitada hacia ella. «Tal y como te advertí cuando te llevé a verlo, Evra quedará siempre fuera de tu alcance. No ya como castigo, pues has demostrado que eres incapaz de protegerlo y es evidente que no te necesita, sino como medida cautelar. El niño se someterá a vigilancia en La Sociedad, como también aquí se encargarán de borrar cualquier efecto que la presencia del Gran Grimorio haya tenido sobre él».

Qadira contuvo las lágrimas.

—Evra quedará siempre fuera de mi alcance —repitió como un autómata—. Si eligiera la penitencia, ¿tendría que vivir con eso? ¿Ni siquiera se me informaría de cómo progresa, de cómo se encuentra…?

«No. Evra ya no es tuyo. Pertenece a la comunidad de protectores, a la Fe y a mí», resolvió La Magna. «No tienes deberes ni derechos sobre él. No podrás acercarte a él si escoges la penitencia, puesto que esa será tu tercera maldición. Y si eliges el olvido, podrás convivir con Evra…»

—Pero no sabré quién es —completó Qadira con la boca pequeña.

«Como todos tus recuerdos están manchados por Leviathan, no sabrás quién es nadie, ni siquiera tú misma. Sabrás que te llamas Qadira, que naciste en el Imperio selyúcida; sabrás quién fue tu padre, quiénes fueron tus hermanos y a quién sirves, pero no serás consciente del daño que has causado ni de quiénes te lo causaron a ti. Nacerás de nuevo en el mismo cuerpo. Tendrás otra vida como alternativa a la que te concedí en un principio y de la que ahora me responsabilizo».

«No sabrás quién es nadie», había dicho. Aquello la alivió más allá de lo humanamente posible, y se avergonzó por ello, por querer tomar la vía cobarde y desprenderse de las cargas que sabía que, fuera a donde fuese, y sin importar el nivel de vida que acabara alcanzando, terminarían venciéndola, matándola de remordimientos y haciéndola

suspirar por lo que había dejado atrás.

—¿Y a dónde iré si eligiera el olvido? Puede que yo me deshiciera de mis amargos recuerdos, pero el *rex* no olvidaría lo que he hecho, ni ninguno de los demás…

—A La Sociedad —respondió Aladiah—. Aquí no has hecho daño voluntario y no se te guardará rencor. Y el rencor que se te guarde —prosiguió, mirándola con intención; señal de que él no estaba del todo satisfecho con la posibilidad de guarecerla en su casa—, será sofocado en beneficio de una convivencia armónica, la que es prioridad.

—Todo el mundo sabrá lo que he hecho menos yo —murmuró Qadira. Se arriesgó a confrontar a La Magna con los hombros tensos, llena de rabia—. ¿Y se supone que estas son las alternativas indulgentes? ¿Se supone que estás siendo buena y concesora conmigo?

La Magna avanzó un paso con el rostro distorsionado por la ira.

«Casi matas a Mara», le recordó. «Casi enloqueces a Reyyan, y podrías haber matado al hijo de Darda'il si hubiese logrado concebir. Deberías de arrodillarte ante todos nosotros y suplicar perdón hasta desgañitarte, y yo debería condenarte a vagar por La Tierra sin obligaciones ni derechos algunos, dejarte sola con tus temibles recuerdos y la certeza de que no estuviste a la altura de tu condición. Pero estoy siendo clemente en su lugar. Lo que no seré por mucho tiempo, es paciente, así que te invito a ponderar tus opciones a solas. Cuando estés lista, volveré para poner en marcha la que sea tu decisión».

Dicho aquello, La Magna desapareció en una silenciosa explosión de polvo dorado que le acarició las mejillas como una brisa primaveral. Mientras las partículas de La Magna se deshacían en el aire y el resto de los penitentes rompían filas, Qadira permaneció donde estaba. Los vio marchar uno a uno por el portón principal o por la trasera, solos o acompañados, más o menos silenciosos.

Ninguno de ellos le dirigió la palabra… salvo el único que se quedó.

Dagon guardaba silencio a unos cuantos pasos de distancia de Qadira. Ningún gesto o movimiento delataba sus pensamientos. Su mirada, incluso, era impenetrable.

Qadira quiso salvar el espacio que los separaba y volver a abrazarse a él, pero temía ser incapaz de alejarse nuevamente sabiendo que, la próxima vez que lo viera, o no lo recordaría, o lo haría con el pesar de no encontrarse con él en ningún futuro posible.

Pero, al mismo tiempo, deseaba aprovechar los minutos que le quedaban a su lado.

Qadira tragó saliva.

—¿Qué harías tú? —musitó con un hilo de voz.

Dagon sacudió la cabeza con dulzura, quieto a unos metros de

distancia.

—Esto no va sobre mí.

—¡Claro que va sobre ti! —bramó, sorprendiendo a Dagon. Qadira avanzó cuantos pasos de margen le dio el poco coraje que logró reunir antes de que la frenara el bello rostro del penitente, tenso por la pena —. Claro que va sobre ti… —repitió en un murmullo quebrado—. Eres lo único que echaría de menos mientras durara mi castigo, y lo único que lamentaría olvidar ahora que sé que mi hijo estará muerto para mí pase lo que pase.

No pudo evitar que se le saltaran las lágrimas al decir aquello. Dagon tampoco se mostró impertérrito ante aquellas dos palabras —«mi hijo»—, llenas de anhelos imposibles, de sueños abortados.

Hundió los hombros, afectado. Parecía que quisiera preguntar por qué no acudió a él, por qué no fue sincera, pero ya sabía la respuesta: no pudo.

El miedo y la lealtad al verdugo llevaban toda una vida paralizándola.

—Solo con una de las alternativas tienes la posibilidad real de hallar la felicidad —se obligó a decir Dagon, abriendo y cerrando las manos, como si necesitara tocar algo que quedaba muy lejos de su alcance—. Tómala.

Qadira sacudió la cabeza.

—Nada ni nadie puede garantizarme la felicidad.

—Pero matar el vínculo que te une a Leviathan te acercará a la paz espiritual, a diferencia de la penitencia.

—También matará el vínculo que me une a ti —replicó en un arrebato, mirándolo desesperada.

Dagon esbozó una sonrisa despectiva hacia sí mismo para ocultar su verdadero sentir con respecto a la confesión velada.

—¿Y quién soy yo, Qadira? Hace unos días ni siquiera sabías de mi existencia. No puedes tomar una decisión de ese calibre pensando en mí o en ninguno de los hombres que te atan a un pasado amargo. No podría perdonármelo.

—¿Entonces qué? No deseo aferrarme a las experiencias que he vivido, y si tú supieras las veces que he deseado con toda la fuerza de mi corazón olvidar esto, dejarlo atrás para siempre… —Dejó la frase al aire—. Pero ¿cómo voy a olvidarlas sin más? ¿A dónde se irá ese sufrimiento? ¿Se perderá, será como si no hubiera existido?

—Habrá sentado un precedente en la historia. La única *anandha* que pudo darle la espalda a la diosa; el único penitente que se inició en la magia; el niño que nació de una unión como no se ha visto otra —recitó Dagon, apaciguador—. Tu sufrimiento no habrá sido en balde ni si decides olvidarlo. Servirá de ejemplo, cambiará el sistema, y te permitirá dejar de ser una víctima para ser, simplemente, tú misma.

Qadira.

—¿Y si esa Qadira no despierta en ti compasión cuando nos encontremos de nuevo? —insistió, desesperanzada.

Dagon, sonriendo escueto, extendió una mano en su dirección. Qadira no dudó en aferrarla como si le fuera la vida en ello.

—Despertará otros sentimientos, estoy seguro. Unos más importantes, puros y duraderos —le susurró en cuanto la tuvo entre sus brazos. Sus pupilas la buscaban con impaciencia, con un afecto que le llenaba el corazón—. Qadira… —Apoyó la frente en la de ella y respiró hondo—, si quieres que intente conquistarte cuando vuelvas siendo otra mujer, lo haré. No podré recordarte quién soy y aquello por lo que hemos pasado juntos, o, mejor dicho, por lo que nos has hecho pasar… —Sonrió para dejar constancia de que no la juzgaba—, pero hay muchas cosas de mí que no conoces y que podrían gustarle a la nueva Qadira. A la verdadera, la que está enterrada bajo el dolor.

Qadira cerró los ojos.

—¿Y si la nueva Qadira no te gustara a ti?

—Esa no debería ser tu prioridad.

—¿Cómo no va a serlo, si mi vida se ha basado en ser amada por el hombre que ha conmovido mi corazón?

La expresión de Dagon se suavizó. Alargó una mano hacia su mejilla y la rozó con las yemas de los dedos. Prolongó la caricia hacia la barbilla, de la que tiró con suavidad para besarla tiernamente en los labios.

—Tal vez haya llegado el momento de cambiar eso y que tu vida se base en buscar la felicidad. La tuya —musitó con un hilo de voz, tan devastado como ella.

Qadira aprovechó que estaban cerca para envolverle el cuello con los brazos. Lo estrechó contra su cuerpo desesperadamente, presionando la mejilla en el pectoral de él.

—Me da miedo olvidar.

—Lo sé. —La sostuvo con firmeza—. Pero ¿no te aterra más aún vivir recordándolo todo?

Qadira se regaló unos minutos de silencio para asimilar que acababa de confesar sus temores y debilidades ante un hombre, cuando, desde que tenía uso de razón, se había acostumbrado a mostrarse inalterable y a sofocar sus llantos para que Leviathan no supiera hasta qué punto era vulnerable. Su corazón aún se estremecía por el que fuera su hombre, por lo que habían vivido y compartido antes de que su alma se torciera hacia la oscuridad, e incluso de los momentos en los que fue cruelmente vapuleada podía rescatar alguna caricia o sonrisa que hizo que su tormento mereciese la pena.

Odiaba su debilidad por él. Odiaba aquel vínculo que los unía porque sabía qué era bueno para ella, y Leviathan nunca lo fue. Su

felicidad podría estar al alcance de su mano, ahí donde Dagon respiraba hondo, ahí donde le recorría la espalda con caricias que buscaban apaciguar sus temblores. Sabía, del mismo modo en que podría recitar su nombre y su lugar de origen, que con Dagon podría ser feliz. Era un presentimiento tal vez ridículo después del sufrimiento que le había acarreado depositar toda su fe en un hombre, pero, al igual que no podía evitar dolerse por la muerte de Leviathan y desear unirse a él pese a todo lo que había hecho, le costaba rechazar el impulso natural que la instaba a apoyarse en Dagon.

Se separó lo suficiente para perderse en sus ojos.

—¿Recuerdas cuando dijiste que un buen beso es capaz de darle sentido a una vida de sufrimiento? —inquirió con un hilo de voz. Dagon, que ya sabía por dónde iba, tragó saliva con dificultad y asintió, posando la vista en sus labios durante un instante decisivo—. Despídete de mí con ese beso. Haz de él algo tan maravilloso que ni siquiera el hechizo pueda eliminarte de mi mente. Dame un beso que trascienda a la vida y la muerte.

Dagon vaciló, y Qadira creyó saber por qué: porque no lo recordaría más adelante, y porque en una situación como aquella no parecía apropiado envolverla en un abrazo. No obstante, pronto leyó en su expresión que había tomado la decisión de complacerla.

Ahuecó su rostro con las manos y la atrajo hacia sí para atrapar sus labios con un beso en apariencia tierno. El tacto aterciopelado de su boca, que ya había sentido en otras ocasiones, pero sin llegar a profundizar, produjo en Qadira un efecto eléctrico y adictivo que a la postre le arrancó un suspiro.

Enroscó los brazos en torno a su cuello, acercándolo a su cuerpo, y separó los labios para confirmar que los de Dagon encajaban con los suyos; que su deseo por él no era solamente fruto de la desolación que otros habían dejado, ni tampoco obra del instinto animal, sino un hecho sellado por el destino.

Dagon se separó un instante para suspirar contra su boca entreabierta y arremetió una segunda vez con un beso impaciente. A la vez que amoldaba sus labios para robarle el aliento, Dagon avanzaba, empujándola en el proceso, para acorralarla contra la columna más cercana. Deslizó las manos por sus mejillas, rozando las sienes con los pulgares, y recorrió la trenza deshecha con una mano que tiraba hacia abajo, exponiendo así el cuello femenino para la ristra de besos con las que decidió regar su garganta.

Qadira gimió en voz alta, con los ojos cerrados, y hundió la mano en la melena de él, en los rizos sedosos que habían despertado su admiración desde el primer día. Olía tan bien que se le hacía la boca agua, y agua era lo que parecía que Dagon bebía de ella al besarla una y otra vez con agonía, consciente de que luego tendrían que

despedirse. Pero mientras estuvieran presentes en el momento, mientras Qadira recordara, él se aprovecharía. Eso hizo al recorrer su figura con las manos, ladeando la cabeza para profundizar el beso hasta enloquecerla, y colarse sin permiso bajo la tela del chándal que él mismo le había facilitado.

Recorrió las costillas pulsando con los dedos y de forma sugerente hasta llegar al valle de los senos, que rozó con las palmas y apretó entre gemidos. Qadira hundió el rostro en el hueco de su clavícula e inhaló, empapándose de ese aroma a vainilla que la encandilaba y le traía tiernos recuerdos, y repartió con timidez todos los besos que aún le quedaban bajo la manga por el hombro que le dejó a la vista tras retirarle la camisa.

Estaba tan absorta en la tarea y mareada por las sensaciones que se sobresaltó al sentir que Dagon se agachaba y la tomaba por debajo de los muslos para levantarla en vilo. Qadira apenas emitió un jadeo placentero cuando la presionó contra la columna y posteriormente la aplastó con su cuerpo. Se dejó besar con el estómago y el pecho ardiendo, con la garganta atorada y lágrimas quemándole en los párpados. Cruzó los tobillos tras la espalda de él y se aferró con ganas a los músculos de los omóplatos, a todo aquel valle de relieves macizos que constituía su anatomía masculina.

No había querido ser consciente en ningún momento de que lo deseaba, pero ¡cuánto lo hacía! Se deshacía por él allí, en un lugar casi sagrado, envueltos por el calor que empezaba a adueñarse de sus cuerpos y por el eco de sus gemidos entre las paredes desnudas del salón.

Qadira empujó las caderas hacia delante para sentir su erección contra ella.

Hacía años que no experimentaba la deliciosa sensación del cuerpo de un hombre junto al suyo, la dicha de saberse anhelada de un modo ancestral, antiguo y halagador, porque él la halagaba con sus dedicadas atenciones, con cada caricia tierna que alternaba con un mordisco provocador, con su agarre posesivo.

Se aferró a su cuello y a sus hombros y se mordió el labio para no jadear sonoramente cuando él empezó a rozarse con ella de un modo rítmico que evocaba deseos prohibidos, oscuros; deseos que nunca había sentido hacia nadie que no hubiera sido su hombre.

Pero ¿y si Dagon hubiera sido su hombre desde el principio?

Sintió sus cariñosos dedos en las mejillas, retirándole las lágrimas que se habían rebelado contra su autocontrol.

—No quiero que te detengas —balbuceó Qadira, temiendo que malinterpretara su llanto—. No estoy llorando porque no te quiera así, sino porque…

—Sé por qué lo haces. Lo entiendo… —Besó los surcos húmedos

que las lágrimas habían abierto en su rostro—, pero tengo que parar, aun así.

—No… no, no, no… —Lo besó en las mejillas, en la nariz, en la frente, en esos labios carnosos y sensuales que esbozaban las sonrisas que habían movido su mundo—. Por favor…

—Qadira… No puedo hacer esto sabiendo que no lo recordarás —murmuró Dagon, separándola de su cuerpo con visible dificultad.

En el momento en que Qadira tocó el suelo con los pies, creyó que el hechizo se rompería y que la dura realidad regresaría con más fuerza que nunca, impulsándola a abandonar las dos alternativas, todo aquello que conocía, y entregarse otra vez a la muerte. Pero Dagon, con su despedida, y aun siendo un adiós que no recordaría, había encendido el fuego de su corazón y llenado de esperanza lo que antes era un vacío.

—Gracias —musitó, abrazándose a él.

Hundió las uñas en sus rizos e inspiró su perfume una última vez antes de despedirse.

—¿Por qué? —preguntó Dagon en el mismo tono—. Si yo no he hecho nada. De hecho, ojalá hubiera podido hacer más.

—Eres la única criatura en el mundo a la que le basta con ser para salvar; no tienes que hacer nada. Todo lo que eres basta para conmoverme. Pero si quieres hacer algo por mí…

—Por supuesto que sí —confirmó, hablando contra su oreja. Qadira se frotó contra su mejilla como un gato, sintiendo la firmeza del vello facial contra ella.

—Quiero que le hables a Evra de sus orígenes. No de mí, sino de él… de lo que yo sé. Eso no va contra las reglas, ¿verdad? —murmuró con un hilo de voz.

—Supongo que no.

—Pues quiero que le digas… Quiero que le cuentes todo lo que te voy a referir a continuación.

Capítulo XLVI

Apenas La Magna y Reyyan se hubieron personado en el salón, Dagon soltó la mano de Qadira, que había estado agarrando para infundirle ánimos. Qadira le dirigió una mirada aterrada que Dagon se prestó a absorber, si fuera necesario, para librarla del respeto que le infundía el procedimiento.

Pero no estaría a su lado por mucho tiempo. El hechizo habría de llevarse a cabo sin público para que la Sehara no perdiera el hilo de las runas y pudiese concentrarse como era debido. Así pues, Dagon tuvo que desprenderse de la mano de Qadira, de su mirada llena de sombras y horrores para abandonar el salón.

No le dio la espalda en ningún momento. Se dirigió a la salida rodeando el perímetro para memorizar su imagen, porque quién sabía qué Qadira regresaría. Si hubiera dispuesto de cinco días más, o de cinco años en su compañía, entrenándose para quererla, no habría sido capaz de dejarla allí. No se sentía capaz ni siquiera entonces, con el pomo de la puerta en la mano y a punto de despedirse de lo que conocía de ella.

Qadira lo miraba en la distancia con un amago de sonrisa, convenciéndose de que estaba haciendo lo correcto. Tenía miedo, y, solo por eso, Dagon se veía obligado a ocultar su propia desolación. La despidió agitando la mano, como si en realidad se fuera de crucero por las islas tropicales, y le lanzó un guiño coqueto.

Acto seguido, se dio la vuelta y, antes de ceder a la tentación de rehacer sus pasos y exigir acompañarla —o, peor aún, interrumpir el hechizo—, echó a andar a paso ligero por el pasillo que conducía al claustro.

¿Y si la Qadira real, la que se ocultaba bajo el dolor, no era digna de su cariño, de su admiración, de su respeto? ¿Y si había sido su trágico pasado lo que la hizo atractiva a ojos de Dagon? No porque el dolor fuera una virtud, sino porque las experiencias vividas moldeaban el carácter, y Qadira no sería como era de no haber sido por su historia.

¿Qué haría él con el recuerdo de una mujer que no volvería, y teniendo que convivir con la nueva sin poder confesar que una vez fueron compatibles?

No tendría que haberla besado. Ni siquiera tendría que haberse interesado por ella en un primer momento. Pero cometió esos dos

errores, y ahora era un alma en pena a punto de arrodillarse ante el altar de La Magna para pedir clemencia.

No podría hacerlo, sin embargo, porque no estaba solo. Al poner un pie sobre el caminillo de piedras que conducía a los cirios y ofrendas del patio interior, localizó a un niño particularmente esbelto sentado en el borde de un tronco caído. Una de las numerosas tormentas que habían azotado la República en los últimos días debían de haber partido uno de los árboles del claustro descubierto.

Dagon se acercó al niño, en parte atraído por la posibilidad de que fuera el hijo de Qadira, y en parte sugestionado por la energía que emanaba.

Estaba entretenido hundiendo los dedos en la tierra mojada. No la removía trazando círculos sin sentido ni jugaba con ella como un niño cualquiera, manchándose hasta los bordes de las uñas. Escribía en lo que parecía un idioma arcaico para que florecieran de nuevo las plantas que la furiosa tempestad había destruido.

Magia.

Dagon interrumpió su labor sin quererlo. El niño fue alertado por una presencia y alzó la cabeza. Mucho antes que en la mirada escalofriante que dirigía la criatura y en su parecido con el Aldous que conoció, Dagon se quedó prendado de la nariz, las orejas y del tono de piel, rasgos que sin duda había heredado de Qadira.

—¿Me puedo sentar? —inquirió Dagon, señalando un espacio vacío del tronco.

Evra se encogió de hombros, como si fuera tímido cuando, en realidad, se desentendía de cuanto le rodeaba.

Una vez estuvo acomodado allí, Dagon se cruzó de brazos para combatir el frío del exterior y ladeó la cabeza hacia el perfil de Evra.

En esa posición, le recordaba aún más a Qadira.

La Qadira desaparecida. La Qadira muerta en unos minutos.

«Qadira no es solo su dolor», se quejó su voz interior. «Es mucho más que eso. No te la arrebatarán. De hecho, te la devolverán capaz de amar».

Se lo repetiría una y mil veces hasta creérselo, pero, mientras tanto, observaba al crío con el estómago contraído.

No pudo resistirse a musitar:

—Sí que te pareces a tu madre.

Evra alzó la cabeza, no tan entusiasmado como habría cabido esperar después de hacerle semejante apreciación a un niño huérfano. Captó en su expresión, no obstante, cierta curiosidad, cuando no una ligera molestia; la que se expresaba cuando metían el dedo en la llaga.

—Yo no tengo madre —atajó con sequedad.

—Tal vez no ahora —tuvo que admitir, lamentándose para sus adentros—, pero claro que la tuviste. Yo la conocía, y sé algunas cosas

sobre ella. No me pidió que te contara su historia, sino que te hablara solo de ti…, pero, entre tú y yo, soy un poquito rebelde.

—Por eso haces penitencia, supongo —dedujo Evra muy hábilmente. Lo miró de hito en hito, como solo un niño sin inocencia y que conocía el dolor haría ante un desconocido con aspecto peligrosa. Al fin, claudicó—. ¿Cuál es el mensaje que me quieres transmitir de su parte?

—¿Sabes cómo te llamas? —inquirió en su lugar.

El niño estiró las piernas y apoyó las manos en las rodillas huesudas.

—Evra.

—No es solo Evra. Te llamas Evrenin —le explicó con paciencia, tratando de imprimirle la dulzura y el afecto con el que Qadira le habría envuelto si estuviera allí—. Significa «universo» en el idioma turco, uno de los que tu madre hablaba cuando era mortal, y no dudes ni por un momento que lo eligiera porque eso eras justamente para ella: su universo. También pensó en llamarte Akram o Dalil, nombres que significan «generoso» o «bondadoso», porque eso esperaba que fueras: un hombre de bien. Sabía que ella no podría elegir tus habilidades, pues esas vienen dadas de nacimiento, y que no podría decidir si eras o no inteligente, si eras o no capaz, si eras o no considerado atractivo…, pero te habría dado lo que merecías si hubiera podido estar contigo. Afecto, compañía, respeto, paciencia…

Dagon esperaba que Evra preguntara por la ubicación de su madre, si aún caminaba entre los vivos o la había perdido para siempre; si algún día regresaría o debía de hacerse a la idea de que nunca la abrazaría. No obstante, el niño era incluso más avispado de como lo habían descrito, porque con su silencio le dio a entender que ya había asimilado su pérdida.

Pasaron unos largos minutos hasta que Evra inquirió al fin:

—¿Y en qué me parezco a ella?

Dagon sonrió, triunfal. Que se interesara por su madre, aunque fuera con la indiferencia impostada de la preadolescencia, era todo un logro. Sobre todo en una criatura fría como él.

—Era esbelta y vigorosa como tú. Silenciosa y perspicaz. Nunca hablaba por hablar. Reservaba su dulzura para quienes la merecían, y, aunque pareciese que no tenía ojo para diferenciar a los buenos de los malos, siempre supo quién era digno de amor y perdón. Tenía mucho carácter cuando la provocabas, defendía sus opiniones con firmeza, pero no era rígida en sus convicciones. Se dejaba aconsejar y aceptaba no tener la razón.

»Cometió muchos errores —agregó, mirándolo de soslayo—. Algunos de ellos son imperdonables para quienes tendrían que haberla disculpado, pero los reconoció y pidió disculpas.

»Era un ser humano excepcional. Aunque lo intentaron, nadie logró apagar su luz.

Evra no lo miró en ningún momento. Dado su aparente desinterés, Dagon llegó a creerse que había expresado todo aquello en voz alta, y no con afán informativo, sino para desahogarse.

Los sentimientos llevaban oprimiéndolo desde hacía días, cuando empezó a ser consciente de que Qadira estaba enquistada en su cabeza y de que lo que él había catalogado de «instinto» y «curiosidad» iba mucho más allá. Lo que sentía era ternura y deseo de protección, y ambos impulsos bebían del amor que había nacido en él hacia su fragilidad, hacia su belleza herida.

Dagon se dio cuenta entonces, tras la detallada descripción, de que había empezado a quererla y le habían obligado a abortar la misión. Pero si no le hubieran forzado a ponerle un punto y final, la habría querido para siempre. Porque él era así: impetuoso, de ideas fijas, y leal hasta la muerte.

Esperaba que Evra le permitiera seguir hablando de su nuevo tema predilecto haciendo las preguntas obvias —«Entonces… ¿me quería?», «¿Cómo se llamaba?»—, pero, lejos de verse tentado por la información, Evra se puso en pie, se sacudió la tierra invisible de las piernas morenas y, por primera vez desde la mención de la madre ausente, miró a Dagon a los ojos.

Se sobresaltó al verse reflejado en la mirada del antiguo Aldous, el que consiguió jugársela años atrás. El que, sin saberlo, metió a Qadira en su corazón antes de siquiera conocerla.

—Gracias —le dijo con voz neutra—, aunque no me has dicho nada que no sepa.

Dagon pestañeó sin comprender.

—¿A qué te refieres?

—A que yo ya sabía que mi madre era mejor que mi padre.

Evra le sostuvo la mirada unos instantes más, desafiándolo a rebatir su argumento, y luego se dio media vuelta y desapareció del patio, dejando a Dagon ahí donde había empezado todo: ahí donde había sentido por primera vez el deseo de besar a Qadira, y donde La Magna le había advertido que viviría una vida solitaria y miserable.

«Y tan miserable», pensó, desganado.

«Tal vez no tanto», retumbó una voz en el claustro.

Dagon alzó la barbilla, sorprendido por no se haberse percatado antes de la presencia de la divinidad. Reconoció el halo sobrenatural que la envolvía detrás de una de las columnas, en las que parecía que había estado apoyada con dejadez mientras Evra y él charlaban.

Hincó rodilla de inmediato y, a continuación, dirigió una mirada aprensiva al cuello femenino, el punto al que un penitente podía mirar sin ser reprendido por atrevido.

—Supongo que vais a castigarme por haberle hablado a Evra de Qadira. Que conste que no es lo que ella me pidió: Qadira quería que le hablara de él mismo, de lo poco que sabía sobre él como madre y que podría quedar en el olvido si no se le mencionaba, pero yo…

«Tú mismo lo has dicho. Eres rebelde», concluyó La Magna. Dagon se preguntó qué expresión tendría su rostro, al que solo miraba de soslayo cuando creía que Ella no se daba cuenta. No se la oía furiosa, o su voz se habría materializado como una ventisca invernal, el azote del viento o un temblor en la tierra. «Eso bien habría merecido un castigo, pero, por el día de hoy, creo que no voy a impartir más justicia. Además…», agregó, poniendo el corazón de Dagon en un puño, «sospecho que bastante estás sufriendo tú por tu lado. Ya no estás tan orgulloso del pecado por el que te ganaste el destierro, ¿no es así?».

Dagon se fue incorporando con lentitud.

Tal vez el *rex* o Luvart hubieran tenido que morderse la lengua venenosa para no admitir a regañadientes su error, y quizá un hombre algo más orgulloso hubiera demorado la admisión de culpabilidad, pero Dagon estaba tan cansado por los últimos acontecimientos que se limitó a cabecear.

—No estáis equivocada, Santidad. Me castigasteis por una muy buena razón.

«¿Por qué te castigué? Dilo», le ordenó, mirándolo a través de las pestañas. Parecía sobrecogida porque se estuviera celebrando el momento por tantos años esperado. «Con todas sus letras».

—Porque me atribuí el pecado de otro empíreo, con todo lo que esto conllevó.

La miró con el rabillo del ojo para asegurarse de que La Magna asentía, complacida. Tras casi cincuenta años humanos haciéndose de rogar, por fin había aceptado su error. Sin embargo, no había ni rastro de emoción en el semblante de la divinidad. Se la veía nostálgica, dolida por una herida secreta que ni siquiera la humillación de un penitente culpable podría consolar.

Para sorpresa de Dagon, La Magna tomó asiento donde hacía unos segundos había estado Evra.

Jamás habría imaginado que la diosa que todo lo podía se rebajaría a mancharse la túnica blanca con el tronco de un árbol caído, y tuvo que mirarla más de los segundos de cortesía que La Magna podía otorgar a los atrevidos para cerciorarse de que no estaba soñando.

La Magna se abrazó las rodillas y miró al cielo. Estaba a punto de empezar a llover.

«Te perdono», dijo quedamente.

Dagon no pensó que el perdón de la diosa fuera a provocar ningún efecto en él, ni mucho menos cuando tenía el corazón roto, pero, una

vez más, se equivocaba con rotundidad.

Al oír las dos palabras, que no fueron pronunciadas ni siquiera mirándolo a la cara, fue como si el alma le regresara al cuerpo, un cuerpo hasta el momento funcional, pero que no había sentido suyo, sino de prestado. Con su perdón, Dagon volvió a notar el corazón latiendo dentro de él, la sangre fluyendo por sus venas, incluso las cosquillas de la camisa al rozarse suavemente con el vello del pecho. Miró alrededor, y el verdor de las flores ofrecidas al altar se le antojó más intenso que nunca, al igual que el gris del cielo le pareció hermoso cuando antaño le había transmitido una nostalgia insoportable.

Miró a La Magna, sorprendido por el efecto. Intentó ponerle voz al modo en que se estaba sintiendo, a la esperanza que florecía dentro de él y le devolvía su buen humor, pero se desinfló al ver a La Magna encogida sobre sí misma.

«Ese es un privilegio que vosotros tenéis y del que yo nunca gozaré», admitió la divinidad sin mover los labios. Tenía la vista fija en el cielo. «Sois perdonados debido a vuestra naturaleza pecadora, porque, en teoría, y en comparación conmigo, siempre seréis imperfectos. Pero yo carezco de perdón alguno. Yo no tengo permitido fallar».

Dagon abrió la boca para replicarle que eso no era cierto, pero ¿cómo iba a decirle a la diosa el modo en que debía sentirse? Su aflicción era real, palpable y contagiosa, y estaba en lo cierto, porque Valthessar nunca la había perdonado pese a que La Magna jamás se había vengado de él; porque Luvart aún conservaba recelos hacia Ella por no haber actuado como un ente por encima de las debilidades humanas. Aladiah jamás la disculparía por condenarlo por traidor, y él…

Dagon no sabía todavía si la odiaba por haberle arrebatado a la única Qadira que conocía o la adoraba más que nunca por haberle dado a la empírea la segunda oportunidad que merecía.

—Se presentará la ocasión de enmendar el daño causado, Santidad —la consoló Dagon, atreviéndose a posar una mano muy cerca de su cuerpo, en el hueco que el tronco húmedo dejaba entre las caderas femeninas y el muslo de él.

La Magna lo miró de soslayo con aquellos ojos que encerraban tormentas de arena.

«Siempre has sido demasiado dulce para ser mío», dijo tras unos instantes de observación, «para servirme y para pertenecer a mi séquito. Es cierto lo que has sentido todo este tiempo: tú también habrías merecido otro destino, pero me temo que a veces necesitamos el sacrificio de un alma pura para garantizar el buen funcionamiento del sistema».

—No seré yo quien niegue eso.

La Magna asintió en silencio.

«Mañana se celebrará la bienvenida de Qadira a La Sociedad. Antaño se festejaba la bajada de los empíreos a La Tierra pese a lo que eso conllevaba, y creo que esta es una ocasión ideal para calmar los ánimos y recobrar fuerzas para lo que está por llegar. Puedes considerarla, asimismo, la celebración de tu perdón. A partir de hoy, dejarás de ser un penitente y tendrás libertad para decidir dónde permanecer».

—¿Ya? —Levantó las cejas, sorprendido—. Pensaba que me pondríais una espada en el hombro y pronunciaríais algún discurso en el idioma arcaico para quitarme las maldiciones de encima.

Se alegró de corazón de haberle sacado una leve sonrisa a La Magna.

«Antes, los actos solían caracterizarse por su solemnidad, pero ahora es diferente. Y es diferente, sobre todo, con los penitentes que han cometido pecados como tú, y más en la situación en la que nos encontramos. De todos modos, el perdón de un penitente lo suele celebrar el susodicho con su *anandha*».

Aquella palabra hizo que le diera un vuelco al corazón.

—Con su *anandha* —repitió con voz queda—. Supongo que, ahora que estoy perdonado, no existe la menor posibilidad de que la mujer indicada llegue a mí.

La Magna giró la cabeza hacia él.

«Nunca ha habido una mujer indicada para ti, y no fui yo quien te la arrebató. Fuiste tú quien jugó con las fuerzas del Azar y sufrió el pertinente castigo por ello. Aun así…», prosiguió, mirándolo de soslayo, «después de todo, ¿todavía te quedan ganas de encontrar el amor de una *anandha*? ¿Sigues doliéndote por su falta?».

Dagon se sorprendió de que su respuesta fuera tan clara. Ni siquiera tuvo que pensarlo. Recordó los gritos de Qadira de hacía tan solo unas horas, cuando se defendía de un castigo injusto alegando que ya había sufrido para aquella vida y las diez siguientes; recordó el sufrimiento de Valthessar, que parecía otro hombre después de que Mara lo hubiera abandonado, o, peor aún: parecía el hombre que solía ser antes de que ella llegara.

Recordó a Abraxas, aceptando con aparente estoicismo el cruento relato de Leviathan solo para descubrir dónde descansaban los huesos de Astaroth.

Dagon inspiró hondo y suspiró.

—Lo cierto es que no, Santidad —reconoció en voz baja, asombrado por cuánto cambiaban las aspiraciones—, pero sí siento que me falta algo parecido: una mujer que aún no conozco, pero que sé que voy a amar desesperadamente.

La Magna sonrió sin verdadera emoción al escucharlo.

«Al final, todos encuentran lo que buscan y reciben lo que merecen, sea de una forma u otra. Mientras nosotros nos entretenemos con veleidades, el universo no deja de conspirar de maneras misteriosas».

Hizo una pausa para volver a mirar al cielo, a ese Azar que estaba por encima de Ella, y que hasta a Ella le inspiraba respeto.

«Solo cabe esperar que una de esas conspiraciones resulte en nuestra felicidad».

Capítulo XLVII

Qadira fue abriendo los ojos lentamente.

No había querido abandonar el plácido sueño en el que se había sumido, pero el piar de los pájaros al otro lado de la ventana y los luminosos haces que el sol filtraba a través de las cortinas la incitaban a desperezarse, estirar las piernas descansadas y comenzar un nuevo día.

Se incorporó en la cama, disfrutando del apacible silencio que reinaba en el dormitorio, y lanzó una mirada pensativa al otro lado del balcón. Mientras se preguntaba cómo habría llegado allí, decidió asomarse con las manos sobre la barandilla. Un grupo de seráficos, todos ellos ataviados con las túnicas de rigor, se habían reunido en torno al altar del patio interior. Prendían velas y rezaban en voz baja, creando un ambiente íntimo y llamativo que hipnotizó a Qadira.

Los observó con interés mientras iba deshaciendo la trenza que reposaba sobre su hombro. Le dolía el cuero cabelludo ahí donde había apretado el recogido. Una vez tuvo la melena suelta, larga hasta las caderas, se masajeó la cabeza y las sienes con los ojos cerrados. Al abrirlos de nuevo, confirmó que amanecía un día soleado y se llenó los pulmones de aire fresco.

Le gustaba apreciar la humedad del corazón del bosque en el oxígeno, libre de las partículas arenosas que se quedaban en el aire cuando cruzaba el desierto. Qadira imaginaba que se encontraba en uno de los numerosos complejos que la diosa Magna tenía repartidos por el mundo, adecuados para que allí se reunieran sus razas protectoras para plantear las nuevas estrategias.

Cómo había llegado allí era un misterio, como todo lo relativo a la divinidad, pero no le importaba porque confiaba a ciegas en Ella. Con optimismo, se dijo que las piezas irían encajando poco a poco.

Estiró los brazos por encima de la cabeza, se crujió el cuello y respiró hondo varias veces. Estaba tan cómoda en su propia piel que pensó que podría gritar de júbilo.

—Veo que ya has despertado —dijo una voz a su espalda.

Qadira se giró hacia el recién llegado con una media sonrisa. Asintió con la cabeza, dándole la bienvenida al joven de los tirabuzones castaños y la mirada cálida. No recordaba haberlo visto nunca, pero le infundió confianza con la sonrisa amable que le dirigió.

—Así es. —Qadira puso los brazos en jarras—. ¿Quién eres tú?

—Soy uno de los penitentes de El Séptimo Círculo, el clan protector de la ciudad de Praga. Xaphan o X, como prefieras llamarme. —Apoyó la mano en el centro de su pecho—. Estás aquí por orden de La Magna. ¿Sabes de qué y de quién te estoy hablando?

Qadira soltó una carcajada divertida.

—Como para no saberlo… Uno no se olvida de la diosa de un día para otro. —Se dejó caer sobre el borde de la cama y procedió a quitarse los calcetines. Sentía demasiado calor como para llevar según qué prendas. Se fijó en que Xaphan hacía el amago de retirarse para darle intimidad y lo detuvo con la mano—. Tranquilo, solo es un pie. Aunque, claro, si crees que no puedes soportarlo, adelante. Puedes retirarte.

Xaphan pestañeó una vez en su dirección, como si le sorprendiera su actitud.

No debía de estar acostumbrado a tratar con mujeres.

—He venido a hacerte unas preguntas sobre tu pasado —explicó, avanzando con las manos entrelazadas—. ¿Estarías dispuesta a contestarlas?

Qadira se quedó mirando sus dedos de los pies. Los movió siguiendo el ritmo de una canción que solo sonaba en su cabeza y se dijo que iba siendo hora de ponerle a las uñas una capa de pintura.

¿Encontraría henna para teñirlas?

—Siempre y cuando no te metas en terreno personal. —Palmeó un lado junto a su cama para invitarlo a tomar asiento—. Ponte cómodo. Ya ves que no hay mucha gente haciendo cola para entretenerme.

Xaphan la obedeció sin exteriorizar en ningún momento los que eran sus pensamientos, aunque Qadira sospechaba que estaba extrañamente complacido con su actitud.

—Pareces de buen humor. —Fue lo primero que apuntó, mirándola a los ojos.

—¿Por qué no estaría de buen humor? Creo que nunca había dormido tan bien.

—Me alegra oír eso. ¿Podrías decirme qué estabas haciendo ayer a estas horas?

Qadira clavó la vista en el techo mientras se acariciaba, distraída, algunos mechones ondulados de la melena negra.

¿Podría decírselo? Por más que trataba de hacer memoria, no recordaba con exactitud sus pasos del día anterior. Había caído en un sueño tan profundo que le costaba no mezclar las experiencias pasadas con las más recientes.

—Supongo que lo que se suele hacer cuando uno pertenece al Séquito de empíreos de La Magna. Me levantaría, pondría a prueba mi cuerpo dando varias vueltas al perímetro de entrenamiento, realizaría algunos lanzamientos, pelearía con mis compañeros en un combate

cuerpo a cuerpo, dispararía a la diana… No me acuerdo con exactitud, pero, en el Autem, todos los días son muy parecidos. —Le restó importancia encogiendo un hombro. A continuación, y guiada por el agradable cosquilleo que le recorrió el vientre, dijo—: Menos mal que ya estoy aquí. He bajado a La Tierra para quedarme, ¿no es así? La Magna me necesita defendiendo su creación en primera línea.

—En efecto. Nos encontramos en una situación algo precaria y toda ayuda es buena —cabeceó Xaphan. Con el movimiento, uno de sus rizos se deslizó por su frente, dándole un aire inocente de lo más encantador. Qadira sonrió por ese detalle—. Si no es una pregunta demasiado personal…, ¿por qué La Magna te reclutó para que fueras su empírea?

—Supongo que, a pesar de la derrota frente a los cruzados, hice un buen trabajo cuando los míos me pidieron que me infiltrara entre los caballeros de la cristiandad. —Ladeó la cabeza hacia él—. ¿Y tú? ¿Qué hiciste para que La Magna te desterrara? Has dicho que eras un penitente.

Xaphan esbozó una sonrisa tan escueta que parecía codificada.

—Tal vez algún día te lo cuente. Mucho me temo que ahora no nos sobra tiempo para charlar. Como ya sabrás, cuando los empíreos descienden a La Tierra, se organiza una velada en su honor: la última que disfrutarán antes de entregarse a la causa. Si estás de humor, quedas invitada al festejo de esta tarde. Únete a nosotros o no tendremos razones para celebrar nada.

—¿Un festejo? ¡Eso es maravilloso! Aunque no voy vestida apropiadamente —lamentó, tirando del cuello del chándal—. ¿Podría conseguir algo más… agradable a la vista? Si esto se celebra en mi honor, qué menos que estar presentable.

Xaphan se rio con simpatía.

—Claro que sí. Mandaré a alguien para que te ayude a prepararte.

—Por cierto —agregó ella, viendo que estaba levantándose para abandonar la habitación—, me llamo Qadira.

Xaphan asintió.

—Bonito nombre. Esperemos que en La Sociedad no te lo cambien por algo acabado en «ah» o «el», como se tiene por costumbre… No, no creo que lo hagan —meditó en voz alta—. El regente Aladiah es bastante permisivo en comparación con sus antecesores. Creo que te gustará.

—Yo también lo creo. Tengo ganas de conocerlo.

Xaphan permaneció unos instantes de pie junto a la cama, mirándola de un modo que Qadira no supo descifrar. Le pareció que trataba de meterse en su cabeza, de leer sus pensamientos. Si así fuera, Qadira le daba la bienvenida. No sentía que tuviera nada que esconder. Ni siquiera había cometido travesuras imperdonables en su

paso por el Autem, aunque una parte de ella estaba deseando explorar lo que La Tierra le tenía reservado, incluso si en el proceso tuviera que cometer alguna trastada. Hacía años que no la pisaba, y presentía que el mundo le daría la bienvenida de un modo diferente.

¿Cuánto habría cambiado el planeta que la vio nacer en cuestión de novecientos años? Podía hacerse una idea por la información que recibían los empíreos para estar al día, pero no era lo mismo tener una vaga idea que contemplarlo con sus propios ojos y ser partícipe de sus maravillas.

Xaphan sonrió, como si estuviera conforme con el hilo de sus pensamientos, y la dejó a solas con la nueva presencia que cruzó el umbral con la intención de ayudarla. Cerró la puerta tras él, dándoles la intimidad necesaria a Qadira y a la espigada muchacha pelirroja que apareció con una sonrisa de bienvenida.

—¡Hola! Me llamo Darda'il. —Se acercó a estrecharla entre sus brazos como si la conociera desde siempre. Qadira ahogó una risita incrédula y se dejó mimar, complacida por la bienvenida—. He venido a explicarte la nueva normativa de La Sociedad y a responder todas las preguntas que puedas tener.

Se dejó caer sobre el borde de la cama y se abrazó el vientre con una mueca de incomodidad que a Qadira no le pasó desapercibida.

—Estás muy pálida —señaló, preocupada—. ¿Te ocurre algo?

Darda'il agitó la mano.

—Ah, sí… Es que he estado indispuesta por un dolor de barriga, nada grave. Ahora me encuentro mejor, teniendo en cuenta que ha quedado descartado que pudiese haber sufrido un aborto.

—¿Qué? —jadeó sin voz—. Por la diosa, menos mal que no ha sido lo segundo.

—Ya, bueno… habría sido traumático y todo eso, porque a nadie le gusta ver toda esa cantidad de sangre, pero, si me guardas el secreto, te diré que no habría estado preparada para tener a ese niño en el caso de haber estado preñada y habría agradecido el abordo. Me da un pánico tremendo quedarme embarazada. Suena terrible, ¿no? —Darda'il torció la boca—. Querer deshacerte de un presunto hijo… No puedo explicarlo, pero simplemente he pasado de no querer tener hijos por ahora a estar obsesionada con no acercarme jamás a la experiencia de la maternidad. Tengo el presentimiento de que algo terrible me sucederá si me convierto en madre.

—Es una decisión tan válida como cualquier otra. —Qadira encogió un hombro.

El rostro de Darda'il se iluminó.

—Gracias por entenderme. Hay quien me mira como si fuera un monstruo… ¿Y bien? ¿Vamos a ponerte guapa? Voy a por maquillaje y algunos vestidos. Yo no me suelo empapar la cara con potingues, pero

esta ocasión bien lo merece… ¡Ahora vengo!

Apenas Darda'il se hubo marchado, Qadira se incorporó, entusiasmada por lo que le tuvieran preparado los seráficos de los que tanto había oído hablar. Se asomó una última vez al balcón para ojear la escena antes de ponerse manos a la obra.

Los feligreses ya se habían retirado, dando por concluida la oración matinal. Tan solo quedaban unos cuantos rezagados que hacían sus plegarias personales.

—Has hecho un trabajo excelente —oyó que decía Xaphan al otro lado de la puerta.

Una voz que no le resultaba familiar contestó:

—La práctica hace al maestro.

Qadira se giró un instante hacia la única entrada y salida del dormitorio, preguntándose a qué se referirían. Desestimó la importancia de la conversación y apoyó los codos sobre el barandal, empapándose de ese aire limpio que sentía que le purificaba los pulmones. Notaba el cuerpo ligero como una pluma, a punto de echar a volar si ese fuera su deseo, la mente vacía de preocupaciones o urgencias, y el corazón henchido por la ilusión del nuevo día, por los misterios y sorpresas que le depararía.

Más por casualidad que por causalidad, Qadira desvió la mirada hacia las columnas que sostenían el edificio en torno al patio. En una de las más lejanas, de modo que Qadira podía observarla sin necesidad de inclinarse demasiado o quebrar la cabeza en un ángulo incómodo, atisbó la silueta recortada de un hombre.

Se apoyaba en la columna de brazos y tobillos cruzados, como si esperara, sin la menor esperanza, que un milagro interrumpiera su desidia. Los rizos caoba caían en cascada por sus amplios hombros, hombros de guerrero cubiertos por la fina seda de una camisa estampada. Era una elección curiosa para un tipo de sus proporciones y con los músculos desarrollados. Ahí donde buscaba piel, solo veía tinta, pero Qadira dejó de buscar el significado de las figuras y colores que adornaban su cuerpo en cuanto coincidió con su mirada, de un insólito ambar que la cautivó.

Sintió que él aguantaba la respiración y se ponía firme, aun manteniendo la postura dejada, al localizarla de pie en el balcón.

Qadira se preguntó si no lo habría visto antes y por eso reaccionaba así. Para curarse en salud, le sonrió en la distancia y alzó la mano.

Él vaciló un instante antes de devolverle el gesto con alivio palpable.

Un hilo invisible la instó a permanecer allí parada, por si acaso el individuo decidiera dar a conocer su voz dedicándole unas palabras. No obstante, él parecía hallar calma y placer en el mero acto de

contemplarla, y Qadira no sería la que se lo impidiera.

Se quedó donde estaba, embebiéndose también de la espectacular visión del hombre extraño, y solo cuando oyó la voz de Darda'il, que ya había regresado, decidió volver a entrar.

Antes, alzó nuevamente la mano y se despidió.

Él le lanzó un beso que la hizo sonreír.

Capítulo XLVIII

—¿Cómo se encuentra? —se animó a preguntar Dagon al fin, agarrando a Xaphan por el hombro como si temiera que fuese a escapar—. ¿Ha salido todo bien?

Podía figurarse que así era.

Apenas la vio internarse nuevamente en la habitación tras saludarlo con simpatía, Dagon decidió dejar de alargar lo inevitable y buscar a Xaphan para confirmar que lo que había visto era real: que Qadira no era ya la mujer que había conocido, sino una joven coqueta y relajada.

—Reyyan ha hecho un trabajo brillante. Qadira cree ser una empírea de la cabeza a los pies y haber descendido a La Tierra para colaborar con La Sociedad, tal y como lo deseaba La Magna, pero no recuerda nada de su vida pasada. Como predijimos, todos los recuerdos de Qadira estaban alterados por la presencia, cuando no la existencia de Leviathan.

Dagon disimuló su egoísta decepción.

No tenía derecho a lamentar que no le recordara a él. Precisamente a él, que tanta relación guardaba con la que fue la miseria de su vida y con el hecho de que hubiera perdido a su hijo.

Inspiró hondo, confiando en que, una vez exhalara, con ese aire viciado se irían los malos pensamientos.

—¿Puedo pasar a verla?

Xaphan le sostuvo la mirada con cautela.

—Siempre y cuando seas capaz de no hablar más de la cuenta. No podemos mencionar ni insinuar nada relacionado con su pasado, ¿entiendes? El hechizo no debería fallar, pero puede que algún recordatorio dispare su imaginación y acabe trayendo a su memoria lo que tanto nos ha costado borrar. El vínculo que tenía con Leviathan era muy poderoso —apostilló, y se lo quedó mirando de hito en hito hasta que Dagon le confirmó que, por más que ansiara entrar allí presentándose como lo que había sido para ella, fuera lo que fuese eso, sería fiel a los deseos de La Magna.

Xaphan debió de confiar en su palabra —o tal vez leyó en su mente la determinación a cumplir el mandato a rajatabla—, porque se apartó del estrecho pasillo y le hizo un gesto para que retomara el rumbo hacia la habitación.

—No seas muy invasivo —le recomendó Xaphan, cuando Dagon ya

lo había rodeado a paso rápido—, y olvida todo lo que conocías de Qadira. Solo así podrás dejarte sorprender.

«Eso lo veo complicado», estuvo a punto de decir Dagon, pero, por supuesto, no tenía por qué expresarlo en voz alta para ponerlo en el conocimiento de Xaphan.

Dagon se dirigió al dormitorio con un nudo en la garganta.

No recordaba la última vez que había sentido miedo, y había bastado con que Qadira apareciera en su vida para que volviera a experimentar ese vértigo atroz, ese deseo de rehacer sus pasos y huir en el sentido contrario para no enfrentar una realidad dolorosa. Pero hasta eso le gustaba de ella, que le obligaba a mirar a los ojos a todo aquello con lo que nunca pensó que tendría que lidiar, obligándole a reunir el coraje necesario.

Tocó con los nudillos a la puerta, confiando en que la mujer que esperaba al otro lado lo sorprendiera de nuevo.

—Adelante.

Dagon se estremeció al oír su voz.

Ni rastro de esa distancia que Qadira imponía entre ella y los demás con la mera palabra, con ese timbre varios tonos más bajo, como si temiera cometer un error sintáctico o supiera que nada de lo que pudiera decir fuese interesante. Sonaba serena, incluso feliz de estar solicitada.

Abrió la puerta sin más dilación, sabiendo que, si seguía prolongando el momento, se volvería loco. Y apenas cruzó el umbral y detalló la figura recortada por la luz que entraba a raudales por el balcón, se quedó embelesado.

Qadira estaba sentada en posición de loto sobre la alfombra del dormitorio. El cabello le caía largo y ondulado por los hombros como un manto de seda fina, invitando sin saberlo a las caricias de un hombre sensible a la belleza. Vestía un vaporoso vestido blanco y sin mangas que se ceñía a su pecho y a su cintura, marcando unas formas femeninas que el *body* siempre había protegido, pero nunca insinuado de un modo tan femenino. Estaba abstraída en el trazo del pincel fino que recorría su mano izquierda, en la que ya había dibujado una serie de figuras geométricas: dorso y dedos mostraban una especie de mandala improvisado, al igual que sus pies descalzos.

Qadira alzó la barbilla un instante, como si solo quisiera cerciorarse de que habían abierto la puerta, pero no estuviera verdaderamente interesada en el visitante. Su mirada despistada apenas lo rozó en un primer momento, pero enseguida volvió a posarla sobre él, esta vez con intención, para darle la bienvenida con una escueta sonrisa.

Dagon se enamoró de ella a primera vista, aunque quizá eso se hubiera debido a que ya estaba enamorado de la Qadira que se había

marchado. Pero no pensó en ella cuando avanzó un paso, atraído por la luminosidad casi angelical de su sonrisa, sino en la Qadira que ahora tenía delante, resplandeciente y tan única como la otra.

Se metió las manos en los bolsillos, temiendo acabar tocándola sin su permiso si no las escondía de aquella visión. Y sospechaba que ella se lo daría, pues, aunque no había una invitación abierta en su mirada, tampoco veía el recelo y el rechazo físico que tantas veces le había desesperado.

—¿Qué haces? —articuló al fin, sabiendo que debía de decir algo.

—¿Eso es lo primero que me vas a preguntar? —inquirió ella a su vez, enarcando una ceja con sorna. Hundió el pincel en la mezcla del material que usaba para decorar sus dedos y lo miró con intención—. Esperaba una entrada excepcional después de nuestro saludo en el balcón.

—No seas tan dura conmigo. Estoy trabajando en bajo rendimiento. Hago lo que puedo.

Ella pestañeó una vez.

—¿Qué se supone que significa eso?

Dagon sonrió sin querer. En algo no había cambiado, y eso era su esencia curiosa. Por más coqueta que pareciera con su melena suelta y su belleza hipnotizadora, seguía a merced de su propia fragilidad.

—Significa que me he quedado impresionado… con tu tarea. —Señaló con la barbilla el cuenco de arcilla que acumulaba el material, no tan líquido como para derramarse por sus finos dedos—. ¿Qué es eso?

Los ojos de Qadira emitieron un brillo encantador, como si se riera de forma cómplice de su ignorancia o celebrara para sus adentros el halago, asimilado con retardo.

—El contenido del cuenco es polvo de henna negro, azúcar blanco, jugo de limón y aceite de lavanda —recitó mientras removía la pasta, distraída. No se dio cuenta de que Dagon avanzaba conforme ella enumeraba los ingredientes hasta acuclillarse ante la joven—. Es el material que se utiliza para llevar a cabo la tradición del *mehndi*, que se aplica en las novias orientales.

—En las novias. —Levantó las cejas y esperó a que sus miradas coincidieran para preguntar—: ¿Acaso celebras una boda y yo no me he enterado?

—Bueno, he descubierto que, además de en las novias, se le suele aplicar a los viajeros de otros países, que se llaman… —Arrugó el ceño, pensativa.

—¿Turistas?

—¡Eso es! ¡Turistas! —Le agradeció la ayuda con una sonrisa—. A día de hoy, los turistas se pintan las manos y los pies por placer, y en algunos festivales orientales, las mujeres se decoran la piel con el

mehndi, así que he pensado que esta, aunque no sea la ocasión perfecta para hacerlo, no deja de ser apropiada. A fin de cuentas, es un arte ornamental que, según las figuras representadas, pretende traer abundancia, éxito, belleza, y no nos vendrían mal tales virtudes para la misión.

—¿Y solo se da entre mujeres? —preguntó, observando sus manos.

Qadira alargó una hacia él para que pudiera admirar el diseño de cerca. Dagon aceptó el acercamiento con el corazón encogido, tomando la mano con delicadeza y girándola para fijarse en cada detalle.

—Generalmente sí, aunque no es un delito que algunos hombres la lleven. En algunos lugares también los novios pintan sus manos. ¿Por qué? —Lo miró a través del espeso abanico de pestañas—. ¿Quieres que haga el ritual contigo, que ni siquiera te conozco?

—Lo importante no es si me conoces, sino si quieres conocerme —apostilló con una media sonrisa—. Porque a ese detalle podremos ponerle remedio enseguida, siempre y cuando tengas interés.

Qadira recorrió con la mirada la porción de pecho masculino que la camisa dejaba a la vista, los brazos desnudos, el cuello.

—No veo cómo voy a poder aplicarte la henna cuando toda tu piel está tatuada —se rio—. Podría hacerse en los hombros o en el pecho si tuvieras algún hueco libre, pero…

—Hay una parte de la espalda en la que no tengo nada. La estaba reservando para otro diseño. Si el tuyo me gusta, podría dejármelo permanentemente.

Qadira se mostró sorprendida por la respuesta.

—¿Te tatuarías el *mehndi*?

—¿Por qué no? —Entrelazó los dedos de las manos con los de ella y admiró los mandalas—. ¿Acaso no es bonito?

Qadira se quedó mirando los tatuajes de tinta que marcaban el brazo de Dagon, aquel con el que acariciaba de forma distraída las manos de la empírea.

—Lo son —musitó, absorta—. ¿Qué significan? Tantos colores… Tantas formas.

—Significan que me quedan de lujo.

Qadira alzó la mirada, esperando que adornara la respuesta con un conciliador «es broma», pero Dagon no la complació, en parte porque se quedó prendado de su mirada; la mirada de una niña que asomaba la cabeza al mundo por primera vez, aunque no tan inexperta como para no saber lo que era la guerra.

Para su sorpresa, Qadira soltó una carcajada.

—Entonces son mera decoración.

—Ajá. Me gusta ponerme guapo, y si estoy tatuado de la cabeza a los pies, digamos que voy arreglado incluso cuando ando desnudo.

Qadira reprimió una sonrisa inapropiada ante la mención de la desnudez.

—Muéstrame ese rincón sin tinta del que puedo disponer.

Sin pedir su permiso, en parte para averiguar cuál sería su reacción, Dagon se quitó el primer botón de la camisa. Qadira lo sorprendió poniendo una mano sobre la de él y pidiéndole con la mirada que le delegara la tarea.

Mudo de asombro y de algo más, dejó que reinara el silencio mientras ella deslizaba sus manos pintadas por la longitud de los botones, desabrochándolos uno a uno con una lentitud desgarradoramente sensual. Cuando acabó, Qadira acarició los hombros de Dagon con la tela que retiraba para dejarlo desnudo de cintura para arriba.

Se sorprendió al comprobar que los dibujos también se extendían por el pecho y el abdomen.

Su mirada curiosa le quemó la sangre. Preocupado por si esto la inquietaba como solía preocupar a la antigua Qadira, le dio el perfil para mostrarle la zona del hombro. No quería mirarla a la cara cuando pensamientos libidinosos colonizaban su cabeza, pero no podía resistirse. Había algo cautivador en ella que le incitaba a seguir observándola.

Qadira se puso de rodillas muy cerca de él y tomó el cuenco de arcilla y el pincel. Como una pintora abstraída en su arte, valoró el lienzo con una mirada calculadora antes de decidirse por un diseño que solo constaba en su mente. Se había aproximado lo suficiente para que él pudiera oler su aroma natural, y del mismo modo ella pudo captar el suyo, porque de pronto pestañeó, aturdida, y musitó:

—Hueles… Hueles a vainilla.

—Sí. No me da miedo oler como se supone que debe oler una mujer. Creo que eso de que los tíos echen una peste a sudor para parecer masculinos quedó en el pasado.

Qadira volvió a reírse, aunque se la veía perturbada.

—Tienes razón. —Posó la mano sobre su corazón. La respiración se le había agitado—. No pienses que lo he criticado, es solo que… que me ha desconcertado, nada más. Me recuerda… Por un momento me ha recordado…

Dagon contuvo el aliento, temiendo que su cercanía hubiera disparado su memoria, como Xaphan había predecido.

—¿Qué te ha recordado?

Qadira cerró los ojos, como si la privación de uno de los sentidos fuera a potenciar los demás. Dagon se fijó en su rostro ahora que ella no podía juzgar los anhelos que debía de reflejar su expresión, en la curvatura de las pestañas oscuras, en la piel besada por el sol, en los labios que ya había besado.

Si la besara de nuevo, ¿se sentiría igual?

—Me recuerda… —Su voz sonaba entrecortada—. Me recuerda a un lugar donde me sentí a salvo. ¿Tiene sentido?

Dagon se encontró con su mirada vacilante, por unos instantes empañada por la nostalgia de antaño, la que le había atraído de forma irremediable. Sintió el urgente deseo de decirle que tenía mucho más que sentido, porque justo ante ella se encontraba el hombre que había hecho posible esa sensación.

Quiso envolverla con los brazos y explicarle de dónde venía él, pero se mordió la lengua a tiempo y se esforzó por reconducir la conversación.

—La vainilla siempre ha evocado dulzura. —Carraspeó, y aunque quiso apartar la vista para que no leyera la mentira en su expresión, no pudo. Qadira lo había hipnotizado—. Y claro que tiene sentido. En cualquier otro sitio estarás más a salvo que donde estás ahora, La Tierra.

—¿Por qué dices eso? Yo estoy deseando explorarla —repuso con ánimos renovados, posando una mano en la espalda masculina para realizar los primeros trazos. Sonreía muy cerca de Dagon, y él hacía todo lo posible para no desvelar el deseo ansioso que Qadira había disparado con sus labios hacía tan solo unas horas. Horas que parecían años luz—. Hace siglos que no pongo un pie en el planeta azul. Aunque estoy al corriente de muchas de las novedades gracias a la información que La Magna nos proporciona en el Autem, no es lo mismo que vivirlas por tu cuenta.

Dagon se dejó seducir por su curiosidad infantil, a la vez que por las cosquillas del pincel sobre la carne.

—¿Qué es lo que te gustaría conocer en tu estancia en La Tierra?

Qadira desvió la mirada al techo, como si allí estuviera escrita la respuesta.

—Me gustaría probar el helado. Nunca me he comido un helado —admitió con una sonrisa traviesa—. Pero de los que vienen en conos, ¿eh? No de esos que se sirven en tarrinas de cartón. Y también me gustaría montarme en un avión. En mis tiempos no llegamos a experimentar la sensación de vuelo.

Dagon sonrió, enamorado de su entusiasmo.

—¿Y a dónde irías en avión? Uno solo vuela cuando debe llegar a alguna parte.

—Supongo que viajaría a Nishapur, que tengo entendido que aún existe, para ver si queda algo del Imperio. Ahora, la zona se hace llamar Irán, ¿no?

—Ajá. Parece que tenías tiempo en el Autem para hacer tus deberes. Hasta ahora vas bien, nada imposible: helados y aviones. ¿Qué más? —la animó, feliz de verla emocionada, por fin cómoda

hablando de sí misma, haciendo planes—. Sorpréndeme.

—Eh… —Se mordió el labio, nerviosa. Quería listar las mil maravillas en un segundo, y le ganó la impaciencia. Acabó trabándose y pasándose una mano por la frente para secar el sudor de la vergüenza. Lo miró ruborizada—. Quiero… ¡hacerme una cuenta de Twitter!

Dagon rompió a reír a mandíbula batiente.

—Esa es una idea pésima. Ahí no hay nada más que un puñado de amargados… aunque me incluyo —lamentó, cabeceando—. Necesito las novedades de la *Pop Crave* como respirar, una cuenta que alerta de las últimas noticias relacionadas con el mundo de la música.

—¡Música! —repitió, señalándolo con los ojos muy abiertos—. También quiero escuchar música. Pero no en directo, sino a través de uno de esos chismes que se pegan en las orejas. ¿Sabes a lo que me refiero?

—Claro que sí. Yo te dejo mis AirPods. —Le guiñó un ojo.

El rubor permaneció en sus mejillas, pero adquirió un matiz placentero.

—Quiero ponerme unas zapatillas de deporte —admitió con seguridad, irguiéndose orgullosa—. ¿Se llaman así? ¿Zapatillas de deporte?

—O tenis, o bambas…

—Pues quiero unas. Tienen que ser increíblemente cómodas. Y me gustaría echarme una siesta.

—¿Cómo que echarte una siesta? —repitió, perplejo—. ¿No dormíais la siesta en el siglo XII?

—Supongo que sí, dormitábamos por la tarde, pero me refiero a ese concepto del que hablan los humanos, del ratito de sofá con la televisión de fondo tras un largo día de trabajo. Ese tipo de siesta…, ¿me entiendes?

Lo miró esperando que asintiera, cosa que Dagon hizo con una sonrisa y un ardor agradable a la altura del corazón.

—Tienes unos deseos bastante humildes —señaló él afectuosamente.

—¿Los tuyos son inalcanzables?

—Supongo que sí, porque yo lo quiero todo. Ya me ves. Quiero todos los tatuajes, y quiero toda la ropa del mundo, y quiero más coches que conducir, y quiero más casas en las que pasar las vacaciones, y no me conformo con un amor mediocre que me tenga entretenido; quiero el amor más grande del mundo, la clase de amor que se reencarna.

—Oh… —Qadira agachó la mirada y se humedeció los labios. Delineó el borde del tazón de cerámica con el dedo—. Bueno, eso también lo quiero yo, pero no es que sea imposible, ¿verdad?

—¿El qué?

Qadira alzó la barbilla.

—Enamorarse. Quiero enamorarme —reconoció sin tapujos—, y no de cualquier manera, como tú dices, sino como sale en las películas que veía en el Autem, o en los libros que me prestaban. Quiero que me dediquen canciones, y que me regalen flores, y que me visiten por sorpresa, y que me manden mensajes diciéndome que me echan de menos, y bajar unas escaleras con un vestido precioso y que me tomen de la mano y me saquen a bailar… —Tragó saliva, como si le costara mirarlo a los ojos. Pero no se achantó—. Aunque, si me dices que es mucho pedir, puedo conformarme con tomar un avión a Irán.

Dagon posó la mirada en los labios de Qadira un instante, pero fue un instante decisivo para tener la plena certeza de que le daría todas aquellas cosas; todas las que se le ocurrieran y más.

—Te aseguro que enamorarse es mucho más placentero que visitar Irán —dijo sin voz. Habían ido bajando el tono hasta que de pronto estaban susurrando—. Ahora mismo no está en su mejor momento.

—¿Acaso el hombre del que me enamore estará en su mejor momento cuando lo conozca? Suponer eso es un tanto ingenuo, ¿no crees?

En su sonrisa ladina vio un rastro de la Qadira antigua, aquella cínica y pesimista —aunque hubiera preferido tildarse de objetiva— que a ratos le sacaba de quicio.

Dagon asintió a su pesar, porque eso él lo sabía mejor que nadie. Ella no había estado en su mejor momento cuando entró en su vida, pero, a veces, la vida daba segundas oportunidades.

Recordó las palabras de La Magna: «Mientras nosotros nos entretenemos con veleidades, el universo no deja de conspirar de maneras misteriosas. Solo cabe esperar que una de esas conspiraciones resulte en nuestra felicidad».

Quizá, y después de todo, el universo estuviera de su parte. Le bastó con mirar a Qadira a los ojos, una Qadira capaz de quererlo, para convencerse de que así era.

—Tal vez no —reconoció al fin, cabeceando—, pero ser optimistas no nos matará.

Capítulo XLIX

—¿Dónde está Abraxas? —inquirió Dagon, mirando a su alrededor.

Una serie de adornos, como lamparillas de aceite y guirnaldas de flores, habían sido colocados con mucho gusto en el pequeño templo de mármol que destacaba en el jardín, al igual que las escaleras enroscadas que llevaban al palacio de la divinidad. Un lugar de ensueño como aquel, que La Magna y sus servidores mimaban con empeño, no había necesitado especial atención para brillar con luz propia y ser digno de alojar a los seráficos de La Sociedad y los miembros de El Séptimo Círculo para celebrar el primer festejo en años: el verdor de las hojas de los árboles que los arropaban, los angostos senderos rematados por piedrecillas y el aroma dulzón de las flores, además de la temperatura cálida y el cielo despejado, transmitían la quizá equívoca impresión de que, al final, todo saldría bien.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de que te atrape? Yo también lo tendría —contestó Samael en tono lúgubre. Dagon le devolvió la mirada sin entender, a lo que el vikingo explicó—: Me han contado lo que hiciste, lo de pegarle un tiro a Leviathan antes de que le dijera a Abraxas dónde puede encontrar a su mujer.

Dagon se frotó la cara, frustrado.

—Descuida. A Abraxas le ha bastado con la semipista que recibió de parte de Leviathan para ponerse en marcha —intervino Valthessar, dando sorbitos compulsivos a su copa de vino. Hacía muecas de disgusto cada vez que el líquido bajaba por su garganta, pero nada le detendría en su objetivo de emborracharse hasta perder el sentido. A fin de cuentas, sería su único día libre en años, tal vez siglos—. Mientras esté entretenido estudiando el perímetro de Vyšehrad, no tendrás de qué preocuparte. No irá por ti.

Dagon no quería decir que aquello era un alivio delante de sus compañeros. Estaría admitiendo que Abraxas le infundía respeto, cuando no le daba pánico, y no le parecía apropiado hacer un comentario al respecto sobre un buen guerrero.

Luvart apareció por la espalda de Valthessar y le arrebató la copa con un elegante movimiento.

—Pero yo sí iré por ti como sigas bebiendo como un cosaco. Me atrevería a decir que la pregunta importante es dónde está Mara —apostilló Luvart, enarcando las cejas doradas—. He ido a visitarla al hospital, y, de paso, a conocer a la curiosa doctora de la que todos me

habéis hablado, y me han dicho que ha recibido el alta.

Valthessar se tensó y clavó en Luvart una mirada grave.

—Estará en casa recibiendo cuidados de un enfermero cualificado, ¿no? —masculló de mal humor—. Porque las suyas no son la clase de heridas que uno pueda tratar sin ayuda.

Luvart pestañeó, perplejo.

—Pues no lo sé, *rex*. ¿No deberías ser tú quien conociera esa información, dado que eres su novio?

Como era ya costumbre cada vez que oía aquella palabrita, los presentes esperaron a que Valthessar montara en cólera.

Esta vez, ni se inmutó.

—Es que Mara le ha dejado —explicó Samael, vigilando con el rabillo del ojo que Valthessar estaba demasiado abstraído en su miseria como para reaccionar con violencia.

Luvart no parecía sorprendido en lo absoluto.

—Caray, uno se da la vuelta cinco minutos y, de pronto, el mundo se cae en pedazos.

—No te has dado la vuelta cinco minutos, sino unos cuantos días —bramó el *rex*.

—¿Y? ¿Va a ser mi culpa que te hayan dejado?

—Va a ser culpa de todos menos de él —apostilló Dagon en voz baja.

—¿Y acaso la ruptura es excusa para cortar toda comunicación con ella? —siguió preguntando Luvart, ceñudo. Viendo que Valthessar permanecía en silencio y nadie más podía resolver su duda, acabó suspirando—. Por la diosa, *rex*… Jamás he entendido qué demonios te traes con Mara. Esa relación es un misterio para mí. Pero si no quieres que te condenen otra vez, más te vale quedarte cerca de ella, o de lo contrario te volverás loco.

Una presencia deslumbrante interrumpió la conversación. La Magna apareció zigzagueando por el sendero que conducía al modesto altar de mármol, rodeado por las que eran sus flores predilectas: los jazmines. La túnica color índigo ondeaba a su espalda, al igual que las furiosas llamas de su melena.

En cuanto se detuvo en el centro de la plataforma, sosteniendo entre los finos dedos una copa de cristal vacía, se hizo el silencio.

Así pudo hacer oír su voz como una caricia del viento.

«Estoy muy orgullosa de todas y cada una de mis creaciones, tanto de las criaturas como de las leyes que garantizan el orden, y no hay día que me levante sin recordar con satisfacción la brillante labor que llevan a cabo los protectores de La Tierra». Hizo una pausa para sonreír, escueta, a los presentes, entre los que repartió una rápida mirada panorámica. «La velada de hoy quiero dedicarla a El Séptimo Círculo y a La Sociedad de Praga, a sus comandantes y aliados, que

estos tiempos han salvado tantas vidas y misiones. No obstante, no puedo perder la oportunidad de expresar mi preocupación».

»En los últimos días, ha sido puesto en mi conocimiento un grave error en el sistema que ha estado a punto de costarnos la victoria de las batallas, cuando no de la guerra —prosiguió, clavando una mirada solemne en un punto perdido del horizonte. Rozaba distraídamente el borde de la copa—. La figura de la *anandha* y su inestimable labor como salvadora de las almas descarriadas ha sido siempre una de las creaciones que de mayor orgullo me han llenado, pero debí imaginar que todo aquello que saliera de mis manos con el fin de ahuyentar a las fuerzas oscuras, correría el riesgo de quedar manchado por el Mal.

»Una de mis criaturas ha sufrido un destino inimaginable a causa de una imprevista corrupción, y, a raíz de ello, me he puesto a pensar en las atribuciones de la *anandha* y hasta qué punto debería ser pieza clave en la vida de un hombre… y viceversa.

»A partir de hoy —continuó—, vigilaré de cerca las relaciones entre *anandha* y penitente para evitar injusticias y manipulaciones perpetradas contra mi espíritu. Protegeré a ambas partes del poder de ese vínculo y oiré las peticiones de aquellos que deseen deshacerlo siempre y cuando estime comprensibles sus razones. Así pues, desde el día presente, anulo la omnipotencia y omnisciencia de las *anandhas* sobre el penitente, y a la inversa. No existirá dependencia alguna entre el uno y el otro y la unión podrá desestimarse audiencia mediante.

La Magna concluyó su discurso golpeando con suavidad la copa de cristal con el filo de la uña, provocando un tintineo agudo. Justo después, la copa se llenó por arte de magia de un espeso líquido rojo, lo único que La Magna bebía: vino tinto.

Dagon no se perdió la mirada ominosa que Valthessar le dirigió a Luvart antes de alejarse del grupo:

—Pues ya ves que han resuelto ese problema por mí.

Dagon y el resto lo vieron marchar en silencio, él con un extraño nudo en la garganta. Sacó el móvil del bolsillo para contactar con Mara y cerciorarse de que estaba a salvo. Por suerte, estaba en línea y contestó en el acto.

He alquilado un piso céntrico con unos ahorros que me dejó mi padre. Te daré la dirección cuando me sienta preparada para lidiar con el trabajo que dais, chicos de El Séptimo Círculo.

—Ella tampoco es que sea suavita como la seda —bufó Samael, que había echado una ojeada por encima del hombro de Dagon.

Este tuvo que darle la razón con un cabeceo.

Estaba seguro de que Mara regresaría tarde o temprano, y de que Valthessar dramatizaba al ponerse en lo peor, pero abría la boca para

defender a su amiga cuando Samael le dio un codazo y bufó.

—Voy a lamentar cada día de mi vida no haber podido tirármela —suspiró, nostálgico—. ¿Crees que ahora que está desmemoriada y ha perdido esa rigidez de monja suya, tengo alguna posibilidad?

Dagon no entendió a qué se refería hasta que localizó al inicio de las escaleras a la figura femenina de sus desvelos. El aire se le fue de los pulmones al ver a Qadira descender los peldaños con un sencillo pero precioso vestido blanco que dejaba la elegante línea de sus hombros al descubierto. Sujetaba la cintura con un bonito corsé medieval.

—¿Lo dices porque ha olvidado lo imbécil que fuiste? —inquirió en un murmullo—. No, no tienes la menor oportunidad. Puede que ella haya cambiado, pero tú sigues sin ser su tipo.

—¿Y quién es su tipo, capullo? —gruñó Samael—. ¿Tú, acaso?

Dagon lo apartó con una mano sin alejar la vista de ella, que aún bajaba las escaleras con una sonrisa que, en vano, trataba de moderar su entusiasmo. Estaba radiante, era ajena a su propia belleza, y miraba a los asistentes de la fiesta con la esperanza de moverse entre ellos con desenvoltura.

—Pues eso pretendo averiguar —dijo en voz baja, más para sí mismo.

Avanzó hacia ella como si fuera el único destino posible. Se apresuró a alcanzarla antes de que pusiera el pie en el último peldaño y captó su atención ofreciéndole la mano en un gesto galante.

A Qadira se le iluminó la cara como a una niña soñadora. Aceptó su mano y bajó sujetando la falda con los dedos temblorosos, como si fuera la primera vez que un hombre la agasajaba.

En cierto modo, así era.

—Estás preciosa —murmuró Dagon, mirándola como si deseara entrar en sus pensamientos.

Qadira agradeció el cumplido con un sonrojo y una sonrisa.

—Ha sido todo un detalle venir a recogerme al pie de la escalera. Parece que has recordado mi fantasía romántica. Por casualidad, no me habrás conseguido un helado de fresa y un viaje a Oriente…, ¿no?

—Cada cosa a su debido tiempo —replicó él, divertido—. Deja que te presente a los miembros de El Séptimo Círculo.

Qadira se dejó llevar de su mano hacia donde los penitentes observaban la escena, algunos con recelo; otros, tratando de tragarse su malestar. Por más que Dagon quisiera pasar todo el tiempo posible con ella, en parte para descubrir qué escondía el espíritu libre de la verdadera Qadira, era consciente de que necesitaba alejarla de El Séptimo Círculo para que ni el *rex* ni Luvart la asfixiaran mientras dormía.

Curiosamente, Reyyan y Darda'il no le guardaban ningún tipo de

rencor. Eran sus parejas quienes se oponían a mirarla con buenos ojos.

Dagon llevó a cabo la actuación de su vida presentándola ante sus compañeros como una nueva incorporación. Todos ellos estuvieron a la altura de las circunstancias, a excepción del *rex*, que, en un ejercicio de responsabilidad, desapareció con sigilo de la escena y de la fiesta para no tener que dar explicaciones sobre la deplorable actitud que habría tenido con Qadira.

Dagon justificó su comportamiento con la excusa de que Valthessar estaba pasando por un mal momento, lo cual no era del todo falso.

—¿Y quién es él? —inquirió ella de pronto, con la vista clavada en una figura que quedaba a varios metros de distancia.

Dagon estuvo a punto de perder la sonrisa al ver a quién señalaba Qadira con curiosidad.

El joven Evra charlaba con Darda'il, que hacía más aspavientos de la cuenta, como si estuviera narrándole una historia divertida. Para sorpresa de quienes lo habían tratado, Evra sonreía, encantado con el sentido del humor de su interlocutora.

—Es el protegido de La Sociedad —respondió una voz serena por él. Dagon localizó a Aladiah a su espalda. El regente supo controlar la cautela hacia Qadira y disimular por el bien de todos. Dagon no había esperado menos de él—. Un niño con un poder sin precedentes que debemos mantener vigilado a la vez que entrenar para convertir en el futuro líder.

Dagon se sorprendió al oír aquello.

—¿El futuro líder? —repitió—. Eso no se me había mencionado a mí.

Aladiah posó en él una mirada que decía a las claras «no es nuestro deber informarte de cada decisión que tomamos». No obstante, prolongó la explicación.

Dagon sospechaba que quería dirigirla de alguna manera a la Qadira que había entregado a su hijo, y no a él.

—Las profecías siempre se cumplen al pie de la letra, antes o después. La que nos implicaba a mí y a Darda'il hablaba de lo necesario de nuestra unión para dar pie al futuro orden social. En cuanto vi a ese niño, supe que él era el futuro, y que estaba en nuestras manos —admitió, posando la mirada en el perfil de Evra—. Una nueva dinastía a partir de Evrael cambiaría las cosas definitivamente. Seríamos invencibles. Y es la obligación de la regencia actual encargarse de sus necesidades.

—Evrael —repitió Qadira, ensimismada en la contemplación de la criatura—. Qué nombre tan bonito.

«Era más bonito el que le pusiste tú», quiso responder Dagon, pero, como tantas otras cosas, tendría que guardárselo para sí mismo.

—Puedes ir a conocerlo, si lo deseas —la alentó Aladiah.

Qadira permaneció un rato en silencio, observando al que en otra vida podría haber sido su hijo. Este, alertado por el escrutinio de la desconocida, alzó la cabeza en su dirección.

En el momento en que sus ojos se cruzaron, Dagon contuvo el aliento, temiendo que la presencia física de Evra anulara el hechizo y le devolviera los recuerdos…, pero no lo hizo.

Ambos se miraron en la distancia con curiosidad.

Qadira le sonrió y agitó los dedos con timidez, a lo que Evra, con su implacable madurez, contestó con un seco asentimiento de cabeza.

—Tal vez en otro momento —musitó ella, perdida en su contemplación—. Parece una compañía interesante, pero no me gustaría interrumpir su conversación. Se está divirtiendo con Darda'il, e intuyo que eso es justo lo que necesita.

—¿Y qué te gustaría hacer? —inquirió Dagon, deseando llevársela de allí—. ¿Te apetece bailar?

Qadira posó en él una mirada brillante.

—No estaría mal.

Esta vez fue ella quien le ofreció su mano, depositando en él plena confianza para que la llevara lejos. Aquel gesto flechó su corazón una vez más, que sospechaba que no resistiría un solo vuelco más sin acabar postrado a sus pies. La guio a la sombra de un árbol que agitaba sus ramas al ritmo de la hermosa canción que entonaban los bardos y rodeó su cintura sin pedir permiso, porque en su rostro estaba escrito el deseo de que la tocara.

—Siento que te conozco de toda la vida —admitió Qadira mientras entrelazaba los dedos con los de él. Dagon quiso decirle que ya habían bailado juntos una vez, pero tuvo que morderse la lengua—. Jamás he sido testigo de que dos personas congenien tan rápido.

Dagon debía medir sus palabras para no decir nada que lo comprometiera, a él o al pasado de Qadira, pero sí se dejó llevar por las sensaciones que su cercanía le inspiraba.

Compartía su modo de pensar, mas a Dagon no le resultaba tan extraño. Por más que eliminaran los recuerdos de su memoria y cortaran los vínculos que habían hecho latir su corazón, no podían borrar lo ocurrido de la historia de las razas, lo que significaba que, a un nivel superior que ninguno de los dos podría comprender, tal vez ni siquiera la propia divinidad, seguían conectados. La diferencia era que ahora, sin los recelos de Qadira, con el corazón latiendo de nuevo en el pecho y no en manos de un monstruo, podían transformar aquella conexión en algo hermoso.

—¿Te gustaría que nos viéramos otra vez? —preguntó él de pronto, mirándola a los ojos esperanzado.

Qadira levantó las cejas.

—¿Es que no nos veremos si no lo programamos ahora, acaso?

—No coincidiremos muy a menudo si no nos esforzamos por quedar —reconoció Dagon, sonriéndole resignado—. Tú estás en La Sociedad; yo, en El Séptimo Círculo. Parece que estaremos cerca, por eso de que servimos a un interés común, pero yo salgo de caza por las noches, y tú, durante el día. Tendríamos que cuadrar muy bien nuestros horarios si quisiéramos disfrutar de la compañía del otro.

»¿Qué me dices? —Giró con ella en brazos, arrancándole una carcajada que se le atragantó por la sorpresa, y se inclinó sobre su cuerpo de forma dramática, como si fuera a besarla—. ¿Quieres volver a verme?

Qadira hundió los dedos en sus hombros y estiró el cuello para acercarse más a él.

—Tal vez te extrañe mi respuesta, dado que acabamos de conocernos, pero… te echaría de menos si te perdiera de vista.

Los ojos de Dagon emitieron un destello ilusionado.

—Entonces… ¿es un hecho? ¿Tenemos una cita?

Qadira se rio y dejó que él le levantara el brazo por encima de la cabeza y le hiciera dar una vuelta sobre sí misma. Cuando volvió a estar frente a él, aferrada a su cuerpo como uno se aferraba a las constantes del universo, a lo que era sólido y seguro, le sonrió y confirmó, reteniendo el aire en los pulmones y las mariposas en el estómago:

—Tenemos una cita.

Epílogo

Abraxas había esperado a que hubiera caído la noche para subir los eternos escalones que llevaban al castillo de Vyšehrad. Se había informado de que se trataba de un recinto amurallado y medieval de la zona bohemia de la capital, y, por lo tanto, carne de cañón para el turismo en hora punta. Le extrañaría que un martes de madrugada, y con el frío que mordía la carne, siguiera merodeando por allí algún europeo sin pajolera idea de checo.

No podía apartar de la mente las últimas palabras de Leviathan.

La zona de Vyšehrad.

Valthessar había tratado de disuadirle de seguir aquella pista cuando Abraxas le advirtió, en pleno festejo, que esa noche no contara con él para la guardia, pues tenía un asunto urgente que tratar. Para Valthessar, la palabra de Leviathan era engañosa, y nada le aseguraba que no le estuviera tendiendo una trampa al darle las coordenadas.

Como para todo lo que involucraba el nombre de su mujer, Abraxas hizo oídos sordos. Gracias al miserable de Dagon, aquello era lo único de lo que disponía para localizar los restos de Astaroth, a los que se veía en la obligación de dar digna sepultura. No estaba en posición de ignorar lo que podría ser información clave.

Así pues, allí estaba. Armado con un par de linternas de largo alcance, y guiándose por su olfato, miraba a un lado y al otro del camino empinado que conducía a la basílica de San Pedro y San Pablo.

Nunca había tenido la oportunidad —ni mucho menos, el interés— de recorrerse los emblemáticos barrios de la ciudad de Praga. Llevaba sirviendo a El Séptimo Círculo desde su creación, y aún esperaba que le invadiera la curiosidad para salir a explorar aquella suerte de monumentos que convertían la ciudad en una de las mayores riquezas europeas.

Astaroth sí estaba interesada en la cultura de la República Checa. Le apasionaban la historia y el arte, por mencionar dos ámbitos de las humanidades. En una ocasión, logró arrastrar al reacio Abraxas al museo vienés emplazado en el palacio de Belvedere, donde exponían algunas de las piezas más significativas de la obra de Klimt.

Abraxas nunca consiguió ver el encanto creativo a aquellas figuras coloridas de mujeres desnudas o amadas por retorcidas anatomías masculinas. Detestaba el amarillo vibrante de aquellas pinturas, y detestaba más aún la obligación de permanecer quieto y en silencio,

limitándose a observar las paredes como si entendiera de qué demonios iba eso «del arte». Pero quería a Astaroth, y habría vuelto mil veces a la ciudad de Viena, al continente africano y hasta habría viajado en el tiempo para conocer las tribus zelandesas si ella se lo hubiera pedido; si esto la hubiera hecho tan feliz como lo parecía recorriendo los cuidados jardines de los palacios de Sissí.

Abraxas aferró las linternas con fuerza y maldijo una vez más a Dagon.

Si se hubiera tratado de otro penitente, de una criatura a la que no le debiera lealtad por el mero hecho de pertenecer a su mismo clan, lo habría decapitado de un solo movimiento. Si Astaroth no estaba allí, si no hallaba una sola pista y regresaba a la mansión con las manos vacías, Dagon lo pagaría caro. Porque él estaba seguro, o, al menos, tenía esa corazonada, de que Leviathan guardaba un especial interés en que encontrara el cuerpo de su mujer, aunque solo fuera para ver en qué condiciones la había dejado.

Abraxas dejó atrás la basílica y se detuvo a las puertas del recóndito cementerio de Vyšehrad, a unos pasos del turístico castillo. Pretendía pasar de largo, asumiendo que sus torturadores no serían tan obvios como para dejarla enterrada en una tumba ajena, pero al delimitar el acceso con la luz de la linterna, tuvo un presentimiento.

Avanzó con sigilo, como si no quisiera ni que los muertos se enterasen de la profanación del camposanto.

Abraxas sabía muy bien quién era y a lo que se dedicaba, lo que le permitía mirar a los ojos a la muerte sin pestañear y no arrepentirse ni velar por las vidas arrebatadas. Era un guerrero, lo que le hacía inevitablemente sanguinario, pero por eso mismo le guardaba respeto al inframundo. Una vez muertas, y con independencia de los crímenes que hubieran cometido, las criaturas merecían el descanso. Nadie tenía derecho a perturbarlo. Por eso se condujo despacio y con cuidado, procurando no husmear más de lo necesario en los nombres de los difuntos.

Vlasta, Jakub, Dobiáš, Miroslav, Šárka…

Se detuvo a los pies de un epitafio que marcaba el año vigente. Abraxas inspiró hondo y detectó el olor de la tierra joven, aún húmeda, de un entierro reciente. Se aseguró, con el corazón en un puño, de que el nombre de la difunta no era Astaroth, y así lo confirmó: «Novak Havel», rezaba, sin subtítulo que indicara el querido padre o la amada hija que había sido en vida.

Abraxas se arrodilló y palpó la tierra. Los latidos le retumbaban en los oídos, en los que notaba concentrada la sangre. Clavó las linternas sobre la tierra y cavó usando sus propias manos: al principio, indeciso, con la mente en blanco, sin saber si aquello era lo correcto. Después, envalentonado por la posibilidad de encontrar a Astaroth, aunque

fuera fría y azul, aunque fuera simplemente un hueso, hundió los dedos con más y más desesperación hasta que hubo rajado la tierra lo suficiente para que se avistara el sarcófago.

Abraxas retiró el polvo sobrante de un par de soplidos, acariciando con ternura la fría superficie de madera, y buscó la abertura del ataúd para descubrir el rostro de su Astaroth.

Pero no era ella.

Ni siquiera era una mujer.

Las manos se le crisparon en dos puños de impotencia, que estuvo a punto de lanzar contra la madera al percatarse de que Valthessar tenía razón: lo más probable era que Leviathan se hubiera burlado de sus ansias, de su desesperación.

Apretó los labios, conteniendo su furia.

—Lo siento —musitó, volviendo a cubrir el cuerpo con la sábana mortuoria que había rasgado. Tapó el sarcófago y lo bañó con la tierra que no debería haber retirado en primer lugar, pronunciando en voz baja unas runas de respeto hacia la muerta profanada.

Jadeando por el esfuerzo, permaneció unos instantes allí arrodillado. Sintió la primera gota de una tormenta nocturna en el centro de la cabeza. Al alzar la barbilla para cerciorarse de que las nubes habían aclarado la negrura del firmamento con su gris plateado, la segunda aterrizó sobre su frente.

La inminencia de la lluvia no le instó a ponerse a cubierto, ni tampoco se planteó regresar a la mansión. Aún quedaba todo un barrio por explorar, y la noche apenas empezaba.

Quedaban cinco horas para el amanecer.

Alargó el brazo hacia la linterna y se armó con ella a la vez que de determinación. Sin apartar la vista del montón de tierra irregular que cubría al fallecido, estiró la mano hacia el otro foco de luz. Apoyó la palma muy cerca, pero no llegó a agarrar el mango: sus dedos rozaron una placa fría, que había aflorado a la superficie gracias a la limpieza que efectuaba el agua sobre el polvo.

Abraxas enfocó la placa con desinterés, convencido de que se toparía con unas bonitas palabras sobre el difunto, pero la placa no estaba adherida al suelo, sino que no debería estar allí en primer lugar.

Tenía el tamaño justo para adornar una puerta o un polo de trabajo, y rezaba un nombre propio y el de un local.

«Ruth. Club Ruby Bloom».

Abraxas esperó a que las gotas de lluvia lo limpiaran y se lo llevó a la nariz. El corazón se le encogió y la sangre comenzó a arderle en las venas al reconocer un aroma familiar.

Aferró la placa entre los dedos, con cuidado de no quebrarla, y se incorporó, mojado de la cabeza a los pies.

—Ruth. —No dejaría de musitar el nombre en su camino al nuevo destino—. Ruth…

Nota de autora

Bueno, la perorata de costumbre: esta no es una saga que se pueda leer salteada, según te interese el protagonista, ni tampoco sus libros tienen sentido si no se leen todos y en orden, porque no es la trama sobrenatural el único aspecto que avanza y evoluciona, sino que las historias de amor, que apenas comienzan en el libro que protagonizan sus partes, se van desarrollando a lo largo de *El Séptimo Círculo*.

Si, por alguna terrible, terriblísima casualidad del destino te has leído este libro sin haber ojeado los anteriores, mi más sentido pésame, pero de todo se sale: tú en concreto podrás salir de esto yendo a *El Séptimo Círculo I: IMPOSIBLE*. Porque parece imposible que Mara y Valthe se lleven peor que en este libro, pero te prometo que ocurre.

Lo segundo, y por ello menos importante: no te apresures a odiarme porque no haya habido mambo entre los protagonistas, anda. Estoy segura de que eres una chica listísima y has comprendido por qué en este momento no podía producirse una escena erótica tal y como todas queremos que se produzca: de forma que no quede en el olvido y estemos suspirando durante años, además de que sabes que lo importante de estos libros es la tramita paranormal. El amor es una anécdota interesante (o no), sin más.

Sigue leyendo y obtendrás lo que tanto deseas, querida, tanto si lo que esperas es erotismo dagoniano o mucha movida festivalera.

Un abrazo, y nos vemos con Abraxas en la siguiente entrega de ESC (*Eurovision Song Contest,* un beso para eridemartin).

¡Sígueme en redes sociales!

Instagram
Twitter
Página de Amazon

Glosario de términos

➳ **La Magna**. Primera fuerza y poder omnipotente, omnipresente y omnisciente. Fuente de vida.

➳ **Primer Final.** Primera traición a la Magna, llevada a cabo por el Gran Grimorio.

➳ **Segundo Final**. Segunda traición, llevada a cabo por Mithrael (regente de La Sociedad en tiempos griegos) y Asherah (princesa fenicia con la que engendró a los áureos).

➳ **Gran Grimorio**. Primer traidor de la Magna y mente pensante detrás de la organización enemiga de la diosa y sus creaciones: el Enclave. También llamado «El Traidor», «La Criatura» o «El Que No Puede Ser Vencido».

➳ **Suprarrealidad**. Se divide en el Autem, hogar de la diosa, los empíreos y aquellos que tras su muerte les fue dada una segunda oportunidad, y el Fatem, donde descansan las almas de las criaturas sobrenaturales a las que la inmortalidad les es arrebatada.

➳ **Subrealidad**. Sinónimo de La Tierra.

➳ **Seráficos**. Criaturas creadas por la Magna para proteger a los seres humanos de las fuerzas del Enclave. Se organizan en torno a La Sociedad y se dividen en dos linajes: el de los Albos, primigenios, inmortales, con poder sobre la magia blanca y ciegos, y el de los Áureos, mestizos de albos y humanos, mortales, estrategas y empáticos.

➳ **La Sociedad**. Nombre que recibe el clan de los seráficos en La Tierra, no solo el ubicado en Praga sino a lo largo y ancho del mundo. Su deber es frenar los avances del Enclave.

➳ **El Enclave**. Nombre que recibe el clan de los engendros y esbirros del Gran Grimorio, liderados por su general, Metraton.

➳ **Consejo de los Prefectos**. Máximo órgano de poder divino, fundamentalmente judicial, en La Tierra. Se encuentra en La Sociedad y consta de doce prefectos. Tres pertenecen a los Albos, tres a los Áureos, dos forman parte del Séquito de la Magna en el Autem y bajan para representar la ley divina en calidad de empíreos; dos son humanos con talentos sobrenaturales (generalmente videntes, augures y manipuladores de auras) y los dos últimos son seguidores de la

Sehara o practicantes de la magia *albis*: sacerdotes de la Magna.

➳ **La Promesa**. Institución que une a dos seráficos en La Sociedad. Un seráfico con dones se convierte en el alumno de uno de los prefectos —generalmente, uno que posee su mismo poder— para ayudarlo a desarrollarse y posteriormente ocupar su lugar en la tribuna del Consejo. Es considerado un honor.

➳ **Empíreos**. Humanos que sacrificaron su vida mortal por un individuo que habría de marcar un impasse en la historia del mundo. Fueron reclutados por la Magna para formar parte de su séquito personal y del ejército que habría de bajar a La Tierra para luchar si la situación política requiriese refuerzos; también para misiones terrestres concretas.

➳ **Penitentes**. Empíreos que traicionaron a la diosa y fueron desterrados del Autem para luchar en La Tierra junto a los seráficos. La única manera que tienen de obtener el perdón de la diosa es consiguiendo el amor de la *anandha*.

➳ ***Anandha***. Fragmento del alma de la Magna que se reencarna en cuerpos mortales, masculinos o femeninos, cuyo único cometido es que el penitente la encuentre y se gane su favor. Así es como obtienen el perdón de la diosa y pueden volver al redil.

➳**El Séptimo Círculo**. Nombre que recibe el clan praguense de los siete penitentes. Su deber es el mismo que el de La Sociedad: proteger a la humanidad del Enclave.

➳ **La Triple Maldición**. La reciben los penitentes cuando traicionan a la Magna. Consiste en despojarlos de su nombre, lanzarlos al destierro y añadir un castigo personalizado.

➳ **La Sagrada Crónica**. Recopilatorio de todos los hechos acaecidos en La Tierra y en la Suprarrealidad que se conocen desde que la Magna apareció en el mundo. De ella se encarga Hocus, el escribano inmortal.

➳ **El Libro de la Sehara**. Recopilatorio de todos los trucos y formas de hacer magia blanca que se conocen, todos ellos gracias a la gran hechicera de todos los tiempos: Sehara.

Índice

Prefacio
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI
Capítulo XXII
Capítulo XXIII
Capítulo XXIV
Capítulo XXV
Capítulo XXVI
Capítulo XXVII
Capítulo XXVIII
Capítulo XXIX
Capítulo XXX

Capítulo XXXI
Capítulo XXXII
Capítulo XXXIII
Capítulo XXXIV
Capítulo XXXV
Capítulo XXXVI
Capítulo XXXVII
Capítulo XXXVIII
Capítulo XXXIX
Capítulo XL
Capítulo XLI
Capítulo XLII
Capítulo XLIII
Capítulo XLIV
Capítulo XLV
Capítulo XLVI
Capítulo XLVII
Capítulo XLVIII
Capítulo XLIX
Epílogo
Nota de autora
Glosario de términos

[1] Dentro de mi corazón, sé que nunca empezaré a sonreír hasta que te sonría a ti.